

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

FACULTAT DE GEOGRAFIA I HISTÒRIA

Departament d'Història Contemporània



**LA NARRATIVA DEL AFRICANISMO
FRANQUISTA: GÉNESIS Y PRÁCTICAS
SOCIO-EDUCATIVAS**

TESIS DOCTORAL

Presentada por:

David Parra Monserrat

Dirigida por:

Dra. M^a Cruz Romeo Mateo

Dr. Rafael Valls Montés

PROGRAMA DE DOCTORADO:

215 I – Nuevas Perspectivas en Historia Contemporánea

Valencia, 2012

LA NARRATIVA DEL AFRICANISMO FRANQUISTA: GÉNESIS Y PRÁCTICAS SOCIO-EDUCATIVAS

David Parra Monserrat

(Résumé)

Le travail que nous présentons est une analyse des discours de l'africanisme espagnol contemporain, de ses pratiques et de sa relation avec les différents contextes socioculturels et politiques. Nous considérons importante une recherche comme celle-ci, en premier lieu, à cause de ses liens avec un sujet si remarquable dans l'historiographie actuelle comme la formation d'identités (surtout, mais pas seulement, d'identités nationales). De cette façon, il faut rappeler que l'africanisme se servit souvent des apports arabistes sur l'inclusion ou non d'al-Andalus dans l'histoire nationale afin d'établir n'importe quels liens avec les arabo-musulmans contemporains et de justifier certaines politiques de l'époque.

En second lieu, cet exposé s'insère dans les grandes discussions théoriques sur l'orientalisme, car d'après la plupart de l'historiographie spécialisée l'africanisme fut la plus importante manifestation orientaliste en Espagne. Cette étude analyse à quel point l'africanisme espagnol partagea les fondements des impérialismes européens et des idéologies coloniales (des aspects symboliques ou discursifs comme l'ethnocentrisme, la suprématie occidentale, la méconnaissance du colonisé, le paternalisme, etc.) et comment les différents courants de l'africanisme espagnol, surtout les franquistes, articulèrent tout cela afin de construire un projet plus ou moins solide.

Voilà pourquoi nous remontons cette recherche jusqu'au XIX^e siècle, pour étudier la tradition africaniste à l'époque et constater la reformulation du discours narratif africaniste et son adaptation aux différents contextes (Établissements du Protectorat espagnol au Maroc, défaites militaires au Rif, réussite du fascisme et du nazisme en Europe, participation de marocains à la Guerre Civile espagnole) jusqu'arriver aux années quarante.

La partie centrale du travail est dédiée à l'analyse des africanismes franquistes depuis 1939 jusqu'à 1956. C'est ainsi que, après une étude du contexte où l'on insiste sur la présence coloniale d'Espagne au Maroc, les désirs d'expansion du régime pendant le début des années quarante et le cadre d'isolement auquel la dictature franquiste fut soumise après la Seconde Guerre Mondiale, nous analysons le discours narratif africaniste (et ses emplois en politique) à travers surtout de l'analyse comparée de deux revues de l'époque : *África* et *Cuadernos de Estudios Africanos*. À partir de cette analyse comparée, nous attachons de l'importance aux débats et aux réflexions qu'une partie des élites africanistes et diplomatiques d'un régime complexe aux fondements politiques (comme l'était la dictature franquiste), mena à bien à propos d'un événement si fondamental comme l'était la décolonisation.

Notre thèse finit avec l'étude de la diffusion sociale de tous ces discours et représentations de l'africanisme franquiste tout en soulignant son aspect éducatif et sa présence dans d'autres milieux qui, ainsi que les expositions, les concours, les commémorations, la presse, la radio ou le cinéma, purent influencer sur la formation d'une certaine conscience africaniste parmi la société espagnole.

ÍNDICE

Agradecimientos	IX
INTRODUCCIÓN	1

PRIMERA PARTE LA TRADICIÓN DEL AFRICANISMO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

1. LA CONFIGURACIÓN DEL AFRICANISMO DURANTE EL SIGLO XIX	17
1.1. Joaquín Costa: “Clarividencia africanista”	18
1.1.1. Principales ejes del africanismo costista: argumentos “fraternales” para una “penetración pacífica”	22
1.2. El orientalismo español: entre la maurofobia y la ambivalencia.....	33
1.2.1. Orientalismo y arabismo en la España decimonónica.....	35
1.2.2. Fundamentos discursivos del africanismo español: Historia, Geoestrategia, Raza y Providencia.....	47
2. LA REFORMULACIÓN DEL AFRICANISMO ESPAÑOL DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX	59
2.1. Soplan nuevos vientos de África.....	60
2.1.1. Con otros ojos: del exotismo orientalista decimonónico al africanismo popular.....	62
2.1.2. El africanismo castrense y el abandono de la “penetración pacífica”	69
2.2. Africanismo en tiempos de fascismo.....	85
2.2.1. La idea de Imperio en el fascismo español: Giménez Caballero, Ledesma Ramos y Primo de Rivera.....	86
2.2.2. El grupo de <i>La Conquista del Estado</i> y la creación de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales.....	96
2.3. La Guerra Civil. Africanismo y arabismo al servicio de la causa “nacional” ..	101
2.3.1. Las “dos almas” de Beigbeder y la renacida “hermandad hispano-marroquí” ...	103
2.3.2. Miguel Asín Palacios y el compromiso político del arabismo.....	112

SEGUNDA PARTE
EL AFRICANISMO FRANQUISTA
(1939-1956)

3. PROYECTOS AFRICANISTAS EN LA ESPAÑA FRANQUISTA: PROPUESTAS TEÓRICAS PARA UNA ACCIÓN POLÍTICA.....	125
3.1. Africanismo, marroquinismo e hispano-arabismo: de la apoteosis imperial a la amistad interesada.....	127
3.1.1. Imperio, irredentismo y reivindicación. Los años de la Segunda Guerra Mundial.....	129
3.1.2. “¿Mucho ruido y pocas nueces?” La hermandad hispanoárabe y su uso político a partir de 1945.....	147
3.2. El entramado institucional del africanismo franquista.....	164
3.2.1. El africanismo “oficial”: el Instituto de Estudios Africanos.....	168
3.2.2. El africanismo “tolerado”: la Sección de Estudios Coloniales del Instituto de Estudios Políticos.....	174
4. DOS REVISTAS, DOS DISCURSOS. LA NARRATIVA AFRICANISTA EN <i>ÁFRICA Y CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS</i>	179
4.1. Análisis general de <i>África y Cuadernos de Estudios Africanos</i> : autores, estructura y contenidos.....	181
4.1.1. Perfiles africanistas. Un estudio prosopográfico del africanismo franquista.....	183
4.1.2. Estructura y contenidos de dos revistas africanistas: similitudes y diferencias..	193
4.2. ¿Siempre “al servicio de Franco”? Principales enfoques y ejes temáticos de <i>África y Cuadernos de Estudios Africanos</i>	201
4.2.1. La “orientalización” del pasado nacional ¿Una nueva Historia de España?.....	202
4.2.2. La representación de Marruecos en el africanismo franquista: entre la modernidad y la tradición.....	221
4.2.3. El africanismo español en el marco de los colonialismos europeos: integridad moral frente a expolio material.....	232
4.2.4. Nacionalismo y descolonización: dos temas de espinoso tratamiento.....	254

TERCERA PARTE
LA DIFUSIÓN DEL AFRICANISMO
FRANQUISTA

5. PEDAGOGÍA AFRICANISTA: DE LAS AULAS A LAS ONDAS.....	279
5.1. La narrativa africanista en la enseñanza española.....	282
5.1.1. El africanismo en las aulas franquistas.....	290

5.2. La formación de una “conciencia africanista” en el Protectorado español de Marruecos.....	304
5.2.1. El Bachillerato Hispano-marroquí: programas y contenidos.....	305
5.2.2. Cursos de orientación para un Magisterio africanista.....	310
5.3. Difusión africanista en el espacio público.....	315
5.3.1. Certámenes y exposiciones.....	315
5.3.2. Conmemoraciones africanistas: el “Día del Codicilo”.....	319
5.3.3. El africanismo y los medios de comunicación de masas.....	322
CONCLUSIONES.....	331
Apéndice documental.....	343
Fuentes.....	383
Bibliografía.....	391

Agradecimientos

La realización de esta tesis habría sido imposible sin la ayuda, el estímulo y el cariño de toda una serie de personas que han hecho de esta labor un trabajo menos arduo de lo que una investigación de estas características siempre supone.

En primer lugar, quisiera dar las gracias a mis amigos y familiares, especialmente a mis padres, por su apoyo constante durante toda mi vida y por haber estado ahí siempre que los he necesitado.

Igualmente importante ha sido la ayuda y el ánimo de muchos de mis antiguos compañeros del Departament d'Història Contemporània y de los que actualmente comparten conmigo el día a día en el Departament de Didàctica de les Ciències Experimentals i Socials. En este sentido, quiero mencionar especialmente a Jesús Millán, Ferran Archilés y Toni Morant por todos sus consejos y por la gran cantidad de fuentes y textos que me han facilitado tan generosamente.

En tercer lugar, me gustaría agradecer al Dr. Ismael Saz sus comentarios y su apoyo como director de los distintos proyectos de investigación que, dedicados al estudio de la identidad nacional española, han amparado esta tesis.

También quiero hacer mención al profesor Paul Preston, que me abrió su biblioteca durante mi estancia en la *London School of Economics and Political Sciences*, y a los profesores Víctor Morales Lezcano y Juan Ignacio Castián, por su amabilidad y por las reflexiones que compartimos en el marco de un curso de la UNED sobre las relaciones entre España y el Magreb.

Finalmente, quiero expresar mi más sincera gratitud a quienes me han dirigido y ayudado durante todo este tiempo, M^a Cruz Romeo y Rafael Valls, por su confianza, su paciencia, su generosidad y sus innumerables e inestimables consejos.

A todos, muchas gracias.

INTRODUCCIÓN

“Hombre occidental,
tu miedo al Oriente, ¿es miedo
a dormir o a despertar?”

Antonio MACHADO¹

I

En medio de años de cambios, de violencia y de esperanzas, de miedo y de desazón, desaparecieron, en silencio, la mayoría de hombres y mujeres que habían simbolizado los anhelos norteafricanos de un régimen pasado pero todavía presente. Era la segunda mitad de los años setenta y, mientras la sociedad española intentaba transitar de una larga dictadura a una democracia, expiraban su último aliento muchas de las que habían sido las voces del franquismo en materia africanista. Estos insignes personajes, ya olvidados durante la Transición, habían defendido posturas no siempre coincidentes (en algunos casos, antagónicas), pero todos habían convergido en la idea de que existían vínculos, de muy distinto signo, entre España y el norte de África.

Profesionalmente, estos africanistas habían procedido de campos muy diversos. Militares, juristas, historiadores, lingüistas, políticos, diplomáticos, biólogos o médicos fueron algunas de sus principales dedicaciones. También había habido divergencias en su formación y definición ideológica: mientras algunos habían sido fervientes fascistas durante su juventud, otros se habían movido en círculos nacionalcatólicos e, incluso, había habido quienes, durante la Segunda República, habían mantenido contactos con sectores caracterizados por un cierto liberalismo. Esta enorme variedad, sin embargo, no fue obstáculo para que, bajo la sombra protectora del franquismo, todos ellos se embarcasen en una reflexión pública y política sobre el papel de España en el mundo (en particular en África) y sobre el análisis y la definición del “otro” por excelencia en la historia española: el “moro”.

¹ Antonio MACHADO, *Obras: poesía y prosa*, Buenos Aires, Losada, 1973, p. 833.

Toni Morrison, escritora norteamericana y Premio Nobel de Literatura en 1993, definía el africanismo en su obra *Playing in the Dark* señalando que:

“I use it as a term for the denotative and connotative blackness that African people have come to signify, as well as the entire range of views, assumptions, readings, and misreadings that accompany Eurocentric learning about these people [...] England, France, Germany, Spain –the cultures of all these countries have participated in and contributed to some aspect of an «invented Africa»”².

Efectivamente, fueron muchos los países que contribuyeron a “construir” África y a representar lo “africano”, pero cada “contribución” fue particular y tuvo sus especificidades (incluso internas). En el caso español, por razones diversas, el africanismo fue eminentemente marroquinista, y ésta es una de las razones por las que, en este trabajo, nos centraremos en el discurso africanista relativo al país magrebí, y no tanto en el dedicado a las otras posesiones africanas (Guinea y el Sáhara). Dentro de ese marroquinismo, además, hubo perspectivas muy diferentes que suscitaron importantes debates acerca del tipo de intervención que España debía llevar a cabo, del papel que había de desempeñar la sociedad española en esa empresa y de la representación del “otro” (con su inevitable impacto en el “nosotros”), que debía fundamentar buena parte del entramado teórico colonial³.

Esta última cuestión no es un tema baladí, puesto que, como afirmaba José María Jover, el término “moro” ha sido probablemente una de las nociones más intensamente socializadas de la conciencia política del español (aunque, pese a ello, la reflexión real sobre este concepto, su construcción, su origen, su continuidad y sus usos sociales haya sido escasa hasta hace muy pocas décadas). Las palabras habían podido cambiar a lo largo del tiempo (moro, sarraceno, árabe, rifeño, turco, berberisco), pero en el imaginario colectivo de los españoles lo que se reproducía era una visión estática, un estereotipo esencializado que rara vez daba lugar a imágenes positivas del “otro”.

Como confirma Eloy Martín Corrales, la mayoría de la población española de la época contemporánea satanizó y estigmatizó al arabo-musulmán sin distinguir al

² Tony MORRISON, *Playing in the Dark*, p. 7, en Rosalía CORNEJO PARRIEGO (ed.), *Memoria colonial e inmigración: la negritud en la España posfranquista*, Barcelona, Ed. Bellaterra, 2007, p. 27.

³ La teoría post-colonial, por ejemplo, ha sido utilizada, sobre todo en Inglaterra, para re-pensar el impacto del “imperio en casa”, puesto que el discurso imperialista, más allá de afectar al “otro”, siempre tuvo implicaciones en la propia identidad nacional. Simon GUNN, *Historia y teoría cultural*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2011, p. 187. Véase también el dossier sobre historia

“moro” de las Cruzadas del “pérfido” rifeño de principios del siglo XX⁴. No obstante, siempre hubo otras posiciones que no por el hecho de ser más “tolerantes” fueron más neutras. Lo que nos interesa remarcar es que todos los discursos sobre el “otro” daban lugar a una representación, a un objeto sociocultural y político que nunca era desinteresado. Así, cuando los africanistas españoles comenzaron a utilizar al “otro” (del pasado o del presente) para establecer lazos entre España y el norte de África, construyeron un relato que pretendía influir en la manera de percibir la realidad y de actuar. Para algunos, estos vínculos permitían justificar un discurso imperialista y colonial basado en los mandatos de la Historia y la Providencia y en una clara idea de superioridad cultural más o menos paternalista. Para otros, en cambio, estaban en el origen de una retórica fraternal que el franquismo, por razones muy diversas, convirtió en una pieza importante de su política diplomática y exterior (al menos hasta la independencia de Marruecos).

Nuestra finalidad, por tanto, es analizar los principales ejes de los discursos africanistas de la España contemporánea, especialmente durante las primeras décadas del franquismo (1939-1956), para ver hasta qué punto hubo una pluralidad de voces, en qué se basaron, a qué pudieron deberse y cómo conectaron con las imágenes más extendidas acerca del “otro” en el conjunto de la sociedad española. A través de este estudio nos adentraremos en el universo simbólico de los africanistas franquistas, en sus referentes, en sus *lieux de mémoire*, como diría Pierre Nora, pero también en sus prácticas concretas (y en la difusión de sus ideas), para ver de qué modo interactuaron con una población española que, desde hacía mucho tiempo, recibía y reproducía esquemas muy negativos sobre el “moro”.

Consideramos relevante una investigación como ésta, en primer lugar, porque conecta con problema fundamental en los debates historiográficos actuales como son los procesos de construcción de identidades culturales y políticas (entre ellas, las nacionales).

El africanismo nació en un momento en el que la sociedad española pasaba por una situación política, social y económica poco optimista. La pérdida de las últimas colonias americanas y la percepción de crisis profunda de la identidad nacional, consolidada por este hecho, llevó a diversos autores, en el marco del regeneracionismo

postcolonial y renovación histórica editado por Miguel Ángel Cabrera e Inmaculada Blasco en la revista *Alcores*. Miguel Ángel CABRERA e Inmaculada BLASCO, *Historia Postcolonial, Alcores*, nº 10 (2010).

⁴ Eloy MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002.

de finales del siglo XIX, a presentar el proyecto africanista como una solución para regenerar la nación, recuperar el prestigio perdido y recobrar la vitalidad de una “raza” que se había ido apagando a lo largo de las últimas centurias⁵. Los fracasos coloniales y la creciente marginación internacional de España dieron fuerza, por tanto, a un nacionalismo crítico y plañidero que encontró en el africanismo y el arabismo, como en el hispanismo, una posible vía de escape. Desde su nacimiento, este africanismo, surgido durante el siglo XIX para contribuir a la “regeneración de España”, utilizó con frecuencia las aportaciones arabistas sobre la inclusión o exclusión del pasado andalusí en la historia nacional para construir un relato que permitiese establecer algún tipo de vínculo con los arabo-musulmanes del presente, bien para iniciar contactos culturales y económicos, bien para justificar la aplicación de una política, más o menos efectiva, de dominio del territorio. Esto conllevó una importante reflexión sobre la identidad española y la historia patria que, más allá de repercutir en la política interior y colonial de España, intentó dar respuesta también a las conocidas afirmaciones europeas de “África empieza en los Pirineos”.

Todas estas cuestiones adquirieron una especial relevancia durante el franquismo, el periodo en el que el africanismo gozó de mayor presencia institucional y política. Así, en un contexto de predominio del antimaterialismo, del antiliberalismo y del antieuropeísmo, fueron muchos los africanistas que plantearon la existencia de una fraternidad hispano-magrebí o hispano-islámica, más o menos espiritual, más o menos “orientalizadora”, para justificar unos lazos con el norte de África que debían legitimar las veleidades imperiales y/o la presencia española en Marruecos.

Para llevar a cabo este estudio, hemos considerado de enorme utilidad las aportaciones teóricas y metodológicas de la historia cultural, en general, y de la historia de las culturas políticas, en particular⁶.

⁵ El concepto de raza experimentó un gran apogeo en España entre 1880 y 1930, aunque no tuvo, en general, las connotaciones étnicas y biológicas que sí lo caracterizaron en otros países. Véase, por ejemplo, David MARCILHACY, *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

⁶ Sobre la historia de las culturas políticas, un concepto que se ha situado en las últimas décadas en el centro del debate historiográfico internacional, véanse, por ejemplo, Serge BERSTEIN, “La culture politique”, en Jean Pierre RIOUX y Jean-François SIRINELLI (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Le Seuil, 1997, pp. 371-386; Francisco Javier CAPISTEGUI, “La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española”, en Carlos FORCADELL, Gonzalo PASAMAR, Ignacio PEIRÓ, Alberto SABIO y Rafael VALLS (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 167-185; Ismael SAZ, “La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del «nacionalismo español»)", en Benoît PELLISTRANDI y Jean-François SIRINELLI (dir.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 215-234; Keith. M. BAKER, “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la

El africanismo, evidentemente, no fue una cultura política; pero, se puede afirmar que, al igual que éstas, constituyó una doctrina que tuvo efectos de “realidad”, puesto que muchas personas actuaron a través de un mundo de representaciones construido por su discurso orientalista. De este modo, tan importante como la configuración discursiva es la articulación de lo político y lo cultural a través de ese lenguaje. Estudiar el africanismo, como estudiar una cultura política, debe implicar, pues, algo más que analizar sus discursos; debe implicar, también, el análisis de sus prácticas simbólicas y de los procesos de socialización de sus representaciones para ver de qué modo se readaptó ese lenguaje en función de contextos sociales, políticos y económicos concretos.

Por otro lado, y en relación con esta cuestión, este trabajo establece conexiones entre el africanismo y las distintas culturas nacionalistas del franquismo no sólo para ver las posibles influencias mutuas a la hora de articular un discurso político/nacional, sino también para comprobar si las disputas protagonizadas por diversas corrientes africanistas durante la dictadura tuvieron relación con las luchas que enfrentaron a las “familias políticas” franquistas por erigirse en ideales nacionales⁷.

En segundo lugar, y en clara sintonía con lo que acabamos de señalar, el estudio del fenómeno africanista es relevante porque se inserta en las grandes discusiones teóricas sobre el orientalismo y la construcción de discursos sobre el “otro”. El africanismo fue, para muchos autores, la principal manifestación del orientalismo en España.

La historiografía centrada en el análisis del orientalismo y el colonialismo a través del estudio de las percepciones y de los discursos experimentó un formidable impulso cuando, a finales de los años setenta, apareció la obra *Orientalism* de Edward W. Said, continuada o discutida por nombres fundamentales como Maxime Rodinson, Bernard Lewis, Mondher Kilani, Homi Bhabha o Hichem Djäit, entre otros⁸.

El estudio de Said recurría en su metodología a los primeros trabajos de Michel Foucault y a su concepción del discurso y el poder. El orientalismo, así, era presentado

Revolución francesa”, *Ayer*, nº 62 (2006), pp. 89-110; Manuel PÉREZ LEDESMA y María SIERRA, *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

⁷ Cfr. Ismael SAZ CAMPOS, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Sara PRADES PLAZA, “Escribir la Historia para definir la nación. La historia de España en Arbor: 1944-1956”, *Ayer*, nº 66 (2007), pp. 177-200.

⁸ La primera edición de la obra de Said apareció en Nueva York en 1978 y, desde el principio, estuvo acompañada de una gran polémica, con grandes defensores y detractores. Edward W. SAID, *Orientalisme*, Barcelona, Eumo, 1991.

como el producto del lenguaje y de las formas de conocimiento occidentales que definían a “Oriente” como algo culturalmente subordinado a los intereses europeos.

Especialistas como el historiador del imperialismo John Mackenzie rechazaron rotundamente la teoría del orientalismo de Said, acusándolo, entre otras cosas, de simplificar terriblemente la compleja historia de intercambios culturales entre Oriente y Occidente⁹. Otros, como Bhaba, pese a aceptar una parte de sus fundamentos, hicieron una profunda revisión de sus propuestas que, para nuestro tema de estudio, resultan especialmente relevantes.

Para este teórico del poscolonialismo, la propuesta orientalista de Said, según la cual el poder pertenecía sólo a los colonizados, conducía a un planteamiento binario y excesivamente rígido que no daba respuesta a muchas de las situaciones histórico-sociales. Frente al modelo del pensador palestino, él planteaba el poder colonial como algo fragmentado y ambivalente, lo que obligaba a acudir, necesariamente, a las relaciones entre colonizadores y colonizados para ver el tipo de “negociaciones” que acabaron sustentando el dominio colonial. Partiendo de estos presupuestos, Bhaba propuso el concepto de “hibridez” para referirse a sujetos coloniales que se alienaban de su propia identidad y se identificaban con las autoridades colonizadoras, lo que conducía, con frecuencia, a una situación de ambivalencia¹⁰. Estos enfoques resultan especialmente interesantes para este estudio, pero en un sentido diferente al que acabamos de indicar.

En general, los trabajos de estos autores no presentaron demasiada atención al caso concreto del orientalismo español y, cuando lo hicieron, fue para señalar, como hizo Said, su carácter subalterno respecto al francés o el inglés¹¹. El africanismo hispano, sin embargo, fue algo más que una simple comparsa de los grandes colonialismos europeos, ya que sus planteamientos, como veremos a lo largo de la tesis, permiten romper con las visiones más maniqueas de orientalismo y señalar que no hubo “fronteras culturales” nítidas, sino unas líneas ambiguas en las que lo “oriental” y lo “occidental” podían cambiar de lado, con una relativa facilidad, en función del contexto. Es precisamente desde este punto de vista que nos interesan las propuestas de Bhaba, ya que numerosos africanistas y arabistas españoles, en su proceso de construcción y

⁹ John M. MACKENZIE, *Orientalism: History, Theory and the Arts*, Manchester, Manchester University Press, 1995.

¹⁰ Homi K. BHABA, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.

representación del “otro”, tendieron a identificarse con su objeto de estudio, llegando a afirmar que el “ellos” y el “nosotros” formaban parte de la misma comunidad imaginada. Esto, como es obvio, daba lugar a unos discursos ambivalentes e híbridos que debieron convivir con otras visiones según las cuales el “otro” era un ser diabólico desde tiempo inmemorial.

En relación con la cuestión del impacto del “otro” en la forma de definir el “nosotros”, debemos mencionar también los trabajos que, desde los años ochenta, han venido dedicándose al estudio de lo que se conoce como “el imperio en casa”, es decir, la impregnación de las ideas imperiales en la vida cotidiana de la sociedad metropolitana y su incidencia en la (auto)definición nacional. En este sentido, numerosas investigaciones, sobre todo procedentes del ámbito anglosajón, se han dedicado a reescribir las historias nacionales para analizar el papel desempeñado por el imperio en la forma de vivir e imaginar la nación¹².

La producción académica española, en general, no empezó a reflexionar sobre el orientalismo en estos términos hasta finales de los años ochenta del siglo XX. Durante mucho tiempo los historiadores españoles se habían limitado a estudiar la imagen del arabo-musulmán a través de análisis textuales sin demasiadas bases sociológicas y sin discutir suficientemente la relación de las imágenes con las circunstancias sociopolíticas que las rodeaban. Hubo numerosos estudios, sobre todo filológicos, que analizaban el discurso como un hecho descriptivo (y no constructor), por lo que a menudo reforzaban las diferencias o recreaban la existencia natural de la alteridad¹³. La primera renovación llegó en los años setenta y ochenta de la mano de autores como Bernabé López García,

¹¹ José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, “Edward Said y el orientalismo. Revisión crítica y perspectivas múltiples”, en Víctor Morales Lezcano (ed.), *Actas de la Jornada sobre Orientalismo, Ayer y Hoy (entrecruce de percepciones)*, Madrid, UNED, 2006, pp. 31-48.

¹² Sobre esta cuestión, debemos destacar toda una serie de estudios que, centrados en el caso británico, han tenido una gran influencia en el análisis de otros imperialismos: John M. MACKENZIE, *Propaganda and Empire. The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, Manchester University Press, 1984; John M. MACKENZIE, *Imperialism and Popular Culture*, Manchester, Manchester University Press, 1986; J.A. MANGAN (ed.), *‘Benefits Bestowed’? Education and British Imperialism*, Manchester, Manchester University Press, 1988; J.A. MANGAN, *Racial images and education in the British colonial experience*, Londres, Routledge, 1993; Robert H. MCDONALD, *The Language of Empire. Myths and metaphors of popular imperialism, 1880-1918*, Manchester, Manchester University Press, 1994. Recientemente, John Mackenzie ha coordinado un volumen en el que se analiza la construcción de ese imperialismo popular en Francia, Gran Bretaña, Países Bajos, Bélgica, Alemania e Italia. John M. MACKENZIE (ed.), *European empires and the people. Popular responses to imperialism in France, Britain, the Netherlands, Belgium, Germany and Italy*, Manchester, Manchester University Press, 2011.

¹³ Fue muy importante en su momento el análisis que Ramón Menéndez Pidal hizo de los romanceros medievales, especialmente en relación con la cuestión de la maurofilia. Véase, como ejemplo, Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero hispánico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1953; “Romancero Nuevo y Maurofilia”, en *España y su Historia*, Madrid, Minotauro, 1957.

Víctor Morales Lezcano o Lily Litvak, que empezaron a estudiar textos de arabistas, de políticos y de literatos desde una perspectiva diferente, con nuevos enfoques, y rastreando una cierta ideología colonial (aunque no en la línea que marcaría Said). Sus aportaciones, por tanto, supusieron una ruptura en relación con el que había sido el panorama predominante hasta la fecha¹⁴.

En los últimos años, los trabajos de sociólogos, antropólogos, filólogos, geógrafos e historiadores interesados por estas cuestiones han permitido penetrar en los discursos intelectuales del orientalismo español con una mayor profundidad. Debemos destacar, más allá de los nombres ya citados, las aportaciones de Alfred Bosch, Amelina Correa Ramón, José Antonio González Alcantud, María Rosa de Madariaga, Manuela Marín, Eloy Martín Corrales, Josep Lluís Mateo Dieste, Gustau Nerín, Joan Nogué, Aurora Rivière o José Luis Villanova, no sólo porque han ampliado el análisis documental a fuentes hasta el momento ignoradas (como las postales, los cómics, los mapas, las radionovelas, las canciones, la prensa o el cine), sino porque, en muchos casos, sus obras se han sustentado en la visión del lenguaje como producto pero también como constructor de relaciones sociales (generalmente de poder), y no como herramienta neutral de comunicación. En los últimos tiempos, además, diversos especialistas europeos y norteamericanos se han aproximado también al orientalismo español desde esta perspectiva, lo cual ha enriquecido considerablemente las reflexiones acerca de la construcción, evolución y aplicación de los discursos africanistas y arabistas en España¹⁵.

Finalmente, debemos mencionar también que esta tesis conecta, sobre todo en su última parte, con los debates que, en el campo de la sociología, la historia de la educación y la didáctica de la historia, han reflexionado sobre la configuración de los códigos disciplinares escolares o el impacto que procesos tan importantes como la

¹⁴ En 1973 Bernabé López García presentó su tesis doctoral *Contribución a la historia del arabismo español. Orientalismo y arabismo en España (1840-1917)*, una de las obras insignia de esta nueva etapa. Por su parte, Víctor Morales Lezcano hizo su aportación al estudio sobre el colonialismo y el africanismo en Marruecos, publicando en 1976 su célebre monografía *Víctor MORALES LEZCANO, El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*, Madrid, Siglo XXI, 1976. Para una aproximación general a la bibliografía española sobre el africanismo o el norte de África hasta 1980, recomendamos la lectura de Rodolfo GIL GRIMAU, *Aproximación a una bibliografía española sobre el norte de África 1850-1980*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, 1988.

¹⁵ Debemos destacar la obra de Susan MARTÍN-MÁRQUEZ, *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*, Yale University Press, 2008, o la monografía que, derivada de su tesis doctoral, publicará la profesora Patricia Hertel a finales de 2012: Patricia HERTEL, *Der erinnerte Halbmond. Islam und Nationalismus auf der Iberischen Halbinsel (19. und 20. Jahrhundert)*, München, Oldenbourg-Verlag, 2012, en prensa.

construcción de la identidad nacional han tenido en una institución caracterizada por la reproducción de los discursos de poder y el orden establecido. Estas reflexiones resultan especialmente valiosas a la hora de aproximarse al uso público y político de las distintas disciplinas (especialmente de la Geografía y la Historia) y comprobar hasta qué punto la narrativa africanista y arabista penetró en un espacio tradicionalmente destinado a construir y reforzar mitos, símbolos e identidades colectivas¹⁶.

II

Teniendo como referentes todas estas aportaciones y enfoques, este trabajo se centra en el análisis del africanismo como un entramado discursivo a través del cual se construyó una imagen “oriental” del mundo arabo-islámico, en general, y de Marruecos, en particular. Esas representaciones, decía Edward Said, establecían y perpetuaban una determinada relación de poder a la vez que definían al “otro” y, por tanto, también al “nosotros”¹⁷. No obstante, el caso español, como ya hemos apuntado, presentó algunas particularidades en relación con el resto de orientalismos europeos que no pueden ignorarse. Muchos fueron los africanistas que plantearon una especie de *Sonderweg*, de camino diferente para España, como consecuencia de su pasado islámico, un pasado que ningún otro país europeo podía reivindicar y que permitía articular un discurso de hermandad fundamentado en una historia común y en una unidad racial o de sangre. Aunque uno de los momentos de máximo esplendor de estos planteamientos fueron los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, los fundamentos de este discurso, como de muchos otros aspectos de la narrativa africanista en general, procedían de una tradición que, como mínimo, debemos remontar al último tercio del

¹⁶ Podemos señalar los estudios clásicos, pero aún vigentes para determinadas cuestiones, de Michael W. APPLE, *Educación y poder*, Barcelona, Paidós, 1987; Stephen KEMMIS, *El currículum: más allá de la teoría de la reproducción*, Madrid, Morata, 1988; Basil BERNSTEIN, *La estructura del discurso pedagógico*, Madrid, Morata-Paideia, 1993. Sobre la configuración de la Historia como disciplina escolar o su utilización política en la España contemporánea, véanse Raimundo CUESTA FERNÁNDEZ, *Sociogénesis de una disciplina escolar, la Historia*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1997; Carolyn P. BOYD, *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000; Juan José CARRERAS ARES y Carlos FORCADELL (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003; Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006; Rafael VALLS MONTÉS, *Historiografía escolar española: siglos XIX-XXI*, Madrid, UNED, 2007; Ramón LÓPEZ FACAL y Miguel CABO VILLAVARDE (eds.), *De la idea a la identidad: estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Granada, Editorial Comares, 2012.

¹⁷ SAID, *Orientalisme*, op. cit. p. 54.

siglo XIX. Esta es la razón por la que nuestro estudio empieza con una primera parte dedicada al africanismo y al arabismo durante el siglo XIX y las primeras cuatro décadas del siglo XX.

Durante los dos primeros capítulos se analiza la tradición africanista decimonónica a través de la obra de Joaquín Costa, un personaje imprescindible para entender muchas de las propuestas que se harán durante los años del franquismo. En este sentido, se relacionan los planteamientos africanistas con las aportaciones arabistas y se plantea hasta qué punto hechos tan importantes como el establecimiento y “pacificación” del Protectorado español en Marruecos (1912-1927), las derrotas militares en el Rif (1909, 1921), el ascenso del fascismo y el nazismo en Europa (con su correspondiente discurso imperial y expansivo) o la Guerra Civil española (con la participación de las tropas marroquíes al lado de los sublevados) modificaron la retórica africanista tradicional.

Para llevar a cabo este estudio, se recurre a las aportaciones más representativas de los africanistas y arabistas españoles decimonónicos (Donoso Cortés, Cánovas del Castillo, Reparaz, Gayangos, Simonet, etc.). No obstante, como ya hemos señalado, la obra de Costa es el referente básico.

En segundo lugar, se acude a algunas de las principales publicaciones del africanismo militarista y belicista que, como consecuencia de las guerras de Marruecos y las brutales derrotas frente a los rifeños, cobró fuerza durante las primeras décadas del siglo XX. *África Española*, órgano de la Liga Africanista, y *Revista de Tropas Coloniales*, precursora de la principal publicación africanista del franquismo, nos permiten comprobar que un contexto de conflicto (bélico y discursivo) como el de los años diez y veinte supuso una transformación en la representación del “otro”, lo que tendrá importantes implicaciones en la fundamentación de una parte significativa del africanismo franquista.

En tercer lugar, gracias al análisis de revistas falangistas o jonsistas (como *Vértice*, *JONS* o *La patria libre*) o a la lectura de las aportaciones de algunas de las figuras más destacadas del naciente fascismo español (como Giménez Caballero), nos acercamos a los fundamentos de las ideas imperiales y rastreamos los contactos del africanismo con un fascismo con el que podía compartir muchas aspiraciones (como se confirmó durante los años de la Segunda Guerra Mundial). En esa línea, destacamos la labor realizada por la denominada Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales (actualmente conocida como Sociedad de Estudios Internacionales), una institución

africanista con importantes orígenes jonsistas que acabaría dando lugar a una de las corrientes del africanismo franquista en las que se centra esta tesis. En todo momento, además, se recurre a prensa escrita que, como *ABC*, *La Vanguardia Española* o el semanario gráfico *Fotos*, también permiten detectar el grado de presencia del africanismo en los denominados medios de comunicación de masas.

La segunda parte de la tesis explora los fundamentos de los discursos del africanismo franquista hasta 1956. La razón de acabar el estudio en esta fecha no es casual. Desde 1936, el franquismo adoptó, aunque fuera superficialmente, una retórica de fraternidad con los países árabes, y de hermandad con Marruecos, que respondió a criterios muy diversos. Dos de ellos fueron la necesidad de justificar la existencia del Protectorado y el deseo imperioso de que el régimen fuera reconocido internacionalmente y España pudiese entrar en la ONU (lo que, en un marco de aislamiento internacional, exigía el apoyo de los países arabo-musulmanes). Una vez conseguido el ingreso en las Naciones Unidas (1955) e independizado Marruecos (1956), el africanismo no desapareció completamente, pero entró en una fase de hibernación de la que ya no despertaría. Con la pérdida de las últimas colonias, ya en los años setenta, esos discursos, que se habían mantenido fosilizados, recibieron el golpe de gracia.

El año 1956 fue también una fecha significativa porque sólo un año después se descabezó un proyecto africanista que, pese a su aceptación por parte del régimen, nunca disfrutó del rango que sí tuvieron otras propuestas. La desaparición de ese proyecto, liderado por el jurista José María Cordero Torres y articulado alrededor de la publicación *Cuadernos de Estudios Africanos*, supuso el triunfo de una de las propuestas africanistas por encima de las demás; una propuesta que, caracterizada por una retórica imperial, nostálgica y servil, acompañó a la dictadura hasta sus últimos días.

Así, lo que planteamos en esta segunda parte es que, durante el franquismo, del mismo modo que hubo diferentes proyectos culturales con vocación nacional, también hubo una heterogeneidad de propuestas desde la perspectiva africanista. Este hecho se pone de manifiesto con la comparación y el análisis de dos revistas que representaron dos formas distintas de concebir las relaciones coloniales y al “otro”: *África*, órgano del Instituto de Estudios Africanos y revista africanista del régimen por excelencia, y *Cuadernos de Estudios Africanos*, una publicación del Instituto de Estudios Políticos que, pese a ser minoritaria, intentó influir en la política internacional y diplomática de la

dictadura. Dentro de este análisis comparado le otorgamos una especial relevancia a los debates y reflexiones que, alrededor de cuestiones tan importantes como la historia nacional, la visión del marroquí o los procesos de descolonización, llevaron a una parte de las élites africanistas y diplomáticas a adoptar discursos complejos no siempre coincidentes con los intereses del régimen de Franco.

Con la intención de contextualizar estas propuestas africanistas en un periodo caracterizado por importantes transformaciones a nivel nacional e internacional, se recurre a fondos archivísticos, bibliográficos y hemerográficos procedentes de la antigua Sección de África (en la Biblioteca Nacional) o, en menor medida, del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores. Por otro lado, el estudio de la documentación de los Archivos Nacionales del Reino Unido (*National Archives of the United Kingdom*), especialmente la relativa al consulado británico en Tetuán y a la Embajada en Madrid, permite una aproximación a las interpretaciones que otras potencias europeas, en este caso Gran Bretaña, hacían tanto de la política internacional y diplomática del franquismo (sobre todo en relación con los países árabes), como del discurso arabista y africanista que la sustentaba.

Finalmente, la tercera parte de la tesis explora los principales mecanismos de difusión del discurso africanista, haciendo énfasis en su incidencia en el ámbito educativo tanto en territorio peninsular (educación primaria, bachillerato, universidad, formación de maestros) como en el Protectorado (a través del análisis de la preparación del funcionariado y del denominado “Bachillerato Hispano-Marroquí”). La principal finalidad de esta aproximación es rastrear la presencia de las imágenes africanistas fuera de los ámbitos estrictamente coloniales para ver hasta qué punto las distintas propuestas del africanismo disfrutaron, más allá de sus revistas, de plataformas de difusión para llegar a la sociedad.

La transmisión de los principios africanistas debió convivir con discursos sobre el “moro”, sobre al-Ándalus o sobre los conflictos con Marruecos. Todas estas cuestiones no eran sólo historia, sino también, como habría dicho Halbwachs, memoria viva que se manifestaba de maneras muy diversas en las prácticas sociales y en el imaginario colectivo de los españoles¹⁸. Algunos africanistas plantearon una manera de acercarse al vecino del sur que no era compartida por la inmensa mayoría de la gente. En el último capítulo, por tanto, se analiza si esto, dada la presencia del discurso filoárabe en el

¹⁸ Maurice HALBWACHS, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

ámbito internacional, planteó algún tipo de tensión durante los años cuarenta y cincuenta. ¿Cómo resolvió el régimen el problema de mantener un discurso maurófilo mientras la mayoría de la población estaba formada y educada en el rechazo al “moro”? ¿Hasta dónde estuvieron dispuestas a llegar las autoridades franquistas a la hora de difundir “en casa” las ideas africanistas y arabistas que con tanto ahínco defendían en el ámbito diplomático?

El análisis de la escuela (planes de estudio, programas, libros de texto, memorias) aporta respuestas a algunas de estas cuestiones sobre la socialización del discurso africanista entre la mayoría de la población. De igual modo, el recorrido por las ferias y exposiciones (a través de guías o catálogos), los certámenes, las festividades o conmemoraciones, los medios de comunicación de masas (prensa, cine, radio) nos permite indagar en las intenciones de un régimen que, en el ámbito internacional defendía un discurso y en el interior, como veremos, otro.

III

Marruecos, la joya del imperio africano español, se independizó en 1956. El africanismo quedó tocado, pero una parte importante aún resistió hasta la estocada de 1968, momento en el que la pérdida de los territorios de Guinea supuso el inicio de una agonía que duró hasta 1975. Muchos de los africanistas, no obstante, siguieron escribiendo hasta que, a lo largo de los años setenta y ochenta, la muerte biológica los hizo desaparecer del todo. Hoy, prácticamente nadie se acuerda del Golfo de Guinea, ni de Fernando Póo, ni de Ifni, ni del Protectorado. Tampoco de ellos, unos hombres, y algunas mujeres, que vieron en Marruecos el símbolo de un nuevo despertar. Despertar había sido para muchos recuperar el Imperio y el prestigio perdido tras tantos años de decadencia. Para unos pocos, sin embargo, despertar era, además, recuperar los lazos con el pasado y con unos “hermanos” que eran vistos con desconfianza y recelo por buena parte de la sociedad.

“Hombre occidental, tu miedo al Oriente, ¿es miedo a dormir o a despertar?”, preguntaba Antonio Machado retóricamente. Algunos de estos africanistas, como veremos a lo largo de estas páginas, ni se lo plantearon. ¿Qué iba a decir alguien que había convertido al secular enemigo en “hermano”?

PRIMERA PARTE

LA TRADICIÓN DEL AFRICANISMO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO

LA CONFIGURACIÓN DEL AFRICANISMO DURANTE EL SIGLO XIX

“España y Marruecos son como las dos mitades de una unidad geográfica, forman a modo de una cuenca hidrográfica, cuyas divisorias extremas son las cordilleras paralelas del Atlas al Sur y del Pirineo al Norte, entrambas coronadas de nieves perpetuas, y cuya corriente central es el Estrecho de Gibraltar, a la cual afluyen, de un lado, en sus pesadas caravanas, los tesoros del interior del continente africano, y del otro, en sus rápidos trenes de vapor, los tesoros del continente europeo. Lo repito. El Estrecho de Gibraltar no es un tabique que separa una casa de otra casa; es, al contrario, una puerta abierta por la Naturaleza para poner en comunicación las dos habitaciones de una misma casa”¹.

“El Estrecho de Gibraltar no marca geográficamente el límite de Europa y de África; al contrario, de él ha podido decirse justamente que, más que mar que separa, es río que une. Nadie que pase el Mediterráneo por Gibraltar [...] puede señalar diferencias geográficas entre el Sur de España y Marruecos [...]. En cambio, existe una zona geográfica de transición perfectamente marcada entre Europa y África; por esa causa, esa zona no es puramente Europa ni es puramente África. Empieza en los Pirineos y termina en el Atlas”².

Entre la aparición de estos dos párrafos transcurrieron sesenta años; años cargados de incidentes y de cambios; años protagonizados por acontecimientos de tanta trascendencia como la crisis y el desmoronamiento de un sistema político clientelar y corrupto ideado para durar y perdurar, como la instauración de una República democrática tras el fracaso de una dictadura de tintes regeneracionistas o, especialmente, como el estallido de una brutal guerra civil a la que siguió una oscura y larga posguerra. Diversos fueron, por tanto, los regímenes políticos que se sucedieron en España entre 1884, fecha del primero de los textos, y 1944, momento en el que apareció el segundo; como diversas fueron también las políticas coloniales y africanistas que dichos regímenes llevaron a cabo durante esas seis décadas. No obstante, más allá

¹ Joaquín COSTA, *Intereses de España en Marruecos. Discursos pronunciados en el meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1884, por los señores D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra y D. José de Carvajal*, Madrid, CSIC-IDEA, 1951 (1884), p. 12.

² Tomás GARCÍA FIGUERAS, *Reivindicaciones de España en el norte de África. Conferencia pronunciada el día 4 de octubre de 1942 en el Teatro Principal de Barcelona*, Madrid, [s.n.], 1944, p. 11.

de todos estos cambios y transformaciones, si leemos detenidamente los dos párrafos iniciales, nos damos cuenta de que, pese a su distancia temporal y pese a ser fruto de contextos políticos e intelectuales completamente diferentes, existe una especie de “continuidad” entre lo expuesto en el primero, procedente de un mitin de Joaquín Costa, y lo planteado en el segundo, extraído de una conferencia de Tomás García Figueras, uno de los denominados “padres” del africanismo franquista.

Como la historiografía ha puesto de manifiesto, muchos de los planteamientos de los ideólogos más destacados del franquismo bebieron de las aportaciones de pensadores e intelectuales del siglo XIX, especialmente finiseculares³. El discurso africanista, como hemos querido mostrar con los fragmentos iniciales, no fue una excepción, por lo que para entender las propuestas de los africanismos franquistas, entre las que se encontraría el discurso de García Figueras, resulta imprescindible mirar atrás y ver en qué consistió la tradición africanista decimonónica. Para ello, figuras como Joaquín Costa resultan de una enorme utilidad no sólo por su influencia posterior, sino también porque fueron hijas de un tiempo y receptoras, activas o pasivas, de un tipo de lenguaje y de imaginario que ya les llegó muy elaborado y que, con ciertas modificaciones, les sobrevivió. El estudio del africanismo costista, por tanto, resulta interesante no solamente por la trascendencia del intelectual aragonés, sino también porque su obra supone una magnífica síntesis de las principales propuestas del africanismo español decimonónico⁴. Por esta razón, utilizando a Joaquín Costa como punto de partida, vamos a analizar en esta primera parte cuáles fueron los fundamentos de los discursos africanistas contemporáneos en España para ver, en la segunda, en qué medida los franquistas bebieron de una tradición ya existente o crearon una nueva.

1.1. JOAQUÍN COSTA: “CLARIVIDENCIA AFRICANISTA”

Hacía pocos días que el invierno había dado paso a una tímida primavera cuando Joaquín Costa y Martínez hizo públicas las líneas con las que comenzábamos el capítulo. Sus palabras, pronunciadas ante el auditorio del Teatro de la Alhambra de

³ Véase, por ejemplo, Ismael SAZ CAMPOS, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

⁴ No obstante, conviene señalar que, como Costa, hubo otros autores que también ocuparon un papel relevante en la configuración del africanismo del siglo XIX e influyeron en la configuración de los discursos africanistas franquistas. De muchos de ellos daremos cuenta a lo largo de este trabajo.

Madrid el día 30 de marzo de 1884, pretendían que ese cambio de estación coincidiera, en cierto modo, con el inicio de un cambio también en la política africanista: había que conseguir que la hasta entonces fría actitud gubernamental y empresarial hacia las posturas africanistas se volviese cálida y receptiva. Así, un Costa profundamente colonialista desempolvaba su mejor oratoria al pronunciar estas contundentes reflexiones en un mitin organizado por la recientemente creada Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, un acto donde el argumento de la hermandad ibero-magrebí iba a ser una de las piedras angulares de su razonamiento.

Por aquellas fechas, Costa aún se mostraba optimista en cuanto a las posibilidades de impulsar una verdadera política colonial africana más allá de “cuatro expediciones” con escaso apoyo. Era cierto que se habían hecho muchas cosas mal, especialmente por desidia, pero él era el primero en considerar que el viraje aún era posible. Poco más de año y medio después, la visión de Joaquín Costa ya no sería la misma, como muestran las siguientes palabras procedentes de una carta personal que el aragonés escribió, entre el sarcasmo y la desolación, a su amigo y maestro Francisco Giner de los Ríos:

“Cada vez estoy más desorientado y entiendo menos esta comedia: ¡bien decían que mi atrofia es progresiva! Me traen el presupuesto de Fernando Poo⁵: 3 ½ millones de gastos! [...] y mientras tanto, no han tenido 15,000 duros para salvar y ensanchar con una expedición aquello, que estoy viendo perderse tan claro como veo este papel; y ni sociedades geográficas, ni círculos políticos, ni ministros ni diputados hacen nada para atajar esa demencia [...] dos meses he estado pidiendo de rodillas [...] para que realizasen cierto plan para encontrar dinero y hacer la expedición de Guinea: no quisieron; y sin embargo de que veo la pérdida próxima de aquello y la ruina del pequeño porvenir colonial que le quedaba al país, me guardo el plan en la cabeza, por no meterme más en camisas de once varas, y aguardo de un momento a otro la catástrofe”⁶.

Es evidente que estos pensamientos tan íntimos del montisonense ya no hacían prever un cambio de estación por lo que respecta a la aplicación práctica del discurso africanista español. Más bien al contrario: todo apuntaba a que la política africanista

⁵ Las misiones de Fernando Poo irritaban a Costa. En un ciclo de conferencias sobre el tema “España en África en 1884”, impartidas en el Ateneo, exclamaba: “con menos de lo que cuestan cada año al erario público los misioneros católicos de la liliputiense isla de Fernando Poo habría podido España... [fundar] un imperio hispano-africano, cuádruple en extensión a la península”. Palabras recogidas en George J.C. CHEYNE, *El don de consejo. Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1983, p. 244. Para más información sobre la Guinea española y Fernando Poo, véase Dolores GARCÍA CANTÚS, *Fernando Poo; una aventura colonial española*, Barcelona, CEIBA, 2006.

⁶ CHEYNE, *El don de consejo...*, op. cit., pp. 56-57.

finisecular iba a pasar por una etapa de escasez, en el mejor de los casos, agónica o inexistente, en el peor.

Aunque sus problemas de salud, como él mismo confesaba a Giner, empezaban a influir en los aspectos más cotidianos de su vida, incluyendo sus posibilidades de actuación, su pluma aún tronaría con virulencia para denunciar la que él consideraba una nefasta política colonial por parte de las autoridades españolas y de la iniciativa privada. Esta fuerza discursiva permanecería en Costa durante muchos años y, en este sentido, es interesante señalar que, siendo ya una auténtica sombra de lo que había sido por culpa de su terrible enfermedad (una distrofia muscular progresiva), aún tendría la osadía de criticar, pocos años antes de su muerte, la política marroquí de Maura, especialmente cuando, en 1909, se produjo el fracaso de Barranco del Lobo y los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Pese a esto, lo cierto es que, prácticamente desde finales de los años ochenta del siglo XIX, el Costa africanista empezó a enmudecer, harto de que sus propuestas fuesen ignoradas o guardadas en olvidados cajones ministeriales.

¿Por qué nos interesa entonces analizar el discurso africanista de un hombre que, por lo que parece, influyó tan poco en la política colonial de su tiempo? Fundamentalmente por dos razones: porque Costa tuvo la virtud de absorber (y sintetizar), aunque fuese de una manera autodidacta, buena parte del legado africanista y arabista anterior, y porque, a través de su obra, influyó no sólo en los teóricos del africanismo decimonónico, sino también en muchos políticos y militares que, tras la Guerra Civil, llegaron a ocupar cargos clave en la Administración. Sus propuestas africanistas no fueron muy tenidas en cuenta mientras él vivió, pero se convirtieron en reflexiones de una influencia significativa en un momento en el que el africanismo pasó a ser, aunque sólo fuera de cara a la galería, una cuestión clave de la política gubernamental: el primer franquismo⁷.

⁷ A pesar de todo lo dicho, las propuestas africanistas de Costa fructificaron en alguna acción política durante la Restauración, especialmente ya en el siglo XX. No obstante, Costa lamentó que no se le hubiese hecho caso antes, cuando la “penetración pacífica”, en su opinión, aún era posible. Podemos recordar, en este sentido, las palabras que, según el escritor y periodista Ciges Aparicio, pronunció en 1909 como respuesta a la pregunta de un participante de un congreso africanista en Madrid: “¿Qué le parece? Esos infelices no se han enterado de que los modernos imperios coloniales tienen territorios diez veces, treinta veces, cincuenta veces más extensos que las metrópolis. Hace veinte años aún era tiempo de pensar en Marruecos; pero me dejaron solo; me hicieron fracasar... lo mejor que ahora podríamos hacer es abandonar esa estrecha zona, abrupta y estéril, que jamás compensará a España de la sangre y los tesoros que va a costarle”, Manuel CIGES APARICIO, *Joaquín Costa. El gran fracasado*, Madrid, 1930, p. 99, citado en George J.G. CHEYNE, *Joaquín Costa, el gran desconocido: esbozo biográfico*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1972, p. 108.

Así pues, no debe extrañarnos que, a lo largo de todo el franquismo, la figura del Costa colonialista fuese estudiada y valorada por muchos historiadores y pensadores del régimen que destacaron, entre muchas otras cosas, su “genialidad” o su profunda “clarividencia africanista”⁸. Luis Aguirre Prado fue uno de esos autores que reivindicó esta faceta del aragonés, y lo hizo hasta fechas muy tardías. De este modo, en 1969, cuando el sueño imperial africanista ya había hecho aguas, Aguirre aún afirmaba que:

“En todos sus escritos, las ideas proliferan indicativos de segura positividad. Ideas de Joaquín Costa, uno de los contados africanistas que comprendieron el significado del testamento de la gran reina Isabel [la Católica] respecto al África, porque el pensador aragonés consideró, como lo evidenció esa excelsa mujer, cómo son de comunes los intereses de los dos pueblos cuyas costas son, en parte, valedares de un Estrecho de máximo valor en las relaciones internacionales”⁹.

Muchos han estudiado al Costa africanista desde que Aguirre Prado escribiera este artículo; incluso ha habido monografías sobre el tema, como la de Eloy Fernández Clemente *Joaquín Costa y el africanismo español*, publicada en 1977. A lo largo del año 2011, además, con motivo del centenario de su muerte, se celebraron por toda España numerosos actos (exposiciones, ciclos de conferencias, etc.) que, centrados en el análisis de su legado, tampoco olvidaron esta faceta del aragonés¹⁰. Ahora bien, en términos generales pocos autores han hecho un análisis de esta vertiente de Costa desde una perspectiva sociocultural. Han primado los estudios centrados en el fracaso o el éxito de la aplicación práctica de sus propuestas y no se ha atendido tanto a la carga discursiva o a las imágenes utilizadas¹¹. Y lo que parece más claro es que aún son

⁸ Palabras extraídas de un subtítulo del artículo de Luis AGUIRRE PRADO “Joaquín Costa, africanista”, *África*, nº 328 (1969), pp. 160-163. En los mismos términos se expresó varias décadas antes Eliseo Bermudo quien no dudó en calificar a Costa de “batallador de África” o “paladín egregio del africanismo”. Eliseo BERMUDO SORIANO, “Un gran batallador de África: Joaquín Costa”, *África*, nº 59-60 (1946), pp. 37-39.

⁹ AGUIRRE PRADO “Joaquín Costa, africanista”, *op. cit.*, p. 163.

¹⁰ Sirvan como ejemplo las ponencias “Costa y el africanismo en el Ateneo” de Azucena Pedraz Marcos o “Geografía y colonialismo en Joaquín Costa” de José Antonio Rodríguez Esteban, pronunciadas en el *Ciclo de Conferencias sobre Joaquín Costa* (Ateneo de Madrid, septiembre de 2011) y en las *Segundas Jornadas sobre el Legado de Joaquín Costa* (Universidad Autónoma de Madrid, noviembre de 2011), respectivamente. Igualmente debemos destacar la exposición que sobre Costa se organizó en la Universidad de Zaragoza entre el 22 de marzo y el 5 de junio de 2011 y que dio lugar a la obra Ignacio PEIRÓ MARTÍN (dir.), *Joaquín Costa: el fabricante de ideas*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Dirección General de Cultura, 2011.

¹¹ Obras interesantes en este sentido son AA.DD., *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura, 1984; Azucena PEDRAZ MARCOS, *Quimeras de África. La Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. El colonialismo español del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2000, donde hay un apartado relativamente extenso dedicado al pensamiento africanista del autor aragonés; Jesús MARCHÁN GUSTEMS, “Costa, los congresos africanistas y la colonización agrícola en Marruecos”, en

menos los autores que han intentado buscar con cierto detenimiento la influencia directa de Costa en los africanistas posteriores, especialmente franquistas.

Teniendo todo esto presente, a continuación sintetizaremos la esencia del discurso africanista de Joaquín Costa para poder, a partir de él y de sus imágenes más destacadas, ir hacia atrás (hacia los africanistas y arabistas de los años centrales del siglo XIX) y, especialmente, hacia adelante (hacia los africanistas y arabistas de la primera mitad del siglo XX) y ver qué permanencias y qué cambios hay en un discurso, el africanista, que nació con una cierta entidad a mediados del siglo XIX y que perduró, en mejores o peores condiciones, hasta bien adelantado el siglo XX.

1.1.1. Principales ejes del africanismo costista: argumentos “fraternales” para una “penetración pacífica”

El interés de Joaquín Costa por la geografía, el colonialismo y el africanismo comenzó a surgir a mediados de la década de los setenta, cuando rondaba los treinta años de edad. Muchos autores coinciden en que su paso por la Exposición Universal de París de 1867 fue clave para explicar el nacimiento del Costa africanista, un Costa que, enseguida, empezó a escribir pequeños artículos histórico-pedagógicos sobre África en revistas como el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, del que fue director¹². Ahora bien, si debemos destacar una primera fecha emblemática en la trayectoria africanista de Costa, esta es, probablemente, 1883, momento en el que el aragonés se convirtió en miembro de la Sociedad Geográfica de Madrid, fundada en 1876¹³.

A partir de esa fecha se inició una etapa en la vida de Costa marcada por el africanismo y el colonialismo, una etapa en la que el pensador de Monzón publicó numerosos artículos y obras, y dio un considerable número de conferencias de temática africana¹⁴. De hecho, una de las primeras cosas que hizo nada más entrar en la Sociedad

Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 465-490.

¹² PEDRAZ MARCOS, *Quimeras de África...*, op. cit., pp. 144-145.

¹³ Sobre la Sociedad Geográfica de Madrid, encontramos un buen análisis en José Luis VILLANOVA VALERO, “La Sociedad Geográfica de Madrid y las comunicaciones entre España y Marruecos”, en MARTÍNEZ ANTONIO y GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *Regenerar España y Marruecos...*, op. cit., pp. 405-442.

¹⁴ Para conocer de manera genérica la actividad africanista de Costa se puede consultar el apéndice final de la obra de Eloy FERNÁNDEZ, *Joaquín Costa y el africanismo español*, Luesia, Porviver Independiente, 1977, pp. 101-102.

Geográfica fue promover el primer *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil* donde pronunció diversos discursos, entre ellos el de apertura¹⁵.

Un año después, en 1884, impulsó la creación de la Sociedad de Africanistas y Colonistas que, con el tiempo, se convertiría en la Sociedad de Geografía Comercial, para fomentar diversas expediciones a África (entre ellas a Río de Oro, el Sáhara y el golfo de Guinea). De esa sociedad salió una revista, la *Revista de Geografía Comercial*, que el propio Costa dirigió entre 1885 y 1887¹⁶.

En un primer momento sus principales preocupaciones coloniales fueron el Sáhara y Guinea o, incluso, en el marco de un conflicto con Alemania, lugares tan lejanos como las islas Carolinas, en Oceanía. Marruecos, que es lo que más nos interesa para enlazar con el africanismo franquista, tardó un poco más en ser centro de atención de su discurso; pero cuando entró, lo hizo con fuerza.

Este creciente interés de Costa por el africanismo no debe ser considerado una peculiaridad dentro de su trayectoria. Así, para entender los fundamentos de las imágenes y del discurso africanista que Costa fue elaborando durante aquellos años, resulta imprescindible ampliar el foco y ver tanto los ejes principales del discurso costista en general como el contexto sociocultural en el que éste se construyó.

Las propuestas de Joaquín Costa deben ser enmarcadas en la gran crisis cultural de finales del siglo XIX, un momento caracterizado, entre otras cosas, por la rebelión contra el liberalismo, el positivismo y las ideas de progreso y modernidad que hasta entonces habían predominado. Por toda Europa se extendió la idea de que el viejo continente había entrado en una fase de decadencia y las respuestas para intentar salir de esta situación fueron muy diversas. Una de ellas, quizás la más significativa, fue la articulación de nuevos discursos nacionales que pretendían redescubrir la nación como salvadora de todos los males. De esta manera, se extendió la idea de que la culpa de todo era la débil nacionalización de la gente, la falta de verdaderas almas nacionales¹⁷.

¹⁵ Costa tuvo un cierto protagonismo en la mayoría de los eventos africanistas de esos años. Así, tras la celebración de un primer Congreso africanista en Granada en 1892, hubo un segundo encuentro en 1908 que, según diversos autores, tuvo lugar en Zaragoza para que Costa, retirado en Graus a causa de su enfermedad, pudiera asistir. Robert RICARD, “Contribution à l’étude du mouvement africaniste en Espagne de 1860 à 1912”, *Bulletin Hispanique*, tomo 48, nº 3 (1946), p. 259; MARCHÁN GUSTEMS, “Costa, los congresos africanistas...”, *op. cit.*

¹⁶ Gonzalo PASAMAR e Ignacio PEIRÓ, *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, pp. 206-208; Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE, *Estudios sobre Joaquín Costa*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989, p. 29; CHEYNE, *Joaquín Costa, el gran desconocido...*, *op. cit.*, p. 105 y ss.

¹⁷ En torno a esta crisis finisecular véanse, por ejemplo, George LUKÁCS, *El asalto a la razón: la trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1975; Henry Stuart HUGHES, *Conciencia y Sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*,

Un buen ejemplo del impacto europeo de esta crisis lo podemos encontrar en Francia, donde el discurso de decadencia de la Patria empezó a arraigar tras la derrota ante Prusia. Fue entonces cuando, en el marco de este nacionalismo de reacción antidecadentista, aparecieron figuras como Maurice Barrès, con su nacionalismo populista, o Charles Maurras, con su nacionalismo reaccionario¹⁸.

Tradicionalmente se ha dicho que en España este nuevo nacionalismo basado en la idea de decadencia y en la necesidad de una regeneración apareció tras el *desastre* de 1898 y la crisis de identidad nacional que ello conllevó; pero lo cierto es que escritos e intervenciones en esta línea ya los había habido desde mucho antes¹⁹. Así, por ejemplo, toda la primera producción africanista de Costa, la de los años setenta y ochenta, se puede enmarcar en este panorama.

Joaquín Costa articuló desde bien pronto un discurso nacional regeneracionista para afrontar la crisis del liberalismo y de la nación. Aunque no se planteaba romper definitivamente con la tradición liberal, de la que él bebía y procedía, su pesimismo le empujaba a menudo hacia una cierta revisión de esta tradición que, incluso, llegaba a justificar una pérdida de confianza en la democracia y el parlamentarismo, y a defender planteamientos tan conocidos y manidos como el famoso “Cirujano de Hierro”²⁰.

La regeneración nacional, para Costa, pasaba por impulsar políticas muy diversas en campos estratégicos como el económico, el educativo y también el colonial puesto que, para él, uno de los síntomas evidentes de la decadencia de España era el fin del imperio y, en especial, la inacción de los gobernantes para ponerle remedio. De este modo, no debe extrañarnos que, con frecuencia, las autoridades estuviesen en su punto de mira. Así, por ejemplo, en una conferencia pronunciada en 1882 en el Círculo de la

Valencia, Aguilar, 1972; George L. MOSSE, *La cultura europea del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1997; John W. BURROW, *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Barcelona, Crítica, 2001.

¹⁸ Para más información sobre el discurso nacionalista de fin de siglo en Francia se pueden consultar Pierre MILZA, “Les cultures politiques du nationalisme français”, en Serge BERSTEIN (dir.), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999, pp. 315-353; Zeev STERNHELL (dir.), *L'éternel retour. Contre la démocratie, l'idéologie de la décadence*, París, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994; Zeev STERNHELL, *Maurice Barrès et le nationalisme français*, París, Fayard, 2000; Stéphane GIOCANTI, *Charles Maurras. El caos y el orden*, Barcelona, Acontilado, 2010.

¹⁹ Sobre la crisis finisecular en España y el regeneracionismo español, véanse Vicente CACHO VIU, “Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas”, en Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997; Ismael SAZ, “Regeneracionismo y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea”, en Isabel BURDIEL y R. CHURCH (eds.), *Viejos y nuevos imperios. España y Gran Bretaña. Siglos XVII-XX*, Valencia, Episteme, 1998, pp. 135-156; José ÁLVAREZ JUNCO, “La nación en duda”, en Juan PAN-MONTOJO (coord.), *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 405-475; Vicente SALAVERT, y Manuel SUÁREZ CORTINA, *El regeneracionismo en España*, Valencia, Universitat de València, 2007.

²⁰ FERNÁNDEZ CLEMENTE, *Estudios sobre Joaquín Costa, op. cit., passim*.

Unión Mercantil e Industrial de Madrid, Costa criticó contundentemente la dejadez colonizadora española por oposición a la actitud francesa e inglesa. Para él, los españoles se limitaban a utilizar una dialéctica vacía sin propósitos reales mientras el resto de países se repartían el pastel colonial (y eso que aún no se había celebrado el Congreso de Berlín):

“Nosotros nos contentamos con hablar mucho, en estilo altisonante, del testamento de Isabel la Católica y de Cisneros, de la misión providencial que nuestra raza tiene que cumplir en Marruecos, de los derechos que la tradición y la historia han conferido a nuestro pueblo, de las glorias adquiridas y de la sangre derramada por nuestros heroicos abuelos en las pérfidas costas africanas, etc., etc.; y así, disipándose por la boca toda la virtualidad de nuestro espíritu, dejamos que los demás, sin haber tenido que abrir ningún testamento, ni contar con glorias ni tradiciones, ni tener destino providencial alguno, ni haber derramado sangre, ni dárselos un ardite de nuestros abuelos ni de sus nietos, vayan plantando su bandera en esos territorios que nos parece que han de venir a nosotros como llovidos del cielo”²¹.

Costa, con estas palabras, pretendía poner de manifiesto la pasividad gubernamental, una pasividad que a él, personalmente, le exasperaba. Le exasperaba porque consideraba que los políticos de la Restauración no hacían valer los derechos históricos que, fundamentados en la presencia española en África, prácticamente desde la Edad Media, y en una tradición política que a menudo ejemplificaban con el supuesto testamento “africanista” de Isabel la Católica, legitimaban y hacían necesaria una clara política colonial.

Le exasperaba porque, para él, era evidente que España tenía intereses económicos importantes en la zona; por lo que, además de criticar a los distintos gobiernos de la Restauración, lanzaba también con frecuencia sus dardos contra los capitalistas españoles que no arriesgaban en sus inversiones:

“Nuestra política en Marruecos es la más funesta y desastrosa de las políticas: consiste en no tener ninguna. En esto caminan a la par nuestros diplomáticos y nuestros comerciantes: los primeros abandonan el imperio marroquí a los ardides y a las habilidades de la diplomacia británica; los segundos abandonan el comercio marroquí a la activa gestión de los

²¹ Joaquín COSTA, *El comercio español y la cuestión de África*, Imprenta de la Legislación y Jurisprudencia, 1882 [Separata].

mercaderes ingleses. Entre unos y otros han desmoronado el edificio tan trabajosamente levantado por la bayoneta de nuestros soldados”²².

Finalmente, esa pasividad le exasperaba también por razones estratégicas, es decir, por miedo a que España pudiese quedar estrangulada entre los Pirineos y Gibraltar, uno de los argumentos recurrentes del discurso colonial español durante el siglo XIX pero también durante el XX. Sin ir más lejos, Francisco Coello, destacado africanista de finales del siglo XIX, presidente de la Sociedad de Africanistas y Colonistas y honorario de la Sociedad Geográfica y de la Academia de la Historia, inició su discurso en el ya mencionado mitin del Teatro de la Alhambra criticando la política de los conservadores de Cánovas por razones estratégicas vitales: “¡Qué sería de España, señores, el día que otra nación poderosa ocupase las costas y los territorios que tenemos tan próximos!”²³. Pero igual que hablamos de Costa y Coello podríamos poner ejemplos de Donoso Cortés, Cánovas del Castillo durante sus años de juventud y otros muchos ilustres nombres que, ya desde fechas tempranas, vieron en Marruecos algo básico para la prosperidad e incluso la supervivencia de España. La Sociedad de Africanistas y Colonistas, en este sentido, no dudaba en afirmar que:

“En términos geográficos, la política exterior de España podría condensarse en esta fórmula: ni Pirineos ni Estrecho. La cual, traducida a su forma negativa, produce esta regla de gobierno de gran utilidad: impedir que el Pirineo se levante más y que el Estrecho se transforme en un nuevo Pirineo [...] Harto tiene España a la espalda con un Gibraltar, para que vayamos a consentir que surjan, en un momento de debilidad nuestra, una legión de Gibraltares franceses detrás del Rif, y, como consecuencia, hoy o mañana, un segundo Gibraltar inglés en Tánger”²⁴.

Así, la actitud intervencionista de Costa y otros muchos africanistas en relación con los territorios norteafricanos, especialmente Marruecos, se vio más influenciada por el miedo a que las potencias europeas se hiciesen con el control del Mediterráneo que por el impulso de las fuerzas africanistas nacionales. De hecho, ya desde la Guerra de 1859-1860, muchos diplomáticos españoles con experiencia en el país magrebí advertían que el estado de descomposición del *Majzén*, la Administración sultana, lo llevaría a caer en manos de alguna potencia que podía perjudicar gravemente los

²² *Id.*

²³ Citado en PEDRAZ MARCOS, *Quimeras de África...*, op. cit., pp. 242-243.

intereses de España. Por tanto, desde bien pronto hubo africanistas que pidieron a las autoridades españolas una política más activa en Marruecos, aunque la actitud de los gobiernos siempre fue más favorable al mantenimiento del *statu quo* que a la intervención directa sobre el territorio²⁵.

No obstante, más allá de esto, la amargura de Costa tenía unas raíces mucho más profundas, unas raíces que había que buscar en la historia y en las mismísimas *entrañas* de la nación española y que, como veremos, los africanistas franquistas de los años cuarenta del siglo XX supieron explotar muy bien. Nos referimos a la idea de la misión providencial de España, misión que permitiría hablar después a Areilza, a Castiella o al ya mencionado García Figueras de legítimas reivindicaciones de España en África.

Un Costa contundente intentó dejar claro a los asistentes al *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil* de 1883 que España tenía aptitudes coloniales porque era una de las escogidas para civilizar²⁶. Pero no sólo porque así lo quería la providencia, sino porque era uno de los rasgos inherentes a la raza española: “¡La raza española! Yo tengo una fe ciega en sus destinos, yo la creo llamada a permanecer en el planeta, cuando tantas otras habrán ido desapareciendo; y otra vez esta convicción me mueve igualmente á recomendar á España la colonización”²⁷.

²⁴ Exposición elevada a las Cortes el 6 de junio de 1884 por parte de la Sociedad de Africanistas y Colonistas. Cita recogida en Gabriel MAURA GAMAZO, *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*, Madrid, [s.n.], 1905, p. 33.

²⁵ Cánovas del Castillo fue un buen ejemplo de ello. Aunque en su juventud, en obras como *Apuntes para la historia de Marruecos*, de 1851, había planteado la conveniencia de extender la frontera española hasta el Atlas, con los años suavizó el discurso hasta llegar a una profunda revisión. Así, siendo ya jefe de gobierno, consciente de la debilidad diplomática y militar de España, se mostró más proclive a defender la independencia del país vecino frente al resto de países europeos que a impulsar una verdadera política de conquista. Antonio T. REGUERA RODRÍGUEZ, “La formación de la conciencia africanista de España”, en Alejandro R. Díez Torre (ed.), *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*, Madrid, Ateneo de Madrid y Universidad de Alcalá, 2002, p. 34; Azucena PEDRAZ MARCOS, “El pensamiento africanista hasta 1883. Cánovas, Donoso y Costa”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 11 (1994), pp. 31-48; Leonor MELÉNDEZ, *Cánovas y la política exterior española*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944, p. 255; Juan Bautista VILAR, “Cánovas africanista”, *África*, febrero de 1972, p. 16.

²⁶ *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil celebrado en Madrid en los días 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 12 de noviembre de 1883: actas* [organizado por la Sociedad Geográfica de Madrid].

²⁷ Joaquín COSTA, *Estudios jurídicos y políticos*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1884, p. 276. Todo esto tendrá una clara relación con el concepto de Hispanidad, que también nace como reacción a la decadencia de España. Entre otras cosas, como veremos, la Hispanidad se basaba en la idea de que la raza española, fundamentada en principios más morales que biológicos, tenía la misión histórica y providencial de salvar a la humanidad a través de la espiritualidad. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fredes LIMÓN NEVADO, *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, CSIC, 1988; Alfonso BOTTI, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España. 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2008; David MARCILHACY, *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

El gobierno español, por tanto, debía impulsar una política africanista por razones históricas, económicas, estratégicas, pero también por razones providenciales y de raza. Además, no se podía olvidar que la sangre de los antepasados estaba encima de la mesa y que la “energía nacional”, por utilizar una expresión de Maurice Barrès, nacía también de los muertos que habían derramado su sangre por la nación. Así, “el edificio tan trabajosamente levantado por la bayoneta de nuestros soldados”, “la sangre derramada por nuestros heroicos abuelos en las pérfidas costas africanas” o “el abandono en que se han dejado nuestros territorios en la costa de Berbería y del golfo de Guinea, a costa de tanta sangre adquiridos”²⁸ son expresiones de Costa que gustarían mucho a los falangistas de los años cuarenta y que tuvieron un enorme eco en el contexto cultural de la España (y también de la Europa) de finales del siglo XIX.

Pero aún hay un último argumento fundamental que, para Costa y muchos otros africanistas del momento, explicaba la obligatoriedad de iniciar una política colonial activa, y éste no es otro que la idea con la que iniciábamos el capítulo: los más que evidentes vínculos con el norte de África.

El africanismo de Joaquín Costa, como hará después buena parte del africanismo franquista, se fundamentaba en un discurso de carácter idealista y fraternal. La hermandad entre España y Marruecos se basaba, lo hemos visto, en una unidad geográfica en la que aparecía la idea del Atlas como frontera natural de España, “España y Marruecos son como las dos mitades de una unidad geográfica”; pero, al mismo tiempo, en una hermandad cultural y étnica forjada a lo largo de la historia. Una obra clave de Joaquín Costa para analizar esta vertiente de su discurso africanista es *Estudios jurídicos y políticos*, de 1884, obra donde podemos leer afirmaciones como la siguiente:

“Por manera, señores, que analizándonos de esta suerte en el crisol reductor de lo pasado, no hallaremos una sola fibra en nuestro cuerpo, ni un sentimiento en nuestra alma, ni una idea en nuestra mente, ni una celdilla en nuestro cerebro, ni un giro de aire en nuestra atmósfera, ni un surco en nuestro suelo, que no lleve impresa la huella de aquellas razas berberiscas y orientales que hicieron de la Península como faro luminosísimo en medio de las tinieblas de la Edad Media [...] y que si es verdad que España, por la geografía y por la flora se enlaza con África y no con Europa, también el pueblo español, por psicología y por la cultura, ha de buscar al otro lado del

²⁸ Esta última cita procede de la “Circular informativa sobre la celebración de un Congreso de Geografía Colonial y Mercantil” (1883), citada en la obra PEDRAZ MARCOS *Quimeras de África...*, op. cit., pp. 151-152.

Estrecho, más que al otro lado del Pirineo, la cuna de su civilización y la ascendencia de su espíritu, pudiendo decirse sin hipérbole que, así como para la historia natural, el África empieza en los Pirineos, en términos de historia humana, el África para cada español, empieza en las plantas de los pies y acaba en los pelos de la cabeza”²⁹.

En este estudio, Costa habla de la formación de España e intenta aclarar que, en términos culturales, no se puede entender la nación española y su antiguo esplendor sin los componentes arabo-bereberes. Remontándose a los “albores de la nación”, señala que la base étnica de la nacionalidad española, celtas e iberos, no se podría explicar sin la maestría de Roma, por un lado, y de Marruecos, por otro. De Roma, dirá, se ha heredado la lengua, el derecho civil y las letras; de Marruecos, la agricultura, la industria y el comercio; pero además, la etapa musulmana permitió que España se convirtiera en un puente entre Oriente y Occidente, el puente que “derramaría en la sociedad europea la ciencia y el saber de los orientales”. Resulta obvia la utilidad de afirmaciones como ésta para los defensores de una España, ya en los años cuarenta del siglo XX, que, marginada por las democracias occidentales, debía presentarse como la salvadora de una Europa descarriada.

Tras insistir en que gracias a la presencia “oriental” España y Europa conocieron la medicina, la farmacia, la química, la botánica, las matemáticas, la astronomía e incluso la ciencia del gobierno, Costa remarca la continuidad de los lazos a pesar del paso del tiempo y la expulsión de los musulmanes de la Península por parte de los Reyes Católicos. Una de las principales evidencias, para él, es la lengua: “todavía hablan árabe, sin sospecharlo, nuestros labradores, para nombrar el alfoz de su municipio, sus aldeas y arrabales, sus almunias y alquerías, sus alfolíes, almazaras y zafareches [...] pero sobre todo, el vocabulario entero de la hidráulica agrícola pasó todo en una pieza a nuestra lengua”³⁰.

Ilustrativo, en relación con todo esto que estamos señalando, es el párrafo en el que comenta la expulsión de los moriscos por parte de Felipe III, un hecho que, en su opinión, merece la reprobación más absoluta:

“Cuando en el siglo XVII, aquella raza de moriscos diseminados por los reinos de Valencia, Granada, Aragón, Castilla y Murcia, descendientes de las tribus venidas siglos antes de Marruecos, y que formaban el nervio y la inteligencia práctica de nuestra nación, fue expulsada de la Península,

²⁹ COSTA, *Estudios jurídicos...*, *op. cit.*, pp. 319-320.

³⁰ *Ibíd.*, pp. 317-318.

transformando provincias florecientísimas en páramos y despoblados, arruinando el fisco [...] y convirtiendo a España “de Arabia Feliz en Arabia Desierta”, todavía entonces el fanatismo brutal y rabioso que inspiró tan criminal medida, tuvo que transigir con el saber de los expulsados, reteniendo en cada pueblo el seis por ciento de los moriscos para que fuesen maestros de los nuevos pobladores”³¹.

De todo esto podemos extraer la idea de que, para Costa, existía una clara hermandad en términos culturales e incluso espirituales; pero, ¿y desde la perspectiva étnica? ¿Existía una hermandad hispano-marroquí de raza o de sangre? El propio Costa lo planteó abiertamente en el ya tan comentado mitin del Teatro de la Alhambra: “¿Será la sangre lo que nos separa a españoles y marroquíes, será el espíritu de raza, eso que imprime un sello tan profundo a la nacionalidad y abre entre los pueblos abismos más imposibles de franquear que las cordilleras y los mares?”. La pregunta iba seguida de una respuesta muy clara: entre los dos pueblos hay una poderosa atracción fortalecida, probablemente, por un contacto secular en términos culturales, pero basada también en un parentesco de tipo étnico.

“Cuando hace cuatro años, los bereberes del Rif diputaban a sus jefes para que viniesen a España a implorar la protección de nuestra bandera y a entablar con nosotros relaciones mercantiles [...] ponían por fundamento a su petición, entre otros, éste: que pertenecen a una misma raza mediterránea, y que han corrido con nosotros una suerte común durante muchos siglos de su historia [...]. Pues bien, señores, esa hermandad de sangre que invocaban los rifeños, no es una sugestión del deseo ni un recurso gastado de retórica trasnochada. Entre las varias capas de población que la historia ha ido superponiendo, siglo tras siglo, entre el Pirineo y el Sáhara, una raza, por lo menos, la primordial [...] ha sido común á Marruecos y España”³².

Todos estos lazos históricos, todos estos vínculos que hemos señalado y que hacían que España tuviese que estar agradecida a Marruecos, permitían al mismo tiempo justificar ahora una actuación española en el país magrebí. Y lo mejor de todo era que estos argumentos no podían ser esgrimidos por ningún otro país europeo:

“No abre, no, la reconquista un abismo entre españoles y marroquíes; al contrario, esos nueve siglos de convivencia en un mismo territorio, debajo de un mismo cielo [...] han engendrado en nosotros un espíritu de confraternidad que, apagado sólo en apariencia, vuelve a inflamarse a poco que se remueva la ceniza que lo esconde [...]. Marruecos cumplió en la

³¹ *Ibíd.*, p. 319.

³² *Ibíd.*, p. 305.

Edad Media el destino providencial de fundar una civilización en nuestra Península, y España tiene en la Edad Moderna la misión providencial de promover una civilización en Marruecos”³³.

Más allá de las peculiaridades del discurso colonial español por poder presentar el pasado musulmán y la comunidad racial como un argumento más en favor de la política imperialista, lo que resulta evidente es que todo esto encajaba perfectamente con las argumentaciones que, en general, usaron los defensores del imperialismo en la Europa decimonónica. La mayoría de los planteamientos de aquella época partían de la idea de la supremacía de la civilización occidental y de la “responsabilidad” que los países europeos tenían a la hora de civilizar a los pueblos atrasados. De esta justificación nació la idea de “imperialismo humanitario”, que veía en la conquista un mecanismo de lucha contra las injusticias en los territorios colonizados (carencia de progreso técnico, esclavitud, etc.)³⁴. Lo que hicieron muchos de los africanistas españoles, Costa entre ellos, fue adoptar este discurso general del colonialismo europeo y darle un baño de fraternidad para reforzarlo. España se convertía en el hermano mayor (este símil lo veremos en muchísimas ocasiones) que en ese momento tenía la obligación de proteger a un hermano pequeño que, en otra época, lo ayudó e, incluso, lo civilizó. La erudición y la historia, por tanto, se ponían claramente al servicio de la intervención colonial.

Ahora bien, dentro de toda esta construcción teórica nos podemos encontrar, aparentemente, con una importante paradoja discursiva. Si conocemos la obra de Costa en sentido amplio sabemos que una de las respuestas que dio para solucionar la decadencia de España, a pesar de sus recelos hacia Francia o Inglaterra, fue la europeización; y así, por ejemplo, en “Mensaje y programa de la Cámara Agrícola del Alto-Aragón” publicado en *El Liberal* el 13 de noviembre de 1898, decía: “Necesariamente, la respuesta ha de llevar envuelta una total rectificación de nuestra historia” ya que “con un suelo semi-africano y una población medieval, no es posible constituir una nación moderna, por el tipo de las de Europa central”³⁵. Pero, si España tenía que mirar a Europa, ¿cómo encajaba eso con la reivindicación de los lazos con el Magreb?

³³ COSTA, *Intereses de España en Marruecos...*, op. cit., pp. 18, 25-26.

³⁴ Pascal BLANCHARD, Sandrine LEMAIRE y Nicolas BANCEL, *Culture coloniale en France: de la Révolution française à nos jours*, Paris, CNRS, 2008; Jean L. MIÈGE, *Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1975.

³⁵ Cita extraída de FERNÁNDEZ CLEMENTE, *Estudios sobre Joaquín Costa*, op. cit., p. 150.

Costa, *grosso modo*, reivindicaba la incorporación de España en Europa en términos materiales, pidiendo que se igualase al nivel de vida europeo. En este sentido, podemos decir que resolvía la supuesta paradoja al señalar que Marruecos también debía hacerlo y que sólo vía España lo podía conseguir³⁶. De esta manera, la europeización de España no estaría reñida con el discurso de hermandad norteafricana sino que sería una especie de deber providencial, puesto que el atraso material de España haría que Marruecos tampoco pudiera progresar y ésta era una de sus principales misiones, como apuntan las siguientes palabras:

“...lo que España debe ambicionar es que, por obra suya [...] no por ministerio ni por obra de ninguna otra nación, Marruecos se regenere tan por completo, que llegue a inscribir en el programa de sus ideales nacionales la reivindicación de Ceuta, como nosotros contamos ya entre nuestros ideales propios la reivindicación de Gibraltar [...]. Tenemos formada de los marroquíes una idea muy equivocada, tan equivocada como la que tenían de nosotros los ingleses y franceses hace pocos años, y tal vez aún hoy... Marruecos ha dejado de ser un pueblo oriental. Ahora viene el hacer de él un pueblo occidental, y por decirlo así, europeo”³⁷.

Podemos concluir, por tanto, diciendo que el discurso africanista que Costa fue construyendo durante las últimas décadas del siglo XIX, aun cuando hace falta verlo en el contexto del africanismo español, no se alejó en exceso de las pautas genéricas del colonialismo europeo del momento, un colonialismo que, con frecuencia, era presentado como pieza clave para superar la degeneración y decadencia de la patria³⁸. Ahora bien, es evidente que intentó encajar estas pautas genéricas dentro de la propia tradición histórica española con la intención de que la legitimación de las intervenciones coloniales fuese más contundente e, incluso, permitiera desacreditar otros colonialismos que, a diferencia de lo que se decía sobre el español, sólo se movían por intereses materiales (y no por razones espirituales o fraternales porque habría carecido de base histórica). Todo ello hizo de él uno de los máximos defensores de la denominada “penetración pacífica”, basada en la influencia económica y cultural mucho más que en el dominio militar y político del territorio, así como uno de los más

³⁶ Óscar Ignacio MATEOS Y DE CABO, *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 1998, pp. 133 y ss.

³⁷ COSTA, *Intereses de España en Marruecos...*, *op. cit.*, p. 28 y ss.

³⁸ Como confirman diversos estudios, éste fue también el caso del imperialismo alemán e incluso del británico. Véanse, en este sentido, Sebastian CONRAD, *Globalisation and The Nation in Imperial Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010; Duncan BELL, *The Idea of greater Britain. Empire and the future of World Order, 1860-1900*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

destacados impulsores de unas ambivalencias identitarias que, como veremos, caracterizaron a una parte importante del africanismo español desde sus orígenes.

Vistos los principales componentes del africanismo costista, lo que nos interesa ahora es estudiar de dónde bebió Costa a la hora de elaborar su discurso para comprobar hasta qué punto éstos fueron unos planteamientos originales o una mera repetición o reconstrucción de lo que ya se había dicho. ¿Había supuesto Joaquín Costa algo nuevo en el panorama africanista o simplemente se había limitado a reproducir viejos esquemas de décadas anteriores?

1.2. EL ORIENTALISMO ESPAÑOL: ENTRE LA MAUROFOBIA Y LA AMBIVALENCIA

“No vamos a 'puñar en África' con lanzón y tizona. Sí a devolver al moro con nuestra civilización la que en pasados siglos nos prestara”³⁹.

En estos términos se expresaba el publicista y político republicano Rodrigo Soriano en 1922, once años después de la muerte de Joaquín Costa y sólo uno tras la brutal derrota de las tropas españolas en Annual. Que el ilustre jurista y pensador aragonés hubiese defendido la denominada “penetración pacífica” a finales del siglo XIX no resulta, en principio, demasiado extraño: se trataba de un contexto relativamente favorable a esos postulados. Que Soriano la siguiera defendiendo en esas fechas, tras los numerosos incidentes bélicos acaecidos en el Rif, quizás llame más la atención.

Las razones por las que un personaje como Rodrigo Soriano podía defender posturas como la que acabamos de ver tienen mucha relación con su propia trayectoria personal y política, así como con el marco político-cultural en el que se formó y se movió⁴⁰. Ahora bien, más allá de esto, sus palabras ponen de manifiesto que el discurso

³⁹ Rodrigo SORIANO, *¡Guerra, Guerra, al infiel marroquí!*, Cuenca, Talleres Tipográficos «El Día de Cuenca», 1922. Recogido en Alhouzine BOUZALMATE, “Marruecos y los intelectuales y publicistas españoles (1921-1923)”, en Ángeles RAMÍREZ y Bernabé LÓPEZ GARCÍA (eds.), *Antropología y antropólogos en Marruecos. Homenaje a David M. Hart*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002, p. 84.

⁴⁰ Rodrigo Soriano procedía de una tradición, la de la *Renaixença*, que desde bien pronto tendió a exaltar el pasado árabe (por oposición a las monarquías cristianas) como uno de los momentos clave de la configuración nacional. El republicanismo blasquista, en general, presentó a la valenciana como una sociedad con claras raíces moras, aunque españolizadas y desposeídas de los componentes “orientales”.

fraternal del africanismo decimonónico no fue algo efímero, sino más bien un entramado argumental minuciosamente elaborado que, por razones bien diversas, no llegó a desaparecer ni en los momentos más duros de las guerras coloniales.

Durante el último tercio del siglo XIX, Marruecos se había ido definiendo como la musa del africanismo español y los marroquíes, aunque exóticos y decadentes, eran vistos por no pocos orientalistas como los herederos de aquella esplendorosa cultura medieval que unió a España con el norte de África. El propio Costa, como hemos visto, había mostrado una imagen un tanto idealizada del magrebí al hacer énfasis en la civilidad de sus “antepasados” andalusíes para presentar el colonialismo como un deber histórico y moral: España debía devolver la civilización a quien, pese a su decadencia presente, en otro tiempo la civilizó. Esto, como ya hemos señalado, legitimaba una intervención económica y cultural en la otra orilla del Mediterráneo que se sustentaba discursivamente no tanto en la barbarie del “otro” como en los lazos históricos, culturales e incluso sanguíneos que lo aproximaban al “nosotros”.

Sin embargo, el éxito que alcanzaron estas imágenes a finales del siglo XIX entre algunos sectores académicos y colonialistas no fue óbice para que otros discursos sobre el Magreb y el magrebí emergieran también con fuerza. Las terribles derrotas militares que tuvieron lugar en territorio africano durante las primeras décadas del siglo XX contribuyeron al progresivo arrinconamiento de esa representación romántica del Oriente imaginado; una representación que, todo sea dicho, ya hacía tiempo que agonizaba y que, en general, nunca acabó de arraigar en el conjunto de la población española más allá de los sectores orientalistas⁴¹. Así, en la década de los veinte, muchos eran ya los que, como Ernesto Giménez Caballero, de quien hablaremos a lo largo del

Así, muchos destacaron que la herencia “oriental” tuvo un papel importante en la maduración de una personalidad valenciana que, no obstante, tenía sus raíces en la antigüedad local (iberos). Aunque esa retórica, en general, no dio lugar a discursos de hermandad con el norteafricano del presente, sí contribuyó a construir un determinado discurso de oposición a las guerras coloniales que podemos encontrar, también, en otros republicanismos. Para un análisis más detallado sobre la lectura historiográfica del pasado andalusí en el País Valenciano véase, por ejemplo, Pau VICIANO, *La temptació de la memòria*, Valencia, Edicions 3i4, 1995, pp. 151-183.

⁴¹ Véanse, para más información, Eloy MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002; José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona, Anthropos, 2002; Rabia HATIM, “Marruecos, mito y realidad: el Oriente y el Rif”, *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XI (1990), pp. 131-148; María Rosa de MADARIAGA, “Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la Guerra Civil de 1936”, *Revista Internacional de Sociología*, v. 46 (1988), pp. 575-600.

trabajo, afirmaban que “las *Mil y una noches*, no las habían podido producir estos berberiscos. Son algo más fino y más delicado”⁴².

Estas dos citas, la de Soriano y la de Giménez Caballero, escritas con tan sólo un año de diferencia, sintetizan, *grosso modo*, la esencia de las dos grandes corrientes del africanismo español contemporáneo, dos corrientes que convivieron desde el primer momento, aunque con una presencia pública mayor o menor en función del contexto. Con la llegada del siglo XX y los numerosos incidentes hispano-marroquíes, la imagen igualmente africanista del moro salvaje, brutal y dañino que sólo entiende el ruido de los cañones hizo que las otras visiones, las de la fraternidad y los sueños exóticos, pasaran a un segundo plano, aunque sin llegar a desaparecer completamente de la esfera pública (como confirman las palabras de Soriano). Como ya hemos apuntado, el entramado discursivo del viejo africanismo decimonónico, el que había sustentado la idea de la penetración pacífica, seguía poseyendo argumentos demasiado potentes y legitimadores para desaparecer sin más; por esa razón se mantuvo ahí, más o menos silenciado, hasta que nuevos actores, en un nuevo contexto, decidieron revitalizarlo⁴³.

De todo ello, lo que nos interesa remarcar es que el discurso africanista español fue complejo y un tanto poliédrico, por lo que, en realidad, quizás no deberíamos hablar de uno sino de varios africanismos que, desde sus orígenes, desde su mismo nacimiento, presentaron, por un lado, unos ejes comunes y, por otro, claras divergencias. Veamos pues, a continuación, de dónde procedieron esos ejes y divergencias, en qué consistieron y qué cambios y permanencias experimentaron con el paso del tiempo.

1.2.1. Orientalismo y arabismo en la España decimonónica

Para la inmensa mayoría de la historiografía, el africanismo fue la principal manifestación del orientalismo en España⁴⁴. Aunque, *a priori*, el término orientalismo hace referencia a la tradición encargada de estudiar la civilización y cultura de los denominados “pueblos orientales”, desde los años setenta, especialmente desde la

⁴² Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta, 1983 (1923), p. 156.

⁴³ Víctor MORALES LEZCANO, *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, UNED, 1989; también, *España y mundo Árabe. Imágenes cruzadas*, Madrid, ICMA, 1993; MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*, *passim*.

⁴⁴ MORALES LEZCANO, *España y mundo árabe...*, *op. cit.*; también “El desarrollo de los estudios sobre el Magreb en la bibliografía española”, *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XVII (1996), pp. 291-307; Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en*

aparición de la obra *Orientalismo* de Edward Said, resulta difícil desligar esta tradición del colonialismo y el imperialismo. Así, en palabras del intelectual palestino, el orientalismo se puede definir como un método “occidental” construido con la clara finalidad de dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente, que no es otra cosa que una construcción cultural subordinada a Occidente. Para conseguir tal propósito, los denominados orientalistas elaboraron toda una serie de imágenes que no sólo contribuyeron a reforzar la idea de superioridad occidental, sino que, además, tenían la misión de facilitar que el público europeo pudiese distinguir entre aquello que le era familiar/propio y aquello que le era ajeno, habitualmente considerado exótico e inferior⁴⁵. Mediante este proceso, como señala Fanon, el orientalismo europeo, por tanto, no sólo reconfiguraba y redefinía el resto del mundo, sino también la propia Europa, que pasaba a ser así un producto de sus otros⁴⁶.

Todas estas imágenes construidas por el orientalismo, como cualquier imagen que podamos analizar, no fueron visiones estáticas ni esenciales, por lo que, para entenderlas en toda su complejidad, tan importante es estudiar su lenguaje y contenido como el contexto de producción social en el que aparecieron. Así, el análisis de la figura del “otro oriental” debe ir más allá del simple estudio de opiniones y actitudes personales desde el momento en el que nos referimos también a sus efectos sobre las relaciones sociales y a su poder como objeto político⁴⁷. Por tanto, si bien es cierto que imágenes de “Oriente” las hubo prácticamente desde la Edad Media (Said las encuentra ya en la Grecia clásica), también lo es el hecho de que éstas nunca tuvieron la misma carga ideológica y política que adquirieron en el siglo XIX, un siglo caracterizado, entre

Marruecos. *Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999; MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*

⁴⁵ Edward W. SAID, *Orientalisme. Identitat, negació i violència*, Vic, Eumo Editorial, 1991 (1978), pp. 16-18, 77. Pese a la gran influencia que las propuestas de Said han tenido en los estudios sobre imperialismo y colonialismo, son también muchos los historiadores que han criticado o directamente rechazado su teoría del orientalismo. En este sentido, podemos destacar a Maxime Rodinson, que niega la existencia del orientalismo en sentido estricto, o a John Mackenzie, que ha acusado a Said de simplificar la historia de intercambios culturales entre oriente y occidente. Muchos otros autores, pese a admitir y/o beber de sus tesis, lo han acusado de adoptar una posición occidentalista o, incluso, eurocéntrica por universalizar su experiencia y centrarse sólo en textos literarios procedentes del canon occidental, lo cual refuerza las posiciones binarias entre Oriente y Occidente que quería combatir y deja escaso margen de actuación a los colonizados. Maxime RODINSON, *La fascinación del Islam*, Madrid, Júcar Universidad, 1989; John M. MACKENZIE, *Orientalism: History, Theory and the Arts*, Manchester, Manchester University Press, 1995; James CLIFFORD, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature and Art*, Cambridge, Harvard University Press, 1988; Homi K. BHABA, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.

⁴⁶ Frantz FANON, *Los condenados de la tierra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963.

⁴⁷ Josep Lluís MATEO DIESTE, *El “Moro” entre los primitivos. El caso del Protectorado Español en Marruecos*, Barcelona, Fundació La Caixa, 1997, p. 30.

otras cosas, por la construcción de los discursos e identidades nacionales y por el imperialismo.

El orientalismo, según lo que acabamos de decir, proporcionó con frecuencia las herramientas y las justificaciones para impulsar políticas imperialistas y reforzar el “nosotros” frente al “otro”. Por esta razón, como señala buena parte de la historiografía post-colonial, podemos afirmar que las historias de las metrópolis europeas ni pueden ni deben ser vistas como historias separadas de las de sus colonias, ya que, recogiendo las reflexiones de Antoinette Burton para el caso británico, “el imperio no fue tan sólo un fenómeno ‘externo’, sino una parte fundamental de la identidad nacional y de la cultura de casa”⁴⁸. Si la nación, como señala Benedict Anderson, es una comunidad imaginada, el imperio y el “otro” desempeñaron un papel fundamental en esa imaginación del “nosotros”.

En este sentido, para legitimar el imperialismo y reforzar la propia identidad, los orientalistas europeos no dudaron en apelar con frecuencia a la historia y a la procedencia étnico-cultural de la nación, uno de los principios clave para fundamentar los discursos de superioridad. El problema es que en España esto planteaba una dificultad a la hora de elaborar un discurso orientalista propio y, por supuesto, una historia nacional: ¿qué hacer con al-Ándalus?⁴⁹

Durante el siglo XVIII, si no antes, muchos pensadores ya le habían dado vueltas a la cuestión intentando responder al hecho de que España fuera vista por muchos países europeos como una más de las regiones de Oriente y que ésta fuese, en parte, la razón de su decadencia tras haber tenido un pasado tan esplendoroso. Sin embargo, el tema se volvió mucho más complejo en el siglo XIX, cuando ya estaban en marcha los procesos de construcción de las identidades nacionales. Las naciones europeas se concebían como el resultado de múltiples cruces étnicos y culturales que seguían siendo visibles en

⁴⁸ Cita de Antoinette Burton recogida en Simon GUNN, *Historia y teoría cultural*, Valencia, PUV, 2011, p. 204.

⁴⁹ Precisamente esta cuestión, la inclusión del pasado andalusí en el discurso orientalista español, ha llevado a numerosos autores a criticar las posturas de Said. España no fue nunca objeto de atención para el intelectual palestino y, cuando hizo alguna referencia a su orientalismo, fue simplemente para señalar su carácter subalterno en relación con los modelos francés e inglés. El caso español, sin embargo, presenta unas particularidades que, más allá de demostrar la complejidad del fenómeno orientalista, rompen con el esquema de “fronteras culturales” basado en la dicotomía Oriente/Occidente. Las aportaciones de Bhaba sobre la ambivalencia y la hibridez, en este sentido, aportan instrumentos más eficaces a la hora de abordar un orientalismo, el español, en el que, con frecuencia, la línea que separaba al “otro” del “nosotros” no estaba bien delimitada. José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, “Edward Said y el orientalismo. Revisión crítica y perspectivas múltiples”, en Víctor Morales Lezcano (ed.), *Actas de la Jornada sobre Orientalismo, Ayer y Hoy (entrecruce de percepciones)*, Madrid, UNED, 2006, pp. 31-48.

el carácter de las comunidades nacionales modernas y que, entre otras cosas, permitían distinguir a un país civilizado y avanzado de los que no lo eran. Pero España presentaba una particularidad en el pasado nacional que, incluso, podía llegar a poner en duda su carácter europeo⁵⁰.

Sabemos que, como consecuencia de esto, entre algunos orientalistas europeos se fue extendiendo a lo largo del siglo XIX la imagen romántica de una España orientalizada en la que el legado andalusí permanecía con una cierta evidencia⁵¹. Ahora bien, ¿qué explicaciones dieron los propios orientalistas españoles?

El debate sobre la construcción de la identidad nacional española y de una historia patria impulsó en España, según Aurora Rivièrre, el inicio de los estudios “orientales” en los años centrales del siglo XIX para poder definir algo tan básico como qué era ser español⁵². Aunque ya durante el siglo XVIII figuras como Miguel Casiri, traductor y estudioso de inscripciones andalusíes, o José Antonio Conde, profesor de lengua hebrea y griega en la Universidad de Alcalá, dieron un impulso significativo a los estudios árabes en España, el nacimiento del orientalismo-arabismo español contemporáneo hay que verlo directamente ligado al proceso de construcción de la identidad nacional española⁵³.

Durante los años centrales del siglo XIX el interés político que despertó el tema favoreció la aparición de un importante núcleo de arabistas en la Facultad de Letras de Madrid y también, posteriormente, en la Universidad de Granada. Fue la época de personajes tan importantes como Pascual de Gayangos, discípulo del célebre orientalista

⁵⁰ Véanse al respecto Xavier ANDREU MIRALLES, “El triunfo de Al-Andalus: las fronteras de Europa y la «(semi)orientalización» de España en el siglo XIX”, *Saitabi*, nº 55 (2005), pp. 195-210; Susan MARTIN-MÁRQUEZ, *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*, Yale University Press, 2008, pp. 18-27.

⁵¹ Jo LABANYI, “Love, Politics and the Making of the Modern European Subject: Spanish Romanticism and the Arab World”, *Hispanic Research Journal*, nº 5-3 (2004), pp. 229-243; MARTIN-MÁRQUEZ, *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa...*, *op. cit.*, pp. 39 y ss.

⁵² Aurora RIVIÈRRE, *Orientalismo y nacionalismo español. Estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid. Editorial Dykinson, 2000, p. 21. Para un análisis más general del debate sobre la construcción de la identidad nacional española pueden consultarse, entre otros, José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001; Carolyn P. BOYD, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000; Ferran ARCHILÉS y Manuel MARTÍ, “Un país tan extraño como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea” en M^a Cruz ROMEO e Ismael SAZ (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 245-278.

⁵³ Para más información sobre los orígenes del arabismo español, véase Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “Orientalismo y traducción en los orígenes del arabismo moderno en España” en Gonzalo FERNÁNDEZ PARRILLA y Manuel C. FERIA GARCÍA (eds.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, Cuenca, Escuela de Traductores de Toledo-Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2000, pp. 153-171.

Silvestre de Sacy, José Moreno Nieto, Francisco Fernández y González, Francisco Javier Simonet, Emilio Lafuente Alcántara o Francisco Codera, entre muchos otros. El arabismo español contemporáneo, representado por estas figuras, nació, por tanto, para decir qué era “propio” y qué era “extraño”; para establecer si el legado arabo-andalusí había sido un elemento deformador y disolvente o algo enriquecedor para la nación⁵⁴.

Debido a sus distintas procedencias ideológicas y a sus divergencias a la hora de concebir la historia nacional, las aportaciones de estos autores presentaron diferencias significativas en algunos aspectos. Ahora bien, eso no impidió que, con frecuencia, todos los arabistas fueran metidos en el mismo saco por parte de una historiografía que, hasta el momento, había menospreciado o directamente olvidado el período andalusí⁵⁵. Como señala Bernabé López García, sólo el hecho de hablar de al-Ándalus implicaba para buena parte de los medievalistas introducir un elemento distorsionador en el centro del debate sobre las esencias de España, lo cual era inaceptable. Por esta razón fue frecuente que, durante aquellos años, los arabistas en su conjunto fueran criticados con contundencia, como muestra la siguiente cita del que fuera rector de la Universidad Central de Madrid entre 1875 y 1877, Vicente de la Fuente:

“Casi todos los enemigos de Dios, de la Iglesia católica, de la tradición, de la antigüedad y del principio de autoridad, se han venido en pos de los arabistas, no para reforzarlos, [...] sino para ver la pelea desde seguro, azuzar a los arabistas, como quien dice a los moros, contra los monumentos

⁵⁴ RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, p. 59.

⁵⁵ Desde la Época Moderna, fueron muchos los historiadores y cronistas que, como el célebre padre Mariana, consideraron el periodo andalusí una catástrofe para España. A lo largo del siglo XIX aparecieron toda una serie de relatos históricos nacionales y nacionalistas que, pese a las divergencias derivadas de la pluralidad de culturas políticas, sirvieron para construir y reforzar la identidad nacional española. Ahora bien, a pesar de su pluralidad, esos relatos tampoco incluyeron en general la época andalusí como un momento fundamental en el devenir patrio. Así, los sectores más tradicionalistas y católicos, pero también buena parte de la tradición liberal, consideraron que Al-Ándalus (y, por extensión, todo aquello del pasado español que pudiera tener un origen «oriental») era algo ajeno a la identidad nacional. Su aportación al patrimonio de la cultura española podía ser, en el mejor de los casos, algo provechoso, pero en ningún momento daba lugar a discursos de comunidad racial o hermandad con los habitantes de la otra orilla del mediterráneo. Margarita DÍAZ-ANDREU, “Islamic archaeology and the origin of the Spanish nation”, en Margarita DÍAZ-ANDREU y Timothy CHAMPION (eds.), *Nationalism and archaeology in Europe*, Londres, UCL Press, 1996, pp. 68-89; BOYD, *Historia Patria*, *op. cit.*; Mariano ESTEBAN DE VEGA: «Castilla y España en la *Historia general* de Modesto Lafuente» en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 87-140; Rafael VALLS MONTÉS, “La imagen del islam en los actuales manuales escolares españoles de historia”, en Luigi CAJANI (dir.), *Conociendo al otro. El islam y Europa en sus manuales de historia*, Madrid, Fundación ATMAN-Santillana, 2008, pp. 73-122.

de la antigüedad, como quien dice contra los católicos, y dar vaya y grita a éstos si en alguna cuestión histórica quedaban al parecer mal parados”⁵⁶.

Pese a sus diferencias, los arabistas sí conformaron una especie de grupo o escuela que llegó con una cierta entidad hasta el franquismo, lo que nos permitiría hablar claramente de una tradición arabista española. En este sentido, no podemos dejar de señalar que buena parte de los grandes nombres del arabismo español contemporáneo procedieron de una misma línea historiográfica; una línea muy positivista y preocupada por encontrar los documentos y datos que permitieran llenar vacíos para, a la larga, realizar visiones de conjunto que se integraran en las historias generales. Resulta pertinente, por tanto, el título de un artículo de Manuela Marín donde hablaba de “arabistas en España: un asunto de familia”⁵⁷.

En cierto modo, el iniciador del arabismo moderno en España fue Pascual de Gayangos y Arce (1809-1897), discípulo, como ya hemos dicho, de Sacy, y catedrático de Árabe en la Facultad de Letras de Madrid entre 1844 y 1881. Gayangos era un liberal progresista y su línea historiográfica fue seguida por su discípulo Francisco Fernández y González, un liberal demócrata que llegó a ser catedrático de Estética en la Universidad Central. Sin embargo, de la maestría de Gayangos también salió otra línea arabista, más conservadora, encabezada por Francisco Codera y Zaidín, que llegó, mediante filiación directa, hasta el franquismo⁵⁸. Esta continuidad de la tradición académica arabista hace que el estudio de los planteamientos de todos estos autores resulte de gran interés si queremos tratar después, de una manera exhaustiva, las visiones de los africanistas franquistas.

A pesar de esto, el relato arabista, como ya hemos señalado, no fue homogéneo; aunque eso no impidió que, en algunos aspectos, se pudiera alcanzar una serie de acuerdos básicos. Uno de ellos, quizás el más evidente, fue el que tuvo relación con la lengua castellana.

⁵⁶ Cita recogida en Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “Enigmas de al-Ándalus: una polémica” en el monográfico “Al-Ándalus frente a España: un paraíso imaginario”, *Revista de Occidente*, nº 224 (2000), p. 32.

⁵⁷ Manuela MARÍN, “Arabistas en España: un asunto de familia”, *al-Qantara*, v. XIII, 2 (1992), pp. 379-394.

⁵⁸ Codera, catedrático de Griego, Hebreo y Árabe en Zaragoza, Granada y Madrid, fue el maestro del importante arabista Julián Ribera (1858-1934), y Ribera, a su vez, formaría al más destacado de los arabistas franquistas: Miguel Asín Palacios (1871-1944). Véase, para más información, PASAMAR y PEIRÓ, *Diccionario Akal de Historiadores españoles...*, *op. cit.* En relación con la existencia de una Escuela Arabista Española basada en el contacto directo entre los arabistas de distintas generaciones, véase también Tomás GARCÍA FIGUERAS, “Asín Palacios, en el cuadro del arabismo español”, *África*, nº 33-34 (1944), pp. 128-130.

Como señalan numerosos autores, la construcción de las identidades nacionales contemporáneas estuvo relacionada, en muchos casos, con la estandarización y difusión de las que iban a ser consideradas lenguas nacionales. Hasta el siglo XVIII los estudios filológicos no habían estado vinculados a ningún proceso de construcción de identidades colectivas; se habían desarrollado en Europa, especialmente desde el Humanismo, pero su motivación había sido básicamente erudita⁵⁹. A medida que avanza la época contemporánea, los estudios filológicos empiezan a tener nuevas finalidades y las lenguas pasan a ser vistas como uno de los rasgos diferenciales que dan identidad y permanencia a los pueblos. Para Anne-Marie Thiesse, fue precisamente a finales del siglo XVIII cuando la cuestión de las lenguas nacionales se convirtió en un gran asunto europeo. En Francia, la revolución francesa dio lugar a una República que, entre otras cosas, se esforzó por extender el francés, considerado “lengua de la libertad”, en detrimento del resto de lenguas. En Alemania, intelectuales como Herder o Fichte presentaron la lengua como una forma de expresión común de la colectividad⁶⁰.

El conocimiento de las lenguas no sólo permitía llegar a la producción literaria en esos idiomas sino también, y esto era lo más importante, a la naturaleza de sus hablantes, al “carácter nacional”. Estos estudios, que fueron utilizados para estudiar la lengua propia y reforzar la identidad nacional, enseguida se pusieron también al servicio del orientalismo. Así, esta voluntad antropológica del estudio lingüístico nos permite entender que, a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en las universidades europeas comenzasen a aparecer cátedras de estudios orientales, especialmente de filología⁶¹.

En España, en general, el estudio de lenguas orientales (árabe o hebreo) no se extendió en el siglo XIX para dar respuestas sobre el “otro”, sino para definir el “nosotros”. A través de los estudios filológicos, los arabistas españoles encontraron numerosas influencias semíticas en la lengua castellana, uno de los fundamentos de la cultura nacional (recordemos, por ejemplo, el texto de Costa sobre esta cuestión). En este sentido, el profesor Gayangos, en el programa de su asignatura de árabe en la universidad para el curso que se iniciaba en 1844, escribía:

⁵⁹ Pese a ello, Benedict Anderson considera que la difusión de la imprenta desempeñó un papel fundamental en lo que sería la toma de conciencia de una identidad lingüística y nacional. Benedict ANDERSON, *Comunitats imaginades: reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, València, Universitat de València, 2005.

⁶⁰ Anne-Marie THIESSE, “Una nación, una lengua”, en *La creación de las identidades nacionales*, Madrid, Ensenada de Ézaro Ediciones, 2010, pp. 67-80.

“Si pues es cierto que nuestra historia está aún por hacer, que nuestras antigüedades están por investigar, que nuestra lengua contiene infinidad de vocablos cuya recta interpretación mal se podría acometer sin un estudio profundo de la lengua arábica [...]; si por último, para resolver el interesante problema de cuánto y de qué modo contribuyó el establecimiento de los árabes en nuestra península á la civilización de la Europa moderna, sea de todo punto necesario el estudio de esta lengua”⁶².

Uno de los primeros consensos a los que llegó la tradición arabista fue que el legado andalusí permanecía, parcialmente, en la lengua. Se admitía, de esta manera, la presencia “oriental” en uno de los fundamentos de la identidad nacional.

Un punto algo más polémico fue el de la raza. Aunque en esta cuestión no hubo un consenso claro, muchos arabistas destacaron la existencia de componentes semíticos en la “raza española” como consecuencia de tantos siglos de convivencia. La herencia “oriental”, así, tuvo un papel importante en la configuración de lo español, pero casi siempre sobre la base de la población autóctona de raíz ibérica o hispano-goda, primero cristiana y después islamizada. De hecho, como señala López García, esta idea acabó siendo el *leitmotiv* del arabismo español: al-Ándalus era digna de exaltación, pero debido a su excepcionalidad en el mundo islámico medieval por el sustrato hispano-romano o hispano-godo de sus habitantes. Una idea que, como veremos, perduró de manera clara hasta el franquismo⁶³.

Esta reflexión nos lleva a la tercera gran cuestión del relato arabista: si más o menos se aceptó que la lengua podía presentar “contaminaciones” y que, incluso, la raza, con las matizaciones indicadas, podía incluir elementos “orientales”, en ningún momento hubo acuerdo a la hora de hablar de una verdadera hermandad nacional con los musulmanes por una razón esencial: el papel de la religión. La mayoría de arabistas de la segunda mitad del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, profundamente conservadores y católicos, consideraron que buena parte del pasado musulmán se podía hispanizar, pero que la religión católica separaba a los musulmanes de los verdaderos nacionales. La *Reconquista*, así, se convertía en el capítulo más glorioso de la historia

⁶¹ RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, p. 35; RODINSON, *La fascinación del Islam*, *op. cit.*, p. 83.

⁶² Pascual de GAYANGOS, “Programa y pliego de asignatura para la cátedra de árabe erudito en el presente año” (1844), recogido en LÓPEZ GARCÍA, “Orientalismo y traducción...”, *op. cit.*, pp. 160-161.

⁶³ LÓPEZ GARCÍA, “Enigmas de al-Ándalus: una polémica”, *op. cit.*, pp. 31-50.

de la nación puesto que, como decían autores como Simonet, el sentimiento nacional de independencia se forjó, precisamente, en la lucha por la defensa de la religión⁶⁴.

Históricamente, el factor religioso había servido para marcar las diferencias entre el “nosotros” y el “otro” desde una perspectiva moral y/o política: la lucha contra los infieles respondía a intereses territoriales, de prestigio, pero también al hecho de que los musulmanes fueran vistos como impuros, traidores, falsos, pérfidos, crueles, cobardes o poseedores de una sexualidad desenfadada, entre otros muchos adjetivos. Era cierto que la proximidad a la religión permitía hacer matizaciones: ser un andalusí o un morisco no era lo mismo que ser un bereber o un norteafricano (mucho más bárbaros e incivilizados). ¿La razón? La jerarquía, basada en criterios naturalistas y raciales, y fundamentada en la proximidad o lejanía a la “civilización”, que se relacionaba claramente con el cristianismo⁶⁵. Ahora bien, hasta el siglo XIX no se utilizó la religión como un auténtico fundamento de la identidad nacional española⁶⁶.

Un buen ejemplo de ello lo encontramos en el debate que, sobre los mozárabes y mudéjares, enfrentó a los principales arabistas decimonónicos y que, en cierto modo, está en la base de lo que después sería la célebre polémica entre Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro. Para la mayoría de esos arabistas, todas las virtudes de la cultura árabe española se debieron al sustrato hispánico latente, perfectamente representado por los mozárabes. En esta línea, Simonet señalaba que los mozárabes habían sido los custodios de los valores religiosos tradicionales que, según él, iban a permitir en el presente la recuperación de España (siempre y cuando pudieran deshacerse del “ominoso yugo del liberalismo”)⁶⁷.

“[...] la civilización arábigo-española se distinguió por algunos caracteres especiales, y, por decirlo así, locales, debidos a la influencia de la raza y cultura gótico-romana que sobrevivió largo tiempo a la conquista enriqueciendo y mejorando la literatura arábigo-hispana, y, en fin, a los nuevos destinos de los árabes en España, convertidos de nómadas en ciudadanos y fundadores de una sociedad y un estado, aunque no tan

⁶⁴ RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, p. 85.

⁶⁵ MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*, p. 36; María Rosa de MADARIAGA, “Árabes y españoles: complicidades y recelos mutuos”, *Revista Internacional de Sociología*, Vol. 46 (1988), p. 512; MATEO DIESTE, *El “Moro” entre los primitivos...*, *op. cit.*, p. 37.

⁶⁶ Sobre la relación entre la religión y la construcción de las identidades nacionales en la Europa decimonónica, véase Heinz-Gerhard HAUPT y Dieter LANGEWIESCHE (eds.), *Nación y religión en Europa*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2010.

⁶⁷ LÓPEZ GARCÍA, “Enigmas de al-Ándalus: una polémica”, *op. cit.*

perfectos y estables como los asentados sobre la base sólida del cristianismo”⁶⁸.

La otra posición, representada por Conde, Gayangos o Fernández y González, se basó en la reivindicación de la españolidad de mudéjares y moriscos y en la integración de la herencia andalusí en la historia de España. Pese al carácter minoritario de esta postura dentro del arabismo decimonónico, el paso del tiempo hizo que la visión mayoritaria debiera ser matizada, y es curioso que sea un arabista profundamente nacional-católico, Miguel Asín Palacios, quien mejor represente este viraje cuando, tras la Guerra Civil, como veremos en su momento, intentó justificar la participación de los “hermanos marroquíes” contra los “rojos” sin Dios en la particular “cruzada” franquista.

Por tanto, de todo ello podemos concluir que la escuela arabista española aceptó que los musulmanes que llegaron en 711 se hispanizaron en contacto con una población numéricamente superior y que el resultado de esto fue un Islam español que, no obstante, poco o nada tuvo que ver con el Islam norteafricano. No es de extrañar, así, que en el discurso histórico diseñado por estos arabistas los periodos almorávide (1086-1144) y almohade (1145-1232) hayan tenido tradicionalmente menos importancia que la etapa Omeya (755-1031), puesto que las invasiones norteafricanas se asociaban con fanatismo, intolerancia y decadencia⁶⁹. Derrotados los musulmanes en la época de los Reyes Católicos y acabado el proceso con la definitiva expulsión de los moriscos entre 1609 y 1614, la esencia de aquella esplendorosa cultura hispanomusulmana permaneció, aportando la semilla a la configuración de la raza nacional; pero poco más. Aquí acababan los vínculos de España con “Oriente”, puesto que para la mayoría de estos arabistas ser español era ser católico. Así, la religión era presentada como el elemento que verdaderamente permitía distinguir a España del mundo oriental: si en España no se hubiera dado la *Reconquista*, decía Simonet, probablemente ésta se encontraría en la misma situación de decadencia que Marruecos. No podemos dejar de señalar, en este sentido, que dichos planteamientos conectaban claramente con las ideas que, ya desde

⁶⁸ Francisco Javier SIMONET, *Discursos leídos ante el Claustro de la Universidad Literaria de Granada en el acto solemne de la recepción del licenciado Francisco Javier Simonet como catedrático numerario de lengua árabe en la Facultad de Filosofía y Letras el día 15 de septiembre de 1862*, Granada, Imprenta Zamora, 1866, p. 71.

⁶⁹ Eduardo MANZANO MORENO, “La creación de un esencialismo: la historia de al-Andalus en la visión del arabismo español” en FERNÁNDEZ PARRILLA y FERIA GARCÍA (coords.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, op. cit., pp. 27-29.

época moderna, establecían que el Islam implicaba atraso mientras que Europa, por cristiana, era proclive a la modernización y al progreso⁷⁰.

Esbozados los principales ejes de la narrativa arabista decimonónica, cabe preguntarse ahora hasta qué punto el arabismo fue una manifestación orientalista, homologable al resto del orientalismo europeo, y si tuvo algún tipo de conexión con el africanismo, considerado, como ya hemos dicho, el principal ejemplo del orientalismo en España.

En relación con la primera cuestión, Bernabé López García recuerda que son muchos los autores que, conscientes del reproche de “instrumento del imperialismo” que se ha atribuido al orientalismo, se han negado a etiquetar de orientalista al arabismo español, convirtiéndolo en un modelo de asepsia intelectual, alejado de la política del momento. Aunque él critica este punto de vista y reconoce que fueron los intereses coloniales los que promovieron, en más de una ocasión, la oficialización del arabismo, no deja de señalar que el arabismo español, a diferencia del orientalismo europeo, se centró más en reconstruir el pasado propio que en dar cobertura intelectual a las aventuras coloniales. De este modo, para este experto en el mundo arabo-musulmán, el arabismo fue un tipo de orientalismo “ensimismado” y circunscrito a las fronteras de Al-Ándalus⁷¹.

Esto enlaza claramente con la segunda cuestión planteada, ya que, por la razón que acabamos de señalar, reconocidos especialistas como el ya mencionado López García o Víctor Morales Lezcano han establecido una clara diferenciación entre el fenómeno africanista y el fenómeno arabista que acabamos de introducir. Como hemos visto, el arabismo se dedicó al estudio de la Edad Media hispano-musulmana o, como dice López García, de “nuestro Oriente doméstico” mientras que el africanismo, surgido al calor de la acción en el norte de África, se centró en aspectos históricos o antropológicos del Magreb, especialmente de Marruecos⁷².

Desde una perspectiva teórica esta división puede ser muy pertinente, pero a la hora de la verdad no podemos analizar los discursos africanistas (ni de finales del siglo XIX ni de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX) sin conocer los planteamientos de

⁷⁰ RODINSON, *La fascinación del Islam*, *op. cit.*, p. 91.

⁷¹ Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “Arabismo y Orientalismo en España: radiografía y diagnóstico de un gremio escaso y apartadizo”, en Víctor MORALES LEZCANO (coord.), *Africanismo y Orientalismo en España (1860-1930)*, monográfico de *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, anejo al vol. XI (1990), pp. 35-69.

⁷² MORALES LEZCANO, “El desarrollo...”, *op. cit.*, p. 296; Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “30 años de arabismo español: el fin de la almogavaría científica (1967-1997)”, *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, vol. XVIII (1997), p. 14.

los arabistas ya que, en muchos casos, y Costa es un buen ejemplo de ello, el africanismo utilizó la historia escrita por éstos para legitimar sus propuestas.

Es cierto, como dice Morales Lezcano, que el arabismo fue, en general, mucho más académico y pretendidamente científico que el africanismo; también lo es el hecho de que los métodos de análisis y estudio de los arabistas fueron mucho más rigurosos que los de los africanistas (a menudo gente ajena al mundo universitario y sin demasiada formación)⁷³. Tampoco podemos negar que los objetos de estudio, en general, fueron distintos (Al-Ándalus por un lado, el Marruecos contemporáneo por el otro). Sin embargo, esto no implica necesariamente que las dos tradiciones vivieran de espaldas o no tuvieran puntos de encuentro, como el propio López García ejemplifica con frecuencia en sus trabajos.

Así, por ejemplo, Fernández y González no dudaba en afirmar que la normalización de la historia arabo-musulmana en el marco académico español era compatible con la colonización: “Colocada España como la cabeza de Europa que avanza entre dos mares hacia el continente africano, parece destinada por el Altísimo a la civilización de las vecinas costas; poblada de antiguo por colonias venidas del país de allende el estrecho, tiene vínculos históricos particulares que la unen a esta parte del mundo”. Simonet, pese a estar en las antípodas de Fernández y González, también hizo afirmaciones en esa línea, llegando a asegurar que “fomentar los estudios árabes es necesario para nosotros, los españoles, si animados de antiguos sentimientos religiosos y nacionales, queremos dar impulso a las misiones de Oriente y restablecer las de África, reivindicando los antiguos derechos que nos asisten [...] en el Imperio de Marruecos”⁷⁴. Incluso décadas más tarde, en 1904, otro importante arabista, Julián Ribera, impulsaría la creación de un Centro de Arabistas señalando que “el Estado necesita una institución donde se encadenen las buenas tradiciones científicas en la materia que tratamos [...] no sólo para fines eruditos, sino para práctica utilidad en las cuestiones presentes”⁷⁵.

Por otro lado, no podemos dejar de señalar que los estudios árabes recibieron un gran impulso gracias al desarrollo del africanismo y que muchos arabistas no sólo fueron

⁷³ MORALES LEZCANO, “El desarrollo...”, *op. cit.*, pp. 296-297; *El final del Protectorado hispano-francés en Marruecos. El desafío del nacionalismo magrebí (1945-1962)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1998, p. 33.

⁷⁴ Francisco Javier SIMONET, *La América*, nº 20 (24-XII-1858), recogido en Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “F. J. Simonet ante el colonialismo (1859-1863): unos artículos en *La América*”, *Cuadernos de Historia del Islam*, nº 1 (1971), p. 168.

⁷⁵ Citado en Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “Julián Ribera y su 'Taller' de arabistas: una propuesta

miembros de asociaciones africanistas, sino que, en algunos casos, llegaron a ocupar cargos de gran relevancia, como Eduardo Saavedra que, además de redactar los estatutos de la Asociación Española para la exploración del África, fue presidente de la Real Sociedad Geográfica⁷⁶.

Por tanto, los arabistas pudieron no comprometerse directamente con el colonialismo africanista, pero es innegable que los discursos que, desde uno y otro lado, desde el arabismo y el africanismo, se elaboraron a lo largo del tiempo y que, con más o menos retoques, confluyeron en las visiones de los autores franquistas, no fueron aportaciones aisladas o contrapuestas, sino complementarias. Veámoslo a continuación.

1.2.2. Fundamentos discursivos del africanismo español: Historia, Geoestrategia, Raza y Providencia

El africanismo, como el orientalismo europeo, nació muy ligado a la necesidad de satisfacer un anhelo romántico de aventura que permitiera huir de los corsés y convencionalismos burgueses. Aunque esto lo detectamos desde fechas bien tempranas, aún a comienzos del siglo XX algunos africanistas se movían dentro de estos parámetros de una cierta “rebeldía”.

Un buen ejemplo lo podemos encontrar en Isaac Muñoz (1881-1925), escritor y periodista que, frente a un mundo burgués que lo ahogaba, buscó la estética en un Oriente idealizado que él, como la mayoría de orientalistas españoles, ubicaba en el Magreb. Así, identificándose con el sentimiento de nostalgia del paraíso perdido por los árabes, Muñoz recordaba siempre en sus novelas magrebíes el esplendoroso pasado andalusí, un pasado exótico e idealizado que nada tenía que ver con la realidad marroquí presente y que contrastaba con principios claros de la sociedad contemporánea como el positivismo, el realismo o los convencionalismos morales. De esta manera, para Muñoz, y para el resto de sus “colegas” orientalistas, Marruecos era el Oriente español, un Oriente que, del mismo modo que hacían los orientalistas europeos, se configuraba como un “eterno intemporal” siempre oculto bajo el recuerdo ideal del esplendoroso al-Ándalus⁷⁷.

renovación”, *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, vol. XXXIII, nº 1 (1984-85), pp. 111-128.

⁷⁶ LÓPEZ GARCÍA, “Arabismo y orientalismo en España...”, *op. cit.*

⁷⁷ Amelina CORREA RAMÓN, “Ensoñación y conocimiento del oriente islámico: el caso de Isaac Muñoz, escritor y periodista finisecular” en FERNÁNDEZ PARRILLA y FERIA GARCÍA (coords.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, *op. cit.*, pp. 94-98. Véase también Antonio M. CARRASCO

Ahora bien, este Oriente presente no era visto como una especie de paraíso primitivo. La mayoría de orientistas españoles tenía muy clara cuál era la cruda realidad de las tierras que había más allá del Estrecho de Gibraltar. Lo que se mitificaba no era el mundo presente, sino el pasado: al-Ándalus o los tiempos en los que Marruecos fue grande. Y esto, curiosamente, aún hacía más atractivo el territorio, porque favorecía la aparición de un deseo místico de recuperación de un pasado común glorioso, aunque idealizado, basado en la nostalgia de una Edad Media hispanoárabe épica⁷⁸.

Uno de los autores que mejor representó estos planteamientos fue Pedro Antonio de Alarcón, célebre cronista de la Guerra de África y claro exponente del orientalismo español decimonónico. Para Alarcón, el viaje a Marruecos era un viaje en el tiempo, hasta el punto de afirmar que “visitar Tetuán hoy es equivalente a ver la Córdoba del siglo XIII” o que la ciudad magrebí suponía una “resurrección de la antigua Granada”⁷⁹. Aunque el brillante pasado andalusí estaba siempre presente en el texto de Alarcón, los marroquíes coetáneos no le merecían ningún tipo de elogio, puesto que su religión, como señalaban muchos de los arabistas del momento, había hecho que degenerasen hasta llegar a la situación en la que se encontraban en el siglo XIX⁸⁰.

En definitiva, este anhelo romántico y aventurero se vio alimentado por toda una serie de visiones e imágenes que hacían de los países orientales vestigios de un mundo exótico y esplendoroso que ya no existía y que los arabistas, como hemos visto para el caso de España, habían contribuido a construir. Este relato, además, apareció en un contexto en el que empezó a extenderse la idea de que el mundo estaba formado por civilizaciones distintas que evolucionaban a grados diferentes, algo que estuvo en la base del discurso de imperialismo humanitario que ya hemos esbozado en diversas ocasiones: “Occidente” debía colonizar “Oriente” porque éste se encontraba inmerso en una profunda decadencia de la que él solo no podía salir. Es lo que planteaba Joaquín Costa con su discurso fraternal según el cual España, como hermano mayor, tenía el deber moral de actuar en Marruecos para sacarlo de su postración.

GONZÁLEZ, *La novela colonial hispanoafriicana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*, Madrid, Sial Ediciones, 2000, pp. 39-56.

⁷⁸ CORREA RAMÓN, “Ensoñación y conocimiento del oriente islámico...”, *op. cit.*, pp. 102-103.

⁷⁹ Pedro Antonio DE ALARCÓN, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1859, v. I, p. 367 y pp. 91-99. Para más información sobre la Guerra de África, consúltese Joan SERRALLONGA URQUIDI, “La guerra de África (1859-1860). Una revisión”, *Ayer*, nº 29 (1998), pp. 139-159.

Por tanto, este exotismo romántico estuvo muy ligado a lo que Maxime Rodinson ha definido como “occidentalismo utilitario e imperialista”, basado en el rechazo de las otras civilizaciones, por decadentes, y en la necesidad de expandir la civilización propia a través del imperialismo⁸¹. Ahora bien, ¿cómo debía difundirse esta “civilización”?

El imperialismo de los africanistas españoles, como hemos visto, no se fundamentó desde el principio en el uso de las armas, sino en la expansión o penetración “pacífica”. Este fue uno de los aspectos que más cambió con el paso del tiempo porque, como ya hemos comentado, a principios del siglo XX los africanistas “históricos” vieron como toda una nueva generación africanista, mayoritariamente militar, consideraba que la guerra era la única vía para hacer realidad el dominio colonial. Aquel mundo que había que dominar no tenía nada que ver con las imágenes ideales que se habían construido durante décadas, y difícilmente la penetración pacífica podría retornar el esplendor a pueblos considerados bárbaros y completamente contrarios a la civilización. Este cambio es el que hemos querido reflejar al comienzo de este apartado con los fragmentos de Soriano y Giménez Caballero; pese a todo, González Alcantud nos recuerda que después de la victoria de Alhucemas (1925-1926), hubo una especie de “mutación” de los militares africanistas, que pasaron de defender el uso de las armas a una política de suave colonización encubierta, basada en el desarrollo económico y social del territorio que se les había asignado⁸².

Más allá de esto, lo que nos interesa señalar ahora es que los africanistas decimonónicos construyeron un relato encargado de legitimar la expansión colonial; un relato que se fundamentó en varios puntos.

En primer lugar, como hemos visto en Joaquín Costa o Francisco Coello, el africanismo imperialista veía en Marruecos una especie de “espacio vital”: Marruecos era la garantía de la independencia de España por su valor estratégico y económico; pero también una continuidad natural de la geografía patria (recordemos los textos con los que comenzábamos el capítulo). Es importante remarcar esto porque, como veremos, a partir de los años veinte y treinta del siglo XX y, especialmente, durante el franquismo, los círculos militares más conservadores retomaron estos discursos geopolíticos dotándolos de un cariz claramente fascista. Una figura como Díaz de

⁸⁰ MARTIN-MÁRQUEZ, *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa...*, op. cit., p. 104; Víctor MORALES LEZCANO, *Las relaciones Hispano-Marroquíes en el marco de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Madrid, UNED, 2004, pp. 21-35.

⁸¹ RODINSON, *La fascinación del Islam*, op. cit., pp. 79-86.

⁸² GONZÁLEZ ALCANTUD, *Lo moro. Las lógicas de la derrota...*, op. cit., p. 186.

Villegas, fiel seguidor de Franco y futuro director del Instituto de Estudios Africanos (IDEA), manifestó en obras como *Geografía militar de España* (1940) que el medio y la situación de España habían determinado e incluso predestinado su proyección territorial en el norte de África. Las similitudes entre estos planteamientos y la línea de pensamiento que, partiendo del darwinismo social, defendía la geografía determinista de Ratzel, Haushofer y su escuela (que tanto influiría en Rudolf Hess y Adolf Hitler) son más que evidentes⁸³.

Ahora bien, pese a esto, no debemos olvidar que este tipo de argumentaciones geoestratégicas eran bastante antiguas y, así, por ejemplo, figuras como Donoso Cortés, en los años centrales del siglo XIX, ya decían que “si asentar nuestra dominación en el África es para nosotros una cuestión de engrandecimiento, impedir la dominación exclusiva de ningún otro pueblo en las costas africanas es para nosotros una cuestión de existencia”⁸⁴. Donoso, así, no dudaba en afirmar que “con una Francia en el norte y otra Francia al mediodía [...] ese día, políticamente hablando, esa gran nación [España], esa poderosa raza, dejaría de ser una nación independiente, dejaría de tener una existencia política”⁸⁵.

En muchas ocasiones, estos planteamientos se veían reforzados por la supuesta imposibilidad de Marruecos de garantizar su independencia. La creciente anarquía marroquí, decían, atraería a otras potencias imperialistas, por lo que si Marruecos no era capaz de ser fuerte y garantizar su integridad y soberanía, España, por su propia supervivencia, tenía el deber de intervenir. Donoso Cortés, primero, y Moret y Costa, después, formularon con frecuencia esta idea que aquí exponemos a través de Cánovas del Castillo:

“Lo que a España le interesa, lo que España necesita, no es sojuzgar el Moghreb, no es llevar sus armas hasta el Atlas, lo que a España interesa es que el Moghreb no sea jamás una colonia europea; es que al otro lado del Estrecho se constituya una nación viril, independiente y culta, aliada natural de España, unida a nosotros por los vínculos de interés común, como lo está por los vínculos de la vecindad y por los de la Historia...”⁸⁶.

⁸³ Lluís RIUDOR, “Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo (1939-1956)” en NOGUÉ y VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos...*, op. cit., p. 256.

⁸⁴ Citado en José María MARTÍNEZ VAL, “Esquema histórico del africanismo español”, *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, nº 69 (enero 1964), p. 33.

⁸⁵ Cita recogida en Diego SEVILLA ANDRÉS, “Donoso Cortés y la misión de España en África”, en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1955, p. 23.

Si eso no era posible, entonces la colonización era inevitable dado que, siguiendo con Cánovas, “ahí enfrente hay para nosotros una cuestión de vida o muerte [...] el día de la resolución llegará, y si nosotros no atendemos a resolverla, otros se encargarán de ello de no muy buena voluntad”⁸⁷.

Además de estas razones geoestratégicas o materiales, ya hemos señalado que hubo otras más culturales o incluso espirituales⁸⁸. Por un lado, España tenía una misión que cumplir que le venía marcada por la Historia y la Providencia. Así, por ejemplo, Donoso señalaba que España debía disputar el predominio en África porque “ésa ha sido la política nacional; ésa ha sido la política abonada por la Tradición y por la Historia; ésa ha sido la política de los Reyes Católicos; ésa ha sido la política del Cardenal Cisneros y ha sido hasta cierto punto la política de Carlos V. Ésa es la política española”⁸⁹.

Por otro lado, y aquí es donde los lazos con el arabismo se hacen más evidentes, la Historia era también responsable de que España fuera “un puente geográfico y cultural entre Europa y África”, por lo que, frente a países como Francia, que se veían forzados al exterminio, España podía llevar a cabo la misión colonizadora por su “fuerza asimiladora” y por ser “la civilización que con la africana está puesta en contacto”. Para Donoso, así, había una continuidad física entre las dos orillas del Estrecho “porque el sol español brilla entre el sol francés y el sol africano”; había otra continuidad moral “porque entre las costumbres refinadas y cultas de la Francia, y las costumbres bárbaras y primitivas del africano están las costumbres del español, a un mismo tiempo primitivas y cultas” y había vínculos históricos basados en tantos siglos de convivencia⁹⁰.

En una línea parecida se expresaría unos diez años después un personaje bastante alejado ideológicamente del político moderado, pero igualmente proclive a iniciar una política imperialista: Emilio Castelar. Para este catedrático de Historia de España,

⁸⁶ Discurso recogido en *Historia de las Campañas de Marruecos*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1947, v. I, p. 335.

⁸⁷ Antonio CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Apuntes para la historia de Marruecos*, Málaga, Algazara, 1991 (1851), p. 273.

⁸⁸ Durante el siglo XX, estas distintas justificaciones del imperialismo darán lugar a interesantes debates entre los nacionalcatólicos, partidarios de un Imperio basado en vínculos espirituales y culturales, y los fascistas, más proclives al expansionismo para garantizar y extender el poder económico. Véase, por ejemplo, BOTTI, *Cielo y dinero...*, *op. cit.*

⁸⁹ Cita recogida en Santiago GALINDO HERRERO, “España, punto clave para una comprensión entre Europa y África, según el pensamiento de Donoso Cortés” en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1955, p. 35.

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 36-39

además de destacado político republicano, la obligación nacional era despertar, revivir y educar un mundo oriental degenerado y agónico⁹¹. Hasta aquí, ninguna diferencia con los planteamientos orientalistas más típicos, propios de un Chateaubriand o un Lamartine. Ahora bien, si había que intervenir en África no era solamente porque lo imponían la Historia y la Providencia como un deber nacional y moral, sino también porque: “las demás razas podrán conquistar al África, como los ingleses han conquistado la India, como los franceses han conquistado la Argelia, por el exterminio, nosotros podemos conquistar el África por asimilación de la raza”⁹².

Esto, que ya lo veíamos en Costa, es un elemento clave puesto que marca una diferencia sustancial entre el orientalismo africanista español y el europeo. A diferencia del resto de teóricos europeos de la colonización, los africanistas españoles basaban su derecho a colonizar Marruecos no en la superioridad racial de los españoles con respecto a los pueblos arabo-musulmanes sino en la comunidad racial con ellos. Existía una clara idea de superioridad paternal en estos planteamientos, pero no racista, sino fundamentada en un principio de civilización. Para buena parte del orientalismo europeo esta división no era posible, puesto que la superioridad de una civilización, en parte, venía determinada por una superioridad racial; en cambio, para los africanistas españoles la superioridad de civilización no era inherente a la raza sino que podía estar determinada por otros factores⁹³.

¿Por qué los orientalistas españoles presentaban esa diferencia en relación con sus colegas europeos? Las hipótesis son muy diversas, pero quizás la más consistente sea la que considera que la explicación radica en la propia condición de España. Robert McDonald escribía en relación con el imperialismo británico que, a menudo, el “otro” era concebido como un espejo grotesco donde se veía reflejado el propio colonizador;

⁹¹ RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, p. 98.

⁹² Emilio CASTELAR, *Miscelánea de Historia, de Religión, de Arte y de Política*, Madrid, San Martín y Jubera, 1875, pp. 143-152.

⁹³ En este sentido, conviene recordar que la raza no se construía sólo sobre criterios físicos, sino también sobre criterios simbólicos. Coexistían un concepto biológico de raza y un concepto espiritual que, más adelante, permitiría la construcción de la idea de Hispanidad. Este concepto espiritual serviría para reforzar una dinámica de asimilación en la que la “raza española” absorbía o negaba, según le convenía, a los distintos pueblos. Como veremos, esta fue una de las principales diferencias entre los postulados raciales del orientalismo europeo en general y los del africanismo español. MATEO DIESTE, *El “Moro” entre los primitivos...*, *op. cit.*, p. 38; GONZÁLEZ CALLEJA y LIMÓN NEVADO, *La Hispanidad como instrumento de combate...*, *op. cit.*, pp. 47-49; Joshua GOODE, *Impurity of Blood. Defining Race in Spain, 1870-1930*, Louisiana State University Press, 2009; MARCILHACY, *Raza hispana...*, *op. cit.* En el momento de finalizar esta tesis, se ha publicado la obra de Alda BLANCO, *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*, Valencia, PUV, 2012, en la que se dedica un interesante apartado a la “raza ibérica”.

era la negación, la inversión, la antítesis de lo que se quería ser⁹⁴. Esto que McDonald comenta para los británicos, se dio con más fuerza en el caso español como consecuencia de los discursos europeos que presentaban a España, ya desde el siglo XVIII, como un país “oriental” (con todo lo que eso comportaba)⁹⁵. Para muchos pensadores europeos, pero también españoles, España se encontraba en una situación de decadencia, aunque fuera en un grado infinitamente menor que el de Marruecos. Por tanto, reconocer que esta decadencia venía determinada por la raza era como aceptar que ya no podía haber marcha atrás.

Numerosos historiadores españoles respondieron a este reto adoptando un discurso neogoticista encargado de romper la asociación entre lo español y lo africano-oriental; un discurso que, en cierto modo, pretendía dar respuesta a la teoría del “mito ario” popularizada por Gobineau en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* a mediados del siglo XIX. Muchos africanistas españoles, en cambio, o bien consideraron que la hibridación racial no era algo negativo ni evidenciaba ninguna degeneración (sino todo lo contrario: era símbolo de revigorización), o bien prefirieron ignorar la raza como factor de explicación de la decadencia del “otro” por miedo a ver a España reflejada en sus propias imágenes⁹⁶.

En conclusión, el africanismo español nació, como el arabismo, en los años centrales del siglo XIX, aunque su momento más esplendoroso fue el último tercio de la centuria. Desde bien pronto los africanistas, alejados mayoritariamente del mundo universitario, a diferencia de los arabistas, impulsaron la creación de publicaciones periódicas y sociedades o asociaciones encargadas de fomentar la realización de conferencias, congresos, exposiciones o expediciones y de influir en la política colonial del momento. Sus objetivos, por tanto, iban más allá del mundo académico y tenían una clara voluntad de incidencia política. Ahora bien, ¿nos permite esto afirmar, como apuntan diversos autores, que el arabismo español no llegó a cristalizar como apoyo intelectual de la acción colonial española en el norte de África?⁹⁷

⁹⁴ Robert H. McDONALD, *The Language of Empire. Myths and Metaphors of Popular Imperialism, 1880-1918*, Manchester, Manchester University Press, 1994, p. 33.

⁹⁵ Véase, en este sentido, el debate sobre “tradición” vs. “modernidad” o “atraso” vs. “progreso” alrededor de las *Cartas marruecas* de José Cadalso. Xavier ANDREU MIRALLES, “¿«Razón crítica» vs. «sentimiento patriótico»?”: Cadalso y el carácter nacional” en *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy*, Murcia, Asociación de Historia Contemporánea – Ediciones de la Universidad de Murcia, 2008, pp. 1-21.

⁹⁶ MADARIAGA, “Árabes y españoles...”, *op. cit.*, pp. 510-511; MARTIN-MÁRQUEZ, *Disorientations...*, *op. cit.*, p. 43; MARCILHACY, *Raza hispana...*, *op. cit.*

⁹⁷ Véase, por ejemplo, MANZANO MORENO, “La creación de un esencialismo...”, *op. cit.*, p. 25.

Ya hemos señalado que, si bien es verdad que los arabistas rara vez escribieron para reforzar directamente una determinada política colonial, también lo es el hecho de que su historia, como hemos podido comprobar, sí fue utilizada, aunque fuera con retoques, por los africanistas que sí pretendían apoyar el colonialismo. En este sentido debemos recordar, como dice Said, que la producción literaria de todos estos años no puede ser leída sólo en función de la individualidad de cada uno de los autores, sino que debe ser analizada en el marco del binomio cultura/imperio⁹⁸. El orientalismo no fue sólo una racionalización del principio colonial: afirmar esto supondría ignorar hasta qué punto el principio colonial ya fue justificado de antemano por las obras orientalistas, y no tanto después del hecho. De alguna manera hay que ver el orientalismo como una especie de biblioteca o archivo de información que aportaba ideas y valores aceptados por todos los “occidentales” y que elevaban a verdad científica las justificaciones del dominio colonial⁹⁹. Teniendo esto claro, podemos decir que en un contexto imperialista y nacionalista como aquél, preguntarse por el pasado, directa o indirectamente, era también dar argumentos para construir discursos de presente y de futuro. El poder de narrar o de impedir que otros relatos pudiesen aparecer es clave para entender los vínculos entre cultura e imperialismo y no hay duda de que las narraciones arabistas, narraciones nacionalistas, no estuvieron al margen de esta dinámica.

Cuando el arabista Fernández y González publicó en 1861 su *Plan de una Biblioteca de autores árabes españoles* y dijo en el prólogo que la decadencia política y cultural de Oriente corría paralela a un renacer en Occidente de toda una corriente orientalista que centraba su atención en el papel que Oriente desempeñó durante la Antigüedad y la Edad Media, estaba haciendo una declaración de intenciones y dando argumentos claros al imperialismo¹⁰⁰.

Cuando el arabista Emilio Lafuente Alcántara, con la excusa de recoger toda una serie de manuscritos árabes útiles para estudiar el pasado andalusí, visitó Tetuán y escribió un estudio sobre Marruecos donde contrastaba el esplendor de al-Ándalus con un país anárquico y en decadencia¹⁰¹, estaba también dotando al imperialismo de argumentos.

⁹⁸ Edward W. SAID, *Cultura e Imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996, p. 26.

⁹⁹ SAID, *Orientalisme...*, *op. cit.*, pp. 49-51.

¹⁰⁰ LÓPEZ GARCÍA, “Orientalismo y traducción...”, *op. cit.*, pp. 164.

¹⁰¹ Manuela MARÍN, “Los arabistas españoles y Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa” en NOGUÉ y VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos...*, *op. cit.*, p. 76.

Uno de los momentos de mayor discusión sobre la cuestión racial entre los arabistas, teóricamente ajenos a la política imperialista, fue la Guerra de 1859-60. Este conflicto bélico contribuyó a que apareciesen toda una serie de escritos sobre los árabes y la raza semítica con connotaciones muy negativas y alejadas de la idea de la fértil cultura oriental enriquecedora de la nacional. Es más, en ese contexto España era presentada más que nunca como una nación europea de raíces indoeuropeas, y no como un pueblo con influencia semítica¹⁰². El arabismo, por tanto, aportaba argumentos al imperialismo africanista, pero éste también marcaba a veces cuáles eran los temas a discutir en los ámbitos académicos arabistas y en qué línea debían ir esas discusiones.

Así pues, podemos concluir diciendo que aunque el arabismo se centró básicamente en el estudio del pasado andalusí para dar respuesta a la cuestión de las esencias nacionales, en muchas ocasiones hubo préstamos más que evidentes y compartió los presupuestos ideológicos del discurso colonial. La mejor evidencia es que el discurso africanista, como hemos visto, bebió directamente de los tópicos aportados por los arabistas y los utilizó según su interés: cuando le convenía intentaba rastrear en “la historia arabista” una cierta idea de hermandad basándose en aquello que de “oriental” le había quedado a la raza española y, cuando no, recurría a la imagen igualmente arabista del “moro fanático” y refractario al progreso, por oposición al esplendoroso y civilizado andalusí, para presentar la idea de decadencia que legitimaba la intervención.



Hemos empezado el capítulo hablando de Joaquín Costa, figura capital del pensamiento africanista español durante el siglo XIX y uno de los máximos exponentes del discurso regeneracionista finisecular. Volvamos ahora al punto de partida, a ese contexto de fin de siglo, para recapitular, a partir de un episodio muy concreto, algunas de las cuestiones más relevantes tratadas en estas páginas.

Entre 1896 y 1898, Miguel de Unamuno y Ángel Ganivet mantuvieron una intensa correspondencia en la que, entre otras cosas, hablaron de los problemas y del futuro de España¹⁰³. En esas cartas, Unamuno evidenciaba su gran antipatía hacia los árabes y

¹⁰² RIVIÈRE, *Orientalismo y nacionalismo español...*, *op. cit.*, p. 98.

¹⁰³ Parte de esas cartas fueron publicadas en 1912 por la Biblioteca Renacimiento con el título *El porvenir de España*. Hay quien considera que esta correspondencia abierta entre Unamuno y Ganivet, que

presentaba el pasado andalusí “como la mayor calamidad que hemos padecido”, puesto que para él la verdadera base nacional era la celtibera: “¿Cuántos los romanos, los godos, los árabes, y hasta qué punto penetraron en lo íntimo de la raza? Yo creo que pasaron poco de la superficie, muy poco, y que en cuanto pasaron algo, fueron absorbidos”¹⁰⁴. Ganivet, en cambio, le replicaba a su amigo: “Si usted suprime a los romanos y a los árabes, no queda de mí más que las piernas, me mata usted sin querer, amigo Unamuno [...] La influencia mayor que sufrió España, después de la predicación del cristianismo, la que dio vida a nuestro espíritu quijotesco, fue la arábica”¹⁰⁵.

Es evidente que los dos intelectuales, al plantearse estas cuestiones, estaban debatiendo sobre las esencias nacionales y la idea de España; pero el debate iba más allá desde el momento en el que sus reflexiones les permitían adoptar una determinada postura en relación con las políticas coloniales e imperialistas en el norte de África. Unamuno, profundamente antiárabe, era también por aquellas fechas profundamente anticolonialista, enemigo de toda aventura exterior¹⁰⁶. Ganivet, en cambio, heredero de la cultura andalusí, de aquélla que los arabistas se habían esforzado en conocer y mostrar, veía precisamente en esta herencia la legitimidad de la colonización de Marruecos y repetía buena parte de los argumentos presentados a lo largo de este capítulo:

“Yo decía también que convendría cerrar todas las puertas para que España no se escape, y sin embargo, contra mi deseo, dejó una entornada, la de África, pensando en el porvenir. Hemos de trabajar, sí, para tener un

tuvo lugar entre el 12 de junio y el 17 de septiembre de 1898 en las páginas de *El Defensor de Granada*, constituye una especie de acta fundacional de la generación del 98.

¹⁰⁴ Ángel GANIVET y Miguel de UNAMUNO, *El porvenir de España*, Granada, Diputación de Granada, 1998 (1912), pp. 148-149.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 117-118.

¹⁰⁶ Debemos señalar que el discurso de Unamuno en relación con Marruecos no fue monolítico: cambió mucho con el tiempo y llegó a adoptar posturas contradictorias. Ahora bien, incluso en los momentos en los que fue más o menos partidario de la acción en el norte de África, el catedrático de Salamanca se negó a usar argumentos basados en la historia o en una posible hermandad con los norteafricanos: “Empiezo por deciros que a mí me parece muy bien la guerra. Sin invocar el testamento de Isabel la Católica, ni aducir la probable hermandad de raza entre nosotros, como a otros pueblos, nos conviene vernos en estos trances para que se despierte el espíritu colectivo nacional”. Cita procedente del artículo “Ambiente de guerra”, publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 8 de septiembre de 1909 y recogido por Víctor Ouimette (ed.) en Miguel de UNAMUNO, *De patriotismo espiritual. Artículos en «La Nación» de Buenos Aires, 1901-1914*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1997, pp. 175-179. Sobre el pensamiento africanista de Unamuno y su discurso sobre Marruecos y el colonialismo véanse, por ejemplo, André BACHOU, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pp. 352-359; Alhoucine BOUZALMATE, *Marruecos y los intelectuales y publicistas españoles, 1912-1923*, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2000, pp. 409-465; Bernabé LÓPEZ GARCÍA, *Marruecos y España. Una historia contra toda lógica*, Sevilla, RD Editores, 2007, pp. 229-243.

período histórico español puro; mas la fuerza ideal y material que durante él adquiramos verá usted cómo se va por esa puerta del Sur, que aún seduce y atrae al espíritu nacional. No pienso al hablar así en Marruecos; pienso en toda África, y no en conquistas ni en protectorados [...] sino en algo original, que no está al alcance de nuestros actuales políticos. Y en esta nueva serie de aventuras tendremos un escudero, y ese escudero será el árabe”¹⁰⁷.

Fijémonos, una vez más, en el peso que el pasado andalusí adquiriría en este discurso, un pasado que permitía a Ganivet ver al árabe no como un enemigo, sino como el apoyo que abriría a España, y no al resto de países europeos, las puertas de África: “los árabes dispersos por el África están obscurecidos y anulados en la apariencia por los europeos, porque éstos no saben entenderse con ellos; nosotros sí sabríamos”¹⁰⁸.

Este episodio, que puede ser considerado algo anecdótico, sintetiza buena parte de las cuestiones tratadas en este capítulo, no sólo porque las reflexiones y argumentos esgrimidos por Unamuno y Ganivet han aparecido a lo largo de todas estas páginas, sino también porque muestra, una vez más, que el africanismo y el arabismo no fueron compactos ni homogéneos (presentaron una clara pluralidad de discursos) y que las dos tradiciones se complementaron a la hora de hablar del “otro” y del “nosotros”. En este sentido, el propio Ganivet reforzaba en una de las cartas los vínculos que hemos intentado presentar entre la tradición arabista y el colonialismo africanista al decir que “Granada es el centro de donde han salido nuestros mejores orientalistas y donde se conserva más apego a la política simbolizada en el testamento de Isabel la Católica”. Además, el intelectual granadino no dudaba en añadir que “si yo dispusiera de capital suficiente [...] fundaría en Granada una *Escuela africana*, centro de estudios activos, según una pauta que tengo muy pensada y con la que creo había de formarse un plantel de conquistadores de nuevo cuño, de los que España necesita”¹⁰⁹.

Parece, pues, que a la altura de 1898 las líneas maestras de las distintas caras del africanismo español estaban ya bien trazadas; no obstante, como ya hemos apuntado, con el nuevo siglo llegaron nuevos aires que, sin duda, influyeron en el discurso africanista y que forzaron su readaptación a un nuevo contexto. De ello es de lo que vamos a dar cuenta en las páginas siguientes.

¹⁰⁷ GANIVET y UNAMUNO, *El porvenir de España*, op. cit., pp. 139-140.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 141.

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 173-174.

LA REFORMULACIÓN DEL AFRICANISMO ESPAÑOL DURANTE EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX

“La España del 18 de julio de 1936 es la más directa heredera o, si se prefiere, la continuación de la España de 1898”¹.

El jurista José María Cordero Torres escribió estas palabras, sólo dos años después del fin de la Guerra Civil, en un libro titulado *La misión africana de España*. Con esta afirmación, este destacado africanista pretendía evidenciar que el “Glorioso Movimiento Nacional” volvía a situar a España en su camino, el camino del Imperio, un camino que, tras muchas trabas y dificultades, parecía haberse visto truncado con la pérdida de las últimas colonias en 1898, pero que ahora podía recuperarse.

Para Cordero, la culpa del “desastre nacional” que siguió a la derrota frente a Estados Unidos había que buscarla, fundamentalmente, en la “confabulación internacional”, pero también en los políticos e intelectuales españoles del siglo XIX. Así, resultan interesantes sus críticas, por ejemplo, a todo un conjunto de gobernantes incapaces o a la denominada Generación del 98, más dedicada, según él, a quejas y lamentos inútiles que a proponer soluciones reales para resolver la situación y recuperar el prestigio perdido. Según Cordero, sólo personajes como Donoso Cortés, Balmes o Aparisi y Guijarro, todos ellos antiliberales, estuvieron a la altura de las circunstancias durante el siglo XIX y fueron capaces de comprender la “misión universal patria” que tan bien encarnaba la nueva España de Franco². El resto, incluyendo a Costa o Ganivet, no supieron ver, en su opinión, lo que estaba en juego y no actuaron con la vehemencia necesaria para evitar la debacle.

En este capítulo examinaremos cuál fue la trayectoria del discurso africanista a lo largo de las cuatro primeras décadas del siglo XX. Como veremos, fueron años de un enorme interés tanto por la evolución interna de la sociedad española como por las transformaciones que se dieron desde una perspectiva europea. Así, por ejemplo, analizaremos cómo influyó el establecimiento del Protectorado en Marruecos a partir de 1912, qué consecuencias tuvieron las numerosas derrotas militares en el Rif o qué

¹ José María CORDERO TORRES, *La misión africana de España*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1941, p. 83.

implicaciones tuvo el ascenso del fascismo y el nazismo en Europa. Y todo esto para acabar sustentando una tesis que ya planteamos de entrada: el establecimiento del Protectorado, las guerras en Marruecos o el ascenso del fascismo y el nazismo, entre otras cosas, afectaron, obviamente, al discurso africanista español; introdujeron nuevas variables e incluso transformaron algunos de los planteamientos nucleares de la que había sido la línea africanista del siglo XIX (como la cuestión de la penetración pacífica). Sin embargo, pese al cambio de contextos políticos y socioculturales y las transformaciones que ello implicó, en ningún momento la modificación discursiva fue tan radical que supusiera una ruptura total con la tradición anterior.

Cordero Torres, en su cita, establecía una especie de paréntesis entre 1898 y 1936, pero lo cierto es que durante esos casi cuarenta años se fue tejiendo una retórica africanista que, sin eliminar la herencia anterior ni renunciar a ella, puso las bases para lo que sería el africanismo franquista. Además, como veremos, él mismo fue un ejemplo, a lo largo de su dilatada trayectoria, de la pluralidad de un africanismo que bebió tanto de la herencia decimonónica como de las aportaciones de las “nuevas corrientes” configuradas durante las primeras décadas del siglo XX.

Por tanto, podemos afirmar que, efectivamente, desde una perspectiva africanista la España del 18 de julio de 1936 fue heredera de la de 1898; pero en un sentido distinto al que Cordero señalaba, puesto que el africanismo del siglo XX y, especialmente, el franquista, nunca llegó a “matar al padre”.

2.1. SOPLAN NUEVOS VIENTOS DE ÁFRICA

La Guerra de África (1859-1860) fue un acontecimiento capital para entender el nacimiento del africanismo español contemporáneo. Pese a las mitificadas victorias militares, como la de Castillejos o la de Wad-Ras, el conflicto bélico no se tradujo en una expansión española por el territorio marroquí, entre otras cosas, por la oposición de las potencias extranjeras y por los miedos o reservas de las propias autoridades españolas. Esto, sumado a lo establecido en el Tratado de Paz y Amistad de 1860, considerado por muchos como una oportunidad perdida para hacer más efectiva la presencia española en tierras africanas, fundamentó la eclosión de una retórica

² *Id.*

africanista basada en toda una red de argumentos destinados a intensificar las relaciones hispano-marroquíes desde una perspectiva fundamentalmente económico-cultural y civilizadora.

En ese contexto, lo hemos visto, nacieron las principales instituciones africanistas (la Sociedad Geográfica de Madrid, la Asociación Española para la Exploración de África, la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, etc.), todas con una finalidad muy clara: impulsar actuaciones coloniales e influir en la política gubernamental para garantizar el prestigio internacional de España y la defensa de sus intereses en el exterior³. El siglo XX, no obstante, se iniciaría con toda una serie de incidentes que influirían en la evolución de ese discurso y del imaginario africanista español en su conjunto. Uno de ellos, aunque no el único, fue el establecimiento del Protectorado español en Marruecos.

Durante el siglo XIX, el Estrecho de Gibraltar adquirió más que nunca un gran valor estratégico por ser cruce de caminos entre el Mediterráneo y el Atlántico y eso hizo que las diversas potencias coloniales europeas, especialmente Francia y Gran Bretaña, luchasen por controlarlo. Los africanistas españoles, como hemos señalado en el capítulo anterior, reivindicaron con frecuencia la necesaria participación de España en un posible reparto de Marruecos ya que su aislamiento diplomático podía suponer que ésta quedase emparedada por Francia entre los Pirineos y el Estrecho. Gracias al juego de intereses contrapuestos de las dos grandes potencias mediterráneas, y no tanto a su capacidad negociadora, el gobierno español pudo hacerse con un trozo del pastel. Aunque éste no tenía un especial deseo de embarcarse en aventuras expansivas, el miedo a que Francia pudiera hacerse con el control de todo Marruecos lo atrapó en una empresa colonial que resultó enormemente gravosa y decepcionante para buena parte de la población española. La inicial “penetración pacífica” fue rápidamente sustituida por una terrible guerra colonial que duró hasta 1927 y que hizo que Barranco del Lobo (1909), Monte Arruit o Annual (1921) pasasen a engrosar la lista de lugares de memoria del imaginario colectivo de los españoles.

Veamos de qué manera afectó todo este proceso al discurso africanista y hasta qué punto supuso una ruptura con la tradición anterior.

³ Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA, “Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos” en *España en Marruecos...*, *op. cit.*, p. 191.

2.1.1. Con otros ojos: del exotismo orientalista decimonónico al africanismo popular

El siglo XIX se cerró con el fin del imperio español como consecuencia de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Hasta ese momento, el ejército, por un lado, y muchos colonialistas españoles, por otro, no se habían planteado seriamente la posibilidad de una expansión africana, ya que el falso esplendor de los vestigios de un imperio obsoleto con varios siglos de historia aún los deslumbraba. El fin del imperio americano, por tanto, hizo que no pocos vieran en África la única salida posible a la crisis y la única manera de recuperar el prestigio perdido⁴.

Muchos fueron los teóricos del colonialismo que empezaron a diseñar un relato que hacía del país magrebí una nueva oportunidad para la grandeza de España, para la recuperación del Imperio y también, aunque los grandes intereses económicos de Cuba no se reprodujeran en Marruecos, para hacer negocios. En este sentido, a principios del siglo XX aún se creía en el mito de los “tesoros” ocultos del Rif, un conjunto de leyendas que llevarían a mucha gente ávida de riqueza al territorio norteafricano⁵. Algunos grupos capitalistas, como la SETOLAZAR, la Norte Africana o, especialmente, la Compañía Española de Minas del Rif, tendrían suerte y obtendrían beneficios considerables; sin embargo, la mayoría de prospectores se arruinó buscando aquello que, como confirmarían a posteriori los estudios geológicos, no existía⁶.

Con este marco como trasfondo, en 1904 Francia y España firmaron los Acuerdos hispano-franceses sobre Marruecos: un intento conjunto de ampliar la esfera de influencia sobre este territorio norteafricano. Estos acuerdos tuvieron sus primeras concreciones en la Conferencia de Algeciras de 1906; aun así, el sistema de protectorado no se estableció hasta 1912, momento en el que Francia y España firmaron el convenio que establecía las “zonas de influencia” de ambos países en Marruecos, correspondiéndole a España los territorios de Yebala y el Rif, al norte de Fez, y unos 200.000 km² de tierras inhóspitas y desérticas al sur de Tarfaya (**FIG. I**).

⁴ Debemos recordar, no obstante, que España ya tenía posesiones en Guinea.

⁵ Véase, por ejemplo, Auguste MOULIÈRES, *Le Maroc inconnu*, Paris, Librairie Coloniale et Africaine, 1895-99, una obra en la que Marruecos era presentado como una especie de nuevo El Dorado.

⁶ María Rosa DE MADARIAGA, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, UNED-Ciudad Autónoma de Melilla, 2000, pp. 193-199.

FIGURA I. El Protectorado español en Marruecos

A partir de esa fecha, la ocupación del territorio por parte de Francia fue muy rápida, en parte por el gran ejército colonial dirigido por el mariscal Lyautey. En España, en cambio, hubo una fuerte crisis por la incapacidad logística y administrativa de dominar su pequeña “porción”. Las tropas españolas, aún durante los años veinte, sufrieron grandes derrotas como el desastre de Annual que, entre otras cosas, motivaría la creación de la Legión, un ejército africanista creado especialmente para el conflicto marroquí.

Todo este proceso colonial, como es lógico, se vio alimentado por el discurso africanista, que contribuyó activamente a la construcción de una determinada “realidad”. Sin embargo, la dinámica de este proceso provocó al mismo tiempo ciertas transformaciones y tensiones en el imaginario del africanismo, como veremos a continuación.

Desde los primeros años del siglo XX, la llegada de españoles a tierras marroquíes se incrementó. Un momento especialmente importante fue el mandato del caudillo rifeño Bu Hamara, un funcionario del *Majzén* que, tras caer en desgracia, adoptó un discurso político de tipo mesiánico (se hizo pasar por hijo secreto del anterior sultán) que lo convirtió en señor del Rif entre 1902, fecha en la que se proclama sultán en Taza, y 1908, momento en el que, como consecuencia de una sublevación de las principales cabilas rifeñas, es expulsado del poder. Bu Hamara, pese a su discurso contrario a la penetración extranjera, promovió el inicio de la instalación de empresas mineras en el

Rif, especialmente francesas y españolas. Aunque su caída supuso la paralización del trabajo minero, el gobierno español, presionado por las compañías mineras con intereses en la zona, negoció el mantenimiento y la ampliación de las concesiones de explotación, lo que provocó la llegada a Marruecos de numerosos prospectores, ingenieros y obreros de minas e infraestructuras⁷.

El establecimiento del Protectorado, además, implicó la llegada de comerciantes y colonos. Desde el siglo XIX, africanistas como Costa o Reparaz habían planteado en los diversos Congresos Africanistas que Marruecos debía ser una válvula de escape de inmigrantes españoles (como Argelia lo era para los franceses); pese a ello, el primer plan de colonización serio no llegó hasta 1914. En 1915 se fundó la Compañía Española de Colonización (controlada por la Compañía Española de Minas del Rif) y ésta se dedicó a comprar tierras de baja calidad y revenderlas mucho más caras, por lo que pocos colonos agrícolas pudieron vivir del cultivo de tierras en Marruecos. De este modo, aunque el Protectorado se intentó presentar, sobre todo durante los años treinta, como un destino perfecto para los campesinos peninsulares, éstos, mayoritariamente, sólo podían aspirar a trabajar como braceros de las grandes explotaciones de las empresas de colonización. Con la excepción de la etapa de Primo de Rivera, en la que algunas tierras propiedad del Estado fueron vendidas en pequeños lotes a pequeños y medianos colonos, la intervención pública se limitó a la construcción de centros de experimentación y educación agrícola, más que a la colonización⁸.

En este contexto en el que, en general, los intereses económicos fueron escasos (algo que, por ejemplo, no sucedió con Argelia o el Marruecos francés) y en el que la mayoría de la población española apenas podía verse implicada en un gran proyecto colonizador, la idea de hermandad que había predominado en los círculos africanistas decimonónicos, difícilmente podía extenderse entre la mayoría de los españoles. La Argelia francesa podía añadir “*grandeur*” a los franceses, vivieran en las colonias o en la metrópoli, pero ese no era el caso de Yebala y el Rif, unas tierras que, para la mayoría de la población, eran sinónimo de sangre y sudor para que, luego, sólo unos pocos se beneficiasen⁹.

⁷ *Ibíd.*, pp. 123-138.

⁸ *Ibíd.*, pp. 298-320

⁹ *Ibíd.*, pp. 310-311; M^a Concepción YBARRA ENRÍQUEZ DE LA ORDEN, “Acción política española en la independencia de Marruecos (1951-1956)”, en Javier TUSELL y otros (dir.), *El régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, pp. 412-413.

En segundo lugar, los colonos, comerciantes, artesanos y demás personas que llegaron a Marruecos durante las primeras décadas del siglo XX no sólo comprobaron que aquélla no era, en general, una tierra de oportunidades sino que, además, muchos vivieron de cerca hechos o incidentes que difícilmente podían hacerles adoptar el discurso “fraternal” de una parte importante de los africanistas decimonónicos.

A las ocho de la mañana del 9 de julio de 1909, un grupo de rifeños apuñaló a obreros españoles que construían un puente para el ferrocarril que unía las minas de Beni Bu Ifrur con Melilla. Ese hecho provocó un estallido de violencia en la región que se extendió por los alrededores de Melilla y causó numerosos muertos españoles y marroquíes. Las noticias de la masacre corrieron como la pólvora entre los españoles que vivían en Marruecos y no tardaron en llegar a la península a través de noticias, cartas o postales que difícilmente podían presentar al rifeño como el “hermano del sur”. Además, no podemos olvidar que, como consecuencia de estos incidentes, el Gobierno de Maura ordenó la movilización de reservistas que estuvo en la base de los acontecimientos conocidos como la Semana Trágica de Barcelona. Marruecos, más que nunca, era tierra de barbarie, violencia y muerte y los rifeños, unos “animales dañinos”, en palabras del propio rey Alfonso XIII, a los que había que castigar. Todo esto explica, entre otras cosas, que, años más tarde, en 1921, tras las matanzas de soldados y civiles españoles en Zeluan, Nador y Monte Arruit, la mayoría de la población y la prensa española fuera favorable a una guerra de represalias acompañada de los peores excesos y atrocidades, como el uso de gases tóxicos¹⁰. Ahora bien, no debemos olvidar que, incluso en un contexto como éste, hubo sectores sociales y políticos que, como muchos socialistas o republicanos, siguieron oponiéndose a una guerra que les parecía absurda y perjudicial tanto para España como para las clases trabajadoras¹¹.

Teniendo todo esto presente, por tanto, si hasta comienzos del siglo XX las imágenes del “otro”, del magrebí que habitaba en la otra orilla del Estrecho, habían sido construidas básicamente por unos africanistas que, como hemos visto, encajaban bastante bien en la tradición orientalista europea (con las matizaciones que ya hemos establecido), la instauración del Protectorado hizo que el número de colonos y visitantes

¹⁰ M^a Rosa de Madariaga es una de las historiadoras que ha investigado esta “guerra sucia” contra las cabilas rebeldes. A partir de numerosos testimonios directos, así como del estudio de la reacción internacional ante los hechos, la autora da cuenta del uso de gases tóxicos en los bombardeos que tuvieron lugar entre 1923 y 1927. María Rosa DE MADARIAGA, *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, pp. 220-227.

¹¹ Véase, por ejemplo, Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “El socialismo español y el anticolonialismo (1898-1914)”, Suplemento de *Cuadernos para el diálogo*, nº 76 (1976), pp. 5-26.

en el norte de África fuese mayor y que, por tanto, Marruecos dejase de ser visto sólo, o mayoritariamente, a través de los ojos de este tipo de orientalismo. Así, empezó a ser descrito también por personas sin expectativas, que vivieron la crudeza de la experiencia africana en primera persona, y que dejaron sus impresiones en cartas, postales caricaturescas, viñetas o publicidad que llegaban a la península y tenían una gran difusión social. Allí donde muchos de los africanistas y arabistas decimonónicos habían visto decadencia y ruinas de un esplendoroso pasado, estas personas sólo veían brutalidad, pobreza y suciedad. Dentro del imaginario español, nos dice Martín Corrales, los sueños orientalistas perdieron fuerza en beneficio de una visión menos exótica, menos atractiva, pero quizás más realista que, gracias a avances como la fotografía, se extendió con una relativa facilidad entre una población española que, desde hacía siglos, ya estaba acostumbrada a un discurso maurófono muy arraigado¹².

Ahora bien, ¿podemos considerar las imágenes de estos colonos, comerciantes o visitantes parte del imaginario africanista? Si el africanismo es una manifestación orientalista y si, como hemos dicho, entendemos que el orientalismo perseguía, entre otras cosas, la definición del “nosotros” y de los “otros” para dominarlos, reestructurarlos y tener autoridad sobre ellos, la respuesta parece clara.

Como dice Said, el orientalismo se manifestaba en textos estéticos, científicos, económicos, sociológicos, históricos y filológicos, que buscaban reforzar no sólo una distinción geográfica básica (Oriente/Occidente), sino también toda una serie de intereses que crearon y se esforzaron en mantener¹³. Pero esto se podía hacer también al margen del orientalismo más “académico”, aquél que descansaba sobre la prestigiosa autoridad de los eruditos promotores y al que Said denomina “orientalismo latente”. Se podía hacer a través de los relatos de colonos, comerciantes o peregrinos que describían lo que veían de primera mano¹⁴. Así, a partir de finales del siglo XIX, los sueños orientalistas de inspiración romántica empezaron a decaer como consecuencia de la irrupción de una visión muy chabacana, más realista, pero igualmente ideologizada y, en la mayoría de los casos, legitimadora de la actuación colonial¹⁵.

¹² MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*

¹³ SAID, *Orientalisme...*, *op. cit.*, pp. 24-25.

¹⁴ A pesar de ello, Said ha sido acusado con frecuencia de recurrir fundamentalmente a materiales producidos por las élites, ignorando en la práctica la dimensión popular del fenómeno. GONZÁLEZ ALCANTUD, “Edward Said y el orientalismo...”, *op. cit.*

¹⁵ El artículo de Manuela MARÍN, “Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)”, *Hispania*, LVI/1, nº 192 (1996), pp. 93-114, presenta un análisis muy interesante del discurso que se puede encontrar en los libros de viajes del período comprendido entre la Guerra de África y el establecimiento del Protectorado. Analiza relatos de exploradores, militares, diplomáticos, periodistas

Desde esta perspectiva, todo fue orientalismo y, de hecho, Said considera que este fenómeno fue una etapa habitual en la evolución de los orientalismos europeos: siempre había un momento en el que se daba una cierta tensión entre los dogmas del orientalismo latente, que tenían su apoyo en los estudios del “Oriente clásico” (Marruecos como vestigio de un mundo exótico y esplendoroso que ya había desaparecido), y las descripciones de un “Oriente presente” y moderno que Said denomina “orientalismo manifiesto”. Ahora bien, según él, esta tensión solía durar poco y terminaba habitualmente con la confluencia del “Oriente real” y el “Oriente esencial” de los eruditos¹⁶.

Con respecto al caso concreto del colonialismo español en Marruecos, nos damos cuenta de que, efectivamente, en un primer momento se dio esta tensión entre la imagen que de Marruecos podían tener los africanistas orientalistas y la que presentaban aquéllos que realmente entraban en contacto directo con el país. Es cierto, como apunta Manuela Marín, que durante la segunda mitad del siglo XIX la tensión se resolvió con una relativa facilidad; ahora bien, durante el siglo XX la situación cambió¹⁷. Parece claro que tanto las imágenes románticas, exóticas y paternales de los africanistas del siglo XIX como las imágenes menos amables de los colonos o comerciantes de principios del siglo XX, en última instancia, daban argumentos para una dominación colonial y contribuían a la definición del “nosotros” frente a los “otros”. Desde esta perspectiva, todo eran diversas caras de un mismo fenómeno. No obstante, si no nos centramos tanto en el objetivo y miramos más la red de argumentos para alcanzarlo, encontramos diferencias sustanciales que desmienten o complejizan las tesis de Said: ¿qué quedaba de la idea de fraternidad hispano-marroquí en estas “nuevas” imágenes? ¿Y de la idea de devolver a los marroquíes la civilización que ellos trajeron primero? ¿Y de los vínculos con el mítico al-Ándalus? ¿Era lo mismo señalar que se debía intervenir en Marruecos por justicia histórica con los “hermanos menores” del sur (aunque sepamos que esto sólo era un argumento paternalista para legitimar el colonialismo) que decir que la razón principal era civilizar (o incluso castigar) a gente bárbara y traidora que sólo entendía el ruido de los cañones?

y científicos, y llega a la conclusión de que la representación que todos ellos hacen de la realidad marroquí se sitúa en el marco de una ideología de carácter colonial. Ahora bien, el lenguaje utilizado, pese a ser a veces más negativo que el de los africanistas que hemos visto, aún mantiene vivos los tópicos románticos y exóticos orientalistas. Eso es lo que empieza a cambiar a partir de principios del siglo XX.

¹⁶ SAID, *Orientalisme...*, *op. cit.*, pp. 224-225.

¹⁷ MARÍN, “Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos...”, *op. cit.*

Es evidente que las brutales derrotas militares en Marruecos tuvieron mucho que decir a la hora de explicar la aparición de estas representaciones, pero no por ello debemos pensar que estos planteamientos son del todo nuevos. Como ya hemos apuntado, la socialización en el rechazo al “moro” fue un proceso de larga duración. Ahora bien, no debemos olvidar en ningún momento que estamos ante una construcción histórica (fue cambiando a lo largo del tiempo como consecuencia de múltiples factores) ya que, de lo contrario, podríamos caer en esencialismos bastante peligrosos.

Así, pese a la retórica de muchos de los africanistas y arabistas decimonónicos, la imagen negativa que el peso de la tradición había mantenido viva, afloró con virulencia durante los conflictos bélicos en el norte de África. Desde finales del siglo XIX el orientalismo había creado una imagen romántica de los países islámicos; pero lo que más contribuyó a la elaboración de las imágenes populares del “moro” durante el siglo XX fueron la tradición heredada y las guerras de Marruecos¹⁸. Estos conflictos deben ser vistos, pues, como una etapa de gran producción cognitiva en la recreación de imágenes del “moro”: la prensa y las caricaturas, el testimonio oral y escrito de los soldados, las descripciones de viajeros, los relatos literarios, las obras de pintores, la aparición de canciones sobre las guerras, el cine, etc. Casi todas estas fuentes se caracterizaron por su maurofobia y por la reproducción de los estereotipos de la crueldad, la violencia y la irracionalidad del magrebí¹⁹.

Por otro lado, tampoco podemos olvidar el hecho de que el africanismo y el arabismo del siglo XIX no pretendían, en principio, dirigirse a la población en su conjunto. Era un discurso elitista destinado básicamente a sectores académicos o a aquéllos que podían impulsar una verdadera política colonial. En este sentido, la retórica africanista “clásica” en España no pasó de ser algo marginal reservado a aquéllos que creían que los remedios para los males patrios se encontraban en la otra orilla del Estrecho. En un contexto como ése, por tanto, las imágenes colectivas predominantes sobre los marroquíes difícilmente podían ser las representaciones paternalistas y “respetuosas” del africanismo (porque éstas no se habían socializado). Buena parte de los colonos, viajeros o comerciantes que describieron Marruecos a partir de la instauración del Protectorado, recurrieron a la tradición maurofóbica y no tanto a la tradición africanista y arabista del siglo XIX. Además, no debemos olvidar que a las

¹⁸ También la Guerra Civil, pero de eso ya hablaremos más adelante.

¹⁹ MATEO DIESTE, *El “Moro” entre los primitivos...*, *op. cit.*, p. 57; MADARIAGA, “Imagen del moro en la memoria colectiva...”, *op. cit.*, pp. 581-582; MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*, p. 55.

autoridades les podía interesar mantener vivo este odio hacia el “moro” en determinadas circunstancias para hacer que una población mayoritariamente contraria a la experiencia colonial norteafricana estuviera dispuesta a ir a luchar y, si hacía falta, a morir²⁰.

Pese a todo lo dicho, aunque admitimos que las visiones de estos nuevos “observadores” también formaron parte de lo que hemos denominado africanismo (si lo entendemos como el máximo exponente del orientalismo en España), consideramos que éstas fueron elementos de influencia más que algo configurador de una tradición africanista distinta, encargada de romper con el africanismo decimonónico. Estos planteamientos ya existían cuando el africanismo “paternal” y “civilizador” se estaba configurando y, en general, no respondieron a una voluntad organizada de influir en la política colonial (no había un corpus teórico *sensu stricto*). Además, todas estas imágenes negativas permanecieron después de la pacificación del Protectorado, a partir de 1927, a pesar de la difusión por parte de las autoridades de imágenes más o menos respetuosas. La gran cuestión, por tanto, es si hubo en algún momento, en particular durante el primer franquismo, una verdadera voluntad de hacer que los principios del africanismo oficial arraigasen en el imaginario colectivo de la población española. Y, si no fue así, preguntarse qué podía llevar a un régimen a defender oficialmente un discurso que no tenía como aspiración llegar a ser compartido.

De todo esto hablaremos con detenimiento en los próximos capítulos. Centrémonos ahora en otro aspecto que sí nos permite establecer una relación más clara con el africanismo decimonónico: la adopción de una retórica africanista por parte de un importante sector del Ejército.

2.1.2. El africanismo castrense y el abandono de la “penetración pacífica”

Estrechamente ligada a lo que acabamos de ver está la cuestión de la irrupción de un africanismo belicista por oposición a la idea de “penetración pacífica” de los africanistas decimonónicos. Barranco del Lobo (1909), Annual y Monte Arruit (1921), entre otras derrotas, contribuyeron a dejar de lado las ideas de civilización pacífica del

²⁰ Lo cual explica que, por ejemplo, tras la derrota de Annual se dieran numerosas campañas patrióticas, donaciones, fiestas y recaudaciones en la mayoría de los pueblos de España o que los soldados que debían partir a África fueran despedidos en actos multitudinarios en los que participaban las autoridades religiosas y civiles. Pablo LA PORTE, “Marruecos y la crisis de la Restauración”, *Ayer*, nº 63 (2006), pp. 68-69.

“hermano menor” y a fomentar la visión de unos rifeños que merecían castigos ejemplares por su condición de bárbaros y traidores²¹.

Esto ha llevado a muchos autores a distinguir entre el “africanismo histórico” del último tercio del siglo XIX y el “africanismo militarista” que aparece durante estos años. Alfred Bosch, en su tesis de licenciatura, establecía esta división a la hora de analizar los distintos “filones” del africanismo franquista y señalaba que esta segunda rama africanista estuvo representada, básicamente, por militares procedentes de la guerra del Rif que querían recuperar el prestigio del ejército y escalar dentro de la jerarquía. Eran hombres, según Bosch, que, a diferencia de la mayoría de los africanistas del siglo XIX, menospreciaban la política y que se caracterizaban por un carácter retrógrado y ultranacionalista²².

Hay quien considera que la primera gran institución de este nuevo tipo de africanismo fue la Liga Africanista Española, creada en Madrid el 10 de enero de 1913 por iniciativa de un grupo de senadores encabezado por Joaquín Sánchez de Toca, su primer presidente. Parece que algunos de sus miembros, básicamente políticos, militares, marinos, publicistas, comerciantes e industriales, se alejaron desde bien pronto de las posturas africanistas clásicas y se convirtieron en paladines de la intervención militar sin miramientos. Bosch destaca el caso del político Antonio Maura que, en 1921, siendo presidente de la entidad, apelaba a “nuestro valeroso y heroico Ejército” para encaminar la política colonial²³. Pese a esto, José Luis Villanova también nos recuerda que algunos miembros destacados de este organismo siempre siguieron fieles a los planteamientos más pacifistas y conciliadores, incluso en los momentos de máxima escalada bélica²⁴.

El principal órgano de esta asociación fue la revista *África Española*, dirigida por Augusto Vivero y publicada entre 1913 y 1917. Desde su primer número, aparecido en julio de 1913, *África Española* dejaba claro que España tenía numerosos intereses en

²¹ Sobre las guerras coloniales de España en Marruecos véanse, por ejemplo, BACHOUD, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, op. cit.; MADARIAGA, *España y el Rif...*, op. cit.; Susana SUEIRO SEOANE, *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la “cuestión marroquí” (1923-1930)*, Madrid, UNED, 1993; José Luis de MESA, Carlos LÁZARO, Roberto MUÑOZ y Jesús NÚÑEZ, *Las Campañas de Marruecos. 1909-1927*, Madrid, Almena, 2001; Sebastian BALFOUR, *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona, Península, 2002; María Rosa de MADARIAGA, *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005; MADARIAGA, *Abd-el-Krim el Jatabi...*, op. cit.

²² Alfred BOSCH-PASQUAL, *L’africanisme franquista i l’IDEA (1936-1975)*, tesis de licenciatura inédita, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1985, p. 75.

²³ *Ibid.*, p. 37.

²⁴ José Luis VILLANOVA, *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Bellaterra (Barcelona), Edicions Bellaterra, 2004, p. 41.

Marruecos y que, pese al pesimismo o el rechazo de muchos, era imprescindible llevar a cabo las políticas que fueran necesarias para hacerlos efectivos:

“Mala coyuntura ésta para la aparición de *ÁFRICA ESPAÑOLA* [...] Ahora priva el pesimismo, y hay quien pide el abandono de las fértiles zonas de Yebala y del Garb, justipreciando osadamente en cero su valía; y no faltan quienes pongan en cuarentena el visible resurgir de las energías económicas de la raza, y aun su vitalidad asombrosa... ¿Cómo, en momentos tales, propugnar la conveniencia de una acción de conquista mercantil, reposada y persistente, y cómo enveredar las opiniones hacia lo que puede ser pingüe fuente de beneficios morales y materiales? [...] España no puede zafarse de Marruecos, y, así, nada más torpe que limitarse a protestar contra las cargas y no hacer cosa alguna para el logro de los provechos. Triste es empapar en sangre generosa las tierras marroquíes; pero más triste será hacerlo –ya que venimos obligados por compromisos ineludibles- sin lucro nacional de ninguna clase, como ha de ocurrir forzosamente si no comenzamos a pensar en el mañana”²⁵.

Los intereses económicos, por tanto, justificaban para la redacción de la revista la intervención militar, una intervención que, además, contribuía al prestigio español en el extranjero y a garantizar la propia seguridad. En este sentido, el ministro de Estado no dudaba en afirmar que: “Siempre es honor y prestigio de una nación el triunfo de sus armas; pero es éste más glorioso cuando no se combate por ansias de dominio ni por estímulo de aventuras, sino por la propia defensa y la del orden, al calor de un propósito fecundo y humano”²⁶.

Fijémonos que en todas estas manifestaciones se hablaba de la gloria de España, de los intereses materiales en Marruecos y de la necesidad de mayores esfuerzos militares en la zona. Muchos otros artículos recuperaban también la idea de misión civilizadora o los derechos históricos que, desde los Reyes Católicos, España tenía en el Norte de África. Ahora bien, los argumentos paternalistas basados en la idea de hermandad o del pasado común brillaban por su ausencia. De hecho, el propio secretario de la Liga Africanista no dudaba en apartarse del africanismo costista al decir, con explícitas referencias a Joaquín Costa, que “sólo así pudieron resonar con vigor en España las voces positivistas de quienes pedían echar triple llave al sepulcro del Cid. Sólo así pudo hablarse como programa único de «escuela y despensa», como si el

²⁵ “Al empezar”, *África española*, n° 1 (1913), p. 3.

²⁶ Antonio LÓPEZ MUÑOZ, “España en Marruecos”, *África española*, n° 1 (1913), p. 6.

mundo entero pudiera detener su marcha para contemplar lo que estudiábamos y lo que comíamos”²⁷.

La Liga Africanista, por tanto, consideraba que la etapa de la “penetración pacífica” debía dar paso a una nueva fase de mayor planificación basada en la intervención de un potente ejército colonial que garantizase la acción económica española en Marruecos. Para ello, no se debía escatimar el dinero ni los medios, puesto que España era la potencia colonizadora y como tal debía actuar:

“Es preciso que nuestros gobernantes tengan una orientación política, un plan algo definido. Es necesario que dejemos de ser juguete de los moros, y que llevemos los combates a donde nos plazca, en la época mejor para nosotros”²⁸.

Pese a todo esto, el máximo exponente de este nuevo africanismo belicista fueron, como ya hemos señalado, los militares africanistas, que también tuvieron sus propios órganos para difundir sus ideas sobre Marruecos y la misión española en África.

El Ejército fue uno de los sectores sociales más afectados por la derrota de 1898. Los militares vivieron la pérdida de Cuba y Filipinas como una cuestión de honor propio, no sólo por haber perdido la guerra sino también por el hecho de que se les culpaba directamente de lo que había ocurrido. Se sentían incomprendidos por una clase política a la que tachaban de corrupta e inepta y por una sociedad cada vez más contraria a experiencias bélicas, algo que ellos percibían como signo de decadencia y antipatriotismo²⁹. Además, los medios con los que contaban las fuerzas armadas eran muy deficientes, lo cual generaba no poca indignación entre muchos miembros del ejército que culpaban directamente a los políticos del momento de su humillante derrota y de favorecer, con una escasa inversión en medios materiales, la denigrante rendición que puso punto final al imperio americano. Esto hizo que, poco a poco, muchos de ellos se fuesen acercando progresivamente hacia posiciones políticas claramente antiliberales y autoritarias, posiciones que, dado el contexto de crisis finisecular que ya hemos comentado en el capítulo anterior, pronto articularon un discurso de regeneración

²⁷ Mariano MARFIL, “Ante el problema de Marruecos”, *África española*, nº 1 (1913), p. 42

²⁸ *Ibid.*, pp. 45-46

²⁹ Para profundizar en la sensación de humillación sufrida por los militares al volver de Cuba y Filipinas, véase Sebastian BALFOUR, *El fin del Imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997, pp. 171-172, donde se analizan periódicos militares de la época que tratan este tema. Para la cuestión de las tensiones entre el Ejército y la prensa como consecuencia de las guerras en Marruecos, consúltese Pedro PASCUAL, “Prensa, Ejército y Parlamento en la Guerra de Marruecos”, *Historia* 16, nº 276 (1999), pp. 62-77.

basado en la recuperación de una patria enferma a la que sólo los militares podían salvar³⁰.

Con las campañas marroquíes, este ejército desencantado empezó a reforzarse y a establecer lazos de solidaridad interna que, a menudo, incrementaron su alejamiento de la sociedad civil y del propio Ejército peninsular³¹. Marruecos, además, empezó a ser visto por los militares como la mejor vía para recuperar el honor y el imperio perdidos³². Fijémonos, en este sentido, en lo que el entonces comandante Francisco Franco escribía a la altura de 1922:

“En nuestra vida de Xauen nos llegan los ecos de España. El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia la actuación y sacrificio del Ejército, y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre entre los ardientes peñascales. ¡Cuánta insensibilidad!”³³.

Todo esto hizo que, básicamente, entre 1909 y 1927, un conjunto de militares con una conciencia particular, formados en los territorios africanos y con un sentido de la profesión diferente al de los compañeros peninsulares, fuese construyendo un discurso en relación con Marruecos que iba a presentar claras diferencias con respecto a la retórica del africanismo del siglo XIX y que coincidiría con algunas de las imágenes

³⁰ Para más información sobre la configuración de este regeneracionismo castrense, véase Robert G. JENSEN, *Intellectual foundations of Dictatorship: Spanish military writers and their quest for cultural Regeneration, 1898-1923*, Universidad de Yale, 1995; Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *El Ejército español en el Desastre de 1898*, Madrid, Arco Libros, 1997; Daniel MACÍAS FERNÁNDEZ, “El pensamiento regeneracionista militar: una crítica al sistema político liberal”, en M^a Candelaria FUENTES, Javier CONTRERAS y Pablo LÓPEZ (eds.), *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, Universidad de Granada, 2010; Sebastian BALFOUR y Pablo LA PORTE, “Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-36”, *European History Quarterly*, Vol. 30-3 (2010), pp. 307-332.

³¹ La aparición de las Juntas de Defensa en Barcelona durante el primer semestre de 1916 fue, según muchos historiadores, un acontecimiento clave para explicar la formación de una conciencia africanista en los militares destinados a pacificar el Protectorado. Entre 1909 y 1913 se concedieron 132.295 condecoraciones y más de 1.587 ascensos por méritos de guerra en África, pese a no alcanzarse ninguna victoria decisiva sobre los marroquíes. Una de las primeras medidas de la Junta fue implantar de hecho la suspensión de los ascensos como recompensa por méritos de guerra, lo cual indignó a la oficialidad de África e inició un enfrentamiento entre “junteros” y africanistas que se agudizó tras la derrota de Annual. Véanse a este respecto las reflexiones del coronel de Infantería Andrés Mas Chao en Andrés MAS CHAO, *La formación de la conciencia africanista en el ejército español (1909-1926)*, Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1988, pp. 34-36. Para el estudio de los militares durante la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera sigue siendo útil la obra de Carolyn P. BOYD, *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.

³² Javier RAMIRO DE LA MATA, *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos, Ceuta, Ciudad Autónoma de Ceuta*, Archivo Central, 2001, pp. 59-60; BOSCH-PASQUAL, *L'africanisme franquista...*, op. cit., p. 50.

más negativas de ese africanismo más popular que hemos comentado en la primera parte de este capítulo³⁴.

Una de las principales publicaciones de este africanismo castrense fue la *Revista de Tropas Coloniales*, editada por primera vez en Ceuta en 1924 y que, entre otros, tuvo como directores a Gonzalo Queipo de Llano (durante sus primeros seis meses de existencia) y a Francisco Franco. A partir de febrero de 1926 pasó a denominarse *África, Revista de Tropas Coloniales* y, en 1932, momento en el que Franco dejó de dirigirla, el título de la publicación pasó a ser simplemente *África*. Aunque su publicación se interrumpió con el estallido de la Guerra Civil, el régimen franquista la resucitó nuevamente tras la contienda y la convirtió en uno de los pilares del Instituto de Estudios Africanos (IDEA).

Más allá de informarnos sobre el desarrollo de expediciones militares, sobre la vida castrense o sobre los avances armamentísticos, esta revista es un reflejo de la mentalidad y las opiniones de los militares africanistas que protagonizaron las campañas en Marruecos³⁵. Durante los primeros años, coincidentes con la guerra colonial, la *Revista de Tropas Coloniales* se caracterizó, en general, por un tono duro, partidario de la guerra, y crítico con la opinión pública y los gobiernos previos a la dictadura de Primo de Rivera. A partir de 1927, sin embargo, la retórica se dulcificó y muchos de los tópicos del africanismo decimonónico se fueron recuperando. Centrémonos, no

³³ Francisco FRANCO BAHAMONDE, *Papeles de la Guerra de Marruecos. Diario de una bandera. La hora de Xauen. Diario de Alhucemas*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1986, p. 84.

³⁴ Sin ir más lejos, todo apunta a que el propio general Franco, pese a su retórica africanista, no sintió ningún tipo de estima por África y los africanos. Sus vivencias marroquíes tuvieron un carácter primordialmente bélico y, por eso, el futuro dictador mostró más interés por la vida africana castrense de sus legionarios que por las sociedades magrebíes. Como ponen de manifiesto Gustau Nerín y Alfred Bosch, contrariamente a lo que escribieron después sus apologistas, Franco sentía una gran hostilidad hacia lo marroquí; nunca habló más de cuatro palabras en árabe y sus concepciones sobre el Magreb se caracterizaron por un tono racista y, a menudo, antiislámico. Gustau NERÍN y Alfred BOSCH, *El Imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hendaya*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000. Para más información sobre la etapa africana de Franco, consúltese Paul PRESTON, *Franco, "Caudillo de España"*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2002; Gabriel CARDONA, "El joven Franco. Cómo se forja un dictador", *Clío*, nº 16 (febrero 2003), pp. 18-24; Xavier CASALS MESEGUER, "Franco «El Africano»", *Journal of Spanish Cultural Studies*, 7:3 (2006), pp. 207-224.

³⁵ Entre los colaboradores de la *Revista de Tropas Coloniales* se encuentran muchos de los militares que protagonizaron el golpe de Estado que conduciría a la Guerra Civil, así como otros destacados personajes que, durante el franquismo, tendrían puestos de gran responsabilidad. En este sentido, además de Queipo de Llano y Franco, podemos hablar de Emilio Mola, Antonio Martín de la Escalera, José Millán-Astray, José Díaz de Villegas, Tomás García Figueras o Víctor Ruiz Albéniz, también conocido como el *Tebib Arrumi* ("médico cristiano" en árabe). Conviene destacar igualmente las colaboraciones del célebre militar y periodista Cándido Lobera, del coronel y auditor de división Manuel del Nido o del periodista y geógrafo africanista Gonzalo de Reparaz.

obstante, en los primeros años de la revista, los de las guerras en el Rif, para ver las principales características de este africanismo castrense.

Una de las primeras cosas que debemos destacar es que, desde su primer ejemplar, la *Revista de Tropas Coloniales* se caracterizó por una crítica feroz a los gobiernos de la Restauración, a los intelectuales e incluso a la opinión pública. Queipo de Llano, en la introducción que escribió para el primer número de la publicación, ya dejaba bien claro que “tras de haber llegado al más alto grado de esplendor en época en la que «el Sol no se ponía en sus dominios», España empezó su marcha decadente, como obedeciendo a una ley fatal que parece regir los destinos de los pueblos” y que la causa no era otra que “la corrupción de legisladores, que eran los primeros en burlar las leyes que dictaban: la ilegalidad organizada que conocemos en España con el nombre de caciquismo, creado y sostenido por políticos a veces más atentos al desarrollo de intereses personales que a los de la Patria”. Por todo ello, España se encontraba “al borde de un abismo de anarquía” del que parecía muy difícil salir³⁶.

La culpa de esa situación había que buscarla no sólo en unos políticos incapaces de regenerar y vigorizar a la nación, sino también en todo un conjunto de intelectuales miopes que no sabían ver ni valorar el sacrificio de los militares y en un pueblo español dormido y manipulado incapaz de entender el momento histórico que estaba viviendo.

Sobre la crítica a los intelectuales resulta muy interesante un artículo de Ramiro de Maeztu en el que, al hilo de los altercados de 1909, y tras señalar que los marroquíes eran seres atrasados y bárbaros sin ninguna civilización, criticaba la falta de inversiones públicas en el ejército y censuraba a figuras como Unamuno por su falta de visión:

“Intelectuales eximios, como don Miguel de Unamuno, han estado diciendo, viniera o no a cuento, que la guerra de Marruecos es tan injusta como la de Napoleón hace un siglo. Y esto no es cierto [...] Podrá decirse que la campaña de Marruecos ha sido cara, pero la justicia de su causa, que es la de la civilización occidental, no necesita sino ser declarada para hacerse patente”³⁷.

Por lo que respecta al pueblo, resultan muy representativas las críticas según las cuales uno de los mayores enemigos de la causa marroquí era la indiferencia nacional o

³⁶ Gonzalo QUEIPO DE LLANO, “Nuestro propósito”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 1 (enero de 1924), p. 1.

³⁷ Ramiro de MAEZTU, “Con el Ejército”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 1 (enero de 1924), pp. 4-5. Sobre la evolución del pensamiento de Maeztu, consúltense José Luis VILLACAÑAS, *Ramiro de*

el rechazo a todo lo que tuviera que ver con África, impulsado muchas veces por unos periodistas considerados “la causa de muchos males”³⁸. Queipo de Llano, en este sentido, hablaba, por lo que respecta a la opinión pública, de indolencia, pasividad y ataques a un Ejército al que, pese a sus esfuerzos y sacrificios, se responsabilizaba de los problemas de España:

“A nadie puede ocultársele la gravedad de este problema [el de Marruecos], por causas tan distintas, que la responsabilidad de tal situación alcanza: desde los partidos políticos que dirigieron la vida de la Nación [...] pasando por nuestros diplomáticos, y por el Ejército con su falta de preparación adecuada, [...] alcanza al pueblo que, con indolencia verdaderamente musulmana, permitió que le siguiesen gobernando quienes de fracaso en fracaso y en constantes luchas intestinas de una esterilidad desesperante, habían conducido a la Nación hacia la anarquía [...] [Los políticos engañaron al pueblo] y eso fue causa de que la pérdida de nuestro imperio colonial trajese consigo la enorme depresión que sufrió el espíritu español hasta entonces vigoroso y dispuesto siempre al sacrificio por la Patria [...] El Ejército fue blanco de los más villanos ataques [...] como si después de haber vertido a raudales su sangre generosa, en aquellas guerras desdichadas, víctima del máximo abandono de los Gobiernos, fuese el único responsable de los males sufridos por España”³⁹.

Frente a políticos, intelectuales o españoles que no sabían o no querían ver la importancia que para España tenía la labor militar en Marruecos, la *Revista de Tropas Coloniales* siempre destacaba la desinteresada labor del Ejército, único garante de la regeneración nacional:

“Por fortuna el horror que inspiraba la catástrofe que se preveía y la ansiedad que de regenerarnos sentíamos todos los buenos españoles, encarnaron en unos cuantos hombres de corazón que, arriesgándolo todo, afrontaron la árdua tarea de hacer resurgir el espíritu español adormecido por el fatalismo musulmán que parece flotar por todos los ámbitos de España y conducir a ésta por el camino que puede hacerla digna de su gloriosa historia”⁴⁰.

Maeztu y el ideal de la burguesía en España, Madrid, Espasa-Calpe, 2000; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

³⁸ Véase, por ejemplo, Tebib ARRUMI, “La causa de muchos males. La actuación del periodista en la Guerra Colonial”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 2 (febrero de 1924), p. 13; Augusto BARCIA, “El problema de Marruecos. La indiferencia nacional el mayor enemigo”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 3 (marzo de 1924), p. 9.

³⁹ Gonzalo QUEIPO DE LLANO, “El problema de Marruecos”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 2 (febrero de 1924), p. 1.

⁴⁰ QUEIPO DE LLANO, “Nuestro propósito”, *op. cit.*, p. 1.

El Ejército, así, se convertía en el depositario de las ancestrales virtudes hispánicas, las de la Nación, y los militares eran presentados como hombres movidos por el espiritualismo y por unos valores morales que fundamentaban cualquier acción. No resulta extraño, por tanto, que con frecuencia se recurriera a la figura romántica de los conquistadores españoles o de otros personajes históricos glorificados para destacar sus virtudes. A diferencia de lo que sucedía con los civiles, los militares africanistas no se consideraban a sí mismos víctimas del egoísmo materialista, ya que su altura moral y su virilidad, uno de sus principales atributos, impedía que fueran doblegados por las bajas pasiones que sólo afectaban a los débiles.

Con estas características eran presentados en las numerosas biografías que mensualmente aparecían en los distintos ejemplares de la revista; unas biografías que, acompañadas siempre de la correspondiente foto de uniforme con todos los honores, solían hablar de la fuerza, el valor, la gallardía, el heroísmo o el patriotismo de unos personajes que, con frecuencia, habían muerto en África “al servicio de la Nación”. El soldado colonial, por tanto, era un hombre bravo, heroico y vocacional que, como señalaba Franco en diversos artículos, hacía un “sagrado juramento con su Patria”, adoptando un “sentido de apostolado imprescindible para su misión”⁴¹.

Toda esta retórica, además, iba acompañada de una serie de planteamientos basados en ciertas corrientes de pensamiento que, como el vitalismo o el darwinismo social, encajaron muy bien en la mentalidad de estos militares. En este sentido, Marruecos era presentado como “una verdadera escuela de entrenamiento, de selección y enérgico vigorizador de nuestra moral colectiva e individual”⁴². Las guerras que allí tenían lugar y la sangre que allí se derramaba eran, en palabras de Millán-Astray, la fuente de su “moral cívica y militar; la demostración de nuestra virilidad, el fuego sagrado que no se extingue mantenedor de nuestra energía”⁴³, unas afirmaciones que, por otra parte, recuerdan los planteamientos palingenésicos de Maurice Barrès y su concepto de “energía nacional”. De este modo, la muerte era fuente de fuerza, de renacimiento, de energía y de vida, siempre y cuando estuviera impulsada por un fin tan noble como era, para ellos, la grandeza y recuperación de la Patria:

⁴¹ Tebib ARRUMI, “Psicología de la oficialidad colonial”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 1 (enero de 1924), p. 9.

⁴² Luis PAREJA, “El pasado y el porvenir”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 1 (enero de 1924), p. 9.

⁴³ José MILLÁN-ASTRAY, “Necesidad de permanecer en África”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 5 (mayo de 1924), p. 49. Sobre Millán-Astray, véanse Paul Preston, *Las tres Españas del 36*,

“El instinto de conservación es el egoísmo, la pusilanimidad, las abyectas resignaciones ante el destino, preñadas de vilezas y claveteadas por vergonzosas abdicaciones, si el corazón no reobra contra esa amenaza de aniquilamiento, contra el miedo a la muerte [...] La prudencia, la moderación, la templanza, el sentido práctico, no son mas que invenciones de la hipocresía, velos arrojados sobre la flaqueza o sequedad de nuestro espíritu [...] Quienes en nombre de España vienen luchando en África [...] son sacerdotes de ese culto heroico, caballeros de la legión despreciadora de la muerte, y ofrecen a su Patria un motivo de orgullo y a sus conciudadanos todos, un ejemplo ¡ay! difícil de imitar”⁴⁴.

Los militares africanistas, por tanto, eran los que, dadas sus virtudes, mejor veían y entendían la misión que España tenía en Marruecos, una misión que, como ya señalara Costa, era imprescindible para la regeneración de España. Ahora bien, ellos, a diferencia del pensador aragonés, no la relacionaban con una simple “penetración pacífica” basada en la economía y la cultura; para este regeneracionismo castrense, el colonialismo se entendía como expansión imperial y uno de sus principales objetivos era devolver a España la gloria perdida⁴⁵. Marruecos, además, era también la garantía de la independencia nacional, una idea que aparecía en buena parte de los artículos de la revista y que recordaba que sólo garantizando el control del norte de África y del Estrecho de Gibraltar, España podría ser libre y recuperar el lugar que le correspondía en el mundo.

En tercer lugar, España, como país civilizador, tenía también un deber histórico y moral en Marruecos, ya que su misión era dar cultura a un pueblo atrasado y salvaje que, precisamente por su falta de civilización, no era capaz de ver las bondades de la colonización. Marruecos era presentado como un país anárquico y tribal en el que el orden, dadas las constantes luchas internas, era imposible sin la presencia española, lo cual, para estos militares, era la mejor evidencia de la necesidad del uso de la fuerza. Pese a ello, es cierto que en la revista hubo también artículos algo más amables en los que se decía que la guerra o el castigo no eran el fin, sino el medio para garantizar la civilización. En esta línea, especialmente a partir de 1927, los artículos probélicos

Barcelona, Plaza & Janés, 1998, pp. 65-98; R. Geoffrey JENSEN, “José Millán-Astray and the Nationalist « Crusade» in Spain”, *Journal of Contemporary History*, vol. 27 (1992), pp. 425-447.

⁴⁴ Baldomero ARGENTE, “El desprecio a la muerte”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 2 (febrero de 1924), p. 3.

⁴⁵ Véase, por ejemplo, Rafael de RUEDA, “La España Grande del Mediterráneo”, *África*, nº 73 (enero de 1931), pp. 7-8.

fueron dando paso a textos más centrados en la misión civilizadora a través de vías pacíficas.

Fijémonos que, en todo este relato, la idea de lazos históricos o raciales que, por ejemplo, veíamos en Costa para legitimar la presencia española en el Magreb, brillaba por su ausencia. En este sentido, llama la atención que incluso en un artículo del comandante Julio Arbizu sobre la construcción de un pabellón marroquí para la exposición hispano-americana de Sevilla de 1929 se dijera simplemente que el pabellón simbolizaba, más allá del intercambio material, “la comunión espiritual de ideas entre protectores y protegidos” o que éste era “la mejor muestra de la raza colonizadora española”, la encargada de poner en contacto a “las protegidas de ayer” (las naciones americanas que iban a acudir a la Exposición) con “las protegidas de hoy”⁴⁶. Pese a ser en Sevilla, no había en el artículo ninguna referencia a al-Ándalus o al pasado común (algo que, como veremos, no sucederá en exposiciones similares durante el franquismo). España era una raza colonizadora y la otrora reivindicada hermandad racial con sus colonizados no era mencionada en ningún momento⁴⁷.

España, además, estaba haciendo un esfuerzo enorme para llevar a cabo su misión y eso debía ir acompañado de un resarcimiento. Los intereses materiales no sólo no se ocultaban, sino que se hacían explícitos como un derecho más de los españoles:

“¿Puede y debe España renunciar a la valorización de ese suelo y a la explotación de esas riquezas? [...] Sinceramente creo que no [...] No creo que haya hoy político de solvencia [...] que deje de pensar en la posibilidad de que los sacrificios de España en Marruecos obtengan, no la retribución debida, sino ayudas que sirvan para indemnizarnos de gastos que se hacen hoy en beneficio del pueblo marroquí y a costa exclusiva de España”⁴⁸.

⁴⁶ Julio ARBIZU, “África en la exposición «hispano-americana de Sevilla». Proyecto de pabellón de Marruecos”, *Revista de Tropas Coloniales*, n° 3 (marzo de 1924), pp. 40-41. Para más información sobre la Exposición iberoamericana de 1929, consúltese Luis Ángel SÁNCHEZ GÓMEZ, “África en Sevilla: la exhibición colonial de la exposición iberoamericana de 1929”, *Hispania*, vol. LXVI, n° 224 (2006), pp. 1045-1082.

⁴⁷ Debemos señalar, no obstante, que en un nuevo artículo sobre la Exposición, escrito en 1929, su autor, Santos Fernández, criticaba que casi todos los objetos del pabellón marroquí fuesen procedentes del Protectorado y que no hubiese nada del arte y la historia “hispano-arabícos”, algo que habría servido para reforzar los lazos de españoles y marroquíes. Es evidente que el fin de la guerra y el nuevo contexto facilitaba este cambio de discurso que, pese a todo, aún no llegaba a ser tan atrevido como el que aparecería a partir de 1936. Santos FERNÁNDEZ, “Marruecos en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla”, *África. Revista de Tropas Coloniales*, n° 53 (mayo de 1929), p. 115.

⁴⁸ Antonio GOICOECHEA, “Alhucemas y los Beniurriaglis”, *Revista de Tropas Coloniales*, n° 1 (enero de 1924), p. 3.

Como se puede deducir de todo lo dicho hasta el momento, la representación que se hacía del marroquí en esta revista tampoco era la de los africanistas decimonónicos. En general, la imagen del “moro” se basaba en la vieja conceptualización del imaginario colectivo español que, como ya hemos comentado, se había ido configurando a lo largo de los siglos. La imagen que aquí se mostraba, por tanto, era el producto de la suma de esos clichés maurófobos tradicionales con los nuevos componentes de este africanismo belicista, el discurso racista y algunos rasgos de la tradición orientalista decimonónica. El “moro”, por tanto, era exótico y salvaje y su raza (a menudo considerada resultante de la mezcla de árabes y bereberes) era la causa de su situación decadente o inferioridad (lo cual impedía hablar de comunidad racial con ellos).

Sus costumbres también eran bárbaras e inferiores, y eso se reflejaba en numerosos textos que, ocultos bajo la apariencia de “inocentes” artículos culturales o costumbristas, como muchos de los de Manuel del Nido, hablaban de la brutalidad de sus tradiciones o de sus leyes⁴⁹. Incluso cuando aparecía alguna biografía de algún gran personaje marroquí, éste solía ser presentado como alguien cruel y temido que, precisamente por eso, era capaz de garantizar el orden y la paz en un país salvaje y lleno de violencia⁵⁰. Conviene señalar, además, que esta violencia se asociaba claramente con tópicos procedentes del exotismo más orientalista. Así, por ejemplo, al hablar de Muley Ismail se decía que fue de los pocos sultanes que dominaron el Rif por su fuerza y su crueldad y se destacaba su elevada religiosidad y su harén de dos mil mujeres⁵¹. Pero quizás la referencia más ilustrativa sea la de los textos referidos a los Yenun, unos genios malignos de la tradición musulmana cuyas maldades eran narradas en historias que acababan con la mítica frase: “Y aún hay para seguir contando de los Yenun por espacio de mil noches y una noche...”⁵².

Además, la religión musulmana y las supersticiones derivadas de ésta, sobre todo aquéllas impulsadas por cofradías y santones (morabitos), explicaban buena parte de la hostilidad de los colonizados, ya que estos elementos religiosos manejaban a su antojo

⁴⁹ Sirva como ejemplo Manuel del NIDO, “Rebelión y bandolerismo”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 7 (julio de 1925), p. 13.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, Fermín VILLALTA, “Muley Abd-el-Selam”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 3 (marzo de 1924), p. 12.

⁵¹ Manuel del NIDO, “El Sultán Muley Ismail”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 1 (enero de 1924), p. 11.

⁵² Enrique ARQUÉS, “En el reino tenebroso de los Yenun”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 15 (marzo de 1926), p. 55.

al “inadecuado, crédulo e infantil” pueblo marroquí, ejerciendo “un temible influjo manipulando a la masa fanática, supersticiosa e ignorante del adepto”⁵³.

Todo esto hacía del marroquí, especialmente del rifeño, un “enemigo indómito, fanático, aguerrido, animado de un inconcebible espíritu de independencia, engreído”⁵⁴. Especialmente importante, en este sentido, era el estereotipo del moro mentiroso, desleal y traidor, algo que era difícil de cambiar ya que, según muchos de estos militares, “el moro es tornadizo por naturaleza”⁵⁵. Esta naturaleza del magrebí era la que hacía que, de entrada, la civilización por vías pacíficas no fuese posible, por lo que la guerra era la única forma de hacerle entrar en razón. El teniente coronel Franco escribía en relación con las políticas de “penetración pacífica” que “aquellos procedimientos de atracción y política [...] son perjudiciales cuando en nuestro frente se mantiene latente el fuego de la guerra, los cañones truenan en enorme paqueo, y la arbaia y el fusil acechan desde las barrancadas”⁵⁶. Aquél no era para Franco momento de acuerdos o impunidad para aquellos “fanáticos rencorosos”, “criminales” o “fieras indígenas”, sino de contundente castigo justificado por un necesario deseo de venganza:

“El desquite del año 1921 no ha sido solo el deseo del ejército, ha sido desde el siguiente día de Anual y Monte Arruit un ideal nacional, como lo evidenció el entusiasmo con que fue acogida y apoyada la campaña de reconquista y la serenidad y espíritu de sacrificio con que han sido sobrellevadas por el país todas las duras incidencias de la lucha hasta el brillante éxito ahora alcanzado; [un éxito considerado] venerado tributo de gloria y respeto para nuestros hermanos muertos en holocausto del honor y del decoro nacional”⁵⁷.

Este desquite en Marruecos, además, servía también de resarcimiento por el deshonor que el Ejército había sufrido en 1898, como muy bien ilustra Franco en una conversación, recogida en sus autobiográficos diarios de guerra, en la que un legionario

⁵³ Robert G. JENSEN, “The peculiarities of ‘Spanish Morocco’: Imperial ideology and economic development”, *Mediterranean Historical Review*, nº 20-1 (2005), p. 89; MATEO DIESTE, *El ‘moro’ entre los primitivos...*, *op. cit.*, p. 141.

⁵⁴ Manuel del NIDO, “Costumbres guerreras de los árabes”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 3 (marzo de 1924), p. 32.

⁵⁵ Leopoldo RUIZ TRILLO, “Algo sobre las primeras Fuerzas Regulares”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 2 (febrero de 1924), p. 6. Sobre la idea del moro traidor, véase también Pedro MAESTRE, “La lealtad del indígena”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 4 (abril de 1924), pp. 24-25.

⁵⁶ Francisco FRANCO, “Pasividad e inacción”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 4 (abril de 1924), p. 4.

⁵⁷ Francisco FRANCO, “Un momento de España”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 17 (mayo de 1926), p. 97.

le decía: “Mi comandante, he venido de Cuba por vengar a mi Patria y a mi hermano, que estaba en Monte Arruit”⁵⁸.

A pesar de todo esto, debemos señalar que no todos los marroquíes eran representados del mismo modo. Aquellos que lucharon en el bando español⁵⁹ se salvaron de esta animadversión, ya que el compañerismo de armas basado en la lucha codo con codo permitió articular un discurso de hermandad salpicado de una especie de superficial “hibridación cultural” que hacía que muchos militares africanistas asumieran como propia, y como elemento vigorizante, la ferocidad y la bravura que atribuían a los indígenas:

“Fue entonces, entre la sangre y el fragor del combate cuando, como siempre sucede entre soldados, nos comprendimos y amamos. Yo nunca olvidaré a los hermanos rifeños que más tarde pagaron con la vida su lealtad a España [...] Este es el aspecto guerrero de nuestras relaciones”⁶⁰.

Ahora bien, ni siquiera en esos casos el marroquí era considerado un igual, ya que, aunque pudiera tener buen corazón y ser agradecido, “el moro, en resumen, [es un] hombre primitivo incapaz de comprendernos en nuestra potencia actual de civilización, porque él está aún cientos de años separado de ella”⁶¹.

Como ya hemos comentado, con los años el discurso de la revista se dulcificó y, poco a poco, de la mano de autores como Tomás García Figueras, la retórica fraternal de los africanistas decimonónicos fue llenando cada vez más páginas. Ahora bien, si alguien se caracterizó por mantener un tono diferente prácticamente desde los primeros números, con las guerras del Rif aún activas, éste fue el joven arabista Rodolfo Gil Benumeya. Con el pseudónimo de Amor Benomar, Benumeya preconizaba, en medio de páginas en las que se defendía la guerra sin cuartel contra el “moro”, la reivindicación de los vínculos ancestrales con el norte de África, la necesidad de la no violencia o la conveniencia de aprender de un Oriente que no sólo tenía mucho que

⁵⁸ FRANCO, *Papeles de la Guerra de Marruecos...*, *op. cit.*, p. 136.

⁵⁹ En relación con los cuerpos militares indígenas, podemos hablar, fundamentalmente, de tres grandes grupos: los Regulares, la mehala Jalifiana y las harkas. El primero, los Regulares, eran soldados autóctonos al mando de oficiales españoles (algo que ya habían hecho los franceses en Argelia y los ingleses en la India). Este cuerpo apareció tras las grandes derrotas de 1909 y su primera campaña, la de 1911-1912, acabó con el jefe de la resistencia rifeña Mohamed Amezian. El segundo, la mehala Jalifiana, eran unas fuerzas genuinamente marroquíes que pese a tener también oficiales españoles (que compartían el mando con un *rais* marroquí), no estaban encuadradas en el Ejército Español. En tercer lugar, las harkas eran fuerzas auxiliares indígenas irregulares a las que se recurría en coyunturas muy concretas.

⁶⁰ RUIZ TRILLO, “Algo sobre las primeras Fuerzas Regulares”, *op. cit.*, p. 6.

⁶¹ *Ibid.*, p. 7.

enseñar, sino que formaba parte de la propia tradición española por raza y por historia. En un contexto bélico como aquél, Benumeya presentaba a Gandhi y a los “nacionalismos orientales” como referentes dignos de admiración. España, para él, debía estar más próxima a esa tradición oriental ya que precisamente por su pertenencia a la misma (los españoles eran una raza sintética vinculada a Oriente por lazos de sangre) tenía como misión no civilizar a Marruecos, sino apoyarse en él para impulsar la resurrección moral de un Occidente caduco⁶².

Aunque estos no fueron los planteamientos mayoritarios de esta publicación, consideramos importante señalarlos porque, por un lado, tendrán mucha fuerza en uno de los sectores africanista después de la Guerra Civil y, por otro, porque, como veremos con detenimiento, el propio Gil Benumeya será uno de sus máximos representantes durante el franquismo.

En resumen, la *Revista de Tropas Coloniales* fue el principal órgano de difusión de un africanismo basado en la defensa de la guerra, el honor militar y la reivindicación de la sangre derramada por la Patria. En este discurso, la imagen de unos rifeños bárbaros y traidores contrastaba claramente con el heroísmo y la caballeridad de unos soldados españoles que, tras hacer un sagrado juramento, luchaban desinteresadamente por la Nación y por la recuperación de la gloria perdida. Este lenguaje, distinto del de un Costa o un Coello, fue el mayoritario durante el contexto bélico; sin embargo, al acabar la guerra, muchos de estos militares africanistas fueron los primeros en retomar buena parte de los planteamientos del africanismo del siglo XIX⁶³. Sin abandonar la retórica militar, volverían a hablar de unidad hispano-marroquí, de civilización del “hermano menor”, de retornar el esplendor a un mundo decadente o incluso de cuestiones que, como la geoestrategia, nunca se habían dejado del todo de lado para justificar la

⁶² Véanse, entre muchos otros, Amor BENOMAR, “El no-imperialismo del Oriente”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 2-3 (febrero y marzo de 1925); “El islam español y la «Reconquista» desde el Sur”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 9-11 (septiembre-noviembre de 1925); “El Andalucismo”, *Revista de Tropas Coloniales*, nº 16-17 (abril y mayo de 1926). Gil Benumeya, además, planteó ya durante los años veinte muchas de las ideas que caracterizarían su discurso de hermandad hispano-árabe en obras como la *Cartilla del Español en Marruecos*, Madrid-Ceuta, Editorial Hércules, 1925 o *Mediodía. Introducción a la historia andaluza*, Madrid, Compañía Ibero-americana de Publicaciones, 1929. En la primera hablaba, entre otras cosas, de una gran Iberia que iba del Pirineo al Atlas y de la necesidad de que España se implicara en una política panarabista que, por raza y por Historia, le correspondía adoptar. En la segunda obra planteaba la profunda influencia del pasado arabo-islámico en la identidad andaluza y esbozaba los que serían algunos de los elementos clave de un andalucismo político en el que militaría durante la Segunda República.

⁶³ Sin ir más lejos, el propio Franco, con el tiempo, retiraría las copias de su *Diario* aparecido en 1922 y lo sustituiría por una nueva versión en la que los pasajes xenófobos más ofensivos habían desaparecido. Geoffrey JENSEN, “Toward the ‘Moral Conquest’ of Morocco: Hispano Arabic Education in Early Twentieth-Century North Africa”, *European History Quarterly*, nº 31 (2001), p. 206.

presencia en Marruecos. Incluso africanistas decimonónicos como Gonzalo de Reparaz, contrarios a la guerra, partidarios del iberismo y defensores de la idea de una “unidad geográfica entre los Pirineos y el Atlas” (**FIG. II**), serían rescatados por esta revista a partir de 1928 para defender sus antiguas propuestas de “penetración pacífica”, unas propuestas por las que el propio Reparaz, crítico con la militarización de Marruecos, tuvo que exiliarse voluntariamente años atrás⁶⁴.



FIGURA II. Ilustración destinada a ejemplificar la “perfecta simetría geográfica de la Península y el Mogreb, con respecto al eje del Estrecho”

FUENTE: *África* (1-02-1932), p. 38.

Por tanto, el africanismo histórico representado por Costa, Coello o Reparaz tuvo unos fundamentos distintos de los de este africanismo castrense, pero en ningún momento fue completamente rechazado. Lo que se hizo fue tejerle un nuevo traje para

⁶⁴ Gonzalo de Reparaz es, junto a Costa, una de las figuras clave del africanismo español de finales del siglo XIX. En la década de 1880 reivindicó intensamente el establecimiento de un imperio colonial español en África; durante los primeros años del siglo XX tuvo un papel destacado en las negociaciones entre España y Francia por el reparto de Marruecos; tras el establecimiento del Protectorado y las primeras derrotas, denunció con vehemencia el creciente clima militarista que se estaba generando en el Marruecos español, lo cual le llevó al exilio; finalmente, durante la República, siguió defendiendo la necesidad de la presencia española en el norte de África y experimentó una evolución política que lo llevó de la derecha republicana a posturas un tanto eclécticas, puesto que tuvo relación con sectores jonsistas y acabó sus días protegido por guardaespaldas de la CNT. Para más información, consúltese, Xavier ANTA, “Gonçal de Reparaz, intel·lectual errant”, *Cercles. Revista d’Història cultural*, nº 13 (2010), pp. 183-200.

poder presentarlo en sociedad; en una sociedad que ya no era la de finales del siglo XIX y que, por tanto, exigía modificaciones.

2.2. AFRICANISMO EN TIEMPOS DE FASCISMO

El ascenso del fascismo y del nazismo en Europa fue otro de los fenómenos que influyeron en la retórica africanista, aunque sin implicar, tampoco, una ruptura con los precedentes del siglo XIX.

A partir de la dictadura de Primo de Rivera pero, especialmente, durante los años treinta, al calor de grupos filofascistas y falangistas, apareció una corriente de opinión que, a través de la retórica imperial, también tenía algo de africanista y que, por tanto, estableció contactos con los presupuestos africanistas procedentes del pasado.

Diversos historiadores señalan que esta corriente bebió mucho de la idea italiana de Imperio. Italia se sentía herida por el desagravio del Tratado de Versalles, que sólo ofrecía a Roma las migajas del reparto posbélico, y Mussolini supo captar muy bien ese sentimiento y lo integró en la doctrina fascista. De esta manera, lo que hacía era vincular una necesidad expansiva ligada a la idea de Imperio con un ultranacionalismo herido que se sentía despreciado por el resto de Europa. En España, José Antonio Primo de Rivera o Ramiro Ledesma Ramos mostraron planteamientos similares. Sólo tenemos que recordar lo que decía Falange: “Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa”. Ahora bien, no debemos considerar que todos estos planteamientos del naciente fascismo español sólo encontraron referentes fuera de España. La idea imperial basada en el hipernacionalismo y en la palingenesia (acción fundamentada en la muerte y la resurrección de la patria) podía localizar también sus raíces en algunas de las reflexiones nacionalistas (que no fascistas, obviamente) de finales del siglo XIX y principios del siglo XX⁶⁵.

Como ya hemos apuntado, los últimos años del siglo XIX se caracterizaron, en España y en Europa, por una gran crisis basada, en muchos casos, en la idea de decadencia. Las respuestas fueron muy diversas y, así, hubo quien consideró, como Menéndez y Pelayo y sus seguidores, que, para el caso concreto español, las cosas

⁶⁵ SAZ CAMPOS, *España contra España...*, *op. cit.*

habían empezado a ir mal desde que se habían abandonado las raíces católicas que le daban el sentido verdadero a la nación española. Muchos de los arabistas que hemos mencionado, pese a reconocer las aportaciones andalusíes, encajaron relativamente bien en estos principios profundamente reaccionarios y configuradores del nacional-catolicismo. Ahora bien, desde otros ámbitos -algunos de ellos de procedencia liberal- también hubo intentos de explicación de la decadencia de España. Joaquín Costa u otras figuras del regeneracionismo fueron un ejemplo.

Muchos de los fundamentos de la idea falangista de Imperio deben ser rastreados precisamente en estas figuras de finales del siglo XIX. Centrémonos, pues, en la retórica imperial del fascismo español y en su configuración discursiva, ya que el africanismo de los años treinta y cuarenta se vio influido por estas cuestiones.

2.2.1. La idea de Imperio en el fascismo español: Giménez Caballero, Ledesma Ramos y Primo de Rivera

Para analizar la idea imperial en el fascismo español, nos centraremos fundamentalmente en las aportaciones de tres personajes: Ernesto Giménez Caballero, Ramiro Ledesma Ramos y José Antonio Primo de Rivera. El primero, considerado por muchos como “el primer fascista español”, estuvo marcado por la influencia de su maestro, Ortega y Gasset, por un viaje a Italia que realizó durante su juventud y que lo aproximó al fascismo, y por su experiencia bélica en el Rif⁶⁶.

En relación con esta última cuestión, en 1921, tras el desastre de Annual, un joven Giménez Caballero fue obligado a ir a la guerra de Marruecos como “soldado de cuota”. En ese contexto, escribió sus célebres *Notas marruecas de un soldado*, una especie de diario de campaña autobiográfico en el que no dudó en atacar a políticos incapaces, a la administración colonial e incluso a la Corona, lo cual le llevó a ser procesado⁶⁷. En reiteradas ocasiones, se preguntaba por los verdaderos motivos de la presencia española en África y concluía que ésta se debía, básicamente, a toda una serie de intereses creados que beneficiaban a cuatro gobernantes corruptos, a las compañías mineras y a la ineficaz burocracia militar. Para el conjunto de los españoles, en cambio, las tierras

⁶⁶ Sobre Giménez Caballero, consúltese Enrique SELVA, *Ernesto Giménez Caballero, entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000.

⁶⁷ Véanse, en este sentido, los capítulos dedicados a “una oficina”, en el que se habla de la burocratización excesiva e ineficaz, o “el santo del Rey”, en Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta, 1983 (1923), pp. 110-116.

africanas que les habían sido asignadas no suponían ningún beneficio, y la historia lo confirmaba: “ni los fenicios, ni los romanos, se entusiasmaron nunca con la conquista del Rif. Es un hueso para un perro. Y el perro somos nosotros”⁶⁸. Por lo que respecta a los soldados en concreto, a aquéllos que, obligatoriamente, eran enviados a África contra su voluntad y morían en las numerosas batallas contra los rifeños, Giménez Caballero decía:

“Has venido a palear al África desde las tierras del Quijote por un *casus belli* marroquí que te ha enlazado así con la más vieja y profunda tradición del guerrero hispano: la lucha con el moro [...] ¿Qué guardabas del mesnadero, lanza en ristre, tras el Cid reconquistador? ¿Qué del audaz que al fin clavó el pendón castellano en las torres granadinas? ¿Qué traías a esta guerra? [...] Te faltó el deseo de aventura y la sed de botín del viejo español de los Tercios. Nada había tampoco que ganar”⁶⁹.

Aquéllas, por tanto, eran tierras pobres, pobladas por gente miserable y en las que la muerte, la enfermedad y la desolación eran la tónica dominante. Sus observaciones, en este sentido, tendían a un análisis exotizante de ese mundo oriental, una visión en la que la violencia y la brutalidad se combinaban con una cierta atracción morbosa. Así, describía los zocos, a las mujeres moras o los cementerios, señalando que “parece un grabado antiguo de Siria o un trozo romántico de Palestina de los que Chateaubriand describió”⁷⁰. Hablaba también de costumbres y rituales, haciendo referencia a “sacrificios brutales” y “danzas enardecidas” en las que “se les veía brincar embriagados, hiperestésicos, irracionales” y que ilustraban el salvajismo de unos seres que, tras el ritual, no dudaban en mojar pan en la sangre humana que acababan de derramar⁷¹. Todo esto le permitía afirmar que “los moros son una turba de salvajes que no nos debían inspirar más que desprecio y piedad”⁷².

La hermandad con aquellas criaturas, por tanto, parecía imposible y eso se veía en numerosas escenas en las que se establecían comparaciones basadas en la clara oposición ellos/nosotros, orientales/occidentales. Quizás el ejemplo más ilustrativo sea el capítulo en el que compara el cigarrillo con una pipa de Kif:

⁶⁸ *Ibid.*, p. 66.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 32.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 104.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 106-107.

⁷² *Ibid.*, p. 186.

“El kif conduce a una nada, a un país idiota de nirvana, donde se quiebra para siempre la voluntad. Y el tabaco agudiza el esfuerzo, es el compañero de los pensamientos en germen [...] El olor del kif trae a la memoria [...] los zanquizamíes de las villas morunas, oscuros y repulsivos, donde se acurrucan se acurrucan seres de pelos hirsutos [...] El olor del tabaco evoca las luces eléctricas de un salón muellemente tapizado [...] el tumulto de una gran vía de escaparates radiantes, con ir y venir de carruajes raudos [...] el *music-hall* y sus bares resplandecientes, de altas banquetas y bebidas de espuma [...] El kif recuerda la mujer oriental entre un ambiente entre sucio y lujoso, practicando el amor súbitamente. El cigarrillo trae a la memoria la *cocotte* europea, que sabe una técnica metódica del placer”⁷³.

Para Giménez Caballero, además, los encargados de llevar a cabo la política colonial no eran los héroes o personajes sacrificados que difundía la propaganda oficial. Así, no tenía ningún inconveniente en criticar el “aura romántica” de los legionarios, de los que decía que “por su calaña”, más que de “Tercio de extranjeros” se debería hablar de “Tercio de extranjis”⁷⁴. De igual modo criticaba a los civiles al decir que “entre el elemento civil, se notan también muchas pifias. Todavía en América, en Cuba, junto a las balas perdidas y los trastos que se expulsaban de la Metrópoli, iba gente aventurera, de presa, emprendedora, de espíritu recio. Aquí [...] han acudido una de trastos que convierten esto en un desván nacional”⁷⁵. Ni siquiera los africanistas se libraban de sus dardos envenenados y, así, el célebre Tebib Arrumi, colaborador asiduo, como hemos visto, de la *Revista de Tropas Coloniales*, era calificado en los siguientes términos: “Ruiz Albéniz, que dicen que es muy entendido en cosas africanas. Su aspecto es el de un estudiante juerguista. Y sostiene teorías sobre la gran inteligencia de los moros, que pasman”⁷⁶.

Pese a todo lo dicho, y aunque pueda parecer que Giménez Caballero era completamente contrario a cualquier acción imperialista, lo cierto es que la nostalgia del Imperio perdido afloraba con frecuencia en las páginas de sus *Notas marruecas*. El problema no era la presencia española en Marruecos, sino aquella presencia concreta: “[España] con esto de haber dado a nuestros abuelos el gran patrimonio de América, a nosotros los nietos nos ha fastidiado con los cuatro cuartos de pedruscos africanos que nos han cabido en suerte. Si es que todavía es suerte tal patrimonio”⁷⁷.

⁷³ *Ibid*, pp. 19-20

⁷⁴ *Ibid*, p. 48.

⁷⁵ *Ibid*, pp. 115-116.

⁷⁶ *Ibid*, p. 119.

⁷⁷ *Ibid*, p. 166.

Los españoles, para él, eran una simple comparsa con un papel triste y ridículo, cuando, por Historia y Geografía, deberían haber impulsado una verdadera política imperial que tendría que haber ido mucho más lejos del raquíico territorio asignado:

“Es lamentable que un pueblo como mi patria tenga asignado un papel tan secundario en la vida marroquí [...] Si no durante siglos, sí muchas veces y en abundancia ha corrido nuestra sangre en estos lugares. Hoy mismo, en Argelia, la mayor parte de la población es española, la gran masa⁷⁸. ¡Si nuestra política no hubiera desviado lo que la geografía nos propone constantemente! ¡Una cosa tan española como podía ser todo Marruecos! Y sin embargo, nada nos es más repulsivo y ajeno que la estancia en estas costas”⁷⁹.

Giménez Caballero, por tanto, no era contrario al Imperio, sino a aquella política colonial que, para él, nunca permitiría recuperar la grandeza perdida ni aportaría ningún tipo de beneficio. Varias décadas después, él mismo calificaría sus *Notas marruecas* como el prólogo de una de sus obras clave, *Genio de España*⁸⁰, una obra escrita en 1932 en la que plasmó sus reflexiones sobre España, su historia y su voluntad de Imperio y en la que presentó aquellos elementos de las raíces culturales españolas que pudieran dar lugar a un fascismo genuinamente español.

Para llevar a cabo esta tarea, Giménez Caballero no dudó en recurrir a Ortega, Menéndez Pidal, D’Ors, Maeztu o Unamuno desde una perspectiva moderna (revolucionaria) y antitradicionalista, impulsada por sus contactos con el fascismo italiano. Ahora bien, el escritor madrileño no renunció por ello al catolicismo a la hora de presentar sus planteamientos, por lo que intentó justificar teóricamente esta síntesis entre componentes más “castizos” y componentes más modernos o europeos. En la obra hablaba de tres genios o “fuerzas genesíaca, creadoras, vitales”⁸¹: el oriental, el occidental y el fascista. El primero implicaba dependencia del hombre con respecto a Dios, por lo que suponía una anulación del individuo. Buenos ejemplos de este genio, para él, eran las culturas budistas, taoístas, hinduistas y, por supuesto, islámicas. El

⁷⁸ A Argelia, especialmente a Orán y Mazalquivir, llegaron durante la etapa otomana una gran cantidad de españoles hasta que, en 1792, tuvieron que ser evacuados por lo costoso y conflictivo que resultaba el mantenimiento de esos enclaves. A partir de 1830, con la conquista y posterior ocupación francesa, se dio una nueva inmigración española, mucho más numerosa, que tuvo como destino preferente la zona del Oranesado. En 1900, el grupo español en Argelia se cifraba en 150.000 personas, siendo con diferencia el grupo europeo más numeroso después del francés. Véase, al respecto, Juan Bautista VILAR y M^a José VILAR, *Las emigraciones españolas al Norte de África, 1830-1999*, Madrid, Arco-Libros, 1999.

⁷⁹ GIMÉNEZ CABALLERO, *Notas marruecas...*, *op. cit.*, pp. 173-174.

⁸⁰ Lo indica en la introducción que, en 1983, escribió para la reedición de la obra.

segundo, en cambio, se caracterizaba por el hecho de que era el hombre quien dominaba a Dios. Era el genio “del individuo, el yo, independizante del todo”; era el genio que había dado lugar a la ciencia, a la filosofía, a la razón⁸². Atendiendo a esta división, la historia de España se podía explicar diciendo que ésta se había basado, prácticamente desde el Paleolítico, en la confrontación y síntesis del primer genio y el segundo, algo que tuvo como momento más paradigmático los ocho siglos de “lucha y agonía” en los que el genio oriental tuvo más peso: la época de Al-Ándalus. ¿Cómo solucionar ese desequilibrio? La respuesta, para Giménez Caballero, debía pasar necesariamente por el Cristianismo, ya que “Cristo estaba ungido del gran misterio doble de Oriente y de Occidente: de Libertad y de Absolutidad”. De este modo:

“A través de Cristo llega todo lo sustantivo del Genio de Occidente: el albedrío, la gracia, la fortaleza, la personalidad, [...] la posibilidad de un progreso moral e intelectual [...] Y a través de Cristo llega todo lo instintivo del Genio de Oriente. Dependencia de un todo, de un Dios”⁸³.

En España, esos dos genios se conciliaron bajo el reinado de los Reyes Católicos, de Carlos I y de Felipe II, un momento en el que España era claramente romana y católica, universal e imperial. Para él, ésa era la etapa genuinamente fascista puesto que ese genio afirmaba al hombre sin negar a Dios, conseguía la confluencia espiritual y material de Oriente y Occidente. Esa etapa, por tanto, era la que debía guiar las nuevas pautas imperialistas y fundamentar discursivamente una auténtica empresa nacional que, a diferencia de lo que se estaba haciendo en la parte de Marruecos que les había correspondido, sí justificase un derramamiento de sangre española. Así, Giménez Caballero no dudaba en afirmar que “es también posible que la España actual sea como aquella de Cisneros: una introducción al gran salto ideal. Una preparación enérgica para reanudar la grande y única tradición que tuvo España”⁸⁴.

Ramiro Ledesma, fundador de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, profundizó en esta tesis y reforzó la concepción imperial del nacionalismo fascista español. España sólo recuperaría su grandeza si se garantizaba la supremacía del Estado y se hacía una afirmación nacional basada en el afán imperial. Además, para el líder jonsista era fundamental que esa comunidad unificada bajo un “Estado Nacional

⁸¹ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, *Genio de España*, Madrid, Doncel, 1971 (1932), p. 144.

⁸² *Ibíd.*, pp. 145-154.

⁸³ *Ibíd.*, p. 157.

fascista” se organizase frente a la amenaza oriental y el decadentismo individualista occidental denunciado también, como hemos visto, por Giménez Caballero. La Nación, pues, debía constituirse no tanto sobre la tradición o la voluntad de sus miembros, sino más bien sobre su capacidad de potencia y su futuro de imperio. El nacionalismo de Ledesma, así, se basaba en un pasado glorioso que había que recuperar y reconstruir combinado con una voluntad de ser que permitiera a la comunidad nacional tomar conciencia de su poder para actuar (lo cual implicaba llevar a cabo una eficaz nacionalización de las masas para garantizar su movilización)⁸⁵.

El Imperio se convertía en la condición imprescindible para el resurgimiento de España. Pero, por si “imprescindible” no era una palabra lo bastante contundente, aún tuvo que venir José Antonio Primo de Rivera para introducir su famosa noción de “unidad de destino en lo universal”, una noción claramente determinista ligada a la cuestión de la misión española en el mundo (tan repetida por los africanistas que hemos visto) y que hacía que, como señalara José Antonio Maravall en 1939, “nosotros no podamos llamar a nuestra hora española hora de nacionalismo, sino de Imperio, porque Imperio es expansión hacia afuera, al servicio de inmutables principios, de una empresa universal⁸⁶”.

La idea de Imperio, por tanto, tenía un componente espiritual para todos estos fascistas españoles, pero también unas bases políticas y económicas que debían materializarse en una expansión concreta. Onésimo Redondo, por ejemplo, señalaba que la expansión imperialista debía ser un instrumento para garantizar y extender el poder económico. Como señala Botti, el fascismo español reivindicaba un espacio vital que debía ir más allá de la nostalgia del pasado imperial y concretarse en algo práctico en el presente. Así, frente al imperio espiritual que, por ejemplo, sustentaba la idea de Hispanidad articulada por Maeztu, y que tan bien encajaría en los postulados nacional-católicos, los fascistas pedían algo más que un Imperio “misionero” o cultural⁸⁷.

Parte de esta retórica podía chocar con algunos de los principios africanistas no sólo decimonónicos, sino también del africanismo militarista; no obstante, había puntos de encuentro perfectamente asumibles por el discurso africanista regeneracionista.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 50. Para un análisis más detallado de la idea imperial en *Genio de España*, véase SAZ CAMPOS, *España contra España...*, *op. cit.*, pp. 105-116.

⁸⁵ Ferran GALLEGO, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005, pp. 143-144, 367.

⁸⁶ José Antonio MARAVALL, “Europa o Antieuropa. I. La política exterior, una necesidad interna”, *Arriba* (01-08-1939), citado en SAZ CAMPOS, *España contra España...*, *op. cit.*, p. 250.

⁸⁷ BOTTI, *Cielo y dinero...*, *op. cit.*, pp. 126-129.

Dentro de las contradicciones, quizás lo más evidente sea el rechazo del componente “oriental” para legitimar la política imperial, algo que Primo de Rivera ejemplificó mejor que nadie. Así, poco antes de su muerte, el líder falangista diseñó, estando preso en la cárcel de Alicante, una historia de España a medio camino entre la *España Invertebrada* de Ortega y Gasset y el *Genio de España* de Giménez Caballero. Ortega, en su obra, explicaba la secular debilidad española por el déficit de componente ario “rubio” y Giménez Caballero reivindicaba la romanidad junto con una aportación germánica para explicar el éxito del Imperio. José Antonio, tomando planteamientos de los dos, también se centró en la abundancia del componente ario, de sangre germánica, para explicar los momentos de esplendor de España; pero fue más allá al remarcar la importancia de la raza gótico-católica frente al fondo popular indígena (celtibérico, semítico, norteafricano) en la consecución de éxitos tan importantes como la “Reconquista” o la unidad nacional. Para él, la historia de España había sido una lucha entre la constante germánica (conservadora y aristocrática) y la bereber (liberal y popular), dominada y resentida. Así, la República de 1936 no era sino “el desquite de la Reconquista” o la “nueva invasión bereber”⁸⁸:

“La masa, que es la que va a triunfar ahora, no es árabe sino bereber. Lo que va a ser vencido es el resto germánico que aún nos ligaba con Europa. Acaso España se parta en pedazos, desde una frontera que dibuje, dentro de la Península, el verdadero límite de África. Acaso España se africanice. Lo indudable es que, para mucho tiempo, España dejará de contar en Europa”⁸⁹.

Giménez Caballero o Ledesma Ramos, aunque no lo reivindicaban, no descalificaban en sus planteamientos el substrato aborigen; pero José Antonio Primo de Rivera consideraba que sólo la aportación aria, germánica, era provechosa.

De todo eso, por tanto, lo que interesa destacar es la idea de Imperio, su carácter universal, sus fundamentos palingenésicos y sus vínculos con la “misión providencial de España”, ya que son componentes que encontraremos en las obras africanistas de los años cuarenta. Frente a eso, veremos cómo otras cuestiones, como la preeminencia “rubia” de un José Antonio, fueron modificadas o, directamente, obviadas, sobre todo a partir de 1939, tras la victoria militar con la ayuda de las tropas norteafricanas.

Más allá de todo esto, la cuestión de la construcción de la idea de Imperio en el fascismo español debe conducirnos también a otra reflexión: parte del africanismo

⁸⁸ SAZ CAMPOS, *España contra España...*, op. cit., pp. 153-154.

franquista se presentará a sí mismo como una base ideológica tradicional del pensamiento ultraderechista español y hará referencia a las nociones imperiales de un José Antonio, de un Ramiro Ledesma o de un Onésimo Redondo para justificar las ambiciones territoriales africanas; pero esa será una visión muy incompleta. La mayoría de los pensadores fascistas españoles, pese a su retórica imperial y pese a defender, como hemos visto, la necesidad de una expansión que fuera más allá del discurso espiritual, no tuvieron un interés especial por los temas coloniales. El mismo José Antonio sólo trató la cuestión colonial en dos ocasiones: para denunciar las sanciones de la Sociedad de Naciones a la Italia fascista después de invadir Etiopía y para criticar al gobierno de Lerroux por un caso de corrupción vinculado con los transportes que unían la Península y Guinea.

Los fascistas italianos o los nazis alemanes habían diseñado un plan de expansión imperial claro, pero los españoles no. Durante los primeros años del franquismo, como veremos, se identificó constantemente al colonialismo africanista con el imperialismo falangista; pero lo cierto es que cuando los falangistas hablaban de Imperio no llegaban a concretar ninguna propuesta de expansión norteafricana. Según Gustau Nerín y Alfred Bosch, el único líder falangista que presentó una verdadera sensibilidad africanista fue Ruiz de Alda –antiguo militar que dejó el ejército tras participar en la conquista de Xauen– y ni siquiera él planteó una reivindicación concreta⁹⁰.

Así pues, el discurso africanista de los vencedores de la Guerra Civil no podía proceder de la vieja Falange. Para crear una nueva ideología colonial se debió fundir la ideología militar africanista, recubierta con algunos elementos de la retórica imperial falangista, con parte del pensamiento regeneracionista y con los fundamentos del africanismo del siglo XIX. Pero, ¿era eso suficiente? ¿Hubo, además de todo esto, alguna otra fuente de influencia que ayudara a edificar los pilares discursivos de lo que sería el africanismo franquista?

Muy vinculados a la idea de Imperio fascista están las cuestiones del darwinismo social, el espacio vital y la geografía determinista. Los africanistas del siglo XIX esgrimieron a menudo argumentos en clara sintonía con tesis de este tipo, pero con matizaciones. Con respecto a los planteamientos darwinistas desde una perspectiva racial conviene recordar que la raza española, como ya hemos comentado, no fue presentada en general por los africanistas decimonónicos como una raza superior a la

⁸⁹ Citado en SAZ CAMPOS, *España contra España...*, op. cit., p. 154.

⁹⁰ NERÍN y BOSCH, *El Imperio que nunca existió...*, op. cit., p. 37.

árabe, sino como una raza que, por sus vínculos con la otra, se convertía en la mejor dotada para hermanar pueblos diversos. Sobre esta base, los africanistas de los años treinta y cuarenta añadirán la cuestión de la vocación universal de imperio aportada por Giménez Caballero, Ledesma y, especialmente, José Antonio, que le otorga, a todo ese discurso, un toque muy metafísico. Pero, ¿es esto del todo nuevo? ¿No encontrábamos en Costa o en Castelar unos argumentos similares, aunque enmarcados en su contexto?

Otro elemento que se suele presentar como influencia del nazismo y del fascismo es la cuestión de la geografía determinista y el concepto de espacio vital. Es cierto que en el africanismo español tuvieron eco las obras de los geógrafos deterministas italianos (la *Revista Geopolítica de Milán* fue una obra clave) y alemanes (Ratzel, Kjellen, Haushofer o la publicación *Zeitschrift für Geopolitik*)⁹¹. Ahora bien, cuando un Díaz de Villegas escribía “la Geografía engendra la Geografía. Pero la geografía engendra a su vez la política. No es posible por ello que retiremos jamás nuestra atención de África”⁹² o cuando un García Figueras decía que “nadie que pase el Mediterráneo por Gibraltar [...] puede señalar diferencias geográficas entre el Sur de España y Marruecos”⁹³, ¿se estaban utilizando argumentos procedentes sólo de la influencia italiana o alemana? Tras haber visto los planteamientos geoestratégicos y geopolíticos de Donoso, Costa, Coello o Castelar, parece evidente que no. Y, si no, analicemos las siguientes palabras de Bartolomé Mostaza en la revista *África* para ver si lo que plantea es algo nuevo:

“Nos corresponde, ciertamente, espacio vital. Por historia, por sangre y por potencia civilizadora, África nos tira hacia sus calientes entrañas... Por la tríplice exigencia de la sangre, de la historia y del natural espacio vital de los pueblos, nadie nos puede negar esta reivindicación primordial de Marruecos”⁹⁴.

Costa, si lo recordamos, para defender la colonización española en Marruecos hablaba de razones comerciales y estratégicas, pero también de una misión providencial de España, de la incuestionable unidad geográfica que existía entre los Pirineos y el Atlas, de la famosa hermandad hispano-marroquí y de la necesidad del territorio norteafricano para que España pudiera crecer y sobrevivir. Incluso hacía referencia a la sangre derramada por tantos y tantos soldados españoles en tierras africanas. Además, buscaba raíces históricas para legitimar sus planteamientos y, como hemos visto,

⁹¹ BOSCH-PASQUAL, *L'africanisme franquista...*, op. cit., p. 68.

⁹² José DÍAZ DE VILLEGAS, *El Magreb, su suelo y su pasado*, Agost, 1933, p. 152.

⁹³ GARCÍA FIGUERAS, *Reivindicaciones de España en el norte de África...*, op. cit., p. 11.

hablaba de Roma y de Marruecos como los dos fundamentos de España, fundamentos que permitían verla como un puente perfecto entre Oriente y Occidente.

Por tanto, como recapitulación, podemos decir que durante los años veinte y treinta empezó a articularse un discurso fascista español que, en algunos aspectos, coincidió con el del africanismo. Ahora bien, esto no quiere decir que, como se suele señalar, el africanismo necesariamente se hiciera fascista. Algunos africanistas de aquellos años pudieron añadir a los planteamientos clásicos un nuevo baño imperial de procedencia falangista; pero, en la mayoría de los casos, a los teóricos del africanismo no se les puede considerar fascistas sólo por el tipo de argumentos que empleaban puesto que, en definitiva, muchos de ellos continuaban siendo los mismos que el africanismo había utilizado desde hacía décadas. Lluís Riudor nos dice que, durante los años treinta, muchos serían los militares africanistas que, en publicaciones como *España y Marruecos*, presentarían al país norteafricano como un espacio vital, como la garantía de la independencia de España y como pieza fundamental para que ésta pudiera volver a ejercer el papel que le correspondía entre las grandes potencias. Riudor considera que lo que hicieron estos círculos militares conservadores fue articular discursos geopolíticos de cariz fascista por sus paralelismos con el discurso alemán e italiano⁹⁵. Es posible que en algunos casos fuese así; pero, ¿podríamos asegurar que el africanismo conservador de los años veinte y treinta tomaba estos argumentos mayoritariamente del fascismo? ¿No es más verosímil pensar que los cogía de una tradición propia que se remontaba al último tercio del siglo XIX?

A partir de la Guerra Civil, muchos africanistas se adhirieron abiertamente a postulados falangistas. Ahora bien, no se caracterizaron por adoptar nuevos argumentos, sino por adaptar los que ya tenían a una nueva realidad sociopolítica que les podía ser más favorable. Así, más que de una irrupción de postulados fascistas o falangistas en el universo cultural del africanismo español, de lo que conviene hablar es de un aprovechamiento mutuo: el africanismo y el fascismo convergieron por interés, sin negar, no obstante, que algunos africanistas de los años treinta o cuarenta pudiesen ser realmente fascistas convencidos.

⁹⁴ Bartolomé MOSTAZA, “Marruecos y nuestro espacio vital”, *África*, n° 3 (1942), p. 31.

⁹⁵ Lluís RIUDOR, “Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo (1939-1956)” en NOGUÉ y VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos...*, *op. cit.*, p. 255.

2.2.2. El grupo de *La Conquista del Estado* y la creación de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales

Aunque hemos señalado que, en general, el fascismo español no definió una política imperial concreta pese al uso frecuente de una retórica imperialista, lo cierto es que hubo algunas excepciones que, aunque minoritarias, deben ser tenidas en cuenta por el papel que desempeñaron después, durante el franquismo. Una de ellas fue el grupo de personas que se articuló alrededor de Ramiro Ledesma Ramos en *La Conquista del Estado*, ya que muchos de sus integrantes acabaron fundando una institución, la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, de la que saldrían algunos de los más relevantes africanistas posteriores.

Ramiro Ledesma Ramos, ya desde los años veinte, había venido mostrando su preocupación por la decadencia de la cultura occidental en general y de España en particular. Sus reflexiones y sus lecturas (Ortega, Unamuno, Maurras o el propio Marx) le llevaron a criticar el liberalismo, el racionalismo positivista y el catolicismo, culpables, para él, de la castración del vitalismo y voluntarismo necesarios para la recuperación nacional⁹⁶. Su relación personal con Giménez Caballero, a quien conoció a través de Ortega, le llevó a escribir en la *Gaceta Literaria*, donde empezó a esbozar los que serían los principales rasgos de sus planteamientos políticos.

En febrero de 1931 impulsó la aparición del manifiesto *La Conquista del Estado*, firmado por un conjunto de estudiantes y jóvenes escritores entre los que se encontraba el propio Ernesto Giménez Caballero. Poco después, Ledesma acudió a toda una serie de amigos y compañeros de las facultades de Ciencias y Filosofía, así como a antiguos colaboradores de la *Gaceta Literaria*, para crear un semanario del mismo nombre que recibiría ayuda económica de José Félix de Lequerica (profundo admirador de Sorel y Maurras) y José Antonio Sangróniz⁹⁷.

La Conquista del Estado, desde su mismo nacimiento, se caracterizó por criticar a las viejas elites liberales, a las que consideraba incapaces de cohesionar a la sociedad y movilizar a las masas, y por demandar un Nuevo Estado totalitario que controlase la economía y nacionalizase con eficacia para garantizar la regeneración de la Patria.

⁹⁶ Resulta interesante, en este sentido, una obra que Ledesma escribió en 1924 en la que, al reflexionar sobre estas cuestiones, presentaba a Don Quijote como un trasunto del superhombre de Nietzsche. Ramiro LEDESMA RAMOS, *El Quijote y nuestro tiempo*, Madrid, Vasallo de Mumbert, 1971.

Dos meses después de la aparición del manifiesto se produjo la proclamación de la Segunda República. A diferencia de los sectores católicos, monárquicos o carlistas, Ledesma percibió este acontecimiento como algo positivo, ya que era la mejor evidencia de la voluntad popular de cambio, algo que él entendía como el preludio del Estado totalitario que perseguía. El entusiasmo inicial, no obstante, duró poco, y Ledesma empezó a articular un discurso en el que la exaltación de la violencia contra el nuevo régimen iba ganando cada vez más fuerza. En octubre de 1931, para lograr mayor influencia y base social, fundó sobre estos principios las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS); en 1933 aparecería la revista mensual *JONS*, impulsada para competir con publicaciones asentadas, como *Acción Española*, y para hacer de su organización el gran referente ideológico del ultranacionalismo español⁹⁸.

Tras la fundación de Falange Española por parte de José Antonio Primo de Rivera en octubre de 1933, la debilidad de las distintas propuestas fascistas hizo que, ante el miedo a la insignificancia política, y pese al odio que sentían el uno por el otro, Ledesma y Primo de Rivera promoviesen la unificación de sus dos formaciones, lo que llevó, en febrero de 1934, al nacimiento de Falange Española y de las JONS. No obstante, los desencuentros entre los dos líderes fascistas hicieron que a principios de 1935 se produjese una escisión que llevó a Ledesma a salir del partido, lo cual no impidió que la mayoría de los antiguos cuadros jonsistas se quedaran con José Antonio.

Tras la escisión, Ledesma sacó una nueva publicación, *La patria libre*, que, pese a nacer en febrero de 1935, se vio obligada a cerrar sólo un mes después de haber visto la luz. Durante sus siete números, la revista se dedicó fundamentalmente a criticar el acoso de los falangistas y a definir un espacio propio diferente de Falange, labor que Ledesma intentó retomar en su último semanario, *Nuestra Revolución*, cuyo único número apareció el 11 de julio de 1936.

Durante todo este proceso, Ramiro Ledesma reflexionó en diversas ocasiones acerca de la idea de Imperio y de su posible concreción. Así, no dudaba en señalar que “si España venciese su actual crisis interna del lado favorable a su recobración nacional” tendría la fuerza suficiente para recuperar Gibraltar, “unir en un solo destino a la Península entera”, impulsando la unificación con “el gran pueblo portugués”, trazando una línea amplísima de expansión africana (“todo el norte de este continente, desde el

⁹⁷ Juan APARICIO, *Aniversario de la Conquista del Estado*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951, p. 24.

⁹⁸ GALLEGO, *Ramiro Ledesma Ramos...*, *op. cit.*, pp. 68-146.

Atlántico hasta Túnez, tiene enterradas muchas ilusiones y mucha sangre española”) y realizar una aproximación política, económica y cultural, “con todo el gran bloque hispano de nuestra América”⁹⁹.

Ahora bien, si Ramiro Ledesma se atrevió a esbozar estas reivindicaciones concretas (señalando, además, que el Imperio no era algo defensivo, como se había señalado durante mucho tiempo, sino un objetivo en sí mismo imprescindible para la plena realización nacional), fue uno de sus más íntimos colaboradores, José María Cordero Torres, quien las desarrolló y articuló con mucha más minuciosidad.

Hacia poco que este joven almeriense había accedido a una Ayudantía de la Cátedra de Derecho Internacional Público de la Universidad Central cuando conoció al líder jonsista. Fruto de su temprana relación, publicó varios trabajos sobre política exterior en la revista *JONS* en los que, frente a aquéllos que, como el propio Ledesma, propugnaban una política europeísta, remarcaba, desde una perspectiva geopolítica, la necesidad de desarrollar una política exterior colonial basada en la idea de la misión universal de España y en el ataque al sistema internacional impuesto por el Tratado de Versalles¹⁰⁰. Cordero Torres también colaboró en *La Patria Libre*, el semanario que Ledesma impulsó tras la ruptura con Falange, y en el único número de *Nuestra Revolución*, publicado en julio de 1936, algo que confirma su clara apuesta por unas *JONS* que, tras la muerte de Ledesma, fueron absorbidas y neutralizadas por parte de un régimen franquista que no acababa de ver con buenos ojos algunas de sus propuestas más revolucionarias.

El 18 de enero de 1934 Cordero impulsó junto con un grupo de jóvenes procedentes, en gran número, de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, la creación de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales (SEIC), una institución que, domiciliada en el Ateneo de Madrid¹⁰¹, tendría como principal objetivo el diseño de una política exterior española que respondiese a la misión que España debía llevar a cabo para recuperar el camino del Imperio. Más allá de Cordero, que ejerció de secretario de la institución desde su fundación, entre sus miembros podemos destacar al

⁹⁹ Ramiro LEDESMA RAMOS, *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003 (1935), p. 79.

¹⁰⁰ José María Cordero Torres escribió cuatro artículos en la revista *JONS*: “El fracaso de los mitos del siglo XIX en América”, *JONS*, nº 1 (mayo de 1933), pp. 37-45; “Las dificultades de la situación actual del mundo. Sus orígenes y salidas”, *JONS*, nº 7 (diciembre de 1933), pp. 316-320; “Un mes bajo el emblema del licor romano”, *JONS*, nº 10 (mayo de 1934), pp. 135-142 y “Las dificultades de Austria y la confabulación de las potencias”, *JONS*, nº 11 (agosto de 1934), pp. 188-190.

veterano africanista decimonónico Gonzalo de Reparaz, que ocupó el rectorado de la institución hasta 1936, al futuro ministro de Asuntos Exteriores Fernando María Castiella, que también dirigiría la institución entre 1941-43, al célebre economista Román Perpiñá y Grau, Rector de la SEIC entre 1950-52, o al propio Ramiro Ledesma Ramos, que participó en la elaboración de las “declaraciones” y “programas” que esta sociedad africanista aprobó entre julio de 1934 y junio de 1936 y que, con el tiempo, serían recopiladas por el propio Cordero Torres en el libro *Aspectos de la misión universal de España*¹⁰². Tras su muerte, además, Ramiro Ledesma fue nombrado socio de honor de dicha institución.

Esta sociedad, pese a no tener una publicación oficial, impulsó toda una serie de actividades y trabajos para difundir sus planteamientos africanistas, unos planteamientos que, a propuesta del ponente Cordero Torres, fueron aprobados el 30 de junio de 1935 y que dieron lugar al “Programa para la política exterior y colonial española”. Así, según este programa, España tenía la misión de tutelar y civilizar el norte de África para incorporar a su población y su economía “a la civilización universal”, siempre y cuando eso fuera compatible con “la autonomía indígena y el respeto de las tradiciones musulmanas”. España, además, debía reivindicar “por cualquier medio hábil” su plena soberanía en el Estrecho de Gibraltar y en Tánger y debía desarrollar una política exterior marcada por el reconocimiento de la unidad hispánica determinada por la realidad geográfica y natural, la etnografía, la historia y la comunidad de destinos en el mundo (lo cual incluía a América y Filipinas)¹⁰³.

Sólo cinco años después, en 1940, y en un contexto político bien distinto, la SEIC redefiniría su programa concretando mucho más los aspectos de esa “misión universal” que España debía cumplir y a la que “se deben los recursos y sacrificios precisos para su ejecución”. Así, se destacaba que España, con su política exterior, debía aportar “los valores eternos de la concepción hispánica de la vida a la civilización universal” y “su potencia al establecimiento de un justo orden internacional y colonial, a su conservación

¹⁰¹ A partir de 1939 pasó a establecer su sede en el Instituto Francisco de Victoria, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. *Sociedad de Estudios Internacionales. LXXI Aniversario*, Madrid, Gráficas Marcar, 2005, p. 11.

¹⁰² Erik NORLING, *Las JONS revolucionarias. Compañeros de Ramiro Ledesma Ramos: los otros jonsistas*, Molins de Rei (Barcelona), Nueva República, 2002, p. 213. Esta obra, pese al carácter reivindicativo de la figura de Ledesma y del jonsismo, presenta toda una serie de información acerca de la actividad de Ramiro Ledesma y sus compañeros de las JONS que ha podido ser contrastada con otros documentos.

¹⁰³ *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Veinte años de labor por la paz y la justicia universal y por España. Selección de declaraciones, programas y propuestas, con sucinta nota de sus actividades, organización y composición*, Madrid, 1954, pp. 26-28.

y mejora”; debía mantener “relaciones especiales de tipo interhispanico con todos los países de la Hispanidad” y asegurar “el libre y lícito tránsito por el estrecho de Gibraltar a todos los Estados”. Además, el nuevo programa establecía con mucha mayor precisión qué territorios concretos pertenecían al espacio de interés vital para España, y así se hablaba del Magreb (desde el oeste de Argel hasta el sur de Cabo Blanco, con su correspondiente extensión interior hacia el Sahara), de los territorios del África Ecuatorial (Guinea) y de “trozos del territorio patrio” que había que recuperar: Gibraltar, Andorra, el Rosellón, la Cerdeña y la Baja Navarra. Finalmente, el programa, redactado una vez más por Cordero Torres, planteaba la unión con Portugal que también reivindicara en su día Ramiro Ledesma¹⁰⁴. En general, toda una serie de reivindicaciones que, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, darían lugar a un gran número de publicaciones imperialistas de gran difusión.

La SEIC, más allá de plantear unos objetivos claros, se esforzó desde su mismo nacimiento por la difusión de sus ideas. Así, promovió la realización de campañas por los pueblos, editando folletines, índices y catecismos que debían ser distribuidos gratuitamente entre la gente. Organizó cursillos destinados a un público más o menos general y propuso enseñanzas “algo más superiores” para las personas “más capaces e interesadas”. Planteó la realización de excursiones a lugares históricos (de España o del norte de África) y el fomento del estudio de otras lenguas como el árabe. Finalmente, promovió los intercambios escolares con el Protectorado y la intensificación en las representaciones escénicas y proyecciones de las alusiones a la temática colonial mediante misiones y museos circulantes, entre otras posibilidades. En definitiva, una intensa labor propagandística que, “desde la escuela al cuartel y al taller” permitiese a los españoles comprender y compartir la misión que España tenía en el mundo¹⁰⁵.

La SEIC, además, llegó a diseñar el relato que debía servir de esqueleto para construir todo este entramado propagandístico, un relato que, entre otras cuestiones, debía hablar de: “Orígenes de España; España pueblo sin odios raciales y con cultura

¹⁰⁴ *Ibíd.*, pp. 29-32.

¹⁰⁵ En concreto, podemos decir que, hasta la Guerra Civil, la SEIC organizó y desarrolló cursos como “Los problemas coloniales en España” (1934), encuestas sobre la política exterior y colonial (1934), proyectos de Congresos coloniales (1934), memorias y estudios sobre la acción española en Marruecos (1934-1935), gestiones sobre propaganda rural africanista (como la realizada a través del Patronato de Misiones Pedagógicas durante el curso 1934-35), la instauración de una cátedra con lecciones semanales de geopolítica, economía y colonización en el Ateneo de Madrid (1935-36), y muchas más actividades de las que no tenemos constancia por los saqueos que los archivos de la institución padecieron durante la contienda. Para más información sobre la labor de la SEIC durante sus primeros años de existencia véase *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Actividades, Organización y Composición*, Madrid, 1947, pp. 3-10.

propia; la leyenda negra y su destrucción; España entre los pueblos y en el mundo; las posesiones de España; lo que son y lo que pueden ser para el pueblo; lo que ha hecho España en el mundo y especialmente en América y Filipinas; nuestra hermana Portugal; América española: pasado, presente y futuro; la geografía y la economía española determinantes de su posición mundial; caracteres del pueblo español; los españoles en el norte de África y en América, Tánger, Gibraltar, Rosellón, Vasconia francesa [...]; el Islam español; nuestros hermanos bereberes; los sefardíes”¹⁰⁶.

Fijémonos en la recuperación que se hacía de algunas de las principales banderas del africanismo decimonónico, como el uso de la historia y la geografía para legitimar la presencia internacional de España o la idea de hermandad con los norteafricanos basada en el pasado común (“el Islam español”) y la comunidad racial con los bereberes. Sólo esto explica que el 12 de enero de 1936, la SEIC aprobase una declaración en la que se afirmaba que “España, por su tradición histórica como cabeza de una civilización islámica sin igual, por su entronque con los pueblos berberiscos y por su posición geográfica, es una potencia con intereses especiales respecto del mundo musulmán, cuyo libre desenvolvimiento desea, así como servir de enlace entre la cultura occidental cristiana y la islámica”¹⁰⁷.

Tras la Guerra Civil, esta sociedad desempeñó un papel protagonista en la creación de instituciones tan importantes como el Instituto de Estudios Africanos, la Escuela Diplomática o la Sección Africanista del Instituto de Estudios Políticos, en la que se integrarían muchos de sus miembros y de la que el propio Cordero Torres llegaría a ser director.

2.3. LA GUERRA CIVIL. AFRICANISMO Y ARABISMO AL SERVICIO DE LA CAUSA “NACIONAL”

Hemos hablado hasta el momento del impacto que el establecimiento del Protectorado, la llegada de los colonos, las grandes derrotas militares en el Rif o el ascenso del fascismo y el nazismo tuvieron en la retórica y el imaginario del

¹⁰⁶ Esta especie de temario básico fue aprobado por la Sociedad el 1 de junio de 1935 y debía guiar la labor educadora popular en materia colonial. *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Veinte años de labor por la paz...*, op. cit., pp. 180-181.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 173.

africanismo español contemporáneo. Ahora bien, si todo eso fue importante, la Guerra Civil y la participación de los marroquíes en la misma fue también un episodio clave para entender muchos de los componentes del africanismo de postguerra y de las representaciones que alimentaron el imaginario colectivo de los españoles en relación con sus “vecinos del sur”¹⁰⁸.

Como plantea, entre otros, González Alcantud, la Guerra Civil nos obliga a preguntarnos cuáles fueron las causas que llevaron a más de 60.000 marroquíes a combatir en las filas de su enemigo secular¹⁰⁹. Los estudios más clásicos consideraban que el paro, la sequía y el hambre habían sido factores decisivos a la hora de explicar por qué tantos marroquíes lucharon junto al bando franquista durante la contienda. Otros ponían el énfasis en el reclutamiento forzoso que, con la connivencia de las autoridades autóctonas, hizo que muchos marroquíes, obligados a punta de fusil, tuviesen que ir a la Península a apoyar a los que, una década antes, los estigmatizaban¹¹⁰. Es cierto que éstas fueron cuestiones importantes que no pueden despreciarse, pero a estos aspectos socioeconómicos, deberíamos añadir otros de tipo sociocultural para entender el fenómeno en toda su complejidad.

Abdelhajid Benjelloum, por ejemplo, considera que las motivaciones psicológicas, como el gusto por la aventura o el entretenimiento, ayudan a entender la decisión de no pocos marroquíes que, voluntariamente, se adhirieron a la causa franquista. No obstante, según este autor, uno de los principales factores para entender el grado de participación de los marroquíes en la Guerra Civil fue la elevada capacidad discursiva del denominado “bando nacional”. En este sentido, Benjelloum nos recuerda que el bombardeo de Tetuán por parte de los republicanos el mismo 18 de julio de 1936, ya fue instrumentalizado con gran habilidad por parte de la propaganda franquista para construir una “unidad cristiano-musulmana” contra los “rojos ateos”. Este entramado discursivo llevaría al propio Franco a afirmar, en 1937, que “cuando surge un peligro para todos, que es el peligro de los hombres sin fe, es cuando se unen todos los hombres

¹⁰⁸ María Rosa de Madariaga llega a hablar de un “retorno del moro” (en el sentido más peyorativo) como consecuencia de la guerra. Según esta autora, cuando en 1936 los republicanos vieron aparecer a los marroquíes, esta vez no en los campos de África, sino en la Península, revivieron las visiones terroríficas del pasado, lo que ellos mismos habían vivido o les habían contado sus padres o abuelos: Barranco del Lobo, *Annual*, Monte Arruit, etc. MADARIAGA, “Imagen del moro...”, *op. cit.*, p. 583.

¹⁰⁹ José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Barcelona, Anthropos, 2003, p. 9.

¹¹⁰ Mustapha EL MERROUN, *Las tropas marroquíes en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Almena Ediciones, 2003, p. 42.

con fe para combatir a los que no la tienen”¹¹¹ o que “nuestra guerra es una guerra religiosa [...] nosotros, todos los que combatimos, cristianos y musulmanes, somos soldados de Dios y no luchamos contra hombres, sino contra el ateísmo y el materialismo”¹¹².

Desde el primer momento, por tanto, los sublevados, para contrarrestar una propaganda republicana que pedía a los marroquíes la desobediencia mediante panfletos y emisiones radiofónicas, empezaron a difundir el mito que presentaba a Franco como el caudillo “Al-Mansur” (el Victorioso). Para ello, se sirvieron de los jefes de cofradías y líderes autóctonos, muchos de ellos a sueldo de los sublevados, para que corrieran la voz de que el general había abrazado la fe musulmana. Algunos incluso llegaron a decir que habían visto a Franco peregrinar a La Meca un año antes del “Alzamiento”¹¹³.

Así pues, la guerra y la importante labor ejercida por determinados personajes que ocuparon puestos clave tanto en la administración del Protectorado como en el mundo intelectual peninsular, contribuyeron a desempolvar buena parte de los viejos argumentos arabistas y africanistas para recuperar y reconstruir un discurso que, como ya hemos comentado, se mantuvo en silencio durante los años de las guerras del Rif, aunque sin llegar a desaparecer por completo.

2.3.1. Las “dos almas” de Beigbeder y la renacida “hermandad hispano-marroquí”

Dentro de toda esta labor propagandística, debemos destacar el papel que desempeñó el coronel Juan Luis Beigbeder, Interventor regional de la Región de

¹¹¹ “Palabras del Caudillo a los musulmanes en Sevilla a su regreso de la Meca el 2 de abril de 1937”, *ABC* (1-10-1937), p. 5.

¹¹² Cita recogida en Giuliana DI FEBBO, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao, Desclée de Brower, 2002, p. 35. Véanse al respecto, Abdelhadj BENJELLOUM, “Las causas de la participación de marroquíes en la guerra civil española (1936-1939)” en GONZÁLEZ ALCANTUD, *Marroquíes en la guerra civil española...*, *op. cit.*, p. 45; Sebastian BALFOUR, “El otro moro en la guerra colonial y la guerra civil”, en GONZÁLEZ ALCANTUD, *Marroquíes en la guerra civil española...*, *op. cit.*, pp. 103-110; Rosa PARDO SANZ, “El franchismo e le colonie” en Giuliana DI FEBBO y Renato MORO (coords.), *Fascismo e franchismo. Relazioni, immagini, rappresentazioni*, Rubettino, 2005, pp. 223-225.

¹¹³ Gabriel CARDONA, “Franco y el Islam. La invención de la ‘tradicional amistad hispanoárabe’”, *Clío*, nº 41 (marzo de 2005), pp. 18-25; EL MERROUN, *Las tropas marroquíes en la Guerra Civil...*, *op. cit.*, p. 38. En este sentido, podemos recordar que Beltrán Güell cuenta en una obra cómo Franco voló desde Canarias a Casablanca el 17 de julio de 1936 vestido con jaique y turbante: “se le hubiera creído un verdadero árabe salido de la zona de Marrakech”. Felipe BELTRÁN GÜELL, *Momentos interesantes de la Historia de España en este siglo. La España de 1936. Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*, Valladolid, Santarén, 1939, p. 153.

Gomara cuando estalla la guerra y Alto Comisario de España en Marruecos a partir de abril de 1937¹¹⁴.

Desde su juventud, Beigbeder fue un hombre interesado por la cultura arabomusulmana. En 1914, llegó a Marruecos como oficial de Estado Mayor. Desde bien pronto se interesó por aprender árabe, lo que le llevó incluso a Beirut y a París, donde fue estudiante de l'École des Langues Orientales. Aunque estuvo destinado en Berlín entre 1927 y 1934, nunca dejó de interesarse por el mundo árabe, en general, y por Marruecos, en particular. Su conocimiento del país magrebí llegó a ser muy profundo y sus contactos con las autoridades locales y con los movimientos nacionalistas le permitieron estar al corriente de lo que allí sucedía en todo momento, algo que, como veremos, le fue muy útil a partir de 1936¹¹⁵.

Nada más producirse la sublevación militar, Beigbeder dejó su puesto en Xauen, donde era interventor, y se apoderó de la Delegación de Asuntos Indígenas, órgano clave de la Alta Comisaría de España en Marruecos, para poder controlar a la población marroquí. Asesorado, entre otros, por el ya citado Tomás García Figueras, que presidía su equipo de trabajo, o por Rodolfo Gil Benumeya, Beigbeder aprovechó el control que los oficiales españoles tenían sobre la administración y autoridades gubernativas de la zona española en Marruecos para asegurarse la adhesión de caídas, bajáes, almutacenes y otras autoridades autóctonas que, en muchos casos, debían sus cargos a los militares¹¹⁶. Así, contactó con el alfaquí Mohamed Daud o con el líder nacionalista Mohammed Torres, pidiéndoles su colaboración a cambio de reconocer la existencia legal del movimiento nacionalista marroquí y sus reivindicaciones. Beigbeder les prometió la arabización de la enseñanza, el uso del árabe en carteles e indicaciones,

¹¹⁴ Sobre la vida de Beigbeder y su política de aproximación al mundo araboislámico, véase Jesús ALBERT, “Beigbeder. Iniciador de la política española hacia el mundo árabe”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 81-93.

¹¹⁵ *Ibid.*, pp. 82-83.

¹¹⁶ Como la historiografía ha puesto de manifiesto, la piedra angular del sistema de control del territorio era el servicio de Intervenciones Militares, dependiente de la Delegación de Asuntos Indígenas. La zona norte del Protectorado español en Marruecos se dividió en cinco regiones administrativas, cada una de ellas dirigida por un interventor. Cada región quedó subdividida en comarcas bajo el mando de interventores comarcales, y éstas, a su vez, en cabilas o unidades tribales bajo la dirección de interventores locales que tenían su contrapartida marroquí en el caíd, máxima autoridad indígena para cada cabila. Los interventores, por tanto, desde la escala local hasta la regional, tenían una estrecha colaboración con unas autoridades autóctonas que, en la mayoría de los casos, y pese a su supuesta autonomía, dependían de ellos. María Rosa de MADARIAGA, “La guerra colonial llevada a España: las tropas marroquíes en el ejército franquista”, en GONZÁLEZ ALCANTUD, *Marroquíes en la guerra civil española...*, *op. cit.*, pp. 65-66; Josep Lluís MATEO DIESTE, *La «hermandad» hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en Marruecos [1912-1956]*, Barcelona, Alborán-

peregrinaciones gratuitas a La Meca y la legalización de partidos nacionalistas en Marruecos¹¹⁷. Las autoridades franquistas incluso plantearon la posibilidad de conceder la autonomía a la zona norte del Protectorado en un discurso pronunciado en Radio Sevilla el 11 de octubre de 1936 por el general Queipo de Llano, discurso que fue traducido al árabe en la misma radio por el propio Torres¹¹⁸.

Su nombramiento como Alto Comisario en marzo de 1937 (aunque ya lo era en funciones desde noviembre de 1936), supuso un impulso mayor a toda esta política de aproximación al mundo nacionalista, algo que contrastaba con la estrategia de represión que su predecesor, el general Orgaz, había llevado a cabo durante su mandato.

Sobre el papel desempeñado por Beigbeder durante estos años decisivos, resulta especialmente interesante el testimonio de la que fuera amante del Alto Comisario de España en Marruecos, Rosalinda Powell Fox, que publicó un libro de memorias en el que, entre otros episodios, narra su experiencia en el Protectorado español en Marruecos y su relación con el Coronel. Esta obra nos es de enorme utilidad porque aporta todos los argumentos clásicos para justificar la presencia española en el norte de África. Así, habla del caos imperante en Marruecos antes de la llegada de los españoles (“before the arrival of the Spanish at the beginning of this century, Morocco was wracked by almost persistent fratricidal wars that impoverished the country, decimated its inhabitants and precluded any practical advances in civilized life”), del profundo atraso de la sociedad marroquí (“the Spanish administration had not only enforced peace in the country [...] but began to bring the Moors slowly [...] into the wake of the twentieth century”) y presenta toda una serie de anécdotas o escenas costumbristas, marcadas por un toque claramente orientalista, que contribuyen a dar una imagen de

Bellaterra, 2003; José Luis VILLANOVA VALERO, *Los interventores. La piedra angular del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2006.

¹¹⁷ EL MERROUN, *Las tropas marroquíes en la Guerra Civil...*, *op. cit.*, pp. 19-21; PARDO SANZ, “El franchismo e le colonie”, *op. cit.* pp. 225-227; Charles R. HALSTEAD, “A «Somewhat Machiavellian» Face: Colonel Juan Beigbeder As High Commissioner in Spanish Morocco, 1937-1939”, *The Historian*, nº 37-1 (1974), pp. 46-66; MATEO DIESTE, *La «hermandad» hispano-marroquí...*, *op. cit.*, p. 163.

¹¹⁸ Pese a todo, parece que la historiografía, especialmente la marroquí, aún debate el papel que desempeñó el líder nacionalista Torres en todo este proceso. Así, mientras Benjelloum y muchos otros historiadores marroquíes consideran que Beigbeder compró el silencio de los líderes nacionalistas a cambio de determinadas libertades y promesas de autonomía, otros como Ibn Azzuz Hakim defienden que Torres no apoyó la recluta marroquí por parte de los sublevados. Mohammad IBN AZZUZ HAKIM, “La oposición de los dirigentes nacionalistas marroquíes a la participación de sus compatriotas en la guerra civil española”, en GONZÁLEZ ALCANTUD, *Marroquíes en la guerra civil española...*, *op. cit.*, pp. 14-41.

Marruecos exótica y poco o nada civilizada¹¹⁹. Pese a todo esto, lo que más nos interesa de este libro son sus reflexiones acerca de por qué los sublevados lograron movilizar a tantos marroquíes, algo que Powell Fox relaciona directamente con el Alto Comisario y con su política de “respeto” hacia lo arabo-musulmán:

“Juan Luis knew, understood and loved the Arab [...] As it was, the wise Arab nationalist leader, Mohammed Torres, realizing the unpreparedness of his people to govern themselves for the present, perceived as did the Khalifa, that the Nationalists under Col. Beigbeder, had a real respect for the Arab’s traditions and way of life and did not pour contempt upon his religion and institutions as feudal and superstitious, to be swept aside in the wake of socialist realism. An attitude and policy the Soviets were pursuing in their Moslem republics”¹²⁰.

Según Powell Fox, los sublevados, a diferencia de los “rojos ateos” que dominaban la República, tenían un profundo respeto por la religión (fuese ésta cristiana o musulmana) y Beigbeder, en particular, se encargó de hacérselo saber a unos marroquíes que no se alistaron por razones materiales, sino para defender su fe:

“It is not generally realized that the Moorish troops that figured so conspicuously in Spanish Civil War were not conscripts, forced to the colours, but volunteers, who recognized the Nationalists as far more protective to Islam than the leftists in Madrid, who derided all religion as, «the opium of the people». This meant that recruitment campaigns became a regular part of daily life in the Zone. Juan Luis, as High Commissioner, naturally figured importantly as these functions”¹²¹.

Toda esta labor propagandística tuvo también su reflejo en emisiones radiofónicas, organización de visitas de personalidades árabes y en toda una serie de publicaciones periódicas de la época. El denominado *Diario España* de Tánger vio la luz en octubre de 1938 gracias al impulso, entre otros, del Alto Comisario Beigbeder, que quería disponer de todos los medios posibles para difundir estas ideas. En este sentido, Beigbeder le encargó al fundador del diario, Gregorio Corrochano, que hiciese de su publicación un arma de propaganda franquista para los tiempos de guerra.

¹¹⁹ Podemos destacar, por ejemplo, el episodio en el que relata el matrimonio de Torres y señala que “I was privileged to attend the marriage of the Arab leader, Mohammed Torres, to one of his four wives. Why four?”. Rosalinda POWELL FOX, *The Grass and the Asphalt*, Cádiz, J.S. Harter and Associates, 1997, pp. 84-85.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 83.

¹²¹ *Ibid.*, pp. 102-103.

Otro órgano de expresión creado durante la contienda fue el semanario gráfico *Fotos*, una publicación de FE y de las JONS que también nació, en febrero de 1937, con una clara vocación propagandística. Por su carácter visual y sus textos sencillos y superficiales, la revista tenía un gran impacto en el lector, por lo que su capacidad de transmitir podía ser más efectiva que la de un periódico normal. Aunque su público, básicamente, fueron falangistas y afines, lo interesante es que *Fotos* dedicó muchas de sus páginas a reforzar esos vínculos con los marroquíes y a reivindicar el pasado andalusí, lo cual demuestra que los autodenominados nacionales tenían interés en que ese discurso calase también entre los “suyos”.

En las páginas de este semanario, por tanto, había referencias a los lazos basados en la historia, la sangre y la lucha: “Como hacía siglos, musulmanes y españoles, saltándose a la torera la barrera del Estrecho, vivían en hermandad de lucha y de estirpe, bajo el mismo cielo azul, ora ensanchando Castilla, ora ensanchando el Marruecos hispano”. Esa hermandad, se ilustraba habitualmente a través de anécdotas o diálogos en los que se buscaban los lazos de unión que ligaban a ambos pueblos. Es este el caso de una escena en la que un soldado español, en plena guerra del Rif, ve que un compañero marroquí, médico de la mehala, está leyendo *El Quijote*. Al preguntarle el soldado si le gusta la novela, éste le responde: “tanto, que estoy traduciéndolo al árabe, con comentarios de mi cosecha. Es un libro vuestro y nuestro también. La hidalguía, ¿no es de origen árabe?”. Esta afirmación del magrebí lleva al español a afirmar que “las guerras entre bereberes y españoles han sido siempre guerras de hidalgos que al final de la contienda se dan la mano y, en la paz, se entremezclan y entrecruzan para labrar la tierra”, una afirmación hartamente sorprendente si recordamos los calificativos lanzados contra los marroquíes en los textos escritos no tantos años atrás. Lo más interesante, no obstante, es que toda esta reflexión sobre la hidalguía del histórico “otro” le permite concluir al autor del artículo que “¿Cómo podían faltar en esta cruzada los turbantes blancos, las chilabas blancas o pardas y los jaiques azules? [...] ¡Comunismo, no! ¡Comunismo, no! ¡Franco! ¡Franco! – este era el grito de guerra de aquellas tropas heroicas [...] ¡Y con qué lealtad y con qué furor luchan hoy en España nuestros hermanos de Marruecos!”¹²².

Como señala Balfour, el que fuera el “otro” externo pasó a movilizarse contra el “otro” interno, y eso hizo que los clichés y la deshumanización que habían caracterizado

¹²² “Turbantes blancos en España”, *Fotos*, nº 71 (9-7-1938), pp. 16-17.

al primero durante tanto tiempo pasasen ahora a caracterizar al segundo¹²³. Los republicanos, vinculados al comunismo internacional, pasaban a ser seres sin escrúpulos que no tenían ningún respeto por la fe ni tampoco por el legado andalusí, ya que la “barbarie roja”, al destruir monumentos y patrimonio, estaba borrando las huellas de ese “esplendoroso pasado”. Eso explicaba que “los moros [...] tan ligados a nosotros, a la historia de nuestra España, [...] vinieran a juntarse en esta lucha que sostenemos contra los que quisieron vender la Patria por órdenes comunistas”¹²⁴.

La humanización del secular enemigo pasaba, por tanto, por destacar el esfuerzo que estaba haciendo al lado de los “verdaderos españoles” en la Guerra Civil (lo cual llevaba a la revista a dedicar incluso reportajes personalizados a soldados marroquíes heridos y mutilados “por la Patria”)¹²⁵, pero también por acercarlo a las personas que se habían erigido como modelo en la “Nueva España”. Así, era frecuente encontrar artículos en los que los marroquíes aparecían al lado de Beigbeder, Serrano Suñer o el propio Franco. En este sentido, podemos destacar otra escena en la que unas niñas marroquíes, con ocasión del segundo aniversario de la sublevación militar, se acercaron al ministro del Interior, Ramón Serrano Suñer para decirle que querían “muchísimo” a Franco. Como premio, el ministro las invitó a ir a España y Beigbeder organizó un viaje que las llevó por el Alcázar de Sevilla, la Alhambra de Granada, la Alcazaba de Málaga, la Mezquita de Córdoba y muchos otros lugares que permitían a las autoridades franquistas mostrar los claros lazos históricos entre las dos orillas del Estrecho. Las niñas, finalmente, acudieron a Burgos y allí fueron recibidas por Franco y por Pilar Primo de Rivera, que se fotografió con ellas (**FIG. III**)¹²⁶.

Ahora bien, pese a todo lo que hemos señalado, no debemos ignorar el tono paternalista y de superioridad que impregnaba estos artículos. Las referencias constantes a la labor civilizadora de España ponían de manifiesto con frecuencia el grado de atraso de unos marroquíes que, habitualmente, eran calificados con diminutivos como “moritos”. Además, el tono orientalista de muchos de los reportajes era más que evidente y venía magnificado por el uso de determinadas fotos que recogían lo

¹²³ BALFOUR, “El otro moro en la guerra colonial y la guerra civil...”, *op. cit.*

¹²⁴ “18 de julio en Marruecos. Al otro lado del estrecho el pueblo musulmán reafirma su antigua hermandad con España”, *Fotos*, nº 74 (30-7-1938), pp. 18-21.

¹²⁵ “Cuando florezcan los rosales de la paz...”, *Fotos*, nº 83 (1-10-1938), pp. 11-12. Véanse también, en una línea parecida, “Sangre de moros”, *Fotos*, nº 7 (27-3-1937), pp. 16-18; “Sangre de moros. Una visita al Hospital Marroquí de Granada”, *Fotos*, nº 59 (9-4-1938); “Reportajes del Frente. El Mizzian”, *Fotos*, nº 64 (14-5-1938); “Reportajes del frente: El ‘Escucha’”, *Fotos*, nº 96 (31-12-1938), pp. 21-22.

“exótico”, “extraño”, “alucinante” o “antiguo” de sus tradiciones. Resulta ilustrativo un artículo sobre la toma de Ciudad Universitaria, en Madrid, en el que un soldado narra su primer encuentro con marroquíes y afirma que “como en un cuento de las mil y una noches, estos regulares evocan fantasías de la Arabia”¹²⁷.

FIGURA III. Ejemplo de propaganda filoárabe en la revista *Fotos*



FUENTE: “Pilar Primo de Rivera con las musulmanas y sus profesoras”, *Fotos* (27-08-1938), p. 9.

Los sublevados, al mismo tiempo que crearon nuevos órganos de difusión, usaron con gran habilidad los que ya existían. De este modo, las páginas de periódicos con una cierta trayectoria se llenaron también de noticias y titulares que profundizaban en la recuperada idea de hermandad hispano-marroquí basada, en ese momento, en la defensa de la fe. Era frecuente, por tanto, leer en la prensa de mayor tirada frases como “España y el Islam han sido siempre los pueblos que mejor se comprendieron”, “[hablando de la construcción de una mezquita en Ceuta] sobre mi corazón se funden los sentimientos de dos pueblos creyentes, y es la adoración a Dios y la paz entre los hombres, el sol de mis destinos”; “Franco, celoso mantenedor de la fe de los mogrebinos. Así como él, la prometieron Fernando e Isabel bajo el símbolo del Imperio hispano, hoy restaurado”

¹²⁶ “Niñas musulmanas en la España de Franco” y “Hermandad Hispano-musulmana”, *Fotos*, nº 78 (27-08-1938), pp. 7-9.

¹²⁷ “Té moruno en la Ciudad Universitaria”, *Fotos*, nº 94 (17-12-1938).

etc.¹²⁸ Este supuesto respeto del denominado bando nacional por la religión, además, contrastaba una vez más con la actuación de unos republicanos que, instigados por Rusia, perseguían a los creyentes a sangre y fuego:

“La obra nefasta que en Rusia ha surgido, va contra las costumbres, va contra las mezquitas, va contra todo lo que tiene valor espiritual, que es lo fundamental del Islam, del pueblo musulmán. Nosotros deseamos que vencido el enemigo rojo y conseguida la paz, podamos infiltrar la cultura que un día derramasteis sobre estos solares”¹²⁹.

Por todo ello, los marroquíes debían “venir a pelear contra Rusia en suelo español” y difundir por el mundo lo que Franco estaba haciendo por el Islam. Así, por ejemplo, Beigbeder impulsó la concesión de becas a estudiantes marroquíes para que pudieran finalizar sus estudios en distintas universidades del mundo árabe, pero también para dar a conocer las “hazañas del Generalísimo” en defensa de la fe:

“[...] los estudiantes musulmanes que marchan a Egipto hablarán en los más apartados lugares del mundo islámico de la gran razón de Franco, aunque ya allí como en todas partes es conocida la magna obra del Caudillo que, al salvar a España, libra también toda una civilización escarnecida y ultrajada por un enemigo sin Dios, sin ley y sin conciencia”¹³⁰.

Todo esto, además, se veía reforzado, como ya hemos visto en las otras publicaciones, por referencias a un pasado común e, incluso, a unos vínculos sanguíneos, que debían hacer que los marroquíes apoyaran la causa de los sublevados. En esta línea, podemos destacar las palabras pronunciadas por Franco en el Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla el 2 de abril de 1937, al regresar de su expedición a la Meca una representación jerárquica presidida por el Gran Visir de Marruecos:

¹²⁸ Véanse, por ejemplo, “La hospitalidad musulmana”, *ABC* (10-10-1936), p. 11; “¿Para qué sirve Marruecos?”, *ABC* (25-5-1937), p. 3; “Informaciones de Marruecos: El sol de la España Imperial”, *ABC* (11-6-1937), p. 11; “Informaciones de Marruecos: Portugal y España a través de Marruecos”, *ABC* (6-7-1937), p. 11; “Dios es grande”, *ABC* (18-7-1937), p. 21; “Pontevedra: Inauguración de una mezquita musulmana”, *ABC* (25-7-1937), p. 16; “Los moritos”, *ABC* (27-8-1937), p. 4; “Informaciones de Marruecos: Trabajo, Genio y Virtud”, *ABC* (28-8-1937), pp. 13-14; “ABC en París: Moros y cristianos. Por Mariano Daranas”, *ABC* (7-9-1937), p. 4; “Lealtad de los marroquíes a España: la Guardia Mora del Generalísimo”, *ABC* (7-11-1937), pp. 1-3; “Una gran mezquita, vigía sagrada del Mogreb”, *ABC* (28-1-1938), p. 12; “Unidad y solidaridad hispano-marroquí”, *Amanecer. Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S* (17-7-1938), p.1; “Zaragoza árabe.- La Ciudad Blanca. Homenaje a Marruecos”, *Amanecer. Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S* (17-7-1938), p. 8; “Guardia Mora”, *ABC* (10-8-1938), p. 6; “Franco y la Pascua Mayor musulmana”, *ABC* (4-2-1939), p. 6; etc.

¹²⁹ “Nuestra amistad con el pueblo musulmán”, *ABC* (1-10-1937), p. 5.

“recordad [marroquíes] que el pueblo musulmán tuvo una grandeza que se fundió en sangre de marroquíes e hispanos”¹³¹.

Ahora bien, esta labor propagandística y el deseo de conseguir el apoyo de buena parte de los arabo-musulmanes, llevaron a los franquistas a plantear cosas contradictorias, ya que al mismo tiempo que se defendía la fe y el respeto por la tradición, el afán por conseguir apoyos de todo tipo les podía llevar a defender el modelo contrario. En este sentido, resulta ilustrativa una entrevista que el propio Franco dio a *ABC* en noviembre de 1936, sólo seis semanas después de ser nombrado Jefe de Estado, y en la que decía que la guerra era una oportunidad, “una ocasión única”, para modernizar España:

“¡Hay que acabar con todo lo malo que era endémico en España! La ocasión es única. Fué necesaria la Dictadura de Mustafá Kemal en Turquía para que ese país, también semiárabe, se incorporara al ritmo y a la fisionomía de Europa. Bien estaría que lo hiciéramos ahora nosotros, aprovechando esta *ocasión única* [...]”¹³².

Franco, por tanto, usaba el discurso de hermandad sin ningún tapujo y se atrevía a calificar a España de país “semiárabe”, pero en este caso los supuestos lazos con los arabo-musulmanes no tenían como eje principal la religión, sino una afinidad racial con un país, Turquía, en el que se estaba llevando a cabo un proceso de laicización que con toda seguridad no habría aprobado para España.

En resumen, la prensa y toda una serie de publicaciones propagandísticas que aparecieron durante el conflicto bélico se esforzaron por rescatar los vínculos con los arabo-musulmanes para legitimar su presencia en la contienda. Como señalaría el Alto Comisario Beigbeder escasos meses después del fin de la Guerra Civil, lo que se tenía que dejar claro tanto a españoles como a marroquíes era que España, “por tradición, por historia, por sentimiento y por la sangre derramada en la victoria común”, debía mucho al “pueblo hermano de Marruecos”, algo que, entre otras cosas, había llevado al Nuevo Estado, y a él personalmente, a reconocer “la legitimidad de los nacionalistas marroquíes desde el primer momento del Alzamiento Nacional”. La hermandad forjada en esa lucha común, además, debía servir, según Beigbeder, para “soñar [...] en la armonía entre el Islam y el Cristianismo”, algo que para él era perfectamente posible ya

¹³⁰ “La protección cultural de la juventud marroquí. Un grupo de estudiantes musulmanes, a Egipto”, *ABC* (9-9-1938), p. 10.

¹³¹ “Nuestra amistad con el pueblo musulmán”, *ABC* (1-10-1937), p. 5.

que, por un lado, “el pueblo árabe fue el más tolerante de los pueblos, y había tolerancia y comprensión cuando en el Mediterráneo se mandaba en árabe” y, por otro, porque como él afirmaba erigiéndose en portavoz de la Nación, “me contemplo y veo dentro de mí las dos almas que poseo, una española y otra árabe”¹³³.

2.3.2. Miguel Asín Palacios y el compromiso político del arabismo

En todo este proceso de integración o recuperación del “otro” por parte del proyecto franquista, debemos destacar el papel que ejercieron los arabistas a la hora de hacer frente a la tradicional y popular imagen del “moro malvado”, tan reforzada durante los años de las guerras del Rif.

Como ya hemos comentado, la evolución de la guerra colonial en África tuvo implicaciones en el discurso sobre el marroquí. La guerra creó las condiciones para el despliegue de conceptos de identidad a través de la construcción de un “otro” externo, completamente caricaturizado, que, con frecuencia, merecía el desprecio y el rechazo más absoluto. Del discurso colonial dominante de los primeros años de penetración en Marruecos, el de la “civilización” por vías pacíficas, se pasó, tras las derrotas militares, al discurso de venganza contra unos moros ignorantes, fanáticos, degenerados y perezosos que rechazaban violentamente todo lo bueno que los españoles les podían aportar. El hecho de que, además, no pocos aliados marroquíes desertaran en los momentos más complicados, provocando situaciones como la de Annual, incrementó el odio al “moro traidor” y fue usado para legitimar el uso de métodos brutales como la guerra química indiscriminada.

Durante la República, la revolución de Asturias de 1934 supuso para una parte de los españoles un punto de inflexión por lo que respecta a la representación de los marroquíes, ya que el “otro” externo pasó a movilizarse contra un nuevo “otro” interno igualmente alejado, en opinión de los sectores que en 1936 protagonizarían la sublevación militar, de las verdaderas esencias patrias¹³⁴. La Guerra Civil no hizo más que profundizar en esto, por lo que el otrora enemigo se convirtió en un gran aliado contra los falsos españoles partidarios de la República:

¹³² “Una ocasión única”, *ABC* (10-11-1936), pp. 3-4.

¹³³ *Discursos pronunciados por el Alto Comisario de España en Marruecos Coronel Beigbeder y por el eminente filósofo libanés prof. Amin er-Rihani, en el acto en que fue nombrado director honorario del Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán (20 de junio de 1939)*, Instituto General Franco, 1940, pp. 7-12.

“Cuando el ser de España peligraba, aquellos que combatieron contra nosotros hasta 1929 se lanzaron a defendernos. Marruecos, otra vez, saltó el Estrecho, ahora para afirmar en su cimiento a la España eterna, que es también la España suya”¹³⁵.

Todo esto llevó al bando republicano a recuperar la peor imagen del marroquí, que era presentado con frecuencia como un natural e inevitable compañero de aventuras de fascistas y reaccionarios. Así, a menudo se relacionó esta peculiar alianza con una nueva invasión africana y el conflicto bélico con una Guerra de Independencia o, incluso, con una nueva Reconquista. Los republicanos, además, se burlaban de que los marroquíes pudiesen contribuir a civilizar algún pueblo y avivaron las visiones de salvajismo y barbarie que tantas veces hemos comentado. Esto, además, se vio reforzado por el hecho de que, una vez en la península, los Regulares, impulsados por las autoridades franquistas, instauraron el terror en la zona republicana con técnicas parecidas a las que se habían usado en las guerras coloniales¹³⁶.

Los sublevados, por su parte, se dieron cuenta de que el discurso secular según el cual la verdadera España era católica y el enemigo común era el musulmán, debía ser reestructurado. Había que demostrar que España y Marruecos compartían raíces comunes y la defensa de unos valores tradicionales que favorecían su alianza frente a los “ateos materialistas”. La prensa y otros órganos de propaganda franquista, como hemos visto, colaboraron en este proceso de reconfiguración de la representación del marroquí y presentaron argumentos para defender la unidad de los dos pueblos. No obstante, una vez más, sería la tradición arabista la que, desde la autoridad que le otorgaba su posición académica y científica, reelaboraría un relato que sobreviviría a la contienda.

Durante el siglo XIX el arabismo español se centró en el estudio del pasado andalusí y no tanto en Marruecos o en los asuntos coloniales del presente. Pese a ello, como también hemos comentado, muchos arabistas compartieron los presupuestos ideológicos del discurso colonial y dotaron al africanismo decimonónico de tópicos y argumentos para justificar la colonización. Durante las primeras décadas del siglo XX,

¹³⁴ BALFOUR, “El otro moro en la guerra colonial y la guerra civil...”, *op. cit.*, pp. 97-99.

¹³⁵ Tomás BORRÁS, *La España Completa*, Madrid, CSIC-IDEA, 1950, p. 23.

¹³⁶ No obstante, y paralelamente a la difusión de esta imagen tan peyorativa, se puso en práctica una estrategia que buscaba propiciar la desertión de los marroquíes de las filas franquistas. Con este objetivo se creó una Asociación de Amistad Hispano-Marroquí que no tuvo demasiado éxito por culpa,

el arabismo fue ganando peso institucional de la mano de figuras como Julián Ribera, catedrático de Árabe en la Universidad de Zaragoza y en la Central de Madrid y principal organizador de un núcleo de arabistas que pudiera continuar la labor iniciada por su maestro Codera. Ribera pensó que el arabismo debía tener su espacio fuera del encorsetado mundo universitario, por lo que propuso la creación de un Taller de Arabistas para la formación de unos especialistas en lengua y cultura árabes que pudieran tener una cierta proyección exterior y dar respuesta a los problemas del presente. La propuesta no tuvo recorrido, ya que, pese a la creación de un centro en 1904, éste no llegó a ponerse en marcha. Años después, el establecimiento del Protectorado sería la excusa para resucitar el viejo proyecto arabista. Así, en 1913 nació la Junta para la Enseñanza en Marruecos, un organismo pensado para la preparación del personal que debía ocupar cargos en el Protectorado y del que formaron parte, junto a Ribera, personajes de la talla de Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal o el también arabista Miguel Asín Palacios. Pese a ello, este proyecto tampoco llegó a calar, ya que Ribera y Asín, partidarios de una colonización basada en el respeto a las instituciones y creencias de los pueblos que vivían en el Magreb, se encontraron con la oposición de un africanismo militarista que, como hemos visto, ganaba fuerza en ese contexto y se fundamentaba en unos planteamientos bien distintos¹³⁷.

Hubo que esperar, por tanto, hasta 1932, ya en plena República, para que se fundaran las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, agrupadas a partir de 1946 en un Instituto, el Miguel Asín Palacios, dependiente del Centro Superior de Investigaciones Científicas. Sólo un año después de su aparición, estas escuelas impulsaron la creación de la que sería la gran publicación del arabismo español del siglo XX: *Al-Andalus* (1933-1977).

Para los editores de esta revista, la prioridad principal seguía siendo el estudio de la España musulmana a partir de trabajos fundamentalmente filológicos (el interés orientalista por excelencia). Así, como sus propios directores señalaban en la nota preliminar del primer número, la fundación de las Escuelas de Estudios Árabes y de su revista se cifraba “en el ineludible deber que a España incumbe de estudiar a fondo y

entre otras cosas, de la fuerza de la potente publicidad republicana contraria a los “moros”. MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*

¹³⁷ En relación con todo este intento de crear centros de estudios árabes conectados con la labor colonial en Marruecos, véanse, Bernabé LÓPEZ GARCÍA, “Julián Ribera y su ‘Taller’ de arabistas...”, *op. cit.*, pp. 111-128; “Marruecos, el regeneracionismo y las ideas pedagógicas de Julián Ribera”, en Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp.

valorar con justeza el legado cultural que la civilización islámica nos transmitió en la Edad Media y los intensos influjos que en el área de nuestra historia [...] ejerció el pueblo musulmán a través de ocho siglos”¹³⁸.

Uno de los grandes impulsores de este nuevo proyecto fue el ya citado Miguel Asín Palacios (1871-1944), considerado el gran maestro del arabismo español de la primera mitad del siglo XX. Este erudito y sacerdote, catedrático de Lengua Árabe de la Universidad Central de Madrid desde 1903, fue discípulo de Julián Ribera y continuador de la línea conservadora y católica iniciada por Codera a partir de la segunda mitad del siglo XIX¹³⁹. Buena parte de su obra se centró en la “españolización” del pasado andalusí e incluso, y esto es lo más novedoso, del Islam. Así, por ejemplo, en un artículo dedicado al estudio del autor andalusí Abū ‘Abd Allāh Muhammad Ibn ‘Abbad de Ronda, defendía que éste se podía considerar un precursor hispanomusulmán del mismísimo San Juan de la Cruz. Analizaba las doctrinas de los dos autores, sus planteamientos teológicos y metafísicos e, incluso, las coincidencias en el léxico, y, a partir de dicha comparación, llegaba a la conclusión de que los paralelismos no eran casuales:

“No hay que olvidar, además, que la mística musulmana en general, y la šādiī [escuela islámica mística que él compara con la tradición carmelitana] singularmente, es heredera directa de la cristiana oriental, a la vez que del neoplatonismo. Trataríase, por tanto, si la hipótesis de la transmisión literaria se confirmase, de un caso, nada anómalo, de restitución cultural”¹⁴⁰.

Asín Palacios escribió muchos más artículos y obras en esta línea, una línea que alimentaba de una manera evidente todos los argumentos de hermandad entre las dos orillas del Estrecho y que permitía presentar la espiritualidad de cristianos y musulmanes como un elemento más de unidad frente a materialistas, rojos o ateos,

319-341.

¹³⁸ Miguel ASÍN PALACIOS y Emilio GARCÍA GÓMEZ, “Nota preliminar”, *Al-Andalus*, v. 1, fasc. 1 (1933), p. 1.

¹³⁹ PASAMAR y PEIRÓ, *Diccionario Akal de Historiadores españoles...*, *op. cit.*, p. 90; Ángel GONZÁLEZ PALENCIA, “Necrológicas. Don Miguel Asín Palacios”, *Arbor*, II, nº 4-5 (junio-octubre de 1944), pp. 182-183. Asín Palacios reconocía abiertamente que procedía de la escuela arabista de Codera y que era heredero de la maestría de Julián de Ribera (que fue discípulo directo del primero). ASÍN PALACIOS y GARCÍA GÓMEZ, “Nota preliminar”, *op. cit.*, p. 2.

¹⁴⁰ Asín afirmaba que en la España del siglo XVI había muchos moriscos acabados de convertir que no habían olvidado su educación islámica, lo cual hacía posible que Juan de la Cruz hubiese entrado en contacto directo con ellos o a través de lecturas. Miguel ASÍN PALACIOS, “Un precursor hispanomusulmán de San Juan de la Cruz”, *Al-Andalus*, v. 1, fasc. 1 (1933), pp. 32-36.

contrarios a la tradición católica española, pero también a la musulmana¹⁴¹. Este arabismo, por tanto, seguía aportando argumentos para reforzar las tesis africanistas de fraternidad hispano-magrebí, sobre todo desde una perspectiva espiritual y moral, algo que, en el marco de la Guerra Civil, adquirió una enorme relevancia.

Es en este contexto en el que debemos destacar la aparición, nada más terminar la guerra, del famoso panfleto “Por qué lucharon a nuestro lado los musulmanes marroquíes”, escrito por Asín Palacios para legitimar la participación de los Regulares en la guerra contra la República. Para el teólogo arabista, la participación de los marroquíes en la Guerra Civil no respondió a factores económicos, como las pagas, ni políticos, como las concesiones a los nacionalistas, sino que fue una decisión que se explica por la afinidad racial:

“La afinidad de raza ha sido invocada a menudo y casi es un tópico vulgar. Ocho siglos de convivencia, guerrera y pacífica, entre musulmanes y cristianos dentro de un mismo territorio producen, por fuerza, no sólo intercambios culturales, sino también mixturas étnicas”¹⁴².

Ahora bien, esta afinidad, fruto de los años de convivencia en la Península, no era importante, como muchos decían, por dar lugar a una comunidad de raza, sino porque explicaba, según Asín, “la comunión de ideales religiosos y culturales” entre los dos pueblos. Para este arabista, por tanto, hablar de comunidad racial era un mito, ya que la “raza hispánica” era algo muy heterogéneo y poco puro. La clave, pues, estaba en los lazos morales y religiosos, lo cual explicaba el rechazo de los dos pueblos a un “bolchevismo marxista” que amenazaba de la misma manera al Islam y al Cristianismo:

“[...] a eso cabalmente obedece en nuestro caso el divorcio tan profundo entre las dos huestes en lucha, la marxista y la católica, a pesar de pertenecer ambos contendientes a una misma raza española, y, en cambio, a ello obedece también la adhesión tan íntima y cordial, hecha de sentimientos y convicciones comunes, de nuestros Regulares hacia el Ejército de la auténtica España”¹⁴³.

¹⁴¹ En este sentido son muy pertinentes todos sus estudios sobre el teólogo musulmán Algazel (1058-1111) que se pueden leer en los cuatro volúmenes *La espiritualidad de Algazel y su sentido cristiano*, Madrid, Impr. Mestre, 1934-1941.

¹⁴² Miguel ASÍN PALACIOS, “Por qué lucharon a nuestro lado los musulmanes marroquíes”, *Boletín de la Universidad Central de Madrid*, I, fasc. I (1940), pp. 130.

¹⁴³ *Íd.*

Asín Palacios incluso intentaba justificar teológicamente la proximidad entre el Islam y la cultura occidental, algo a lo que se habían opuesto la mayoría de los arabistas españoles anteriores, de tradición menendezpelayista. Así, llegaba a afirmar que el Islam, por sus analogías desde una perspectiva dogmática, cultural y devocional, era heredero del Cristianismo, por lo que, según él, la oposición entre Oriente y Occidente en lo relativo a estas dos religiones era un tópico que, por no ajustarse a la verdad, iría esfumándose con el tiempo.

De este modo, si sus predecesores y maestros (Codera o Ribera) habían intentado hispanizar el pasado andalusí, él, un sacerdote católico, iba más lejos e intentaba cristianizar el Islam para justificar la idea de comunidad espiritual y de hermandad; algo que le llevaría a afirmar que el Islam era, también, “patrimonio de la civilización occidental”¹⁴⁴ y que, por tanto, estaba más próximo al ser español que las ideologías marxistas que querían acabar con todos ellos:

“Bajo la áspera corteza de esos rudos y valientes soldados marroquíes palpita un corazón gemelo del español, que rinde culto a unos ideales ultraterrenos, no muy dispares de los nuestros, y que siente las vivas emociones religiosas que nosotros sentimos, porque profesa mucho de los dogmas cristianos que nosotros profesamos y que el marxismo ateo repudia y persigue con ensañamiento”¹⁴⁵.

Por su apoyo y su lealtad, Asín terminaba el artículo proponiendo que se diese a los marroquíes la plena ciudadanía española, “elevándolos de su condición actual de protegidos”. En este sentido, concluía que “sería ésta la mínima recompensa que la patria podría entregar a quienes lucharon a nuestro lado contra los malos españoles que intentaban desgarrarla en minúsculas taifas y someterla al yugo extranjero del bolchevismo”; lo cual le llevaba a establecer interesantes comparaciones entre “la magnánima generosidad del sacrificio de los Regulares” y el “mezquino egoísmo de los separatistas catalanes y vascos”¹⁴⁶. Como señala Balfour, la alteridad del enemigo interior había acabado por diluir la del antiguo enemigo exterior¹⁴⁷.

Miguel Asín Palacios murió en 1944, pero sus planteamientos, como señalaba Tomás García Figueras en la necrológica que escribió para *La Vanguardia Española*, perduraron. Para el célebre africanista franquista, la labor de este maestro arabista

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 146.

¹⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 148-149.

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p. 150.

¹⁴⁷ BALFOUR, “El otro moro en la guerra colonial y la guerra civil..., *op. cit.*”

contribuyó a probar que “España tiene una alta misión universal que cumplir en el orden de la cultura y del pensamiento humano, en enlace estrecho con el mundo árabe”, ya que “hoy que están en crisis todos los valores espirituales del mundo [...] toman todo su relieve esas concepciones hispano-musulmanas de la filosofía, de la teología y de las manifestaciones del pensamiento humano al servicio de las cuales está la obra de Asín Palacios”¹⁴⁸. La mejor prueba de ello es que durante las décadas posteriores, la hermandad espiritual de musulmanes y cristianos siguió llenando páginas de autores que reivindicaban esa alianza para hacer frente al verdadero enemigo:

“Ahora mismo, cuando el Anticristo, el Materialismo ateo, aniquilador de la llama divina de la cual cada hombre es lámpara, amenaza en el horizonte, sólo España [...] se ha enfrentado con esa Negación, con la soberbia de Satán, y la ha combatido y combate [...]. Su signo es el único que agrupa a los espiritualistas [...]. Pues en este trance de vida o muerte, o se está con Rusia o se está con España. Lo demás es disimulado auxilio y complicidad con el Poder de las Tinieblas [...] También el mundo árabe es irreductiblemente espiritualista [...]. Al Islam no le queda más que España, con la cual siempre ha convivido, para su orto internacional, para batirse junto a ella por lo que siempre se batieron juntas: por Dios y por el honor”¹⁴⁹.



A lo largo de este capítulo hemos hablado de la evolución del discurso africanista español durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. Hemos visto cómo toda una serie de acontecimientos y experiencias influyeron en una narrativa africanista que, procedente del siglo XIX, debió convivir con un relato sobre África y lo arabo-musulmán basado en principios diametralmente opuestos y mucho más extendido socialmente. Hubo que esperar prácticamente hasta la Guerra Civil para que las cosas empezaran a cambiar y las propuestas del africanismo más clásico empezasen a vincularse con un proyecto político que fuera más allá de un mero apoyo al colonialismo norteafricano.

¹⁴⁸ VIAL DE MORLA (pseudónimo de Tomás García Figueras), *La Vanguardia Española* (20-VIII-1944). Véase también GARCÍA FIGUERAS, “Asín Palacios, en el cuadro del arabismo español”, *op. cit.*, pp. 128-130.

¹⁴⁹ BORRÁS, *La España Completa*, *op. cit.*, pp. 37-40.

Para recapitular todo este proceso, vamos a recurrir al cine, ya que ejemplifica muy bien algunas de las cuestiones más relevantes tratadas en el capítulo. En este sentido conviene recordar que el denominado séptimo arte no fue sólo un reflejo de la sociedad del momento, sino también un útil vehículo de transmisión ideológica y una parte integral del discurso más amplio sobre la identidad nacional; una identidad que, como ya hemos señalado, tenía una estrecha relación con la narrativa que los africanistas y arabistas fueron construyendo desde el siglo XIX¹⁵⁰.

Como señala Martín Corrales, el ejército fue el primero en apreciar el papel propagandístico del cinematógrafo. Queda constancia de que ya desde los primeros conflictos en Melilla en 1909, el Ministerio de la Guerra dio muchas facilidades a los operadores españoles para que elaborasen películas documentales sobre los enfrentamientos y, especialmente, sobre el comportamiento heroico de los soldados. Eran los años de predominio de una imagen negativa del “otro”, tal y como se podía ver en películas como *Alma rifeña*, un film de 1922 que narraba el ataque a unos ingenieros españoles por parte de unos moros rebeldes y traidores.

Poco a poco, especialmente tras la victoria de Alhucemas, fue apareciendo otro cine más centrado en costumbres y en la vida cotidiana de la población norteafricana, lo cual fue un preludio de lo que sucedería a partir de la Guerra Civil.¹⁵¹

Durante la contienda, tanto los franquistas como los republicanos usaron el cine como un arma de adoctrinamiento. Los primeros, así, crearon en 1938 el Departamento Nacional de Cinematografía y en 1939 establecieron unas “Normas para la filmación dentro del territorio nacional” que garantizaban el control por parte de FET y de las JONS, del Ejército y de la Iglesia de toda la producción cinematográfica. Nació así un cine patriótico, un “cine de la raza”, que, entre otras cosas, tenía como misión establecer los límites entre aquello que era netamente español y aquello que no lo era¹⁵².

¹⁵⁰ Isabel SANTAOLALLA, *Los “otros”. Etnicidad y “raza” en el cine español contemporáneo*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005, p. 28. Sobre la vinculación entre cine y nación, consúltese, por ejemplo, Marta GARCÍA CARRIÓN, *Sin cinematografía no hay nación. Drama e identidad nacional española en la obra de Florián Rey*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico – Diputación Provincial, 2007.

¹⁵¹ Eloy MARTÍN CORRALES, “El cine español y las guerras de Marruecos (1896-1994)”, *Hispania. Revista Española de Historia*, 190 (1995), pp. 695-698; *La imagen del magrebí en España...*, *op. cit.*, *passim*.

¹⁵² Montserrat BROS DURAN, *La imagen del mundo árabe en el cine español (1939-1975)*, tesis doctoral inédita, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1992; SANTAOLALLA, *Los “otros”...*, *op. cit.*, p. 37.

En este contexto, aparecieron numerosas películas de temática histórica y colonial caracterizadas por la ambigüedad que hemos comentado en este capítulo. Los sublevados se sirvieron de los temas africanos durante la guerra para exaltar el espíritu militar, pero también para autoafirmarse en su idea de destino imperial, algo que para muchos debía ir ligado a una cierta idea de hermandad con los norteafricanos. De este modo, aparecieron películas como *La canción de Aixa* o *Romancero Marroquí*, dos cintas de éxito que representaron como ninguna otra la tan publicitada amistad hispanomusulmana¹⁵³.

La canción de Aixa, rodada por Florián Rey en Alemania durante la Guerra Civil, presentaba una imagen muy positiva del Protectorado. El mestizaje, representado por Aixa (Imperio Argentina), no aparecía cargado de connotaciones negativas ni identificado con finales trágicos, como había sido frecuente hasta la fecha. El 4 de abril de 1939 el ya citado *Diario España* de Tánger, sin duda el más importante de todo el norte de África, y con una apreciable difusión peninsular, incluía una página de publicidad de la productora Cifesa que anunciaba el inminente estreno de esta película, presentada como el “primer homenaje de España al folklore de su Protectorado Marroquí, henchido de emoción y poesía”¹⁵⁴. La prensa tangerina, además, hacía referencia a la buena acogida que, en su opinión, había tenido el estreno entre los marroquíes, diciendo que “los que mejor podían apreciar si Marruecos estaba bien representado han afirmado que su ambiente había sido llevado a la pantalla con un formidable acierto”¹⁵⁵.

Dos meses después, se presentó en Larache, ante las máximas autoridades del Protectorado, *Romancero marroquí*, la película de Enrique Domínguez Rodiño y Carlos Velo basada, según parece, en una idea del Alto Comisario de España en Marruecos, el coronel Beigbeder. El objetivo de *Romancero marroquí*, según decía el articulista del *Diario España*, era:

¹⁵³ Florián REY (dir.), *La canción de Aixa*, Coproducción Alemania-España; Film Produktion / Hispano Films, 1939; Carlos VELO, *Romancero marroquí*, Coproducción Alemania-España, Alta Comisaría de España en Marruecos, 1939. Podemos destacar también los documentales *Alma y nervio de España* (1936) o *La guerra por la paz* (1937), patrocinados por la Jefatura Provincial de Falange en Marruecos y por la Alta Comisaría de España en Marruecos. BROS DURAN, *La imagen del mundo árabe*, op. cit., p. 274; Alberto ELENA, *La Llamada de África: estudios sobre el cine colonial español*, Barcelona, Bellaterra, 2010.

¹⁵⁴ Alberto ELENA, “Cine para el Imperio: pautas de exhibición en el Marruecos español (1939-1956)” en *Actas del V Congreso de la A.E.H.C.*, A Coruña, 1995, p. 159.

¹⁵⁵ Eloy MARTÍN CORRALES, “El cine en el protectorado español de Marruecos (1909-1939)” en *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, nº 10 (1996), pp. 227-240.

“[...] presentar un documento insuperable de Marruecos, y traducir en una serie de interesantes escenas el sobresalto de amor a España que sintió Marruecos al estallar el glorioso Movimiento Nacional, que llevó a millones de sus hombres a dejarlo todo para ir en busca del Caudillo, del Mansur, el invicto, para luchar a su lado hasta la muerte y hasta la victoria”¹⁵⁶.

En definitiva, se trataba de un documental que pretendía ser un testimonio de respeto hacia la idiosincrasia y las tradiciones del pueblo marroquí, tanto por la necesidad de agradecer al enemigo de antaño el apoyo prestado durante la guerra, como por el calado de los discursos africanistas oficiales que insistían en la idea de hermandad hispanoárabe.

La línea iniciada por estas dos películas, profundamente innovadoras y perfectamente insertadas en el discurso oficial del nuevo régimen, fue continuada por otras producciones igualmente remarcables, aunque de una importancia mucho menor. Con el avance de la posguerra no decayó la vocación africanista del régimen, pero la exaltación de la secular hermandad espiritual hispano-marroquí, que tan bien se reflejaba en las dos películas citadas, dio paso a un discurso militarista bastante más plano y limitado¹⁵⁷. La campaña publicitaria e ideológica montada alrededor de los estrenos de *La canción de Aixa* y *Romancero marroquí*, no tuvo, pues, una auténtica continuidad y aunque durante los cuarenta siguió habiendo películas y cortometrajes documentales sobre el norte de África para mostrar a la población las armónicas relaciones entre colonizadores y colonizados, lo cierto es que éstos tuvieron una difusión muy escasa¹⁵⁸.

El desarrollo del cine de temática norteafricana, por tanto, es un buen ejemplo de la evolución que experimentó el africanismo durante los años diez, veinte y treinta del siglo XX. Lo “moro”, la noción más intensamente socializada de la conciencia histórica del español según José María Jover, tuvo que ser reconstruido para justificar ante la población la participación marroquí en la contienda. Para legitimar la cabriola ideológica que suponía incorporar a los antiguos enemigos, los teóricos de la “España Nacional” tuvieron que recurrir a las tradiciones arabista y africanista y popularizar sus postulados más amables para contrarrestar una imagen terrible muy arraigada en la

¹⁵⁶ Cita recogida en Alberto ELENA, “Romancero marroquí: africanismo y cine bajo el franquismo”, *Secuencias*, nº 4 (1996), p. 98.

¹⁵⁷ ELENA, *La llamada de África...*, *op. cit.*

¹⁵⁸ Son importantes los documentales producidos por Hermic Films en colaboración con la Dirección General de Marruecos y Colonias. También los cortos de Cifesa, de Cinemamediterráneo y de Medusa Films, así como los reportajes del NO-DO. BROS DURAN, *La imagen del mundo árabe*, *op. cit.*, pp. 348-349, 377-374.

sociedad española. No obstante, ¿hasta qué punto el régimen franquista, un régimen que “oficializó” el africanismo como ningún régimen anterior lo había hecho, tuvo una verdadera voluntad de modificar la tradicional maurofobia de la sociedad española?

Hemos visto que en el mundo del cine, la planificación inicial, tan útil en el contexto de guerra e inmediata posguerra, se difuminó con el tiempo para dar paso a una incierta política de proyecciones esporádicas que ya no respondían a un diseño coherente. ¿Sucedió lo mismo en otros ámbitos? ¿Qué grado de difusión tuvo el discurso africanista a partir de 1939? A estas y otras cuestiones trataremos de dar respuesta en los próximos capítulos.

SEGUNDA PARTE

EL AFRICANISMO FRANQUISTA (1939-1956)

PROYECTOS AFRICANISTAS EN LA ESPAÑA FRANQUISTA: PROPUESTAS TEÓRICAS PARA UNA ACCIÓN POLÍTICA

“No creemos que [...] se pueda seguir diciendo en el extranjero que el africanismo español es una flor de estufa incubada artificialmente desde el Poder público. Al contrario. Ni que los españoles por su indiferencia han descuidado el conocimiento cultural de su pequeño patrimonio africano”¹.

En la obra *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, de donde procede este párrafo, su autor, José María Cordero Torres, hace un recorrido por la tradición africanista española y concluye que, pese a las reivindicaciones y a los lamentos que tradicionalmente han acompañado al africanismo español desde su nacimiento, las aspiraciones africanistas de España, tanto desde el ámbito público como privado, nunca fueron algo coyuntural o fruto del oportunismo, ya que “Marruecos ha estado siempre muy presente en el alma popular española, y, por tanto, en su cultura”².

Cordero escribió estas reflexiones en 1949. El africanismo, pese a haber perdido el impulso que le habían dado las expectativas expansionistas abiertas por la Segunda Guerra Mundial, aún gozaba de un cierto privilegio, ya que España, a pesar de todo, seguía teniendo colonias al otro lado del Estrecho e intereses diplomáticos con los países árabes. Ahora bien, a partir de 1956 la situación cambió, ya que la independencia de Marruecos supuso el inicio del arrinconamiento de un africanismo que, con una retórica fosilizada, agonizó hasta los años setenta, cuando la independencia del Sáhara le dio el golpe de gracia.

Hasta el momento hemos visto que, en general, más allá de los sectores estrictamente africanistas, las cuestiones coloniales norteafricanas interesaron poco a la opinión pública española antes de la Guerra Civil. El africanismo decimonónico no había querido o no había podido llegar a las masas y la mayoría de la población había mostrado indiferencia, cuando no rechazo, hacia la expansión por el Magreb. África, de hecho, era para muchos españoles sinónimo de recluta forzosa, de desastres militares, de corrupción, de hambre y de muerte. Por esa razón, fuera de los sectores africanistas,

¹ José María CORDERO TORRES, *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, Madrid, Edición Cultura Hispánica, 1949, p. 57.

políticos y financieros con intereses en la zona, muy pocos soñaron con gestas imperiales. A pesar de todo ello, para Cordero, como para muchos de sus colegas africanistas, el “glorioso Alzamiento Nacional” había hecho resurgir entre los españoles el interés por la misión africana de España, un interés que, según ellos, existía desde siempre, pero que se había visto silenciado por la perniciosa influencia de los abandonistas del pasado.

Así, cuando Cordero señalaba que “el africanismo español no es una flor de estufa incubada artificialmente desde el Poder público” tenía parte de razón: muchas instituciones y proyectos africanistas procedieron de la sociedad civil, sin un impulso directo del Estado y, en algunos casos, sin su apoyo (como lamentó Costa tantas veces). Ahora bien, ¿qué repercusión tuvo este africanismo? ¿Realmente era un reflejo del interés de la sociedad española por sus posesiones norteafricanas?

Con la llegada del régimen franquista la situación cambió aparentemente. Los periódicos se llenaron de noticias sobre el Magreb y las colonias, en la radio aparecieron programas específicos sobre África, las publicaciones africanistas se incrementaron considerablemente y el número de instituciones relacionadas con el africanismo y el colonialismo se disparó gracias a la cobertura estatal. Pero, ¿era eso fruto de lo que decía Cordero? ¿Era el resultado de un secular interés de los españoles por su patrimonio africano?

A lo largo de este capítulo analizaremos estas cuestiones y veremos que el africanismo, entre 1939 y 1956, recibió un impulso sin precedentes; pero también comprobaremos que cuando al régimen no le interesó, lo arrinconó, aunque sin llegar a eliminarlo del todo. Cordero, por tanto, se equivocaba. Él escribía en un momento de teórica efervescencia africanista, pero esa efervescencia tenía los días contados. Y decimos teórica porque, a la hora de la verdad, el régimen, como veremos, no tuvo una voluntad real de extender la doctrina africanista entre la población y de convertirla, por tanto, en uno de los fundamentos del Nuevo Estado.

Sólo tenemos que fijarnos en nuestro presente para entender lo que estamos señalando. Marruecos fue fundamental en la política española durante décadas. Para miles de españoles se convirtió en un infierno asociado a sangre, traición y muerte; para unos pocos fue sinónimo de esplendor, negocio y riqueza. Sin embargo, ¿qué queda hoy de los planteamientos africanistas? ¿Qué recuerda la sociedad española del siglo XXI del pasado colonial norteafricano? Quizás tuviera razón Cordero y fuera mentira que

² *Ibíd.*, p. 14.

“los españoles por su indiferencia han descuidado el conocimiento de [el que fue] su pequeño patrimonio africano”; lo que parece claro es que hoy, más de cincuenta años después de la independencia de Marruecos, prácticamente nadie se acuerda de figuras que, como José María Cordero Torres, dedicaron buena parte de su vida a hacer que los españoles conociesen los “intereses de España en África” y los vínculos entre dos pueblos considerados “hermanos”. Alguna razón habrá.

3.1. AFRICANISMO, MARROQUINISMO E HISPANO-ARABISMO: DE LA APOTEOSIS IMPERIAL A LA AMISTAD INTERESADA

Acabada la Guerra Civil, varios factores hicieron que el africanismo se convirtiera, al menos aparentemente, en un elemento de primer orden dentro del nuevo régimen que se estaba construyendo en España.

El primero de ellos, lo hemos visto, fue la necesidad de justificar la participación de las tropas marroquíes en la “cruzada” contra el marxismo, el liberalismo y el ateísmo, ya que este hecho exigió rescatar o hacer visibles algunas de las argumentaciones africanistas y arabistas que, hasta el momento, habían sido desconocidas para la inmensa mayoría de la población española. La difusión de los principios africanistas más proclives a la idea de hermandad hispano-marroquí estuvo en la base de la creación de todo un entramado institucional africanista que, en algunos casos, pervivió, aunque fosilizado y completamente obsoleto, hasta el final de la dictadura.

En segundo lugar, en 1939 llegó al poder toda una serie de militares que habían hecho carrera en las guerras del Rif y que iban a imprimir un sello diferente en la manera de gestionar tanto la política interior como exterior. Ministros de Asuntos exteriores como Beigbeder o Jordana tuvieron un largo historial africanista; muchos otros militares que habían luchado en Marruecos, como Aranda, Asensio, Kindelán, Orgaz, Varela, Vigón o Yagüe, también ocuparían cargos políticos relevantes durante los primeros años del franquismo, llegando algunos a ser ministros del Ejército o del Aire. Por tanto, una buena parte de los africanistas que antes habían controlado el

Protectorado y a la población civil de Marruecos pasaba ahora a controlar la metrópoli y su política exterior y de defensa³.

Pese a estos dos primeros factores, sin duda importantes, no podríamos entender el grado de protagonismo de la retórica africanista durante los primeros años del franquismo sin tener en cuenta también un tercer elemento: el estallido de la Segunda Guerra Mundial y, como consecuencia de ésta, las expectativas del régimen de expandirse por África en detrimento, especialmente, de Francia. Así, no es casualidad que, por ejemplo, el ministro de Asuntos Exteriores Ramón Serrano Suñer viajase a Berlín, en septiembre de 1940, para discutir, entre otras cuestiones, las aspiraciones españolas en África; y que, además, lo hiciera acompañado por el erudito africanista Tomás García Figueras.

A partir de 1945, finalizada la contienda y derrotadas las potencias del Eje, el discurso expansivo alimentado por los africanistas dejó de tener sentido, pero el africanismo siguió siéndole útil a un régimen que entraba en una etapa de incertidumbre como consecuencia de la hostilidad de la comunidad internacional y del auge de los movimientos descolonizadores. Si pocos años antes los lazos históricos y geográficos habían servido para legitimar las veleidades imperiales y la presencia española en Marruecos, ahora esos mismos lazos iban a estar en la base de toda una retórica filo-árabe que impregnaría las relaciones diplomáticas de un régimen que, marginado internacionalmente, necesitaba apoyos exteriores.

Así pues, aunque habitualmente ha sido tratado como un tema menor, el africanismo tuvo durante el franquismo una relevancia mayor de lo que, *a priori*, pueda parecer. Y la tuvo, a pesar de lo que afirmaba Cordero Torres, porque recibió un impulso estatal sin precedentes. El régimen hizo suya la explotación del carácter mítico de al-Ándalus; asumió la defensa de la causa palestina como un elemento clave de su discurso exterior; fomentó la construcción de instituciones y organismos encargados de difundir la cultura hispanoárabe tanto en España y el Magreb como en el Próximo Oriente e incluso dio alas a los movimientos nacionalistas árabes, aunque en su fuero interno rechazara profundamente los postulados descolonizadores.

³ Los vínculos entre la nueva élite dirigente y África nos permiten entender que cada 18 de julio, durante los primeros años del franquismo, apareciesen en prensa artículos como “Marruecos en el Movimiento Nacional” o “Marruecos, cuna del Alzamiento Nacional”, *La Vanguardia Española* (18-7-1942 y 18-7-1943). Sobre la importancia de África como mito fundacional de la “cruzada franquista”, véase, Gustau NERÍN y Alfred BOSCH, *El Imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hendaya*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, pp. 110-111.

A lo largo de las próximas páginas, por tanto, desarrollaremos todas estas cuestiones para poder contextualizar un discurso, el africanista, que respondió a menudo a unos intereses socioculturales, políticos y económicos y que contribuyó a la construcción de unas relaciones y de una narrativa que, contrariamente a lo que se ha dicho con frecuencia, no estuvo siempre tan vacía de contenido.

3.1.1. Imperio, irredentismo y reivindicación. Los años de la Segunda Guerra Mundial

A partir, especialmente, de los años treinta, el discurso imperial falangista y las propuestas fascistas conectaron bien con el africanismo. Durante la República, como ya hemos comentado, los falangistas, a diferencia de la ultraderecha más conservadora y católica, propusieron algo más que un imperio espiritual y, aunque rara vez lo vincularon con una expansión territorial concreta, sí fueron partidarios de ampliar el territorio para recuperar la grandeza perdida. Tras la Guerra Civil, el estallido de la Segunda Guerra Mundial y las nuevas oportunidades de expansión que ésta abría hicieron que la idea de imperio se retomase con fuerza, pero con toda una serie de cambios que debemos señalar.

Recordemos que la tradición ultraderechista española, tanto de raíz falangista como nacionalcatólica, había utilizado una concepción de imperio alejada de los temas coloniales norteafricanos. En primer lugar, porque el Imperio solía hacer referencia a la Hispanidad y a la idea de maestría espiritual; en segundo, porque muchos autores no concretaban ninguna expansión e incluso ignoraban la presencia española en el norte de África.

En relación con la primera cuestión, la de la Hispanidad, debemos señalar que la identificación de España y su Imperio con el catolicismo tenía unas raíces bastante antiguas; de hecho, podemos rastrearlas ya en la Constitución de Cádiz de 1812 o, de una forma más elaborada, en el moderantismo o tradicionalismo político del siglo XIX, encabezado por personajes como Balmes, Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro o, posteriormente, Menéndez Pelayo, entre otros. Estos planteamientos fueron cobrando fuerza hasta que, a finales de la centuria, en el marco del regeneracionismo y de los discursos antidecadentistas, muchos vieron en el espíritu católico el fundamento de la grandeza y la decadencia de la nación. Si España quería recuperar su prestigio, debía rescatar la idea imperial, pero no desde una perspectiva material, sino espiritual. De este

modo, la presencia española en América durante la época moderna empezó a ser identificada con la misión religiosa de España en el mundo y con la añoranza de un pasado glorioso que contrastaba con un presente gris y decadente. Este discurso, pues, se caracterizaba por un nacionalismo retrospectivo y nostálgico que miraba en la Historia para dar respuesta a los retos del presente⁴.

Todos estos elementos, en principio procedentes del nacionalcatolicismo, fueron reconfigurados por Ramiro de Maeztu en diversos artículos de *Acción Española* que acabaron dando lugar a la obra *Defensa de la Hispanidad*, cuya primera edición data de 1934. En estos trabajos, el autor de Vitoria señalaba que la misión histórica de España era enseñar a la Humanidad el camino de la salvación por la fe, algo que le permitiría articular un concepto que, pese a no ser de su autoría, él sistematizó y popularizó: la idea de Hispanidad⁵.

La Hispanidad, para Maeztu, tenía como pilares fundamentales la lengua castellana, la raza, la catolicidad y la nostalgia del imperio hispánico. Se centraba básicamente en América Latina, pero no era una propuesta panamericanista, sino la muestra “del ser común de los pueblos hispanos, con diversidad de razas, destinos y lenguas” y de una historia y un “destino universal” compartidos⁶. Aunque para Maeztu estos vínculos eran eminentemente espirituales, la Hispanidad podía ser asumida con algunos retoques por los falangistas, como de hecho sucedió, y por unos africanistas que, durante los años centrales del siglo XX, la extenderían a los países árabes⁷.

⁴ Véase Isidro SEPÚLVEDA, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005; Alfonso BOTTI, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España. 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2008; David MARCILHACY, *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.

⁵ Ramiro de MAEZTU, *Defensa de la hispanidad*, Madrid, [s.n.], 1934.

⁶ MAEZTU, *Defensa de la hispanidad...*, *op. cit.*. Véanse también Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fredes LIMÓN NEVADO, *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, CSIC, 1988, pp. 13-22; M^a de los Ángeles EGIDO LEÓN, “La Hispanidad en el pensamiento reaccionario español de los años treinta”, *Hispania*, n^o 184 (1993), pp. 651-673; SEPÚLVEDA, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*, pp. 160-166; BOTTI, *Cielo y dinero...*, *op. cit.*, pp. 126-130.

⁷ Véanse, en este sentido, Lorenzo DELGADO, “Hispanidad e Imperio en clave menor”, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, pp. 121-130; Montserrat HUGUET, “Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista”, *Cuadernos de historia contemporánea*, n^o 19 (1997), pp. 93-94; Lorenzo DELGADO, “La política latinoamericana de España en el siglo XX”, *Ayer*, n^o 49 (2003), pp. 121-160; Ismael SAZ CAMPOS, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; David PARRA MONSERRAT, “Una «nueva fuerza espiritual». La Arabidad en la política exterior franquista” en Encarna NICOLÁS y Carmen GONZÁLEZ (coords.), *Ayeres en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, [recurso electrónico].

El Imperio ligado a la Hispanidad, en resumen, era retórico, más espiritual y cultural que expansivo, y se fundamentaba en una idea de raza que no se definía en términos biológicos, sino en términos morales o espirituales, ya que la “hispana” era una raza destinada por razones providenciales a salvar al resto de pueblos⁸. El fascismo español no tardó en apropiarse de este imperio espiritual basado en la nostalgia de un pasado glorioso y lo asoció a otros valores que iban más allá de las connotaciones culturales o religiosas. Así, la expansión imperialista debía ser un instrumento para expandir la cultura hispánica y recuperar la grandeza perdida, pero también para garantizar la seguridad nacional, extender el poder económico e incluso, en algunos casos, reivindicar territorios que pertenecían a España por Geografía y por Historia. La propia Falange, en este sentido, señalaba en un editorial de *Arriba* que:

“España necesita su Imperio. Una de las figuras más empleadas por los teóricos es la del «imperio espiritual de España». Y nosotros [...] tenemos que decir «Cuidado con esto». Porque lo mismo que no estamos dispuestos a vivir tan sólo del recuerdo de las hazañas pretéritas [...], tampoco lo estamos a presenciar con los brazos cruzados la deserción de los deberes que nos impone un porvenir que se está haciendo en nuestras manos”⁹.

Que todo esto fuera asumido por el africanismo y readaptado para satisfacer sus intereses era cuestión de tiempo, y es lo que sucedió en los años treinta y, especialmente, en los cuarenta. La tradición africanista de la que hemos hablado en el primer capítulo ya presentaba muchos de estos componentes que ahora estamos señalando. Es cierto que Costa no hablaba de Hispanidad, ni tampoco de imperio espiritual desde una perspectiva religiosa, pero sí aparecía en su discurso el componente de raza ligada a valores morales, a un destino providencial o a la salvación de otros pueblos¹⁰. Por lo tanto, tampoco aquí el africanismo tuvo que salirse en exceso de su propia tradición. La tan reivindicada “misión africana de España”, así, encontraría en la teoría de la Hispanidad una gran aliada.

⁸ Debemos tener presente que los discursos raciales variaron considerablemente en función del país, del autor y del contexto, por lo que es un gran error considerar que los criterios raciales aplicados al mundo colonial fueron los mismos en toda Europa. Nicholas THOMAS, *Colonialism's Culture: anthropology, travel and government*, Cambridge, Polity Press, 1994, p. 54; MARCILHACY, *Raza hispana*, op. cit.

⁹ “El Imperio retórico”, *Arriba* (16-07-1940).

¹⁰ Cfr. Joaquín COSTA, *Intereses de España en Marruecos. Discursos pronunciados en el meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1884, por los señores D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra y D. José de Carvajal*, Madrid, CSIC-IDEA, 1951 (1884), pp. 18, 25-26; Joaquín COSTA, *Estudios jurídicos y políticos*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1884, p. 276.

La segunda cuestión a la que hemos hecho referencia a la hora de hablar de la construcción de la idea imperial a partir de 1939 es la del desinterés, cuando no rechazo, de muchos eminentes representantes del fascismo español hacia la colonización norteafricana o hacia parte del discurso africanista que podía sustentarla. Hemos hablado de José Antonio Primo de Rivera, pero también podríamos haber mencionado a Onésimo Redondo que, abiertamente, se oponía a la retórica de la hermandad hispanoárabe al decir que, para él, España era “zona de enfrentamiento entre lo civilizado y lo africano, entre lo ario y lo semita”¹¹. Pese a ello, ya hemos señalado que hubo relevantes excepciones, como la del círculo jonsista que, encabezado por Cordero Torres, daría lugar a la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales.

Con un panorama como éste, podemos decir que la vaga retórica imperial falangista (ya que fue la que más eco tuvo de las distintas propuestas fascistas), combinada con la idea de Hispanidad, confluyó por interés durante los años cuarenta con una tradición africanista que, hasta entonces, se había mantenido un poco al margen. De este modo, aunque siguieron publicándose obras sobre el Imperio desde la perspectiva que acabamos de comentar, eminentemente espiritualista y con poca concreción territorial, también aparecieron otras en las que el africanismo y sus reivindicaciones ya gozaban de un lugar preeminente¹².

El gran momento de toda esta efervescencia imperialista y reivindicativa llegó en junio de 1940. Mientras los alemanes desfilaban triunfalmente por París, el régimen franquista se lanzó a la ocupación de la zona de Tánger, la gran joya anhelada y reivindicada por el africanismo español desde que se decidió que ésta tuviera un estatus internacional. Durante un par de años muchos fueron los que creyeron que Tánger sólo era la primera pieza de un glorioso Imperio que volvería a situar a España en el lugar que le correspondía y es por ello por lo que, desde el poder, el africanismo no fue sólo respetado, sino también azuzado para que clamase en beneficio del régimen y de sus intereses expansivos. *Tierra de Moros* (1938), de Enrique Arqués, *Marruecos* (1939), de Tomás García Figueras, *Geografía militar de España* (1940), de José Díaz de Villegas, o *España y el mar* (1941), de Luis Carrero Blanco, fueron importantes ejemplos tempranos de la gran cantidad de literatura africanista reivindicativa de

¹¹ NERÍN y BOSCH, *El Imperio que nunca existió...*, op. cit., p. 38.

¹² Sirvan como ejemplo de publicaciones imperialistas basadas aún en la idea de la espiritualidad las obras de Luis FERNÁNDEZ DE RETANA, *Albores del Imperio. San Fernando III y su época*, Madrid, Perpetuo Socorro, 1941; Antonio TOVAR, *El Imperio de España*, Madrid, Afrodísio Aguado,

aquellos años. No obstante, todos los especialistas coinciden en señalar que la obra más representativa de esta etapa fue *Reivindicaciones de España* (1941), de José María de Areilza y Fernando María Castiella, una obra a la que Cordero Torres calificó como “Biblia y Corán de nuestro africanismo”¹³.

Areilza había sido alcalde de Bilbao y consejero nacional de FET-JONS; Castiella era catedrático de Derecho Internacional y había impulsado, como hemos visto, la creación de la SEIC, de la que era rector en ese momento. Durante la dictadura franquista, el primero llegó a ser un destacado embajador y el segundo, ministro de Asuntos Exteriores. Resulta significativo que mientras otros autores menos influyentes siguieron siendo africanistas toda su vida, ni Areilza ni Castiella, como demuestra su trayectoria posterior, volvieron a hacer referencia a estas cuestiones, por lo que cabe deducir que su obra respondió, básicamente, a puro oportunismo ideológico¹⁴.

Su obra, defendida por personajes de la importancia de Ramón Serrano Suñer, nombrado en octubre de 1940 ministro de Asuntos Exteriores en sustitución de Beigbeder para promover el acercamiento a las potencias del Eje, tenía una clara misión propagandística y se estructuraba alrededor de dos grandes líneas: la idea de la “unidad de destino en lo universal” y los derechos históricos de España. Por todo ello, y por el impacto que tuvo en su momento, Botti no duda en calificarla como el “manifiesto político-diplomático del imperialismo franquista”¹⁵.

Reivindicaciones de España, como la mayoría de textos reivindicativos de la época, empezaba analizando y criticando la interpretación liberal de la decadencia española para, posteriormente, plantear la que, según los autores, era la buena tradición: la que reivindicaba el Imperio y la catolicidad para salir del abismo y lograr la “resurrección”. De este modo, la obra empezaba señalando quién tenía la culpa de la decadencia de España para, después, continuar con las reivindicaciones territoriales que, por derecho geográfico, histórico y providencial, la nación española podía esgrimir.

Tras un primer capítulo titulado “la voluntad recobrada”, en el que se hacía referencia a lo que había supuesto la Guerra Civil a la hora de recuperar el patriotismo perdido, en el segundo, “Cuando nos faltaba voluntad de Imperio”, se rastreaban las

1941 (1936); Feliciano CERECEDA, *Historia del Imperio español y de la hispanidad*, Madrid, Razón y Fe, 1940.

¹³ José María CORDERO TORRES, “El nuevo africanismo español a través de los libros”, *África*, nº 1 (1942), p. 37.

¹⁴ Lluís RIUDOR, “Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo (1939-1956)” en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 199., p. 260.

causas de la decadencia de España, lo cual llevaba a los autores a señalar que la combinación de unos políticos timoratos, o directamente ineptos, con la Anti-España y la maldad franco-británica explicaba la crisis que la nación experimentó durante los siglos XVIII y XIX y que, entre otras cosas, la llevó a perder el Imperio y su papel en el mundo¹⁶.

El africanismo tradicional ya había criticado duramente a los políticos españoles de la Restauración por no impulsar una verdadera política colonial. Costa, en este sentido, ya denunciaba que mientras España se hundía, sus gobernantes estaban demasiado ocupados con el caciquismo, la corrupción y las intrigas. Areilza y Castiella siguieron esta estela y, con argumentos similares, arremetieron contra “los políticos miopes” del cambio de siglo al decir que “una de las fases más agudas de la crisis marroquí sorprendía, como de costumbre, a nuestros políticos entregados a las menudas faenas de la intriga parlamentaria”¹⁷. Ahora bien, tan importante o más que la incapacidad de los gobernantes españoles era la conjura internacional que, liderada por Francia y Gran Bretaña, quería hacer de España una potencia insignificante.

Como hemos señalado, esta crítica a los políticos liberales decimonónicos y a la confabulación de las potencias europeas fue muy frecuente en muchas de las obras africanistas de esos años, claramente identificadas con el característico antiliberalismo del discurso fascista. Así, en *La Misión africana de España*, José María Cordero Torres, criticaba también, ya desde la introducción, “la eficacísima propaganda extranjera, interesada en evitar el resurgimiento de España”, algo que, según él, se remontaba, como mínimo, a los tiempos de Voltaire y Rousseau. Para el autor africanista, estos “presuntuosos analfabetos del siglo de las luces” hablaban del colonialismo español en América haciendo referencia al exterminio de los indígenas sin saber que lo que se había producido en realidad había sido un “generoso mestizaje”¹⁸.

El colonialismo español norteafricano, por tanto, tenía, según Cordero, un motor espiritual basado en la fraternidad universal (una muestra de la sintonía entre la tradición africanista decimonónica y el discurso de la Hispanidad que hemos comentado); en cambio, para el resto de países europeos, colonizar era, como también decía Costa, “la más segura y remuneradora inversión de la sangre y del capital que se

¹⁵ BOTTI, *Cielo y dinero...*, *op. cit.*, p. 157.

¹⁶ José María de AREILZA y Fernando María CASTIELLA, *Reivindicaciones de España*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1941.

¹⁷ *Ibid.*, p. 404.

puede concebir”¹⁹. Así, por ejemplo, la colonización de la “archidemocrática” República francesa se fundamentaba, en opinión del africanista, en la agresión y la sumisión de los territorios para conseguir tantos recursos como fuera posible. Lo mismo decía de británicos, belgas o norteamericanos. Ahora bien, la culpa del arrinconamiento de España no era sólo de estos países codiciosos, sino también de unos intelectuales y de unos gobernantes españoles que no se dieron cuenta de lo que todo eso suponía para la “reconstrucción nacional”²⁰.

En esta línea se pronunciaría también Tomás García Figueras en 1944 al criticar duramente, al igual que Areilza y Castiella, el proyecto de Tratado entre Francia y España que, en 1902, establecía las zonas de influencia en Marruecos. Este proyecto, para García Figueras, mostraba una vez más la inutilidad de los líderes políticos españoles y la existencia de una conjura franco-británica que buscaba dejar a España fuera del reparto colonial²¹.

Por tanto, el africanismo franquista de estos primeros años se caracterizó, en primer lugar, por considerar que la culpa del fracaso colonial la tenían tanto la diplomacia internacional como la ineptitud y/o el carácter miedoso de la clase política de la Restauración, algo que, como hemos visto en el primer capítulo, no era nuevo dentro del discurso africanista español.

Señaladas las culpas y las responsabilidades, la mayoría de estas obras se dedicaba a poner de manifiesto cuáles eran las reclamaciones territoriales o, en palabras de Areilza y Castiella, “lo que España exige”. Esta parte resultaba novedosa desde la perspectiva de la Hispanidad o de la teoría imperial falangista, puesto que, como hemos dicho, los teóricos de estas “corrientes” no habían vinculado su ideal de Imperio con una expansión territorial concreta. Sin embargo, se suele olvidar que el africanismo sí tenía una tradición reivindicativa supuestamente fundamentada en la historia o la natural prolongación de la geografía patria en África. Durante los primeros años de la década de los cuarenta, por tanto, estas reivindicaciones africanistas se generalizaron y se convirtieron en claros objetivos de la política exterior española. Así, *Reivindicaciones*

¹⁸ José María CORDERO TORRES, *La misión africana de España*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1941, pp. 7, 42

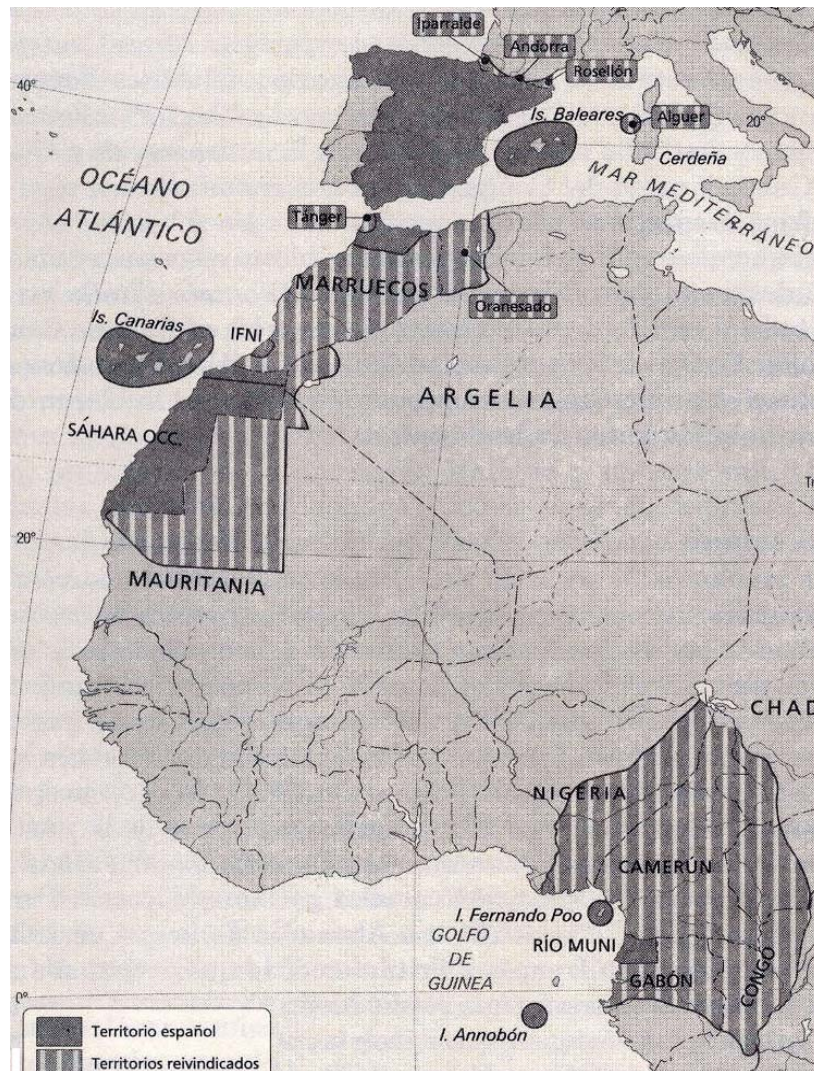
¹⁹ *Ibid.*, p. 35.

²⁰ *Ibid.*, pp. 42-45.

²¹ Tomás GARCÍA FIGUERAS, *Reivindicaciones de España en el norte de África. Conferencia pronunciada el día 4 de octubre de 1942 en el Teatro Principal de Barcelona*, Madrid, [s.n.], 1944, pp. 19-20.

de España y muchas otras obras no dudaron en enumerar con todo lujo de detalles todos aquellos territorios que , por razones diversas, debían ser reintegrados a España (FIG I).

FIGURA I. Reivindicaciones territoriales españolas durante la Segunda Guerra Mundial



FUENTE: G. NERÍN y A. BOSCH, *El Imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hendaya*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, p. 62.

En primer lugar, se solía hacer referencia al Magreb al-Aqsa: los territorios del extremo norte-occidental africano que se extendían desde el oeste de Argel hasta el sur del Cabo Blanco, con la correspondiente penetración hacia el Sáhara. Dentro de todo ese espacio, se hacía un énfasis especial en Marruecos, ya que se reclamaba el control de la totalidad del Imperio cherifiano y de la ciudad internacional de Tánger, lo cual, en el caso de la obra de Areilza y Castiella, merecía dos capítulos enteros de los ocho que

tenía el libro²². Igualmente importante era la reivindicación del Oranesado, una región argelina con una importante presencia de españoles²³.

Habitualmente, para justificar la incorporación o “reintegración” de estos territorios se utilizaban argumentos de distinto tipo. Se solía hablar de seguridad, de la necesidad de garantizar el “espacio vital” o de unos principios geográficos que, basados en la Naturaleza, generaban unos derechos que estaban por encima de cualquier veleidad humana.

En este sentido, africanistas como García Figueras o Díaz de Villegas insistieron en la ya recurrente idea de una geografía simétrica de la Península Ibérica y el Magreb Occidental, algo que algunos autores califican de nuevo, pero que, como ya hemos visto, tenía unos orígenes decimonónicos claros. García Figueras, sin ir más lejos, comenzaba sus *Reivindicaciones de España en el norte de África* diciendo que “África empieza en los Pirineos: lo dice la geografía física y lo confirman la geografía humana y la historia de las relaciones entre ambos pueblos [...] Ya lo afirmaba Joaquín Costa con toda precisión: «España y Marruecos son como las dos mitades de una misma unidad geográfica»²⁴. En la misma línea, Díaz de Villegas apuntaba que “decididamente Europa termina en el Atlas o África empieza en los Pirineos, como se ha dicho” y eso era así porque la Geografía y la Naturaleza lo habían determinado de ese modo:

“El Estrecho no ha sido, ni deberá ser jamás, una frontera para España. Tenemos allá abajo, en la otra orilla, un programa que cumplir y una misión que llenar. Cuando Hércules o las convulsiones del Terciario rompieron el istmo de Gibraltar, saltando el obstáculo que separara al viejo Mediterráneo del ignoto Océano, quedó, en efecto, escrito, con anticipación de milenios, todo el programa político español”²⁵.

Para Díaz de Villegas, por tanto, no era la historia, ni siquiera la prehistoria, la que determinaba la acción africana de España, era la geología, “la estructura fisiográfica del globo, con anterioridad a la aparición del hombre”, la que “había trazado ya las líneas directivas de la hermandad hispanoaficana”²⁶.

²² AREILZA y CASTIELLA, *Reivindicaciones de España...*, *op. cit.*, pp. 267-502.

²³ *Ibid.*, pp. 135-214.

²⁴ GARCÍA FIGUERAS, *Reivindicaciones de España en el norte de África...*, *op. cit.*, pp. 12, 15.

²⁵ José DÍAZ DE VILLEGAS, *El Estrecho de Gibraltar. Su función en la geopolítica nacional*, Madrid, Editora Nacional, 1941, p. 38.

²⁶ José DÍAZ DE VILLEGAS, “África española. Un Imperio que no lo es y que lo será”, *África*, nº 7 (1942), p. 9.

Incluso historiadores como Jaume Vicens Vives, profundamente atraídos por la geopolítica, escribieron en ese contexto obras como *Geopolítica del Estado y del Imperio*, publicada en abril de 1940²⁷. Vicens, así, hablaba de un “espacio vital español”, definido como “unidad geopolítica básica”, que incluía el norte de África, no por lazos fraternales, sino por determinación geográfica y porque España era el “baluarte” en la defensa de las “esencias” de una cultura europea amenazada por el Islam. Este historiador, además, consideraba que la política imperial española era clave para recuperar la grandeza perdida por lo que demandaba un papel para España en la política mediterránea (lo cual le llevaba a reclamar todo Marruecos y Gibraltar)²⁸.

Además de estos argumentos, también tuvieron un gran eco los planteamientos historicistas a la hora de legitimar la expansión española por el Magreb. Por un lado, eran muchos los autores que recordaban que, desde los Reyes Católicos, España tenía un claro mandato esbozado en el denominado “testamento africanista” de la reina Isabel: una expansión africana determinada por unos derechos históricos que pocos países podían esgrimir. Por otro, y en íntima conexión con esto, eran frecuentes las referencias al esfuerzo y a la sangre que tantos y tantos españoles habían derramado a lo largo de los siglos en el norte de África, algo que, apelando a Maurice Barrès, obligaba a los buenos patriotas a “fundar las razones de la expansión” en los muertos y en unas tierras “que se hicieron fecundas por manos de nuestros emigrantes y muertos innumerables que florecen en cruces y laudas de sepulcro que llevan apellidos y piden una oración en castellano”²⁹.

De igual modo, la historia servía para construir un discurso de natural fraternidad entre España y el norte de África igualmente útil para las pretensiones españolas. Personajes como el ya citado arabista Rodolfo Gil Benumeja o el africanista Tomás García Figueras fueron importantes representantes de estos postulados. Así, según estos autores, la unión entre España y África del norte ya era un hecho en el Tercerario, cuando

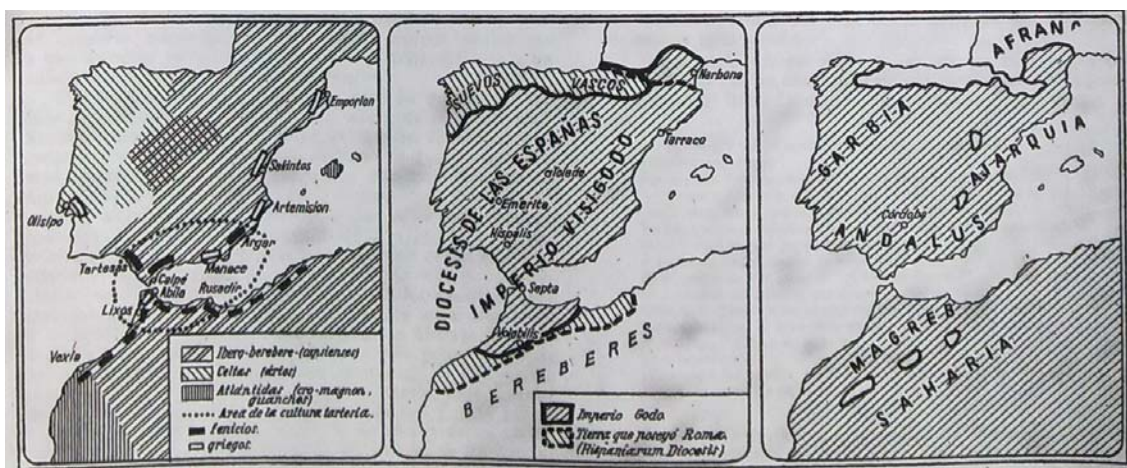
²⁷ Vicens Vives se aproximó a la geopolítica en un contexto en el que los geógrafos alemanes la pusieron de moda. Él mismo reconocía ser lector de la *Zeitschrift für Geopolitik*, una revista dirigida por el doctor Karl Haushofer, de clara ideología nazi. Véanse al respecto Josep M. MUÑOZ i LLORET, *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intel·lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997, pp. 117-124; Antonio Teodoro REGUERA RODRÍGUEZ, “Fascismo y geopolítica en España”, *Geocrítica. Cuadernos críticos de Geografía Humana*, nº 94 (1991), pp. 7-63. Para más información sobre el historiador catalán y su obra, consúltese también Miquel Àngel MARÍN GELABERT, *A través de la muralla: Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico*, Barcelona, Vicens-Vives, 2010.

²⁸ Véanse también, en este sentido, Jaume VICENS VIVES, “Algunos caracteres geopolíticos de la expansión mediterránea de España”, *Geopolítica*, XIX, nº 1 (1941), pp. 5-11; “Spanien und die geopolitische Neuordnung der Welt”, *Zeitschrift für Geopolitik*, XVIII, nº 5 (1941), pp. 256-263.

²⁹ “Orán para España”, *África*, nº 1 (1942), p. 29.

el Estrecho aún no existía. Posteriormente la historia de ambos territorios no habría sido sino un largo camino en común: España fue poblada por el auriñaciense africano durante el Paleolítico; los dos países (España y Marruecos) fueron ocupados por la raza ibero-beréber; los dos sufrieron las mismas colonizaciones (fenicios, cartagineses, griegos, romanos, bizantinos); experimentaron una estrecha unión durante la etapa andalusí, etc... (FIG. II). Todo eso les llevaba a hablar de una entidad, forjada a lo largo de la historia, que no era ni Oriente ni Occidente y que tenía en al-Ándalus uno de sus momentos de máximo esplendor³⁰. El régimen vio en estos intelectuales y en sus planteamientos una fuente más de legitimidad para sus ansias expansionistas y, en parte, eso explica que, durante la primera mitad de los años cuarenta, además de colaborar en diarios y revistas, Gil Benumeya, por ejemplo, tuviera, incluso, una emisión cultural de temas andalusíes y árabes en Radio Nacional de España³¹.

FIGURA II. “Historia gráfica de un pasado común”



FUENTE: “Historia gráfica de un pasado común”, *África*, nº 3 (1942), p. 39.

Finalmente, en relación con Marruecos, eran muchos los que aprovechaban toda esa retórica basada en vínculos e historia común para decir que, hasta que el país

³⁰ Este relato histórico lo podemos encontrar, por ejemplo, en Tomás GARCÍA FIGUERAS, *Marruecos*, Madrid, Ediciones Fe, 1939; “Consejos a los maestros españoles en Marruecos”, *África*, nº 3 (1942), pp. 35-43; “Reivindicaciones de España en el norte de África”, *África*, nº 11 (1942), pp. 6-13; Rodolfo GIL BENUMEYA, *Marruecos andaluz*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1942. Las mismas ideas aparecerán en buena parte de su obra posterior; véase en este sentido *Andalucismo africano*, Madrid, IDEA-CSIC, 1953.

³¹ Citado por Rodolfo GIL GRIMAU, hijo del arabista, en el prólogo de la obra de Rodolfo GIL BENUMEYA, *Ni Oriente ni Occidente. El universo visto desde el Albayzín*, Granada, Universidad de Granada, 1996, p. 26. Las referencias al uso de la radio para difundir las ideas africanistas las encontramos también en la prensa de la época. Véase, por ejemplo, “Progresivo aumento del interés español por los problemas africanos”, *Arriba* (27-12-1944), p. 1.

podiera recuperar su soberanía plena, era a España a quien le correspondía ejercer las funciones protectoras, ya que ella, mejor que ninguna otra potencia europea, podía garantizar su unidad e indivisibilidad, oponerse a cualquier asimilación territorial o humana por parte de países extranjeros y respetar la personalidad, tradición e intereses del pueblo marroquí³². Esto, con frecuencia, iba acompañado de críticas al tratado de Algeciras de 1912 (tachado de despojo, robo o humillación), un tratado que, en su opinión, sólo respondía a intereses franco-británicos y que recortaba considerablemente la parte que se le iba a asignar a España según acuerdos anteriores.

Además del Magreb al-Aqsa, otra de las reivindicaciones clave fue Gibraltar, estrechamente vinculada con la idea de la seguridad nacional. Todos estos autores señalaban que si España no ocupaba su espacio en el Estrecho, considerado “punto neurálgico de la nacionalidad”, un poder extraño y hostil lo haría en su lugar, mediatizando las comunicaciones españolas con el continente africano y amenazando su seguridad y su independencia.

Más allá de estos argumentos defensivos, era frecuente encontrar también planteamientos históricos según los cuales los “cuatro mil años de historia común de las viejas civilizaciones ibero-beréberes” contrastaban con los pocos años de “tanteos diplomáticos” de unas “naciones rapaces” que aspiraban a suplantarse a España en el control del Estrecho³³. Así, una vez más, era España la que por Historia y por Geografía, tenía el derecho de ocupar ese “punto central del planeta”:

“[El Estrecho] es el punto central del planeta: une cuatro continentes; une y relaciona el continente africano con el continente europeo; es el centro por donde pasa la gran corriente asiática y donde viene a comunicarse, con necesidades mediterráneas, toda la gran corriente americana. ¡Y que nadie hable de ambiciones! Porque, sobre que España tiene derecho y quiere realizar una política imperial, es ley en la Geografía y en la Historia la tendencia impulsiva de todo Estado, asomado a las riberas de un mar estrecho, a dominar estas aguas y las márgenes fronteras”³⁴.

³² José María CORDERO TORRES, *Aspectos de la misión universal de España*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942, pp. 35-36; HISPANUS, “Nuestra tesis: Marruecos no hay más que uno”, *África*, nº 8 (1942), pp. 6-7.

³³ AREILZA y CASTIELLA, *Reivindicaciones de España...*, *op. cit.*, pp. 95-134; CORDERO TORRES, *Aspectos de la misión universal de España...*, *op. cit.*, pp. 63-68; DÍAZ DE VILLEGAS, *El Estrecho de Gibraltar...*, *op. cit.*; Carlos IBÁÑEZ DE IBERO, *El Mediterráneo y la cuestión de Gibraltar*, San Sebastián, Editorial Española, 1939.

³⁴ DÍAZ DE VILLEGAS, *El Estrecho de Gibraltar...*, *op. cit.*, p. 204.

En tercer lugar, estas obras reivindicativas exigían también con frecuencia la anexión de los territorios del África ecuatorial contiguos a la Guinea española y “arrebataados” por Inglaterra y Francia. Ahora bien, la retórica irredentista con relación a estos territorios se fundamentó en unos principios bien distintos a lo que hemos visto para el caso del Magreb.

Conviene señalar de entrada que las obras centradas exclusivamente en Guinea y el África ecuatorial no tuvieron el eco del que gozaron el resto de obras africanistas³⁵. Por un lado, porque, para los teóricos del africanismo, fundamentalmente marroquinistas, Guinea era una colonia pequeña y lejana rodeada de territorios cuya reivindicación podía entrar en contradicción con los intereses alemanes. Por otro, porque, como señalan Nerín y Bosch, la mayoría de los españoles desconocían dónde estaba la remota isla de Fernando Póo, por no hablar de la diminuta Annobón. Por todo ello, mientras los textos centrados en el Magreb tuvieron una gran difusión, los pocos textos que reivindicaban principalmente una mayor expansión por el África negra pasaron sin pena ni gloria³⁶.

No obstante, una penetración territorial por Guinea fue reivindicada en buena parte de las obras citadas y los argumentos que se esgrimieron, básicamente, fueron el espacio vital (España obtenía de allí productos económicos necesarios para su desarrollo económico) y los derechos históricos (se hablaba de presencia en la zona desde el Tratado del Pardo de 1778 y de la vulneración que la Conferencia de Berlín supuso en relación con el mismo).

De lo que no se habló nunca en el caso de Guinea fue de fraternidad o vínculos raciales. En este sentido, por ejemplo, el Director General de Marruecos y Colonias, Juan Fontán y Lobé, en una conferencia pronunciada ante la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria el 26 de mayo de 1943, señalaba que la gran misión que España tenía en aquel territorio era civilizar a unos negros claramente perezosos, supersticiosos, inmorales, mentirosos, ladrones y salvajes (llama la atención las frecuentes referencias a la antropofagia). Fontán y Lobé, así, llegaba a afirmar que “el niño negro es despierto, con excelente memoria e inteligencia. Pero al cumplir los quince se detiene el desarrollo intelectual y empieza a bajar” por lo que “a los veinte

³⁵ Sobre Guinea y la expansión centroafricana, podemos destacar José César BANCIELLA, *Rutas de Imperio. Fernando Póo y Guinea*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1940. Por otra parte, las obras reivindicativas más generalistas también hacían referencia a la expansión por el África ecuatorial. Véanse, así, CORDERO TORRES, *Aspectos de la misión universal de España...*, *op. cit.*, pp. 49-54; AREILZA y CASTIELLA, *Reivindicaciones de España...*, *op. cit.*, pp. 215-266.

tiene nivel de doce”³⁷. Con un discurso oficial como ése, pronunciado por alguien que había sido incluso Gobernador de la Guinea española entre 1937 y 1942, resulta evidente que la retórica fraternal que se solía usar con los magrebíes no iba a estructurar el discurso colonial que sustentaría la presencia española en Guinea y alrededores. En este caso se hablaría de evangelizar y tutorizar a personas mentalmente inferiores que, sólo gracias a España, podrían salir de su situación de salvajismo³⁸.

Finalmente, no podemos dejar de señalar que muchas de estas obras aprovecharon el contexto reivindicativo para exigir también la españolidad de Andorra, el Rosellón, la Cerdeña y la Baja Navarra o para pedir una mayor aproximación a Portugal, con quien España compartía la misma “tarea universal”³⁹.

Vistas las principales reivindicaciones del africanismo español durante los primeros cuarenta, debemos recordar una vez más que la mayoría de los argumentos planteados no fueron una novedad ni una invención de los africanistas de esos años. Joaquín Costa, entre muchos otros, ya había hecho mención a muchas de estas cuestiones y el propio hijo de Gil Benumeya, por ejemplo, no tenía ningún inconveniente en reconocer que su padre, como muchos de los demás, era heredero de la tradición africanista del aragonés. Del mismo modo, García Figueras repetía con frecuencia que muchos de sus postulados procedían de “nuestro gran pensador Joaquín Costa” y de muchos otros “beneméritos africanistas” del siglo XIX⁴⁰. Incluso cuando se hablaba de intereses materiales, sobre todo en el Magreb, se hacía de un modo parecido

³⁶ NERÍN y BOSCH, *El Imperio que nunca existió...*, op. cit., pp. 57, 177.

³⁷ Conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina de San Carlos, el día 26 de mayo de 1943, ante la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria por el Ilmo. Sr. Don Juan Fontán y Lobé, Director General de Marruecos y Colonias, sobre “La Etnología y la Política indígena”, Madrid, Dirección General de Marruecos y Colonias, 1943, pp. 20-23.

³⁸ Este discurso se suavizó un poco con los años, pero el africanismo español siguió presentando planteamientos profundamente racistas cuando hacía referencia a los territorios “hispano-tropicales”. El Instituto de Estudios Africanos, en este sentido, publicaría diversas obras en las que se concluía que los negros, pese a ser iguales entre ellos, tenían una capacidad mental claramente reducida en relación con los blancos, lo cual justificaba la colonización. Véase, por ejemplo, Vicente BEATO GONZÁLEZ y Ramón VILLARINO ULLOA, *Capacidad mental del negro: los métodos de Binet-Robertag y de Yerkes, para determinar la edad y coeficiente mental aplicados al negro*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1953.

³⁹ CORDERO TORRES, *Aspectos de la misión universal de España...*, op. cit., pp. 17-18. Sobre la aproximación a Portugal, debemos recordar que el iberismo ya estuvo presente en las obras de Costa, Reparaz y muchos otros africanistas decimonónicos que mantuvieron contactos con figuras del regeneracionismo portugués como el historiador y político Oliveira Martins. En el contexto franquista, el discurso de aproximación a Portugal siguió muy presente en buena parte del africanismo español, aunque no para defender el iberismo clásico, sino para abogar por una unidad de pensamiento y de acción de dos regímenes dictatoriales con intereses coloniales en África. Sobre el pensamiento iberista y la figura de Oliveira Martins, consúltese Sergio Campos MATOS, “Estudio preliminar”, en Joaquim Pedro DE OLIVEIRA MARTINS, *Historia de la civilización ibérica*, Pamplona, Urgoiti, 2009.

a como lo había hecho buena parte de los africanistas decimonónicos: destacando la labor espiritual y civilizatoria por encima del beneficio económico.

Ahora bien, los estudios de historia económica desmienten en parte este teórico altruismo del africanismo español. La historiografía señala, en relación con esta cuestión, que a lo largo de los años cuarenta fueron muchos los autores que escribieron sobre África desde una perspectiva económica. Figuras como Perpiñá Grau, Cordero Torres, García Figueras, Fuentes Irurozqui o Banciella escribieron artículos en los que señalaban que el norte de África debía contribuir a mantener en pie un modelo autárquico que hacía aguas por todas partes. De este modo, muchos empezaron defendiendo el comercio “limitado” dentro de la autarquía, para pasar después a defender grandes espacios económicos que, basados en la idea del espacio vital, integraban a las colonias en el modelo económico⁴¹.

Cordero Torres o García Figueras, en este sentido, señalaban en muchos de sus textos y/o intervenciones que España era pobre en recursos y tenía un exceso de población, por lo que la colonización se convertía en algo imprescindible para no ser un “coloso con pies de barro”. Las colonias debían servir para dar una salida a la gente y para no tener que importar las materias primas de otros lugares, ni tener que ir “mendigando” a través de tratados de comercio costosos e injustos. Ahora bien, estos dos eminentes africanistas matizaban rápidamente sus palabras y recordaban que la colonización no era económica ni cultural, sino “todo a la vez”, por lo que España, como metrópoli, no debía avergonzarse de nada, ya que al poner en valor las riquezas de sus colonias, estaba contribuyendo también a su desarrollo⁴².

Los fondos documentales del archivo del Instituto Nacional de Industria demuestran también que, desde el primer momento, hubo un claro interés por explotar los recursos de los territorios africanos, lo cual llevó a crear toda una serie de empresas nacionales de orientación colonialista y militar que, como la Empresa Nacional Torres Quevedo, dedicada a la construcción de líneas telefónicas y telegráficas, o la Empresa

⁴⁰ GIL GRIMAU, prólogo de GIL BENUMEYA, *Ni Oriente ni Occidente...*, *op. cit.*, p. 33; Tomás GARCÍA FIGUERAS, “Consejos a los maestros españoles en Marruecos”, *África*, nº 3 (1942), p. 36.

⁴¹ Sergio SUÁREZ BLANCO, “Las colonias españolas en África durante el primer franquismo (1939-1959). Algunas reflexiones”, *Espacio, Tiempo y Forma*, nº 10 (1997), pp. 322-323.

⁴² AFRGFC/55/5, Biblioteca Nacional de España (BNE), Estado Mayor del Ejército, Servicio Histórico Militar, *Caracteres de la acción ultramarina en España. Conferencia pronunciada en el Servicio Histórico Militar por D. José María Cordero Torres (Letrado del Consejo de Estado) el día 13 de junio de 1944*, [s.l.], [s.n.], 1944, pp. 302-303, 308-309; Tomás GARCÍA FIGUERAS, “La puesta en valor del continente africano (España ante el problema)”, en ALTA COMISARÍA DE ESPAÑA EN MARRUECOS, *Novísimos informes sobre nuestros sistemas coloniales en África*, Barcelona, [s.n.], 1946, pp. 9-34.

Nacional Adaro, centrada en la minería, buscaban obtener el máximo beneficio de la presencia española en África⁴³. Díaz de Villegas, en su obra sobre el Estrecho, lo decía bien claro: África del norte debe servir “para complementar aquello que la economía española no tiene”⁴⁴; y con mayor contundencia, Luis Carrero Blanco señalaba que “África, con toda la fuerza de su desconocida riqueza y todas las posibilidades de su enorme extensión, puede ser la garantía de Europa”, una Europa que, en ese momento, él asociaba con España, Italia y Alemania y que tenía la misión de “defender la civilización de Occidente”⁴⁵.

En resumen, todos estos planteamientos sustentaron unas reivindicaciones territoriales que gozaron de un enorme apoyo mediático durante la primera mitad de los años cuarenta, ya que había que convencer a los distintos sectores del régimen de la necesidad de una expansión territorial mientras ésta fuera factible. La prensa española se hizo eco de estas publicaciones y decenas de autores como Carrero Blanco, Díaz de Villegas, Cordero Torres, García Figueras o Gil Benumeya repitieron sus argumentos en revistas como *África*, *Fotos*, *Mundo* o en periódicos de la importancia de *¡Arriba!*, *ABC*, *Pueblo*, *Ya* o *La Vanguardia Española*⁴⁶. La prensa, además, publicitaba las

⁴³ En este sentido, debemos destacar que en muchos de los consejos de Administración de estas empresas figuraron personajes como Díaz de Villegas, director general de Marruecos y Colonias o personas muy cercanas al entorno familiar de Franco. Jordi CATALÁN, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Barcelona, Ariel, 1995, pp. 233, 236 y 238; SUÁREZ BLANCO, “Las colonias españolas en África...”, *op. cit.*, pp. 324-325.

⁴⁴ DÍAZ DE VILLEGAS, *El Estrecho de Gibraltar...*, *op. cit.*, p. 237.

⁴⁵ Luis CARRERO BLANCO, “África y el mañana de Europa”, *África*, nº 2 (1942), p. 4.

⁴⁶ Véanse, en este sentido, “El esfuerzo español hizo fecunda las tierras de Orán”, *Fotos* (22-6-1940), p. 15; “La bandera española bajo el cielo de Tánger”, *Fotos* (22-6-1940), pp. 16-17; “Marruecos, horizonte de nuestro resurgimiento económico”, *Fotos* (6-7-1940), pp. 6-7; “Proyección de España al exterior. Doble valor simbólico del «hecho» de Tánger”, *La Vanguardia Española* (18-7-1940); “Tánger”, *Fotos* (16-11-1940), pp. 12-13; “Marruecos, misión de España”, *Fotos* (23-11-1940), p. 11; “África, vivero económico del orden nuevo”, *Fotos* (4-1-1941), pp. 22-23; “Marruecos, centro del Imperio”, *Mástil (revista del Frente de Juventudes)* (1-11-1941); “El mundo árabe es un importante factor en la guerra de África. Los hombres del desierto pueden volver sus armas contra Inglaterra”, *Fotos* (15-11-1941), pp. 8-9; “Destino africano de España”, *La Vanguardia Española* (13-10-1942), p. 4; “España y África”, *La Vanguardia Española* (11-11-1942), p. 1; “Divulgaciones sobre Marruecos, el país de transición entre Europa y África”, *La Vanguardia Española* (30-6-1943); Rafael de RODA, “El estudio de Marruecos”, *Arriba* (7-8-1943), p. 3; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Páginas marroquíes”, *Arriba* (20-8-1943); Rodolfo GIL BENUMEYA, “España católica en suelo marroquí”, *Arriba* (23-9-1943), p. 6; Emilio GARCÍA GÓMEZ, “Los estudios hispanoárabes en la España actual”, *Arriba* (1-10-1943), p. 3; “Tetuán, donde dos razas se juntan”, *La Vanguardia Española* (25-11-1943); Rodolfo GIL BENUMEYA, “Egipto y la unión árabe”, *Arriba* (2-1-1944), p. 7; TALEB, “El florecimiento del Islam se basó en su fuerza militar y en su unidad cultural”, *Arriba* (4-4-1944); “La ocupación de Ifni por el coronel Capaz, hace ahora diez años, resolvió un viejo problema mantenido por la debilidad y la ineptitud”, *Arriba* (13-4-1944); “Progresivo aumento del interés español por los problemas africanos”, *Arriba* (27-12-1944), pp. 1-3; “Las grandes posibilidades agrícolas del Protectorado”, *Arriba* (29-12-1944); “Ante una misión cultural a Marruecos”, *Arriba* (8-2-1945); “La misión de España en Marruecos continuará desenvolviéndose en un clima de verdadera compenetración y amistad”, *Arriba* (25-3-1945); Luis Antonio DE VEGA, “Tánger 1945: trece mil doscientos españoles”, *Arriba* (27-4-1945). Sobre la revista *Mundo* podemos destacar un estudio en el que se analiza cómo trataba esta publicación la cuestión de las

conferencias u otros eventos africanistas como si fuesen auténticos acontecimientos sociales⁴⁷.

La mayoría de estos artículos, al igual que muchas de las obras comentadas anteriormente, hablaba de la necesidad de recuperar la España imperial, de la importancia de tener un “espacio vital” y, por supuesto, de la tradicional hermandad hispano-marroquí, fundamentada en argumentos geográficos, geológicos, económicos, antropológicos, históricos, botánicos o estratégicos. Las reivindicaciones específicamente marroquíes eran las más frecuentes, lo cual hizo que muchos autores, en su intento por señalar que nada diferenciaba a España de Marruecos, llegaran a poner en entredicho, con orgullo, la europeidad de España.

Pese a todo lo dicho, desde bien pronto los franquistas se dieron cuenta de las dificultades con las que se iban a encontrar para satisfacer sus anhelos expansionistas. Que las ideas expuestas en todas estas obras no eran privativas de un grupo de panegiristas exaltados quedó claro en junio de 1940, cuando el régimen franquista ocupó Tánger aprovechando la evolución de la guerra mundial, y en septiembre del mismo año, cuando la delegación española encabezada por el ministro Serrano Suñer expuso en Berlín su programa de expansión imperialista a las autoridades alemanas. Así pues, si las operaciones militares expansivas no fueron más allá fue, en parte, por la oposición de los italianos y, especialmente, de los alemanes. En este sentido, son muchos los historiadores que consideran que si Franco no entró en la Segunda Guerra Mundial fue, entre otras cosas, porque los alemanes no accedieron a sus sueños de expansión territorial, ya que las ambiciones franquistas en el Mediterráneo se oponían a

relaciones entre España y el mundo árabe: María Dolores ALGORA WEBER, “La conexión entre la política exterior del franquismo y la información sobre el mundo árabe a través de «Mundo. Revista semanal de política exterior y economía» (1945-1955)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 14 (1992), pp. 117-133.

⁴⁷ Consúltense, por ejemplo, “El ilustre africanista don Tomás García Figueras diserta sobre el tema «Reivindicaciones de España en el norte de África»”, *La Vanguardia Española* (6-10-1942), p. 7; “La revista «África»”, *La Vanguardia Española* (7-2-1942); “Inauguración de curso en la Sociedad de Estudios Internacionales. El señor García Figueras trató «Sobre la guerra y la diplomacia en África»”, *Arriba* (23-10-1943), “Ciencia y política” (sobre una expedición científica a África), *Arriba* (28-11-1943), p. 1; Salvador LISSARRAGUE, “La expedición al Sáhara español”, *Arriba* (30-11-1943), p. 3; “Una nueva expedición española al Sáhara occidental”, *Arriba* (1-12-1943), p. 6; “El Gobernador de Sáhara-Ifni disertó sobre posibilidades de dichos territorios”, *Arriba* (18-12-1943); “Conferencia de Gil Benumeya en la Escuela de Periodismo”, *Arriba* (13-2-1944), p. 10; “Conferencia de don Tomás García Figueras en Barcelona sobre «La obra de educación y cultura que se desarrolla en Marruecos»”, *Arriba* (15-2-1944); Emilio GUINEA, “Crónica de la expedición científica al Sáhara español”, *Arriba* (20-2-1944 al 7-3-1944); “El director de Marruecos y Colonias inauguró el curso sobre «España en África»”, *Arriba* (1-11-1944); “El Ministerio de Marina presidió la segunda conferencia sobre «África española»”, *Arriba* (15-11-1944), p. 2.

las pretensiones alemanas e italianas y podían significar la enemistad de la Francia de Pétain⁴⁸.

Con el desembarco aliado en África y la derrota del ejército ítalo-germánico en la batalla de al-Alamayn (noviembre de 1942) la posibilidad de ampliar las colonias empezó a verse como una quimera irrealizable. Pese a su procedencia africanista, el general Gómez-Jordana, que acababa de sustituir a Serrano Suñer en la cartera de Exteriores, optó por una política exterior pragmática y eliminó un discurso expansionista que, con seguridad, molestaba a Francia y Gran Bretaña. Bosch y Nerín nos recuerdan que el ministro protestó en más de una ocasión por las actividades irredentistas de la falangista Vicesecretaría de Educación Popular, editora de muchas de las obras que hemos comentado. De hecho, se reprendió al director de Prensa, Radio y Propaganda de la Alta Comisaría de España en Marruecos por su entusiasmo expansionista y germanófilo. Los vientos estaban cambiando y la prensa española enseguida lo puso de manifiesto al dejar de esgrimir argumentos expansionistas por orden directa de Jordana, que se dedicó a supervisar los editoriales de los periódicos. Incluso *África*, la gran revista africanista que el régimen había resucitado para reforzar sus tesis imperialistas, hubo de moderar su discurso a partir de 1943 y se centró más en medicina, etnología, agricultura o derecho colonial que en derechos históricos y destinos providenciales⁴⁹.

Algunos autores han presentado también como un factor clave para explicar la pérdida de fuerza del africanismo reivindicativo y expansivo el hecho de que, con el final de la Segunda Guerra Mundial, se dio una lucha entre las distintas culturas políticas del régimen que condujo a una progresiva pérdida de poder del falangismo y de su retórica imperial⁵⁰. Como señala Ismael Saz, el falangismo posterior a la Guerra Civil defendió una política imperialista frente a las posturas más tradicionalistas,

⁴⁸ DELGADO, *Imperio de papel...*, op. cit., pp. 162-164; Rafael GARCÍA PÉREZ, “El sueño irrealizable: la ambición imperialista del Franquismo”, en Javier TUSELL y otros (eds.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, v. 2, pp. 287-298; Susana SUEIRO, “Sueños de imperio. Las pretensiones territoriales españolas en Marruecos y la diplomacia británica durante la Segunda Guerra Mundial”, en TUSELL y otros (eds.), *El régimen de Franco...*, op. cit., pp. 299-320; SUÁREZ BLANCO, “Las colonias españolas en África...”, op. cit., pp. 315-331; Norman GODA, “Franco's Bid for an Empire: Spain, Germany and the Western Mediterranean in World War II”, en Ranaan REIN (ed.), *Spain and the Mediterranean since 1898*, Londres, Frank Cass, 1999, pp. 168-194; NERÍN y BOSCH, *El Imperio que nunca existió...*, op. cit.; Christian LEITZ, “La Alemania nazi y la España franquista, 1936-1945” en Sebastian BALFOUR y Paul PRESTON (eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 98-116; Javier TUSELL y Genoveva GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini: la política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2006.

⁴⁹ NERÍN y BOSCH, *El Imperio que nunca existió...*, op. cit., p. 251.

fascistizadas pero profundamente católicas y poco proclives a políticas imperialistas de dominio territorial o conquista (sus defensores eran partidarios del concepto de Hispanidad en el sentido más espiritual del término). Este falangismo y sus propuestas ultranacionalistas y expansivas finalmente perdieron la batalla en beneficio de una opción nacionalcatólica, reaccionaria, más castiza que europeísta, más retrospectiva que proyectiva y más defensiva que imperial⁵¹. Todo esto, probablemente, influyó en la pérdida de protagonismo del africanismo, pero creemos que de una manera secundaria, ya que, como hemos visto, el africanismo español no era tan dependiente de la teoría imperial falangista como a menudo se ha señalado.

Acabada la Segunda Guerra Mundial, por tanto, el africanismo dejó de ocupar el espacio público del que había disfrutado hasta entonces en la prensa y otros medios de comunicación. Sin embargo, la retórica africanista todavía le podía ser útil a un régimen que entraba en una etapa de inestabilidad como consecuencia de la hostilidad de buena parte de la comunidad internacional y del auge de los movimientos descolonizadores. Lo que hacía falta era dejar de lado las reivindicaciones imperialistas y poner el acento en otra cuestión: la fraternidad hispanoárabe. El africanismo, así, pasaba de ser un arma expansiva a ser algo defensivo y la principal razón de la existencia de la zona hispano-jalifiana en Marruecos ya no serían los derechos históricos, su valor estratégico o los intereses económicos nacionales, sino la necesidad de un territorio compartido que ejerciese de puente entre España y el mundo árabe.

3.1.2. “¿Mucho ruido y pocas nueces?” La hermandad hispanoárabe y su uso político a partir de 1945

El 12 de diciembre de 1946, la Asamblea General de las Naciones Unidas, mediante la resolución condenatoria 39/I, puso de manifiesto el claro aislamiento de la dictadura franquista tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y la derrota de las potencias del Eje. Desde ese mismo momento, uno de los principales objetivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y, en particular, de su titular, Alberto Martín Artajo (1945-1957), fue desarrollar una política exterior y diplomática que permitiese superar el aislamiento internacional y derogar la citada resolución.

⁵⁰ RIUDOR, “Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo...”, *op. cit.*, p. 269.

⁵¹ SAZ CAMPOS, *España contra España...*, *op. cit.*, pp. 160, 170, 366.

Ya hemos visto que, desde de la Guerra Civil, el régimen franquista se esforzó en demostrar una constante admiración hacia lo que podríamos denominar la “espiritualidad” del mundo árabe, algo que, para muchos propagandistas, estaba en la base de la unión contra los materialistas y el peligro rojo. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial, el discurso fraternal basado en los lazos con la otra orilla del Estrecho se mantuvo con la finalidad de legitimar una expansión por tierras africanas que nunca llegó a producirse. Pasada la guerra, muchos de los argumentos africanistas usados durante la contienda fueron arrinconados; sin embargo, todo aquello que hacía referencia a la hermandad y a la amistad con el mundo arabo-musulmán no sólo no se silenció, sino que se impulsó como nunca antes se había hecho.

Con la finalidad de buscar apoyos en política exterior para derogar la resolución condenatoria y, posteriormente, lograr los votos suficientes para ingresar en la ONU, España decidió recurrir a las denominadas “políticas puente” o “políticas sustitutorias”, centradas en los países iberoamericanos y en los arabo-musulmanes⁵². El africanismo y el arabismo, por tanto, podían seguir siendo útiles para la política exterior franquista, aunque por razones distintas a las del periodo bélico. En ese nuevo contexto, el trabajo de africanistas y arabistas debía servir para reforzar las relaciones diplomáticas y culturales entre España y los países árabes, unas relaciones que se iban a fundamentar en un imaginario colectivo que se había ido construyendo desde hacía ya tiempo⁵³.

Muchos intelectuales de los países arabo-musulmanes veían en al-Ándalus una etapa fascinante dentro de la historia del Islam, lo cual, con frecuencia, suponía un acercamiento mítico a España a través de su pasado⁵⁴. En el caso español había pasado algo similar en determinados sectores académicos y culturales gracias a la labor de los arabistas y orientalistas españoles. Lo que hizo el régimen de Franco, pues, fue explotar todo esto y encontrar en esta hispanofilia árabe una magnífica base para sus propósitos.

⁵² M^a Dolores ALGORA WEBER, *Las relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco. La ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*, Madrid, Biblioteca Diplomática Española, 1995, p. 36; HUGUET, “Descubrir el Mediterráneo...”, *op. cit.*, p. 97; Víctor MORALES LEZCANO, *El final del Protectorado hispano-francés en Marruecos. El desafío del nacionalismo magrebí (1945-1962)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1998, pp. 143-144.

⁵³ Podemos destacar, en este sentido, un documento expedido en enero de 1947 por la Dirección de África y Próximo Oriente, dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el que se pedía explícitamente la aproximación diplomática y cultural a los países de la Liga Árabe porque ocupaban puestos relevantes en la ONU y eso podía ser útil a España. Leg. 2585, Exp. 1, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE), Dirección General de Relaciones Culturales, 21 de enero de 1947.

⁵⁴ Pedro MARTÍNEZ MONTÁVEZ, *Literatura árabe de hoy*, Madrid, Cantarabia, 1990; Víctor MORALES LEZCANO, *España y mundo árabe. Imágenes cruzadas*, Madrid, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (ICMA), 1993; *Las relaciones Hispano-Marroquíes en el marco de la historia de las*

El régimen se esforzó en sacar partido de la visión nostálgica de España que tenían los árabes (la edad dorada de al-Ándalus) y en hacer ver que España no era como las otras potencias colonizadoras: ella entendía a sus “protegidos”, compartía vínculos con ellos, entendía sus ansias de libertad y progreso y los quería como hermanos. Todo esto, además, le vino muy bien a la dictadura franquista para legitimar su presencia en el norte de África y construir un discurso crítico hacia el colonialismo francés que, a la larga, se le volvería en contra.

El Ministerio de Asuntos Exteriores se encargó directamente de que esta retórica se viera materializada. De este modo, empezaron a firmarse toda una serie de tratados culturales con el Líbano (1949), Egipto y Yemen (1952), Siria (1953), Irak y Jordania (1955), Turquía (1956), etc. que establecían, entre otras cuestiones, el desarrollo de intercambios a través de una política de becas o la creación de centros culturales hispánicos en Oriente Medio y Próximo destinados a difundir la lengua y cultura españolas y a rescatar y fomentar todo aquello que tuviera relación con el pasado andalusí. Asimismo, en España aparecieron instituciones como el Instituto Egipcio Faruq I, fundado en Madrid en 1950, o el Instituto Hispano-Árabe de Cultura, promovido en 1954 por un arabista, Emilio García Gómez, que, siguiendo los pasos de su maestro Asín Palacios, impulsó la creación de un marco ideológico en el que se resaltaban las coincidencias del Islam y el Cristianismo por oposición al marxismo y otras ideologías materialistas. La finalidad principal de toda esta política era, por un lado, revalorizar los vínculos históricos y culturales entre España y el mundo árabe y, por otro, fomentar los estudios arabo-islámicos en España⁵⁵.

Por todo ello, muchos líderes de los países árabes empezaron a manifestar durante la segunda mitad de los años cuarenta y la década de los cincuenta un cierto interés hacia la España franquista y la mejor muestra son las relaciones que la diplomacia española, cuando no el propio *Caudillo*, mantuvo con figuras como el rey Abdullah de

relaciones internacionales contemporáneas, Madrid, UNED, 2004; Nieves PARADELA, *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2005.

⁵⁵ Dentro de toda esta labor cultural, Irene González destaca la aparición del Instituto Hispano-Árabe de cultura en 1954, un centro que, según esta autora, nació con unos objetivos ambiciosos pero que, finalmente, no llegó a nada por falta de personal y presupuesto. Irene GONZÁLEZ, “Instrumentos de la política cultural hacia el mundo árabe durante el franquismo: la red de centros culturales en Oriente Medio y el Instituto Hispano-Árabe de Cultura”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 97, 109-112. Véase también M^a Dolores ALGORA WEBER, “La política exterior española y la política internacional: efectos sobre las relaciones hispano-árabes en la historia contemporánea”, en LÓPEZ GARCÍA y HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo...*, op. cit., pp. 60-61.

Jordania, que visitó Madrid en 1949, Faruk de Egipto, condecorado en 1951 con el Collar de la Orden de Isabel la Católica, Idris de Libia, Mohamed de Marruecos o, posteriormente, el rey Faysal de Arabia Saudita o los generales egipcios Naguib y Nasser. Los contactos con estas y otras autoridades árabes, además, siempre iban acompañados de objetos que se relacionaban con al-Ándalus como obras de arte, libros, música “moruna”, tapices de temas andalusíes, etc., lo cual reforzaba la idea de hermandad basada en un mitificado “pasado común”⁵⁶.

La diplomacia europea era consciente del carácter estratégico de toda esta política de acercamiento y eran muchos los informes reservados que no dudaban en señalar que la finalidad de esas relaciones y tratados de amistad era, en última instancia, conseguir el apoyo del bloque árabe en las Naciones Unidas:

“The signature of this Treaty is of course a further step in the programme of systematic cultivation of the Arab countries which Spain has been pursuing for the last two years, primarily with an eye on the voting power of the Arab bloc in the United Nations Assembly”⁵⁷.

Esos mismos informes, además, recogían con frecuencia la efectividad de algunas de esas políticas, como confirman diversos documentos del British Council en los que, por ejemplo, al hablar de la Escuela de Estudios Árabes de Granada, se hacía referencia a la eficaz labor del arabismo español. Así, se comentaba que García Gómez y otros arabistas eran enviados a menudo en visita oficial a países como Egipto o Transjordania, donde no sólo “eran recibidos con mucho entusiasmo” sino que, además, estaban adquiriendo “una gran influencia”. Lo más interesante es que eso les llevaba a señalar que si Inglaterra quería tener una influencia mayor en esos países, no debía descuidar sus relaciones con estos arabistas españoles, por lo que se consideraba muy recomendable invitarlos a Oxford y Cambridge⁵⁸.

Probablemente, el ejemplo más representativo de toda esta política diplomática fue el viaje que, en abril de 1952, llevó al ministro Martín Artajo de gira por Oriente

⁵⁶ Consúltese al respecto ALGORA WEBER, *Las relaciones hispano-árabes...*, *op. cit.*, p. 284.

⁵⁷ F.O. 371/82274, archivo 10341, National Archives of the United Kingdom, Embajada británica en Madrid, “Lebanese-Spanish Treaty of Friendship”, Madrid, 6 de mayo de 1950.

⁵⁸ En la misma línea, podemos destacar la carta que el delegado del British Council en España, Walter Starkie, escribió al responsable del instituto en Londres, K. R. Johnstone y en la que señalaba que “I think this field of Arabic Studies is an important one in view of the trend of Spanish politics as well as cultural relations. Spain is making a strong bid to strengthen her relations with the Moslem world”. B.W. 56/15, SP/680/1, archivo 35854, National Archives of the United Kingdom, British Council, “General policy: correspondence, mainly dealing with the Council's status in Spain and relations with the Spanish authorities (1946-1950)”, 1947.

Próximo. La expedición, que contaba también con la presencia de los marqueses de Villaverde, Pedro Gómez Aparicio (director de la Agencia Efe), el general Mizzian (el único marroquí que, tras la Guerra Civil, ocupó altos cargos militares por su participación en la contienda) o el arabista Emilio García Gómez, tenía como objeto explicitar las excelentes relaciones entre el Estado español y los países árabes, así como poner de manifiesto que España era el mejor puente entre Oriente y Occidente.

La misma noche en que la comitiva iba a partir, el propio Franco pronunció un discurso dirigido a los países árabes. En su alocución, retransmitida por RNE, el *caudillo* habló del renacimiento que en ese momento experimentaban España y el mundo arabo-islámico en contraste con la decrepitud y decadencia que caracterizaban a otros países europeos. Para Franco, era el sentimiento religioso que inspiraba por igual a árabes y españoles lo que explicaba ese esplendor y esos vínculos de amistad que con tanta claridad se habían visto en la Guerra Civil. Esa comunión de ideales, además, le permitía afirmar que España debía ampliar la Hispanidad, extendiendo sus lazos fraternales y espirituales a unos países con los que tantas cosas compartía⁵⁹.

El viaje del ministro por el Líbano, Jordania, Siria, Irak, Arabia Saudita y Egipto fue presentado por los cronistas franquistas como un gesto de amistad de las autoridades españolas hacia unos países que habían defendido y defendían a España en las Naciones Unidas; pero también como la materialización de una fraternidad que, más allá de la firma de tratados bilaterales, podía estar en la base de una unidad mediterránea⁶⁰.

Aunque el discurso irredentista del africanismo de los primeros cuarenta había quedado profundamente obsoleto, los africanistas y el régimen fueron conscientes de que esta retórica fraternal también podía ser usada para erigir, aunque sólo fuera de un modo propagandístico, algo más ambicioso que el regreso a la comunidad internacional o la permanencia en un minúsculo territorio del norte de África. Podía implicar la posibilidad de ampliar la Hispanidad y, por tanto, la maestría rectora de España a los países árabes. Así, durante los años cincuenta, el discurso filoárabe que hemos esbozado sirvió también para proponer la construcción de una unidad que, en ocasiones, se definió como una especie de pacto de seguridad entre “países hermanos” y, en otras,

⁵⁹ Al día siguiente, la prensa no sólo se hizo eco de las palabras del general, sino que, además, las acompañó de artículos que, como el titulado “Saludo de al-Ándalus a los Estados árabes”, no tenían inconveniente en afirmar que “La vieja península de al-Ándalus [...] fue, en un punto determinado de la historia de Europa, el Paraíso terrenal de la nación árabe”, “Saludo de al-Ándalus a los Estados árabes”, *ABC* (5-4-1952), p. 7.

⁶⁰ Véase, por ejemplo, Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 18 (1952), pp. 78-79.

como un “tercer bloque” alternativo al comunismo y a las “caducas y materialistas” democracias occidentales. Martín Artajo ya había planteado la posibilidad de un Pacto Mediterráneo en una visita a Londres y, según el Foreign Office británico, esa propuesta no sólo volvió a surgir durante su *tour*, sino que, además, fue muy bien recibida por los distintos países anfitriones⁶¹.

El 16 de abril de 1953, el periódico tetuaní *Diario de África* entrevistó a Mohamed V de Marruecos. Tras hablar de los lazos históricos y de sangre que unían al pueblo español y al marroquí, el corresponsal preguntó al soberano acerca de su opinión sobre la creación de un bloque Hispano-islámico que, como “fuerza de equilibrio”, pudiese contribuir de un modo eficaz a “salvaguardar la paz en el mundo”. La respuesta de Mohamed V fue clara: él y su pueblo recibirían con gusto la creación de un bloque homogéneo capaz de conciliar y aproximar los intereses de España y del mundo árabe en beneficio de la estabilidad mundial. Lo interesante de esta propuesta, además, es que iba más allá de una alianza entre España y los países arabo-islámicos del Mediterráneo, como apuntaba perspicazmente un representante del consulado británico en Tetuán:

“The questions and the Sultan’s answers do not appear to me to be of any great interest with the single exception, perhaps, of the suggestion made in the last question that a Hispanic-Islamic block might be formed to set as a “balancing force” in a disunited world. It is noteworthy that the question was so framed both as to wording and context as to include the South and Central American Powers as well as Spain in the proposed union of forces”⁶².

El fundamento básico de todo este entramado fue el discurso de hermandad y fraternidad hispanomusulmana e hispanoárabe que, ya desde el siglo XIX, se había ido construyendo en el seno del africanismo español (con préstamos más que evidentes de la tradición arabista). Los planteamientos historicistas, sin duda, fueron uno de los elementos clave de ese discurso, puesto que permitían hablar de una identidad común desde tiempos inmemoriales. Una vez más, las aportaciones de autores como Gil Benumeja fueron de enorme valor, ya que en sus escritos, este arabista señalaba que la

⁶¹ F.O. 371/102009, National Archives of the United Kingdom, Embajada Británica, Madrid, 6 de marzo de 1952. Rosa Pardo, en cambio, señala que el plan de construir un Pacto Mediterráneo de defensa, de carácter anticomunista, que incluyese a los países arabo-islámicos, pero también a Grecia y Portugal, fue acogido con indiferencia por la mayoría de países europeos, especialmente a partir del momento en que el gobierno norteamericano decidió incluir a España dentro de la estructura de defensa occidental que el propio Estados Unidos había diseñado. Rosa PARDO, “La política mediterránea de Franco”, *Mediterranean Historical Review*, vol. 16, nº 2 (2001), pp. 45-68.

maniquea división entre Oriente y Occidente era una burda simplificación, puesto que existía un tercer personaje en el escenario de la geopolítica mundial: el Mediodía, el mundo del Sur, un mundo mestizo, de judíos, musulmanes y cristianos, con una enorme altura moral debida a su fe. De este modo, el destacado arabista no dudaba en afirmar que:

“Ante la decadencia del Occidente viejo y la barbarie nueva del Asia en pie, Andalucía resucita para salvar a España y suena en el Mulhacén el grito granadino ¡Allah u Qelbi! El Catolicismo, el Sefardismo y el Islam, las tres religiones del Sur [...], deben unirse fraternalmente contra la impiedad pagana, el materialismo y el falso espíritu bíblico de protestantes y “modernistas”⁶³.

Ésa era la esencia de la Arabidad, una comunidad espiritual que tuvo en al-Ándalus su momento de mayor esplendor, un al-Ándalus que, además, como señala Morales Lezcano, se convirtió para muchos escritores arabo-islámicos en una especie de piedra filosofal para reflexionar en torno al esplendor y decadencia de la propia “civilización musulmana”⁶⁴.

No obstante, como ya hemos apuntado, lo más interesante de toda esta construcción discursiva es que, en algunos casos, trascendió el Mediterráneo (y el mundo arabo-musulmán) para incluir también a los países de América Latina. No fue difícil, sólo había que combinar hábilmente la Arabidad con la Hispanidad y los cimientos para ello, como hemos visto, ya estaban contruidos. España, desde un punto de vista “etnohistórico”, podía formar parte de la Arabidad y ésta, por su universalidad, enlazaba perfectamente con la Hispanidad. Ahora bien, con una Hispanidad alejada del concepto planteado por Maeztu; ya que, según autores como Gil Benumeya, la Hispanidad se basaba en un universalismo que incluía preocupación religiosa (espiritualidad, pero no necesariamente catolicidad), humanismo y anticolonialismo, por lo que España era el mejor nexo de unión entre los países árabes e Hispanoamérica, todos ellos imbuidos de estos principios⁶⁵.

⁶² F.O. 371/102985, National Archives of the United Kingdom, Informe del Consulado británico, Tetuán, 17 de abril de 1953.

⁶³ GIL BENUMEYA, R: *Ni Oriente ni Occidente...*, *op. cit.*, p. 9.

⁶⁴ MORALES LEZCANO, *España y mundo árabe...*, *op. cit.*, p. 91.

⁶⁵ Rodolfo GIL BENUMEYA, “España, Marruecos y el mundo árabe en 1952”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 17 (1952), p. 9. Por lo que respecta a la cuestión del anticolonialismo hay que recordar que, a principios del siglo XX, los defensores de la Hispanidad ya presentaron el hispanoamericanismo como algo imprescindible para frenar la amenaza neoimperialista de los Estados

Gil Benumeya, además, tuvo interés en demostrar que los países árabes también asumieron esta hermandad con Hispanoamérica. Así, por ejemplo, recordaba en un artículo que, en una visita de delegados hispanoamericanos de la ONU al Marruecos francés, Mohamed V les dijo que existía un parentesco de hispanoamericanos y marroquíes a través de España: “la civilización hispánica constituye el marco de nuestra propia civilización árabe, como nuestra civilización árabe constituye el de vuestra propia civilización hispánica”⁶⁶.

No obstante, fue frecuente el recurso a académicos árabes, como principio de autoridad, para demostrar que, también para ellos, Arabidad e Hispanidad eran en realidad lo mismo. En este sentido, podemos destacar las reflexiones del ex presidente de la Academia Árabe de Damasco, el Dr. Habib Stéfano, quien, según Gil Benumeya, creó en 1925 la palabra «Hispanidad» como paralela a la de «Arabidad». Stéfano señalaba que las mismas capitales del Guadalquivir donde estuvieron las sedes de los Jalifatos e Imperios musulmanes sobre España y el Norte de África fueron cabecera del descubrimiento y la colonización de América, así como antiguas fundaciones en España de las colonizaciones sirias y libanesas. De este modo establecía una continuidad entre los siglos fenicios y la emigración moderna a América, siempre a través de España como eje invariable. La evidencia de la continuidad histórica era, pues, el fundamento de las teorías de enlace entre lo arábigo y lo hispano de América; insistiendo en que si los sirio-libaneses habían colonizado el Sur español y luego, desde el mismo Sur español, se había dado forma a América, los árabes emigrados al llegar a los países de Ultramar estaban en su propia casa, pues podían decir que si América era «hija de España» también era «nieta de Siria»⁶⁷. Todo esto, por tanto, le permitía a Stéfano afirmar que la Hispanidad era algo más que un idioma común, por lo que concluía que:

“Es absurdo creer que la raza hispana esté basada en la unidad del idioma. En la formación de la raza intervienen lo divino y lo humano por aquella forma del pensamiento y de los afectos que hace que dos almas se encuentren como hermanas, porque cada una reconoce en la formación de la otra como una reproducción de la forma que es la propia de ella misma. Si se transmite la sangre, el alma de la estirpe se transmite también, y en ese

Unidos, una potencia emergente económicamente pero presentada como decadente desde un punto de vista espiritual. SEPÚLVEDA, *El sueño de la Madre Patria...*, *op. cit.*, pp. 246-249.

⁶⁶ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del Mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, n° 17 (1952), p. 87.

⁶⁷ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Sobre las líneas generales de las relaciones hispano-árabes en su evolución actual”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, n° 32 (1955), pp. 41-42.

sentido existe la raza hispana, que abarca a todas aquellas partes de América con Portugal y España y nosotros los árabes”⁶⁸.

Estos planteamientos estaban muy alejados de los discursos raciales y biologicistas que se habían construido en Europa desde mediados del siglo XIX y que tanto éxito habían tenido en los años treinta y cuarenta del siglo XX. Aquí la mezcla no pervertía nada, sino que enriquecía: la fuerza de la Hispanidad y de la Arabidad residía, precisamente, en el mestizaje. El mestizo Mediodía, el mundo del sur, el Mediterráneo, en combinación con Hispanoamérica, se erigirían como un tercer bloque que, a la larga, salvaría al mundo de su fatal materialismo⁶⁹.

No debe extrañar, así, que buena parte de los africanistas y arabistas de la época recogieran en sus artículos declaraciones como “por su prestigio en el mundo árabe y por las relaciones de cultura y sangre que con él posee, España es el país más indicado para mediar entre el Oriente Medio y el Occidente”⁷⁰ o “[España y los países árabes serán] la tercera fuerza espiritual para salvar el mundo”⁷¹, unas declaraciones que reforzaban una idea de comunidad de valores que, para algunos, podría sobrevivir incluso después de la independencia de Marruecos.

John Balfour, embajador británico en Madrid entre 1951 y 1954, no tenía ninguna duda de que, por parte del gobierno español, no había intención seria de iniciar proyectos de organización supraestatal de ese tipo⁷². De hecho, tras la visita de Martín Artajo a los países árabes, llegó a afirmar que “the immediate result of the tour can perhaps be summed up in the words of the familiar Spanish adage: «Mucho ruido y pocas nueces» (much pother and few walnuts)”⁷³. Pese a ello, lo cierto es que el régimen jugó con ese espejismo en más de una ocasión y lo propuso a través de sus

⁶⁸ Palabras procedentes de un discurso pronunciado por Habib STÉFANO en Madrid en 1925 y recogidas en *Estudios Internacionales y Coloniales I*, Madrid, S.E.I.C., 1948, p. 109.

⁶⁹ GIL BENUMEYA, *Ni Oriente ni Occidente...*, *op. cit.*, pp. 13-14, 50.

⁷⁰ Declaraciones del ex embajador de los Estados Unidos en Madrid, Stanton Griffis, al corresponsal de *Arriba* en Washington. Recogido en Rodolfo GIL BENUMEYA, “España, Marruecos y el mundo árabe en 1952...”, *op. cit.*, p. 10.

⁷¹ Noticia sobre España recogida de un periódico sueco en 1952. GIL BENUMEYA, “España, Marruecos y el mundo árabe en 1952...”, *op. cit.*, p. 11.

⁷² F.O. 371/102009, National Archives of the United Kingdom, Embajada Británica, Madrid, 6 de marzo de 1952. John Balfour también reflexionó sobre estas cuestiones en una obra autobiográfica en la que hablaba, entre otras cosas, del irredentismo español, de la obsesión por el testamento de Isabel la Católica, de la política filoárabe o de la alianza con América Latina y el mundo arabomusulmán basada en al-Ándalus y en la lucha contra el comunismo. John BALFOUR, *Not Too Correct an Aureole. The Recollections of a Diplomat*, Salisbury, Michael Russell, 1983.

⁷³ F.O. 371/102009, archivo 1022, National Archives of the United Kingdom, Embajada británica en Madrid, “Tour by Spanish Foreign Minister Martin Artajo of Arab countries in the Middle East;

embajadores e incluso, como hemos visto, del mismísimo responsable de Exteriores⁷⁴. Como también señalaba Balfour, ese proyecto, ese acercamiento de España a los países del Próximo Oriente, era algo artificial, forzado y mítico. Se basaba en lazos sentimentales y culturales con un pasado remoto, al-Ándalus, pero no con la España del presente⁷⁵. Lo interesante, sin embargo, es que influyó en los países arabo-islámicos, como confirman diversos informes confidenciales de la Administración española de la época, así como la documentación de los servicios diplomáticos británicos.

En este sentido, en un informe secreto de la Delegación de Asuntos Indígenas sobre una visita efectuada al Próximo Oriente con motivo de una gran peregrinación a la Meca, José Bermejo López, subdelegado de Asuntos Indígenas y Jefe Político de la Expedición, resumía, país a país, la situación de las relaciones entre España y los diversos lugares visitados. Así, por ejemplo, de Egipto decía que había una excelente disposición del pueblo y sus autoridades hacia España, lo cual quedaba claramente reflejado en la actitud del ministro del Interior Nasser, futuro presidente, que hablaba muy bien de Franco y calificaba a los españoles de “primos nuestros”. También en el Líbano y Jordania había un aprecio creciente a España, algo que el informe relacionaba con la gran labor de propaganda desarrollada por el embajador Rodrigo Diéguez en Ammán, donde se estableció un instituto en el que se organizaban numerosas conferencias, ciclos de cine y políticas de atracción que dedicaban una especial atención a la causa palestina. El informe, pese a todo, señalaba que era necesario incrementar la política propagandística en esos países, usando como modelo la labor ejercida desde la embajada de Jordania, ya que en muchos casos, incluso entre la gente culta, “se cree [...] que todavía hay regiones pobladas de árabes en España que viven bajo el dominio de los cristianos, y así más de una vez nos han tomado por «árabes de España»”. Además, esa labor propagandística debía servir para contrarrestar las influencias francesas y canalizar el descontento que en muchos de esos países había hacia Francia

comment by Marshal Juin, Marshal of France on Spanish policy in North Africa and his belief that Spain should be a member of Western defence organization”, Madrid, 13 de mayo de 1952.

⁷⁴ Para más información sobre el ministro Martín Artajo y sobre los distintos proyectos de Comunidad Iberoamericana de Naciones (con vínculos con el mundo árabe) o Pacto Mediterráneo de seguridad que enunció durante su mandato, véanse Alberto MARTÍN ARTAJO, *Hacia la Comunidad Hispánica de Naciones*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956; Javier TUSELL, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984; Florentino PORTERO RODRÍGUEZ, “Artajo, perfil de un ministro en tiempos de aislamiento”, *Revista de Historia Contemporánea*, nº 15 (1996), pp. 211-224; Florentino PORTERO ROGRÍGUEZ y Rosa PARDO SANZ, “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, nº 33 (1999), pp. 187-218.

⁷⁵ F.O. 371/96170, National Archives of the United Kingdom, Embajada Británica, San Sebastián, 25 de julio de 1951.

por su forma de gestionar su zona del Protectorado en Marruecos. El informe terminaba con referencias al escaso nivel cultural de muchos de esos países, lo cual, contrariamente a lo que señalaba la propaganda oficial, “hacía imposible desarrollar una labor de intercambio cultural de grandes vuelos, sólida y fructífera”⁷⁶.

Los documentos confidenciales del Foreign Office confirman, en general, la información recogida en estas fuentes españolas. Así, en relación con el viaje del ministro Martín Artajo a distintos países árabes en abril de 1952, las embajadas o delegaciones británicas de Damasco, Beirut, Bagdad y El Cairo señalaban la efectividad de una gira que, más allá de reforzar los lazos con el mundo arabo-islámico, pretendía demostrar la influencia de España en esos países para impresionar a los norteamericanos.

En Siria, Líbano y Egipto, la prensa local recogió la visita con gran entusiasmo, destacando constantemente los lazos de amistad y hermandad entre ambos pueblos. En los casos libanés y egipcio, además, buena parte de los periódicos se hicieron eco de la propuesta de un “pacto mediterráneo” o de la construcción de un “tercer bloque” que, frente a atlantistas y comunistas, incluyese a América Latina y al mundo musulmán, lo cual, según las fuentes británicas, fue muy bien recibido por amplios sectores de la población.

Las autoridades de esos países, en general, se expresaron en una línea parecida. Tras la visita, el ministro de Asuntos Exteriores libanés se entrevistó con funcionarios de la diplomacia británica en el país y les habló no sólo de la posibilidad de constituir un “tercer bloque”, sino también de las “naturales afinidades raciales y religiosas” de ambos pueblos, lo cual, para el ministro, hacía que los españoles fuesen, en ciertos aspectos, “más orientales” que los libaneses. También las autoridades iraquíes señalaron a los británicos su afinidad con los españoles. En este sentido, resultan muy significativas las palabras del primer ministro, que quedó gratamente impresionado de que un miembro de la delegación española fuese un general de sangre mora, algo que repitió hasta en cuatro ocasiones y que confirma el acierto de Martín Artajo de llevar con él al general Mizzian.

Sin embargo, no todo fueron buenas palabras. Contrariamente a la postura de las autoridades, en el caso de Irak la prensa fue más combativa e insistió en que si España deseaba la amistad árabe, debía conceder mayores derechos a los marroquíes. Algunos

⁷⁶ AFRC/7129/1, BNE, Delegación de Asuntos Indígenas, *Informe general de la visita efectuada al Próximo Oriente*, Tetuán, septiembre de 1953.

periódicos incluso, como el independiente *Al Shaab*, llegaban a señalar que los vínculos espirituales del pasado no podían ser la base para futuras relaciones basadas en los intereses políticos y económicos⁷⁷.

Pese a todo, quizás lo más significativo de todos estos informes sea la referencia a la reacción jordana, ya que, según la diplomacia británica, las autoridades de Jordania fueron las más frías y su opinión pública la que pidió más intensamente una mayor autonomía para Marruecos, algo que contrasta con lo indicado en la documentación española, que consideraba que la embajada en Jordania, por su eficacia propagandística, debía servir de modelo para las demás⁷⁸.

En resumen y recogiendo todo lo que hemos señalado hasta el momento, podemos afirmar que, como apunta Algora Weber, esta política española de aproximación al mundo árabe durante el franquismo, incluso careciendo de un planteamiento estructurado y global, comportó un cierto éxito, puesto que, finalmente, el gobierno español consiguió uno de sus principales objetivos: derogar la resolución condenatoria e ingresar en las Naciones Unidas⁷⁹. Ahora bien, no debemos olvidar que esta acción diplomática respondió también a otras finalidades cuyo grado de éxito fue menor o, incluso, inexistente.

Más allá de toda esta política cultural y diplomática, el régimen franquista se aproximó también a los países arabo-islámicos a través de la crítica al colonialismo francés y de un apoyo velado al nacionalismo marroquí, algo que, siendo España un país colonizador, obligó a mantener un complicado equilibrio entre el mantenimiento de una suerte de discurso anticolonialista y la legitimación de la presencia “protectora” en el norte de África.

Durante la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo árabe, en general, y el marroquí, en particular, experimentaron un proceso de consolidación que se tradujo en numerosas acciones contra el dominio europeo. Las autoridades franquistas consideraron que ese contexto podía serles provechoso por lo que, desde el primer momento, usaron el discurso africanista y arabista para aproximarse a los nacionalistas y debilitar a Inglaterra y, especialmente, a Francia (su principal rival en el Magreb). En

⁷⁷ F.O. 371/102009, archivo 1022, National Archives of the United Kingdom, Delegación británica en Damasco (Siria), 21 de abril de 1952; Embajada británica en El Cairo (Egipto), 2 de mayo de 1952; Delegación británica en Beirut (Líbano), 15 de abril de 1952; Embajada británica en Bagdad (Irak), 1 de mayo de 1952.

⁷⁸ F.O. 371/102009, archivo 1022, National Archives of the United Kingdom, Delegación británica en Amman (Jordania), 21 de abril de 1952.

⁷⁹ ALGORA WEBER, “La conexión entre la política...”, *op. cit.*, p. 119.

este sentido, resulta muy ilustrativa la información de un telegrama “altamente secreto” que el embajador alemán en Madrid envió, el 14 de septiembre de 1939, al Ministerio de Asuntos exteriores del *Reich* y en el que se decía que el coronel Beigbeder les recomendaba utilizar el Islam como arma contra ingleses y franceses. Concretamente, lo que proponía el ministro español de Exteriores era que los alemanes difundiesen un discurso proclive a la liberación de los pueblos árabes, ya que esto tendría un gran eco en Marruecos, Argelia, Egipto, Palestina e, incluso, Turquía y la India. Se recomendaba también no hacer prisioneros marroquíes y utilizar la radio y la prensa árabes para conseguir voluntarios y hacer un batallón autóctono. Beigbeder, además, decía incluso que podía ponerles en contacto con el Gran Mufti de Palestina y enviar propaganda del encuentro al Próximo Oriente mediante los barcos de peregrinación a la Meca que salían de España⁸⁰.

Acabada la Segunda Guerra Mundial, en la zona española de Marruecos la fuerza de los movimientos autonomistas e independentistas, sobre todo a partir de 1948, hizo que el general Varela, Alto Comisario entre 1945 y 1951, aplicase una política de mano dura por lo que respecta al nacionalismo marroquí. Sus últimos años de mandato se caracterizaron por una contundente represión que acabó con la tibia libertad de expresión, de prensa y de asociación política y que hizo que destacadas figuras nacionalistas, como Abdeljalek Torres, tuvieran que exiliarse a Tánger. Para Varela, los nacionalistas se habían convertido en un elemento subversivo, instigado por el comunismo internacional y peligroso para la estabilidad del Protectorado.

La dimensión internacional que adquirió este conflicto, sobre todo por las constantes ruedas de prensa e intervenciones públicas de figuras como Torres, incomodó al gobierno de Madrid, lo cual hizo que, tras la muerte de Varela, el nuevo y último Alto Comisario de España en Marruecos, Rafael García Valiño, se viese obligado a cambiar de estrategia. Con la intención de mostrar que su mandato iba a suponer un cambio en relación con la etapa de su predecesor, el flamante Alto

⁸⁰ R 29739, (K 1066, D8-D9), Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (Berlín), Auswärtiges Amt 1920-1945 (Kent III), Büro des Staatsskretärs. Deutsch-spanische Beziehungen. Los alemanes, tal y como les recomendaba Beigbeder, se aproximaron a los movimientos nacionalistas árabes e incluso lograron que el Gran Mufti de Palestina se instalase en Berlín cuando la guerra mundial se extendió a Tierra Santa. Por lo que respecta al nacionalismo marroquí, sabemos incluso que el gobierno de España, a través del mismísimo Alto Comisario, General Orgaz, tuvo que quejarse en diversas ocasiones ante el embajador alemán, Von Sthorer, por alentar en exceso las miras de los nacionalistas y difundir una propaganda antisemita que “como es fácil de comprender perjudica mucho a la labor de España en su Zona”. R-2300/1, AMAE, “Conversación celebrada por el Señor Alto Comisario de España en Marruecos, General Orgaz, con el Señor Embajador de Alemania, Señor Von Sthorer, el día 28 de mayo de 1942”.

Comisario hizo unas declaraciones en mayo de 1951 a la revista mensual *Marruecos* en las que señalaba que “la época de políticas personalistas” había pasado y que, a partir de ese momento, sólo los intereses de España guiarían la acción española en el Protectorado. La viuda del general Varela, indignada por las palabras de García Valiño, se quejó oficialmente ante la Alta Comisaría y ésta ordenó rápidamente la retirada de todos los ejemplares distribuidos y su sustitución por una nueva edición en la que no aparecieran las críticas. No obstante, gracias al Consulado británico en Tetuán hemos podido acceder al texto original, y hemos visto que, en sus declaraciones, García Valiño no sólo hacía una crítica más o menos velada al personalismo de Varela, sino también a la manera de gestionar la relación con los nacionalistas. Así, el Alto Comisario señalaba que había un nacionalismo “muy digno”, que excluía “utopías y prematuras ambiciones”, y que fervientemente deseaba “el progreso y la cultura del país”, “único camino para lograr la independencia”⁸¹.

Esta declaración de buenas intenciones bien pronto se tradujo en hechos, como el regreso de los nacionalistas exiliados en Tánger, la reorganización de la administración jalifiana o la concesión de mayores cargos públicos a marroquíes, entre ellos el propio Abdeljalek Torres. Así pues, en el mismo periodo en el que su equivalente francés, el Residente General Guillaume, intensificaba la represión hacia los nacionalistas marroquíes, García Valiño, con el beneplácito de Franco, dotó a la zona española de una cierta autonomía (con ministerios propios en determinados ámbitos), autorizó partidos políticos e incluso promovió una política antifrancesa que iba desde la pura retórica anticolonial hasta el apoyo económico y armamentístico a los nacionalistas del Marruecos francés⁸².

En su afán por distanciarse de Francia, con quien las comparaciones eran inevitables por su labor desempeñada en la otra zona del Protectorado marroquí, las autoridades españolas repitieron una y otra vez que mientras España era una potencia que “conservaba, restauraba y mejoraba” a sus protegidos, su vecina “despojaba” y/o “masacraba” en aras de la asimilación y el beneficio propio. De este modo, aprovechando episodios como el de la deposición del sultán Mohamed V, en agosto de

⁸¹ F.O. 371/90268, archivo 1016, National Archives of the United Kingdom, Consulado británico en Tetuán, “Death of Spanish High Commissioner for the Spanish Zone of Morocco; appointment of his successor Lt Gen Rafael Garcia-Valino of Marcen”.

⁸² F.O. 371/90266, archivo 1013, National Archives of the United Kingdom, “Quarterly reports on the International Zones of Morocco and Tangier and on the Spanish Zone of Morocco”; F.O. 371/96170, archivo 10316, National Archives of the United Kingdom, “Unsuccessful attempts at a rapprochement

1953, por su apoyo a los nacionalistas marroquíes, el régimen de Franco enarboló la bandera antifrancesa y se presentó como el único garante de la unidad de Marruecos y del cumplimiento de la legalidad internacional. El Gobierno español no sólo no reconoció a Muley Ben Arafa, el nuevo Sultán títere de Francia, sino que acusó a los franceses de violar el Tratado de Fez y el Acta de Algeciras y mostró su solidaridad con las víctimas de una represión francesa cada día mayor. Todo ello estuvo a punto de provocar la ruptura diplomática entre Francia y España, pero le sirvió al régimen para granjearse mayores simpatías no sólo en Marruecos, sino en todo el mundo árabe⁸³.

Las autoridades franquistas, además, recurrieron con frecuencia a la promesa de conceder unilateralmente una autonomía cada vez mayor, preludio de la tan reivindicada independencia, una estrategia claramente propagandística que se derrumbó cuando los acontecimientos se precipitaron y se vio que España no estaba dispuesta a sobrepasar los límites marcados por el africanismo más oficial⁸⁴.

Finalmente, además de la política cultural y diplomática y de este particular apoyo al nacionalismo marroquí, el régimen franquista aprovechó también determinados episodios internacionales para aproximarse aún más al mundo arabo-islámico. Así, el conflicto derivado de la proclamación del Estado de Israel en 1948 fue considerado una gran oportunidad por las autoridades españolas para demostrar su afecto por los “hermanos del Mediterráneo”. El gobierno español, presentándose como adalid de la causa palestina, se ganó el favor de muchos países arabo-musulmanes decepcionados por el gran apoyo de las democracias occidentales a las posturas sionistas. El hecho de que, además, Israel votase en contra de España en las conferencias de las Naciones Unidas, aún aumentó más las simpatías hacia el régimen de Franco. En este sentido, resultan ilustrativas las palabras del gobernador de Gaza en relación con la presión internacional a la que fue sometida la España franquista tras la Segunda Guerra Mundial:

between Spain and the Arab countries and Egypt”. Véase también Paul PRESTON, *Franco “Caudillo de España”*, Madrid, Debolsillo, 2004, p. 698.

⁸³ María Concepción YBARRA ENRÍQUEZ DE LA ORDEN, “Acción política española en la independencia de Marruecos (1951-1956)” en Javier TUSELL y otros (dir.), *El régimen de Franco...*, op. cit., pp. 407-409.

⁸⁴ F.O. 371/80710, archivo 10110, National Archives of the United Kingdom, “Reports that Spain is considering Algerian status for the Rif”; F.O. 371/90266, archivo 1013, National Archives of the United Kingdom, “Quarterly reports on the International Zones of Morocco and Tangier and on the Spanish Zone of Morocco”. Juan Bautista VILAR, “Franquismo y descolonización española en África”, *Historia Contemporánea*, nº 30 (2005), pp. 139-140.

“[...] a quien todos admiran y quieren de veras, no solamente porque Francisco Franco lo resolvió, «como un Caudillo árabe más, en derredor de una mesa y con una conversación de amigos», sino porque es el único Jefe de Estado de Occidente que, por ser amigo de verdad de los países árabes, no ha querido reconocer a Israel”⁸⁵.

Las estrategias internacionales, por tanto, ocuparon un papel nada despreciable en todo este proceso y ayudan a entender por qué durante algo más de una década, el africanismo y el arabismo gozaron de una gran visibilidad y experimentaron un proceso de institucionalización desconocido hasta la fecha. No obstante, pese a la fuerza que ese discurso de fraternidad hispanoárabe tuvo en el africanismo de posguerra, lo cierto es que no hubo una verdadera voluntad de integrar al tradicional “otro” en el discurso nacional. No la hubo, como veremos en los próximos capítulos, antes de los años cincuenta; pero aún menos después, cuando España entra en la ONU (1955) y cuando la independencia de Marruecos, la joya del imperio colonial español, es ya inevitable⁸⁶.

Con el cambio de la política francesa, especialmente a partir de noviembre de 1955, el proceso de independencia marroquí se aceleró. Franco, como venía siendo habitual desde hacía unos años, hizo referencias simbólicas a una futura independencia para calmar los ánimos en la zona española, pero señalando que a Marruecos le faltaban todavía veinticinco años para estar preparado. Ante las vacías declaraciones del dictador y del Alto Comisario, los independentistas marroquíes reaccionaron con violencia y las autoridades españolas pasaron a denunciar y perseguir a sus hasta entonces amigos nacionalistas, considerados ahora comunistas subversivos⁸⁷. Si el discurso de hermandad hispanoárabe había sido útil para lograr el ingreso en la ONU, no sirvió, en cambio, para frenar o ralentizar una independencia que fue firmada el 7 de abril de 1956.

⁸⁵ Citado en ALGORA WEBER, *Las relaciones hispano-árabes...*, *op. cit.*, p. 295. Estos planteamientos también los encontramos en HUGUET, “Descubrir el Mediterráneo...”, *op. cit.*, p. 95.

⁸⁶ Sobre la supuesta sinceridad del filoarabismo del régimen franquista, podemos destacar otro informe “secreto” de la Delegación de Asuntos Indígenas en el que ante una peregrinación de marroquíes a la Meca, se pedía a la representación diplomática que hiciera un “sacrificio” y permaneciera en Arabia pese a lo “muy dura e indeseable” que pudiera ser allí la estancia. Así, se señalaba que esta operación tenía un especial interés tanto para la Alta Comisaría de España en Marruecos como para el Gobierno de la Nación, ya que era fundamental que los peregrinos de la zona española del Protectorado vieran lo buenas que eran las relaciones. AFRGFC/417/24, BNE, Alta Comisaría de España en Marruecos, Delegación de Asuntos Indígenas, *Año 1953: informe general sobre la peregrinación a La Meca de este año: iniciada el día 3 de agosto en Tánger, terminada el día 25 de septiembre en Tánger*, Tetuán, 1953.

⁸⁷ En las Hojas de información emitidas por la Dirección General de Marruecos y Colonias desde noviembre de 1955 hasta la independencia de Marruecos se puede ver la obsesión por el comunismo en titulares como “el comunismo se come África”, “apoyo comunista a los anticolonialistas para después penetrar en los países árabes”, etc. Z/14040, BNE, Presidencia del Gobierno, Dirección General de Marruecos y Colonias, *Hoja de información*, 1955-1957.

Martín Corrales señala que es entonces, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, cuando el país “oficial”, hasta entonces tolerante y respetuoso con la imagen del magrebí, converge con el “real” (el país que consume cine colonial despectivo, literatura maurofóbica cargada de insultos y descalificaciones, tebeos como *El Guerrero del Antifaz* o *El Capitán Trueno*, etc.⁸⁸). En ese contexto, las ideas de fraternidad y unión hispano-marroquí o hispanoárabe pasan a ser sólo cosa de cuatro eruditos o académicos interesados en el tema. Ahora bien, ¿quiere decir esto que toda esa retórica de respeto y tolerancia hacia el tradicional “moro” sólo había respondido a unos determinados intereses políticos del franquismo? Aunque hay documentación que nos permite pensar que si la coyuntura internacional hubiera sido otra, el régimen habría actuado, por lo que respecta al discurso africanista, de una manera diferente, ello no implica necesariamente que todos los teóricos del africanismo y el arabismo actuaran sólo para satisfacer las expectativas exteriores de la dictadura⁸⁹.

Es cierto que muchos supuestos africanistas, como Areilza o Castiella, bien pronto modificaron su discurso por el cambio de contexto (el propio Castiella sería uno de los artífices, como ministro de Asuntos Exteriores, del giro “europeísta” del gobierno de Franco a partir de 1957⁹⁰). No obstante, al margen de la evolución del discurso oficial del régimen, hubo quienes, al parecer, sí creyeron de una manera sincera en los planteamientos de fraternidad, amistad y unidad con el mundo árabe norteafricano. De todos ellos, de sus propuestas y del encaje en las instituciones y el discurso oficial franquista, es de lo que hablaremos en las próximas páginas⁹¹.

⁸⁸ Eloy MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002, p. 187.

⁸⁹ M^a Dolores Algora Weber cita un “despacho muy reservado y confidencial” que el embajador de España en El Cairo dirigió el 19 de diciembre de 1946 al Ministerio de Asuntos Exteriores: “Si llegáramos a entendernos con Francia y ésta con Inglaterra y Estados Unidos [en relación con la resolución de la ONU sobre España], no necesitaríamos dar ejemplo alguno en nuestro protectorado pues de acuerdo con estos países podríamos prescindir de los votos de los países árabes, pero si por el contrario nuestras divergencias con Francia se acentúan y ésta sigue deslizándose hacia el comunismo, nos convendría en cambio tomar la delantera a fin de que el día que Francia pierda el norte de África podamos nosotros conservar con el prestigio de haber iniciado las reformas, la amistad del bloque árabe”. ALGORA WEBER, *Las relaciones hispano-árabes...*, op. cit., p. 51.

⁹⁰ Véase Rosa PARDO SANZ, “Fernando María Castiella y la política española hacia el mundo árabe, 1957-1969”, en LÓPEZ GARCÍA y HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo...*, op. cit., pp. 117-145.

⁹¹ Montserrat Huguet, en ese sentido, señala que las tesis de algunos de los autores preocupados por el mediterraneísmo dieron lugar a trabajos de gran sinceridad en lo referente a la gestación de un proyecto de amistad hispanoárabe y cita como ejemplo a figuras como Rodolfo Gil Benumeya, de quien dice que “descartaba la licitud de la utilización de los lazos de amistad hispano-mediterráneos al servicio de los intereses occidentales, manifestando con ello una velada desaprobación hacia el uso utilitarista que el régimen hacía del mediterraneísmo”. Montserrat HUGUET SANTOS, “Africanismo y política exterior española en el franquismo” en *Al-Ándalus, una identidad compartida: arte, ideología y enseñanza en el Protectorado español en Marruecos*, Madrid, Boe, 1999, p. 45.

3.2. EL ENTRAMADO INSTITUCIONAL DEL AFRICANISMO FRANQUISTA

A partir de 1939, fueron diversos los organismos e instituciones que, tanto en Marruecos como en la Península, se disputaron el control del ámbito africanista. Algunos de ellos fueron delegaciones o centros dependientes de la Alta Comisaría de España en Marruecos, máxima instancia política del Protectorado. Otros dependían de organismos como la Dirección General de Marruecos y Colonias, vinculada directamente a la Presidencia del Gobierno. En tercer lugar, no podemos olvidar que, desde el ámbito privado, también hubo instituciones que, como la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, no dejaron de aportar ideas y propuestas a un africanismo que, como ya hemos comentado, se institucionalizó como nunca antes lo había hecho.

La Alta Comisaría de España en Marruecos, con sede en Tetuán, no sólo controlaba la política del Protectorado sino que, además, tenía como misión representar al gobierno español en el país magrebí y tutelar a la principal autoridad marroquí en la zona española: el Jalifa⁹². A través de sus distintas delegaciones generales, impulsó la elaboración y difusión de un pensamiento africanista oficial que debía presidir la acción protectora. De todas ellas, una de las más significativas fue la Delegación de Asuntos Indígenas (DAI), puesto que era la encargada de fundamentar teóricamente y controlar de una forma efectiva todo el sistema de intervenciones sobre el que se cimentaba el Protectorado⁹³. También debemos destacar, a partir de la reforma de noviembre de 1941, la Delegación de Educación y Cultura, responsable de todos los niveles de

⁹² Las autoridades españolas no aceptaron que una figura como el Sultán, controlada por los franceses, influyese sobre la zona española. Por eso la Alta Comisaría concedió al cargo de Jalifa un estatuto especial, más allá de su función de representante del Sultán. Propuesto por los españoles y elegido por el Sultán, se le construyó una especie de Estado gemelo al del monarca marroquí por lo que, desde la perspectiva administrativa, la zona jalifiana era un calco del *Majzén*, la administración sultaniana. Josep Lluís MATEO DIESTE, *La hermandad hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en Marruecos [1912-1956]*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2003, pp. 168-169.

⁹³ El territorio marroquí estaba dividido en cabilas y cada autoridad de la administración marroquí estaba intervenida (era controlada) por el correspondiente interventor de la administración española. El gobierno, por tanto, no era directo, sino que se ejercía a través de las autoridades autóctonas. MATEO DIESTE, *La hermandad hispano-marroquí...*, *op. cit.*, pp. 67-70; José Luis VILLANOVA VALERO, *Los interventores. La piedra angular del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2006. Sobre la producción africanista de la DAI, consúltese *Índice por autores, toponimia y materias de trabajos, folletos, memorias, traducciones, etc. archivados en la Delegación de Asuntos Indígenas*, Tetuán, DAI, 1955.

enseñanza (hasta entonces dependientes de la DAI), de los trabajos arqueológicos, de los museos y de los distintos centros culturales y de investigación⁹⁴.

Desde la Guerra Civil el *Majzén* y la Alta Comisaría impulsaron la aparición de toda una serie de organismos destinados a alimentar y reforzar el discurso africanista. Uno de ellos, fundado en 1938 sobre la base de la Academia de Árabe y Bereber de Tetuán, fue el Centro de Estudios Marroquíes, cuya principal función era, como veremos en próximos capítulos, preparar a intérpretes de árabe y bereber así como a funcionarios aptos para la administración del Protectorado⁹⁵. No obstante, quizás los centros más significativos fueran el Instituto Jalifiano Muley el Hassan, creado en febrero de 1937 y centrado en los estudios islámicos y marroquíes para la formación de la élite intelectual magrebí, y el Instituto General Franco, fundado en 1938 y destinado a la investigación de las relaciones hispanoárabes para rememorar el esplendor de al-Ándalus y reforzar la memoria de un pasado común. Todos ellos fueron activos productores de textos y ciclos de conferencias destinados a justificar la presencia de España en el norte de África y a destacar los “históricos y fraternales” lazos que unían a españoles y norteafricanos⁹⁶.

Uno de los grandes impulsores de toda esta labor africanista dentro de la administración española en Marruecos fue Tomás García Figueras (1892-1981), encargado de dirigir prácticamente todas las iniciativas culturales del Protectorado e impulsor de numerosas reformas administrativas como la que reorganizó la Alta Comisaría en noviembre de 1941.

Comandante de artillería hasta su retirada del cuerpo en julio de 1931, García Figueras llegó a ser Interventor Regional en Larache, Secretario General de la Alta Comisaría de Tetuán, delegado de Educación y Cultura (1941-1942, 1947-1953), de Economía, Industria y Comercio (1942-1946), de Asuntos Indígenas (1952-1956) y asesor permanente de los Altos Comisarios⁹⁷. Vivió prácticamente toda su vida en

⁹⁴ Artículo 19 de la Ley de 8 de noviembre de 1941 según la cual se reorganiza la Alta Comisaría de España en Marruecos.

⁹⁵ En el Centro de Estudios Marroquíes se estudiaba árabe clásico y dialectal, historia y geografía de Marruecos, derecho musulmán y administrativo o arte hispano-marroquí, entre otras materias. Todas las enseñanzas estaban destinadas a reforzar la idea de hermandad hispano-marroquí. Irene GONZÁLEZ, “La «hermandad hispano-árabe» en la política cultural del franquismo (1936-1956)”, *Anales de Historia Contemporánea*, nº 23 (2007), pp. 186-187.

⁹⁶ CORDERO TORRES, *El africanismo en la cultura hispánica...*, *op. cit.*, pp. 93-94.

⁹⁷ En 1936, tras el estallido de la Guerra Civil, fue enviado por Franco a Marruecos para ocupar distintos puestos de la administración española en el Protectorado y para asesorar a los militares que ocuparon la Alta Comisaría entre 1936 y 1956: Orgaz (1936-1937 y 1941-1945), Beigbeder (1937-1939), Asensio (1939-1941), Varela (1945-1951) y García Valiño (1951-1956).

Marruecos y se convirtió en uno de los más prestigiosos africanistas del régimen franquista. García Figueras, además, se presentó como el abanderado del discurso de la misión desinteresada de “civilización” que, supuestamente, debía estar en la base de las actuaciones de todos los interventores. Cualquier cargo del Protectorado, según el eminente africanista, debía conocer la realidad marroquí y llegar al “alma” de los colonizados para entenderlos y actuar de la manera más respetuosa posible. Toda su obra, en este sentido, se destinó a difundir unas ideas que, en última instancia, buscaban la legitimación de la presencia española en el norte de África.

A partir de la independencia de Marruecos, García Figueras volvió a su Jerez natal, donde ocupó la alcaldía y continuó con la investigación de cuestiones africanas. En 1966, además, cedió buena parte de su biblioteca y archivo personal a la Biblioteca Nacional de España, lo cual dio lugar a una Sección de África que, durante décadas, ha sido referencia ineludible para los investigadores interesados en el Protectorado y el africanismo español.

Otra figura clave del africanismo en Marruecos fue Enrique Arqués Fernández (1885-1970), personaje de gran influencia en la Alta Comisaría y autor de referencia para africanistas de distintas procedencias⁹⁸.

Hijo del gobernador de Alhucemas, la vida de Arqués estuvo relacionada con África prácticamente desde el principio. Colaboró asiduamente con *El Telegrama del Rif*, *El Debate*, *ABC*, *Heraldo de Aragón*, *El Faro*, *Diario de África*, *Marruecos*, fundó la revista árabe *Al Ittihad* y durante once años fue director del periódico *El Islah*. Su labor periodística le llevó a la jefatura de Prensa de la Alta Comisaría, lo que le permitió organizar los servicios de radio, prensa y propaganda del Protectorado, crear la hemeroteca y el archivo fotográfico de Tetuán y contribuir a la creación del Centro de Estudios Marroquíes. Arqués, además, ocupó otros cargos de responsabilidad como la dirección del Instituto General Franco, desde donde impulsó la publicación de toda una serie de obras sobre Marruecos y la “misión española” en África⁹⁹. Su posición, por tanto, lo convirtió en una figura clave dentro del africanismo oficial y también, como

⁹⁸ Podemos encontrar una breve reseña biográfica de este africanista en Tomás BORRÁS, “Enrique Arqués primer marroquinista”, *África*, nº 151 (1954), pp. 18-20.

⁹⁹ *ABC* (31-3-1963), p. 99; Vicente MOGA ROMERO, “El mundo de la edición-reedición y el Protectorado: en torno a la cuestión hispano-marroquí (1859-2006)”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes: un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*, Madrid, Guadarrama, Ediciones de Oriente y del Mediterráneo, 2007, pp. 99-100.

señala el consulado británico en Tetuán, en uno de los más próximos consejeros de los Altos Comisarios en asuntos indígenas¹⁰⁰.

Pese a la importancia de los organismos y de los personajes citados, la labor africanista de la Alta Comisaría de España en Marruecos sólo representó una parte de la producción de lo que hoy conocemos como africanismo franquista. Así pues, si hablamos del entramado institucional africanista durante la dictadura, debemos destacar también el papel desempeñado por la denominada Dirección General de Marruecos y Colonias, ya que de ella dependieron algunos de los organismos e instituciones africanistas más importantes del franquismo.

La Dirección General de Marruecos y Colonias fue creada por la Dictadura de Primo de Rivera en diciembre de 1925, reorganizada en 1931 y eliminada en 1934. Durante la Guerra Civil el gobierno de Franco estableció un Servicio Nacional de Marruecos y Colonias que, con el tiempo, recuperaría el rango de Dirección General bajo el control, primero, del Ministerio de Asuntos Exteriores y, a partir de 1942, de Presidencia del Gobierno. Son muchos los historiadores que consideran que este hecho la situó directamente bajo la influencia de Luis Carrero Blanco, un personaje que, según diversos historiadores, controló la política española en África hasta su asesinato en diciembre de 1973¹⁰¹.

Durante casi un cuarto de siglo (entre 1944 y 1968), la Dirección General (de Marruecos y Colonias hasta 1956, de Plazas y Provincias Africanas hasta 1968 y de Promoción del Sahara hasta 1975) estuvo en manos de un hombre cercano a Carrero que la dirigió con mano de hierro y que, en poco tiempo, se convirtió en una figura clave dentro del africanismo franquista: el coronel (después general de Estado Mayor) José Díaz de Villegas (1894-1968).

Licenciado en Derecho por la Universidad de Oviedo y profesor de geopolítica en diversos centros militares y civiles, este militar cántabro no sólo ocupó la jefatura de la Dirección General de Marruecos y Colonias hasta su muerte en 1968, sino también la de

¹⁰⁰ F.O. 371/97192, archivo 10341, National Archives of the United Kingdom, “Rapprochement between Spain and Morocco; contacts between Morocco Nationalist leaders and the Spanish Government”, 1952.

¹⁰¹ En este sentido, el coronel Díaz de Villegas, pocas semanas después de haber tomado posesión del cargo de Director de Marruecos y Colonias, reconocía en una entrevista sobre la labor africanista de la Dirección General que “el Subsecretario de la Presidencia, señor Carrero Blanco, nos anima, nos orienta y nos dirige con tanto entusiasmo como acierto”, “Progresivo aumento del interés español por los problemas africanos”, *Arriba* (27-12-1944), pp. 1-3. Véanse también al respecto Stanley PAYNE, *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987, p. 556; SUÁREZ BLANCO, “Las colonias españolas en África...”, *op. cit.*, p. 319. Sobre Carrero Blanco, podemos destacar la biografía de Javier TUSELL, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.

la que sería la principal institución africanista del franquismo, el Instituto de Estudios Africanos (IDEA), y la de su publicación estrella, *África*¹⁰².

Entre el africanismo procedente del Protectorado y el elaborado en las instituciones peninsulares hubo una estrecha colaboración. Tomás García Figueras, por ejemplo, fue un habitual colaborador de la revista *África* y escribió numerosas obras que inspiraron a buena parte del africanismo español de los años cuarenta y cincuenta. Ahora bien, pese a sus relaciones con instituciones como el IDEA, el delegado de la Alta Comisaría mostró en más de una ocasión sus desavenencias con las opiniones y decisiones de Díaz de Villegas, puesto que no entendía que, desde Madrid, pretendiesen decirle cómo se debía tratar a un pueblo con el que él y los suyos, desde Tetuán, convivían diariamente¹⁰³.

No obstante, las principales tensiones se dieron entre las distintas entidades africanistas peninsulares, en particular entre el todopoderoso IDEA y la Sección Colonial del Instituto de Estudios Políticos (IEP). EL IDEA aspiraba a ser el único foco relevante del africanismo español y a controlar el “pastel africanista”, bastante reducido a partir de 1945. Así, no dudó en arrinconar otras propuestas africanistas que pudieran convertirse en competencia dentro de un régimen franquista que, pese a todo, cada día era menos “africano”.

3.2.1. El africanismo “oficial”: el Instituto de Estudios Africanos

En noviembre de 1939 se promulgó la Ley de creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Este centro, dependiente del Ministerio de Educación, se organizó inicialmente con aquellas personas que habían formado parte de la suprimida Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y que, tras la guerra, aún permanecían en España¹⁰⁴. También fue frecuente que el Consejo

¹⁰² “Ha fallecido el general don José Díaz de Villegas”, *ABC*, (11-8-1968), p. 25; “Ayer falleció en Madrid el general don José Díaz de Villegas”, *La Vanguardia Española* (11-8-1968), p. 5. Sobre el IDEA y la revista *África* debemos destacar el extenso estudio Alfred BOSCH-PASQUAL, *L’africanisme franquista i l’IDEA (1936-1975)*, tesis de licenciatura inédita, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1985. Aunque bastante más antigua y con un enfoque profundamente franquista, debemos mencionar también, por la gran cantidad de información que facilita, la monografía Luis SÁEZ DE GOVANTES, *El africanismo español*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1971.

¹⁰³ BOSCH-PASQUAL, *L’africanisme franquista i l’IDEA...*, *op. cit.*, pp. 230-231.

¹⁰⁴ La Junta para Ampliación de Estudios surgió en 1907 gracias al impulso de la Institución Libre de Enseñanza, lo cual provocó que en numerosas ocasiones fuese objeto de presiones de determinados sectores conservadores que llegaron a hacer peligrar su existencia. Gracias a un reducido número de prestigiosos autores, la Junta consiguió en poco tiempo unos niveles de calidad reconocidos tanto en Europa como en los Estados Unidos. El CSIC, en este sentido, quiso aprovechar estas circunstancias para

aprovechara las estructuras de antiguas instituciones para la configuración de los nuevos institutos en los que iba a organizarse. Así, por ejemplo, las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, fundadas durante la Segunda República, fueron agrupadas en 1946 en el Instituto Miguel Asín Palacios, por lo que su personal y sus publicaciones (como la revista *Al-Ándalus*) pasaron a depender del CSIC¹⁰⁵.

Hubo que esperar casi seis años para que, dentro del entramado del Consejo, se constituyese la que sería la gran institución africanista del franquismo: el Instituto de Estudios Africanos. La creación de un instituto como ése venía siendo objeto de debate desde hacía ya unos años. El falangista Antonio Tovar, como Director General de Enseñanza Técnica, había pedido en diversas ocasiones el establecimiento de una institución de ese tipo, considerada imprescindible para reforzar el discurso expansivo y reivindicativo de tipo imperial. La Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales también planteó la conveniencia de una institución de esas características en muchas de sus sesiones. A principios de 1943, y tras largos meses de trabajo, una ponencia formada por destacados miembros de la SEIC, entre los que se encontraba Cordero Torres, redactó un anteproyecto de creación de un Instituto de Altos Estudios Africanos que, tras ser debatido y enmendado, fue enviado a las autoridades públicas. En el debate, más allá de los miembros de la Sociedad, participaron figuras tan destacadas como el Director General de Marruecos y Colonias, Juan Fontán y Lobé, cuya repentina muerte, sólo un año después, auparía a José Díaz de Villegas a la jefatura de la principal Dirección africanista. El proyecto presentado por la SEIC pretendía crear un instituto orientado a la preparación y selección del personal destinado a los puestos técnicos más importantes en el Protectorado y las colonias, así como poner en marcha un ambicioso proyecto que difundiese con eficacia la “misión africana de España”¹⁰⁶.

convertirse en un nuevo centro de referencia con presencia y reconocimiento en el ámbito internacional. Enrique GUTIÉRREZ RÍOS, “El Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su gestación y su influjo en el desarrollo científico español”, *Arbor*, nº 529 (1990), pp. 75-77, 82-85; BOSCH, *L’africanisme franquista i l’IDEA...*, *op. cit.*, p. 205.

¹⁰⁵ CORDERO TORRES, *El africanismo en la cultura hispánica...*, *op. cit.*, pp. 26-27; BOSCH, *L’africanisme franquista i l’IDEA...*, *op. cit.*, p. 205; LÓPEZ GARCÍA, “30 años de arabismo español...”, *op. cit.*, p. 14.

¹⁰⁶ “Labor de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Proyecto de un Instituto de Altos Estudios Africanos”, *África*, nº 17 (1943), p. 40. Se pueden consultar las “observaciones al proyecto de disposición creando el Instituto de Estudios Africanos” (Madrid, 12 de marzo de 1943) o la “Nota referente al proyecto de creación del Instituto de Estudios Africanos” (leídas el 17 de marzo de 1943) en *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Veinte años de labor por la paz y la justicia universal y por España. Selección de declaraciones, programas y propuestas, con sucinta nota de sus actividades, organización y composición*, Madrid, 1954, pp. 198-202.

El decreto de creación del IDEA vio finalmente la luz el 28 de junio de 1945¹⁰⁷. Como ya hemos apuntado, desde su mismo nacimiento estuvo vinculado a la Presidencia del Gobierno de España, ya que la ley establecía que el Director General de Marruecos y Colonias, dependiente de Presidencia, lo fuera también del instituto. Así, desde el primer momento, la dirección del IDEA recayó en el coronel José Díaz de Villegas, a quien correspondía no sólo nombrar al vicedirector o secretario, sino también a los miembros de las secciones en las que iba a dividirse el organismo y a los distintos colaboradores especialistas del mismo. Éstas y otras atribuciones hicieron de Díaz de Villegas una figura casi omnipotente dentro del instituto hasta su muerte en 1968¹⁰⁸.

Estructurado, como hemos señalado, en diversas secciones (Geografía, Física, Geología, Arqueología, Arte, Botánica, Antropología, Medicina, Derecho, Entomología), el IDEA se caracterizó desde el comienzo por su deseo de justificar y perpetuar la presencia española en África a través de evocar un pasado imperial. Su africanismo era nostálgico, ultranacionalista, lleno de valores militares cultivados durante las guerras marroquíes, idólatra respecto a Franco y receloso hacia expresiones demasiado científicas pese a pertenecer al CSIC¹⁰⁹. Todo eso se articuló en un discurso que, a pesar de no presentar ya el carácter agresivo y expansivo del africanismo de los primeros años cuarenta, se caracterizó por una retórica providencial y militarista fundamentada en la idea de que si España perdía el control del norte de Marruecos, siguiendo los postulados geoestratégicos del momento (pero también los de la tradición africanista decimonónica), quedaría atenazada entre territorios franceses y su supervivencia e independencia peligrarían. España, además, tenía una misión africana que no sólo pasaba por la labor protectora, sino también por contener el avance devastador del comunismo por el continente africano. De este modo, como decía Enrique Arqués, España debía permanecer en África para defender las fronteras, para cumplir su destino inaplazable y para frenar la amenaza bolchevique¹¹⁰.

Ahora bien, más allá de estos principios, el IDEA también se hizo eco de los planteamientos de fraternidad y amistad con los arabo-musulmanes. España estaba allí

¹⁰⁷ Su organización y funcionamiento se reglamentó en la orden de la Presidencia del Gobierno de 10 de julio de 1946 (BOE, nº 197), en la cual se disponía su integración en el CSIC.

¹⁰⁸ “Por disposición oficial, la revista *ÁFRICA* pasa a depender del Instituto de Estudios Africanos”, disposición oficial recogida en *África*, nº 58 (1946), p. 44; SUÁREZ BLANCO, “Las colonias españolas en África...”, *op. cit.*, p. 321.

¹⁰⁹ BOSCH, *L'africanisme franquista i l'IDEA...*, *op. cit.*, pp. 207-209, 213.

¹¹⁰ Enrique ARQUÉS, *El camino nuestro*, Madrid, CSIC-IDEA, 1949.

por razones geoestratégicas y providenciales, pero también por responsabilidad histórica y moral, ya que era una nación protectora encargada de llevar a la nación débil hacia la mayoría de edad. El Estado español no dominaba Marruecos, sino que lo protegía y lo ayudaba como consecuencia de unos vínculos fraternales que venían de atrás, marcados por la Historia y por la Naturaleza. De este modo, recordando las palabras de Costa y de otros africanistas decimonónicos, autores como Díaz de Villegas, Borrás o Arqués no dudaban en afirmar que:

“Hay en lo geográfico, como lo hay en lo histórico, una Iberáfrica [...]: Nuestra tradición africana es, por tanto, tan vieja como el mundo mismo”¹¹¹.

“Siempre fue Europa, por una u otra causa, la que nos apartó de África. Europa tuvo la culpa. Hoy mismo, ¿quién nos desvía de nuestro camino natural? [...] Es cierto que África empieza en los Pirineos”¹¹².

“Juntos, somos. En espíritu, en geografía, en hechos, en perfección. No nos es posible eludir la unidad de destino. ¡Dios lo quiere!”¹¹³.

Toda esta doctrina, fundamentada en la geoestrategia, la historia, la providencia, la política y la espiritualidad, se difundió a través de numerosos libros (durante su larga existencia el IDEA publicó alrededor de 350 monográficos), congresos y ciclos de conferencias (todos los años, entre noviembre y mayo, el instituto organizaba unos cursos que tenían lugar en el salón de actos del CSIC y que solían incluir de 15 a 20 conferencias anuales), exposiciones y concursos (de periodismo, literatura, pintura, etc.), pero también mediante dos importantes publicaciones periódicas: la revista trimestral *Archivos del Instituto de Estudios Africanos* (1947-1966) y, especialmente, *África*, continuadora de la histórica *África. Revista de tropas coloniales* (suspendida en 1936 como consecuencia del estallido de la Guerra Civil).

La primera nació en 1947, inicialmente con carácter semestral, con la finalidad, básicamente, de recoger los textos derivados de las distintas conferencias que el IDEA organizaba semanalmente en el CSIC. Con el tiempo, su periodicidad se redujo y su

¹¹¹ José DÍAZ DE VILLEGAS, “El África española en el conjunto africano”, en *Curso de divulgación africanista en la Universidad de Valladolid*, Madrid, CSIC-IDEA, 1950, pp. 16-17.

¹¹² ARQUÉS, *El camino nuestro*, op. cit., pp. 54, 58.

¹¹³ Tomás BORRÁS, *La España Completa*, Madrid, IDEA, 1950, p. 52.

contenido se amplió a otros trabajos de investigación generalmente relacionados con la labor científica del Instituto¹¹⁴.

África, cuya edición fue retomada en 1942, era mucho más divulgativa, por lo que sus textos estaban tan dirigidos a los expertos en cuestiones africanas como al gran público. De hecho, en pocos meses, por orden de la Subsecretaría de la Presidencia del Gobierno, controlada por Carrero, fue declarada revista de utilidad pública, por lo que se impulsó al máximo su difusión¹¹⁵.

Durante sus primeros años, en los que dependió del Instituto de Estudios Políticos, *África* se caracterizó por presentar un discurso profundamente reivindicativo, en la línea ya comentada, y por apoyar abiertamente las pretensiones imperialistas alemanas, italianas y portuguesas¹¹⁶. Era frecuente la reivindicación de un espacio vital para España, pero también para unas potencias del Eje que debían dar lugar a una nueva Europa y a un nuevo orden mundial¹¹⁷. No obstante, esta revista no descuidó el que venía siendo el discurso habitual del africanismo español, por lo que siguió hablando del mandato de Isabel la Católica, de la “simetría perfecta” entre España y Marruecos, de vínculos raciales y etnográficos, de la magnificencia de la cultura hispanoárabe o de una comunidad espiritual entre Islam y cristianismo que tan claramente cristalizó en la Guerra Civil española. En esta etapa fueron colaboradores habituales personajes como Juan Fontán y Lobé, Tomás García Figueras, José María Cordero Torres o Enrique Arqués, a los que acompañaron esporádicamente otras figuras destacadas como Martín Almagro, José María de Areilza, Fernando María Castiella, Antonio Tovar o el general Aranda, entre otros.

¹¹⁴ “Archivos del Instituto de Estudios Africanos. Una publicación trascendental para la investigación africanista”, *África*, nº 96 (1949), pp. 22-23.

¹¹⁵ BOE, Presidencia del Gobierno, 30 de octubre de 1942.

¹¹⁶ En los números de 1942 y 1943 fue muy frecuente encontrar artículos en los que se reivindicaba una expansión española por África y la anexión de territorios irredentos para recuperar el camino del Imperio. Podemos destacar Enrique ARQUÉS, *África*, nº 5 (1942), “La soñera española”, pp. 28-29; Heinz BARTH, “Punto de vista alemán”, *África*, nº 5 (1942), pp. 30-34; Juan Fontán y Lobé, “El reparto de África”, *África*, nº 7 (1942), pp. 3-8; Hispanus, “Un Imperio que no lo es y que lo será”, *África*, nº 7 (1942), pp. 9-12; Bartolomé MOSTAZA, “Mauritania y nuestra plenitud nacional”, *África*, nº 7 (1942), pp. 46-49; Enrique ARQUÉS, “Marruecos y España: es esta la hora suprema de las revisiones y las reivindicaciones”, *África*, nº 8 (1942), pp. 31-32; “Sin abdicaciones ni desmayos”, *África*, nº 11 (1942), p. 1; Tomás GARCÍA FIGUERAS, “Reivindicaciones de España en el norte de África”, *África*, nº 11 (1942), pp. 6-13; Enrique ARQUÉS, “España en el afán de Europa”, *África*, nº 11 (1942), pp. 14-16; Gregorio GRANADOS, “Intereses africanos de España: Liberia”, *África*, nº 12 (1942), pp. 33-35; Fernando DE CARRANZA, “El Estrecho de Hércules y el monte Calpe”, *África*, nº 14 (1943), pp. 25-29; “África española. El más pequeño imperio colonial del continente negro”, *África*, nº 14 (1943), p.49. Sobre el apoyo al imperialismo italiano y alemán, sirva como ejemplo José DÍAZ DE VILLEGAS, “África. El continente de las injusticias. Cómo deshicieron el Imperio alemán y cómo medraron otros”, *África*, nº 7 (1942), pp. 29-33.

¹¹⁷ Bartolomé MOSTAZA, “Marruecos y nuestro espacio vital”, *África*, nº 3 (1942), pp. 31-34

Por una disposición oficial de julio de 1946, tras la creación del Instituto de Estudios Africanos, esta revista fue incorporada al CSIC como órgano del IDEA¹¹⁸. Esta nueva adscripción supuso un cambio importante, ya que fueron muchos los que, como Almagro, Banciella, Ezquerra, Tarradell, Perpiñá Grau, Cordero Torres u otros autores vinculados a la SEIC fueron desapareciendo de sus páginas¹¹⁹. Desconocemos si tuvo alguna relación, pero lo cierto es que durante el año 1946 la SEIC planteó “críticas constructivas” a un determinado africanismo, señalando que “la Sociedad no cree que la política exterior española pueda definirse ni mantenerse sobre la base de tópicos inoperantes por el estilo de los de «Imperio Espiritual», «Estado anticomunista», «Defensor (gratuito, mal armado y exhausto) del Occidente» y otros semejantes”¹²⁰, tópicos que, nada casualmente, iban a llenar más que nunca las páginas de *África* a partir de ese momento. Por otra parte, la sociedad africanista mostraba también su preocupación por “el carácter retórico, protocolario y desviado que adoptan muchas de las relaciones con el pueblo marroquí” y señalaba que esos errores, cometidos también con los pueblos hispanoamericanos y causantes de la catástrofe de 1898, debían subsanarse, ya que “la Sociedad sabe que el curso mundial de ciertos acontecimientos no se para porque así lo desee ningún sector”, por lo que se debe aspirar a que cuando España salga de Marruecos, “lo haga voluntariamente como amiga, aliada y bienhechora de sus vecinos, y no por fuerza bajo acusaciones de torpeza o rapacidad”¹²¹.

Todo apunta, por tanto, a que ese “sector” al que alude la SEIC, el que se había instalado en el IDEA y controlaba ahora la revista *África*, no recibió con demasiado agrado unas reflexiones que, incluso, llegaron a pedir la creación de otras instituciones africanistas oficiales que “complementasen” la labor realizada por el Instituto de Estudios Africanos¹²². Como ya hemos señalado, no sabemos si todo esto estuvo en la base de la desaparición de algunos de los colaboradores de *África* a partir de 1946; lo

¹¹⁸ “Por disposición oficial, la revista *ÁFRICA* pasa a depender del Instituto...”, *op. cit.*

¹¹⁹ Debemos señalar que, además, a partir de 1946, la SEIC, que hasta ese momento había aparecido en la mayoría de ejemplares de *África* con motivo de sus cursos, ciclos de conferencias u otro tipo de actividades culturales, desapareció completamente de sus páginas a pesar de mantener su intensa agenda africanista. Por lo que respecta a los autores que dejaron de colaborar en *África* a partir de la adscripción de ésta al IDEA, véase el Apéndice documental, pp.

¹²⁰ “Crítica constructiva: ante el panorama exterior”, en *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales...*, *op. cit.*, p.97.

¹²¹ *Ibíd.*, pp. 98-99

¹²² “Organización de los estudios africanistas y aplicación práctica de sus conclusiones o recomendaciones” (aprobado como base en 26 de diciembre de 1946), en *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales...*, *op. cit.*, pp.192-195.

que sí sabemos es que buena parte de ellos pasaron a formar parte de otros proyectos que, como el que se dio en el marco de la Sección Colonial del IEP, intentaron dar lugar a un africanismo distinto.

3.2.2. El africanismo “tolerado”: la Sección de Estudios Coloniales del Instituto de Estudios Políticos

Según Nicolás Sesma Landrín, el Instituto de Estudios Políticos nació, el 9 de septiembre de 1939, para reforzar las aspiraciones falangistas de convertirse en el eje político e ideológico del Nuevo Estado. El modelo fue el italiano y fascista Istituto Nazionale Fascista di Cultura, creado en Roma en 1925 y dirigido inicialmente por Giovanni Gentile¹²³. El IEP, por tanto, se concibió, en palabras de Stanley Payne, como el *brain trust* de FET y de las JONS, destinado no sólo al estudio y elaboración de un marco político-ideológico, sino también a la formación de los cuadros dirigentes del partido y, por extensión, del nuevo régimen¹²⁴.

En este sentido, desde el primer momento el instituto dispuso de los recursos necesarios (inversión estatal, una gran biblioteca, editorial propia...) para llevar a cabo una tarea doctrinal de altura, lo cual le permitió financiar numerosas obras y publicaciones que, como la *Revista de Estudios Políticos*, nacieron con voluntad de ser guía de la élite gobernante.

El Instituto fue estructurado en departamentos o secciones temáticas especializadas que nunca gozaron de una total autonomía, ya que el director era quien configuraba el organigrama del centro, la elección de los miembros y la orientación ideológica de las secciones. Esta es la razón por la que se suele decir que la historia del Instituto de Estudios Políticos tiene tantas etapas como directores.

El primer director fue Alfonso García Valdecasas, encargado de convertir el IEP en un instrumento ideológico operativo. El mismo Serrano Suñer lo había elegido por ser una figura respetada tanto por los falangistas como por los monárquicos de *Acción Española*. Durante su mandato se crearon secciones importantes como la de Constitución y Administración del Estado, a través de la cual Serrano pretendía influir

¹²³ Nicolás SESMA LANDRÍN, “Propaganda en la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943)”, *Ayer*, nº 53 (2004), pp. 157, 160-161; Sten Eric NORLING, “La Revista de Estudios Políticos, 1941-1943. Un intento de elaboración de una doctrina en política exterior durante la II Guerra Mundial” en Javier TUSELL (dir.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 1997, p. 287.

en la redacción de leyes fundamentales desde una perspectiva claramente fascista, o la de Política exterior, dirigida por Castiella y de la que se escindiría, cuando éste fuese director del IEP, una Sección de Estudios Coloniales¹²⁵. La presencia de una Sección de esas características en el seno de un organismo como el Instituto de Estudios Políticos revela la importancia que, en ese contexto, el régimen, y los sectores falangistas le concedieron a todo lo relacionado con África y el colonialismo español.

Del mismo modo que sucedió con el IDEA, la SEIC participó activamente en el debate sobre la creación de una sección colonial y africanista dentro del Instituto de Estudios Políticos¹²⁶. En este caso, su papel fue mucho más activo, ya que, una vez constituida la sección, su dirección recayó en el jurista, secretario y fundador de la Sociedad, José María Cordero Torres.

Cordero Torres nació en Almería en diciembre de 1909, cinco meses después de la Semana Trágica y de la derrota de Barranco del Lobo. Se doctoró en Derecho por la Universidad Central en el curso 1928-1929 y, sólo un año después, se convirtió en Letrado Mayor del Consejo de Estado. No obstante, pese a su carrera fulgurante, su verdadera pasión en aquel momento era otra. Así, como ya hemos visto, durante la Segunda República comenzó a escribir sobre cuestiones coloniales para complementar el programa internacional del jonsismo, lo cual le llevó, en 1934, a fundar una Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales destinada a “crear una conciencia española en materia internacional y colonial”¹²⁷.

Tras la guerra, ejerció como ayudante de Cátedra de Derecho Internacional Público (en tiempos de los catedráticos García Trelles y Yanguas Messía) y como encargado de las Cátedras de Política Colonial y Geografía y Política Económica de Marruecos, en la Universidad Central de Madrid. Explicó también varios cursos en la Escuela Diplomática, en la de Funcionarios Internacionales, en el Seminario de Estudios Iberoamericanos y, por supuesto, en el Instituto de Estudios Políticos.¹²⁸

Alrededor de Cordero, y en el marco de la Sección Colonial del IEP, se formó un interesante grupo de estudiosos (muchos de ellos procedentes del Derecho

¹²⁴ Stanley PAYNE, *Falange. Historia del fascismo español*; Madrid, Sarpe, 1985 (1965), p. 217

¹²⁵ SESMA LANDRÍN, “Propaganda en la alta manera e influencia...”, *op. cit.*, pp. 162-164, 170.

¹²⁶ “Proyecto sobre organización de una Sección Africanista en el Instituto de Estudios Políticos (1939-40)”, en *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales. Actividades, organización y composición*, Madrid, SEIC, 18 de enero de 1934 a 18 de enero de 1947, p. 4.

¹²⁷ Manuel J. PELÁEZ, *Diccionario crítico de juristas españoles, portugueses y latinoamericanos (hispánicos, brasileños, quebequenses y restantes francófonos)*, Zaragoza, Universidad de Málaga, 2005, p. 241.

Internacional) que impulsaron la aparición de la que sería la publicación africanista del Instituto de Estudios Políticos, *Cuadernos de Estudios Africanos* (1946-1957)¹²⁹, una revista que, frente al grupo de Tomás García Figueras o al del IDEA, intentó plantear un tipo de africanismo algo diferente.

Pese al mérito de sus propuestas y la calidad de *Cuadernos* dentro del panorama africanista e intelectual español, el hecho de no ser militar y de tener unos planteamientos que no siempre coincidían con los del IDEA, dejó a Cordero al margen del africanismo más oficial y lo forzó a crearse un espacio en el IEP que, si bien tuvo mucha influencia falangista en los primeros años, a partir de finales de los cuarenta se volvió más “abierto” y crítico. Cordero, como hemos visto, se adaptó perfectamente a la etapa de fervor patriótico reivindicativo de los primeros años del régimen; pero, aun así, sus planteamientos siempre fueron mucho más lúcidos que los del africanismo del IDEA.



A finales de los años cuarenta, el falangismo, tras el golpe que recibió como consecuencia de la evolución de la Segunda Guerra Mundial, experimentó un cierto renacer. Un reflejo de ese rearme de la cultura falangista lo encontramos en la *Revista de Estudios Políticos*, dirigida por Francisco Javier Conde, que tendría enfrente a la revista *Arbor*, portavoz del CSIC y núcleo del equipo que habían conseguido reunir Rafael Calvo Serer y Florentino Pérez Embid. El enfrentamiento político e ideológico condujo a una gran crispación entre los dos sectores franquistas. El ataque desencadenado contra Ortega y Unamuno por parte de los medios del Opus Dei, así como por sectores católicos y la misma jerarquía eclesiástica, fue brutal; no menos lo fueron los ataques de Pérez Embid y Calvo Serer a la orientación de la *Revista de Estudios Políticos* y del IEP, presentados como un reducto de izquierdosos importadores de doctrinas totalitarias y extranjerizantes y alejados del pensamiento cristiano¹³⁰.

¹²⁸ ABC (24-3-1977), p. 13; “In memoriam: José María Cordero Torres”, *Revista de Política Internacional*, nº 150 (marzo-abril de 1977), pp. 5-7.

¹²⁹ En 1954 esta publicación pasó a denominarse *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*; y un nuevo cambio en 1955 la convirtió en *Cuadernos Africanos y Orientales*, denominación que mantuvo hasta su desaparición un par de años después.

¹³⁰ SAZ CAMPOS, *España contra España...*, op. cit., pp. 380-385. Véase también Sara PRADES PLAZA, “Escribir la Historia para definir la nación. La historia de España en Arbor: 1944-1956”, *Ayer*, nº 66 (2007), pp. 177-200. Debemos recordar que, con el paso del tiempo, el IEP pasó del falangismo más combativo a un falangismo más laxo que se esforzó en demostrar la naturaleza no totalitaria del régimen

Díaz de Villegas aprovechó este contexto de “debilidad” del IEP para empezar a erosionar un africanismo, el del círculo de Cordero, que podía llegar a eclipsarlo. La línea de *Cuadernos* era bastante más abierta que la de *África* y había debates especializados que sólo podían llevar a cabo intelectuales de un cierto nivel; sus planteamientos eran más rigurosos y empezaban a disfrutar de un respeto que, a la larga, podía acabar con un IDEA mucho más panfletario y anticuado. En este sentido, resultan sorprendentes unas palabras pronunciadas por el propio Cordero Torres en una reunión de la Sección de Estudios Coloniales en enero de 1957, recogidas en *Cuadernos*:

“No todo español a quien incumbe activar las nuevas relaciones entre los dos países [España y Marruecos] percibe las realidades, sino que con su rutina y fidelidad a perspectivas de hace veinte años, revela una falta de adecuación lamentable”¹³¹.

Una vez más, podemos intuir que tras estas palabras se ocultaba una crítica al otro africanismo, al que años atrás lo había expulsado de *África* y ahora le iba a dar la estocada final. Sea así o no, lo cierto es que en 1957, después de años de silenciosas presiones, aprovechando también el impacto que había supuesto la pérdida de Marruecos, Díaz de Villegas consiguió que los *Cuadernos* fuesen eliminados¹³². El IDEA, así, hizo caer una propuesta que, según Bosch, hubiese podido “salvar” el valor científico o metodológico del africanismo español¹³³. De ello precisamente, del contenido de esta propuesta y de su comparación con el otro africanismo, es de lo que daremos cuenta en el próximo capítulo.

de Franco. Castiella llegó a la dirección del IEP en 1943, cuando ya se contemplaba una posible derrota del Eje, y eso ya se tradujo en un cambio en los objetivos del organismo y en sus planteamientos. Los siguientes directores, Francisco Javier Conde y, especialmente, Emilio Lamo de Espinosa, no fueron sino un ejemplo más de este viraje ideológico. SESMA LANDRÍN, “Propaganda en la alta manera e influencia...”, *op. cit.*, pp. 175-176; NORLING, “La Revista de Estudios Políticos...”, *op. cit.*, pp. 292-293.

¹³¹ Palabras pronunciadas por José M^o CORDERO TORRES en la reunión del día 7 de enero de 1957 de la Sección de Estudios Coloniales del IEP, “Actividades de la Sección”, *Cuadernos africanos y orientales*, n^o 37 (1957), pp. 144-145.

¹³² Buena parte de sus autores fueron integrados en la *Revista de Política Internacional*.

¹³³ BOSCH-PASQUAL, *L'africanisme franquista i l'IDEA...*, *op. cit.*, pp. 234-237.

**DOS REVISTAS, DOS DISCURSOS.
LA NARRATIVA AFRICANISTA EN ÁFRICA Y
CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS**

“Había un grupo de españoles que estaban a nuestro favor desde Madrid [...] que estaban en la órbita; se tenía contacto con Carmen Martín de la Escalera, con Rodolfo Gil Benumeya, Julio Cola y otros. Había García Figueras, que no era muy adicto a que nos reuniéramos en la asociación que presidía Cordero Torres: Asociación de Estudios Internacionales [...] Fue [Abdeljalek] Torres quien me introdujo [...] Yo iba con mucha frecuencia a Madrid [...] Si García Figueras y todos los demás se hubieran enterado de los contactos que yo tenía con Torres, pues desde luego me habrían sancionado; no, liquidado”¹.

El 21 de mayo de 2001 Víctor Morales Lezcano entrevistó en Tetuán al historiador marroquí Muhammad Ibn Azzuz Hakim, colaborador esporádico de la revista *África* y, desde 1949, autor habitual de *Cuadernos de Estudios Africanos*, la publicación fundada y coordinada por el jurista José María Cordero Torres.

En esa entrevista el veterano hispanista hablaba de su participación en la administración española durante el Protectorado, de sus vínculos con el nacionalismo marroquí y, como muestra el párrafo inicial, de sus lazos con los distintos círculos africanistas españoles. En relación con las dos primeras cuestiones, Ibn Azzuz Hakim recordaba su paso por la Delegación de Asuntos Indígenas, como jefe de servicio, o su labor de profesor en la escuela de interventores, dos puestos estratégicos en la administración colonial que hicieron que el líder nacionalista Abdeljalek Torres se aproximase a él para conocer de primera mano las decisiones, opiniones o problemas de los denominados “protectores”. Por lo que respecta al tercer punto, el historiador marroquí hacía mención a sus contactos con los distintos sectores del africanismo español y recordaba que, gracias a su relación con Díaz de Villegas, García Figueras, Cordero Torres y muchos otros, pudo oír en primera persona sus discursos y opiniones por lo que respecta a las relaciones hispano-marroquíes, la labor colonizadora o los procesos de independencia.

¹ Declaraciones de Muhammad IBN AZZUZ HAKIM recogidas en Víctor MORALES LEZCANO, *Diálogos ribereños. Conversaciones con miembros de la élite marroquí*, Madrid, UNDED-Ediciones, 2002, pp. 253-254.

A lo largo de este capítulo, nos centraremos, precisamente, en los planteamientos de estos distintos africanismos, en las tensiones que se dieron entre ellos, y reconstruiremos sus narrativas, a través de dos de sus principales publicaciones, para ver cómo interpretaron los grandes cambios internacionales, hasta qué punto divergieron y de qué modo encajaron dentro de los diversos proyectos franquistas.

Entre 1945 y 1956, los africanistas españoles discutieron y debatieron sobre una España y un mundo afroasiático que, a lo largo de esos años, experimentaron cambios de una enorme relevancia. 1945 terminaba con una Europa en ruinas y con un régimen franquista aislado y algo tambaleante. 1957, en cambio, se iniciaba con un mundo dividido en dos grandes bloques y con una dictadura en España más o menos consolidada y reconocida por la comunidad internacional. Entre esas dos fechas, además, el imperialismo “clásico” se había agotado y cada vez eran menos los países que formaban parte del denominado “sistema de dependencias”. La creación de la Liga Árabe (1945), la Conferencia de Bandung (1955), el desafío egipcio a Gran Bretaña con la nacionalización del Canal de Suez (1956), las independencias de buena parte del Magreb (incluida la de Marruecos), el conflicto palestino-israelí... todo eso había cambiado el mundo, por lo que la manera de entender y emprender las relaciones internacionales ya no podía ser la misma que la que había predominado antes de la Segunda Guerra Mundial².

África y Cuadernos de Estudios Africanos (y Orientales, desde 1954), órganos del IDEA y del IEP respectivamente, se hicieron eco de todos estos cambios y acontecimientos para presentarlos a las élites políticas y diplomáticas del régimen. Lo interesante es que no siempre lo hicieron desde una misma óptica ni con las mismas intenciones. *África*, así, era la heredera del militarismo africanista, y aunque su discurso estaba lleno de referencias a la tan manida amistad hispanomusulmana o a los lazos fraternales con los norteafricanos, su irredentismo, su imperialismo nostálgico y su exaltación del Ejército y de la figura de Franco quedaban lejos de las propuestas de *Cuadernos*. El africanismo de *Cuadernos de Estudios Africanos*, por su parte, era el mejor heredero de la tradición africanista de raíz costista; un africanismo que se esforzó en presentar la presencia española en África como el resultado de los vínculos de raza y de historia y de la deuda que los españoles tenían con unos “hermanos” que, siglos atrás, habían contribuido a su civilización. Por esta razón, no pocos autores de esta

² Para todo este contexto de posguerra europea, consúltese Tony JUDT, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 430-444.

publicación consideraban que no era necesario un dominio efectivo del territorio para mantener unas relaciones que podían y debían beneficiar a ambos países, lo cual, en algunos casos, llevó a algunos de ellos a reflexionar abiertamente sobre los procesos de descolonización y a dar apoyo a un nacionalismo magrebí que el Instituto de Estudios Africanos estigmatizó cuando escapó de su control.

Así lo recordaba en la entrevista Ibn Azzuz Hakim al señalar que García Figueras “y todos los demás” (en alusión a los africanistas de la Alta Comisaría y del IDEA) lo habrían “liquidado” si hubieran sabido de sus contactos con Abdeljalek Torres (un Abdeljalek Torres que, en cambio, lo introdujo en la SEIC y en el círculo de Cordero). Pero también al recordar que las posturas de los nacionalistas no sólo no eran rechazadas por los autores de *Cuadernos*, sino que, en algunos casos, incluso, eran suscritas parcial o completamente:

“Los reformistas del partido de Torres habíamos pensado ya en la idea de la autonomía de la zona; pero no como la concebía Cordero Torres, sino como la concebía Carmen Martín de la Escalera. Ella y sus allegados (Gil Benumeya, Cola Alberich...) defendían la causa marroquí con todos los sentidos aunque sin medios; y claro, acordamos que yo escribiría un folleto del que no conservo ningún ejemplar”³.

Estas declaraciones, por tanto, ejemplifican claramente las discrepancias y tensiones entre el africanismo más oficial, representado por García Figueras y el IDEA de Díaz de Villegas, y otro africanismo, el de la Sección Colonial del IEP, que, en un momento dado, como veremos, pudo convertirse en un estorbo para los intereses del régimen.

4.1. ANÁLISIS GENERAL DE *ÁFRICA* Y *CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS*: AUTORES, ESTRUCTURA Y CONTENIDOS

La revista mensual *África* y la trimestral *Cuadernos de Estudios Africanos*, pese a no ser las únicas, fueron dos publicaciones esenciales para entender la complejidad del

³ Declaraciones de Muhammad IBN AZZUZ HAKIM recogidas en MORALES LEZCANO, “Diálogos ribereños”, *op. cit.*, p. 255. Debemos señalar que el folleto u opúsculo sobre la autonomía de la zona jalifiana al que Ibn Azzuz Hakim hace referencia en esa entrevista se publicó en 1955, con modificaciones, en *Cuadernos de Estudios Africanos*, lo cual suscitó, como veremos a lo largo de este trabajo, un interesante debate.

mundo africanista durante los años cuarenta y cincuenta del siglo XX. La primera, y en ello coincide la mayor parte de la historiografía, fue la gran revista del africanismo franquista, la que procedía de la vieja *Revista de Tropas Coloniales*, fundada por el mismo Franco en los años veinte, y la que se convirtió en principal órgano de difusión de la institución que el régimen creó para elaborar y difundir su discurso africanista: el IDEA. *Cuadernos*, mucho más modesta y menos divulgativa, ha sido considerada tradicionalmente una publicación de mayor talla intelectual, más rigurosa en sus planteamientos, pero de segunda fila dentro del africanismo de los años cuarenta y cincuenta.

Consideramos que, efectivamente, *África* fue la revista estrella, la que contó con mayor apoyo oficial (financiero y mediático) y la que tuvo mayor alcance social⁴. No obstante, creemos que se ha minusvalorado el peso de *Cuadernos de Estudios Africanos*, tanto por la importancia de algunos de sus autores como por la relevancia y función del organismo que la amparó durante sus doce años de existencia: el Instituto de Estudios Políticos. Además, gracias al estudio de los fondos de los Archivos Nacionales del Reino Unido, sabemos que la diplomacia internacional, al menos la británica, consideró que sus artículos merecían una cierta atención por lo “novedoso” de sus planteamientos y la “autoridad” de sus firmas (aunque fueran frecuentes las dudas acerca de si Cordero y sus colaboradores escribían con instrucciones gubernamentales o al margen de éstas)⁵.

⁴ En este sentido, debemos señalar que, tras *Arbor*, *África* fue durante años la revista más difundida del CSIC, tanto si atendemos al número de lectores como al de suscriptores. Según datos del propio IDEA, un 10% de la tirada se vendía en Madrid, otro 50% en el resto de España, un 20% en Marruecos y colonias y el 20% restante en el extranjero. Por otra parte, era habitual encontrar referencias a sus artículos en periódicos de tirada nacional como *ABC*, *Arriba* o *Pueblo*, periódicos en los que, además, escribían muchos de sus principales autores. Desconocemos cuál fue la tirada de *Cuadernos de Estudios Africanos*, pero todo apunta a que su grado de difusión fue inferior tanto por el menor apoyo institucional como por el tipo de público al que iba dirigido (las élites políticas y diplomáticas del régimen). Además, gracias al estudio realizado de fondos y catálogos varios, sabemos, por ejemplo, que la Delegación de Asuntos Indígenas o los archivos, hemerotecas y bibliotecas del Protectorado recibían *África*, pero no *Cuadernos*, lo cual es una muestra de la mayor divulgación de la primera y/o de las reticencias que, en algunos ámbitos del africanismo oficial, podía despertar la publicación del IEP. José DÍAZ DE VILLEGAS, “Labor del Instituto de Estudios Africanos durante el año 1948”, *África*, nº 85 (1949), pp. 2-6; “Labor del Instituto de Estudios Africanos en 1949”, *África*, nº 97 (1950), pp. 2-4; “Las actividades del Instituto de Estudios Africanos en el año 1951”, *África*, nº 122 (1952), pp. 2-4; AFR/13784, BNE, Delegación de Asuntos Indígenas, *Índice por autores, toponimia y materias de trabajos, folletos, memorias, traducciones, etc. archivados en la Delegación de Asuntos Indígenas*, Tetuán, enero de 1955.

⁵ F.O. 371/97189, archivo 1022, National Archives of the United Kingdom, Consulado británico en Tetuán, “Franco-Spanish relations and collaboration in the Spanish Zone of Morocco”, Madrid, 1952; F.O. 371/113840, archivo 1017, National Archives of the United Kingdom, Consulado británico en Tetuán, “Internal political situation in Spanish Morocco”, Tetuán, 12 de agosto de 1955.

Por todo ello consideramos que el estudio del discurso y de las propuestas de estas dos revistas nos permite aproximarnos a la pluralidad del africanismo franquista, entender sus diferencias y similitudes y valorar su encaje en un régimen que durante años no dudó en autoproclamarse “eterno amigo de los árabes”.

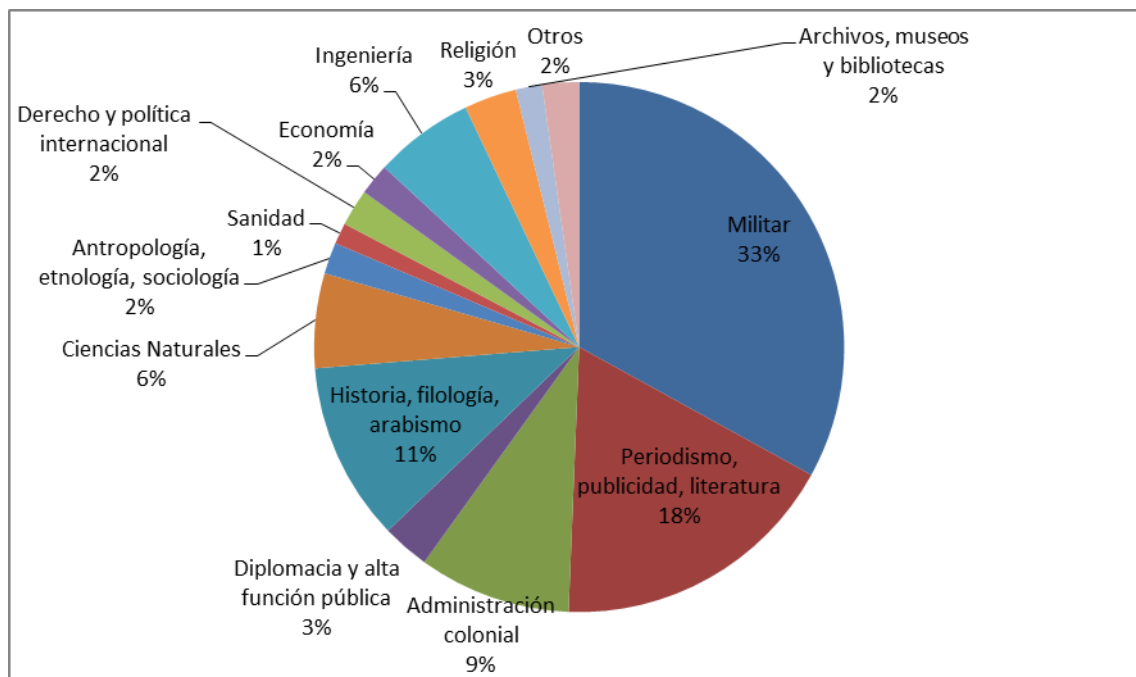
4.1.1. Perfiles africanistas. Un estudio prosopográfico del africanismo franquista

Entre 1942, año en el que se retoma su publicación, y 1956, momento en el que se independiza Marruecos, *África* contó con la colaboración de cerca de cuatrocientos articulistas. *Cuadernos de Estudios Africanos*, por su parte, vio pasar por sus páginas a más de medio centenar de colaboradores durante sus doce años de existencia (1946-1957). La formación y/o el campo profesional de los autores de las dos revistas fueron muy variados, aunque con diferencias significativas en uno y otro caso, como podemos observar en las **FIG. I** y **II**.

Así, mientras en *África* predominaron los militares (33%) y los periodistas, publicistas y escritores (18%), la mayoría de autores de *Cuadernos* fueron juristas y expertos en Derecho Internacional (25%), historiadores y filólogos (15%) y economistas (12%). Debemos señalar, además, que el 35% de los colaboradores de *Cuadernos* fueron investigadores y profesores universitarios, un porcentaje que, en el caso de *África*, se reducía a un 9%, si nos centramos en el periodo 1942-1956, y a sólo un 5% si prescindimos de la primera etapa y empezamos a contar a partir de 1946, momento en el que la publicación dejó de depender del IEP para pasar a ser el órgano del IDEA. Como ya hemos comentado, este cambio de adscripción hizo que algunos de los autores que habitualmente habían colaborado con *África* hasta la fecha, fueran desapareciendo de sus índices y pasasen a engrosar las listas de otras publicaciones como *Cuadernos de Estudios Africanos* que, nada casualmente, apareció en 1946 bajo el amparo del organismo que hasta ese momento había patrocinado *África*.

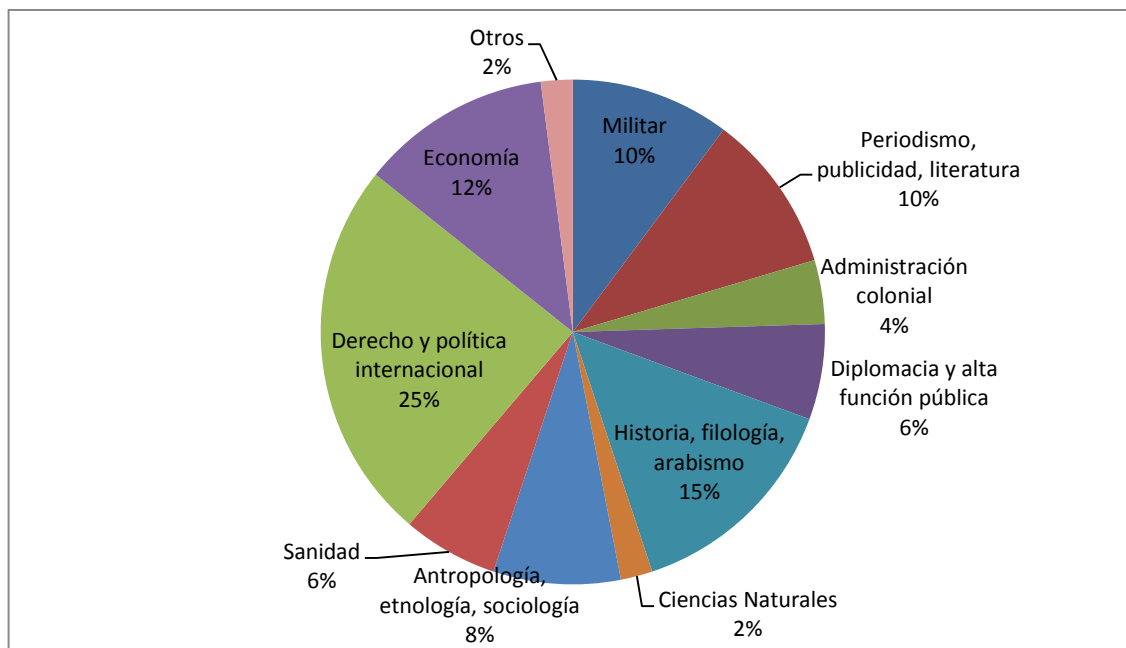
Si nos fijamos en el peso de los distintos campos profesionales en función del número de artículos (**FIG. III** y **IV**), vemos que, en general, los porcentajes anteriormente expuestos no sólo se confirman, sino que se refuerzan. Así, en *África* los militares, los periodistas y los miembros de la Administración colonial coparon cerca del 70% de los mismos. En *Cuadernos*, en cambio, eran nuevamente los juristas los que mayor presencia tenían (30%), seguidos de historiadores y filólogos (26%), periodistas y escritores (12%) y biólogos y geólogos (10%).

FIGURA I. Formación / campo profesional de los autores de la revista *África* (1942-1956)



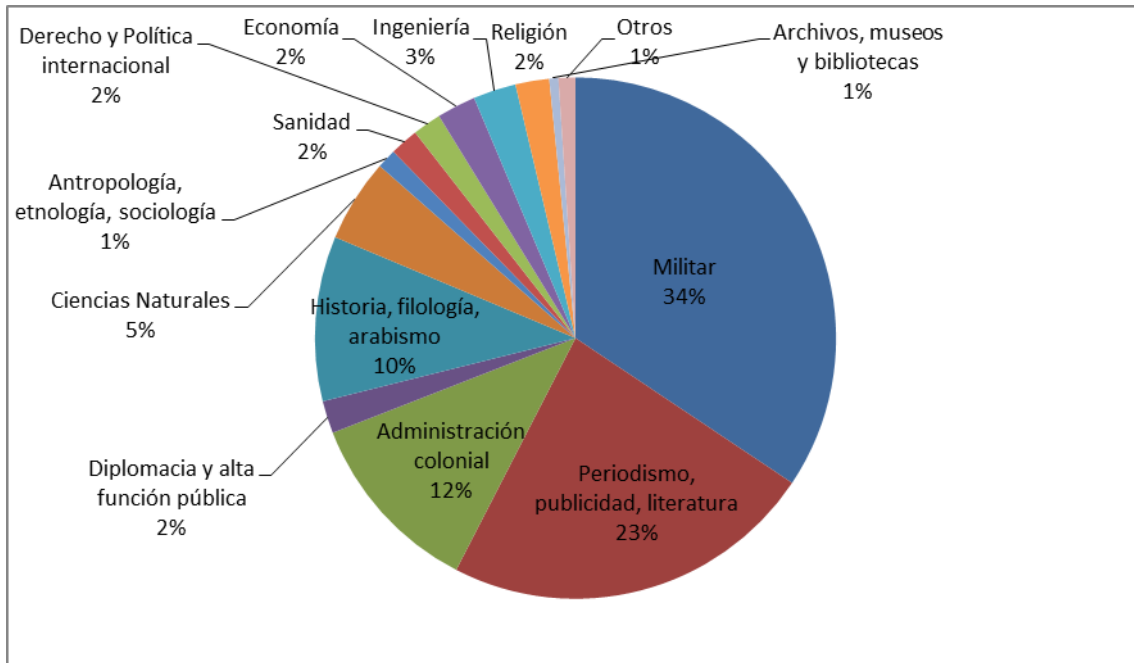
FUENTE: Elaboración propia. Perfiles académico-profesionales reconstruidos, fundamentalmente, a partir de *África*, *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, *ABC*, fondos del Archivo General de la Administración y fondos del Archivo histórico de la Universidad Complutense de Madrid. Para más información, véase Apéndice documental.

FIGURA II. Formación / campo profesional de los autores de *Cuadernos de Estudios Africanos* (1946-1957)



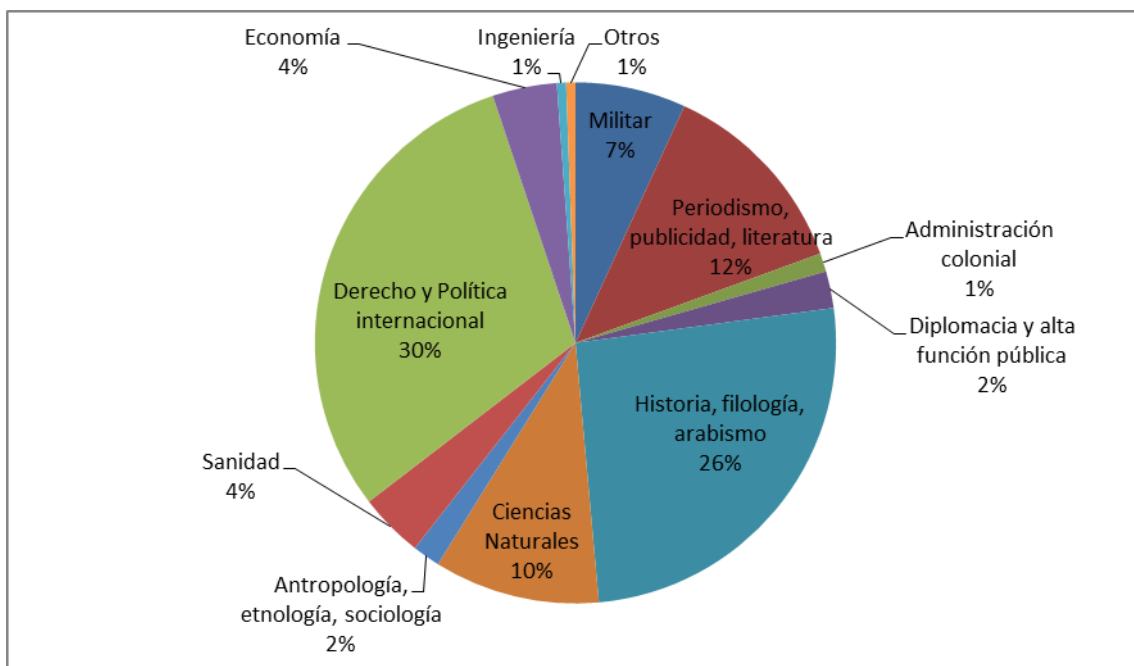
FUENTE: Elaboración propia. Perfiles académico-profesionales reconstruidos, fundamentalmente, a partir de *Cuadernos de Estudios Africanos*, *África*, *ABC*, documentación de la SEIC, fondos del Archivo General de la Administración y fondos del Archivo histórico de la Universidad Complutense de Madrid. Para más información, véase Apéndice documental.

FIGURA III. Porcentaje de artículos de la revista *África* en función del campo profesional de sus autores (1942-1956)



FUENTE: Elaboración propia a partir de los artículos de la revista *África*. Para la confección de este gráfico sólo se han tenido en cuenta los artículos principales de cada número; no se han contabilizado, por tanto, los textos englobados en las distintas secciones secundarias de la revista.

FIGURA IV. Porcentaje de artículos de *Cuadernos de Estudios Africanos* en función del campo profesional de sus autores (1946-1957)



FUENTE: Elaboración propia a partir de los artículos de *Cuadernos de Estudios Africanos*. Para la confección de este gráfico sólo se han tenido en cuenta los artículos principales de cada número; no se han contabilizado, por tanto, los textos englobados en las distintas secciones secundarias de la revista.

La primera conclusión que podemos extraer de todos estos porcentajes es que *África*, en general, y pese a la pluralidad de sus autores, fue una revista básicamente de militares, periodistas, publicistas y personal de la administración colonial que, como veremos, escribieron artículos sobre temas muy diversos, no siempre relacionados con su formación o dedicación profesional y más pensados para la divulgación que para un público especializado. Frente a eso, los autores de *Cuadernos* presentaron un mayor grado de especialización ya que, mayoritariamente, escribieron sobre las cuestiones que guiaban sus investigaciones o de las que eran expertos, lo cual reducía considerablemente el número de lectores a los que podían llegar.

Más allá de estos datos de carácter general, un análisis más detallado de los autores de una revista puede aportar información sobre la línea editorial o la doctrina de dicha publicación. Esto, además, adquiere una mayor relevancia si dichos autores ocuparon puestos en el consejo de redacción o en la dirección de la misma.

Por lo que respecta a esta última cuestión, *Cuadernos de Estudios Africanos* tuvo como director hasta su trigésimo quinto número a Francisco Javier Conde, máximo responsable del IEP y reconocido falangista. En 1956 Conde fue sustituido en la dirección por Emilio Lamo de Espinosa y, como subdirector, se incorporó Manuel Fraga Iribarne. La revista, por tanto, siempre se movió dentro de unos parámetros oficiales más o menos falangistas (tal y como correspondía a una publicación del IEP), aunque lo cierto es que ni Conde, ni Lamo de Espinosa, ni Fraga escribieron un solo artículo⁶.

En este sentido resulta más esclarecedor el análisis del consejo de redacción, ya que sus integrantes sí participaron con mayor o menor frecuencia como articulistas. No obstante, la diversidad de planteamientos y la dificultad de adscribirlos en bloque a una u otra cultura política dentro del franquismo hace que tampoco este estudio permita definir con claridad la tendencia de una publicación que si por algo se caracterizó fue por su enorme heterogeneidad. De hecho, desde 1953, *Cuadernos* abría sus páginas con la advertencia de que “el IEP y su Dirección no se identifican necesariamente con los juicios que los autores expongan en estos CUADERNOS”; una advertencia ampliada a partir de 1956 con la aclaración “responden únicamente del nivel científico de las

⁶ Sobre el carácter falangista del Instituto de Estudios Políticos, véanse SESMA LANDRÍN, “Propaganda en la alta manera e influencia fascista...”, *op. cit.*, Elías DÍAZ, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Tecnos, 1983, pp. 28-58; José Carlos MAINER, “Historia literaria de una vocación política (1930-1950)”, en *Falange y Literatura*, Barcelona, Labor, 1971; PAYNE, *Falange. Historia del fascismo español, op. cit.*

colaboraciones”. Quizás esto sólo fuera algo retórico o anecdótico, pero ya es significativo, sobre todo si tenemos en cuenta que *África* nunca planteó nada similar.

José María Cordero Torres, Luis Trujeda Incera, Rodolfo Gil Benumeya y Carmen Martín de la Escalera fueron, desde su nacimiento hasta 1955, los integrantes del consejo de redacción de *Cuadernos de Estudios Africanos*.

A Cordero Torres ya lo hemos tratado en capítulos anteriores. Ingresó en el Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado en 1930 y, en 1934, fundó la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales (que todavía hoy existe con el nombre de Sociedad de Estudios Internacionales). Empezó su tarea colonialista defendiendo la necesidad de un espacio vital en España en el marco del grupo jonsista de *La conquista del Estado*; pero durante los años cuarenta, siendo profesor de la Universidad Central y de la Escuela Diplomática, perfiló su visión de la colonización hasta llegar a los planteamientos que encontramos en *Cuadernos*⁷. Él mismo, en este sentido, hablaba de su propia evolución, y de la de la asociación que él impulsó, en el prólogo a una obra que conmemoraba los veinte años de existencia de la SEIC. Así, no dudaba en reconocer “el cambio de circunstancias mundiales operado en el veinteno 1934-54 para comprender, y en su caso disculpar, la vetustez de algunos textos en relación con el actual panorama internacional”, lo cual le llevaba a señalar que él y la Sociedad “mantienen perennemente abiertos a la revisión todos sus criterios, sin obstinarse en sostener los que deben ser cambiados”⁸. Es verdad que estas palabras de Cordero pueden ser leídas de un modo oportunista, ya que podríamos interpretar que tras varios años manteniendo un discurso reivindicativo y expansionista, su propio interés, dadas las nuevas circunstancias, le llevó a cambiar de “criterio”. No obstante, también es cierto que muchos de sus “colegas” siguieron manteniendo el discurso irredentista pese al cambio de contexto y que otros, a pesar de sus habilidades camaleónicas, nunca llegaron a reconocer errores o “vetustez” en sus planteamientos del pasado.

Luis Trujeda Incera era doctor en Derecho y Ciencias Políticas y había sido administrador territorial en Guinea. Al igual que Cordero, tuvo contactos con las JONS durante la República, ya que llegó a ser jefe local de las mismas en la localidad de Cicero (Cantabria). A partir de la segunda mitad de los años cuarenta, participó activamente en las actividades educativas y divulgadoras de la Sección de Estudios

⁷ PELÁEZ, *Diccionario crítico de juristas españoles*, op. cit., pp. 241-242; RIUDOR, “Sueños imperiales...”, op. cit., p. 269.

⁸ José María CORDERO TORRES, “Al lector”, en *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales...*, op. cit., p. 3.

Coloniales del IEP (de la cual formaba parte desde su fundación); aun así, su colaboración en la revista fue escasa: unas pocas reseñas de libros y unos cuantos artículos relacionados con la Guinea que tan bien conocía. En 1955 fue sustituido por Julio Cola Alberich, un doctor en Ciencias Naturales, profesor y antropólogo que, desde 1950, desempeñó un papel clave en la publicación.

Rodolfo Gil Benumeya fue una pieza básica de *Cuadernos*. Nacido en Andújar en 1901, se presentó desde bien joven como un descendiente de los moriscos con sangre Omeya (de aquí su segundo apellido, que en realidad era Torres). Tras estudiar Filosofía y Letras en Madrid (y árabe con Asín Palacios), viajó a Túnez y allí empezó a sentir inclinación por los temas semíticos. Ejerció tanto de periodista (colaborando en revistas como *Tropas Coloniales* y, después, *África*), como de profesor de historia y lenguas. Durante la Segunda República formó parte de la Asociación Cultural Hispano-Islámica, una organización fundada en Madrid en 1932, defensora del establecimiento de lazos entre España y el mundo arabomusulmán, y en cuyo consejo de dirección figuraban personalidades árabes y españolas tan notorias como Mohamed El-Fassi, Clara Campoamor o Abdeljalek Torres, con quien Gil Benumeya llegaría a mantener una relación de amistad⁹. La Guerra Civil lo sorprendió dando clases en Egipto, donde tomó partido abiertamente por Franco pese a haber mantenido relaciones con círculos andalucistas y haber sido amigo del mismo Blas Infante. En plena Segunda Guerra Mundial volvió a Madrid y se convirtió nuevamente en colaborador de *África*, del diario *Madrid*, de la revista *Mundo*, del semanario *El Español*, de *Arbor* y, por supuesto, de *Cuadernos de Estudios Africanos*. Gil Benumeya, así, se erigió como un “experto” del régimen en cuestiones arabistas y africanistas. Ahora bien, con respecto al tema marroquí pronto se volvió incómodo por sus contactos y amistad con los líderes nacionalistas e independentistas, algo que estuvo a punto de costarle la prisión y que hizo que dejara de escribir sobre el Protectorado¹⁰. De hecho, como veremos, a partir de un determinado momento la mayoría de artículos de Gil Benumeya se centró en

⁹ Jesús ALBERT, “Beigbeder. Iniciador de la política española hacia el mundo árabe”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia*, Barcelona, Icaria, 2010, p. 91; Mourad ZARROUK, “L’Association Hispano-Islamique: Réformisme Républicaine, Aventure Intellectuelle ou Intérêts Economiques”, en *Hespéris-Tamuada*, vol. XXXIX, Fasc. 2, pp. 133-145.

¹⁰ GIL GRIMAU, «Un prólogo sobre la vida y actitud de Rodolfo Gil Benumeya», en la edición facsímil de *Ni Oriente ni Occidente. El universo visto desde el Albayzín*, Granada, Universidad, 1996, pp. 11-39; José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD, *Deseo y negación de Andalucía. Lo local y la contraposición Oriente/Occidente en la realidad andaluza*, Granada, Universidad de Granada, 2004, pp. 107-108.

cuestiones alejadas del Marruecos español, como Egipto y el Sudán, Túnez, la Liga Árabe o las relaciones hispanoárabes en un sentido extenso.

En cuarto lugar, sólo nos resta hablar de Carmen Martín de la Escalera, la otra “alma” de la Sección de Estudios Coloniales y de *Cuadernos* junto con Cordero y Gil Benumeya. Como ella misma confesaba en una entrevista a la publicación quincenal *Ventanal*, su vocación africanista nació en París, donde pasó buena parte de su juventud, y se afianzó en Tetuán, donde trabajó en la Delegación de Asuntos Indígenas. Secretaria de la revista, Martín de la Escalera fue una importante traductora y especialista en el colonialismo francés. En *Cuadernos* destacó especialmente por los interesantes análisis de la Unión Francesa y del nacionalismo árabe, así como por sus numerosas reseñas de obras de los más importantes orientalistas europeos. Sabemos que entró en contacto con Cordero en 1943 como consecuencia de sus colaboraciones en *África*, cuando ésta aún estaba adscrita al IEP. Desgraciadamente, hoy resulta difícil encontrar información sobre una mujer que, al parecer, gozó de un enorme respeto y reconocimiento por parte de los círculos africanistas de los años cuarenta y cincuenta¹¹.

Ya en los últimos años se incorporaron al consejo el antropólogo, historiador y lingüista Julio Caro Baroja¹², el destacado economista y político Román Perpiñá Grau¹³ y el jesuita e islamólogo Félix Pareja, fundador de la Asociación Española de Orientalistas. Sin embargo, el grado de importancia de estos personajes dentro de la publicación fue mucho menor que el de los autores que acabamos de citar, puesto que formaron parte del consejo de redacción poco más de un año.

Como hemos comentado, todas estas personas colaboraron con mayor o menor frecuencia en la revista a lo largo de sus doce años de existencia. De hecho, como podemos observar en la **FIG. V**, Gil Benumeya, Cordero Torres, Martín de la Escalera y Cola Alberich cubrieron el 40% del total de artículos publicados entre 1946 y 1957.

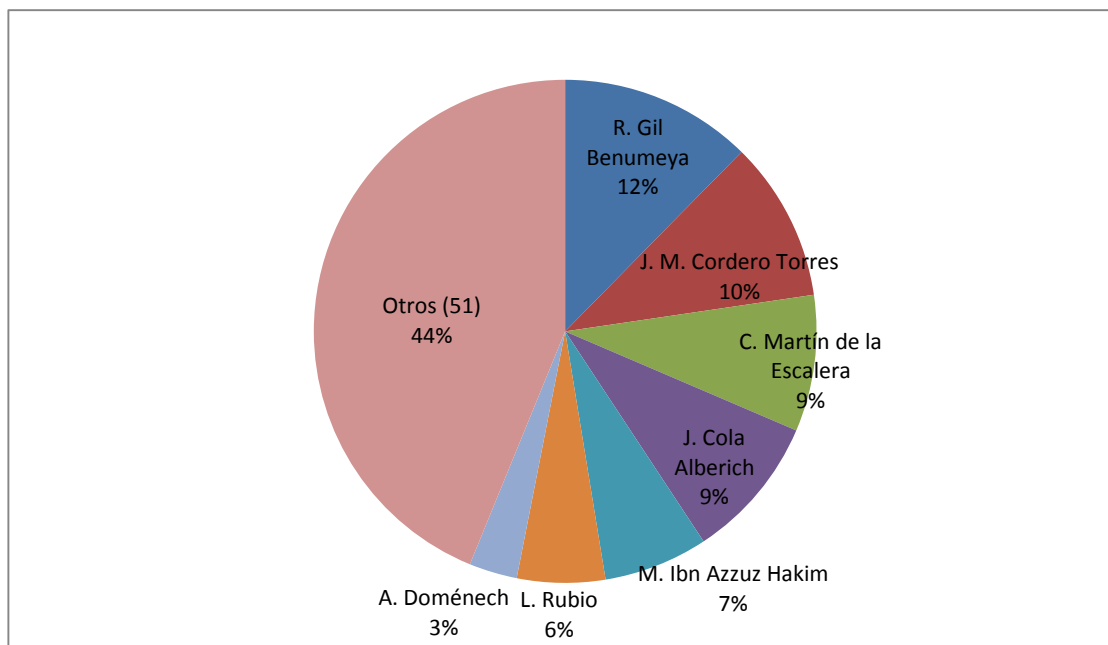
¹¹ “Radio S.E.U. y Ventanal presentan a Carmen Martín de la Escalera”, *Ventanal*, nº 10 (1946), p. 11. Sobre el inicio de su relación con Cordero Torres podemos encontrar información en el prólogo que éste escribió para la obra Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, *Argelia y su destino*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, p. 11. Sobre el reconocimiento del que gozó esta autora en el mundo africanista, encontramos una breve referencia en MORALES LEZCANO, *Diálogos ribereños...*, *op. cit.*, p. 253.

¹² Famoso por sus estudios etnológicos sobre los pueblos del norte peninsular [*Los pueblos del norte de la península Ibérica* (1943), *Los vascos* (1949), etc.], comenzó a interesarse por las cuestiones africanistas como consecuencia de un viaje que hizo al Sáhara en 1952, fruto del cual fueron sus *Estudios Saharianos* (1955).

¹³ Después de la Guerra Civil se estableció en Madrid como Consejero de Economía Nacional y se dedicó a realizar diversos estudios sobre las posesiones españolas en el Golfo de Guinea. No es casualidad que su único artículo en *Cuadernos* sea “Mano de obra africana, factor de coste colonial:

Junto a ellos, no obstante, hubo otros autores igualmente importantes que le añadieron a la ya planteada heterogeneidad del consejo de redacción una mayor pluralidad.

FIGURA V. Principales autores de *Cuadernos de Estudios Africanos* y porcentaje en función de su participación (número de artículos)



FUENTE: Elaboración propia a partir de los artículos de *Cuadernos de Estudios Africanos* (1946-1957).

Un colaborador destacado, tanto por el número de artículos (un 7% del total) como por los debates que suscitó, fue el hispanista marroquí Muhammad Ibn Azzuz Hakim. Nacido en Tetuán en 1924 en una familia de origen andalusí, se licenció en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid y se diplomó en Estudios Superiores por el CSIC. Como ya hemos señalado, ocupó cargos públicos durante el Protectorado así como, después, en la Administración del Marruecos independiente. Ibn Azzuz Hakim entró en contacto con el círculo de Cordero a través de Abdeljalek Torres y aportó a *Cuadernos* un punto de vista del que *África*, en la que también colaboró en alguna ocasión, careció.

Otros autores importantes fueron el especialista en Derecho Internacional Leandro Rubio García, el médico destinado en Guinea Rafael Romero Moliner, el Director-Inspector de Enseñanza de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, Heriberto Ramón Álvarez, o el diplomático andaluz Isidro de las Cagigas, también próximo al

Investigación sobre el peso de los braceros contratados en Fernando Póo”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 3 (1947), pp. 127-144.

andalucismo de Blas Infante¹⁴. Debemos destacar igualmente la colaboración del militar Ángel Doménech Lafuente, un oficial en el Sáhara, Delegado de Asuntos Indígenas en el Protectorado y, posteriormente, Secretario General del Gobierno del África Occidental Española, que no sólo encajó perfectamente con los planteamientos de tolerancia y respeto hacia el “otro”, sino que, incluso, no dudó en criticar la “sordomudez” de muchos oficiales españoles ante sus soldados marroquíes por no haberse dignado a aprender árabe para poder comunicarse¹⁵.

Resulta significativo, además, que prácticamente la mitad de los autores que colaboraron en *Cuadernos de Estudios Africanos* y dieron vida a la Sección de Estudios Coloniales del IEP fueran socios o colaboradores de la SEIC, la sociedad africanista fundada durante la Segunda República que impulsó la creación del IDEA y que, en palabras de Ibn Azzuz Hakim, tan poco gustaba a personajes como Tomás García Figueras.

Si pasamos a hablar de *África*, debemos comenzar recordando que esta publicación tuvo, por lo que respecta al periodo que vamos a analizar, dos etapas claramente delimitadas. Durante la primera (1942-1945), la publicación dependió del *Instituto de Estudios Políticos* y contó, entre sus colaboradores, con muchos de los que serían habituales de *Cuadernos*. Con el cambio de adscripción, algunos de esos autores siguieron escribiendo en *África*, pero otros, como Martín de la Escalera o Cordero Torres, que en los tres primeros años de la revista habían escrito 5 y 13 artículos respectivamente, desaparecieron de sus páginas. Además, como ya hemos comentado, a partir de 1946 la publicación del IDEA incrementó la presencia de militares y publicistas, lo que fue en detrimento de la ya escasa participación de especialistas e investigadores universitarios (reducidos, como se ha señalado, a un 5% del total).

La dirección, como sabemos, recayó desde el principio, salvo un breve paréntesis en que fue dirigida por el teniente coronel de Infantería Gonzalo Gregori, en el coronel José Díaz de Villegas. En calidad de Director General de Marruecos y Colonias, desde que sustituyó al fallecido Fontán y Lobé en 1944, Díaz de Villegas se hizo con el control del nuevo Instituto de Estudios Africanos, creado en 1945, y de una revista que hasta ese momento había estado en manos del IEP. No hay duda de que el perfil de este

¹⁴ De las Cagigas defendía una identidad diferenciada para Andalucía e, incluso, la independencia de la lengua andaluza respecto de la castellana, para lo cual revalorizaba las palabras de origen árabe.

¹⁵ Ángel DOMÉNECH LAFUENTE, *Un oficial entre moros*, Larache, Editora Marroquí, 1948, pp. 12-13. Para más información sobre el personaje y su obra, véase CARRASCO GONZÁLEZ, *La novela colonial hispanoafriicana*, *op. cit.*, p. 208.

personaje, un militar furibundamente anticomunista y antiliberal, cercano al nacionalcatolicismo y contrario al auge falangista dentro del régimen, influyó notablemente en la línea editorial de una *África* que, en general, tenía más de panfleto que de revista con vocación científica. A partir de un determinado momento, además, Franco se convirtió en su director honorario por haber sido uno de sus fundadores en 1924, lo cual puso de manifiesto, con mayor claridad, los estrechos vínculos de esta publicación con la cúpula de la dictadura¹⁶.

Pese a esto, *África*, como *Cuadernos*, contó también con la colaboración de autores muy diversos; de hecho, fue una revista menos personalista que la publicación del IEP, ya que es difícil encontrar a alguien que escribiese más de un 3% de los artículos (sólo Enrique Arqués y Tomás García Figueras superaron esa cifra con un 3 y un 5%, respectivamente). Así pues, podemos destacar la presencia de militares como Enrique Arrojas (Jefe de la Sección de Guinea de la Dirección General de Marruecos y Colonias), Valentín Benítez Cantero (profesor de la Academia de Interventores), Ángel Doménech Lafuente, Ángel Flores Morales, Vicente García Figueras, Cándido Lería, Celestino López-Castro, Eduardo Maldonado o Vicente Martorell (delegado de Obras Públicas de la Alta Comisaría); de periodistas y escritores como Luis de Armiñán, Cecilio Barberán, Tomás Borrás, Rafael Fernández de Castro, Rafael de Roda o Luis Antonio de Vega; de médicos, naturalistas y geólogos como Luis Báguena Corella, Emilio Guinea (Jefe de la Sección Botánica del IDEA) o Francisco Hernández Pacheco; de historiadores y arabistas como Rodolfo Gil Benumeya o el diplomático Isidro de las Cagigas; de funcionarios coloniales como Heriberto Ramón Álvarez; o de religiosos

¹⁶ Franco siempre estuvo muy presente en los distintos números de la revista *África*; así, no son pocos los ejemplares que empezaban con una gran foto del *Caudillo*, con un discurso suyo o con una exaltación de su persona. Véanse, por ejemplo, José DÍAZ DE VILLEGAS, “Veinte años después. En el día del Caudillo”, *África*, nº 46-47 (1945), pp. 4-5; “1º de octubre. 1936-1946”, *África*, nº 58 (1946), p. 1; Enrique ARROJAS, “El Caudillo en Valencia. Visita al Pabellón Marroquí de la XXV Feria Internacional de Muestras”, *África*, nº 65 (1947); pp. 20-21; Enrique ARQUÉS, “Breves anales de la revista *África*”, *África*, nº 87 (1949), pp. 5-7; José del RÍO SAINZ, “Franco y *África*”, *África*, nº 88 (1949), pp. 2-3; “Vida hispanoafriicana: El Caudillo, fundador de la revista *África*, es nombrado periodista de honor”, *África*, nº 91 (1949), p. 34; José DÍAZ DE VILLEGAS, “Una mirada atrás para seguir marchando”, *África*, nº 100 (1950), pp. 2-4; José DÍAZ DE VILLEGAS, “El Caudillo en el A.O.E. La trascendencia y significación de un viaje”, *África*, nº 107 (1950), pp. 2-5; Enrique ARROJAS, “El Jefe del Estado en nuestras colonias del *África Occidental*”, *África*, nº 107 (1950), pp. 7-12; Ángel DOMÉNECH LAFUENTE, “Franco. El enviado”, *África*, nº 107 (1950), pp. 13-14; “XV aniversario de su exaltación a la Jefatura del Estado”, *África*, nº 118 (1951), p. 1; “El Caudillo habla de Gibraltar”, *África*, nº 120 (1951), p. 1; “El problema de Gibraltar visto por Franco”, *África*, nº 121 (1952), pp. 2-3; “Un monolito en el Biutz en memoria del heroísmo de Franco”, *África*, nº 123 (1952), pp. 40-41; etc.

como Esteban Ibáñez Robledo (Jefe de la Sección de Estudios Marroquíes del IDEA), entre muchos otros¹⁷.

De todo esto podemos concluir que, atendiendo a sus autores, las dos revistas se movieron dentro de las distintas culturas políticas franquistas (*Cuadernos* más cercana al falangismo y *África* a postulados militaristas profundamente conservadores). Las dos se caracterizaron por una enorme diversidad por lo que respecta a la formación/profesión de sus colaboradores, y las dos aspiraron a influir en un régimen al que, en última instancia, apoyaban. Pese a ello, *África* fue más servil, más idólatra respecto a Franco, mientras que *Cuadernos*, en algunos aspectos, se convirtió en una publicación algo “heterodoxa”, sobre todo si tenemos en cuenta cuáles eran los intereses internacionales del régimen.

4.1.2. Estructura y contenidos de dos revistas africanistas: similitudes y diferencias

Durante sus primeros tres años de existencia (1942-1944), la revista *África* se estructuró, fundamentalmente, en tres grandes bloques: la parte destinada a los artículos principales, el apartado titulado “Nuestra atalaya” (en el que se trataban cuestiones varias relacionadas con la guerra mundial o con las relaciones internacionales desde un punto de vista español) y la parte dedicada a “publicaciones”. Esporádicamente, además, aparecía también la sección “Archivo africanista”, donde se reproducían parcial o íntegramente discursos de africanistas célebres (como Ganivet, Costa o Reparaz), documentos de la Liga Africanista y otras asociaciones, etc. En 1945 desapareció “Nuestra atalaya” y en su lugar aparecieron “Mundo islámico”, “Vida hispanoaficana” y “Legislación”, nuevas secciones que junto a “Información africana” y “Revista de prensa”, introducidas en 1949, completarían la que sería la estructura organizativa de la revista durante los años sucesivos.

“Mundo islámico” era una sección dedicada, fundamentalmente, a información relativa al mundo arabo-musulmán (procesos de independencia, constitución de nuevos reinos y/o Estados, conflictos internacionales, situación económica y social de dichos países, etc.). Solía empezar con un noticiario de crónicas breves y continuaba con pequeños artículos que rara vez superaban la página. Más de cuarenta personas escribieron en esta sección entre 1945 y 1956; de ellas, las más significativas, por su

¹⁷ Véase la lista completa de autores en Apéndice documental.

asiduidad, fueron Ángel Flores, Eduardo Maldonado, Rodolfo Gil Benumeya y, especialmente, José Manuel García Roca y Manuel Moreno Román.

“Vida hispanoafriicana”, otra de las secciones fijas desde 1945, solía subdividirse en cuatro apartados: Península, Marruecos, Guinea y África Occidental Española. Básicamente su función era informar de los principales eventos africanistas, sobre todo si los impulsaba el IDEA (exposiciones, congresos, conferencias, etc.), y exaltar la labor “tan excepcional” que España estaba llevando a cabo en sus colonias. En este sentido, eran muy frecuentes las referencias al heroico papel desempeñado por la legión o a las constantes declaraciones y actividades de personalidades como el Alto Comisario, el Jalifa, el Director General de Marruecos y Colonias, el Gobernador General de Guinea, Franco, etc., siempre presentadas como ejemplo de las fraternales y desinteresadas relaciones entre protectores y protegidos. Igualmente destacables eran los artículos dedicados a Tánger (incluidos, nada casualmente, dentro de este apartado) que solían combinar la reivindicación de la zona internacional con críticas al peligro que suponía tener tan cerca un foco de “contrabandistas, comunistas y subversivos”¹⁸. En esta sección también colaboró un gran número de autores de los que quizás debamos destacar al teniente coronel de Infantería Enrique Arrojas.

“Información africana”, por su parte, se centraba en todo aquello que tuviera relación con África en general o con países africanos en particular (población, producción, situación política, etc.), con la excepción de las colonias españolas. Ángel Flores, Florentino Soria, Eduardo Maldonado, Manuel Moreno Román y Rafael Castro Moreno fueron los autores que, con mayor frecuencia, redactaron las crónicas que daban lugar a este apartado, unas crónicas que, en casi todos los números, hacían referencia a los otros colonialismos, especialmente al francés, para señalar sus puntos débiles y la decadencia que experimentaban como consecuencia de sus malas prácticas. Era muy habitual, en este sentido, dedicar varias columnas al “agitado” Protectorado francés en Marruecos para establecer comparaciones con la “tranquila y feliz” zona española. A partir de un determinado momento, además, esta sección se convirtió en un auténtico

¹⁸ Véanse, en este sentido, “Tánger, capital del contrabando mediterráneo”, *África*, nº 118 (1951), p. 45; “Tánger. Imperiosa necesidad de un nuevo estatuto que aparte del Estrecho al comunismo”, *África*, nº 121 (1952), p. 44 o “Tánger. Recordatorios necesarios”, *África*, nº 157 (1955), pp. 28-29.

panfleto anticomunista, llena de artículos obsesionados con la expansión soviética por África y el fin del mundo occidental si no se tomaban medidas¹⁹.

Cada ejemplar solía terminar con referencias a la legislación en Marruecos, el África Occidental Española y Guinea, con una “Revista de prensa” (que se hacía eco de las principales noticias que, sobre África y el mundo arabo-musulmán, recogían los periódicos nacionales e internacionales) y con una sección de “Publicaciones” en la que, mayoritariamente, se publicitaban los libros y revistas que el propio IDEA editaba.

La evolución de *Cuadernos de Estudios Africanos* fue similar a la experimentada por *África*, ya que su estructura no sólo fue algo inestable hasta el número 7, sino que, además, durante los primeros años, ni tan sólo gozó de una periodicidad bien definida, puesto que fue a partir de 1949 cuando se estableció su carácter trimestral. A partir de ese volumen, por tanto, la revista quedó claramente fijada y estructurada en toda una serie de apartados que se mantendrían, más o menos invariables, hasta el final.

Al igual que *África*, *Cuadernos* solía empezar con un bloque de artículos centrales englobados, en su caso, bajo el título “Estudios” y “Notas”²⁰. Estos apartados constituían uno de los pilares básicos de la publicación, puesto que ocupaban prácticamente la mitad de las hojas de cada número. Ahora bien, a diferencia de los textos de *África*, que rara vez superaban las cinco páginas, los artículos de *Cuadernos* eran reflexiones mucho más extensas y profundas, llegando en ocasiones a superar las veinte planas.

A los “Estudios y notas” les seguían las crónicas. Las más importantes eran la “Crónica internacional”, escrita siempre por Cordero Torres, y la “Crónica del mundo árabe”, que tuvo como gran redactor a Rodolfo Gil Benumeya. Las dos, especialmente la segunda, se dedicaban a elogiar las “excelentes” relaciones de España con los países árabes; pero también narraban con detalle la evolución política, social y cultural más reciente de casi todos los países afroasiáticos, lo cual ponía de manifiesto el grado de actualización de sus autores.

Al margen de estas dos crónicas, hubo también una “Crónica del África Negra” o del “mundo negro” en más de la mitad de los *Cuadernos* (Luis Trujeda Incera y Julio Cola Alberich fueron sus autores más destacados), una “Crónica económica”, que se convirtió también en “social” a partir de 1953 (aquí debemos señalar la labor

¹⁹ Sirvan como ejemplo “Manejos soviéticos”, *África*, nº 77-78 (1948), pp. 51-53; “Penetración comunista en el África negra”, *África*, nº 96 (1949), pp. 29-30; “Los disturbios en Costa de Marfil, otra fase de la ofensiva comunista contra la Unión francesa”, *África*, nº 99 (1950), pp. 30-31.

²⁰ Estos dos apartados fueron agrupados en uno solo a partir del número 13 (1951).

desempeñada por José Luis Sampedro, José Juan Durán Rivillo y, especialmente, Ramón del Valle Fernández), y una “Crónica científica y cultural” que estuvo siempre a cargo de Julio Cola Alberich. Resulta significativo que sólo en los números 7, 10 y 17 hubiera una crónica dedicada a los territorios de Guinea. Ésta, además, se centraba fundamentalmente en aspectos económicos como la necesidad de hacer puertos, la falta de mano de obra, el precio del cacao o las posibilidades turísticas de Fernando Póo, lo cual demuestra claramente cuáles eran las prioridades para los redactores de esta revista: el mundo arabo-musulmán y las posesiones en Marruecos.

Acabadas las crónicas, los principales colaboradores de *Cuadernos* comentaban las últimas publicaciones nacionales e internacionales relacionadas con el mundo afroasiático. Eran los espacios titulados “Recensiones” y “Noticia de libros” que, en el 65% de los casos, corrieron a cargo de Cordero Torres, Gil Benumeya y, especialmente, Martín de la Escalera. Llama la atención la cantidad de obras analizadas así como algunos de los autores comentados, muchos de ellos importantes profesores españoles y europeos expertos en economía, derecho, relaciones internacionales, historia o arabismo (Hubert Deschamp, Arnold Toynbee, François Luchaire, Juan José Linz, Pedro Martínez Montávez o Bernard Lewis, entre otros). Igualmente interesante era la sección “Reseña de revistas”, donde se recogían las principales publicaciones coloniales y orientalistas de Europa, así como sus aportaciones más significativas, lo que confirma, una vez más, el grado de actualización y profesionalidad de los autores de *Cuadernos*.

Los ejemplares solían concluir con publicidad de las actividades realizadas por la Sección Colonial del IEP, y con la transcripción de textos de índole muy variada (desde decretos que afectaban la vida en el Protectorado, hasta tratados, discursos o constituciones de países como Túnez, Libia o Egipto, entre otros).

Hecha esta presentación general de las dos revistas, y tras haber visto que había muchos puntos en común por lo que respecta a su estructura, centrémonos en la primera parte de ambas: la dedicada a los artículos.

Tanto en un caso como en el otro, los artículos y/o ensayos presentaron una gran variedad tanto desde un punto de vista temático como geográfico. Si nos detenemos en esta última cuestión, podemos ver en las **FIG. VI** y **VII** que las dos revistas destinaron buena parte de sus páginas a informar y reflexionar sobre los territorios africanos dependientes de España, es decir, el Protectorado español en Marruecos (o Marruecos en su conjunto), la denominada África Occidental Española (Ifni y el Sáhara) o los territorios del golfo de Guinea (incluyendo las islas de Annobón y Fernando Póo).

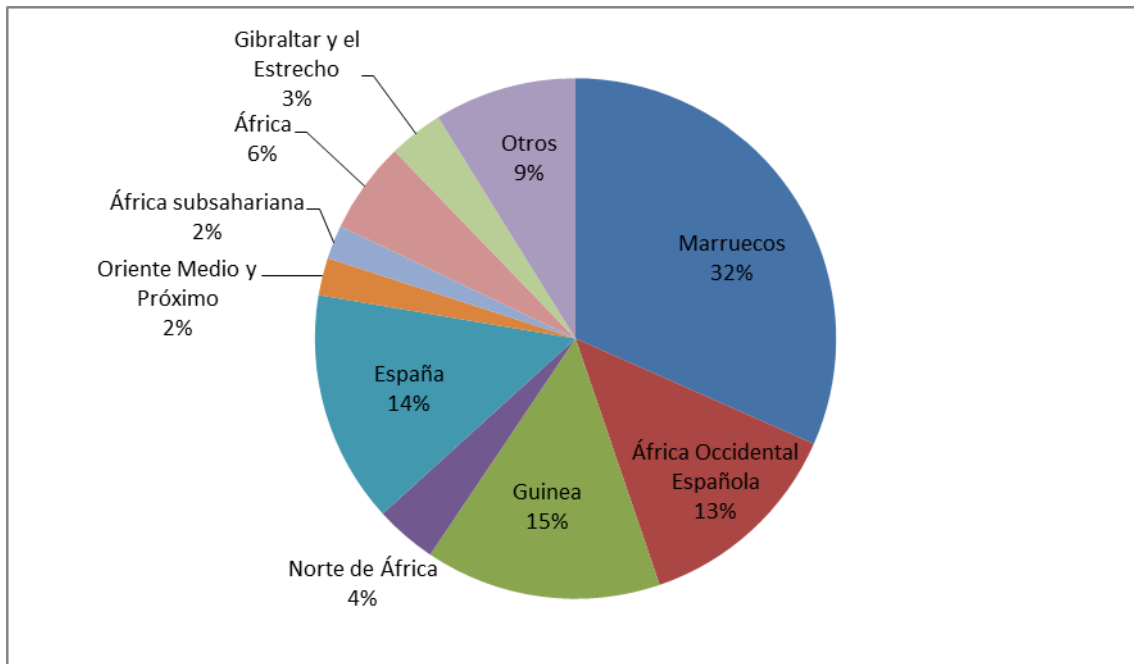
Ahora bien, mientras *África* les dedicó el 60% de sus artículos, *Cuadernos* destinó menos del 40%. Dentro de esos porcentajes, además, hubo diferencias significativas, ya que *África*, aunque dio una mayor relevancia al estudio de Marruecos, dedicó no pocos artículos a Guinea, Ifni y el Sáhara (casi un 30%), mientras que en *Cuadernos* los territorios del golfo de Guinea y del África Occidental Española no ocuparon más del 10% de los textos.

Con relación a la distribución geográfica del resto de artículos, llama la atención, por lo que respecta a la revista *África*, la gran cantidad de textos centrados en España. Esto se debe, fundamentalmente, al gran número de trabajos dedicados a la Península Ibérica en época medieval (sobre todo a al-Ándalus y la “Reconquista”) o a las reseñas de eventos africanistas que tenían lugar en la España contemporánea. También es significativo que el 3% de los artículos de *África* estuviera dedicado a la importancia estratégica del Estrecho o a la reivindicación de Gibraltar, algo que no ocupó ni un solo estudio de *Cuadernos de Estudios Africanos*²¹.

Finalmente, más allá de todo esto, los gráficos nos permiten ver también que *Cuadernos* fue una revista menos centrada en el colonialismo patrio, ya que dedicó un buen número de artículos a reflexionar sobre los distintos países del norte de África (especialmente Egipto y Túnez), del África subsahariana y, aunque en menor medida, de lo que se conoce como Próximo y Medio Oriente. Igualmente debemos destacar los estudios globales sobre el continente africano (que representaron un 6% de los artículos en *África* y un 12% en *Cuadernos*) o las reflexiones de conjunto sobre los países mediterráneos y el mundo arabo-islámico, englobados, junto a otros espacios y lugares, en la etiqueta “otros”.

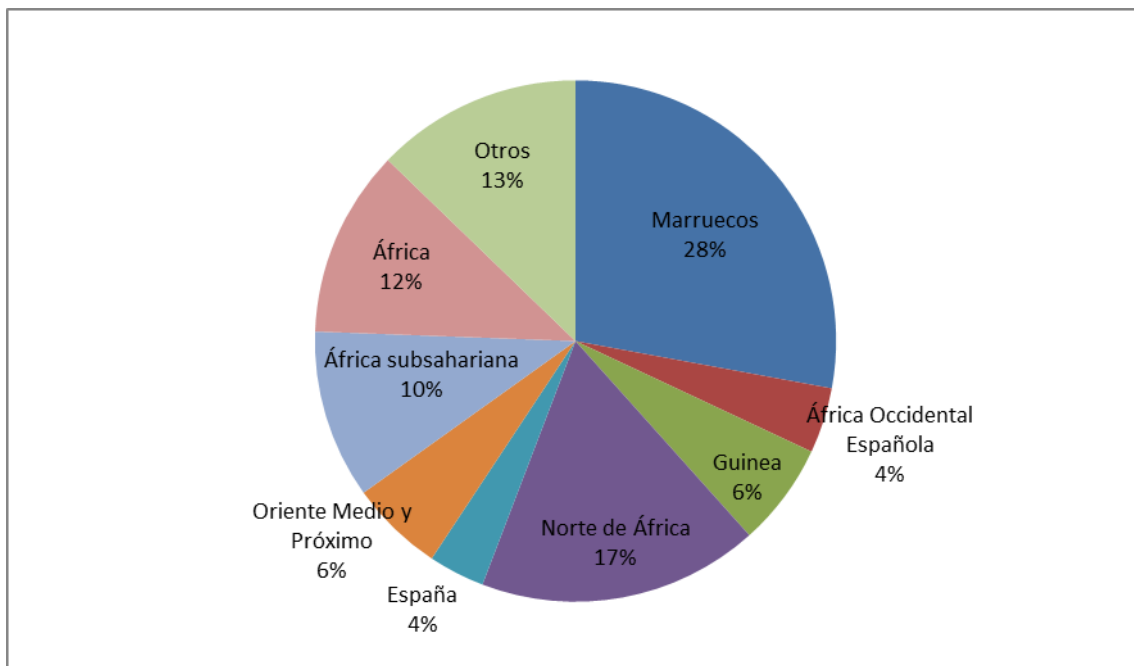
²¹ En el caso de *África*, hubo incluso volúmenes casi monográficos dedicados a la cuestión de Gibraltar. Sirvan como ejemplo los números 121, de enero de 1952, y 148, de abril de 1954, en los que se podían leer artículos como “El problema de Gibraltar visto por Franco”, *África*, nº 121 (1952), pp. 2-3; Federico GARCÍA SANCHIZ, “Dos siglos y medio de injusticia y afrenta”, *África*, nº 121 (1952), pp. 4-6; Jorge VIGÓN, “Gibraltar. Un problema militar y una situación política”, *África*, nº 121 (1952), pp. 7-9; Tomás BORRÁS, “Toda España ha pedido y pide Gibraltar”, *África*, nº 148 (1954), pp. 4-12; Patricio PRIETO, “Derechos históricos de España a Gibraltar”, *África*, nº 148 (1954), pp. 13-15; Ricardo MAJO FRAMIS, “Gibraltar y el Tratado de Utrecht”, *África*, nº 148 (1954), pp. 16-18; Eduardo DE FUENTES, “El valor actual de Gibraltar en el aspecto bélico”, *África*, nº 148 (1954), pp. 19-21; o Bartolomé MOSTAZA, “El Gobierno de Londres obliga a su reina a cometer una ofensa contra España”, *África*, nº 148 (1954), pp. 24-26. Otros artículos igualmente significativos fueron “Vida hispanoafriicana: Reivindicación de Gibraltar. Importantes declaraciones del Jefe del Estado”, *África*, nº 109 (1951), p. 38; HISPANUS, “Vida hispanoafriicana: La espina eterna de Gibraltar”, *África*, nº 128 (1952), p. 41; Joaquín

FIGURA VI. Distribución geográfica de los artículos de *África*



FUENTE: Elaboración propia a partir de los artículos de *África* (1946-1956)

FIGURA VII. Distribución geográfica de los artículos de *Cuadernos de Estudios Africanos*

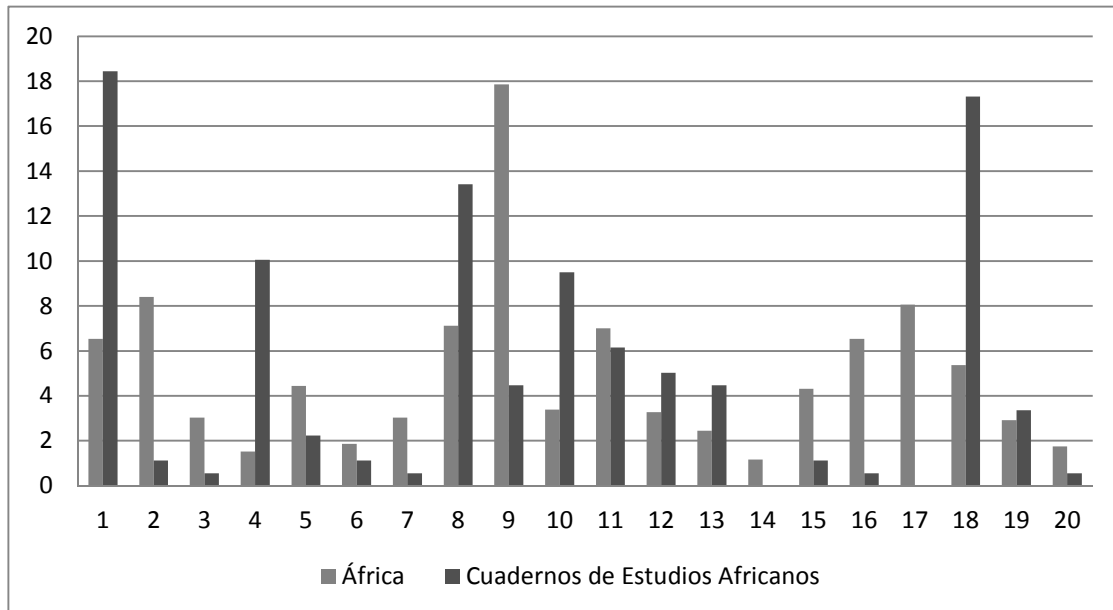


FUENTE: Elaboración propia a partir de los artículos de *Cuadernos de Estudios Africanos* (1946-1956)

ARRARÁS, “Visita de despedida”, *África*, nº 146 (1954), pp. 7-8; “Vida hispanoafriicana: Gibraltar y la Masonería”, *África*, nº 164-165 (1955), pp. 34-35.

Si nos centramos en el contenido temático de los artículos, vemos en la **FIG. VIII** que también en este aspecto las dos revistas se caracterizaron por una enorme variedad. Pese a ello, una vez más, hubo diferencias significativas entre las materias mayoritarias en *África* y las de mayor presencia en *Cuadernos*.

FIGURA VIII. Porcentaje de artículos de *África* y *Cuadernos de Estudios Africanos* por materias (1946-1956)



FUENTE: Elaboración propia a partir de los artículos de *África* y *Cuadernos de Estudios Africanos* (1946-1956)

1. Colonialismo, imperialismo, africanismo (teoría colonial, procesos de descolonización, sistema colonial francés, inglés, etc.)
2. Eventos africanistas (exposiciones, expediciones, congresos, visitas oficiales, conmemoraciones, etc.)
3. Administración colonial (burocracia, sistema de intervenciones, etc.)
4. Legislación, derecho colonial e internacional y justicia
5. Biología, geología y medio ambiente
6. Medicina e higiene
7. Comunicaciones, transporte y obras públicas
8. Economía (agricultura, ganadería, caza, pesca, minería, industria, turismo, etc.)
9. Historia y arqueología (prehistoria, historia antigua, medieval, moderna, biografías, etc.)
10. Geografía (física, humana, demografía, cartografía)
11. Antropología, etnología y sociología
12. Religión (acción misional cristiana, Islam, creencias indígenas, etc.)
13. Educación, cultura y acción social
14. Filología, lingüística (dialectología, toponimia, historia de las lenguas, etc.)
15. Literatura y estudios bibliográficos (cuentos, leyendas, relatos de viajes, etc.)
16. Arte (pintura, escultura, arquitectura, música, etc.)
17. Cuestiones militares
18. Política, conflictos y relaciones internacionales
19. Mundo arabo-islámico (arabismo, relaciones hispanoárabes, Liga Árabe, etc.)
20. Otros (medios de comunicación, escenas costumbristas, crónica social, anécdotas, etc.)

En *África*, más de 153 artículos se centraron en cuestiones relacionadas con la Historia y la arqueología. Así, los textos sobre prehistoria o historia antigua, dedicados básicamente a exaltar un pasado iberoafricano que legitimase la presencia española en el norte de África, se combinaron con trabajos sobre al-Ándalus y la “Reconquista”, sobre Cisneros y los Reyes Católicos (cuya función era recordar la “misión africana” que, desde la Reina Católica, tenía España) o sobre exploradores y conquistadores que, con frecuencia, servían para vincular la experiencia colonial contemporánea con el esplendor del Imperio y la “gran labor misional” que los españoles llevaron a cabo en América durante la Época Moderna.

Junto a los artículos históricos, debemos destacar también los destinados a publicitar eventos africanistas (expediciones, exposiciones, congresos, visitas oficiales, conmemoraciones, fallecimientos de personajes relevantes del africanismo, etc.). Era muy habitual que estos artículos, más allá de exaltar la labor del IDEA, honrasen a figuras como Franco, Díaz de Villegas, los Altos Comisarios (especialmente Varela y García Valiño) o que ensalzasen a personajes del pasado que, como Costa, Donoso Cortés o la propia Isabel la Católica, eran considerados guías y referentes para el africanismo contemporáneo.

Las cuestiones militares eran las que ocupaban la tercera posición. Así, en *África* fueron frecuentes las páginas dedicadas a estrategias, crónicas y campañas militares, a necrológicas o biografías laudatorias de miembros ilustres del Ejército (con el correspondiente relato de sus hazañas) o, incluso, a la Guerra Civil Española, siempre presentada como el mejor ejemplo de hermandad hispanomusulmana contra “los enemigos de la fe y de la civilización”.

Aunque con un peso menor, debemos destacar también los artículos dedicados a economía (sobre todo a agricultura, ganadería, caza y pesca), a antropología y etnología (destinados a justificar “científicamente” la inferioridad de los pueblos autóctonos y, por tanto, la necesidad de una acción colonizadora por parte de España) y a arte (usado con frecuencia como ejemplo de un pasado hispanomusulmán esplendoroso).

Cuadernos de Estudios Africanos, por su parte, dedicó la mayor parte de sus páginas a otras tres cuestiones: la reflexión teórica sobre imperialismo, colonialismo y africanismo (con especial atención al sistema colonial francés y a los procesos de descolonización), la política y los conflictos internacionales (relaciones entre países, auge de los movimientos nacionalistas, guerra arabo-israelí, crisis anglo-egipcia por el canal de Suez, etc.) y la economía (aunque con mayor atención a la evolución industrial,

la minería o el turismo y las consecuencias sociales derivadas de ello). Igualmente importantes fueron los artículos dedicados a legislación y derecho internacional y a cuestiones geográficas, especialmente relacionadas con la geografía humana y la demografía (frente a una geografía mayoritariamente física y cartográfica en el caso de *África*).

En resumen, las dos publicaciones africanistas, con todas las matizaciones señaladas, se caracterizaron por presentar una estructura similar y una gran variedad temática y geográfica por lo que respecta al contenido de sus artículos. No obstante, si queremos entender en qué consistieron los africanismos franquistas y qué impacto pudieron tener sus propuestas, debemos ir más allá de esta somera descripción y penetrar en unos discursos que, como apuntaba Ibn Azzuz Hakim en el párrafo con el que abríamos el capítulo, no siempre fueron del agrado de los estamentos oficiales. A este análisis en profundidad, precisamente, dedicaremos las próximas páginas.

4.2. ¿SIEMPRE “AL SERVICIO DE FRANCO”? PRINCIPALES ENFOQUES Y EJES TEMÁTICOS DE *ÁFRICA* Y *CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS*

En marzo de 1949, el Director General de Marruecos y Colonias, y máximo responsable del IDEA, escribió un artículo titulado “De la «Revista de Tropas Coloniales» a «África». Siempre al servicio de Franco”. En dicho artículo, Díaz de Villegas hablaba de la continuidad de dos proyectos, el que empezó en los años veinte de la mano de destacados militares africanistas y el que se reinició en 1942 con la aparición de la nueva *África*, para destacar que si algo unía a las dos publicaciones era su lealtad incondicional a una España encarnada en el *Caudillo*²².

A lo largo de las próximas páginas vamos a profundizar en los que, en nuestra opinión, son los principales ejes del discurso de *África* y *Cuadernos de Estudios Africanos*. Un análisis detallado de los mismos nos permitirá comparar mejor las dos publicaciones y comprobar si, efectivamente, detrás de ellas hubo dos proyectos diferentes o si, por el contrario, fueron propuestas similares más allá de pequeñas divergencias.

²² José DÍAZ DE VILLEGAS, “De la «Revista de Tropas Coloniales» a «África». Siempre al servicio de Franco”, *África*, nº 87 (1949), pp. 2-4.

En este sentido, en primer lugar analizaremos qué uso de la historia hicieron los autores de ambas publicaciones y hasta qué punto eso modificó, o pretendió modificar, los relatos de historia nacional más extendidos hasta el momento. A continuación, veremos de qué modo se construyó al “otro”, el marroquí en el caso que nos ocupa, y en qué medida esas representaciones de alteridad fueron utilizadas para legitimar la acción protectora de España. En tercer lugar, enmarcaremos el africanismo español en el contexto del orientalismo y colonialismo contemporáneo y analizaremos la visión que éste tuvo de sus homólogos europeos (especialmente del colonialismo francés y del inglés). Finalmente, examinaremos de qué manera reflexionaron los distintos autores acerca de los procesos de descolonización y, en relación con esto, veremos cómo caracterizaron a unos movimientos nacionalistas que desafiaban el orden colonial que había imperado hasta el momento.

Todo esto nos permitirá ver si, como señalaba Díaz de Villegas refiriéndose a *África*, todas las propuestas africanistas recogidas en ambas publicaciones estuvieron “siempre al servicio de Franco” o si, en algunos aspectos, voluntaria o involuntariamente, contribuyeron a agrietar un proyecto africanista franquista que, como ya hemos apuntado en diversos momentos, nunca fue único ni homogéneo.

4.2.1. La “orientalización” del pasado nacional ¿Una nueva Historia de España?

Desde el siglo XIX, la historia ha sido un instrumento clave en los procesos de construcción y reelaboración de las identidades nacionales. En la Inglaterra victoriana, por ejemplo, la Historia se reescribió para poder utilizar el pasado como justificación del Imperio que se estaba construyendo. Esto dio lugar a un relato histórico que evolucionaba linealmente y en el que cada episodio se presentaba como una pieza que necesariamente conducía a la aparición del Imperio británico. Ese relato empezaba con los celtas (que defendieron la independencia de la raza contra Roma), seguía con los anglosajones (los verdaderos ancestros) y continuaba con una invasión normanda que, pese a sus aspectos negativos, puso los cimientos para el hecho imperial. A partir de ese momento, por tanto, la historia se llenó de héroes que, como Ricardo Corazón de León, Enrique V, Isabel I, Cromwell, Pitt o Wellington encarnarían el poder y la grandeza de la nación²³.

²³ Robert H. MCDONALD, *The Language of Empire. Myths and metaphors of popular imperialism, 1880-1918*, Manchester, Manchester University Press, 1994, pp. 49-51. Por otro lado, dos

Gracias a su pasado, los ingleses habían sido un pueblo valeroso, ingenioso y dotado de instituciones libres desde los tiempos de los anglosajones. La libertad, por tanto, era un derecho del hombre inglés, que se convertía, como Elegido de la Providencia, en el encargado de iluminar al mundo y acabar con las cadenas que oprimían a la mayoría de la humanidad. Como señalaba buena parte de la historiografía victoriana, era el “*racial destiny*” lo que obligaba a Gran Bretaña a construir un Imperio. En este sentido, a mediados del siglo XIX, historiadores como Macaulay, Carlyle o Froude elaboraron teorías de superioridad racial basándose en una historia que vinculaba el progreso con unos orígenes raciales concretos (los anglosajones y sus libertades e instituciones) y que permitiría construir una versión anglosajona del destino manifiesto según la cual era Inglaterra quien, en virtud de su historia anglosajona y puritana, debía convertirse en líder de la civilización²⁴.

En la Francia decimonónica, el pasado también se utilizó para definir la nación, mostrar la grandeza de la civilización francesa y legitimar su expansión imperialista. Debido a esa superioridad, su misión era proteger a las razas indígenas, formarlas y educarlas para sacarlas de su barbarie e integrarlas en un proyecto de “*fraternité humaine*” que los franceses, por su Ilustración y su pasado, encarnaban mejor que nadie²⁵.

En España, como en el resto de Europa, la historiografía nacionalista decimonónica se encargó de seleccionar toda una serie de hechos históricos y de dotarlos de un significado teleológico que determinaba la configuración del presente y fomentaba entre los miembros de la comunidad la idea de un destino heredado y compartido. La selección de determinados hechos y momentos permitía mostrar cuáles eran los verdaderos fundamentos forjadores de la nación, aquéllos que realmente

estudios significativos y relevantes sobre las identidades nacionales desde una perspectiva europea son Stefan BERGER, Linas ERIKSONAS, Andrew MYCOCK (eds.), *Narrating the Nation: representations in History, Media and the Arts*, Nueva York, Berghahn Books, 2008; Stefan BERGER, Chris LORENZ, *Nationalizing the past: historians as nation builders in modern Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010. Sobre una aplicación concreta de estos estudios al caso portugués, véase Sérgio Campos MATOS, *Historiografia e memória nacional no Portugal do século XIX (1846-1898)*, Lisboa, Colibri, 1998.

²⁴ MCDONALD, *The Language of Empire*, op. cit., pp. 52-55. Sirva como ejemplo de este tipo de relato histórico la obra John Robert SEELEY, *The Expansion of England* (1883), considerada uno de los grandes exponentes de la nueva historiografía imperial.

²⁵ En este sentido, eran muy frecuentes las comparaciones con unos españoles que, a lo largo de su historia colonial, habían protagonizado numerosas masacres y abusos en nombre de Dios e ideas intolerantes. Cfr. Gaston PELLETIER y Louis ROUBAUD, *Images et réalités coloniales*, París, Adré Tournon, 1931. Emmanuelle SIBEUD, “«L’Afrique d’une société savante»: les africanistes et leur mémoire”, en Anne PIRIOU y Emmanuelle SIBEUD (dir.), *L’Africanisme en questions*, París, Centre d’Études Africaines-École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1997, pp. 71-88.

definían con claridad cuál era la esencia de la españolidad, a la vez que establecía nítidamente qué episodios del pasado debían quedar al margen por deformadores y/o anómalos.

En este sentido, a lo largo del siglo XIX, aparecieron también toda una serie de relatos históricos nacionales y nacionalistas que, pese a las divergencias derivadas de la pluralidad de culturas políticas, sirvieron para construir y reforzar la identidad nacional española y reivindicar un lugar en el mundo. De todo esto, lo que nos interesa es que, en general, esos relatos no incluyeron la época andalusí como un momento fundamental en el devenir patrio. Así, los sectores más tradicionalistas y católicos, pero también una parte importante de la tradición liberal, consideraron que al-Ándalus (y, por extensión, todo aquello del pasado español que pudiera tener un origen “oriental”) era algo ajeno a la identidad nacional. Su aportación al patrimonio de la cultura española podía ser, en el mejor de los casos, algo provechoso, pero la mayor parte de los historiadores consideraba que hasta que la “Reconquista” no acabó con ese período histórico, no se restableció el nexo con la nacionalidad perdida (la sociedad hispano-goda y católica). La “Reconquista” era presentada, pues, como una lucha por la independencia de la patria que ponía fin a un período habitualmente caracterizado como molesto paréntesis por haber alterado la natural evolución del ser nacional²⁶.

A pesar de todo esto, durante el siglo XIX se fue escribiendo también otra historia que, como hemos visto en el primer capítulo, sí prestó al pasado andalusí un mayor interés. Aunque minoritario, este relato escrito por los arabistas y utilizado y difundido por los africanistas, puso las bases para otra historia nacional que, como hemos podido comprobar a lo largo de estas páginas, encontró acomodo en la dictadura franquista.

El arabismo, así, sí le otorgó a al-Ándalus un papel relevante, pero con matices: el Islam español dio lugar a una civilización esplendorosa desde el punto de vista cultural y político, pero porque las esencias patrias, previas a la llegada de los musulmanes, entraron en contacto con éste y permanecieron. La mayoría de arabistas de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del siglo XX, profundamente conservadores y

²⁶ Carolyn P. BOYD, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000; Fernando WULFF, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003; Mariano ESTEBAN DE VEGA: «Castilla y España en la *Historia general de Modesto Lafuente*» en A. MORALES MOYA y M. ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 87-140; Rafael VALLS MONTÉS, “La imagen del islam en los actuales manuales escolares españoles de historia”, en L. CAJANI (dir.), *Conociendo al otro. El islam y Europa en sus manuales de historia*, Madrid, Fundación ATMAN-Santillana, 2008, pp. 73-122.

católicos, consideraron que buena parte del pasado musulmán se podía hispanizar, pero que la religión católica, intrínseca al ser español, separaba a los musulmanes de los verdaderos nacionales.

El africanismo teórico decimonónico reformuló todo esto y dio lugar a un relato histórico que recuperaba el pasado andalusí para construir un discurso de hermandad que le permitiera legitimar su expansión por el Magreb. No obstante, ese discurso no tuvo gran difusión ni durante las últimas décadas del siglo XIX ni, especialmente, durante las primeras del siglo XX, caracterizadas por las brutales derrotas coloniales y la proliferación de una retórica africanista militarista alejada de fraternidades y alianzas seculares con el vecino del sur.

Así pues, más allá de las aportaciones de un Asín Palacios o de algunos historiadores africanistas de raíz costista, el discurso histórico que recuperaba al-Ándalus y el componente “oriental” para la historia de España no tuvo demasiado eco hasta los años centrales del siglo XX.

África, caracterizada desde el primer momento por su deseo de justificar y perpetuar la presencia española en el Magreb a través de la evocación de un pasado imperial, adoptó la retórica de hermandad procedente del africanismo de raíz costista para señalar que España no dominaba Marruecos, sino que lo protegía y ayudaba en base a unos vínculos fraternales que venían determinados por la historia y que permitían hablar de una identidad hispano-magrebí casi natural. *Cuadernos de Estudios Africanos*, igualmente interesada en reforzar los vínculos con la otra orilla del Mediterráneo, también diseñó una historia de España con claros componentes “orientales”, aunque con algunas diferencias que iremos viendo a lo largo de las próximas páginas.

Tanto las propuestas de *África* como las de *Cuadernos* coincidieron cronológicamente con una importante discusión historiográfica que hizo que la cuestión de la integración de los componentes “arabo-orientales” y de al-Ándalus en la historia nacional adquiriese un cierto eco entre el conjunto de los historiadores, más allá de los círculos del africanismo y el arabismo. Estamos hablando del debate que los historiadores exiliados Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro protagonizaron entre finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta²⁷.

²⁷ Este debate tuvo lugar, básicamente, entre 1948 (año en el que empezó a tomar forma la versión inglesa de lo que después sería *La realidad histórica de España*, de Américo Castro) y 1956 (momento en el que Sánchez Albornoz replicó a Castro con *España, un enigma histórico*). Para más información sobre este debate historiográfico, véanse Pierre GUICHARD, *Estudios sobre historia medieval*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987; Víctor MORALES LEZCANO, *Las relaciones Hispano-*

Sánchez Albornoz consideraba la islamización de la época andalusí como un fenómeno superficial que no afectó a la esencia misma de la sociedad hispánica (basada en la combinación de la romanidad y la germanidad). Como mucho, se podía hablar de una “hispanización” de los árabes recién llegados, pero poco más. En el lado opuesto se situaba Américo Castro, que contestó a la tesis de Sánchez Albornoz sobre la “estructura funcional” de los peninsulares (entendiendo como tal los elementos estructurales de hispanidad firmemente arraigados antes de la invasión islámica que no consiguen ser eliminados por los musulmanes), afirmando que la sociedad hispanomusulmana se construyó a partir de una doble herencia (la preislámica, tanto de raíz germánica como semítica, y la musulmana) que influyó en la configuración de las esencias nacionales.

Tanto los africanistas del IDEA como los de la Sección de Estudios Coloniales del IEP contribuyeron a este debate con numerosos artículos destinados a hacer un uso político de la historia (especialmente antigua y medieval) para legitimar, entre otras cosas, la secular hermandad y unidad entre España y los países árabes, así como la presencia colonial española en el norte de África. De hecho, el primer número de *Cuadernos de Estudios Africanos*, de 1946, abría sus páginas con un artículo de José María Cordero Torres que comenzaba del siguiente modo:

“[El presente trabajo] tiene una finalidad pragmática, que se limita a esbozar, dejando a los lectores que deduzcan por sí las últimas consecuencias de sus premisas; incluso en desacuerdo con las sugerencias que contiene. El autor no ha dejado de preguntarse hasta qué punto tienen razón los que establecen una separación entre la ciencia pura – por ejemplo, la Geografía, la Historia y la Etnografía – y la inclinación política que inevitablemente se colorea del punto de vista nacional [...] y ha llegado a la conclusión de que le será tan perfectamente lícito como a los demás tratadistas nacionales o extranjeros que lo hacen intentar poner la ciencia al servicio de sus aspiraciones patrióticas”²⁸.

Hecha esta advertencia, Cordero Torres iniciaba un artículo sobre Marruecos en el que se planteaba si el país magrebí constituía o no una unidad geográfica. Esta cuestión, que en principio parece no tener demasiada relación con lo que estamos tratando en estas páginas, daba pie al erudito africanista a sistematizar las propuestas etnohistóricas

Marroquíes en el marco de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas, Madrid, UNED, 2004, pp. 206-207; Juan Ignacio CASTIÉN MAESTRO, “Américo Castro ¿Una visión orientalista de la realidad histórica de España?”, en Víctor MORALES LEZCANO (ed.), *Actas de la Jornada sobre Orientalismo, Ayer y Hoy (entrecruce de percepciones)*, Madrid, UNED, 2006, pp. 49-71.

²⁸ José María CORDERO TORRES, “Marruecos: su unidad y sus límites”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 1 (1946), pp. 1-2.

de muchos de sus colegas y a construir todo un discurso favorable a los lazos entre España y Marruecos que tuvo gran predicamento entre buena parte de los africanistas del momento.

Cordero, de este modo, empezaba distinguiendo entre los teóricos “europeizadores” de Marruecos, los “africanizadores” y los “fraccionadores”. Los primeros eran los que veían en Marruecos y en la Península Ibérica un mundo geográfico único de transición entre Europa y África. Así, decía que formaban parte de este grupo los partidarios de la unidad ibero-bereber que solían tomar como base de sus tesis elementos tan distintos como los accidentes geográficos, la parentela étnica y humana, la similitud de economías, las interferencias históricas o la comunidad de funciones y destinos universales. Resulta de lo más interesante ver cómo presentaba Cordero esta teoría puesto que, probablemente sin pretenderlo, le daba un carácter de construcción, de artificialidad, que contrasta con los planteamientos más esencialistas de Tomás Borrás, Tomás García Figueras o José Díaz de Villegas (por citar algunos de los grandes nombres del africanismo del IDEA):

“Así, primeramente los franceses pusieron en circulación la frase que «África empezaba en los Pirineos» ante la protesta de los españoles coetáneos. Pero en un momento dado los españoles cambian y empiezan a meditar las ventajas de ser africanos: Coello, Costa, Saavedra, Ferreiro, Reparaz acogen con entusiasmo y exageración la tesis de la unidad hispano-marroquí [...] Con la solitaria protesta de Maura Gamazo, la idea llega hasta nuestros días (Gómez, León y Ramos, Becker, Merino, Sangróniz, Martín Peinador, Caballero de Puga, Treviño, Aranda, Doménech, etc.) perfeccionada y corregida”²⁹.

Cordero Torres pasaba entonces a definir las otras dos teorías: la de los “africanizadores”, que sostenían que había una continuidad territorial entre Marruecos, Argelia y Túnez; y la de los “fraccionadores”, que negaban la unidad de Marruecos por su heterogeneidad social, racial y económica. Hechas las presentaciones, él se inclinaba claramente por la primera opción y se esforzaba en demostrar, a través de la búsqueda de unas raíces culturales e históricas, esa unidad hispano-marroquí.

Así, empezaba hablando de la presencia romana en un Marruecos integrado en Hispania; seguía con los orígenes de la población indígena marroquí y las diversas invasiones que ésta sufrió tras la caída de Roma (vándalos, visigodos y bizantinos); destacaba que la cristianización de Marruecos se dio en contacto con España y que los

mauritanos rechazaron el arrianismo con la misma firmeza que los hispanos. Aspectos históricos, antropológicos y étnicos que, en última instancia, le permitían afirmar que:

“El problema étnico de los antiguos pobladores de lo que hoy es Marruecos subsiste, pero [...] no puede negarse que a la corriente humana africana se unió la corriente europea representada por los iberos, más una tercera oriental-asiática, preferencia. Picquet ve en los mauritanos y nómadas del país, entre el Atlas y el mar, una mezcla de autóctonos e iberos. Efectivamente, hoy día un kabyla argelino se parece más a un campesino burgalés o soriano que cualquier cheraga”³⁰.

De la lectura de este texto resulta evidente la voluntad de legitimar antropológica e históricamente el discurso de unidad hispano-marroquí, un discurso que ya había esbozado Joaquín Costa, entre otros, con argumentos similares, pero que no se había llegado a detallar hasta ese nivel de erudición³¹.

En una línea parecida se expresaron también otros autores de *Cuadernos* y de *África* procedentes de campos tan diversos como el arabismo, la prehistoria o la geología. Así, por ejemplo, para Rodolfo Gil Benumeya era un error pretender encontrar las raíces de los vínculos hispano-marroquíes en la etapa andalusí o en la supuesta invasión de 711. Los orígenes de la unidad, según este arabista, debían buscarse en el Neolítico, puesto que fue entonces cuando España, Marruecos y también Argelia fueron asentamiento de una misma raza ibero-bereber. De la misma opinión era el geólogo Eduardo Hernández Pacheco, quien, más allá de destacar las características orogénicas, fisiográficas y de vegetación que, según él, compartían los distintos territorios que integraban el Mediterráneo occidental, hablaba también de una “unidad étnica” de sus pobladores: los denominados libio-ibéricos. Tanto para Gil Benumeya como para Hernández Pacheco, la historia, después, se encargaría de intensificar estos vínculos geográficos y raciales, ya que Marruecos formó parte de la Hispania Tingitana, desde las costas del Líbano llegaron a España los fenicios, de África vinieron los cartagineses, y al-Ándalus fue el culmen de todo este proceso³².

²⁹ *Ibid.*, p. 6.

³⁰ *Ibid.*, p. 21.

³¹ Costa había hablado de la existencia de una raza primordial entre los Pirineos y el Atlas y había hecho referencia a una «invasión de razas rubias y de ojos azules» (celtas) que había dejado vestigios en Marruecos. COSTA, *Estudios jurídicos y políticos...*, *op. cit.*, p. 305.

³² Rodolfo GIL BENUMEYA, “España, Marruecos y el mundo árabe en 1952”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 17 (1952), p. 11; Rodolfo GIL BENUMEYA, *Marruecos andaluz*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1942; Eduardo HERNÁNDEZ PACHECO, “El Mediterráneo occidental. Unidad geográfica y geopolítica”, *África*, nº 29 (1944), pp. 10-17.

La arqueología también se puso al servicio de estos postulados y, así, el historiador Julián San Valero, por ejemplo, se sirvió de sus investigaciones prehistóricas y paleontológicas para, a partir del hallazgo de armas idénticas, vasijas iguales o adornos semejantes en las dos orillas del Mediterráneo, sostener que ya hubo contactos y relaciones entre la Península Ibérica y el norte de África durante el Neolítico. De hecho, gracias al estudio de las cerámicas neolíticas hispanas, San Valero no dudaba en afirmar que una “oleada neolítica” procedente de África había enriquecido la vida prehistórica europea y que, además, lo había hecho a través de España³³.

Otros, como Luis Pericot, se remontaron a tiempos más remotos y encontraron rastros de esos lazos iberoafricanos mucho antes: en el Paleolítico. De este modo, desafiando a muchos de los prehistoriadores de su tiempo, que negaban que el Estrecho de Gibraltar pudiera haber sido cruzado antes del Neolítico, Pericot señalaba que sus excavaciones (como la de Barranc Blanc) habían confirmado la presencia de restos de Cro-magnon en su variedad africana, un homínido que pobló el norte de África durante el Paleolítico final. Este tipo de hallazgos eran, para él, la prueba de que los hombres prehistóricos sí fueron capaces de atravesar el Estrecho pese a sus técnicas y medios rudimentarios. En este sentido, debemos señalar que la Dirección General de Marruecos y Colonias llegó a patrocinar sorprendentes actividades destinadas a “confirmar” sus hipótesis, como hacer que un grupo de estudiantes de prehistoria tratara de cruzar el Estrecho con medios primitivos para demostrar que era algo factible³⁴.

En resumen, mientras Sánchez Albornoz y Castro discutieron básicamente sobre la posible “orientalización” de España como consecuencia de la llegada de los musulmanes en la Edad Media, estos autores de *África y Cuadernos*, partidarios de la unión con el Magreb, creían que el debate debía ubicarse antes (en la Antigüedad o, incluso, en la Prehistoria), algo que no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que en relatos nacionalistas como aquéllos, cuanto más remotos fuesen los lazos con el norte de África, más legitimada quedaba la política africana de la nación. Ahora bien, si nos fijamos, de lo que se hablaba mayoritariamente era de una unidad con un norte de África todavía no islamizado ni arabizado, un norte de África bereber. Resulta curioso,

³³ Julián SAN VALERO, “Cerámicas neolíticas hispanas. Datos para el estudio de las relaciones entre África y Europa”, *África*, n° 44-45 (1945), pp. 39-43.

³⁴ Luis PERICOT, “El problema del paso del Estrecho de Gibraltar en el Paleolítico Superior”, *África*, n° 154 (1954), pp. 2-4. Sobre el uso de la arqueología para legitimar la afinidad hispano-marroquí o la existencia de una cultura común, véanse también Enrique ARQUÉS, “En busca de los iberos. Los monumentos megalíticos”, *África*, n° 85 (1949), pp. 7-11; Miguel TARRADELL, “Las últimas investigaciones sobre los romanos en el Norte de Marruecos”, *África*, n° 109 (1951), pp. 14-16.

por tanto, que, hasta aquellas fechas, los estudios sobre berberismo en España hubiesen sido prácticamente inexistentes.

Isidro de las Cagigas, diplomático e importante representante del andalucismo político, lamentaba en el segundo número de *Cuadernos* que los estudios sobre los bereberes fuesen tan reducidos y afirmaba que era más importante saber de éstos que de los romanos, godos o árabes porque “su identidad con los iberos indígenas hace que hoy, tras tantos siglos transcurridos, resulte imposible el discriminarlos convenientemente para saber lo que se debe verdaderamente a los bereberes emigrados o lo que era puramente ibérico”³⁵.

Sin ir más lejos, para de las Cagigas los grandes monumentos hispanomusulmanes atribuidos a los árabes (la Alhambra, la Giralda, etc.) eran en realidad bereberes; pero no había habido interés en estudiarlo. La razón principal de esa ausencia de estudios bereberes era el hecho de que, durante mucho tiempo, el ibero-berberismo no estuvo bien visto, ya que, como hemos apuntado al hablar de la tradición arabista, desde los años centrales del siglo XIX se construyó un discurso que oponía árabes (nobles y generosos) a bereberes (incivilizados y bárbaros). Eran muchos los africanistas que decían que el rifeño era duro, intratable, falso, mientras que el árabe era inteligente e industrioso. Estos tópicos se extendieron notablemente durante la década de los veinte como consecuencia de las derrotas militares en el Rif. Sin embargo, a partir de la pacificación del Protectorado la situación cambió y el bereber pasó a ser presentado como un “noble primitivo” con valores que había que preservar, algo que, en ocasiones, implicó enfrentamientos con el nacionalismo árabe³⁶.

Poco a poco, así, empezó a extenderse la idea de que los bereberes no eran tan negativos como se les había presentado tradicionalmente y que, incluso, eran más asimilables que los árabes. En Francia fue el africanista Mouliéras quien mejor representó estos planteamientos bereberófilos a finales del siglo XIX. En España, este discurso tardó algo más en arraigar, pero cuando arraigó, lo hizo con fuerza de la mano

³⁵ Isidro DE LAS CAGIGAS, “Berberización en España: apuntes para su estudio”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 2 (1946), p. 119.

³⁶ Aarón COHEN, “‘Razas’, tribus, clases: acercamientos africanistas a la sociedad marroquí”, en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.): *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 230-231; Josep Lluís MATEO DIESTE, *El «Moro» entre los primitivos. El caso del Protectorado Español en Marruecos*, Barcelona, Fundació La Caixa, 1997, pp. 58, 112-115; *La «hermandad» hispano-marroquí...*, op. cit., pp. 141-142.

de figuras como el coronel e interventor Emilio Blanco Izaga, también colaborador de *África y Cuadernos de Estudios Africanos*³⁷.

Claramente probereber, Blanco Izaga no dudó en ocasiones en ir en contra de un Protectorado que, en su opinión, daba demasiado poder al *Majzén* arabizador y perjudicaba “las ansias de libertad y justicia” del rifeño³⁸. Así, si antes se había hecho distinción entre el moro ciudadano, culto y civilizado, y el bereber rural, bárbaro y traidor, ahora se pasaba a destacar unas cualidades bereberes que se adecuaban muy bien a las virtudes de la raza española. Para Blanco Izaga, pues, el espíritu bereber era el mismo que el espíritu español, puesto que los unía una etnia, una geografía y una historia:

“Ni el Estrecho fue nunca obstáculo para la invasión sur de Iberia ni para el de Berbería; en cambio, los múltiples pueblos que en flujo y reflujo lo cruzaron en son de conquista nunca lograron rebasar ni los Pirineos ni el Atlas, que detrás hay siempre una Europa fuerte o un clima inhospitalario y un vacío de muerte: el desierto”³⁹.

Blanco Izaga, además, pese a ser un militar, rescataba el “antibelicismo” propio del africanismo civilista de raíz costista cuando criticaba “el error estratégico de nuestros mayores” en referencia a la frecuente política de guerra en África de las décadas precedentes. De este modo, no dudaba en decir que “no queremos ver en la otra orilla enemigos, sino hermanos, que aunque de vez en vez riñamos, ante el mundo seamos de la misma familia, como tantas veces lo fuimos”. Todo esto, además, le llevaba a concluir que era “preferible pertenecer al imperio almorávide del Guadalquivir al Níger, que sentirse sojuzgado por los pueblos euro-africanos rubios o negros de más allá del estrecho, de otra mentalidad y medio”⁴⁰.

Todo esto, por tanto, responde a una clara voluntad de insistir en la fraternal unión entre las dos orillas del Estrecho en un contexto que exigía buenas relaciones diplomáticas con los países arabo-musulmanes. Ahora bien, no podemos olvidar que,

³⁷ Sobre la vida y la obra del coronel Emilio Blanco Izaga se puede consultar Vicente MOGA ROMERO y Antonio BRAVO NIETO, *Emilio Blanco Izaga. Coronel en el Rif*, Melilla, Ayuntamiento de Melilla-UNED, 1995. El monográfico, más allá de los datos biográficos del personaje, recoge una selección de su obra sobre la estructura sociopolítica de los rifeños del norte de Marruecos.

³⁸ En este sentido es interesante recordar que, en más de una ocasión, apostó por el establecimiento de Dahirs (decretos) que permitiesen a los bereberes organizarse al margen de la normativa árabe del Majzen. Véase, por ejemplo, Emilio BLANCO IZAGA, *El Rif, La Ley Rifeña. II. Los cánones rifeños comentados*. Ceuta, Imprenta Imperio, 1939, p. 67.

³⁹ Emilio BLANCO IZAGA, “Política africana”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 1 (1946), pp. 47-48.

sin entrar a valorar el grado de sinceridad de las palabras de estos autores, la voluntad de legitimar la presencia colonial que había detrás de la mayoría de estas reflexiones era más que evidente, dado que, como ya hemos apuntado al hablar del africanismo decimonónico, no sólo se justificaba la presencia española en el Magreb, sino que, en cierto modo, se establecía que ésta era la única presencia europea legítima⁴¹.

El teniente coronel Eduardo Maldonado insistía, así, en que históricamente sólo España había tenido relaciones con Marruecos, y lo ejemplificaba señalando que la Tingitana, aislada de las otras Mauritánias, se relacionó casi exclusivamente con la Bética. Recordaba, en la misma línea, que en 285 el Emperador Diocleciano la unió a la Diócesis de Hispania y que en los últimos años del Imperio las relaciones se estrecharon aún más, manteniéndose en tiempos de los visigodos⁴².

El arqueólogo Julio Martínez Santa-Olalla, refiriéndose a hallazgos neolíticos similares en Marruecos y Andalucía, señalaba que “los cazadores españoles de varios milenios antes de que se hablase de una Hispana Transfretana habían cruzado el Estrecho”, lo cual le llevaba a afirmar abiertamente que esos vestigios “representan el alegato más bello, solemne y contundente de la españolidad del norte africano frontero a nuestra Península en todos los tiempos”⁴³.

Todo ello, en definitiva, daba forma a lo que Cordero Torres denominaba “teoría europeizadora”, la que veía en Marruecos y en la Península Ibérica un mundo único de transición marcado por una geografía, una historia y una etnia comunes que permitían afirmar que:

“El berberisco tiene de oriental lo poco más que el idioma y la creencia [...] pero moros y españoles tienen análogos sentimientos adquiridos en su frecuente y mutuo vasallaje, en su constante relación, son, pues, los que mejor pueden entenderse y entienden [...] Por otros nacionales pueden sentir y sienten odio o admiración, indiferencia o curiosidad, sentimientos que excluyen de por sí el afecto. Ni se entienden ni se entenderán [los bereberes] como con los españoles más que circunstancial y egoístamente. Se desconocen, son diferentes. Nosotros somos de casa; los demás forasteros”⁴⁴.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 52.

⁴¹ El ibero-berberismo, además, permitía establecer vínculos más allá de Marruecos. Cordero Torres, por ejemplo, solía incluir en sus reflexiones el Oranesado argelino y Túnez, no tanto como una reivindicación territorial, sino como una unidad étnico-cultural y espiritual.

⁴² Eduardo MALDONADO, “Marruecos romano”, *África*, nº 61-62 (1947), pp. 17-20;

⁴³ Julio MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, “Los andaluces en Marruecos durante el Neolítico. Las primeras pinturas rupestres del Marruecos español”, *África*, nº 18 (1943), pp. 9-11.

Para buena parte de estos autores africanistas, por tanto, la unidad hispano-magrebí se forjó en la Prehistoria y en la Antigüedad, aunque fue en la Edad Media, en al-Ándalus, cuando, en opinión de muchos de ellos, alcanzó su momento de máximo esplendor. Pese a ello, la utilización del periodo medieval por parte de los distintos africanistas presentó divergencias significativas que *África* y *Cuadernos* ejemplifican a la perfección.

La “teoría europeizadora”, a pesar de reconocer los vínculos con el norte de África en la Prehistoria y en Época Antigua, permitía esquivar la posible “orientalización” de la identidad española señalando que tampoco los bereberes eran orientales. La “invasión” de 711, arabo-bereber y musulmana, ya no podía presentarse en los mismos términos. El tratamiento de la etapa andalusí, por tanto, nos permite ver que, pese al gran consenso sobre el esplendor de al-Ándalus, no todos los africanistas aceptaron del mismo modo la posibilidad de una “orientalización” de las raíces españolas, algo que, por otra parte, ya caracterizó los debates del arabismo decimonónico tratados en el primer capítulo.

En *África*, en este sentido, fueron frecuentes los artículos que pretendían demostrar que la “España musulmana” fue una etapa de una enorme grandeza y magnificencia. Se recurrió al arte, al urbanismo o a la toponimia para hablar de una herencia cultural y de unas relaciones hispanomusulmanas que, como señalaba Costa, hicieron de la Península un faro luminoso en medio de una Europa oscura. No obstante, esas relaciones, para muchos autores, no llevaron a una auténtica “orientalización” de España, puesto que, como ya hicieron numerosos arabistas del siglo XIX o Sánchez Albornoz en aquellos mismos años, atribuían el esplendor de la época andalusí no tanto a los arabo-bereberes como al sustrato autóctono en el que éstos se disolvieron⁴⁵. De este modo, no fueron pocos los que, pese a reconocer que la cultura hispánica era una

⁴⁴ BLANCO IZAGA, “Política africana”, *op. cit.*, pp. 55-56.

⁴⁵ Véanse, por ejemplo, Patrocinio GARCÍA, “Cultura hispano-musulmana. La trayectoria seguida por el arte poético y musical islámico-andaluz”, *África*, nº 18 (1943), pp. 22-24; Celestino M. LÓPEZ-CASTRO, “Sevilla. El embrujo moro de sus jardines”, *África*, nº 54 (1946), pp. 34-37; Cecilio BARBERÁN, “Las inscripciones poéticas de la Alhambra”, *África*, nº 58 (1946), pp. 32-33; Celestino M. LÓPEZ CASTRO, “Córdoba en la poesía y en la historia de sus emires”, *África*, nº 59-60 (1946), pp. 7-9; José GUILLOT CARRATALÁ, “Cerámica hispano-árabe”, *África*, nº 85 (1949), pp.12-13; José GUILLOT CARRATALÁ, “Arte Hispano-Árabe. Techos y artesanados mudéjares”, *África*, nº 97 (1950), pp. 23-24; Ángel DOTOR, “El Alcázar de Sevilla. Realce y singularidad de un palacio de ensueño exponente completísimo del Arte islámico en España”, *África*, nº 105 (1950), pp. 17-22; Nicolás BENAVIDES MORO, “Toponimia hispano-árabe”, *África*, nº 139 (1953), pp. 17-20; Rafael CABANÁS, “Influencias africanas en el paisaje urbano y físico de Almería”, *África*, nº 145 (1954), pp. 9-10; Victoriano DEL MORAL, “Recuerdos de la España musulmana. Cuenca, atalaya árabe asomada a la meseta”, *África*, nº 158 (1955), pp. 17-19; etc.

síntesis de la cultura nórdica, oriental y africana (tanto por el sustrato como por las colonizaciones que se habían dado desde la antigüedad), defendían que el peso de lo oriental había quedado prácticamente sepultado por los componentes occidentales de la raza española.

En esta línea, precisamente, se expresaba el teniente coronel Ángel González de Mendoza que, tratando de responder a las afirmaciones europeas según las cuales los españoles eran bárbaros por su pasado moro, afirmaba que “ni España recibió su cultura únicamente de los árabes y bereberes ni conserva una huella de salvajismo o primitivismo de la dominación árabe”, ya que sus “esencias occidentales” habían pulido todos esos aspectos negativos⁴⁶.

Ahora bien, esa relativización de la influencia arabo-islámica en lo español desde una perspectiva étnica, no impedía, en muchos casos, la reivindicación de esa herencia desde una perspectiva cultural y espiritual. Si para buena parte del arabismo del siglo XIX la religión era lo que realmente separaba a los andalusíes de los verdaderos españoles, para muchos de estos africanistas, la espiritualidad y la religiosidad, como ya planteó Asín Palacios, eran, precisamente, lo que confirmaba la existencia de una hermandad pretérita que podía y debía dar sus frutos en el presente.

El profesor y economista Vicente Gay, en este sentido, reconocía que hubo una fusión de los “elementos invasores” con los “ibero-romano-visigóticos”, pero que en ese mestizaje predominó en todo momento, por ser más numeroso, el “elemento nativo español”, por lo que consideraba que “la sangre árabe de la invasión fue como una lluvia caída en el mar ibérico”. Eso, el hecho de que “la España conquistada asimilase a los hijos del Islam”, era lo que, según él, permitía hablar de un Islam español, genuino y excepcional, que nada tenía que ver con su faceta más oriental, y de una etapa, al-Ándalus, a la que no dudaba en calificar como “la cumbre del florecimiento cultural español”. Desde esa perspectiva, criticaba a aquellos autores que consideraban la invasión árabe como una “pérdida de España”, ya que no sólo no afectó al sustrato español, sino que, además, lo enriqueció, provocando la aparición de un pueblo, de una “raza espiritual”, que, pese a su heterogeneidad étnica, era homogéneo ideológicamente⁴⁷.

⁴⁶ Ángel GONZÁLEZ DE MENDOZA, “El Islam y la civilización occidental”, *África*, nº 53 (1946), pp. 33-35.

⁴⁷ Vicente GAY, “El pueblo hispanomusulmán”, *África*, nº 66-67 (1947), pp. 29-31; Vicente GAY, “Lo que era el Islam español”, *África*, nº 81-82 (1948), pp. 16-19.

De la misma opinión era M^a Dolores Pérez Camarero, para quien “la cultura islámica [...] se había de magnificar en España con la savia iberorromana y que, a su vez, se infiltraría en nosotros hasta producir ese magnífico complejo étnico y psicológico que hoy llamamos con legítimo orgullo Hispanidad”⁴⁸.

En *Cuadernos*, en general, se dio un peso mucho mayor a la idea de mestizaje y a la importancia del componente oriental derivado de la llegada de los arabo-musulmanes en época medieval. Los autores de esta publicación africanista coincidían en la importancia que esos lazos tenían para la constitución de un pueblo, el español, caracterizado por una elevada espiritualidad y talla moral.

El capitán Fernando de Carranza apuntaba en las páginas de *Cuadernos* que el error del hombre moderno había sido olvidar el sentimiento moral del hombre racional; algo que no había sucedido en España gracias a los fundamentos de su identidad. Arios y semitas, señalaba Carranza, eran los pueblos bíblicos y, a la vez, los aglutinantes de la raza española. Por tanto, si no se podía dudar ni de “nuestra cultura griega” ni de “nuestra civilización romana”, tampoco se podía dudar de “nuestro componente oriental”, responsable de la altura espiritual de los españoles.

“[Ser español no se podía entender sin] la íntima confraternidad alcanzada de la cultura arábica sumada en España a la heleno-latina, para convertirse en una simbiosis de la espiritualidad mundial, que compensa el retraso científico que pudiera existir en nuestro intelecto por caminar quizá mirando más hacia arriba que a la terrena materialidad positivista de la vida. La aportación arábica a la raza hispánica es más cultural que material, cósmica, que afecta a su alma en el ambiente de su clima”⁴⁹.

Al-Ándalus, por tanto, no fue para la mayoría de los autores de *Cuadernos* ni un obstáculo ni una etapa sin importancia en la configuración de la nación española y, por eso, la presencia de España en Marruecos no derivaba ni de tratados ni de conferencias internacionales, sino de principios geográficos y humanos establecidos en la Prehistoria y reforzados con el paso de los siglos. Esa era la razón por la que muchos afirmaban, una vez más, que la cuestión del Magreb al Aqsa sólo afectaba a marroquíes y españoles. Había que evitar el disparate de llamar europeo al español e indígena al marroquí, porque eran la misma raza. Los países europeos se esforzaban en presentar a

⁴⁸ M^a de los Dolores PÉREZ CAMARERO, “La épica del Islam”, *África*, n° 30 (1944), pp. 20-21.

⁴⁹ Fernando de CARRANZA, “La lucha por la vida”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, n° 7 (1949), pp. 58-60.

España como extranjera, pero los países árabes, como decía Gil Benumeya, tenían clara cuál era la realidad:

“En resumen, la visión objetiva de las relaciones entre España y Marruecos y el mundo árabe [...] viene a parar en la necesidad urgente de rehabilitar y divulgar lo que España conserva del viejo y siempre admirado al-Andalus [...] Sólo así se ofrece una amistad fecunda, puesto que son abundantes los próximoorientales que estiman hoy lo que queda de al-Andalus como la más pura esencia de genuino arabismo, [...] Y ese resto glorioso suele estar siempre en España misma o en Marruecos hermano”⁵⁰.

En *África* todo este entramado histórico sirvió, fundamentalmente, para legitimar la acción colonial española en Marruecos y para sostener un discurso plañidero según el cual España había sido víctima de numerosas injusticias y expolios claramente visibles en los distintos tratados internacionales de los últimos siglos⁵¹. Muchos de los autores de *Cuadernos*, sin embargo, consideraron que ese pasado podía tener unas consecuencias políticas y sociales más ambiciosas que la permanencia en un minúsculo territorio en el norte de África, ya que afectaba a la propia identidad de la nación y podía implicar la posibilidad de ampliar la Hispanidad y, por tanto, la maestría rectora de España a los países árabes.

De este modo, no fueron pocos los autores de *Cuadernos* que retomaron los discursos casticistas propios de 1898 para decir que si España quería conservar su independencia, su esencia y su elevada espiritualidad, el casticismo andaluz, de raíz andalusí, era la única garantía. Si Unamuno y otros intelectuales habían centrado el casticismo en Castilla, autores como de las Cagigas o Gil Benumeya lo harían en la tradición andaluza y mediterránea. No es extraño, por tanto, que muchos de estos personajes hubiesen sido defensores del andalucismo político durante la República y de la idea de una personalidad propia andaluza (sin que esto implicara reivindicación nacional) durante el franquismo. Obviamente, estos planteamientos no tuvieron como finalidad el debilitamiento de la idea nacional de España: las identidades regionales habían servido históricamente y servían para reforzar la identidad nacional, ya que durante el siglo XIX y buena parte del siglo XX, el marco simbólico más próximo a la

⁵⁰ GIL BENUMEYA, “España, Marruecos y el mundo árabe en 1952”, *op. cit.*, pp. 17-18.

⁵¹ Fueron muy frecuentes los artículos sobre Gibraltar y Tánger o sobre los distintos tratados internacionales que debían fijar la presencia española en el norte de África y que redujeron su zona de Protectorado a un minúsculo territorio en el reino de Marruecos. Véase, por ejemplo, el artículo de Doménech Lafuente sobre la extensa zona de influencia que se fijaba en el nonato tratado de 1902 y en

mayoría de personas fue el espacio local y/o regional⁵². Así, ser andaluz y conocer las raíces andaluzas podía ser la mejor manera de ser español y de definir lo nacional. Andalucía, con su personalidad propia, debía contribuir a la definición e, incluso, a la salvación de España y de un mundo a la deriva.

En relación con la posible ampliación de la Hispanidad, debemos señalar que para muchos de los autores de *Cuadernos* la principal razón de la existencia de la zona hispano-jalifiana en Marruecos no eran ni los derechos históricos, ni el valor estratégico, ni los intereses económicos de España, sino la necesidad de un territorio compartido que ejerciera de puente entre España y el mundo árabe. La mezcla, el mestizaje, era precisamente el fundamento sobre el que se debía construir esta propuesta de Arabidad, un proyecto basado en la comunidad racial y de valores que, combinado con Hispanoamérica, debía dar lugar a un tercer bloque que salvara al mundo, comunista y capitalista, de su fatal materialismo⁵³. Lo más interesante, como veremos, es que ese proyecto no pasaba necesariamente por un Marruecos dependiente, ya que la fortaleza y sinceridad de la hermandad, según figuras como Gil Benumeya o Ibn Azzuz Hakim, harían que la independencia, en caso de darse, fuera algo anecdótico.

En *África*, como ya hemos apuntado, también se vinculó la idea de comunidad espiritual derivada de las relaciones hispanomusulmanas con la Hispanidad, lo que dio lugar igualmente a toda una serie de propuestas sobre la constitución de un hipotético bloque hispanoárabe. No obstante, en el caso de esta publicación africanista esto se limitó, en general, a la reivindicación de un frente cristiano-musulmán contra ateos y comunistas; un frente que, con frecuencia, se ejemplificaba con la participación de las tropas marroquíes en la Guerra Civil española, símbolo evidente de “la lucha de la Fe contra el Mal”. La contienda iniciada en 1936 no sólo representaba esa fraternidad espiritual, sino que se convertía en un momento fundacional (el momento fundacional, para muchos autores) de la verdadera hermandad hispano-marroquí, una hermandad fraguada en la lucha común y en la sangre derramada por idénticos ideales⁵⁴. Giménez

que se planteaban las distintas razones que impidieron su aprobación. Ángel DOMÉNECH LAFUENTE, “Una región marroquí que pudo ser protegida por España”, *África*, nº 61-62 (1947), pp. 55-59.

⁵² Véase Ferran ARCHILÉS y Manuel MARTÍ, “La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola”, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, nº 48 (2004), pp. 265-308.

⁵³ GIL BENUMEYA, “España, Marruecos y el mundo árabe...”, *op. cit.*, p. 9.

⁵⁴ “Al filo de un glorioso aniversario. La amistad hispano-marroquí es firme, porque está amasada con sangre”, *África*, nº 128 (1952), pp. 42-43; Enrique ARROJAS, “El otro 2 de mayo”, *África*, nº 54 (1946), pp. 2-3; José RUIZ FORNELLS, “Influencia del 18 de julio en la labor civilizadora de España en África”, *África*, nº 55 (1946), pp. 2-3; César de IRIARTE, “El Islam, fuerza positiva”, *África*, nº 102 (1950), pp. 2-6. Para África, la importancia del recuerdo de la Guerra Civil fue tal, que cada mes de julio

Caballero, en este sentido, señaló en las páginas de esta revista que “Marruecos acudió el 18 de julio a salvar a España, no de un invasor europeo, sino de un enemigo oriental: el bolchevique” y eso le permitía concluir que lo que no había conseguido la historia lo consiguió Franco, “hermanar en una sola raza [...] al moro y a Europa”, por lo que el marroquí se convirtió en español de primera clase “luchando contra los rojos y defendiendo la civilización cristiana de Europa”⁵⁵.

En un contexto como el de la Guerra Fría, parece claro que este discurso, profundamente anticomunista, pudo tener una utilidad más allá de la legitimación de la presencia española en el norte de África o de lograr el apoyo de los países arabo-musulmanes en un contexto de aislamiento internacional. Así, veremos que en *África*, a partir de finales de los años cuarenta, no fueron frecuentes las críticas a los Estados Unidos, algo que sí se dio en las páginas de la publicación del IEP.

Cuadernos de Estudios Africanos y África, por tanto, plantearon diferencias por lo que respecta al uso de la historia común hispanoárabe o hispano-marroquí; no obstante, el mayor contraste lo encontramos en el uso y la lectura que muchos de los autores de esta última publicación hicieron de otros hechos o capítulos de la historia española para justificar la política colonial; hechos o capítulos que muy rara vez aparecieron en las páginas de *Cuadernos* y que eran presentados con una retórica imperialista y nostálgica centrada en derechos históricos y en la recuperación de la grandeza perdida. De este modo, si en la revista de Cordero Torres la legitimación de la acción española en el norte de África siempre se basó en la retórica fraternal descrita hasta el momento, en *África* fueron muchos los artículos que se centraron en la “Reconquista” y en el mandato de Isabel la Católica como prolongación de la misma en tierras africanas.

Esto daba lugar a toda una serie de textos alejados de lo que hemos comentado hasta el momento, unos relatos en los que la grandeza de los “reconquistadores” cristianos, en combinación con las brillantes hazañas que permitieron la expansión

había diversos artículos destinados a rememorar aquel hecho que unió a “cristianos y musulmanes en defensa de idénticos ideales”. Podemos destacar, así, los textos de la sección “Vida hispanoafriicana” que, anualmente, hacían referencia a la celebración del aniversario de la guerra en Marruecos con numerosas fotografías que lo ilustraban con todo lujo de detalles: “Vida hispanoafriicana: Fuerzas marroquíes en el desfile de la Victoria”, *África*, nº 88 (1949), pp. 32-33; “Vida hispanoafriicana: Marruecos en el X Aniversario de la Victoria”, *África*, nº 88 (1949), p. 33; “Vida hispanoafriicana: El XIV Aniversario del Alzamiento Nacional”, *África*, nº 104 (1950), pp. 39-41, etc.

⁵⁵ Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, “España y Marruecos”, *África*, nº 22 (1943), pp. 24-26.

española por el norte de África en tiempos de Fernando el Católico, Cisneros y Carlos I, dejaban poco espacio a discursos basados en la amistad o la fraternidad⁵⁶.

España, en estos casos, no reclamaba su presencia en África por afinidad racial o cultural, sino por un mandato histórico, geográfico e incluso providencial que, con el descubrimiento de América y la lucha por la hegemonía europea, se vio interrumpido. Muchos artículos señalaban que la labor en el Nuevo Mundo, pese a ser motivo de orgullo patrio, había desviado a España de su verdadero camino, el africano, y que ahora era el momento de recuperarlo⁵⁷. Otros, incluso se atrevían a cargar contra los gobernantes que, como Felipe II o Carlos IV (bajo su reinado se renunció definitivamente a Orán y Mazalquivir), no supieron ver lo que era realmente importante para la grandeza de la nación⁵⁸.

Pese a todo, los autores de estos textos también señalaban que España y los españoles nunca llegaron a descuidar por completo su misión africana, como confirmaban numerosos episodios históricos que, desde el siglo XVII hasta las negociaciones para el establecimiento del Protectorado (primera batalla de Alhucemas, ocupación de las Chafarinas, Guerra de África de 1860, expediciones y acciones coloniales del último tercio del siglo XIX, etc.) ponían de manifiesto que la vocación africana de España seguía viva⁵⁹.

⁵⁶ Ángel GONZÁLEZ DE MENDOZA, “Abengamia y el nieto del Cid”, *África*, nº 63-64 (1947), pp. 49-51; Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE, “Del buen lidiar por agua y tierra, de moros y castellanos cuando el rey Fernando conquistó Sevilla”, *África*, nº 81-82 (1948), pp. 28-31; Celestino LÓPEZ CASTRO, “En el séptimo centenario de la Reconquista de Sevilla. Rey, monje y soldado”, *África*, nº 83-84 (1948), pp. 8-11; Casto M. DEL RIVERO, “Medallas hispano-africanas de las expediciones del Emperador Carlos V”, *África*, nº 83-84 (1948), pp. 47-51; José SANZ y DÍAZ, “Molina árabe”, *África*, nº 89 (1949), pp. 13-16; Domingo MANFREDI, “Cuando Cisneros visitó el sepulcro del Cid”, *África*, nº 120 (1951), pp. 22-24; Ángel DOTOR, “Zamora y Simancas. Evocación y esclarecimiento de dos gestas brillantes de la lucha cristiano-islámica en la Alta Edad Media”, *África*, nº 127 (1952), pp. 13-16; Jorge VIGÓN, “Las armas de los Reyes Católicos en África”, *África*, nº 132 (1952), pp. 2-6; José A. YAQUE LAUREL, “Marruecos en el tiempo del Cardenal Cisneros”, *África*, nº 135 (1953), pp. 2-4; Juan PRIEGO LÓPEZ, “Los campos de batalla de la Reconquista”, *África*, nº 138 (1953), pp. 12-15; etc.

⁵⁷ Enrique ARQUÉS, “Por la auténtica ruta de España”, *África*, nº 24 (1943), p. 2; HERNÁNDEZ PACHECO, “El Mediterráneo occidental. Unidad geográfica y geopolítica”, *op. cit.*; Domingo MANFREDI, “África en el camino de América”, *África*, nº 154 (1954), pp. 5-7

⁵⁸ Como ejemplo podemos señalar que en un artículo sobre la derrota de Alcazarquivir de 1578, Bartolomé Mostaza criticó el abandonismo de Felipe II, que no salió en auxilio de Portugal por estar demasiado centrado en sus posesiones europeas. Para Mostaza, Felipe II ignoró con su inacción el mandato de Isabel la Católica, ya que, en su opinión, debería haber llegado a un acuerdo con Francia e Inglaterra porque “Marruecos bien valía Flandes” y “Argelia compensaba el Franco Condado”. Bartolomé MOSTAZA, “La derrota de Alcazarquivir en los destinos de España”, *África*, nº 18 (1943), pp. 14-17. Véanse también Tomás GARCÍA FIGUERAS, “África en la historia de España”, *África*, nº 140-141 (1953), pp. 27-30; Manuel MELIS CLAVERÍA, “Un africanismo puesto al día”, *África*, nº 164-165 (1955), pp. 2-4.

⁵⁹ Véanse, por ejemplo, Rafael FERNÁNDEZ DE CASTRO, “Primer centenario de la ocupación del archipiélago de Chafarinas”, *África*, nº 63-64 (1947), pp. 7-11; Ángel GONZÁLEZ PALENCIA, “La primera batalla de Alhucemas”, *África*, nº 63-64 (1947), pp.38-40; José A. YAQUE LAUREL, “La

Tomás García Figueras, africanista clave y uno de los autores más prolíficos de la revista *África*, fue un buen exponente de todos estos postulados. Sin renunciar al discurso de hermandad, defendió la importancia del mandato de la Reina Católica y señaló reiteradamente que las distintas ocupaciones africanas (Melilla, 1497; Cazaza, 1503; Peñón de Vélez de la Gomera 1508; Orán, 1509; Bugía y Trípoli, 1510) o las batallas contra turcos y berberiscos durante la época moderna, no sólo “salvaron a la cristiandad y a la civilización occidental”, sino que, además, dejaron grabados en la Historia unos derechos que España, con la recuperación del ideario africano, podía y debía reivindicar⁶⁰.

Por todo ello, García Figueras consideraba que España era “la nación que mejor ha colonizado en el mundo” y que las nuevas generaciones debían conocer las hazañas de aquellos africanistas, exploradores y conquistadores españoles que vieron el territorio africano “como cosa propia” y que le permitían afirmar con contundencia que África era “el patio de nuestra casa”⁶¹.

En resumen, podemos confirmar que las dos publicaciones hicieron uso de la historia para justificar sus propuestas y que, en ambos casos, hubo una mayor o menor “orientalización” del pasado y de la identidad española. Ahora bien, mientras los textos de la revista del IDEA se caracterizaron fundamentalmente por justificar la presencia española en África a través de la evocación de un pasado imperial y de un discurso fosilizado y grandilocuente sobre los mandatos de la Historia (concretamente de Isabel la Católica), *Cuadernos* se centró mucho más en los lazos de fraternidad y en los proyectos de futuro que, sobre ese pasado común, podían erigirse. Para *África*, así, la Historia era la mejor muestra de lo que pudo ser y no fue y de lo que era y debía seguir siendo; para *Cuadernos*, en cambio, era una oportunidad que, más allá del lamento, la nostalgia o el mantenimiento del *statu quo*, permitía articular respuestas para el nuevo mundo que se avecinaba.

propuesta de 1698 para la ocupación del litoral atlántico marroquí. Unos documentos inéditos de la acción de España en África”, *África*, nº 145 (1954), pp. 11-15; VIAL DE MORLA, “Las exploraciones en África de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas en el último tercio del siglo XIX”, *África*, nº 152-153 (1954), pp. 4-7; etc. Sobre la Guerra de África pueden consultarse, Nicolás GONZÁLEZ RUIZ, “La Guerra de África. Empresa común de todos los españoles”, *África*, nº 103 (1950), pp. 2-4; M. FERNÁNDEZ ALMAGRO, “O’Donnell y la Guerra de África”, *África*, nº 103 (1950), pp. 5-8; Joaquín ARRARÁS, “El Ejército de 1860”, *África*, nº 103 (1950), pp. 9-11; “Hace veinticinco años que se realizó el desembarco de Alhucemas”, *África*, nº 105 (1950), pp. 40-41; José ANDRÉS VÁZQUEZ, “La paz de Uad-ras. Un cuadro de historia africanista”, *África*, nº 146 (1954), pp. 13-15.

⁶⁰ GARCÍA FIGUERAS, “África en la historia de España”, *op. cit.*

⁶¹ Tomás GARCÍA FIGUERAS, “África «patio de nuestra casa»”, *África*, nº 152-153 (1954), pp. 2-3

4.2.2. La representación de Marruecos en el africanismo franquista: entre la modernidad y la tradición

Como ya hemos apuntado, la mayoría de potencias coloniales esgrimieron argumentos de tipo “humanitario” para legitimar sus políticas imperialistas. En este sentido, fueron muy frecuentes las referencias al atraso o decadencia de los países dependientes para justificar una acción colonial modernizadora destinada a mejorar su situación y el nivel de vida de sus habitantes. El africanismo español no fue una excepción y recurrió con frecuencia a los supuestos lazos históricos y étnicos entre España y el Magreb para señalar, como ya hizo Costa en el siglo XIX, que era deber de España auxiliar a sus vecinos del sur para sacarlos de la situación de postración en la que se encontraban.

Los africanistas señalaron que España, movida por la secular amistad con Marruecos, había llevado a cabo toda una serie de mejoras y avances que, en pocos años, no sólo habían modernizado completamente su zona de Protectorado, sino que, además, habían reforzado la autoridad del Sultán, garantizando de ese modo la integridad del país. Muchos de estos africanistas, sobre todo del círculo de *Cuadernos*, añadían que España lo había logrado respetando las tradiciones y costumbres de sus protegidos, por lo que en ningún momento, a diferencia de lo que, por ejemplo, había hecho Francia, erosionó las esencias de la sociedad islámica.

En el caso de Marruecos, este tipo de planteamientos legitimadores de la acción colonial contó desde finales del siglo XIX (y hasta hace pocas décadas) con un entramado teórico que sirvió para justificar la presencia europea en el país magrebí: la célebre división entre el *bilād al-majzén* y el *bilād al-sība*.

Según esta simplificación interesada, el Marruecos previo a la colonización se dividía en “tierra de la Administración estatal” (*bilād al-majzén*) y “tierra de la disidencia” (*bilād al-sība*). Esta segmentación se basaba en la idea de que el Estado poseía un control limitado sobre las tribus del *sība* que se traducía, generalmente, en una enorme inestabilidad política. De este modo, España y Francia presentaron su intervención como una necesidad vital para Marruecos: debían acabar con la anarquía de las cabilas, restablecer el orden y la autoridad del Sultán y garantizar, por tanto, la paz y la unidad del Imperio marroquí. Con frecuencia, esta división maniquea solía ir acompañada de otra dualidad según la cual los árabes estaban vinculados al *Majzén* y la

vida urbana, mientras que los bereberes lo estaban al *sība*, las cabilas y las zonas rurales que escapaban del control del Estado sultaniano. Del mismo modo, se consideraba que en el *sība* se aplicaba el derecho consuetudinario propio de las sociedades tribales bereberes (*ʿurf*) mientras que en el *Majzén* se usaba el derecho coránico de procedencia árabe (*al-chariaʿa*).

El grado de eficacia de este discurso fue tal, que la idea del binomio *majzén-sība* caló también en buena parte de los notables marroquíes, que hablaban del pasado como una época de caos por oposición al orden impuesto por España y el Sultán. Ahora bien, no debemos olvidar que, como señalan Mateo Dieste o Madariaga, fueron estos notables quienes más se beneficiaron de la nueva administración con la ocupación de cargos gubernativos, por lo que estas percepciones legitimadoras de la acción colonial fueron útiles tanto para los objetivos políticos de unos como de otros⁶².

La historiografía actual considera que el clásico esquema dual que acabamos de exponer era excesivamente rígido y simplista, cuando no falso. En primer lugar, todo apunta a que no hubo en ningún momento una división tan exacta de árabes y bereberes (ni de derecho coránico y consuetudinario), ya que en todo Marruecos hubo siempre población de ambas procedencias. En segundo lugar, las tribus fueron *Majzén* o *sība* según las épocas y las circunstancias. En este sentido, es importante recordar que el *Majzén*, más allá de la tutela religiosa, tuvo como función principal resolver litigios entre tribus y defenderlas de enemigos externos a cambio de impuestos o tropas, aunque sin llegar a ejercer un control real sobre los territorios⁶³.

Además de todo esto, autores marroquíes como Germain Ayache, Abdallah Laroui, Paul Pascon u otros como Ernest Gellner, John Waterbury o Lucette Valensi han demostrado que la dualidad *sība-majzén*, concebida como la explicación de la decadencia marroquí en el siglo XIX, fue una clara construcción de las potencias colonizadoras: no sólo el “anárquico” *sība* fue una invención de los europeos, sino que, además, el descalabro del *Majzén* empezó con la penetración económica europea, que

⁶² MATEO DIESTE, *La “hermandad” hispano-marroquí...*, *op. cit.*, p. 143; María Rosa de MADARIAGA, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, UNED-Ciudad Autónoma de Melilla, 2000, pp. 397-398. Estos planteamientos enlazan con la crítica de Homi K. Bhaba a la idea de orientalismo de Said según la cual el poder pertenece sólo a los colonizadores. La división de Said entre el poder, por un lado, y la ausencia de poder, por otro, tendía, según Bhaba, a presentar un modelo binario, excesivamente rígido, que no daba respuesta a muchas de las situaciones que se dieron. Así, él proponía presentar el poder colonial como algo fragmentado y ambivalente. Homi K. BHABA, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.

⁶³ Aunque hubo épocas en las que hubo gobernadores y caides nombrados por el Sultán, la zona del Rif siempre gozó de una cierta autonomía. MADARIAGA, *España y el Rif...*, *op. cit.*, p. 282.

marcó el fin de las tradicionales relaciones político-económicas y provocó la desestructuración social⁶⁴.

Tomás García Figueras fue uno de los grandes defensores y difusores de esta teoría en España, una teoría que, durante mucho tiempo, permitió legitimar no sólo la acción colonial sino también la guerra sin cuartel contra unos rifeños que, a través de la instauración del caos y la anarquía, querían acabar con el *Majzén* y la unidad de Marruecos. Para este erudito africanista, los asesinatos de los obreros españoles que trabajaban en el ferrocarril minero, cerca de Melilla, el 9 de julio de 1909, eran la mejor muestra de una campaña de agitación xenófoba que, impulsada por los bereberes del Rif, podía perjudicar no sólo a España, sino al propio Imperio marroquí.

García Figueras insistía en que España no estaba en guerra con Marruecos, sino con unas cabilas rebeldes que luchaban por propia decisión y a las que el gobierno del Sultán no podía controlar. Así pues, la actuación del Ejército y la “reconquista” de los territorios perdidos, se convirtieron en algo inevitable si se quería evitar que “el virus del salvajismo y la rebeldía” fermentara en otros puntos del norte marroquí⁶⁵.

Junto a García Figueras, muchos otros africanistas, especialmente vinculados al IDEA y a *África*, consideraron que gracias a la acción militar la paz no se había turbado en absoluto en veinte años y la zona había avanzado considerablemente en su aspecto espiritual y social. La etapa de “pacificación” había sido, por tanto, algo imprescindible para poder iniciar la política “civilizadora” y vivir en el “remanso de paz” en que se había convertido el Protectorado español. De este modo, como decía Arrarás, si el Marruecos de ayer era “anárquico, rebelde al sultán, excluido de la civilización y condenado al salvajismo perpetuo”, el de hoy, gracias a la acción española, se caracterizaba por la justicia, el bienestar y la prosperidad, por lo que se podía afirmar que Marruecos era “una tierra incorporada gozosa y absolutamente a España”⁶⁶.

⁶⁴ Un buen ejemplo lo podemos encontrar en la revuelta de Bu Hamara, a principios del siglo XX. Las tribus rifeñas se alzaron contra el Sultán porque se sintieron abandonadas por un *Majzén* que se sometía a los extranjeros. Fue, por tanto, la ruptura llevada a cabo por el Sultán (que había pactado con los europeos) lo que explica la revuelta y la anarquía. VILLANOVA, *El Protectorado de España en Marruecos*, op. cit., pp. 222-225; MATEO DIESTE, *La “hermandad” hispano-marroquí...*, op. cit., pp. 144-145; MORALES LEZCANO, *España y mundo árabe...*, op. cit., p. 46; MADARIAGA, *España y el Rif...*, op. cit., pp. 266-284. Véanse también Abdallah LAROUÏ, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain 1830-1912*, París, Maspéro, 1977, pp. 170-171; Germain AYACHE, *Les origines de la guerre du Rif*, Publications de la Sorbonne-SMER, París-Rabat, 1981, p. 113.

⁶⁵ Tomás GARCÍA FIGUERAS, “Las etapas de la pacificación”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 4-9.

⁶⁶ Joaquín ARRARÁS, “África a la luz de los acontecimientos actuales”, *África*, nº 105 (1950), pp. 2-3. En la misma línea, véanse, M. LOMBARDEO, “Una campaña de las tropas del Sultán”, *África*, nº 56-57 (1946), pp. 49-53; “España en la paz de Marruecos”, *África*, nº 68-69-70 (1947), p. 1; Enrique

El paso del Marruecos caótico y anárquico a esta nueva etapa, la de un Protectorado moderno, avanzado y cohesionado, hizo que autores como los ya citados, u otros especialmente ligados al IDEA, desarrollaran una enorme labor publicitaria que empezó a sacar rendimiento de todos los puentes, presas, carreteras, mercados, escuelas o edificios administrativos construidos en la zona española.

África, el órgano africanista por excelencia, se llenó de artículos sobre el acondicionamiento técnico del territorio, planes hidráulicos, mejoras urbanas y rurales, organización del patrimonio forestal, desarrollo de la minería y de la pesca, mejoras en comercio y finanzas, etc. También se destacaba la acción social (beneficencia, sanidad e higiene o protección de la infancia) y la política educativa para demostrar la abnegación de España hacia su zona, una abnegación que, incluso, había llevado a la metrópoli a completar las inversiones “con el oro de sus arcas” para que el ritmo de progreso no disminuyera (dados los pobres recursos del país)⁶⁷.

Era muy frecuente ilustrar estos cambios, que habían hecho pasar a Marruecos del atraso a la modernidad, con artículos en los que se presentaba una descripción detallada de un mismo lugar antes y después de la acción española. En ellos, las “plagas de moscas, estiércoles y aguas fecales por todas partes y las sombrías calles indígenas” daban lugar a prósperas villas o ciudades cada vez más cercanas al bienestar europeo⁶⁸.

En esta cuestión, el africanismo de *Cuadernos* no se distinguió demasiado del de sus colegas del IDEA o de la Alta Comisaría. Así, aunque la teoría de la dualidad *sībamajzén* no apareció explícitamente en sus páginas, la esencia que se escondía detrás de ese discurso sí estuvo más o menos presente. Ahora bien, en la revista del IEP nunca se

ARQUÉS, “Veinte años después. Mirando a lo lejos”, *África*, nº 79-80 (1948), pp. 2-5; Eduardo MALDONADO, “Un dato para la historia del Rif”, *África*, nº 99 (1950), pp. 23-25; “El Gobierno Majzen de la zona jalifiana de Marruecos”, *África*, nº 159 (1955), pp. 2-4;

⁶⁷ Pueden consultarse al respecto Rafael de RODA, “Labor de España en Marruecos desde 1936. El balance económico”, *África*, nº 42-43 (1945), pp. 30-32; Rafael de RODA, “Evolución económica y transformaciones sociales de la vida marroquí”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 18-21; Antonio J. ONIEVA, “La enseñanza media en el Protectorado”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 40-41; José CARRASCO TÉLLEZ, “La acción social”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 42-44; José LÓPEZ, “La paz y nuestra acción misionera en Marruecos”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 45-48; Vicente MARTORELL, “El primer plan quinquenal de obras públicas”, *África*, nº 98 (1950), pp. 2-9; “Labor sanitaria de España en el Protectorado”, *África*, nº 101 (1950), pp. 40-41; “Acción benéficosocial de España en el Protectorado”, *África*, nº 106 (1950); Vicente MARTORELL, “El segundo plan quinquenal”, *África*, nº 129-130 (1952), pp. 6-9; Vicente MARTORELL, “El Zaio. Un poblado de 500 habitantes, que llegará a 12.000 dentro de veinticinco años”, *África*, nº 133 (1953), pp. 6-10; Tomás GARCÍA FIGUERAS, “Avances en el orden material de la obra de España en Marruecos”, *África*, nº 164-165 (1955), pp. 5-8; Valentín BENÉITEZ CANTERO, “Avance espiritual de Marruecos”, *África*, nº 164-165 (1955), pp. 9-12; Juan CASAS, “La labor interventora”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 16-17.

⁶⁸ Véanse, por ejemplo, Isidro de las CAGIGAS, “Sobre la urbanización de Alcazarquivir”, *África*, nº 66-67 (1947), pp. 20-23; Santiago GARCÍA CAMACHO, “Los municipios marroquíes”, *África*, nº 129-130 (1952), pp. 20-22.

usó ese entramado teórico o las referencias a la anarquía previa a la llegada de los españoles para hacer una exaltación de la acción militar o justificar la guerra contra los marroquíes. Para lo que sirvió fundamentalmente fue para resucitar el discurso costista según el cual los españoles debían devolver a los hermanos marroquíes, hoy en decadencia, la ayuda y la civilización que en el pasado ellos les prestaran. Además, se señalaba que España había logrado hacerlo sin erosionar las tradiciones marroquíes, lo que demostraba que no era una potencia colonial como las demás, sino una verdadera aliada que sólo miraba por el bien de sus protegidos.

En *Cuadernos de Estudios Africanos*, el historiador Muhammad Ibn Azzuz Hakim fue quien más se dedicó a destacar las bondades de un Protectorado que, según él, había permitido que Marruecos pasara de un estado caótico y decadente a una próspera modernidad que, en ningún momento, había afectado a los aspectos más positivos de su tradición. Y todo esto, como ya hemos dicho, gracias a la estrecha relación entre España y Marruecos y a la obligación moral que los españoles tenían con su vecino del sur. El colonialismo español, por tanto, actuaba por amor y por deber moral frente al saqueo que franceses o británicos llevaban a cabo en sus colonias.

La estructura de los artículos de Ibn Azzuz Hakim siempre era la misma. Primero, se mostraba el estado lastimoso y decadente en el que se encontraba Marruecos (sobre todo en contraposición con un pasado glorioso de estrecha relación con al-Ándalus) para, seguidamente, presentar una explicación detallada de todo lo que España había hecho para devolverle el antiguo esplendor.

En el ámbito educativo, por ejemplo, el historiador tetuaní señalaba que, antes del Protectorado, la enseñanza marroquí se encontraba en una situación muy deficiente. Un *Majzén* débil y la resistencia a las innovaciones y al progreso de las ciencias por culpa de las supersticiones (muy arraigadas en el mundo rural y bereber) habían hecho que el nivel cultural fuera lamentable. La enseñanza elemental (que ni siquiera era oficial y estaba en manos de centros privados o mezquitas) consistía en aprender a leer y escribir el Corán, por lo que se había perdido totalmente el prestigio cultural de los tiempos de al-Ándalus⁶⁹.

España, desde el primer momento, decía Ibn Azzuz Hakim, se había impuesto como tarea ilustrar, enseñar y capacitar al marroquí y había conseguido enormes avances que se hacían patentes mediante toda una serie de gráficas y tablas estadísticas:

⁶⁹ Muhammad IBN AZZUZ HAQUIM, “La formación cultural de la juventud marroquí de la zona jalifiana”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, n° 14 (1951), pp. 55-56.

el 65% de la población infantil marroquí estaba escolarizado; se habían invertido en su educación más de 25 millones de pesetas; se habían construido numerosas escuelas, institutos, museos, bibliotecas, etc.⁷⁰. Igualmente se había intentado capacitar técnica y administrativamente a una sociedad que carecía de administración más allá de una pequeña burocracia sultaniana anticuada y rudimentaria⁷¹.

Los avances no habían sido menores en sanidad. En el ámbito médico, durante las épocas gloriosas de la civilización musulmana, Marruecos había ejercido un papel preponderante gracias al vecino al-Ándalus. De esta gloria no quedaba nada cuando se estableció el Protectorado. Ibn Azzuz Hakim consideraba que la culpa era de la heterodoxia y de las supersticiones de raíz bereber que habían llenado el país de *alfakīs* (curanderos) o de *maalem hayyam* (maestros barberos) que hacían sangrías, extirpaciones, circuncisiones, extracciones dentales y otras prácticas que o curaban al enfermo o lo remataban⁷². Los pocos hospitales más o menos decentes, decía, habían sido impulsados por iniciativa privada española y hasta la llegada del Protectorado no empezó a configurarse una sanidad pública en condiciones. Así, gracias a las inversiones españolas, se había puesto fin al paludismo y a la viruela, se había reducido la sífilis, la tiña, la sarna y la tuberculosis y se había frenado considerablemente la mortalidad infantil⁷³.

Un esquema similar era presentado para hablar de la beneficencia y de la acción social de España en Marruecos⁷⁴ o de la revalorización económica que implicaron los Planes Quinquenales de Obras Públicas y las inversiones en comunicaciones, seguridad, etc.⁷⁵.

Antes del Protectorado, decía otro autor, Doménech Lafuente, Marruecos era un país de señores feudales, desorganizado, en constantes revueltas, con habitantes sin fe en el mañana. La industria era muy rudimentaria y se limitaba a pequeños artesanos, vendedores ambulantes y algunos negocios familiares. No obstante, “la acción protectora de España ha conseguido el renacimiento de la artesanía [...] renacimiento que se basa en la oposición contra todo artículo extranjero fabricado en serie que inunde

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 59-60.

⁷¹ Muhammad IBN AZZUZ HAQUIM, “La capacitación técnico-administrativa de los marroquíes en la zona jalfiana de Marruecos”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 31 (1955), pp. 27-36.

⁷² Muhammad IBN AZZUZ HAQUIM, “La sanidad española en Marruecos”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 22 (1953), pp. 33-35.

⁷³ *Ibid.*, pp. 40-43.

⁷⁴ Muhammad IBN AZZUZ HAQUIM, “Beneficencia y acción social en Marruecos”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 27 (1954), pp. 21-40.

el mercado marroquí desparramando modelos sin motivos clásicos y sirviendo los pedidos de gustos «modernizados»⁷⁶.

Para los representantes del círculo de Cordero Torres, estas palabras eran el mejor reflejo de la esencia colonizadora de España: una colonización que, con al-Ándalus como referente, modernizaba pero que, a la vez, conservaba tradiciones e incluso las resucitaba. Los planteamientos de *África*, en cambio, no fueron exactamente los mismos. Marruecos estaba en decadencia, pero ésta, a diferencia de lo que se planteaba en *Cuadernos*, no parecía coyuntural, sino algo marcado por la propia forma de ser de los marroquíes. Así, si los autores de *Cuadernos* consideraban que España debía ayudar a sus “hermanos” a recuperar el esplendor de antaño, los de *África*, en general, preferían hablar de una política de civilización europea que, precisamente, debía acabar con lo peor de su tradición oriental.

Luis de Armiñán, por ejemplo, señalaba en un artículo de 1954 que España “entró en un Marruecos que vivía su estilo oriental para sacarlo de la esclavitud de sus costumbres”. Así, no dudaba en vincular a España con una “misión occidental” y en comparar a los marroquíes con niños a los que “al principio se les enseñaba con enfado, pero luego comprendieron y se hizo la paz”⁷⁷. Joaquín Cervela hablaba de actuar para sacar a pueblos retrasados de su situación y “desterrar costumbres bárbaras”, ya que sólo con la ayuda española se les podría hacer comprender que la adaptación al progreso era algo bueno para ellos⁷⁸.

Por su carácter “oriental”, los marroquíes eran, por tanto, supersticiosos, crédulos, vulgares y brutales; eso se concretaba en la falta de respeto hacia el Sultán, pero también en leyes bárbaras o en determinadas tradiciones y prácticas religiosas propias de “edades primitivas”⁷⁹. Este atraso, además, se relacionaba a menudo con textos del pasado en los que se hablaba de la maldad, insolencia y perversidad de los turco-berberiscos, unos textos en los que la forma de ser de los “moros” contrastaba con el

⁷⁵ Muhammad IBN AZZUZ HAQUIM, “Planes de revalorización económica de la zona jalifiana de Marruecos”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 18 (1952), pp. 39-40.

⁷⁶ Ángel DOMÉNECH LAFUENTE, “Zona Norte de nuestro Protectorado: las industrias del país”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 23 (1953), pp. 25, 35.

⁷⁷ Luis de ARMIÑÁN, “La llamada de Occidente”, *África*, nº 155 (1954), pp. 22-23.

⁷⁸ Joaquín CERVELA, “Razón y ética de la acción colonial”, *África*, nº 1 (1942), pp. 42-45.

⁷⁹ Enrique ARQUÉS, “El Sultán”, *África*, nº 13 (1943), pp. 11-14; Vicente RECIO, “Marruecos a mediados del siglo XIX, según el relato de un aventurero navarro”, *África*, nº 19-20 (1943), pp. 40-43; Carlos PEREDA ROIG, “Selección del Marruecos íntimo”, *África*, nº 158 (1955), pp. 5-7.

prestigio de una raza hispana representada, en el pasado, por figuras como Cervantes y, en el presente, por los españoles que habían ido a civilizarlos⁸⁰.

La dimensión orientalista, en el sentido trazado por Edward Said, de todos estos planteamientos esbozados por *África* resulta evidente. El africanismo del IDEA, como el del IEP, mantuvo con frecuencia la retórica fraternal y habló de lazos de hermandad y amistad con los arabo-musulmanes, pero ello no impidió que, como consecuencia de su intento por acentuar la pertenencia de España a la moderna civilización europea, surgiesen interesantes paradojas de difícil encaje.

Las reflexiones de los principales autores de *Cuadernos*, en este sentido, fueron menos problemáticas, ya que ni consideraban que lo “oriental” fuera la causa de la decadencia de Marruecos (y, por extensión, del mundo arabo-islámico) ni creían que España pudiera adscribirse únicamente a la “superior civilización occidental”.

Emilio Blanco Izaga, por ejemplo, criticaba en muchos de sus artículos la aureola de sensualidad mora y el exotismo, “productos ambos de la misma desbordante y creadora fantasía o miopía del relator, pero tan erróneas y absurdas ambas, que lo mejor es probarlas para convencerse pronto de los efectos de una literatura inaguantable y quimérica, hechura de ascetas atormentados y visionarios de los llamados países exóticos...”⁸¹. Gil Benumeya insistía una y otra vez en que el Islam y lo oriental no eran sinónimos de atraso y barbarie, y recurría a la historia de países como Egipto para demostrar que la modernización ya fue posible antes de la llegada de los europeos, lo cual le llevaba a afirmar que “había una perfecta armonía entre el Corán y los adelantos científicos”⁸². Cordero Torres, en una nueva vuelta de tuerca, llegó incluso a cuestionar la capacidad civilizadora de algunos españoles, señalando que:

“En la Zona, el español que no ocupa cargo oficial suele ser de modesta condición, sin alta educación cultural y su moral a veces se resiente de ello [...] Estos obreros españoles, que viven en barrios indígenas de las ciudades marroquíes con un nivel igual o inferior al de aquéllos, no son un modelo para presentarse como protectores. Los colonos agrícolas tampoco. España debería haber preparado mejor a su colonización”⁸³.

⁸⁰ Rafael FERNÁNDEZ DE CASTRO Y PEDRERA, “La piratería y los cautivos de Argel”, *África*, nº 79-80 (1948), pp. 6-9.

⁸¹ Emilio BLANCO IZAGA, “Las danzas rifeñas”, *África*, nº 55 (1946), p. 16.

⁸² Véase, por ejemplo, un artículo que el célebre arabista escribió en *África* en los años en los que ésta dependió del Instituto de Estudios Políticos: Rodolfo GIL BENUMEYA, “Egipto y su rey Faruq”, *África*, nº 4 (1942), pp. 9-14.

Quizás una de las cuestiones que mejor reflejó estas diferencias entre los africanistas del círculo del IEP y los del IDEA fue la referida a la representación de la condición de las mujeres marroquíes.

Para buena parte de los orientalistas europeos, las características de la mujer musulmana y su papel en la vida pública fueron ejemplo perfecto de la distancia entre los colonizadores y los infantilizados y/o bárbaros pueblos colonizados⁸⁴. La mayoría de africanistas de la Alta Comisaría o del IDEA, en la línea de sus colegas europeos, podían esbozar discursos de hermandad como los que hemos presentado hasta el momento, pero rara vez equipararon a las mujeres marroquíes/orientales con las mujeres españolas.

De este modo, no fueron pocos los autores que reflexionaron sobre la sociedad marroquí y sobre la condición femenina de las marroquíes para subrayar la alteridad de unas mujeres cargadas de tópicos orientalistas que servían para legitimar la acción colonial. La descripción de las “moras”, generalmente acompañadas de fotografías encargadas de realzar el exotismo de sus rasgos y vestimentas, permitía establecer un claro contraste entre la visión de sociedades avanzadas como la española y sociedades atrasadas como las del Magreb.

La mujer marroquí era presentada con frecuencia en las páginas de *África* como un ser oprimido y subordinado al hombre, un ser que, como consecuencia del ambiente de dominación en el que se había formado, se embrutecía, llegando a desarrollar perniciosos instintos completamente alejados de la civilización⁸⁵. Bartolomé Mostaza, en este sentido, señalaba que “la mujer mora vive aún diez siglos atrasada [...] Ciertamente que la mujer mora posee indudables encantos. Pero la poligamia ha hecho de ella un animal receloso y vengativo. Los envenenamientos no son excepción en los hogares musulmanes”⁸⁶

En definitiva, la situación de la “subyugada” mujer arabo-musulmana se presentó a menudo como el ejemplo de la superioridad de Occidente con relación a Oriente y como una justificación del colonialismo, ya que la imagen de una mujer perdida y

⁸³ José María CORDERO TORRES, “Impresiones de la región occidental de nuestro Protectorado”, *África*, nº 33-34 (1944), p. 119.

⁸⁴ Anne McCLINTOCK, *Imperial leather. Race, gender and sexuality in the colonial contest*, Londres, 1995; Clara MIDGLEY (ed.), *Gender and Imperialism*, Manchester, Manchester University Press, 1998.

⁸⁵ Manuela MARÍN, “Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos” en Fernando Rodríguez Mediano y Helena de Felipe (eds.), *El protectorado español en Marruecos. gestión colonial e identidades*, Madrid, 2002, pp. 85-109.

necesitada trascendía obviamente el nivel individual para caracterizar a todo un Marruecos feminizado que necesitaba la tutela y protección de España⁸⁷.

También en esta cuestión los autores de *Cuadernos* se alejaron de los postulados generales de sus colegas⁸⁸. Intentaron demostrar en más de una ocasión que el Islam no defendía la desigualdad entre hombres y mujeres en un grado mayor a otras religiones⁸⁹. Estos artículos hablaban del matrimonio, de la poligamia, del maltrato a las mujeres, etc., pero lo hacían desde una perspectiva poco habitual para la época, estableciendo en todo momento que la religión o su componente “oriental” no se podían utilizar como excusa para justificar actos claramente reprobados por el propio credo de Mahoma (para lo cual no dudaban en apelar a los grandes teólogos y juristas islámicos).

Carmen Martín de la Escalera, durante su breve etapa como colaboradora de *África*, reflexionó acerca del papel de la mujer en la sociedad marroquí. Estaba de acuerdo en señalar que la vida de aquellas mujeres no era fácil, pero advertía que no por ello se debía caer en la “vulgar opinión de que la marroquí viene a ser como una cosa”. El hecho de que esas mujeres no estuvieran generalmente rodeadas de un ambiente de ternura no significaba “atraso, salvajismo, ni ninguna de las etiquetas que suelen aplicarse”, sencillamente era “una manera más de sentir”⁹⁰. Martín de la Escalera señalaba que, con frecuencia, los europeos se aproximaban a esta cuestión cargados de prejuicios, “dando un carácter universal a la felicidad o la desgracia” sin tener en cuenta que todo eso estaba mediatizado por la educación y las costumbres. Así, decía que el Corán no establecía en ningún momento que la mujer fuera inferior al hombre, y que era la propia organización social la que había llevado a una dualidad según la cual la mujer se encargaba de la dirección interior del hogar (donde tenía plena libertad) y el hombre de las cuestiones que afectaban al ámbito público:

⁸⁶ Bartolomé MOSTAZA, “Observaciones de un viaje. Una ojeada rápida al Protectorado español”, *África*, nº 19-20 (1943), p. 20

⁸⁷ Abel ALBET I MAS y M^a Dolors GARCÍA RAMÓN, “Reinterpretando el discurso colonial y la historia de la Geografía desde una perspectiva de género” en NOGUÉ y VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos...*, *op. cit.*, p. 66.

⁸⁸ Sobre la representación de las mujeres arabo-musulmanas en *Cuadernos*, véanse, por ejemplo, Emilio de VIGUERA FRANCO, “La condición de la mujer en el derecho árabe e islámico”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 4 (1948), pp. 77-91; Inocencia RODRÍGUEZ MELLADO, “Notas sobre la evolución social de la mujer egipcia”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 17 (1952), pp. 49-62; Rafael ROMERO MOLINER, “Notas sobre la situación social de la mujer indígena en Fernando Póo”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 18 (1952), pp. 21-38; V. BENEITEZ CANTERO, “Algo sobre la infancia de la mujer marroquí”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 26 (1954), pp. 41-50.

⁸⁹ VIGUERA FRANCO, “La condición de la mujer en el derecho árabe e islámico”, *op. cit.*, p. 79.

⁹⁰ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “La madre y el niño”, *África*, nº 17 (1943), pp. 31-32.

“Vemos a la marroquí encerrada en su casa [...] alejada de los lugares públicos de recreo y esparcimiento, y de ello sacamos la conclusión de que su vida es poco menos que la negación de toda libertad. Pero esta opinión es inexacta [...] En su casa manda y dispone como quiere, recibe las visitas de amigas que le placen, educa a sus hijos a su antojo, se viste como le parece [...] Mutuamente se reconocen el derecho de desenvolverse libremente, cada cual en su pequeño mundo [...] Lo que sí exige el marido es que la mujer conserve las formas exteriores de recato que imponen las costumbres [...] Fuera de ello no indaga los pasos que da”⁹¹.

Para los autores de *Cuadernos*, por tanto, la situación de la mujer no podía ser un argumento para desacreditar al Islam (como religión inferior y misógina) o para justificar la acción colonial. Ahora bien, al igual que sus colegas del IDEA, sí eran partidarios de que el Protectorado impulsase una modernización y educación de las mujeres para que, sin erosionar lo esencial de la tradición, pudiesen contribuir a mejorar sus condiciones de vida.

Debemos concluir este apartado señalando que una cosa era el discurso y otra bien distinta la práctica del día a día. Los informes confidenciales de la diplomacia británica, por ejemplo, señalaban que el Protectorado español era un nido de corrupción en el que toda concesión iba precedida del soborno correspondiente. Eran frecuentes las referencias a los trapicheos de los interventores (e incluso del Alto Comisario), a la ineffectividad de muchas de las reformas y a las misteriosas “desapariciones” de partidas destinadas a educación o política social: “There are no means of telling how many of those 7 millions ended up in educational bricks and mortar or in private pockets”⁹².

En la misma línea, los distintos memorándums que el consulado británico en Tetuán elaboró para analizar la situación educativa de la zona, desmentían muchas de las ideas expuestas por el africanismo oficial. Aunque la propaganda de la Alta Comisaría señalaba que la educación era obligatoria en todo el Protectorado español (lo que, en teoría, era cierto desde 1946), a la altura de 1950 sólo 5.700 niños marroquíes de los 200.000 en edad escolar iban a la escuela elemental, según los datos británicos. Los informes añadían, además, que la cifra era la misma que la de niños españoles, con la diferencia de que, en ese caso, representaban al 95% del total. Por otro lado, las aulas

⁹¹ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “La mujer marroquí en el hogar”, *África*, nº 19-20 (1943), pp. 69-70

⁹² F.O. 371/90268, archivo 1016, National Archives of the United Kingdom, “Death of Spanish High Commissioner for the Spanish Zone of Morocco; appointment of his successor Lt Gen Rafael Garcia-Valino of Marcen”, 1951.

estaban masificadas y el material didáctico no era el adecuado para impulsar con éxito un proceso de enseñanza-aprendizaje⁹³.

Lo más interesante, es que disponemos también de testimonios españoles que confirman esas contradicciones entre el discurso africanista más oficial y la práctica colonial. Uno de ellos fue la revista *El Buhaxem*, una publicación de humor editada en los años cuarenta por los interventores de la Intervención de Sīdī ‘Alī, en la cabila de Banī ‘Arūs (Ŷbāla central), que presentaba sin tapujos los problemas que el control colonial suscitaba en las relaciones sociales con los marroquíes⁹⁴.

4.2.3. El africanismo español en el marco de los colonialismos europeos: integridad moral frente a expolio material

“Colonización es, para nosotros, el proceso de incorporación de un territorio habitado por un pueblo en estado primitivo al destino en lo Universal de la Metrópoli [...] Y he aquí reducida a fórmula precisa toda profunda diferencia que separa el fenómeno colonial hispano –español y portugués – de cualquier otro, sin importar la nación que lo realizara [...] porque para nosotros la colonización actúa sobre hombres y no sobre tierras. Es “cultivo” de hombres, de hermanos; no mera “puesta en valor” de nuevas tierras, según la expresión francesa”⁹⁵.

Más allá de las distintas cuestiones tratadas hasta el momento, si algo caracterizó a la mayor parte de las élites africanistas españoles durante el franquismo fue, como ilustra el párrafo anterior, el mantenimiento de un discurso estático y esencialista sobre el carácter civilizador de los españoles, un discurso que, con frecuencia, hundía las supuestas raíces de la acción colonial española en la labor misional de la España moderna (caracterizada por su “altruismo natural” y su “voluntad de universalidad”), a la vez que criticaba las prácticas imperialistas de otras potencias por sus intereses materiales, su egoísmo y su afán expoliador.

Este discurso, desarrollado tanto por los africanistas del IDEA y la Alta Comisaría como por los del IEP, no fue algo nuevo introducido en los años cuarenta y cincuenta. Así, podemos señalar que cuando los teóricos de la Hispanidad intentaron contrarrestar

⁹³ F.O. 371/90284, archivo 1741, National Archives of the United Kingdom, Consulado británico de Tetuán, “Education in Spanish Morocco”, 30 de junio de 1950.

⁹⁴ En relación con esta publicación y sus tensiones con el discurso africanista oficial, recomendamos la lectura de David PARRA MONSERRAT, “On comença l’Àfrica? Diverses cares de l’africanisme franquista”, *Recerques. Història, economia, cultura*, n° 58/59 (2009), pp. 99-126.

⁹⁵ Pedro SALVADOR, “Consideraciones en torno al concepto de colonia”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, n° 1 (1946), p. 99.

la famosa “leyenda negra” española con toda una serie de argumentos contrarios, a menudo disculparon los abusos cometidos por España estableciendo comparaciones con las injusticias y excesos llevados a cabo por las “nuevas” potencias coloniales⁹⁶.

La autorrepresentación del colonialismo español entre 1939 y 1956 se basó, fundamentalmente, en un discurso esencialista que cambió muy poco pese a las importantes transformaciones políticas, sociales y económicas que tuvieron lugar durante aquellos dieciséis años. Es cierto que durante la Segunda Guerra Mundial, como ya hemos visto, el africanismo español mantuvo un discurso agresivo y reivindicativo que, con la derrota de las potencias del Eje, dio paso a una defensa del *statu quo* ante el desmoronamiento del mundo colonial. No obstante, tanto durante los primeros cuarenta como después, la acción africana de España se vinculó con la labor desempeñada en América y con una misión que, por su sentido católico y su elevada espiritualidad (en conexión con la denominada hermandad hispanoárabe o hispano-marroquí), se oponía a las ideas rapaces de conquista o a las guerras basadas en la ambición y los intereses económicos.

Para el africanismo franquista, así, la colonización moderna se desarrollaba entre dos polos (la explotación y la educación/mejora de los pueblos tutelados) y España, como no podía ser de otra manera, era el mejor ejemplo del segundo tipo, ya que su principal finalidad era sacar a pueblos atrasados de su situación e incorporarlos a la civilización. Estos valores, compartidos también por el “hermano portugués”, hacían del colonialismo ibérico una *rara avis* en medio de tantas aves “rapaces” y/o “carroñeras”⁹⁷.

La otra cara del discurso, la de las referencias a los otros colonialismos, sí experimentó, en cambio, modificaciones sustanciales en función del contexto internacional. Durante los años de la Segunda Guerra Mundial la revista *África* estableció con nitidez una frontera entre los “buenos” y “justos” imperios, “ganados en buenas artes” (el español y el portugués, pero también el italiano y el alemán), y aquéllos que, como el francés o el británico, miraban sólo por su propio beneficio.

Durante los primeros cuarenta, Portugal, Italia y Alemania, que ocuparon numerosas páginas de la sección “Nuestra atalaya”, fueron “naciones hermanas” para buena parte de los autores de *África*. Como España, eran depositarios de una elevada espiritualidad y daban apoyo a la emancipación de unos pueblos árabes, los del Próximo

⁹⁶ SEPÚLVEDA, *El Sueño de la Madre Patria...*, op. cit., p. 235.

⁹⁷ CERVELA, “Razón y ética de la acción colonial”, op. cit., pp. 42-45; Joaquín CERVELA, “La lección de España”, *África*, nº 6 (1942), pp. 20-23; Ramón ARMADA SABAU, “Nubes de humo y verdades en piedra”, *África*, nº 49-50 (1946), pp. 2-3

Oriente, que luchaban para deshacerse del yugo anglo-francés y de los “artificiales confines políticos” que éste les había impuesto. Esta posición “humanitaria” de España y del Eje explicaba, en opinión de no pocos africanistas, el apoyo de los musulmanes a su causa contra judíos y comunistas, algo que se ejemplificaba con referencias a episodios como la Guerra Civil española o la colaboración de los palestinos en la lucha contra los aliados en Tierra Santa.

Las páginas de *África*, así, dieron cabida durante estos años a numerosos artículos, en ocasiones escritos por autores portugueses, italianos y alemanes, en los que se esbozaban las principales características de sus respectivos imperialismos y en los que se planteaban los argumentos que permitían justificar sus veleidades expansivas.

De todos ellos, era el caso portugués el que, por sus esencias y por su Historia, más se asemejaba a España. Los portugueses, recordaban los africanistas españoles, iniciaron su “gloriosa expansión africana” en los albores del siglo XV y asentaron los fundamentos de su Imperio, extendiendo su dominio, la fe católica y la civilización europea, en diversos continentes. Como le sucedió a España, el proyecto americano (representado en su caso por Brasil), obligó a Portugal a desatender sus posesiones africanas y sólo en el siglo XIX, tras la pérdida de su Imperio americano como consecuencia de la “hoguera liberal que incendió el país”, volvió la vista a África para “redirigir sus incansables energías” hacia unos territorios que debían ser educados, civilizados y cristianizados⁹⁸.

Para los teóricos del africanismo ibérico, Portugal, como España, era el vivo ejemplo del colonialismo espiritual y fraternal y, al igual que España, contó en su historia con un sinfín de exploradores audaces que nada tuvieron que ver con el perfil explotador de los conquistadores de otros países. Ahora bien, entre España y Portugal había una diferencia sustancial que los autores españoles repetían una y otra vez: Portugal había podido consolidar un gran y merecido Imperio africano mientras que a España le había resultado imposible por envidias y enemistades de otras potencias.

Italia, pese a no compartir exactamente la misma tradición que España, también participaba, en opinión del africanismo franquista, de los mismos principios civilizatorios. Además, como señalaban numerosos autores, los italianos, como los españoles, podían esgrimir razones geográficas e incluso raciales que justificaban su expansión por el Magreb (especialmente Túnez y Libia)⁹⁹. En este sentido, por ejemplo,

⁹⁸ Manuel FERREIRA ROSA, “El África portuguesa”, *África*, nº 7 (1942), pp. 38-41.

⁹⁹ HERNÁNDEZ PACHECO, “El Mediterráneo occidental”, *op. cit.*, pp. 10-17.

el italiano Angelo Ghirelli escribió en *África* que los estudios arqueológicos de antropólogos como Giuseppe y Sergio Sergi permitían afirmar que se podía rastrear una raza común norteafricana y europea desde el Paleolítico, una “raza mediterránea” a la que pertenecían los libios africanos, pero también los iberos y los ligures europeos. Estos planteamientos, una vez más, eran utilizados para sostener un discurso de afinidad racial, similar al que usaban los españoles, que permitiera legitimar las ansias expansionistas de Italia por un norte de África fundamentalmente anglo-francés¹⁰⁰.

Con Alemania, España compartía sobre todo la indignación por la injusticia del reparto colonial y por la vulneración de unos derechos que venían marcados por los méritos, la sangre, la geología y la historia¹⁰¹. Todo esto permitía articular un discurso que combinaba el lamento por lo perdido con una reivindicación territorial basada en un “principio de justicia distributiva”. Así, si antes de la guerra el mundo había servido de “patrimonio egoístico” a dos o tres naciones, en este “nuevo contexto” el reparto debía dar respuesta a los mandatos de la Geografía, de la Historia y a la exigencia del espíritu, “más que a la imposición de la fuerza bruta o conveniencia de la economía”¹⁰².

Europa tenía una misión civilizadora y “el deber de elevar a rango de pueblos cultos las razas que aún hoy vegetan en la miseria”, no podía corresponder sólo a cuatro países. La “hipertrofia colonial” que, hasta el momento, había caracterizado al imperialismo (Imperios coloniales supeditados a metrópolis minúsculas) debía dar paso a un nuevo modelo en el que los agravios del pasado desapareciesen. Así, era frecuente que los africanistas españoles hablasen de España como “la cenicienta del mapa colonial africano” o de África como “el continente de las Injusticias” por ser el vivo reflejo de un reparto que había dejado a España y, especialmente, a Alemania con el “ropaje colonial más indigente”¹⁰³. El africanismo español, por tanto, apoyaba las reivindicaciones del

¹⁰⁰ Angelo GHIRELLI, “Los bereberes. Su origen y su pasado”, *África*, nº 2 (1942), pp. 12-16. Sobre los planteamientos de la arqueología y antropología italiana de aquellos años, pueden consultarse...

¹⁰¹ Véanse al respecto los artículos del oficial de las SS Heinz Barth en la revista *África* defendiendo los derechos de España y Alemania y criticando el “sistema de colonialismo liberal-democrático” de Francia e Inglaterra por su vulneración de las “leyes vitales naturales” y la aplicación de métodos que les han llevado a ellas y a sus colonias “al abismo de la civilización materialista”. HEINZ BARTH, “Punto de vista alemán sobre el porvenir de Marruecos”, *África*, nº 5 (1942), pp. 30-34; HEINZ BARTH, “Punto de vista alemán sobre el porvenir de Marruecos”, *África*, nº 13 (1943), pp. 16-20

¹⁰² Bartolomé MOSTAZA, “Marruecos y nuestro espacio vital”, *África*, nº 3 (1942), p. 31; Joaquín CERVELA, “Euráfrica”, nº 7 (1942), pp. 52-55.

¹⁰³ Los alemanes habían sido despojados de su Imperio colonial durante la Primera Guerra Mundial, por lo que fueron muchos los africanistas españoles y alemanes que calificaron el Tratado de Versalles como un “brutal robo” pensado para “deshacer un imperio y hacer medrar a otros”. HISPANUS, “África española. Un Imperio que no lo es y que lo será”, *África*, nº 7 (1942), pp. 9-12; José DÍAZ DE VILLEGAS, “África. El continente de las injusticias. Cómo deshicieron el Imperio alemán y cómo medraron otros”, *África*, nº 7 (1942), pp. 29-33.

Eje, aunque dejaba bien claro que el apoyo debía ser mutuo, ya que “sin la situación estratégica creada por nuestro triunfo contra el maridaje de la democracia y el comunismo [...] ni Alemania ni Italia se habrían visto en la posibilidad de desembarazarse de sus enemigos”, ya que “la Cruzada victoriosa de España [...] es la condición esencial de viabilidad de una Europa nueva”¹⁰⁴.

En el otro lado se situaban los “otros” imperialismos, los representados por Francia e Inglaterra, pero también por un nuevo modelo que los Estados Unidos encarnaban como nadie: un modelo teóricamente anticolonialista basado en el dominio indirecto a través del control económico.

De los dos primeros se destacaba su reciente interés por África (por oposición a la “histórica inclinación africana” de españoles y portugueses) motivado exclusivamente por la consecución de un beneficio material. Inglaterra, así, había participado activamente en el reparto de África para garantizar el libre tránsito de sus rutas imperiales hacia la India, mientras que Francia lo había hecho para lograr un gran Imperio que le abasteciese de materias primas y pudiese ser usado en beneficio exclusivo de la metrópolis.

Gran Bretaña, de este modo, era a menudo asociada con conflictos que, como el que la enfrentó a Italia en Etiopía, sólo se explicaban por la avaricia y un deseo desmedido de poder. Ese mismo deseo era también el que había estado en el origen de sus maquinaciones para hacerse con el control de un Canal de Suez que reducía considerablemente el valor de sus puertos en las costas africanas y que, por tanto, podría haber limitado notablemente su influencia en el mundo. Cordero Torres, en este sentido, escribía sin tapujos que: “el África británica es el resultado de una política, tenazmente mantenida, de dominación mundial, servida por una fuerte potencia marinera y económica, y llevada a cabo con un gran oportunismo de circunstancias”¹⁰⁵.

Francia no era analizada con mayor benevolencia, por lo que fueron frecuentes los artículos sobre su rapacidad o sobre el menosprecio que mostraba hacia sus colonizados. En relación con la primera cuestión, muchos textos relacionados con la guerra hacían referencia al uso que los franceses hicieron de sus colonias norteafricanas, especialmente de Marruecos, convirtiéndolas en “granero y despensa” de la metrópolis. Por lo que respecta a la segunda, Francia era acusada de usar a sus poblaciones coloniales como carne de cañón para la guerra sin ningún tipo de contrapartida. Se

¹⁰⁴ MOSTAZA, “Marruecos y nuestro espacio vital”, *op. cit.*, pp. 31-34.

¹⁰⁵ José María CORDERO TORRES, “África británica”, *África*, nº 7 (1942), p. 22.

señalaba que no había ninguna preocupación por la elevación cultural de sus protegidos, ya que ni se invertía en educación indígena, ni se formaba a cuadros dirigentes autóctonos para que pudieran ocupar cargos de responsabilidad. Una vez más, esto contrastaba con la labor de una España que, ya desde los tiempos de la colonización americana, había mostrado su interés por mejorar las condiciones de vida de los indígenas y hacerles aptos para el autogobierno¹⁰⁶.

Más allá de las críticas a su actuación, los africanistas españoles también intentaron deslegitimar los discursos justificadores de dichos colonialismos. Así, si Italia, como hemos visto, podía aducir argumentos históricos y raciales para justificar su presencia en el Magreb, Francia, por ejemplo, era atacada por recurrir a la historia o a la geografía en esos mismos términos.

Antonio Tovar, en este sentido, escribió un artículo en 1942 en el que criticaba con dureza los intentos franceses de legitimar su colonialismo norteafricano reivindicando la herencia romana o recurriendo a principios religiosos y raciales. Según este autor, la teoría política francesa consideraba verdaderos dueños del norte de África a los bereberes, herederos de aquellas poblaciones preislámicas que ya se encontraban en el territorio antes de la llegada de los árabes y que contaban con la presencia de importantes elementos cristianos. Para Tovar, los bereberes actuales, en cambio, no procedían de aquellos pueblos, sino que eran descendientes de nómadas no romanizados ni cristianizados, por lo que: “querer fundar en estos elementos [...] una reconquista de África en favor de lo romano y de lo cristiano, que en África precedieron al Islam, no deja de ser una bandera de combate que encubre fines muy distintos”¹⁰⁷.

Tovar, además, consideraba que ese intento de diferenciar entre árabes y bereberes tenía como intención última berberizar y desislamizar el país, algo que, dada la importancia de la religión en el sentimiento nacional, implicaba un proceso de desnacionalización claramente favorable a los intereses asimilacionistas franceses¹⁰⁸.

¹⁰⁶ “Nuestra atalaya”, *África*, nº 23 (1943), p. 43.

¹⁰⁷ Antonio TOVAR, “Temas para un análisis de la política africana de Francia”, *África*, nº 6 (1942), p. 25. Los británicos también criticaron a los franceses por usar “torticeramente” la historia para justificar su presencia en el Magreb, y así lo confirman algunos informes del consulado general británico en Tetuán, más partidarios de las tesis de “afinidad” españolas que de las francesas. F.O. 371/60165, archivo 441, National Archives of the United Kingdom, Consulado general británico en Tetuán, “Spanish cultural activities in Morocco”, Tetuán, enero de 1946. En la misma línea, el historiador Berny Sèbe señala que en Francia, como en España, se crearon numerosos organismos que, como la Société d’histoire des colonies françaises, tenían como misión reescribir la historia para adecuar el pasado nacional a las aspiraciones imperialistas del presente. Berny SÈBE, “Exalting imperial grandeur: the French Empire and its metropolitan public”, en MACKENZIE (ed.), *European empires and the people...*, op. cit., pp. 19-56.

¹⁰⁸ TOVAR, “Temas para un análisis de la política africana de Francia”, op. cit.

En relación con los Estados Unidos, autores como Cordero Torres señalaron que, desde los años veinte, este país, sin posesiones coloniales directas, había construido un discurso antimperialista que, basado en la idea de la internacionalización, pretendía modificar el orden mundial en su propio beneficio. Según el célebre africanista, si Marruecos, Túnez o Egipto lograban la independencia según la concepción americana, en sus primeros pasos necesitarían un amigo, un protector en sentido económico, que, a cambio de petróleo, algodón y fosfatos no dudaría en “echarles una mano”. Cordero añadía con cierta sorna que al *Tío Sam*, en cambio, no le interesaba la autodeterminación de Libia porque “la arena ofrece menos aliciente para estimular la educación política indígena”¹⁰⁹.

Con el avance de la Segunda Guerra Mundial, el oportunismo político hizo que buena parte de este discurso cambiase. La crítica a los Estados Unidos y su “neoimperialismo” se fue suavizando hasta prácticamente desaparecer, y los planteamientos filoalemanes y filoitalianos, tan frecuentes en los primeros números de *África*, se difuminaron hasta tal punto que, a partir del último trimestre de 1943, fueron sustituidos por argumentos completamente opuestos a lo planteado hasta el momento¹¹⁰. El propio editorial de *África* del número 21 señalaba sin rubor, después de todo lo que hemos comentado, que España debía ampliar su presencia en África para cooperar más activamente con unos aliados a los que, gracias a su neutralidad, había ayudado: “Mírese bien el plano del Mediterráneo, por ejemplo, y se advertirá en seguida que muchos objetivos no hubieran podido realizarse con tan confiada decisión, sin contar antes con la neutralidad de puntos estratégicos fundamentales”¹¹¹.

Aquello que, en cambio, no sólo no desapareció sino que se incrementó, fue el discurso antifrancés y, en menor medida, antibritánico, aunque con modificaciones y adaptaciones en función del contexto político nacional e internacional¹¹². A ello,

¹⁰⁹ José María CORDERO TORRES, “África en 1939 y África después de 1944”, *África*, nº 30 (1944), pp. 49-52.

¹¹⁰ Pese a ello, esporádicamente aún hubo alguna referencia a los imperios coloniales italiano y alemán. Con ocasión de la votación en las Naciones Unidas para decidir el destino de las colonias italianas, José Manuel García Roca escribió un artículo en el que se hablaba de “despojo” y en que se señalaba que, a pesar de “la gran labor que en el terreno cultural, sanitario y religioso realizó Italia en sus antiguas colonias [...] actualmente, la pasión y el partidismo entorpecen por completo el juicio relativo a la obra italiana en África”. José Manuel GARCÍA ROCA, “La ONU decide sobre el destino de las colonias italianas”, *África*, nº 97 (1950), pp. 11-13.

¹¹¹ “Una angélica armonía colonial”, *África*, nº 21 (1943), p. 2.

¹¹² Estas críticas a los imperialismos francés e inglés debemos contextualizarlas también en el marco del discurso antiliberal y antidemocrático de las distintas culturas políticas del franquismo. SAZ CAMPOS, *España contra España...*, *op. cit.*

además, se añadió otro elemento que, pese a no ser nuevo, se convertiría en la gran obsesión de una parte importante del africanismo español: el peligro soviético.

Para buena parte de los autores de *África*, la crisis que agitó con fuerza al mundo colonial tras la guerra se debió, fundamentalmente, a la incapacidad de las viejas potencias imperialistas de dar respuesta a los retos que el nuevo contexto imponía y a un peligroso desafío del que muchos países parecían no ser conscientes pero que podía conducir a un conflicto bélico mucho peor que el que acababa de concluir: las ansias comunistas de dominar el mundo.

En relación con el primer punto, se responsabilizaba a Francia e Inglaterra de la delicada situación en la que se encontraba el “mundo dependiente”. Las dos potencias, en clara situación de decadencia, se habían visto devoradas por su materialismo y habían sido incapaces de construir algo estable en unas colonias que las rechazaban por su afán explotador y su falta de respeto a su cultura y tradiciones¹¹³. El propio lenguaje de Londres y París contrastaba “de modo violento” con el español (“negocio, planes financieros, explotación o beneficios vr. evangelizar, educar, conquistar las almas o dar categoría de hermanos a los indígenas”) y ello explicaba que, como se encargaban de ilustrar los redactores de *África* en todos y cada uno de los números de la revista, el mundo colonial franco-británico estuviese siempre agitado mientras que el español era un remanso de paz¹¹⁴.

De todo ello se concluía que las potencias coloniales debían promover la evolución del mundo dependiente e invertir en desarrollo social para evitar la desafección de sus colonizados, ya que sólo así (con el aumento de las rentas de la población, la necesaria formación de la mano de obra indígena formada y el respeto a su idiosincrasia) se podría frenar la amenaza de los rusos y asegurar la permanencia – económica, social y cultural- de Europa en el continente africano.

¹¹³ Tomás BORRÁS, “La finca de Europa”, *África*, n° 88 (1949), pp. 4-7. En esa misma línea, fueron frecuentes las críticas francesas al colonialismo británico. Entre 1944 y 1956, así, la prensa gala presentó el fin del Imperio británico en la India como consecuencia de un modelo decadente y errático que combinaba la forma “indirecta” de gobierno colonial con la “histórica incapacidad” de Gran Bretaña de responder a las demandas populares de liberación. El modelo francés, en cambio, era presentado como un tipo de colonialismo comprensivo, que, pese a las políticas de asimilación, sabía adaptarse a la realidad de casa sitio. A pesar de ello, como recuerda Todd Shephard, mientras la prensa daba lecciones a los ingleses, las autoridades coloniales francesas protagonizaron brutales actos de represión contra unas sociedades coloniales cada vez más agitadas. Todd SHEPARD, *The Invention of Decolonization. The Algerian War and the Remaking of France*, Nueva York, Cornell University Press, 2008, p. 57.

¹¹⁴ “Marruecos francés”, *África*, n° 49-50 (1946), pp. 31-32; “Miseria en el Marruecos francés”, *África*, n° 51 (1946), p. 43-44; “Problemas políticos y económicos del Marruecos francés”, *África*, n° 89 (1949), pp. 28-29; M. BLANCO TOBÍO, “Inglaterra y el mundo árabe”, *África*, n° 120 (1951), pp. 2-5;

Algunos autores hicieron énfasis en que el principal problema de África no era la independencia, sino una pobreza que generaba malestar y facilitaba la penetración de discursos anticoloniales¹¹⁵. La mayoría, no obstante, prefirió centrar su análisis en el aspecto del peligro comunista y proponer, sobre todo a partir de los años cincuenta, una “alianza occidental” que se preparara para “la contienda definitiva entre dos tipos de vivencia sin posible convivencia: la URSS y la Cristiandad”:

“Es indispensable la solidaridad de la Europa Occidental, y hay que lograrla en África [...] Y hay que valorizar rápidamente el Continente Negro; no puede haber tantos millares de kilómetros cuadrados donde el blanco no haya puesto aún el pie, para organizar una Euráfrica, que pueda hacer frente a la Eurasia que están encabezando los Soviets, con persistente amenaza para la paz”¹¹⁶.

En esa alianza, además, España debía desempeñar un papel clave por razones geopolíticas, pero también raciales e históricas, ya que, por su afinidad con los árabes, sería a través de ella por donde Norteamérica podría entrar en esos países y garantizar una colaboración que “salvaría al mundo”¹¹⁷.

Cuadernos de Estudios Africanos, aparecida, como sabemos, en 1946, no vivió la etapa reivindicativa, pero igualmente se caracterizó por presentar un discurso según el cual la acción colonial española (y portuguesa), por sus bases espirituales, se diferenciaba de la de unos países europeos que, marcados por el materialismo y el egoísmo, se encontraban en una situación de decadencia social y moral. Los autores de *Cuadernos*, además, reflexionaron concienzudamente acerca de los motivos de la descomposición del orden colonial y llegaron a conclusiones que, más allá de su grado de acierto, trascendieron el panfletario discurso del IDEA, en el que la voracidad comunista se encontraba en el origen de casi todos los males.

Carmen Martín de la Escalera, en una reseña sobre el libro *Histoire de la Colonisation française* (1950), de Émile Tersen, sostenía que el colonialismo contemporáneo, especialmente el francés y el británico, era consecuencia lógica de la ideología liberal y capitalista que triunfó en Europa en el siglo XIX, por lo que se

VIAL DE MORLA, “Francia en África del Norte”, *África*, nº 157 (1955), pp. 15-18; “Amistad y lealtad de nuestra Zona marroquí hacia España”, *África*, nº 167 (1955), p. 25.

¹¹⁵ Leandro RUBIO GARCÍA, “Una economía a medio camino. Factores esenciales de la estructura económica de África”, *África*, nº 140-141 (1953), pp. 10-14.

¹¹⁶ Manuel XIQUENA, “Euráfrica. La voz de los Estados minúsculos”, *África*, nº 83-84 (1948), p. 29.

¹¹⁷ Tomás BORRÁS, “El valor de Hispanoáfrica en 1953”, *África*, nº 140-141 (1953), pp. 31-34.

fundamentaba más en intereses económicos que en la expresión del “ser histórico” del pueblo colonizador. De esta manera, había que ver la crisis de estos imperios en relación con la decadencia de un determinado sistema político-económico basado en el materialismo y la búsqueda constante del máximo beneficio. Con planteamientos como éstos, Martín de la Escalera se aproximaba a algunas de las visiones más típicamente marxistas del fenómeno colonial (sólo debemos recordar las aportaciones de Lenin, Bujarin o Hilferding al respecto), algo que ella admitía sin tapujos por considerar que podían ser útiles desde un punto de vista analítico¹¹⁸.

Paralelamente, los autores de *Cuadernos* consideraban que otro elemento clave para entender ese contexto de cambio era la expansión de los discursos nacionalistas y anticoloniales. Los movimientos nacionalistas de los denominados “países dependientes” se dieron cuenta pronto de que sus discursos debían tener eco dentro y fuera de sus fronteras, por lo que, en muchos casos, adoptaron una retórica de libertad y democracia que solía buscar el apoyo de determinados países o sectores sociales antiimperialistas dentro de las mismas potencias coloniales. Para dar respuesta a estos retos, los países colonizadores promovieron numerosas reformas y cambios, pero ninguno de ellos estuvo, en opinión de los autores de *Cuadernos*, a la altura de las circunstancias. Y la razón no era otra, una vez más, que la base de sus colonialismos: el ansia de poder y el interés económico. Así, por ejemplo, en 1949, Cordero Torres recordaba como, para dar respuesta al ascenso del anticolonialismo, muchos países empezaron a “inventar” agrupaciones (Mancomunidad Neerlandoinдонésica, Unión Francesa, etc.) para asimilar los territorios que dependían de las metrópolis siguiendo el precedente de la Mancomunidad Británica¹¹⁹. Sin embargo, estas agrupaciones, caracterizadas por una excesiva rigidez, no siempre dieron el fruto deseado. La Unión Francesa, en este sentido, fue acusada de intentar homogeneizar todas sus colonias sin respetar la idiosincrasia propia de cada pueblo, lo que hizo que, como apuntaba Cordero, el Magreb (Marruecos, Argelia y Túnez) no tardase en agitarse contra esa “camisa de fuerza” y contra una política poco hábil e ineficaz que contrastaba con la gestión española en el Marruecos jalifiano¹²⁰.

¹¹⁸ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 17 (1952), pp. 126-127; “Nuevos rumbos imperialistas”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 34 (1956), pp. 45-46.

¹¹⁹ José María CORDERO TORRES, “Viejas y nuevas formas políticas de la colonización”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 6 (1949), pp. 51-52.

¹²⁰ José María CORDERO TORRES, “Crónica internacional”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 17 (1952), p. 70-71.

Estos planteamientos, como hemos señalado, fueron mucho más complejos y elaborados que los de *África*, y dieron lugar a toda una serie de críticas a las distintas prácticas coloniales que, en algunos casos, fueron compartidas por ambas revistas y, en otros, marcaron, una vez más, una separación entre las posturas del africanismo del IEP y del IDEA. Veámoslo a partir del análisis de los discursos sobre el colonialismo francés, inglés y norteamericano.

En *Cuadernos de Estudios Africanos*, Carmen Martín de la Escalera fue la encargada de escribir el mayor número de artículos sobre el colonialismo francés. Esta autora, como la mayoría de africanistas del periodo, consideraba que el Imperio colonial español se fundamentaba, como ya hemos dicho, en unas bases muy distintas de aquéllas que sustentaban el francés, puesto que éste había invertido en los países dependientes pensando sólo en su interés y con el beneplácito de unas élites autóctonas corruptas que se beneficiaban de la situación. Sobre la primera cuestión, eran habituales las referencias al “expolio” practicado por una Francia que veía en sus colonias un granero lleno de trigo, pero también un cuartel repleto de “soldados” listos para la movilización en momentos de crisis. Sobre la segunda cuestión, Martín de la Escalera señalaba que muchas de las élites autóctonas, como las tunecinas, “padecían una atrofia frecuente del sentido patrio en provecho de una hipertrofia del utilitario”, por lo que podían ser compradas sin grandes dificultades por una metrópolis sin escrúpulos ni respeto por sus colonizados. Esta afirmación, que ha sido confirmada por buena parte de la historiografía tanto para el caso de Túnez como para el de Marruecos (aunque Martín de la Escalera no lo señalara en sus artículos), no tenía como finalidad desacreditar a las élites autóctonas, sino dotar a los lectores de *Cuadernos* del contexto necesario para entender que mientras las élites locales le siguieron el juego, Francia, no puso impedimentos; pero cuando éstas la desafiaron, el imperialismo francés mostró su auténtico rostro con medidas excesivamente represivas¹²¹. Así pues, uno de los aspectos del colonialismo francés que, con mayor frecuencia, fue objeto de crítica del africanismo español, tanto del de *Cuadernos* como del de *África*, fue, precisamente, la brutal represión que llevó a cabo en sus colonias cuando éstas empezaron a cuestionar su dominio político y económico.

¹²¹ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “La evolución política actual del África septentrional francesa”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 5 (1949), p. 12. Con relación a los pactos entre las élites marroquíes y los interventores del Protectorado español, véase MATEO DIESTE, *La “hermandad” hispano-marroquí...*, *op. cit.*

En segundo lugar, los ataques de la revista del IEP se dirigieron a la política asimilacionista de la *République*. Francia, indicaban muchos africanistas, despreciaba las tradiciones y la organización de los países que tutelaba o protegía con políticas que pretendían la homogeneización de todos ellos bajo un mismo patrón. En Argelia, por ejemplo, señalaba Martín de la Escalera, los franceses empezaron a influir en los aspectos religiosos desde la misma Convención de Argel de 1830. Así, redujeron el poder de los cadíes en beneficio de la jurisdicción francesa; las donaciones o limosnas estipuladas por el Islam pasaron a ser gestionadas por la administración francesa y las leyes impulsadas por la República empezaron a erosionar el idioma, la cultura árabe y la personalidad propia e independiente del país norteafricano¹²².

Martín de la Escalera recurría a las palabras de Jules Ferry, “las leyes francesas no tienen la virtud mágica de afrancesar los sitios donde se exportan”, para criticar esa actuación y ejemplificaba las consecuencias de esa “nefasta estrategia” con el análisis de la evolución de la política educativa en Argelia. Aunque en un primer momento Francia se planteó respetar los fundamentos culturales de la sociedad argelina, a partir de la Tercera República optó, según la autora de *Cuadernos*, por un afrancesamiento brutal a través de la educación. Con ello rompió los viejos cuadros de las instituciones musulmanas y formó una juventud aparentemente asimilada. Revolucionó, así, a una sociedad patriarcal con la introducción de principios individualistas y liberales, pero esto se le volvió en contra, porque puso los cimientos para la construcción de un potente movimiento nacionalista que acabaría derrumbando todo el edificio¹²³.

Nada casualmente el artículo de Martín de la Escalera iba seguido de una crónica de Gil Benumeya en la que se establecía un claro contraste con lo que hacía España: intensificar las reformas educativas del Protectorado en beneficio de los musulmanes y establecer un “sistema pedagógico modelo” basado en la propia idiosincrasia del pueblo marroquí. España impulsaba un tipo de enseñanza asesorada por docentes españoles, pero impartida por profesores marroquíes, en el que había asignaturas adaptadas a Marruecos y en el que una parte importante de los estudios podían realizarse en lengua árabe. El Protectorado español, por tanto, armonizaba, mientras que Francia sólo creaba conflicto¹²⁴.

¹²² MARTÍN DE LA ESCALERA, “La evolución política actual del África...”, *op. cit.*, pp. 19-20.

¹²³ *Ibid.*, pp. 23-24; Luis TRUJEDA INCERA, “La crisis del mundo colonial”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, n° 9 (1950), p. 69-71.

¹²⁴ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del África árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, n° 5 (1949), p. 97-98. Para más información sobre las reformas y las propuestas educativas españolas en el

Tanto el conflicto derivado del cuestionamiento del dominio político-económico francés como el que surgió como respuesta a los intentos de asimilación cultural llevaron a la misma reacción por parte de Francia: una política represiva que fue presentada por buena parte de los africanistas españoles como el único instrumento de los franceses para mantener su Imperio.

Las referencias a la brutal represión francesa fueron constantes en *Cuadernos* a partir de los años cincuenta. Según Martín de la Escalera, si el nacionalismo marroquí antifrancés no había sido más potente antes de 1942 (fecha en la que el presidente Roosevelt le mostró su apoyo), no fue por la brillante gestión de los franceses en su zona, sino por las deportaciones y detenciones que la Residencia francesa había llevado a cabo y que la autora calificaba como una auténtica “política del terror”¹²⁵. Esta violencia volvió a ser frecuente cuando, a partir de 1951, la fuerza de los partidos nacionalistas marroquíes, unidos en un Frente Nacional, empezó a sentirse en la calle. Los países árabes, apuntaba la secretaria de la revista, incluso pidieron a la ONU que investigara si en la zona sultaniana (la francesa) se respetaban los derechos humanos. Francia, no obstante, no sólo ignoró la propuesta sino que, además, siguió con la política de explotación económica, endurecimiento de la represión e inútiles reformas que, según Martín de la Escalera, sólo respondían a los intereses futuros de la metrópoli¹²⁶.

Si algunos autores de *África* se “escandalizaron” porque las cárceles francesas estaban llenas de detenidos que “ni siquiera habían sido juzgados”¹²⁷, los de *Cuadernos* criticaron con vehemencia el uso de “innovadores métodos policíacos” que, contrariamente a lo que se afirmaba, nada tenían de civilizados:

“Tal vez [los métodos policíacos] sólo fueran llevados a la práctica en atención a la «barbarie marroquí» contrapuesta a la «misión civilizadora» del país protector. A este respecto es curioso observar con qué facilidad se asigna el término de bárbaros a los grupos humanos ajenos al propio. Sin embargo, si los pueblos como los individuos hicieran un examen de conciencia objetivo y humilde [...], se vería que los recuerdos que abarca la sola memoria de un hombre de nuestros tiempos, sea cual fuere el país a que

Protectorado, consúltense Dahir, 17 de febrero de 1948 (Administración Pública del Protectorado). INSTRUCCIÓN PÚBLICA: INSTITUTOS. Reorganiza el Bachillerato marroquí (“B.O. Marruecos” núm. 8, del 20 febrero); Decreto Visiral 4 octubre 1948 (Protectorado-Delegación de Educación y Cultura). ENSEÑANZA. Reglamento de la primaria musulmana (“B.O. Marruecos” nº 41, del 8), en *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 5 (1949), pp. 136-144. Véase también CORDERO TORRES, *El africanismo en la cultura...*, *op. cit.*

¹²⁵ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “Una constante en el porvenir de Marruecos”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 21 (1953), p. 45.

¹²⁶ *Ibid.*, pp. 48-52.

¹²⁷ “Noticiero: La situación en el Marruecos francés”, *África*, nº 149 (1954), p. 34.

pertenece, son suficientes para destruir el mito de la civilización o la barbarie vinculada a tal o cual pueblo. Recuérdese el espectáculo europeo entre 1940 y 1945”¹²⁸.

La represión, sin embargo, no fue, según el africanismo franquista, la única arma de los franceses para ocultar su “nefasta” política colonial. La demagogia y las mentiras fueron otro recurso habitual criticado tanto en *África* como en *Cuadernos*. Resulta significativo, en este sentido, que a partir de 1954 se incrementasen los artículos sobre las calumnias francesas en relación con España, unos artículos en los que, generalmente, se acusaba al país vecino de mentir para “resolver” la cuestión marroquí internamente, como si se tratara de un asunto doméstico en el que los españoles nada tenían que decir.

En esta línea, por ejemplo, varios artículos del número 25 de *Cuadernos de Estudios Africanos* se hicieron eco de los incidentes ocurridos en Tetuán el 21 de enero de 1954 como consecuencia del destronamiento del Sultán Mohammed V por sus declaraciones proindependentistas. Como ya hemos comentado, aquel día se celebró en esa ciudad marroquí una concentración y un desfile de autoridades de la zona jalifiana. El Alto Comisario hizo un discurso criticando la gestión francesa y planteó la conveniencia de que el Jalifa no tuviera que depender del nuevo sultán títere impuesto por Francia. Según Cordero Torres, esas palabras fueron enseguida manipuladas por los principales diarios franceses, ingleses y norteamericanos, que no dudaron en decir que España pretendía romper la unidad de Marruecos para asegurar su poder colonial.

Una cuestión como ésa le permitió al director de *Cuadernos* escribir un texto en el que se exponía que el problema arrancaba de la actitud absorbente y represiva de Francia desde el mismo momento de la ocupación; ya que Francia, desde el principio, había intentado eliminar la presencia de España y la personalidad marroquí. Para conseguirlo, no había vacilado a la hora de usar la violencia e intentar absorber a Marruecos como “Estado asociado” (mediante la denominada “cosoberanía”), aunque esto supusiera la vulneración de la legislación internacional. De este modo, el supuesto complot de España con el nacionalismo marroquí era presentado por Cordero como la hermandad de intereses ante una acción hostil no provocada ni deseada¹²⁹.

¹²⁸ MARTÍN DE LA ESCALERA, “Una constante en el porvenir de...”, *op. cit.*, pp. 58-59.

¹²⁹ José María CORDERO TORRES, “Las últimas derivaciones internacionales del problema marroquí”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 25 (1954), pp. 12-14. Algo similar, aunque bastante más superficial, planteó Francisco Cernadas en un artículo de *África* dedicado a la propaganda antiespañola que los franceses difundieron desde Tánger como consecuencia de los hechos de Tetuán. Francisco CERNADAS, “La concentración de Tetuán vista desde Tánger”, *África*, nº 147 (1954), pp. 5-7.

Cordero, además, recriminaba duramente a Francia por insinuar que España fomentaba la división de Marruecos cuando fue precisamente ella quien promovió los acuerdos que dividieron el Imperio en 1912 o quien negoció con Abd-el-Krim para construir un Emirato rifeño que habría sido un verdadero estado enquistado dentro del Marruecos jalifiano¹³⁰.

Para reforzar todas estas críticas al colonialismo francés, fue muy frecuente que los autores de *Cuadernos* recurrieran a autores internacionales, muchos de ellos especialistas en Derecho colonial, para dotar sus planteamientos de mayor “objetividad”. Éste fue el caso, por ejemplo, de François Luchaire, destacado profesor de la Facultad de Derecho de Nancy que, con los años, ocuparía cargos públicos como militante de formaciones políticas de centro-izquierda¹³¹.

Cordero Torres se basó en más de una ocasión en este autor para legitimar muchas de sus opiniones acerca de la unidad de Marruecos o los derechos de los países protectores. Así, el responsable de *Cuadernos* consideró oportuno recurrir al jurista francés, por ejemplo, cuando en 1946 la Cuarta República dio vida a la Unión Francesa y estableció en la nueva Constitución que Marruecos era un Estado asociado miembro de la Unión y ligado a Francia por un Tratado de Protectorado.

El profesor Luchaire, en un artículo publicado en la *Revue Marocaine de Droit*, discutía la legalidad de esta decisión y señalaba que no sólo el Tratado de Protectorado no era lo mismo que un acto de asociación, sino que, además, lo estipulado en la Constitución era incompatible con lo que establecía el Tratado de Fez sobre asistencia militar. Luchaire, asimismo, recordaba que la Constitución sólo era aplicable a la República, ya que los supuestos “Estados asociados” debían dar su asentimiento¹³². Lo que más le interesaba a Cordero, no obstante, es que este jurista añadía que, en el caso de Marruecos, Francia no podía actuar sin consultar a las autoridades marroquíes, pero tampoco sin consultar al país coprotector. Cualquier transformación en el estatuto jurídico de Marruecos no podía dejar de afectar a los derechos de España en su zona, por lo que, en caso de ser posible la conversión del Marruecos francés en “Estado asociado”, debería limitarse a la zona sultaniana, de lo contrario se vulnerarían los

¹³⁰ CORDERO TORRES, “Las últimas derivaciones internacionales...”, *op. cit.*, pp. 18-19.

¹³¹ Esto no debería sorprendernos, ya que, según Payne, durante la etapa en la que Conde dirigió el IEP (1948-56), “el Instituto se convirtió en un centro donde se cultivaba un cierto “liberalismo” encubierto bajo apariencias fascistas, en el que se combatía en clericalismo reaccionario y se llegó incluso a invitar a algunos socialistas extranjeros”. PAYNE, *Falange. Historia del fascismo español*, *op. cit.*, p. 179.

tratados internacionales según los cuales Marruecos era un Estado con una nacionalidad y un soberano (el Sultán). Cordero, con la autoridad que le otorgaban los argumentos del profesor Luchaire, remataba sus reflexiones señalando que:

“Hoy día España no pretende introducir clandestina o forzosamente a la zona jalifiana en ninguna «Unión Española» o fórmula equivalente. Deja que las cosas sigan su curso natural: cumple su misión tutelar sin regatear sacrificios; concibe como algo lógico el anhelo marroquí de recuperación futura de su soberanía y de su unidad, y desea que siempre reine la más sincera colaboración amistosa entre los dos países que tantos siglos llevan conviviendo”¹³³.

En su afán por buscar legitimidad fuera de España, algunos autores de *Cuadernos* llegaron incluso a recurrir a prensa de la órbita comunista, algo que jamás hicieron sus colegas de *África*. En este sentido, resulta muy ilustrativo el análisis que Cordero Torres hizo de un artículo de *Démocratie Nouvelle*, un periódico mensual vinculado al Partido Comunista Francés en el que, pese a su “lectura indigesta”, se decían “no pocas verdades silenciadas por la prensa capitalista” sobre la deplorable actitud de determinados sectores coloniales y financieros franceses¹³⁴. *África*, en este sentido no sólo no recurrió a la prensa francesa, sino que la acusó, “tanto a la de derechas como a la de izquierdas”, de calumniar diariamente al gobierno de España y de no narrar “de modo absolutamente objetivo”, “como hacía la prensa española”, lo que sucedía en Marruecos¹³⁵.

¹³² José María CORDERO TORRES, “Marruecos. La Unión Francesa y España”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 13 (1951), pp. 36-39.

¹³³ CORDERO TORRES, “Marruecos. La Unión Francesa y España”, *op. cit.*, p. 42. Podemos encontrar las mismas ideas en Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “Rumbos de la Unión Francesa y el Magreb”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 24 (1953), pp. 23-41.

¹³⁴ El artículo en cuestión, publicado en marzo de 1954 y escrito por Alí Yata (un argelino que, según Cordero, había sido destinado a Marruecos por el Kremlin) llevaba por título “Franco, protecteur de l’Islam?” y tenía como finalidad demostrar que el Jefe de Estado español no era amigo del Islam, sino un oportunista que se aprovechaba de los errores franceses para salvaguardar sus intereses en la zona jalifiana, captar la amistad árabe y hacer el juego al *Tio Sam*. Lo interesante para el director de *Cuadernos* era que este artículo, más allá de estas “críticas infundadas”, destapaba también la gran red de intereses y la política de abusos que los franceses estaban llevando a cabo en su zona marroquí, algo que, por contraste, dejaba en muy buen lugar la acción española en el norte de África: “Alí Yata, que no es tonto, a pesar de su confirmación cerebral «moscouteaire», hace, sin proponérselo, una apología de la política española de hermandad con Marruecos y expone impecablemente los errores y las monstruosidades de la política de los colonos, financieros y feudales que mueven la Residencia de Rabat”. José María CORDERO TORRES, “El comunismo, Marruecos y España”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 26 (1954), pp. 69-72.

¹³⁵ “Mundo islámico: Campañas de la prensa francesa”, *África*, nº 49-50 (1946), p. 32; J. MARTOS DE CASTRO, “Vecindad y cortesía”, *África*, nº 51 (1946), pp. 2-3; Tomás BORRÁS, “«Climats» Climas y cosechas o Dios hace la historia”, *África*, nº 124 (1952), pp. 5-6; Tomás BORRÁS, “El Desinform actúa en el Marruecos francés”, *África*, nº 134 (1953), pp. 6-8.

De todo esto, por tanto, podemos concluir que las críticas al colonialismo francés fueron muy abundantes hasta el mismo momento de la independencia de Marruecos. Fueron críticas en las que se combinó la arabofilia española con una retórica dolida y, en algunos casos, plañidera, que se opuso, primero, a que Francia pudiera asimilar la zona sultaniana dentro la Unión y, después, a que, ante la inminencia de la independencia, los franceses pudieran ser la única nación que “dialogara” con Marruecos a través de la fórmula de repuesto definida como “independencia en el marco de la interdependencia”. En el caso de *África*, esta situación acabó reduciéndose a un discurso anticomunista según el cual las potencias occidentales debían “despertar” y unirse para plantar cara a unos soviéticos que, previendo la futura guerra, querían dominar el estratégico continente africano. Para los autores de *Cuadernos*, más realistas y mucho menos tendenciosos, esta estratagema jurídica, permitiría a los franceses seguir controlando económicamente Marruecos, por lo que, en la práctica, pese a la independencia, también supondría el dominio político.

La aceptación de estas medidas por parte de Marruecos (unas medidas que dejaban a España completamente al margen del territorio que había dominado durante casi medio siglo) podía suponer una pesada hipoteca para el pueblo marroquí (puesto que limitaría sus posibilidades de maniobra a una sola dirección); ahora bien, también pondría en evidencia, en opinión de autores como Martín de la Escalera o Cordero Torres, cuáles habían sido las verdaderas intenciones de Francia desde el principio¹³⁶. Lo que no decían estos autores de *Cuadernos* era que si Marruecos aceptaba la propuesta francesa, eso también haría patente otra cosa: que la natural e indestructible unidad hispano-marroquí había sido un instrumento discursivo e ideológico ineficaz que ya había pasado a la historia.

Las referencias al colonialismo británico fueron mucho menores, aunque Gran Bretaña también fue presentada como una potencia colonial explotadora, represora y difusora de embustes acerca de España y su labor africana.

Para los autores de *África*, Gran Bretaña, al igual que Francia, era el vivo ejemplo de la hipocresía de las potencias occidentales, que por un lado mantenían el discurso de democracia y libertad y, por otro, exprimían a sus colonias o ex colonias para satisfacer

¹³⁶ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “En torno a las negociaciones franco-marroquíes”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 33 (1956), pp. 22-25; “Nuevos rumbos imperialistas”, *op. cit.*, pp. 52-53; José María CORDERO TORRES, “Crónica internacional”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 33 (1956), p. 81; R.V.M., “Crónica del mundo árabe”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 33 (1956), p. 86.

su grosero egoísmo. Muchos artículos, así, se centraron en los tejemanejes británicos para apoderarse del petróleo de los países árabes o en la violenta reacción inglesa cada vez que alguien ponía en riesgo alguno de sus intereses¹³⁷.

Cuadernos de Estudios Africanos criticó los mismos aspectos del colonialismo británico, pero prestó una mayor atención a algo que, según Cordero Torres, los ingleses hacían como nadie: difamar. En este sentido, el análisis que Cordero Torres hizo de la noticia “España y Marruecos” publicada por Rom Landau en *The Spectator*, el 28 de octubre de 1949, puede ser presentado como un perfecto ejemplo de la opinión que la actuación colonial británica le merecía al ilustre africanista:

“Cuadernos de Estudios Africanos ha procurado ser desde su aparición una revista seria y objetiva de información, estudio y análisis, no de polémica [...] La mentira como instrumento patriótico le parece recusable [...] pero no todos los periódicos lo entienden así [...]. Al fin y al cabo, en la Inglaterra laborista, la intelectualidad que se inspira en los postulados marxistas los aplica”¹³⁸.

Cordero empezaba el artículo transcribiendo los principales párrafos del texto de Landau, unos párrafos en los que se señalaba que el periodista británico fue a Tetuán para hablar con el príncipe Muley Hassan, heredero del trono marroquí, y que de esta visita obtuvo la impresión de que, frente a una administración francesa eficiente, la zona española se caracterizaba por ser un estado policiaco lleno de informadores y de prisiones repletas de delincuentes políticos. Aunque el Jalifa era nativo, Landau indicaba que el verdadero amo de la región era el Alto Comisario, el general Varela, a quien dedicaba unos adjetivos no demasiados amables. Además, consideraba que la principal preocupación del régimen español en Marruecos era su propio prestigio y no el

¹³⁷ En relación con esta última cuestión, debemos señalar que los redactores de *África* siempre prestaron una especial atención a los conflictos entre Gran Bretaña y Egipto. Así, podemos destacar el incidente de 1950, cuando el rey Faruk solicitó la cancelación del tratado anglo-egipcio de 1936 (según el cual Inglaterra conservaba bases aéreas y navales a cambio de apoyar la independencia egipcia frente a un posible ataque italiano), o todo el problema relacionado con el canal de Suez, sobre todo a partir de la llegada de Nasser y la nacionalización del mismo. Sobre los conflictos internacionales protagonizados por Gran Bretaña o la represión violenta de protestas por parte de los británicos véanse, por ejemplo, “Mundo islámico: Arabia Saudita y su petróleo”, *África*, nº 91 (1949), pp.24-25; “Información africana: La lucha por el petróleo”, *África*, nº 91 (1949), pp. 29-30; “Mundo islámico: el Yemen, el petróleo, Inglaterra y la Unión Soviética”, *África*, nº 102 (1950), pp. 28-29; “Mundo islámico: Egipto pide la evacuación de las tropas inglesas”, *África*, nº 108 (1950), pp. 26-27; Ernesto GIMÉNEZ CABALLERO, “Abdullah y España”, *África*, nº 126 (1952), pp. 2-4; “Mundo islámico: Tensas relaciones angloegipcias”, *África*, nº 136 (1953), p. 24.

¹³⁸ José María CORDERO TORRES, “Honni soit qui mal y pense (Cómo informa un periódico británico a sus lectores sobre el Marruecos jalifiano)”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 8 (1949), p. 83.

bienestar del pueblo marroquí (no se respetaba la religión musulmana, la sanidad y la educación eran una calamidad, etc.), lo cual explicaba, según él, que los marroquíes prefiriesen a los franceses antes que a los “odiados” españoles¹³⁹.

Cordero empezaba su respuesta tirando de la ironía y criticando la nula base documental de las afirmaciones de Landau:

“La anterior lectura sugiere muchos comentarios, y eso que por carecer del menor dato concreto resulta harto difícil rebatir el artículo, pues la aburrida historieta de los encarcelamientos al azar, digna de estremecer a las porteras británicas [...] se ha inspirado en el odio hacia España”¹⁴⁰.

Seguidamente, aportaba cifras sobre las inversiones españolas en sanidad, educación, beneficencia; pero enseguida contrataba con una furibunda crítica hacia las prácticas coloniales británicas en contraste con la actuación española:

“No sabemos los años que vivirá el señor Landau como informador detectivesco, puesto que ello depende de muchos factores que Dios conoce y Stalin puede manejar. Lo que sabemos es el balance de la obra española en América, a pesar de la leyenda negra de los filibusteros y sus compatriotas. ¿Está seguro *The Spectator* de que se podrá decir otro tanto de la británica? [...] Los moros de la Zona jalifiana son sólo una carne de cañón, dice hondamente condolido el señor Landau. Los marroquíes que han muerto en dos grandes guerras mundiales, los gurjas, los nigerianos y todo el elenco colonial que ha sacrificado el Reino Unido por mantener su hegemonía, no lo eran”¹⁴¹.

Las citas a la brutalidad del colonialismo inglés no sólo hacían referencia al pasado; también se criticaba, con cierto sarcasmo, la gestión presente del imperio británico, como demuestra el siguiente párrafo de la habitual “crónica internacional” igualmente escrita por Cordero:

“Sentimos mucho tener que incluir aquí a las dependencias mediterráneas de Albión [...] Pero los procedimientos seguidos por la metrópoli son dignos de los peores tiempos del *british raj* en Asia y África [...] En Chipre, violenta represión –sólo un país «modelo de las democracias» puede azotar o disparar contra escolares sin incurrir en críticas– mezclada con ofertas de autonomía”¹⁴².

¹³⁹ *Ibid.*, pp. 83-87.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pp. 87-88.

¹⁴¹ *Ibid.*, pp. 89-91.

¹⁴² CORDERO TORRES, “Crónica internacional”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 33 (1956), pp. 82-83.

Por tanto, tras leer todo esto, podemos afirmar que los británicos, al igual que los franceses, estuvieron en el punto de mira de *Cuadernos* con frecuencia durante los doce años en que se publicó la revista. Se les trató como filibusteros, envidiosos, mentirosos e impulsores de una política de agresión y sumisión basada en la esquilmación de recursos. Este discurso africanista canalizó muy bien el resentimiento antioccidental y antidemocrático que caracterizó a tantos franquistas durante la Segunda Guerra Mundial y después de ésta. Criticar el colonialismo de los otros y, en la medida de lo posible, boicotarlo (como hizo España flirteando con los nacionalismos magrebíes) permitía erosionar la hegemonía anglo-francesa en el norte de África así como consolidar la amistad con los países árabes en un momento en el que España, como consecuencia de su aislamiento internacional, los necesitaba. Ahora bien, las críticas de *Cuadernos de Estudios Africanos* fueron más allá de los imperios “clásicos”, puesto que la Gran Guerra había puesto de manifiesto que las influencias y el poder ya no eran sólo cosa de los europeos.

En esto, precisamente, *África* y *Cuadernos* ya no coincidieron, puesto que mientras la primera, sobre todo a partir de los años cincuenta, se dedicó a destacar las magníficas relaciones entre España y los Estados Unidos, la segunda, al menos hasta 1953, mantuvo importantes críticas a su “neoimperialismo”.

El primer contacto significativo de los Estados Unidos con el norte de África se produjo durante la Segunda Guerra Mundial. El desembarco aliado abrió las puertas del Magreb a la potencia norteamericana, que pasó a convertirse, junto a los ingleses, en el verdadero poder en la sombra. La presencia de los Estados Unidos en una zona de tradicional influencia francesa hizo que en Francia fueran muchos los que advertieran del peligro de este nuevo “visitante”. Jacques Doriot, líder del ultraderechista Partido Popular Francés, proclamó que la presencia americana e inglesa tendería a perpetuarse en detrimento del imperio colonial francés, y el mismo Charles de Gaulle, en julio de 1944, advirtió que no toleraría que se cuestionasen los derechos de Francia en sus territorios de Ultramar. Una percepción similar mostraron numerosos políticos e intelectuales de la Italia fascista, que consideraban que los Estados Unidos estaban buscando el espacio vital que negaban al Eje. Los italianos denunciaban que se había

iniciado la “guerra de los continentes” y que América pretendía dominar Euráfrica, una unidad geográfica que se presentaba como una unidad natural¹⁴³.

Si ni franceses ni italianos vieron con buenos ojos la llegada de los Estados Unidos al Magreb, podemos deducir que la España de Franco tampoco estuvo demasiado contenta¹⁴⁴. Las teorías euroafricanas también aparecieron en los escritos de los africanistas españoles y la revista *África* se convirtió en su mejor plataforma con artículos como “El oro contra la sangre. Los americanos de Roosevelt en guerra para arrebatar África a Europa”¹⁴⁵. Lo más relevante, no obstante, es que casi diez años después, cuando *África* ya cantaba las bondades de los norteamericanos, las páginas de *Cuadernos de Estudios Africanos* seguían manteniendo un discurso antiamericano según el cual los intereses de los Estados Unidos perjudicaban tanto a los países africanos como a una Europa que, sin África, “ya no podría resucitar”¹⁴⁶.

Las páginas de *Cuadernos* reconocieron que había diferencias sustanciales entre el colonialismo francés y británico y las prácticas norteamericanas, pero que eso no hacía mejores a estas últimas. Los Estados Unidos eran tanto o más depredadores que los otros imperios, pero, oficialmente, mantenían un discurso anticolonial. Para Martín de la Escalera, la economía era la que justifica la línea de conducta de esta gran potencia, por lo que si podía garantizar el control económico, no había ninguna necesidad de ejercer un dominio político que hubiera sido impopular dentro y fuera de las fronteras estadounidenses.

La “letra pequeña” del Plan Marshall, decía la autora de *Cuadernos*, era un perfecto ejemplo de la estrategia americana, ya que los acuerdos bilaterales de cooperación económica suscritos entre los Estados Unidos, Bélgica, Francia y el Reino Unido mencionaban expresamente el aumento de la producción en los territorios no autónomos y la entrega a los norteamericanos de los productos de los que ellos carecían (lo cual suponía el acceso a materias primas de interés estratégico en Rodesia, Kenia, Marruecos, etc.). Los estadounidenses, por tanto, a los ojos del mundo eran

¹⁴³ NERÍN y BOSCH, *El Imperio que nunca existió...*, *op. cit.*, p. 237.

¹⁴⁴ Para más información sobre las críticas españolas a los Estados Unidos durante el primer franquismo, véase Daniel FERNÁNDEZ DE MIGUEL, “El antiamericanismo en la España del primer franquismo (1939-1953): el Ejército, la Iglesia y Falange frente a Estados Unidos”, *Ayer*, nº 62 (2006), pp.257-282.

¹⁴⁵ “Nuestra atalaya: El oro contra la sangre. Los americanos de Roosevelt en guerra para arrebatar África a Europa”, *África*, nº15 (1943), pp.

¹⁴⁶ Bartolomé MOSTAZA, “Discurso sobre la continentalización de Euráfrica”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 13 (1951), pp. 18-22.

anticolonialistas pero, al aplicar el Plan Marshall, admitían la existencia y pervivencia de la situación de dependencia¹⁴⁷.

En 1952, Carmen Martín de la Escalera escribió un duro artículo sobre la hipocresía norteamericana utilizando como ejemplo el caso de Túnez. El nacionalismo tunecino, decía la autora, empezó a disfrutar de un cierto eco a partir de los años veinte (en 1920 se fundó el Partido Liberal Constitucional o Destur) gracias, en parte, a los planteamientos esbozados por el Presidente Wilson al acabar la Primera Guerra Mundial. En 1945, los Estados Unidos volvieron a apoyar activamente al nacionalismo tunecino hasta el punto de que, en 1947, el líder del Neo-Destur, Habib Burquiba, dijo abiertamente que su movimiento tenía grandes esperanzas depositadas en los Estados Unidos. Con el estallido de la Guerra Fría y la reacción anticomunista norteamericana Túnez entró en el juego de la política internacional del momento, por lo que la aplicación del Plan Marshall y de los acuerdos bilaterales suscritos con Francia dejaron en papel mojado toda la retórica anticolonial. Cuando China llevó la cuestión tunecina a la ONU, el debate fue bloqueado por Francia y Gran Bretaña, con el apoyo de la hipócrita abstención de los norteamericanos¹⁴⁸.

A pesar de esto, los autores de *Cuadernos* admitieron que el anticolonialismo de los Estados Unidos sí promovió en muchos casos una emancipación política de las metrópolis europeas, aunque para infeudarse económica y financieramente a los países descolonizados. Las independencias promovidas por los Estados Unidos, decía Cordero Torres, debían ser vistas en relación con el famoso Punto IV de la Doctrina Truman, que consistía en ayudar a los países económicamente atrasados para que se desarrollasen a cambio de permitir inversiones norteamericanas en el país. Se trataba de una versión “altruista” de la antigua “diplomacia del dólar” mediante la cual los norteamericanos adquirieron una influencia hegemónica en el Caribe¹⁴⁹.

A diferencia de lo que pasó con Francia o Gran Bretaña, las críticas a los Estados Unidos, como ya hemos apuntado, se redujeron considerablemente a partir de 1953, año en el que las autoridades franquistas firmaron tres convenios con el gobierno norteamericano. Estos acuerdos, además de suponer una inyección económica, dieron

¹⁴⁷ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “Estados Unidos, su «anticolonialismo» y Túnez”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 19 (1952), pp. 43-45; TRUJEDA INCERA, “La crisis del mundo colonial”, *op. cit.*, pp. 61-64.

¹⁴⁸ *Ibid.*, pp. 46-52.

¹⁴⁹ José María CORDERO TORRES, “Crónica internacional”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 19 (1952), p. 71; “Balance colonial del último tercio de siglo”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 20 (1952), pp. 14-15.

aire a un régimen aislado que, por entonces, aún no gozaba de una plena estabilidad. *Cuadernos*, a partir de ese momento, dejó de criticar al nuevo aliado (en algunos casos, incluso, lo elogió por actuaciones en incidentes como la crisis por la nacionalización del canal de Suez). *África*, en cambio, ya llevaba varios años defendiendo y alabando al nuevo socio, un socio anticomunista, amigo de España y “nación rectora de los países occidentales” por ser “el paladín de la civilización del espíritu, de los creyentes en un Dios único y Todopoderoso”¹⁵⁰.

4.2.4. Nacionalismo y descolonización: dos temas de espinoso tratamiento

A pesar de las divergencias más o menos importantes señaladas hasta el momento, los principales desencuentros entre los discursos de las dos publicaciones africanistas se dieron, sobre todo, a la hora de reflexionar sobre el origen y actuación de los movimientos nacionalistas en el mundo arabo-islámico y, por extensión, sobre los procesos de descolonización que, tarde o temprano, iba a protagonizar la inmensa mayoría de los denominados “países dependientes”. El tratamiento de estas cuestiones fue mucho más espinoso que el de cualquiera de los temas analizados anteriormente, ya que al intentar explicar el fenómeno del nacionalismo árabe o la descolonización, algunos autores de *Cuadernos* plantearon toda una serie de ideas que, de una manera más o menos velada, podían resultar incómodas a un régimen que veía en África un símbolo de su origen y su poder.

En principio, como ya hemos comentado, todo el africanismo español apoyó con mayor o menor intensidad unas reivindicaciones árabes que, por un lado, perjudicaban a Francia e Inglaterra y, por otro, permitían difundir la idea de hermandad hispano-musulmana que tan bien le venía al régimen desde una perspectiva diplomática. En el marco de esa política filoárabe España se colocó en reiteradas ocasiones al lado de un mundo arabo-musulmán con el que, en teoría, compartía valores, proyectos y aspiraciones. Ese fue el caso, por ejemplo, de la actuación española en relación con el conflicto árabe-israelí y la constitución del Estado de Israel, presentada como una deleznable traición de Occidente desde la semiclandestina Declaración Balfour de 1917¹⁵¹.

¹⁵⁰ Santiago MATEO MARCO, “El Ejército español se incorpora a la defensa del Occidente”, *África*, nº 144 (1953), pp.11-13.

¹⁵¹ Pedro GÓMEZ APARICIO, “España y el mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 18 (1952), pp. 10-11. En relación con esta cuestión, debemos señalar que el discurso antijudío fue muy

“La instalación en Palestina del Mandato británico, y la inmigración de los judíos sionistas después de la paz de Versalles, fueron los motivos de las reacciones que crearon el arabismo político más reciente [...] porque Israel está dentro y porque sus fronteras son una cuña clavada violentamente «en el centro de las tierras y las carnes de los árabes»”¹⁵².

Tanto *África* como *Cuadernos de Estudios Africanos* se caracterizaron por un apoyo constante a la causa palestina. Numerosos artículos criticaron con vehemencia al sionismo y apoyaron a unos palestinos que, pese a ser “arrojados de sus casas y sus tierras”, “no están dispuestos a vender su independencia por beneficios materiales presentes o futuros”¹⁵³. No obstante, los principales ataques fueron dirigidos a los ingleses, impulsores de esa “creación artificial”, y a las Naciones Unidas que, “compradas por las finanzas judías”, habían avalado la creación de un Estado ilegítimo: “David Ben Gurion es el jefe del Gobierno de Israel, el nuevo Estado, hechura de la ONU, que en sangriento litigio disputa su dudoso derecho a la supervivencia, en pugna con los árabes de Palestina”¹⁵⁴.

Los africanistas españoles, además de criticar la injusticia de la creación del Estado de Israel, denunciaron los “atropellos” a los que se veía sometida la población palestina. Así, fueron muy frecuentes los artículos sobre la violencia de los israelíes o sobre la alarmante situación en la que miles y miles de palestinos se veían obligados a malvivir. Todo ello, a menudo, reforzado con dramáticas imágenes (**FIG. IX**) destinadas a mostrar “el lamentable estado en que viven los refugiados árabes”¹⁵⁵.

habitual en la retórica franquista, más allá de los círculos africanistas. Bernd ROTHER, *Franco y el Holocausto*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

¹⁵² Rodolfo GIL BENUMEYA, “Palestina, Egipto, el canal y el arabismo después de la Conferencia de Beirut”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 36 (1956), p. 41, 44.

¹⁵³ “Mundo islámico: Palestina, «único hogar sionista»”, *África*, nº 53 (1946), p. 52.

¹⁵⁴ “Mundo islámico: David Ben Gurion y el Nuevo Estado de Israel”, *África*, nº 79-80 (1948), p. 51. Véanse, en la misma línea, Carmelo MEDRANO, “La Guerra en Palestina. Antecedentes del problema”, *África*, nº 77-78 (1948), pp. 4-8; “Mundo islámico: El Negeb, punto de máxima fricción con Palestina”, *África*, nº 85 (1949), pp. 31-32; “Revista de prensa: The Islamic Review (de Londres), «¿Dónde estaban las Naciones Unidas cuando la agresión de Negeb en 1948?»”, *África*, nº 106 (1950), p. 37.

¹⁵⁵ “Mundo islámico: ¿Dónde queda lo de Palestina?”, *África*, nº 101 (1950), pp. 25-26.

FIGURA IX. Ejemplo del “lamentable estado” en que viven los refugiados árabes, publicado en la revista *África*



FUENTE: “Mundo islámico: ¿Dónde queda lo de Palestina?”, *África*, nº 101 (1950), p. 26

Un buen ejemplo de este tipo de artículos pro-palestinos lo encontramos en un trabajo escrito en *Cuadernos* por el periodista Pedro Gómez Aparicio, colaborador de las dos revistas y miembro de la misión oficial que, presidida por el ministro Martín Artajo, visitó el Oriente Medio en 1952. Para este autor, las escenas que pudo presenciar al pasar por la carretera que unía Jerusalén con Hebrón, daban cuenta de una situación terrible e injusta que debía ser denunciada y corregida:

“De entre cientos y cientos de tiendas [...] asoman los ojos ávidos de famélicos niños [...], rostros de mujeres exhaustas [...]. Son una parte del casi medio millón de árabes palestinos a los que el Gobierno de Jordania asiste [...] y las Naciones Unidas da algunas migajas [...]. Son ellos una parte de los que [...] expulsados de sus hogares y de sus bienes, han emprendido un doloroso éxodo [...]. Dejaron a su espalda la guerra, pero no fué la guerra la que les despojó de todo cuanto amaban [...]. Fue un acuerdo de las mismas Naciones Unidas el que [...] creó el artificioso y arbitrario Estado de Israel”¹⁵⁶.

Igualmente interesante, por su presencia y sus implicaciones, fue el tratamiento que *África* y, especialmente, *Cuadernos* dieron a la revolución egipcia de 1952 y a la

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 9.

llegada de Nasser al poder en 1954. De entrada, el pronunciamiento del general Naguib fue presentado como un alzamiento “depurador” de la joven oficialidad, harta del sacrificio palestino y de las inmoralidades del rey Faruk, un monarca que había traicionado las esencias de la sociedad egipcia¹⁵⁷. A diferencia de estos africanistas, muchos altos cargos del régimen franquista no vieron con buenos ojos el derrocamiento de una monarquía autoritaria aliada que había apoyado a España en los momentos más duros del aislamiento¹⁵⁸. Para muchos de los autores de estas revistas, no obstante, Naguib y, sobre todo, Nasser se erigían como dirigentes inquietos, símbolos del nuevo Egipto y de la transformación social que su pueblo necesitaba.

Nasser, así, era presentado como un líder nacionalista, autoritario y antiliberal que, para muchos africanistas franquistas, podía convertirse en un auténtico referente, como confirman los no pocos artículos laudatorios escritos en aquellos años. De este modo, por ejemplo, para Gil Benumeya, Nasser “encarnaba el sueño de los egipcios de ser dueños de su destino” y era la cara visible de una revolución que pretendía llevar a cabo grandes transformaciones como la reforma agraria o los avances en industria, sanidad, educación y vivienda¹⁵⁹. Más allá de esto, tampoco podemos olvidar que sus planteamientos panarabistas podían encajar muy bien con las propuestas de Arabidad defendidas por algunos de los autores que aquí hemos tratado, lo cual aumentó aún más el grado de admiración de algunos africanistas españoles hacia su persona.

El africanismo español, además, no sólo apoyó la revolución nacional egipcia, sino que, desde el primer momento, también se mostró mayoritariamente partidario de Egipto en la cuestión del canal de Suez. Así, fueron muchos los autores que mostraron simpatía por Naguib cuando, tras las infructuosas conversaciones con los británicos, dijo que “el verdadero precio de la libertad es sangre caliente derramada”¹⁶⁰. No obstante, el verdadero apoyo llegó cuando Nasser procedió a la nacionalización.

¹⁵⁷ José María CORDERO TORRES, “Crónica internacional”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 19 (1952), p. 69; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 19 (1952), p. 85; “Mundo islámico: La crisis de Egipto”, *África*, nº 128 (1952), pp. 26-27; “Mundo islámico: Fracasa un complot contra Naguib”, *África*, nº 134 (1953), p. 24.

¹⁵⁸ MORALES LEZCANO, *El final del Protectorado hispano-francés...*, op. cit., p. 148.

¹⁵⁹ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Visita a los hombres de la revolución egipcia”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 27 (1954), pp. 12-20; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Reseña de *The Philosophy of the Revolution*”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 27 (1954), pp. 120-121; “Mundo islámico: Gamal Abdel Nasser cuenta los preparativos secretos de la revolución Egipcia”, *África*, nº 143 (1953), p. 31 “Mundo islámico: Nueva etapa política en Egipto”, *África*, nº 149 (1954), pp. 41-42.

¹⁶⁰ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 22 (1953), p. 79.

En 1956 Gran Bretaña y los Estados Unidos habían retirado su ayuda económica al proyecto de las presas de Asuán. Con el propósito de financiar esta obra, Nasser proclamó su intención de nacionalizar el canal de Suez, lo que pondría fin a décadas de intereses británicos en el territorio. En pocos meses, el 29 de octubre de ese mismo año, con el pretexto de problemas en la frontera, Israel, que desde la primera guerra arabo-israelí tenía prohibido el paso por el canal, atacó Egipto. Dos días más tarde, fuerzas aerotransportadas británico-francesas se apoderaron del canal en una acción conjunta¹⁶¹.

Para los africanistas españoles, la actuación de Nasser era legítima, mientras que el ataque franco-británico e israelí sólo pretendía decapitar un régimen nacionalista que podía convertirse en un icono para el mundo árabe. España, cómo no, supo estar a la altura de las circunstancias y demostrar, una vez más, que su amistad con los países árabes era profunda y el apoyo a sus reivindicaciones sincero:

“Sorprendente por lo desproporcionada en su anacrónica violencia perturbadora de la paz mundial, fué la reacción franco-inglesa [...] es inconcebible la actitud de los tories británicos y de los socialistas franceses [...]. Por contraste, la actitud norteamericana, influida por el panorama electoral interno, fué sensata y moderadora [...]. No creemos pecar de subjetivistas si registramos con la natural satisfacción que la Delegación española [en la ONU], presidida por el propio ministro de Asuntos Exteriores, fué la única que acertó a poner las cosas en claro, presentando su original y constructiva propuesta, que eliminaba los ataques a la soberanía egipcia”¹⁶².

En este sentido, numerosos informes del año 1956 procedentes de la Embajada británica en Madrid daban cuenta de este apoyo, tanto mediático como político, de España a las acciones del coronel Nasser; pero también de un cierto éxito del discurso de hermandad hispanoárabe, puesto que tanto Gran Bretaña como Egipto pidieron al gobierno español que, a través de su ministro de Exteriores, participase en la Conferencia internacional sobre el Canal de Suez para mediar y apoyar sus respectivas posiciones¹⁶³.

¹⁶¹ JUDT, *Postguerra...*, *op. cit.*, pp. 430-444.

¹⁶² José María CORDERO TORRES, “Crónica internacional”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 34 (1956), pp. 90-91.

¹⁶³ F.O. 371/119108, archivo 14211/824, National Archives of the United Kingdom, Embajada británica en Madrid, “Suez Canal Conference: discussion between UK foreign secretary and Spanish foreign minister”, Madrid 15 de agosto de 1956; F.O. 371/119192, archivo 14216/55, National Archives of the United Kingdom, Embajada británica en Madrid, “Spanish government's attitude”; F.O. 371/119201, archivo 14216/303, National Archives of the United Kingdom, Embajada británica en Madrid, “Spanish press attitude”, Madrid, 29 de septiembre de 1956; F.O. 371/121797, archivo 1091/859,

La España franquista y sus africanistas mostraron su simpatía por las reivindicaciones de los países árabes en muchas otras circunstancias; así, podríamos destacar el apoyo a las acciones del nacionalismo tunecino frente a Francia o las denuncias ante la deposición del Sultán Mohammed V en el Marruecos francés. No obstante, más allá de esto, lo cierto es que los dos africanismos representados por *África* y *Cuadernos* no reflexionaron del mismo modo ante el fenómeno nacionalista, especialmente cuando éste empezó a verse como un peligro para los propios intereses españoles.

Para el núcleo central de *Cuadernos de Estudios Africanos*, el nacimiento del nacionalismo árabe se explicaba en relación con la política colonial llevada a cabo por los países europeos, con la excepción de España. El argumentario era sencillo: Francia, Gran Bretaña y otras potencias coloniales menores eran culturas invasoras que pusieron fin a la cohesión de la sociedad indígena sin aportar una verdadera alternativa. La consecuencia de esto era que mientras los viejos contemplaban cómo se destruía la sociedad tradicional (lo que generaba un rencor hacia el invasor), los jóvenes, que eran quienes con mejores ojos podían ver las transformaciones, comprobaban cómo la nueva sociedad a la cual intentaban adscribirse los trataba como ciudadanos de segunda¹⁶⁴. España, en principio, quedaba al margen de este proceso porque su colonialismo no sólo no había erosionado los fundamentos de la sociedad islámica sino que, además, era un colonialismo basado en la unidad cultural: la presencia española en Marruecos no era invasora sino fraternal y amistosa.

El riesgo que se escondía tras estas reflexiones era que alguien pudiera aplicar peligrosamente estas explicaciones del fenómeno nacionalista a los territorios coloniales españoles. Obviamente la censura y, con mucha probabilidad, la dirección de la revista habrían impedido que se hubiera justificado abiertamente la aparición de movimientos nacionalistas marroquíes en la zona hispano-jalifiana; pero, cabía la posibilidad de que algunas de las cosas que Martín de la Escalera o Gil Benumeja decían para el Marruecos francés pudiesen ser válidas también para la parte española. Sólo debemos recordar, en este sentido, lo que decía Ibn Azzuz Hakim sobre el “grupo madrileño que estaba en la órbita”¹⁶⁵.

National Archives of the United Kingdom, Embajada británica en Madrid, “Middle East conflict: Spanish government's attitude”, 9 de noviembre de 1956.

¹⁶⁴ TRUJEDA INCERA, “La crisis del mundo colonial”, *op. cit.*, pp. 73-74.

¹⁶⁵ MORALES LEZCANO, *Diálogos ribereños...*, *op.cit.*, p. 253.

Profundizando, por tanto, en los planteamientos de estos autores, podemos señalar que buena parte de los integrantes de *Cuadernos* coincidió en el hecho de que el desarrollo económico-social estuvo en la base de la gran transformación que daría lugar a las reivindicaciones nacionalistas. Gil Benumeya decía que se podría caer en la tentación de intentar explicar el nacionalismo marroquí atendiendo a las peculiaridades geográficas e históricas que habían dado a Marruecos una originalidad y una tradición propia dentro del Magreb; pero, en ese caso, no se estaría explicando verdaderamente el origen del nacionalismo reciente. El nacionalismo arabo-musulmán era, para estos autores, un fenómeno moderno, fruto de la modernización, lo cual nos sitúa frente a unos planteamientos relativamente adelantados para la España de la época¹⁶⁶. Ahora bien, si había consenso a la hora de establecer que la modernidad se encontraba en la base de todo el proceso, lo que no estaba tan claro era si ésta derivaba fundamentalmente de las transformaciones sociales, de las económicas o de las políticas.

Gil Benumeya, por ejemplo, consideraba que para entender la aparición del nacionalismo en Marruecos hacía falta remontarse a la política de “la taza de té” del mariscal Lyautey, una política que defendía el mantenimiento de las instituciones marroquíes y la creación sólo de aquellos organismos administrativos necesarios que la sociedad protegida no tenía¹⁶⁷. Lyautey, por lo tanto, promovió que junto al tradicional *Majzén* se fuera creando un entramado de instituciones franco-marroquíes integradas por unos jóvenes que, formados en nuevas escuelas, garantizarían la conexión entre los líderes tradicionales y los nuevos servicios modernos. Hasta aquí no había ningún problema, puesto que para Gil Benumeya esta política, muy parecida a la que estaba impulsando España, era la acertada. Sin embargo, los Residentes posteriores a Lyautey lo subordinaron todo a la valoración económica, instalaron terratenientes de origen no marroquí en las mejores tierras y establecieron claras preponderancias raciales. Los jóvenes modernizados y formados en las escuelas impulsadas por Lyautey, ante esta

¹⁶⁶ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Situación y trayectoria actual del nacionalismo en Maghreb Al Aqsa”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 15 (1951), pp. 19-21.

¹⁶⁷ El mariscal Louis Hubert Gonzalve Lyautey, primer Residente General francés en Marruecos, fue un personaje que, en general, gozó de las simpatías del africanismo español desde los años veinte. Tanto *Africa* como *Cuadernos de Estudios Africanos*, así, tuvieron buenas palabras para un hombre cuya labor en Marruecos fue una referencia para numerosos africanistas franceses y españoles. Véanse, por ejemplo, MARTÍN DE LA ESCALERA, “Una constante en el porvenir de Marruecos”, *op. cit.*, p. 46; MARTÍN DE LA ESCALERA, “La evolución política actual del...”, *op. cit.*, p. 32; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 22 (1953), p. 77.

situación, empezaron a organizar protestas que, a la larga, acabaron configurando las bases de lo que sería el nacionalismo marroquí¹⁶⁸.

Martín de la Escalera, pese a estar de acuerdo con esta explicación, ponía el acento en la economía. El acelerado crecimiento económico del Marruecos francés activó una alteración social brutal basada en el crecimiento demográfico, la facilidad de movilidad y la concentración urbana. La aparición de un proletariado similar al que surgió en Europa como consecuencia de la industrialización del siglo XIX estuvo ligada a la desaparición de las estructuras tradicionales. Estos nuevos individuos se quedaban aislados frente a una sociedad materializada, que se movía por el provecho económico y el afán de dominio. La miseria, la inseguridad de la condición obrera, el miedo al paro, llevaron al individuo a integrarse en organizaciones, lejos del cuadro social familiar y de los celos ancestrales. Ya no se pertenecía a una tribu, sino a Marruecos. Por eso es por lo que, para Martín de la Escalera, no se podía desligar el sindicalismo de un nacionalismo que era exponente de un problema político, social y económico¹⁶⁹. La pregunta inevitable, entonces, era por qué estas sociedades no evolucionaron, en última instancia, del mismo modo que las europeas.

Para responder a esto, la autora de *Cuadernos* se remontaba al Renacimiento, momento en el que, según ella, el Cristianismo empezó a verse imbuido de un culto a la razón mientras que el Islam, construido sólo sobre la fe, se mantuvo al margen de estas transformaciones. Segura de sí misma y deslumbrada por una razón más ciega que la fe, Europa inició la expansión por el mundo islámico, lo que dio lugar, según Martín de la Escalera, a unas primeras fases de diálogo entre Europa y el Islam mediterráneo que, aunque no fueron de choque, tampoco fueron de comprensión. La principal razón de esta falta de entendimiento no estaba en el hecho de que la civilización musulmana fuera intrínsecamente mala o que estuviera más atrasada, sino en las diferentes esencias de los dos mundos: el Islam seguía siendo fiel a sí mismo, pero Europa no. La secretaria

¹⁶⁸ En 1932 empezó a publicarse en francés la revista *Maghreb*, que fue suprimida tras la detención de un joven teólogo: Al-lal el Fasi. Este hecho encendió la mecha y llevó a la fundación de un Comité de Acción Marroquí que redactó un Plan de reformas en el que se establecía un Gobierno propio, administración abierta a los marroquíes y un Código de Justicia único. Este movimiento fue reprimido por los franceses; pero, en 1942, Roosevelt y Churchill redactaron la Carta del Atlántico según la cual cada pueblo tenía derecho a escoger sus libertades. Los nacionalistas aparecieron con energías renovadas, se unieron y formaron el Istiklal, que comenzó a extender su influencia hasta llegar al Sultán. GIL BENUMEYA, “Situación y trayectoria actual del nacionalismo en Maghreb Al Aqsa”, *op. cit.*, pp. 19-23.

¹⁶⁹ MARTÍN DE LA ESCALERA, “Una constante en el porvenir de...”, *op. cit.*, pp. 52-54.

de *Cuadernos* solía ejemplificar esto con Turquía, un país progresista, laico y occidentalista, pero con un Islam y una espiritualidad inmutables y bien presentes¹⁷⁰.

Según Luis Trujeda o Carmen Martín de la Escalera, las potencias europeas pensaron que podrían aplicar universalmente sus formas genuinas, ignorando que un ambiente moral y material que durante siglos ha modelado espiritual y físicamente las distintas generaciones de un pueblo no podía ser sustituido sin plantear inconvenientes. No obstante, al margen de esto, el problema no estaba sólo en la fidelidad de las sociedades musulmanas a su espiritualidad y tradición, sino también en el bajo nivel intelectual y moral de la civilización occidental. ¿Acaso era bueno un mundo en el que el hombre se integraba en la masa, en el que la economía lo era todo y en el que la religión de la ciencia y del tecnicismo había creado una especie de barbarie disfrazada con la máscara del progreso¹⁷¹?

Por tanto, para estos africanistas los partidos nacionalistas del mundo musulmán estaban influenciados por las ideologías europeas y por la modernización económica. Sin embargo, sus artífices o creadores nunca dejaron de proclamar su adhesión a la fe coránica (como demostraba, por ejemplo, el Istiklal)¹⁷².

Todo apunta a que estos autores bebieron de la denominada “psicología de masas”, tan de moda durante las primeras décadas del siglo XX. Ésta se basaba en la creencia de que la modernidad tenía una naturaleza dislocadora que tendía a desorientar a los individuos y a romper la estabilidad generada por las fuentes de ayuda tradicionales. Es fácil cuando se leen las explicaciones de Martín de la Escalera o de Gil Benumeya pensar en Émile Durkheim, y su famoso paso de la solidaridad mecánica a la orgánica, o en Ortega y Gasset y sus reflexiones acerca del “hombre-masa”. Las sociedades modernas exigían un nuevo principio de cohesión e integración después de todas las dislocaciones que había implicado la modernización, y esto se podía encontrar en la idea de nación¹⁷³.

En segundo lugar, es muy probable que estas reflexiones también tuvieran influencia de las teorías de la modernización que, con tanta fuerza, aparecieron tras la

¹⁷⁰ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “Problema real y soluciones artificiales”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 14 (1951), pp. 64-67.

¹⁷¹ *Ibid.*, pp. 67-68.

¹⁷² *Ibid.*, p. 70.

¹⁷³ Anthony D. SMITH, *Nacionalismo y Modernidad*, Madrid, Istmo, 2000, pp. 46-50. Debemos tener presente, no obstante, que esta visión del nacionalismo como algo moderno, fruto de las transformaciones del mundo contemporáneo, no la aplicaban estos autores al nacionalismo propio; ya que, para ellos, la nación española, a diferencia del nacionalismo árabe o marroquí, sí tenía unos orígenes remotos y casi naturales.

Segunda Guerra Mundial. Según estas teorías, el punto de partida de los Estados-nación modernos en el mundo arabo-islámico siempre iba ligado al contacto con Europa. Desde este punto de vista, la consecuencia más importante de la integración de ese mundo atrasado en el ámbito de actuación europeo era el surgimiento de una sociedad nacional y secular que, necesariamente, acabaría dando lugar a un movimiento nacionalista. Estas teorías llegaban incluso a afirmar que el nacionalismo era el penúltimo estadio en el proceso de “modernización” y que venía derivado de la importación de las estructuras administrativas e instituciones occidentales¹⁷⁴.

Esta explicación del origen del fenómeno nacionalista presentaba, pues, una historia lineal de la modernización (desde una era primitiva hasta la moderna) que los africanistas de *Cuadernos* compartían parcialmente. Carmen Martín de la Escalera o Gil Benumeya podían aceptar que la presencia europea hubiera supuesto transformaciones y mejoras en el ámbito material y técnico, incluso en el de la organización política, pero eso no implicaba, como hemos visto, que la “luz” de Europa sacara a esas sociedades de las tinieblas del primitivismo. En muchos aspectos, sobre todo morales, Europa tenía aún mucho que aprender del mundo arabo-islámico.

Finalmente, se puede rastrear también la influencia de las teorías de una determinada sociología funcionalista que tuvo en el francés Robert Montagne a uno de sus primeros y principales exponentes. Montagne, consejero de Lyautey y considerado por algunos especialistas “el personaje cumbre de la sociología y la etnografía coloniales francesas en Marruecos” se hizo célebre por sus estudios sobre la organización tribal de los bereberes¹⁷⁵. Según su tesis de los *leffs* o “ligas de protección”, antes de la llegada europea la estructura de las sociedades bereberes de Marruecos se basaba en cuatro agrupaciones superpuestas (el poblado, el cantón, la tribu y la confederación de tribus) gobernadas por asambleas “democráticas”. Aunque muchos sociólogos consideraban que la ausencia de un líder autónomo hacía que el gobierno bereber fuese anárquico, Montagne consideraba que era todo lo contrario. De hecho, en su opinión, fue la ambición de unos pocos notables que querían consolidar su poder lo que hizo que las potencias europeas penetrasen y comenzasen a desestructurar

¹⁷⁴ Consúltese, por ejemplo, Raphael PATAI, “The dynamics of westernization in the Middle East”, *The Middle East Journal*, nº 9/1 (1957), pp. 173-200. Sobre el uso de las teorías de la modernización para explicar la aparición de los nacionalismos árabes, véase una aplicación para el caso palestino en Ilan PAPPÉ, *Historia de la Palestina Moderna. Un territorio, dos pueblos*, Madrid, Akal, 2007, pp. 23-26.

¹⁷⁵ M^a Àngels ROQUE, *Nueva antropología de las sociedades mediterráneas. Viejas culturas, nuevas visiones*, Barcelona, Icaria, 2000, p. 207.

el sistema de organización imperante hasta el momento, lo que provocó revueltas en el campo, empobrecimiento de las masas rurales y mayores presiones extranjeras¹⁷⁶.

Este modelo explicativo fue desarrollado por el sociólogo francés unas décadas más tarde, ya en los años cincuenta, para explicar la aparición de “nuevas almas colectivas” que, una vez más, derivaban de la desestructuración provocada por la “modernidad” europea. *Cuadernos de Estudios Africanos* no sólo se hizo eco de las propuestas de Montagne, sino que, además, reseñó algunas de sus obras destacando “su enjundioso contenido” y su “oportuna meditación en esta hora grave del mundo”:

“Los diversos aspectos de la vida social y económica de los núcleos proletarios, que son examinados en sus diversas manifestaciones, conducen a detenerse ante la «nueva alma colectiva» que nace de una civilización rural que está agonizando en las ciudades proletarias por la muerte lenta, pero cierta, de la célula inicial de la sociedad patriarcal: la familia. Por ello, el proletariado marroquí se presenta «solamente todavía como fuerza virtual que se busca a sí misma en la confusión». Y más allá, dice M. Robert Montagne con clara visión de las causas y de sus inexorables consecuencias, «su alma, apenas nacida, pertenecerá a aquel que sepa amarla por él mismo. A menos de que abandonado y traicionado por clases burguesas egoístas — cristianas y musulmanas— no se revuelva un día, con la violencia que se observa en el Oriente moderno, contra aquellos que lo han condenado a la miseria y a sufrimientos sin esperanza»¹⁷⁷.

Para Martín de la Escalera, el análisis de Montagne, pese a referirse concretamente a un problema del Marruecos francés, se podía extrapolar perfectamente a otros países de tradición musulmana afectados por las mismas consecuencias, las de una introducción masiva de “métodos occidentales” que trastocaron el cuadro tradicional “sin haber dado nacimiento a una estructura armonizada de principios a veces antagónicos”¹⁷⁸. En esta misma línea se expresaron también algunos etnólogos y sociólogos franceses que, desde posturas de izquierdas, interpretaron la agitación del mundo arabo-islámico como un movimiento de personas explotadas, ignoradas y sin referentes. Ese fue el caso, por ejemplo, de Alfred Sauvy, creador del término “Tercer Mundo”, o de Georges Balandier, que interpretó la revuelta en Argelia como una

¹⁷⁶ Robert MONTAGNE, *Les Berbères et le Makhzen dans le Sud du Maroc*, París, Alcan, París, 1930. Citado en MADARIAGA, *España y el Rif...*, *op. cit.*, pp. 68-69.

¹⁷⁷ Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, “Recensiones: Robert M. MONTAGNE, *La Naissance du Proletariat Marocain (Enquête collective)*, París, Peyronnet et cia, 1950”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 18 (1952), p. 114.

¹⁷⁸ *Íd.*

“insurrección de la gente pobre y dominada”¹⁷⁹. Los colaboradores de *Cuadernos* compartieron con ellos el diagnóstico, aunque sin esperar el mismo resultado.

Años más, tarde, autores como Ernest Gellner retomarían y matizarían muchas de estas propuestas dando lugar a importantes teorías explicativas del fenómeno nacionalista. Gellner coincidiría con estos autores, aunque fuera tangencialmente, en otorgarle a la industrialización un peso fundamental, ya que era ésta quien hacía que muchas personas abandonasen sus pueblos y, en medio de una ciudad donde estaban desubicados, sin nada para reconstruir sus comunidades tradicionales, echasen mano de la lengua o la cultura propias¹⁸⁰. Para Gellner era la necesidad de crecimiento lo que generaba el nacionalismo y no al revés. Para Montagne, Martín de la Escalera o Gil Benumeya, también. Así, el origen del nacionalismo anticolonial no era xenófobo, ni fanático, como decían numerosos teóricos franceses y británicos: había surgido de una crisis de crecimiento producida cuando las generaciones educadas en la modernidad, al llegar a la mayoría de edad, se dieron cuenta de que no había lugar para ellas¹⁸¹.

Muchos de los autores de *África* también consideraron que los cambios producidos por la modernidad estaban en la base del nacimiento de los movimientos nacionalistas, pero sus planteamientos no fueron exactamente los mismos que los que hemos esbozado hasta el momento.

Para empezar, la mayoría consideraba que las sociedades musulmanas podían haber sido avanzadas en el pasado, pero hoy en día se caracterizaban por el atraso y una profunda decadencia que las alejaba de la civilización. El colonialismo había intentado subsanar esa situación cambiando sus estructuras y modernizando sus administraciones, pero eran muchas las potencias coloniales que, como Inglaterra y, especialmente, Francia, no se habían dado cuenta de que al hacer eso sin respetar sus tradiciones estaban poniendo las bases para que otros canalizasen el posible descontento producido por los desajustes. Para los autores de *Cuadernos*, ese descontento era el que daba lugar a los movimientos nacionalistas; para *África*, en cambio, era el elemento que permitía explicar la entrada en escena de un nuevo protagonista: el comunismo.

¹⁷⁹ SHEPARD, *The Invention of Decolonization...*, *op. cit.*, pp. 3, 59.

¹⁸⁰ SMITH, *Nacionalismo y Modernidad*, *op. cit.*, pp. 68-69. Sabemos que Gellner leyó a Robert Montagne y que lo tuvo en cuenta a la hora de elaborar sus propuestas sobre el nacionalismo en sociedades arabo-islámicas. En este sentido, podemos destacar el gran número de citas de Montagne que aparecen en su obra *Muslim Society* o, incluso, el artículo que dedicó al pensamiento de esta importante figura de la sociología francesa del siglo XX. Ernest GELLNER, *Muslim Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; Ernest GELLNER, “The Sociology of Robert Montagne (1893-1954)”, *Daedalus*, vol. 105-1 (1976), pp. 137-150.

¹⁸¹ GIL BENUMEYA, “Situación y trayectoria actual del nacionalismo en...”, *op. cit.*, p. 26.

Así pues, desde finales de los años cuarenta numerosos artículos de la revista del IDEA hablaron de la “agitación bolchevique” o del “complot soviético” para apoderarse del mundo colonial y de sus tácticas para acelerar el proceso de descomposición de las sociedades tradicionales para generar caos y poder hacerse con el dominio de los territorios coloniales. Como se señalaba en una de las noticias de la sección “Mundo islámico”, los rusos, “que no son tan lerdos”, eran conscientes de que el atraso del Islam era un obstáculo para sus propósitos, por lo que lo más conveniente era intervenir para acelerar el proceso de industrialización en esos países y, así, lograr la aparición de un proletariado que les sirviese de quinta columna y les apoyase¹⁸². África, por tanto, no podía caer, en palabras de Arqués, “en manos enemigas a través de nacionalismos que son completamente artificiales y prematuros, y de los que sacarían el mayor provecho los agitadores soviéticos”¹⁸³.

En el caso de Marruecos, ese peligro no era menor, y la culpa era, sobre todo, de la ineptitud de unos franceses que, desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, no eran capaces de ver la amenaza real que el comunismo suponía para el occidente europeo. Se criticaba, por ejemplo, que el Partido Comunista Marroquí pudiese celebrar sin problemas un Congreso en Casablanca, ya que intentaba influir en los indígenas, “apoderarse de las masas amorfas musulmanas [...] organizarlas, utilizarlas y dominarlas” y difundir ideas subversivas entre los marroquíes para que se liberaran de las potencias coloniales y, así, pudieran caer en sus redes sin demasiada resistencia¹⁸⁴.

Esa fuerza del comunismo en la zona francesa, además, tenía para muchos de los africanistas del IDEA sus repercusiones en la zona jalifiana, por lo que fue habitual que, en algunos momentos de máxima tensión, se acusase incluso a Abdeljalek Torres y su grupo de filocomunistas¹⁸⁵. Debemos señalar, en este sentido, que el líder nacionalista marroquí, cercano, como hemos comentado, a muchos de los integrantes del círculo de Cordero Torres, no contó en general con las simpatías de los africanistas de *África*, que

¹⁸² “Mundo islámico: La URSS y el Islam”, *África*, nº 86 (1949), pp. 25-26. En la misma línea encontramos “Mundo islámico: El comunismo y los países árabes”, *África*, nº 61-62 (1947), pp. 63-64; “Mundo islámico: Manejos soviéticos”, *África*, nº 74 (1948), p. 28-30; “Mundo islámico: El Kremlin, contra el Islam”, *África*, nº 149 (1954), p. 41.

¹⁸³ Enrique ARQUÉS, “¿Quién manda en Marruecos?”, *África*, nº 169 (1956), pp. 5-7;

¹⁸⁴ “Mundo islámico: Propaganda comunista en Marruecos”, *África*, nº 53 (1946), pp. 52-53; “Mundo islámico: Alto al comunismo en Marruecos francés”, *África*, nº 54 (1946), p. 51; “Mundo islámico: Escándalo en la Zona francesa de Marruecos”, *África*, nº 56-57 (1946), pp. 80-81; “Mundo islámico: Actuación soviética”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 91-92; “Mundo islámico: Manejos soviéticos, el comunismo sigue creciendo en el Marruecos francés”, *África*, nº 77-78 (1948), pp. 51-53

¹⁸⁵ “Mundo islámico: Escándalo en la Zona francesa de Marruecos”, *op. cit.*

lo calificaban de “elemento díscolo que, desde hace unos años, viene explotando la postura nacionalista en contubernio con intereses extranjeros”.

En algunos casos, se le llegó a comparar con Abd-el-Krim, “el personaje tenebroso que lideró la subversión en el Rif” y que fue, además de traidor, espía y agitador, “autor de terribles crímenes cometidos con bárbara vesania”. En esa línea, se recordaba que en 1924 los comunistas franceses felicitaron al “sanguinario rifeño” por la “brutal matanza de españoles en Annual y Monte Arruit” y se concluía que “de la misma calidad e índole moral de Abd-el-Krim son quienes intentan convertirse en sus agentes. Tal es el caso de Abd-el-Jalak Torres, ambicioso, mediocre, hombre sin escrúpulos, que especula con el archivo de su padre y ha negociado al servicio del extranjero”¹⁸⁶.

Así pues, mientras muchos de los autores de *Cuadernos de Estudios Africanos* consideraban legítimas las reivindicaciones nacionalistas, los de *África* hablaban de la agitación comunista y de la infiltración de los bolcheviques en los distintos nacionalismos norteafricanos, entre ellos el marroquí¹⁸⁷. Mientras el franquismo “jugó” con los nacionalistas para perjudicar a los franceses y legitimar su posición, esta dualidad discursiva no planteó demasiados problemas, pero cuando Mohammed V volvió de su exilio forzoso e hizo las declaraciones de independencia, el paternalismo de Madrid se sacó la máscara. Franco se pronunció a favor de una solución tutelar conducida por la autocracia que él mismo dirigía y, en un último intento desesperado, intentó convencer a los Estados Unidos de que la independencia, como señalaban *África* y el IDEA, podía favorecer la expansión del comunismo por el norte de África¹⁸⁸.

Desde el Magreb, muchas voces llevaban tiempo desmintiendo estas afirmaciones y defendiendo que el mejor antídoto contra el comunismo era el nacionalismo árabe, anticomunista por naturaleza. En ese sentido, por ejemplo, se había pronunciado en reiteradas ocasiones Habib Bourguiba, líder nacionalista tunecino y uno de los padres

¹⁸⁶ “Vida hispanoafriana: Los sucesos de Tetuán”, *África*, nº 74 (1948), p. 39.

¹⁸⁷ “Revista de Prensa: África del Norte. Las consignas de Moscú”, *África*, nº 133 (1953), p. 36; “Revista de Prensa: Marruecos francés. El Istiklal ha calcado su organización sobre la del Partido Comunista”, *África*, nº 133 (1953), p. 40; Alejandro BOTZARIS, “El comunismo en el continente africano”, *África*, nº 140-141 (1953), pp. 19-22.

¹⁸⁸ En declaraciones a Efe, Franco señaló a comienzos de 1956 que no permitiría que nadie suplantara a España en su labor protectora (en clara alusión a los franceses). Para el Jefe de Estado español, si se abría la puerta de Marruecos a una “democracia inorgánica”, los comunistas penetrarían y lo explotarían en su provecho. “La posición de España en la cuestión de Marruecos”, *África*, nº 169 (1956), pp. 2-4. BOSCH-PASQUAL, *L’aficanisme franquista i l’IDEA...*, op. cit., pp. 304-305; M^a Concepción YBARRA ENRÍQUEZ DE LA ORDEN, “La prensa española ante la independencia de Marruecos” en Javier TUSELL (dir.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 1997, p. 458.

del Túnez contemporáneo¹⁸⁹. Lo más interesante, no obstante, es que también algunos de los autores de *Cuadernos* consideraban que la identidad árabe era, por encima de cualquier cosa, anticomunista, algo que desmentía las tesis oficiales y que, por tanto, podía poner en aprietos la credibilidad del régimen:

“El verdadero musulmán, el hombre creyente, el viejo turbante, está siempre contra el comunismo, porque para él no hay misticismo, ni otra devoción que Dios [...]. El verdadero islamismo está siempre contra el materialismo”¹⁹⁰.

Así pues, si delicadas fueron las referencias al nacionalismo árabe durante los años cuarenta y primeros cincuenta, más lo fueron a mediados de la centuria, cuando los procesos de descolonización parecían ya inevitables. Los africanistas del IDEA y de la Dirección General de Marruecos y Colonias nunca acabaron de creerse las medidas emancipadoras que Francia empezó a promover desde noviembre de 1955 hasta marzo de 1956. Su primera reacción fue no asumir nada de lo que pasaba y considerar que Francia sólo pretendía engañar para mantener su poder. La realidad, no obstante, es que mientras la revista *África* seguía publicando artículos de Arqués o de Borrás como “¿Quién manda en Marruecos?”, “Una cuña del Kremlin en África y Oriente Medio” o “El comunismo cerca el lago de la Cristiandad”, en los que se exigía a los franceses que asumiesen sus responsabilidades y restableciesen en su protectorado el principio de autoridad, Francia otorgó la independencia a Marruecos¹⁹¹.

El IDEA, entonces, asumió más todavía el discurso franquista del Centinela de Occidente y pasó a presentar a España como una pieza fundamental para contener las “hordas” marxistas, también en su avance devastador por el norte de África (en clara sintonía con las advertencias que había hecho el general Franco). Anticolonialismo y comunismo, por tanto, pasaban a ser lo mismo para una revista, *África*, que, más que nunca, era ahora un panfleto antisoviético¹⁹².

En *Cuadernos de Estudios Africanos*, en cambio, la independencia de Marruecos no sorprendió del mismo modo. Aunque en las crónicas árabes de Gil Benumeya

¹⁸⁹ MORALES LEZCANO, *El final del Protectorado hispano-francés...*, op. cit., p. 137.

¹⁹⁰ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Crónica del mundo árabe”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 13 (1951), p. 73.

¹⁹¹ ARQUÉS, “¿Quién manda en Marruecos?”, op. cit.; Tomás BORRÁS, “El comunismo cerca el lago de la Cristiandad”, *África*, nº 169 (1956), pp. 10-13; Tomás BORRÁS, “Una cuña del Kremlin en África y Oriente Medio”, *África*, nº 170 (1956), pp. 2-6;

¹⁹² BOSCH-PASQUAL, *L'africanisme franquista i l'IDEA...*, op. cit., pp. 394-396. Véase, por ejemplo, M. BLANCO TOBÍO, “La batalla por África ha comenzado”, *África*, nº 171 (1956), pp. 7-9.

siempre se presentaba un mundo colonial español en calma en contraste con los agitados territorios franceses, desde bien pronto la revista del IEP acogió artículos en los que los distintos autores reflexionaban acerca de la descolonización y de las posibilidades que ésta abría. Ahora bien, estas reflexiones fueron por caminos muy diferentes, por lo que podemos afirmar que la revista no dio una respuesta unitaria al problema planteado.

Ya en el año 1950, Cordero Torres escribía un artículo titulado “¿Independencia colonial o evolución colonizadora?” en el que se hablaba del fin inminente del mundo colonial. El célebre africanista consideraba que esto no debía implicar necesariamente la independencia separatista como única meta, ya que la emancipación también se podía llevar a cabo con una integración voluntaria en la “Madre Patria” del territorio dependiente (como ocurrió siglos atrás con las Azores y las Canarias). Ahora bien, esto no se podía hacer de cualquier manera y la falsa política asimilacionista de Francia en Argelia era un ejemplo perfecto. España, así, era el país modelo, puesto que sabía continuar el proceso civilizador sin las ilusorias y peligrosas pretensiones de uniformizar “lo que supone y exige perenne variedad”¹⁹³.

Cordero, por lo tanto, presentaba unos planteamientos que podían ser perfectamente asumibles por el régimen: mantener Marruecos como una especie de provincia autónoma, aunque fuera con instituciones propias. Otros autores, no obstante, plantearon otras posibilidades que, incluso, suscitaron un interesante debate interno, como ahora mismo veremos.

Enrique Arqués presentó un artículo en 1954, el único que publicó en *Cuadernos*, en el que distinguía entre los conceptos “influencia” y “protectorado” desde la perspectiva del Derecho Internacional. Para Arqués, el Tratado de 1912 establecía que España tenía una “zona de influencia” mientras que el protectorado quedaba reservado a Francia. Durante mucho tiempo el africanismo español vio esto como una especie de subarrendamiento, por lo que muchos autores prefirieron hablar siempre de protectorado y no de influencia. Sin embargo, Arqués señalaba que eso era un error, puesto que mientras que la situación de protectorado era transitoria y temporal, la influencia era permanente e inmutable, ya que se fundamentaba en una realidad geográfica, en la

¹⁹³ José María CORDERO TORRES, “¿Independencia colonial o evolución colonizadora?”, *Cuadernos de Estudios Africanos*, nº 11 (1950), pp. 29-32; CORDERO, “Balance colonial del último tercio...”, *op. cit.*, p. 11.

razón histórica, en la seguridad de frontera, en la garantía estratégica y en el espacio vital¹⁹⁴.

Cordero contestó a este artículo en el siguiente número para negar, en primer lugar, que el Tratado franco-español de 1912 estableciera que el único gobierno protector era el francés, puesto que, según él, esa categoría jurídica afectaba a los dos países. Aun así, le parecía interesante el concepto de influencia como algo duradero y casi permanente. Ahora bien, para Cordero los fundamentos de esta influencia no eran los que había planteado Arqués (los típicos del africanismo del IDEA), sino la amistad presente y la solidaridad de sentimientos e intereses de los dos pueblos. La influencia existía, pero no sólo de España hacia Marruecos, como defendía buena parte de los africanistas de *África*, sino también de Marruecos hacia España¹⁹⁵.

Ibn Azzuz Hakim fue el encargado de rematar este “debate” a través de un texto en el que fue algo más lejos que Cordero. Admitía el concepto de influencia del director de *Cuadernos* y afirmaba que a españoles y marroquíes les unían lazos de orden espiritual y fraternal muy intensos. En virtud de esa influencia, el hispanista tetuaní proponía que España y Marruecos llegasen a un acuerdo y que la mejor manera de demostrar la tan cantada fraternidad hispano-marroquí y las buenas intenciones de España era declarar la autonomía de la zona jalifiana. Si lo hacía, España daría una prueba más de que reconocía la personalidad internacional de Marruecos y quizás pondría las bases para que el colonialismo francés dejara libre su parte y no amenazara la integridad del imperio marroquí¹⁹⁶.

El impacto que causó este artículo fue tal, que hasta la diplomacia británica se hizo eco del debate, señalando que el régimen, al que, con toda seguridad, no le habrían gustado nada estas reflexiones, habría permitido su publicación probablemente por motivos propagandísticos¹⁹⁷.

Obviamente, tal y como sospechaban los británicos, esto no era lo que querían oír el IDEA ni el régimen franquista. Muchos de estos africanistas creían sinceramente en la amistad hispanoárabe y pensaban que la independencia no debía suponer el fin de los

¹⁹⁴ Enrique ARQUÉS, “Zona de influencia en vez de Protectorado”, *Cuadernos de Estudios Africanos y Orientales*, nº 28 (1954), pp. 9-14.

¹⁹⁵ José María CORDERO TORRES, “La influencia española en Marruecos: lo que permiten y lo que prohíben las estipulaciones internacionales de 1912”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 29 (1955), p. 59.

¹⁹⁶ Muhammad IBN AZZUZ HAQUIM, “Hacia una posible autonomía de la zona jalifiana”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 30 (1955), pp. 35-39.

¹⁹⁷ F.O. 371/113840, archivo 1017, National Archives of the United Kingdom, Consulado británico en Tetuán, “Internal political situation in Spanish Morocco”, 12 de agosto de 1955.

contactos culturales, económicos y políticos entre España y los países de la otra orilla del Mediterráneo. A los africanistas del IDEA, mucho más belicosos, mucho más imperialistas, la amistad hispano-marroquí sólo les servía mientras Marruecos fuera dependiente. El nacionalismo marroquí, así, no era aceptable, sino el resultado de la expansión del marxismo por un norte de África que se había civilizado con el esfuerzo y la sangre de miles y miles de españoles.

Más allá de todo esto, *Cuadernos* también planteó otras opciones distintas a la provincialización o a la autonomía, muchas de ellas basadas en las ideas de Arabidad de Gil Benumeya y en la creación de grandes agrupaciones interestatales en el marco de un mundo bipolar y postcolonial.

Para esbozar sus planteamientos, fue frecuente que los autores de *Cuadernos* recurriesen a una nueva forma de concebir las relaciones internacionales centrada en la aparición de una sociedad internacional de nuevos Estados, de nuevos actores, de nuevas relaciones basadas en la multilateralidad y una nueva forma de interpretar la vida internacional¹⁹⁸. En este sentido, Carmen Martín de la Escalera recordaba que “en el mundo moderno son ya muy pocos los problemas que se plantean y resuelven en el ámbito estricto de lo nacional”¹⁹⁹

Así pues, en el marco de esta nueva línea renovadora, Pedro Gómez Aparicio, por ejemplo, planteó un pacto mediterráneo que fuera más allá de la ayuda militar. El concepto de defensa nacional, decía, se debía sustituir por el de defensa colectiva, por lo que era recomendable construir una gran unión basada en la amistad y los vínculos espirituales que ligaban a España con los países árabes. Por otra parte, consideraba que sería recomendable hacerla extensible a los pueblos hispanoamericanos porque las afinidades entre los árabes y los países hispánicos (de cultura, de espíritu, de moral y de raza) eran, como señalaba Gil Benumeya, muy profundas²⁰⁰.

En una línea parecida se expresó también Cordero Torres, pero concretando mucho más la propuesta. La creciente interdependencia entre los países y entre los problemas mundiales, decía, lejos de haber disminuido el valor de las organizaciones regionales, lo había incrementado. Por tanto, la cooperación era clave para encontrar soluciones. Sobre esta base, planteaba la creación de una Unión Mediterránea que debía

¹⁹⁸ Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES, “Reflexiones sobre la historia de las relaciones internacionales y la política exterior española”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, n° 8 (1987), p. 278.

¹⁹⁹ MARTÍN DE LA ESCALERA, “En torno a las negociaciones franco-marroquíes”, *op. cit.*, p. 21.

ser capaz de dejar de lado las diferencias entre los pueblos mediterráneos (muy exageradas por países a los que no los interesaba de ningún modo que eso se diera) y poner de manifiesto los numerosos intereses comunes que a menudo se habían ocultado²⁰¹.

El “espacio mediterráneo” era para Cordero un área susceptible de ser organizada regionalmente por razones muy diversas. La principal era que, a pesar de su belleza, el mundo mediterráneo no tenía grandes riquezas, y eso era un problema grave, especialmente en épocas de sequía, hambres, revueltas o migraciones. Para vivir, los mediterráneos habían de buscar la exportación de productos de calidad con los que poder pagar sus importaciones. Esto, por tanto, era una llamada de urgencia para que la cooperación intermediterránea, especialmente entre los países árabes y España, “atenuase lo que la naturaleza escatimó”²⁰².

Las razones étnico-históricas también eran para el destacado africanista una razón de peso. Cordero recordaba que el Mediterráneo fue un espacio casi compartido por griegos y fenicios, unificado luego bajo el dominio de Roma. Ésos fueron años de esplendor, hasta que, a partir de la Edad Media, cuarteadas las bases de su civilización, ese conjunto quedó escindido en dos grandes bloques que se dedicaron a guerrear entre sí, lo que los sumió en una enorme decadencia. “Nos cuesta hoy cierto trabajo comprender -reflexionaba Cordero- cómo pueblos creyentes en Dios pudieron durante tan largo tiempo dedicar sus esfuerzos a destruirse, con grave daño para el florecimiento de la cultura y del tráfico en el mar común”²⁰³.

Los países extramediterráneos, como Gran Bretaña, fueron los máximos beneficiados de esta división; una división que azuzaron resaltando la heterogeneidad de la población. Para Cordero, no obstante, existía un “hombre mediterráneo” más allá de las diferencias étnico-culturales o históricas:

“Podemos concebir idealmente el homo mediterraneus como vivo, sensible y rápido. Vemos que en el Mediterráneo coexisten dos grandes culturas: la greco-latina y la árabe. La primera comprende a los pueblos de la orilla norte: helenos y latinos. La segunda comprende a pueblos de la orilla oriental y meridional, que absorbieron las antiguas culturas nilota, libia y beréber -entre otras-. En resumen: el mediterráneo es el hombre que crea el alfabeto en Occidente, la polis y las factorías, el Renacimiento y

²⁰⁰ GÓMEZ APARICIO, “España y el mundo árabe”, *op. cit.*, pp. 13-19.

²⁰¹ José María CORDERO TORRES, “El Mediterráneo, nexo de colaboración hispano-árabe”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 31 (1955), p. 20.

²⁰² *Ibid.*, pp. 9-13.

²⁰³ *Ibid.*, p. 15.

mucho del arte mundial. Pensamos que en definitiva, los pueblos mediterráneos tienen diferencias, atizadas y exageradas desde fuera, y a la vez que tienen intereses comunes, ocultos o impugnados. La presencia nórdica en el Mediterráneo, no es ni demográfica ni cultural, sino política y económica”²⁰⁴.

Tras esta introducción en la que se sentaban las bases de la propuesta, Cordero procedía a hablar, por fin, de lo verdaderamente importante: la finalidad de la Unión y sus políticas concretas. El objetivo principal era, sin duda, el mantenimiento de la paz y de la seguridad regionales. La Unión debería prevenir y contener cualquier agresión exterior mediante la asistencia mutua e incluso mediante la creación de una Junta de Enlace de los Estados Mayores de los países miembros. Ahora bien, como ya había señalado Pedro Gómez Aparicio, una alianza de este tipo no podía ni debía quedarse en un mero pacto militar o de seguridad. Es por ello por lo que el grueso de la propuesta de Cordero se fundamentaba, precisamente, en cuestiones de índole social. Así, proponía estudiar, planificar y regular las corrientes migratorias con vista a efectuar las posibles redistribuciones demográficas en el área; extender la seguridad social a toda el área mediterránea (auxiliando a los países que lo necesitasen); estudiar conjuntamente las crisis sociales como el paro, las hambrunas, las sequías, los problemas de vivienda y conceder, en caso de ser necesario, ayudas técnicas y económicas con cargo a cuadros y fondos creados por la Organización. Otras derivaciones de esta cooperación cubrirían el campo de la sanidad. De este modo, el intercambio de informes, productos y técnicas y la lucha en común contra ciertas endemias y epidemias constituirían un elemento fundamental.

También en el ámbito cultural y educativo las propuestas eran copiosas. La organización debería impulsar las relaciones científicas y culturales; coordinar planes de estudio para facilitar la equivalencia de títulos o grados que habilitaran para el ejercicio profesional; impulsar sistemas de intercambio de expertos, profesores, alumnos y aprendices e incluso fomentar la edición de obras o manuales de valor universal centradas en la cultura mediterránea.

Desde un punto de vista jurídico, Cordero proponía el estudio de los diferentes sistemas legales de los países mediterráneos para aproximarlos o, incluso, unificarlos bajo una legislación común. Consideraba, además, que algo imprescindible sería lograr la completa equiparación jurisdiccional de todos los habitantes de la Unión.

²⁰⁴ *Ibid.*, p. 20.

Finalmente, la propuesta hablaba de las relaciones económicas y del establecimiento de una política económica común. Habría que adecuar las producciones, las necesidades y las condiciones naturales mediterráneas; auxiliar la realización de trabajos de regadío, de prospecciones geológicas, de saneamientos, de repoblación y de defensa de la naturaleza; simplificar y reducir las barreras comerciales; favorecer la comunicación mediante la construcción de nuevas infraestructuras (como un túnel bajo el Estrecho de Gibraltar); e incluso crear un Fondo de Fomento Mediterráneo que, a la larga, pudiese homologar las divisas de los países miembros²⁰⁵. En definitiva, un proyecto muy minucioso, bastante ambicioso y muy moderno que, leído con los ojos del siglo XXI, puede resultar bastante familiar.

Ahora bien, al mismo tiempo que Cordero planteaba esta utópica unión, Bartolomé Mostaza y otros autores de *África*, voceros de la definitiva guerra que se avecinaba entre el mundo occidental y el bloque comunista, hablaban de una alianza (“continentalización”) europea basada en la explotación de África y en el estratégico control del continente negro para frenar al comunismo. Si para Cordero o Gómez Aparicio el equilibrio mundial se debía conseguir con un tercer bloque basado en la Arabidad y la Hispanidad, para Mostaza, Arqués o Blanco Tobío la prioridad era una Europa unida que fuera más allá del Plan Schuman y de la unificación de las industrias pesadas; un plan que incluyera a África en la “continentalización”, pero no en pie de igualdad, sino como el “Titán” que debía soportar la presión económica y demográfica de Europa; un plan que evitase que el “continente negro se convirtiese en rojo”, y que el mundo capitalista perdiese las materias primas y mercados que le permitirían plantar cara al desafío soviético²⁰⁶.



A pesar de su heterogeneidad, hemos podido comprobar que la revista *África*, como apuntaba orgulloso Díaz de Villegas en el título de un artículo ya mencionado, fue una publicación que, como su predecesora *Revista de Tropas Coloniales*, se caracterizó, por encima de todo, por estar “siempre al servicio de Franco”²⁰⁷.

²⁰⁵ *Ibid.*, pp. 23-26.

²⁰⁶ M. BLANCO TOBÍO, “El Norte de África bajo el lápiz rojo de los Estados Mayores”, *África*, nº 159 (1955), pp. 17-19; M. BLANCO TOBÍO, “La batalla por África ha comenzado”, *África*, nº 171 (1956), pp. 7-9; MOSTAZA, “Discurso sobre la continentalización de Euráfrica”, *op. cit.*, p. 18-22.

²⁰⁷ DÍAZ DE VILLEGAS, “De la «Revista de Tropas Coloniales» a «África»...”, *op. cit.*, pp. 2-4.

Cuadernos de Estudios Africanos, una publicación poco homogénea, a veces contradictoria, fue, en cambio, según el propio Cordero Torres, bastante fiel a unos principios claros alejados de domesticaciones, interdependencias y maniobras militares²⁰⁸. Tal y como señalaba en los últimos números, por culpa de esa posición muchos lo acusaron de excesivo “quijotismo”, puesto que, en cierto modo, dieron pie a que se produjese una independencia que pocos africanistas querían. Su respuesta al respecto era clara: “los CUADERNOS basaron su actitud [...] en la buena y tradicional postura nacional [...] no inventaron nada [...] y precisamente por eso tenemos más libertad y más autoridad para defender nuestras posturas”²⁰⁹. Era la tradición de Coello, Saavedra y Moragas, Costa, Azcárate, Reparaz y muchos otros la que reivindicaba el director de *Cuadernos* y la que, para él, representaba la verdadera esencia del africanismo español. Sin embargo, es evidente que ni el régimen ni los otros africanistas debieron de estar muy de acuerdo con esta afirmación ya que, sólo un año después, *Cuadernos Africanos y Orientales* dejó de existir²¹⁰.

²⁰⁸ José María CORDERO TORRES, “El pensamiento español sobre Marruecos: problemas nuevos, criterios perennes”, *Cuadernos Africanos y Orientales*, nº 35 (1956), p. 11.

²⁰⁹ *Ibid.*, pp. 10-11.

²¹⁰ Desaparecida esta plataforma africanista, buena parte de sus colaboradores pasaron a escribir en la *Revista de Política Internacional*, también dependiente del IEP.

TERCERA PARTE

LA DIFUSIÓN DEL AFRICANISMO FRANQUISTA

PEDAGOGÍA AFRICANISTA: DE LAS AULAS A LAS ONDAS

“¿Por qué no enseñar a los niños lo que fueron los moros? Más gloriosa que la batalla de las Navas fue la corte de Abderramán”¹.

La historiografía europea dedicada al estudio del imperialismo hace ya décadas que viene analizando el lenguaje del Imperio y su impacto en las capas populares. Robert McDonald, por ejemplo, señala que el imperialismo británico construyó desde bien pronto una “poesía de la Guerra” que, junto a la glorificación de los héroes, la adecuación de la historia nacional al proyecto imperial y la construcción de lugares de memoria físicos (edificios, esculturas, etc.) o figurados (obras de teatro, canciones, novelas) dio lugar a un imperialismo popular que sirvió de apoyo a los proyectos coloniales de las élites rectoras².

En la misma línea, John McKenzie indica que, en la Inglaterra imperial, buena parte de la cultura popular se puso al servicio de las ideas imperialistas. Así, habla del uso del cine, de las exhibiciones, del Music-Hall, de la literatura juvenil, de estructuras comunitarias como los *Scouts* o de la propia BBC para manipular a la opinión pública británica en favor de la expansión colonial³.

Para el caso de Francia, Berny Sèbe señala que desde finales del siglo XIX, numerosas exposiciones coloniales, congresos, círculos geográficos, institutos universitarios, etc. se dedicaron a construir y justificar las políticas imperialistas francesas. En 1912 se creó la *Société d'histoire des colonies françaises*, un organismo

¹ Rodrigo SORIANO, *El Liberal*, (21-6-1923). Recogido en Alhouzine BOUZALMATE, “Marruecos y los intelectuales y publicistas españoles (1921-1923)” en Ángeles RAMÍREZ y Bernabé LÓPEZ GARCÍA (eds.), *Antropología y antropólogos en Marruecos. Homenaje a David M. Hart*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002, p. 84.

² Robert H. MCDONALD, *The Language of Empire. Myths and metaphors of popular imperialism, 1880-1918*, Manchester, Manchester University Press, 1994.

³ John M. MACKENZIE, “Passion or indifference: popular imperialism in Britain, continuities and discontinuities over two centuries”, en John M. MACKENZIE (ed.), *European empires and the people. Popular responses to imperialism in France, Britain, the Netherlands, Belgium, Germany and Italy*, Manchester, Manchester University Press, 2011, pp. 57-89; John M. MACKENZIE, *Imperialism and Popular Culture*, Manchester, Manchester University Press, 1986; John M. MACKENZIE, *Propaganda and Empire. The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, Manchester University Press, 1984.

cuya misión principal era reescribir la historia para adecuar el pasado nacional a las aspiraciones imperialistas del presente⁴.

En ese contexto, todos coinciden en que la escuela desempeñó en todo momento un papel crucial y en que la Geografía y la Historia ganaron peso en unos planes de estudio que debían servir para ensalzar la grandeza imperial⁵.

A partir de la Primera Guerra Mundial, los grandes imperios empezaron a decaer y el mundo colonial comenzó a agitarse. No obstante, Mackenzie y Sèbe señalan que tanto en el caso británico como en el francés, el contexto de crisis aún intensificó más la exaltación de las ideas imperiales y de misión civilizadora de estas potencias⁶.

En el presente capítulo procederemos a analizar el grado de difusión del discurso africanista en la España de Franco para ver si, como sucedió en Inglaterra y en Francia, las imágenes imperiales lograron impregnar la cultura popular y llegar a una parte importante de la sociedad. El primer reto que plantea este análisis es que el imperio africano español comenzó a configurarse cuando el resto de potencias imperialistas empezaban a entrar en una fase de crisis, por lo que las estrategias y prácticas discursivas en ese contexto no podían ser las mismas que las utilizadas en décadas anteriores. En segundo lugar, las posesiones de España en África eran ínfimas en relación con los enormes imperios coloniales de Francia, Inglaterra o, incluso, de su vecina Portugal, por lo que el peso de las colonias en la vida pública española difícilmente podía ser equivalente. Finalmente, debemos recordar que el discurso africanista español planteó una diversidad discursiva que, en ocasiones, supuso la defensa de principios contrapuestos, por lo que la difusión oficial de la retórica africanista necesariamente debía implicar la selección de unas ideas y el silenciamiento o rechazo de otras.

Teniendo en cuenta todas estas especificidades, a lo largo de estas páginas veremos si el régimen franquista impulsó la difusión de algunos de los discursos africanistas estudiados y, si lo hizo, hasta dónde estuvo dispuesto a llegar. En este sentido, analizaremos qué grado de influencia social y cultural lograron esas representaciones tanto en la metrópoli como en las colonias.

⁴ Berny SÈBE, "Exalting imperial grandeur: the French Empire and its metropolitan public", en MACKENZIE (ed.), *European empires and the people...*, op. cit., pp. 19-56.

⁵ J.A. MANGAN, *Racial images and education in the British colonial experience*, Londres, Routledge, 1993; J.A. MANGAN (ed.), *'Benefits Bestowed'? Education and British Imperialism*, Manchester, Manchester University Press, 1988; SÈBE, "Exalting imperial grandeur: the French...", op. cit.

Para ello, empezaremos hablando del ámbito educativo, tan importante en los casos de los imperialismos francés e inglés, para ver si el franquismo introdujo en el relato escolar la retórica africanista que venía impulsando desde la Segunda Guerra Mundial o si, por el contrario, mantuvo esos discursos al margen de uno de los principales espacios de adoctrinamiento y creación de identidades. Como en tantos otros asuntos, podemos adelantar ya que en esta cuestión la “filomagrebí” dictadura franquista no actuó de una manera homogénea.

Si nos centramos en la enseñanza en las aulas españolas, todo apunta a que no hubo una verdadera voluntad de extender determinados discursos del africanismo oficial más allá de sectores políticos y diplomáticos concretos. En general, el franquismo no sólo no pretendió incorporar al “otro” por excelencia en su discurso nacional, sino que ni siquiera tuvo intención de popularizar las visiones “tolerantes” y “respetuosas” que importantes sectores del africanismo español, como muchos de los colaboradores de *Cuadernos de Estudios Africanos*, defendieron durante años. A pesar de eso, otras representaciones africanistas sí estuvieron presentes con mayor o menor frecuencia: las que, representadas por el IDEA y la revista *África*, se centraban en la misión universal de España (ejemplificada en la labor protectora), en la voluntad de Imperio (materializada en las colonias africanas) o en el ensalzamiento de un al-Ándalus español desprovisto de componentes orientales por la fuerza del “sustrato autóctono”.

No obstante, el análisis de la labor formativa y educativa desarrollada por España en el Protectorado de Marruecos, nos permite comprobar que la situación, en ese caso, fue diferente, ya que, como veremos, los planes de estudio, los programas y los manuales sí recogían con claridad las aportaciones de los distintos africanismos, incluyendo las ideas de hermandad y vínculos étnico-culturales entre España y el norte de África.

Teniendo todo esto presente, a lo largo de las próximas páginas veremos qué imágenes del mundo árabe, del pasado andalusí o de la experiencia colonial se transmitieron en los centros educativos españoles, tanto de la Península como del Protectorado, y de qué manera se integraron, si lo hicieron, en el discurso nacional. A continuación, analizaremos la difusión de las ideas africanistas en otros espacios públicos (exposiciones, certámenes, festividades conmemorativas, medios de comunicación de masas) para ver, por un lado, si se pudo constituir un “imperialismo

⁶ John M. MACKENZIE, “Introduction”, en MACKENZIE (ed.), *European empires and the people...*, *op. cit.*, p. 13.

popular” al estilo de otros países y, por otro, si, como señalaba Soriano en la cita de 1923 con la que abríamos el capítulo, éste se basó en una reformulación de la visión del “otro”.

5.1. LA NARRATIVA AFRICANISTA EN LA ENSEÑANZA ESPAÑOLA

La escuela se erigió a lo largo del siglo XIX como un lugar clave para construir mitos, símbolos e identidades colectivas. Muchos autores coinciden en señalar que 1898 fue un momento crucial, puesto que el debate regeneracionista sobre la esencia de España penetró en las aulas como no lo había hecho hasta entonces⁷.

Frente a la pregunta “cuál es la causa de la decadencia de España”, algunos regeneracionistas hablaban de raza y de determinismos geográficos. Para otros, la culpa era de la historia de España, que había adormecido las virtudes de los españoles. Había quien ponía el énfasis en el caciquismo, el exceso de burocracia, los políticos inútiles o el fanatismo religioso. También quien destacaba la crisis de la familia y la pérdida de la fe católica. No había acuerdo, pues, a la hora de definir las causas ni tampoco a la hora de encontrar soluciones. Sin embargo, en lo que sí coincidía este heterogéneo grupo de regeneracionistas era en la necesidad de una reforma pedagógica que condujese a una “España nueva”, una reforma que, en todos los casos, contemplaba un lugar destacado para la Historia⁸.

Con este marco general como referencia y con la intención de detectar la presencia de los discursos africanistas y arabistas en el ámbito escolar, empezaremos con el estudio de un manual de historia de España redactado por el catedrático José Sanz Bremón, profesor del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de Castellón entre 1880 y 1906.

⁷ María del Mar DEL POZO ANDRÉS, *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, p. 17; Carolyn P. BOYD, “«Madre España»: libros de texto patrióticos y socialización política, 1900-1950”, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 1 (1999), p. 51. Sobre escuela y nación en ese contexto, queremos destacar el artículo sobre educación primaria aparecido en la obra de reciente aparición Ramón LÓPEZ FACAL y Miguel CABO VILLAVARDE, “Enseñanza Primaria y nacionalización de la población española (1850-1931)”, en Ramón LÓPEZ FACAL y Miguel CABO VILLAVARDE (eds.), *De la idea a la identidad: estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Granada, Editorial Comares, 2012, pp. 111-127.

⁸ DEL POZO ANDRÉS, *Currículum e identidad nacional, op. cit.*, pp. 35-36.

Este texto era una de esas historias generales que tanto abundaron durante el siglo XIX y que tanto influyeron en la construcción de determinadas imágenes de España en profesores y alumnos durante decenas de años. Estos manuales, y el de Sanz Bremón no era una excepción, pretendían demostrar la necesidad de tratar el proceso histórico nacional como una totalidad coherente, desde los orígenes hasta el presente. Ese proceso “natural” tenía que ser evidenciado a través de la enseñanza de la historia, una historia que, con la cronología como eje vertebrador, había que remontar a los albores de los tiempos⁹. Es desde esta perspectiva que tenemos que ver el hecho de que el manual de Sanz Bremón presente la Edad Antigua como una etapa de aportaciones que van configurando las esencias españolas (íberos, celtas, fenicios, griegos, romanos, etc.). Así, cuando llega a la Edad Media, el catedrático Bremón dice:

“Al comenzar el estudio de la Edad Media en nuestra patria, con la entrada de nuevos pueblos, para terminarlo al advenimiento de los Reyes Católicos, hay que decir primeramente lo importante que es tal conocimiento. Hemos visto las vicisitudes de nuestros antepasados durante los largos siglos de los tiempos primitivos, y dominaciones extranjeras que sobre ellos pesaron [...] Estas muchedumbres, pues, degradadas y abyectas por la esclavitud, durante el transcurso de los siglos de esta edad, y en medio de nuevas convulsiones, veremos cómo van emancipándose lenta pero progresivamente, hasta tener conciencia de su poder, y constituir con rasgos propios y característicos el verdadero pueblo español”¹⁰.

Un pueblo español que rápidamente era asociado con los cristianos y que inició una gesta gloriosa que lo llevó a su máxima plenitud: la “Reconquista”.

“Los Pirineos fueron el baluarte que defendió la libertad é independencia española, y en varias partes de aquellos riscos comenzó la guerra contra los invasores [...] En los albores de la Reconquista, todo el que empuñó la espada para defender su libertad é independencia, su familia, hogar y creencias religiosas, quedó emancipado [...] y derramó su sangre por la causa nacional”¹¹.

Los arabo-musulmanes, en cambio, no eran depositarios de calificativos demasiado amables, como demuestran las referencias del catedrático al “falso profeta”

⁹ Pilar MAESTRO GONZÁLEZ, “La idea de España en la historiografía escolar del siglo XIX” en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 179-181.

¹⁰ José SANZ BREMÓN, *Resumen de las explicaciones de un curso de Historia de España*. Valencia, Imprenta de M. Alufre, 1882, p. 47.

¹¹ *Ibid.*, pp. 73-79.

Mahoma y a la “avasalladora” expansión del Islam¹². Ahora bien, Sanz no llegaba a los extremos de algunos colegas que, como Félix Sánchez Casado, hablaban en sus textos, por ejemplo, de “la moral lasciva y cruel del voluptuoso apóstol de Arabia”¹³. De hecho, el profesor de Castellón no negaba el esplendor de al-Ándalus y de la cultura hispanoárabe en tiempos del califato; pero tampoco consideraba el pluralismo religioso como fuente de orgullo patrio, como sí hicieron algunos autores progresistas de la época¹⁴.

La España islámica era ajena, por tanto, a la tradición nacional. Podía ser provechosa su aportación al patrimonio de la cultura española (como decían muchos de los arabistas decimonónicos), pero hasta la “Reconquista” no se restablecía el nexo con la nacionalidad perdida (la sociedad hispano-goda y católica). Estas posiciones las defendían los nacional-católicos, pero también la tradición liberal de Modesto Lafuente, que veía en la España medieval de la “Reconquista” una defensa de la independencia de la patria y el inicio de unas monarquías no absolutas basadas en instituciones con representación “popular”¹⁵.

La Edad Media era, pues, la época clave, el momento en el que se configuraba el pueblo español y sus características más genuinas: “nos lega pues la Edad Media, el pueblo español ya formado”¹⁶. No es casualidad, así, que este período histórico ocupase 152 de las 305 páginas que contenía el libro (frente a las tres hojas dedicadas a la época contemporánea).

Se nos podría decir que los planteamientos de este manual se explican sólo por la ideología particular de Sanz Bremón y que, por tanto, son algo anecdótico (un caso particular) dentro de la enseñanza de la historia. En este sentido, Carolyn Boyd señala que, aunque la Ley Moyano de 1857 estipulaba la regulación ministerial del contenido de los libros de texto y de las asignaturas, durante el último cuarto de siglo se permitió que estas disposiciones se pasaran por alto por la falta de consenso sobre su aplicación. Para ella, esa situación dotó a los docentes de una enorme libertad a la hora de configurar sus asignaturas, lo cual, en su opinión, contribuyó al fracaso a la hora de

¹² *Ibid.*, pp. 86-87.

¹³ Félix SÁNCHEZ CASADO, *Prontuario de Historia de España*, Madrid, Lib. De G. Hernando, 1876.

¹⁴ Carolyn P. BOYD, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000, p. 85.

¹⁵ Mariano ESTEBAN DE VEGA, “Castilla y España en la *Historia general* de Modesto Lafuente” en MORALES MOYA y ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España?...*, *op. cit.*, pp. 104-105.

¹⁶ SANZ BREMÓN, *Resumen de las explicaciones...*, *op. cit.*, p. 200.

crear una ciudadanía económicamente productiva e integrada políticamente¹⁷. Pese a estas afirmaciones, si miramos el contenido del manual de Sanz Bremón y lo comparamos con otros manuales de otras partes de España de la misma época, nos damos cuenta de que, a pesar de la inexistencia de un temario único regulado desde Madrid, las ideas fundamentales sobre la “invasión” de 711, al-Ándalus y la “Reconquista” fueron prácticamente las mismas¹⁸.

Por tanto, con la lectura de estos manuales queda más o menos clara cuál fue la visión general de los libros de texto de finales del siglo XIX y principios del siglo XX por lo que respecta a la contribución del pasado andalusí a las esencias patrias. Obviamente, había diferencias: no era lo mismo leer un manual de un liberal progresista que de un tradicionalista o de un conservador; pero había determinados aspectos que parecían más o menos claros e indiscutibles, como la importancia de la “Reconquista” en la construcción de la nación¹⁹.

Mediante el estudio de los manuales, así, podemos observar que en la escuela de la Restauración predominó, en general, una visión de la historia de España alejada de los planteamientos arabistas y africanistas más filoárabes; una visión que, en muchos casos, bebió claramente de la tradición nacional-católica de Menéndez y Pelayo, prácticamente hegemónica en muchos centros privados de titularidad religiosa, pero también de la de Modesto Lafuente, igualmente contraria a presentar al-Ándalus como un momento clave

¹⁷ BOYD, *Historia Patria...*, *op. cit.*, pp. 25, 26.

¹⁸ Véanse, por ejemplo, Felipe PICATOSTE, *Compendio de Historia de España*, Madrid, Librería de Hernando, 1884; José PULIDO ESPINOSA, *Historia de España: compendiada desde sus orígenes hasta nuestros días en 100 lecciones*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de N. Ramírez y C^a, 1885; Juan de la Gloria ARTERO, *Atlas Histórico-Geográfico de España*, Granada, Imprenta de Paulino Ventura Sabatel, 1879.

¹⁹ MAESTRO GONZÁLEZ, “La idea de España en la historiografía...”, *op. cit.*, p. 188. No obstante, conviene mencionar algunos casos particulares, como el del catedrático de Historia Rafael Ballester i Castell. Como señala Rafael Valls, este profesor, en su *Curso de Historia de España* (1917), no dudó en definir a la sociedad musulmana andalusí como española, sin añadir ningún otro adjetivo. Ballester le otorgaba una gran importancia a la Reconquista, pero matizaba el significado de este concepto cuando decía que “no fue la Reconquista una guerra continua, sin tregua ni cuartel, entre cristianos y musulmes, sino un antagonismo o pugna permanente de aspiraciones políticas e intereses patrimoniales. Las diferencias religiosas y de raza no fueron obstáculo a la cordialidad de las relaciones entre moros y cristianos, pues fuera de los campos de batalla se visitaban unos a otros, mantenían relaciones mercantiles, uníanse en matrimonio [...] y se ayudaban recíprocamente en sus guerras civiles, figurando tropas musulmanas en los ejércitos cristianos y viceversa”. Igualmente significativa era la valoración que Ballester hacía de la expulsión de los moriscos a principios del siglo XVII. En una línea parecida a lo que ya habían dicho personajes de la talla intelectual de Joaquín Costa, Ballester los definía como “los infelices hijos de España, criados a nuestro sol y alimentados en nuestros campos”. Obviamente, hubo más de un Ballester; sin embargo, Valls reconoce que estos planteamientos no fueron frecuentes en los manuales de comienzos del siglo XX. Rafael VALLS MONTÉS, “Rafael Ballester y la renovación historiográfica y didáctica españolas de inicios del siglo XX”, en prensa; Rafael VALLS MONTÉS, “La imagen del islam en los actuales manuales escolares españoles de historia”, en Luigi

de la historia nacional. Junto a esto hay que tener presente que si además de hacer un análisis de “textos visibles” intentásemos reconstruir lo que Raimundo Cuesta denomina “textos invisibles” o contextos escolares de la práctica de la enseñanza de la historia (fotografías, espacios escolares, reglamentos, opción epistemológico-historiográfica de los profesores, testimonios, etc.) probablemente encontraríamos muchos más tópicos o lugares comunes relacionados con el “otro” arabo-musulmán de los que aparecen en los manuales o en otros textos escolares²⁰.

En 1926, bajo la dictadura de Primo de Rivera, el ministro Eduardo Callejo impulsó un cambio del plan de estudios de bachillerato. La reforma implicaba una modificación de la denominación y los contenidos de algunas asignaturas, así como la introducción de nuevas materias. Lo más relevante, no obstante, es que intentó establecer un manual único para cada asignatura de la enseñanza secundaria (medida que fue derogada en 1931 por el primer gobierno republicano). Se supone, pues, que el control sobre los contenidos de los libros de texto pasó a ser muy superior al que había habido hasta la fecha²¹.

Uno de estos manuales únicos fue el de *Historia de la Civilización Española en sus relaciones con la Universal*, redactado por el doctor Juan F. Yela Utrilla para el correspondiente curso del Bachillerato Universitario. Éste era un manual muy aséptico por lo que respecta al tratamiento de al-Ándalus. No se hablaba de guerras ni de enfrentamientos, sino de instituciones, de intelectuales hispano-musulmanes y de aportaciones del arte islámico. Por tanto, nos encontramos ante una visión más “tolerante” que las que hemos visto, dado que, entre otras cosas, admitía las influencias musulmanas en una línea parecida a lo planteado por muchos arabistas del momento. A pesar de esto, nunca se llegaba a afirmar que hubiese vínculos fraternales o raciales entre musulmanes y cristianos (como sí hacían algunos importantes africanistas). De hecho, las guerras africanas de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del siglo XX y la consecuente expansión por Marruecos eran explicadas a través de cuestiones

CAJANI (dir.), *Conociendo al otro. El islam y Europa en sus manuales de historia*, Madrid, Fundación ATMAN-Santillana, 2008, pp. 73-122.

²⁰ Rafael VALLS MONTÉS, “La historiografía escolar española en la época contemporánea: de los manuales de historia a la historia de la disciplina escolar”, en Carlos FORCADELL e Ignacio PEIRÓ (coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2002, p. 205.

²¹ VALLS MONTÉS, “Rafael Ballester y la renovación historiográfica...”, *op. cit.*

como el prestigio internacional, la defensa nacional o las necesidades estratégicas; pero nunca a través de la hermandad o de lazos raciales o espirituales con el vecino del sur²².

Durante la Segunda República se impulsó la creación de nuevos manuales escolares así como la traducción de obras extranjeras de reconocida categoría didáctica y científica. El control ministerial sobre los manuales continuó (al menos hasta 1935), pero se amplió la libertad de elección entre aquellos libros de texto que eran seleccionados oficialmente²³.

El programa de reforma historiográfica y pedagógica de Rafael Altamira supuso una fuente de inspiración para los políticos republicanos que iniciaron la reforma educativa durante los primeros años del nuevo sistema político. La Institución Libre de Enseñanza dejó sentir su presencia con mayor intensidad que anteriormente y muchos manuales de historia de esa época comenzaron a plantear el pasado nacional de una manera distinta a como se había hecho tradicionalmente. Ahora bien, por lo que respecta a la integración del pasado andalusí o al tratamiento de las relaciones con el Magreb, parece que no hubo grandes cambios.

Según Boyd, Pedro Aguado Bleye, catedrático de Bilbao y uno de los autores de manuales de más éxito de la época, fue un buen representante de los planteamientos de Altamira y otros historiadores progresistas de principios del siglo XX²⁴. Altamira, en su *Manual de Historia de España*, de 1934, mostraba en relación con los arabo-musulmanes el respeto característico del africanismo de raíz costista que también había presentado, como hemos señalado, Rafael Ballester. La política africana de España, decía, tenía un “sentido tutelar, y por tanto, de penetración pacífica [...] como había preconizado el gran tribuno y jurista Joaquín Costa”²⁵. La Guerra de África de 1859-60 fue para él un “episodio avivador artificial y romántico del sentimiento característico de algunos momentos en la Reconquista peninsular”; por eso, al margen de este episodio, no hubo “apetitos de expansión marroquí” ni en la opinión pública ni en la política de los gobiernos de la segunda mitad del siglo XIX. Si España, finalmente, accedió a entrar en el repartimiento de Marruecos fue por seguridad nacional (ya que la expansión franco-británica podía hacer peligrar sus posesiones en el norte de África) y para ayudar

²² Juan F. YELA UTRILLA, *Historia de la Civilización Española en sus relaciones con la Universal*, Edición Oficial (manual único), 1928.

²³ BOYD, *Historia Patria...*, op. cit., pp. 181, 194.

²⁴ *Ibid.*, pp. 142-143.

²⁵ Rafael ALTAMIRA, *Manual de Historia de España*, Madrid, Ed. Aguilar, 1934, p. 524.

al *Majzén* a restablecer su autoridad sobre las tribus rebeldes. Sin embargo, en opinión de Altamira, la guerra nunca fue una opción querida por los españoles²⁶.

Frente a estos planteamientos, y pese a lo señalado por Carolyn Boyd, el manual de Aguado Bleye parecía beber mucho más de los tópicos maurofóbicos tradicionales, aunque con los matices que señalaremos a continuación. En su célebre *Compendio de Historia de España*, el catedrático de Bilbao presentaba la Reconquista como un episodio fundamental para la unidad territorial y nacional. La toma de Granada por parte de los Reyes Católicos era un hecho de enorme importancia en la configuración de la nación española. No obstante, Aguado Bleye no tenía inconveniente en denunciar abiertamente el incumplimiento de las capitulaciones de Granada cuando el cardenal Cisneros usó la coacción y la violencia para convertir al cristianismo a una población a la que se había prometido respetar. En este sentido resulta interesante la denuncia que hacía de la quema de ejemplares del Corán en la plaza de Bibarrambla, en Granada²⁷.

Las revueltas moriscas, concretamente la rebelión de las Alpujarras, servía a Aguado Bleye para resaltar el salvajismo de un pueblo que, con su comportamiento, nada tenía de civilizado. De este modo, señalaba que “las crueldades de los moriscos con los sorprendidos cristianos fueron terribles, y las muertes de mujeres y niños numerosas”. Frente a la brutalidad de éstos, se alzaba la tolerancia de un Felipe II que contrastaba, para el autor del manual, con unos individuos con los que era imposible entenderse:

“La tolerancia de Felipe II, excepcional tratándose de tan irreconciliables enemigos del cristianismo, y de la que protestaban los predicadores, se fundaba en el deseo del rey de evitar perjuicios a la riqueza nacional y los probables ataques de los turcos, ingleses y demás enemigos de su política, que hubieran sobrevenido si hubiera dispuesto la expulsión de los moriscos²⁸”.

En relación con la expulsión de los moriscos de 1609, Aguado Bleye se alejó también de las posturas de Costa, Ballester o Altamira, que presentaron ese acontecimiento como el resultado del fanatismo y como un acto cruel contra unos “españoles” que fueron forzados a abandonar su tierra. Para él, fue un castigo justo, ya que éstos se negaban a convertirse y colaboraban con la piratería berberisca. De este

²⁶ *Ibid.*, pp. 525-526.

²⁷ Pedro AGUADO BLEYE, *Compendio de Historia de España*, 2ª edición, Madrid, 1931 (1ª edición de 1929), p. 15.

²⁸ *Ibid.*, pp. 154-155.

incidente histórico sólo lamentaba el despoblamiento y la posible crisis para la agricultura que eso habría ocasionado²⁹.

Este autor, además, hacía constantes referencias a la violencia de la piratería norteafricana y a los ataques de los rifeños a las plazas españolas del Magreb. Eso, junto a los frecuentes litigios entre Marruecos y España, justificaba la Guerra de África de 1860, presentada como una heroicidad y como una obligación nacional. Aguado Bleye, en ese contexto, recurría además al viejo tópico del moro traidor que ataca por la espalda (tan explotado con la figura de los *pacos* o francotiradores durante la década anterior), en contraste con unos militares españoles honorables y valerosos:

“El enemigo, emboscado, puso a las avanzadas en una situación difícil, que el arrojo de Prim, el valor de los soldados y la oportuna llegada de Zavala, con nuevas fuerzas, convirtieron en brillante victoria³⁰”.

De todo esto podemos concluir que había notables diferencias entre los planteamientos de este historiador y los de Rafael Altamira. Aguado Bleye podía ser un representante de los sectores progresistas, pero sus opiniones por lo que respecta a los arabo-musulmanes o al pasado andalusí no rompían del todo con los planteamientos más tradicionales. No obstante, conviene recordar que también hubo autores que, con Menéndez y Pelayo como máxima referencia, fueron más lejos que él. Muchos de ellos escribían manuales en editoriales católicas y experimentaron un cierto impulso cuando, en 1933, llegó al poder la coalición de centro-derecha y la nueva política educativa³¹. Algunos ejemplos son los libros de las editoriales Bruño o Edelvives, donde se dejaba claro que lo poco válido de la etapa andalusí (sobre todo cuestiones artísticas y culturales) se debió al “sustrato español” previo a la llegada del Islam³².

Durante los años de la República, además, los relatos de historia nacionalista se vieron reforzados por una nueva Geografía que, influenciada por la Geopolítica del momento, empezaba a llegar a las aulas españolas. La antigua geografía regional y descriptiva ya había contribuido a naturalizar el territorio nacional y, por tanto, a esencializar una identidad que se transmitía desde ángulos muy diversos. Esta nueva Geografía, concebida como una ciencia política que permitía dar respuesta a los

²⁹ *Ibid.*, pp. 165-166.

³⁰ *Ibid.*, p. 545.

³¹ BOYD, *Historia Patria...*, *op. cit.*, p. 201.

problemas del presente, iba más allá desde el momento en que hablaba de influencia del medio sobre las colectividades humanas, de “unidades geopolíticas básicas” o del Estado como “organismo viviente” que debía crecer, extenderse dentro de su “espacio vital” o morir. En esta línea, precisamente, iban las reflexiones del manual de Luis del Arco Muñoz, que afirmaba que España, por su situación “entre el antiguo y el nuevo Mundo” y “tocando por su extremo sur al África, que es el continente del porvenir”, tenía un destino que cumplir y estaba llamada a influir poderosamente en el establecimiento del nuevo orden mundial³³. El estudio geográfico de la “Península Hispánica”, además, permitía, por ubicación y tradición, caracterizar a los españoles como un pueblo “abnegado”, “valeroso”, “sobrio”, “trabajador”, “patriota” y “amante de la independencia”; pero en ningún momento “hermano de los árabes”.

5.1.1. El africanismo en las aulas franquistas

Tras la Guerra Civil, uno de los objetivos básicos del “Nuevo Estado” fue “imponer el consenso nacional” al conjunto de la sociedad. La escuela se utilizó, una vez más, como el campo de pruebas ideal para llevar a cabo el plan de adoctrinamiento masivo que se había previsto. Había que difundir la nueva ideología a todo el mundo y la educación iba a ser un instrumento fundamental.

Con esta intención, la dictadura franquista llevó a cabo toda una serie de medidas de control que, como la Ley de Responsabilidades Políticas (febrero de 1939) o muchas otras normativas depuradoras anteriores y posteriores, le permitieron deshacerse de los docentes “envenenados”. Junto a esto, se creó un sistema de inspección que tenía que supervisar la labor educativa para asegurar que en las aulas se impulsase una enseñanza dogmática, patriótica, tradicional, respetuosa con la ortodoxia católica y en sintonía con los fundamentos del Nuevo Estado. Los centros educativos, como señalaba la ley de bachillerato de 1938, tenían la obligación de “exaltar la pureza moral de la nacionalidad española y la categoría superior, universalista, de nuestro espíritu imperial”³⁴.

³² EDELVIVES, *Historia de España, Primer Grado*, 10ª edición, San Sebastián, Editorial F.T.D., s.f., p. 24; EDICIONES BRUÑO, *Historia de España. Segundo Grado*, 7ª edición, Zaragoza, La Instrucción Popular, s.f. (1ª edición de 1934), p. 59.

³³ Luis del ARCO, *Nociones de Geografía para los estudios del Bachillerato*, Barcelona, Ediciones Ilustradas Valero-Arco, 1935, p.139.

³⁴ Párrafo procedente de la ley de 20 de septiembre de 1938, reguladora de los estudios de Bachillerato, recogido en Rafael VALLS MONTÉS, *La interpretación de la Historia de España, y sus orígenes ideológicos, en el bachillerato franquista (1938-1953)*, Valencia, Instituto de Ciencias de la Educación-Universidad de Valencia, 1984, p. 108. Sobre estas cuestiones, véanse también Alejandro

En un contexto como ése, por tanto, parece evidente que la dictadura franquista tuvo un amplio margen para extender los postulados africanistas y arabistas si así lo hubiese deseado. No obstante, como veremos a continuación, el régimen no se caracterizó precisamente por difundir buena parte de las ideas que, en cambio, sí utilizaba en el ámbito diplomático e internacional. El africanismo, si estuvo presente, fue en su faceta más militarista e imperial, y no tanto en su vertiente filoárabe y/o reivindicadora de unas esencias “orientales” de España.

Si intentamos rastrear la presencia de los discursos africanistas en la escuela franquista, las clases de Historia resultan, igual que para el período anterior, fundamentales. Durante esos años, la mayoría de profesores de historia recurrieron habitualmente a procedimientos “didácticos” como los libros de lectura (muchas veces estructurados como libros de viajes por las regiones de España), las lecturas patrióticas, las lecciones conmemorativas (que buscaban la exaltación de momentos y personajes estelares de la historia de España), o la confección de láminas murales referentes, generalmente, a grandes episodios del imperio español³⁵.

En relación, precisamente, con esta última cuestión, debemos indicar que la Dirección General de Marruecos y Colonias y el Instituto de Estudios Africanos se encargaron en 1952 de la elaboración de toda una serie de láminas escolares pensadas para las escuelas de Primera Enseñanza y destinadas “a difundir el conocimiento de nuestras tierras africanas de influencia española”³⁶.

Esas láminas, mayoritariamente mapas (**FIG. I**), pretendían destacar, de una manera “clara y sintética” no sólo el relieve y la hidrología de esos territorios, sino también las principales explotaciones agrícolas, el establecimiento de nuevas industrias y, en definitiva, la “gran labor” de civilización que la metrópoli estaba llevando a cabo en sus territorios dependientes³⁷.

MAYORDOMO y Juan M. FERNÁNDEZ SORIA, *Vencer y convencer. Educación y política, España 1936-1945*, Valencia, Universitat de València, 1993, p. 147; José Joaquín MARTÍ FERRÁNDIZ, “Ortodoxia y control en el sistema educativo: la Inspección de enseñanza”, en Alejandro MAYORDOMO (coord.), *Estudios sobre la política educativa durante el franquismo*, Valencia, Universitat de València, 1999, pp. 105-106, 125-130.

³⁵ Ramón LÓPEZ MARTÍN y Alejandro MAYORDOMO, “Las orientaciones pedagógicas del sistema escolar”, en MAYORDOMO (coord.), *Estudios sobre la política educativa...*, *op. cit.*, p. 79.

³⁶ Antonio de la TORRE, “Conocimiento de los territorios de España en África para las Escuelas de Primera Enseñanza”, *África*, n° 127 (1952), pp. 9-12.

³⁷ Con intenciones similares, muchos centros educativos organizaron viajes de final de curso al Protectorado español en Marruecos de los que la revista *África* daba contada cuenta. En este sentido, podemos destacar la noticia “Viaje por el Magreb con el instituto”, en la que Marruecos era vinculado con la labor civilizatoria de España, con la “efeméride de una gesta” y con el glorioso Ejército español. “Viaje por el Magreb con el instituto”, *África*, n° 31-32 (1944), p. 116,

FIGURA I. Ejemplo de mapa escolar diseñado para las escuelas de Primera Enseñanza



FUENTE: Antonio de la TORRE, “Conocimiento de los territorios de España en África para las Escuelas de Primera Enseñanza”, *África*, nº 127 (1952), p. 9

No obstante, para estudiar el tratamiento de las cuestiones arabo-africanas y andalusíes durante el primer franquismo, recurriremos a las lecturas o lecciones de los principales manuales de los años cuarenta y cincuenta. Gracias a este análisis, veremos cómo España pasó a ser la protagonista de la historia de Europa y del mundo entero gracias, en parte, a un concepto de Hispanidad que implicaba universalidad y hermandad espiritual con los pueblos de la otra orilla del Atlántico, pero no con el mundo arabo-islámico.

África, lo comentaremos enseguida, aparecía poco en los manuales escolares franquistas, y cuando lo hacía, solía ser para justificar que España era *Una, Libre y, especialmente, Grande*, puesto que, pese a haber perdido el gran imperio de época moderna, mantenía su presencia colonial e imperial en el continente africano, el ámbito “de su natural expansión”³⁸.

Si durante la etapa anterior los republicanos y los intelectuales próximos a la Institución Libre de Enseñanza habían hecho una tarea de europeización sin

³⁸ José María HERNÁNDEZ DÍAZ, “«A Dios gracias, África empieza en los Pirineos». La negación de Europa en los manuales escolares de la España de posguerra (1939-1945)”, *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, nº 20 (2001), pp. 378-381.

precedentes, el nuevo régimen, marginado por las potencias occidentales, articuló un discurso antieuropeo (y antidemocrático), imperial y católico claramente perfilado en los libros de texto del período³⁹. Ahora bien, aunque este antieuropeísmo, como hemos visto, convergió con la retórica africanista en determinados ámbitos de la política y la diplomacia franquistas, no sucedió lo mismo en la escuela, donde del rechazo a lo europeo rara vez se derivó un discurso “africanizador” u “orientalizador” de España, como veremos a continuación.

Mi Patria, de Gabino Enciso, fue un libro de texto redactado durante la dictadura de Primo de Rivera, aunque no vio la luz hasta los años cuarenta, momento en que se hizo bastante popular. Más que un manual al uso era uno de esos libros de lectura a los que hemos aludido; un texto que hacía un recorrido por todas las regiones de España y que, al final, incluía un apartado africano. Pese a tener una parte específica dedicada al África española, los musulmanes seguían apareciendo como algo completamente ajeno a lo español; no obstante, se podía rastrear el discurso del africanismo, especialmente del IDEA, en el recurso a los vínculos históricos de España y el Norte de África (unos vínculos que servían para legitimar la colonización pero no para hablar de hermandad) o en la misión africana que, ya desde Isabel la Católica, caracterizó a la raza española:

“España ha estado unida en su historia al N. de África desde la dominación romana [...] Un conde traidor á Roma solicitó la invasión de África por los vándalos establecidos en la Bética, y otro conde traidor á los visigodos ayudó la entrada en España de los árabes africanos.

Cuando terminó la Reconquista de nuestra patria pasaron vencidos al suelo africano los descendientes de aquellos que á principios del siglo VIII habían salido de él para sojuzgar el territorio español. Y á poco empezaron los españoles, ya dueños de su país, á realizar incursiones en los estados septentrionales de África⁴⁰.”

Hecha esta introducción, el autor pasaba a describir la geografía de los territorios africanos y distinguía tres grandes grupos: Marruecos, la costa occidental del continente africano y las islas del golfo de Guinea. No había, pues, ninguna referencia a la hermandad hispanoárabe o hispano-marroquí ni nada que se le asemejara.

En una línea parecida se presentaba *El Libro de España*, otro “libro de viajes” para lectura escolar publicado en Zaragoza en 1946. Sin duda, aquello más remarcable de esta obra eran las referencias a la época medieval y moderna. Así, por ejemplo, el

³⁹ *Ibid.*, p. 371.

⁴⁰ Gabino ENCISO, *Mi patria*, Burgos, [s.n.], 1928, pp. 433-434.

“maestro” que acompañaba a los alumnos en este recorrido por las tierras de España reflexionaba acerca de la rebelión morisca de las Alpujarras en los siguientes términos:

“- Qué nombres te recuerdan las Alpujarras?

- Don Juan de Austria, que venció en ellas a los moriscos rebelados contra Felipe II [...] Pero el otro héroe que se hizo famoso en estas serranías no era menos valiente que don Juan de Austria, vosotros tal vez no lo hayáis oído nombrar nunca. Se llamaba Omar-Ben-Hafsún.

- Parece un nombre árabe.

- Fue árabe, pero español. ¿Queréis que os cuente su historia?

- ¡Oh! Sí, exclamaron los dos muchachos, nos gustará mucho.

- Pues, escuchad: Era hijo de un hidalgo campesino que vivía cerca de Ronda en el siglo VIII [...] Como buen español odiaba a los árabes y un día mató a uno de ellos, y huyó, para escapar de la justicia, al África, donde se hizo sastre. Un día entró en su sastrería un viejo español, y habiéndose conocido por un colmillo roto, le dijo: «¿piensas, desgraciado, que manejando la aguja vas a escapar de la miseria? Vuelve a tu patria y toma la espada. Tú llegarás a ser un terrible enemigo de los Omeyas y reinarás sobre un gran pueblo» [...] Al poner el pie en España lanzó el grito de rebelión contra los sultanes de Córdoba y se puso al frente del partido español [...] Fue el Viriato andaluz, un Pelayo que no tuvo quien recogiese su herencia”⁴¹.

La idea de amistad o fraternidad hispanoárabe seguía sin aparecer y los textos se dedicaban a exaltar a aquellos personajes del pasado que, con heroísmo y valentía, echaron a los musulmanes de España. Covadonga, por tanto, se convertía en un momento mítico dentro del relato histórico nacional:

“- Bien empleados están, ¿no es cierto? Allí es donde se refugió el alma de España después que los árabes destruyeron en la Janda el reino de los godos. Por eso me gusta tanto esta tierra de Asturias, porque se puede decir que es la única de España donde no entraron los infieles”⁴².

No sólo no había elementos que manifestasen relaciones o vínculos entre las dos orillas del Estrecho, sino que las pocas referencias a los árabes estaban plagadas de descalificaciones y violencia justificada. Hasta tal punto se rechazaban los lazos con lo “oriental” que ante la pregunta sobre la autoría árabe de las grandes construcciones andalusíes, el “maestro” protagonista del libro respondía:

“- No, es obra de los españoles, porque aquellos musulmanes eran españoles casi todos, y, empezando por los mismos califas, no tenían apenas

⁴¹ *El libro de España*, Zaragoza, Editorial Luis Vives, 1946, pp. 166-168.

⁴² *Ibid.*, pp. 247-248.

unas gotas de sangre oriental. Toda aquella civilización maravillosa es española; españoles sus libros, sus sabios, sus guerreros, sus artistas y sus poetas”⁴³.

En el mejor de los casos, por tanto, los autores de estos manuales recogían la tradición arabista, presente en la revista *África*, según la cual todo lo bueno de la etapa andalusí se debía al sustrato preislámico, por lo que se negaba la “orientalización” de la raza española. Se podía aceptar la hispanización del pasado árabe (como, de hecho, hacían muchos); pero este pasado sólo era positivo por lo que tenía de español. Los componentes orientales que permitían a destacados africanistas franquistas reivindicar unos lazos presentes con el norte de África eran, por tanto, inexistentes.

Si pasamos a los manuales escolares propiamente dichos, nos damos cuenta de que la pauta era parecida a lo que hemos señalado hasta el momento. Uno de los textos más utilizados durante los años cuarenta, el manual de *Geografía e historia para el quinto curso de bachillerato* de José Ramón Castro, dedicaba el capítulo VII a la “Zona del protectorado español en Marruecos. Ifni. Sahara Español y posesiones del Golfo de Guinea”. Sus planteamientos eran muy parecidos a lo que hemos comentado para el libro de Enciso, como podemos leer a continuación:

“De aquel inmenso imperio español que se extendía por todo el mundo sólo nos quedan algunos territorios de África. Las ciudades de Melilla y Ceuta que, incorporadas al Estado español, pertenecen administrativamente a las provincias de Málaga y Cádiz, respectivamente; algunos peñones o islotes: peñón de la Gomera y los tres islotes de Alhucemas, cuyo valor militar no existe por haber ocupado las costas de enfrente el Ejército Español mandado por Primo de Rivera (1925); el pequeño archipiélago de Chafarinas, sin otra importancia que su situación. En el NO. Africano posee España el territorio de Ifni o Santa Cruz de Mar Pequeña, Río de Oro o Sahara español, y en el golfo de Guinea, el territorio de Muni (Guinea continental) y las islas de Fernando Póo, Elobey Grande, Elobey Chico, Annobón y Corisco. Además ejerce España el protectorado sobre una parte de Marruecos⁴⁴”.

Al igual que en *Mi Patria*, se procedía a hacer una descripción física, económica y humana de todos estos lugares, señalando desde cuándo pertenecían a España y destacando la labor civilizadora que ésta estaba ejerciendo. Resulta curiosa la similitud de las frases de ambos manuales, en algunas ocasiones calcadas:

⁴³ *Ibid.*, p. 291.

⁴⁴ José Ramón CASTRO, *Geografía e historia para el quinto curso de bachillerato*, Zaragoza, [s.n.], 1945, p. 37.

“La población [del Protectorado de Marruecos] se calcula en cerca de 950.000 habitantes, la mayoría bereberes. España está realizando una gran labor civilizatoria, mediante la creación de escuelas, dispensarios y saneamiento de poblados; construcción de vías de comunicación, etc. y esta labor se ve recompensada por la fervorosa adhesión de los indígenas a la nación protectora”⁴⁵.

En el mejor de los casos, como en el fragmento que acabamos de leer, los manuales estaban cargados de paternalismo y de una superioridad que se reflejaba en la labor civilizadora de España. Ahora bien, en ningún momento se hablaba de deuda moral (devolver a los marroquíes la civilización que éstos había legado a los “españoles” en la Edad Media), de fraternidad o de unidad espiritual con el Magreb, tan características del africanismo de tradición costista, representada por el círculo de José María Cordero Torres.

Igualmente significativo era el capítulo dedicado a al-Ándalus. En su primer apartado, el autor hablaba de la “población y las clases sociales en la España musulmana”, distinguiendo entre vencedores y vencidos. Dentro del grupo de los vencedores situaba a árabes, bereberes, sirios y persas. En el de los vencidos estaban lo que él denominaba indígenas, que iban desde los “renegados” (aquellos que voluntariamente habían abrazado el Islam) hasta los mozárabes (aquellos que, pese a vivir en territorio musulmán, no habían abandonado su fe cristiana). Resulta muy relevante la anotación que el propietario del manual escribió junto al término “mozárabes”: “españoles”⁴⁶. Parece, pues, que para el docente que impartía las clases con ese libro, sólo quienes mantenían el culto católico (una de las esencias patrias) eran dignos de ser considerados españoles. Esto estaba en clara sintonía con el tradicionalismo católico que, como ya hemos visto, presentaba el catolicismo como algo inherente a la raza española, hasta el punto de considerar que la nación se inició verdaderamente en 589, con la conversión de Recaredo, idea que aparecía en no pocos manuales de la época.

Pese a todo esto, hay que decir que este manual destacaba el papel de al-Ándalus como puente entre Europa occidental y el mundo afroasiático, pero sin las implicaciones que una afirmación como ésta tenía para algunos de los africanistas estudiados. Al-Ándalus era la evidencia del universalismo de España, pero no de la hermandad con los

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 39-40.

⁴⁶ CASTRO, *Geografía e historia...*, *op. cit.*, p. 92.

arabo-musulmanes del presente. Es cierto que se hablaba de musulmanes españoles; pero en ningún momento se hacía referencia a españoles musulmanes. Como indicaba otro manual de la época, *Historia y Geografía de España* de Feliciano Cereceda, “puestas en contacto las dos culturas de árabes e hispanogodos, es natural que ambas se influenciasen mutuamente”⁴⁷; aun así, la idea de la multiculturalidad y del mestizaje como algo positivo no solía aparecer. Había contacto, sí, pero la etapa andalusí, en definitiva, como señalaba otro texto escolar de José Luis Asián Peña, “fueron ocho siglos de sometimiento a los musulmanes”⁴⁸. Al-Ándalus había sido un período esplendoroso que disfrutó de algunos momentos de tolerancia. Pero esto, sin embargo, estaba al margen de la configuración de las esencias nacionales, puesto que fue durante la “Reconquista” cuando, partiendo de las herencias romanas y germánicas, se elaboró lo que para Asián y otros muchos autores de manuales era “lo hispano”⁴⁹.

Ciriaco Pérez Bustamante, catedrático de Historia de la Universidad de Madrid, también hizo un manual de Historia de España para el Bachillerato de gran éxito. Tampoco en su obra había rastro de la retórica africanista de hermandad hispano-árabe. Aquello que sí aparecía, en cambio, era la retórica nacional-católica más extrema; alejada, incluso, de los postulados arabistas más conservadores.

De los Reyes Católicos decía que “la realización de su pensamiento requería también la unidad espiritual y para ello era necesaria la depuración cruenta de la raza de toda clase de contaminaciones con otras creencias religiosas y la asimilación de los elementos extraños enquistados en el organismo nacional (moros y judíos)”⁵⁰. Por otra parte, este manual dedicaba más páginas de lo habitual a las guerras africanas contemporáneas, pero para hacer unos planteamientos completamente alejados del africanismo de tradición costista (aunque no tanto del africanismo militarista):

“Tras Barranco del Lobo, don Antonio Maura comprendió que no podía aplazar la empresa que se le había asignado a España en el Norte de África, pero tropezó con el escepticismo, incompreensión, egoísmo y pesimismo de un país y de sus políticos desconectados de todo vuelo imperial”⁵¹.

⁴⁷ Feliciano CERECEDA, *Historia y geografía de España*, Madrid, [s.n.], 1945, p. 64.

⁴⁸ José Luis ASIÁN PEÑA, *Elementos de Geografía Regional e Historia de España para segundo curso de bachillerato* (2ª edición), Barcelona, Editorial Bosch, 1945, p. 36.

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 38-43.

⁵⁰ Ciriaco PÉREZ BUSTAMANTE, *Síntesis de la Historia de España* (7ª edición), Madrid, Ediciones Atlas, 1948, p. 133.

⁵¹ *Ibid.*, p. 238.

Las guerras del Rif eran presentadas como un hecho imprescindible para asegurar la grandeza de España y la independencia de la nación. El autor no apostaba por la “penetración pacífica”, sino por el enfrentamiento bélico que tanto honor daba al ejército y a la Patria. Además, tanto las grandes decisiones militares de los años veinte, como el proyecto de desembarco en Alhucemas, siempre fueron atribuidas, de una manera u otra, al general Franco⁵².

La única referencia del manual de Pérez Bustamante a algo parecido a la fraternidad hispanoárabe aparecía al final del libro, en una lectura sobre la toma del Alcázar de Toledo. Se hacía mención a los Regulares del comandante marroquí Mizzian-Ben-Kassen, a los que se consideraba plenamente españoles si atendemos al siguiente relato: “ante el ruido de llegada de tropas, parte del ejército franquista sito ante el Alcázar pregunta quién hay y la respuesta de los Regulares es contundente: “¡Fuerzas de España! ¡Regulares de Tetuán!”⁵³. Ahora bien, como ya hemos comentado al analizar las dos revistas africanistas, con estos planteamientos el autor de este manual no defendía la idea de unidad hispano-magrebí clásica, procedente del africanismo decimonónico. Mizzian y los Regulares no eran españoles por los lazos de sangre o la historia común de Marruecos con España; eran un símbolo del entendimiento a través de las armas, de la confraternización en la lucha. Algunos autores del Instituto de Estudios Africanos, como Juan Priego, hablaban de la existencia de tropas moras en el ejército español desde el siglo XVIII y lo justificaban diciendo que, a menudo, aparecían enemigos poderosos que eran comunes a españoles y arabo-musulmanes (como los republicanos rojos y ateos durante la contienda del 36)⁵⁴. La Guerra Civil, pues, permitía establecer unos vínculos hispano-marroquíes que nada tenían que ver con la hermandad planteada por los autores de *Cuadernos*. Por otro lado, no podemos olvidar que los libros escolares debían justificar de algún modo la participación de los otrora enemigos en la guerra al lado de Franco, algo que algunos manuales resolvían con filigranas retóricas de una enorme simpleza:

“Estos [los moros] (que ahora son excelentes amigos nuestros, hasta el punto de que se ofrecieron voluntarios para nuestra guerra) no nos conocían

⁵² *Ibid.*, p. 242.

⁵³ *Ibid.*, pp. 256-257.

⁵⁴ Juan PRIEGO LÓPEZ, *Escoltas y guardias moras de los Jefes de Estado Españoles*, Madrid, IDEA-CSIC, 1952, p. 32.

todavía, y, por eso mismo, creyendo que íbamos allí a hacerles algún daño, nos daban mucha guerra”⁵⁵.

Para concluir nuestro recorrido por los manuales escolares, nos centraremos en un texto destinado a los niños del Grado Superior de las escuelas primarias. Se trata de *España es así*, un librito del inspector Agustín Serrano de Haro cargado de ilustraciones y caracterizado por un lenguaje paternalista y muy directo. Éste no era el típico libro de enumeración de reinados y batallas, sino un texto que aportaba interesantes datos sobre la vida cotidiana, las costumbres, el arte; todo mezclado con interpelaciones al lector, comentarios patrióticos y dramatizaciones que hacían la lectura muy amena. El libro, profundamente reaccionario, explotaba el potencial de la moderna pedagogía histórica (no era el típico libro enciclopédico basado en la memorización) para movilizar y persuadir a los alumnos en una determinada línea⁵⁶.

En el capítulo XI, Serrano hablaba de “Los hijos del desierto” para referirse a los árabes, presentados como un pueblo pobre que “adoraban una piedra negra”. Dicho esto, introducía la figura de Mahoma; pero éste no era presentado como un profeta, sino como “un hombre **inculto** [la negrita es suya], listo, que conocía bien a los árabes” y que creó una religión que “halagaba las pasiones”⁵⁷. Para Serrano de Haro, además, el Islam era una religión cruel que se imponía por la fuerza gracias a la guerra santa.

En relación con la etapa andalusí, consideraba que los moros invadieron España por codicia (porque era una tierra muy rica) y aunque “nuestro rey” don Rodrigo, intentó frenarlos, no pudo. Los árabes triunfaron gracias a la ayuda de españoles traidores y de los judíos, “y España entera se estremeció de dolor y derramó su llanto al verse abatida y humillada por gentes extrañas que [...] profesaban otra religión”⁵⁸. Los árabes, sin embargo, no pudieron someter totalmente a los españoles. Siempre hubo “núcleos de bizarros cristianos” y “EL NUCLEO PRINCIPAL DE RESISTENCIA FRENTE A LOS ÁRABES FUE COVADONGA [la mayúscula es suya]”.

⁵⁵ Lorenzo QUINTANA, *¡Franco! Al muchacho español*, Barcelona, Editorial Librería Religiosa, 1940, p. 17.

⁵⁶ Un buen ejemplo del estilo directo de este manual, destinado a agitar los sentimientos más íntimos del lector, lo encontramos en el tratamiento que el autor hacía de las guerras africanas de la época contemporánea. La Guerra de África de 1859-60, por ejemplo, fue una gloriosa respuesta al hecho de que “los moros de la cabila de Anghera pisotearon el escudo de España”. Agustín SERRANO DE HARO, *España es así* (14ª edición), Jaén, Editorial Escuela Española, 1952 (1ª edición de 1946), p. 264.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 71-72.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 73-74.

Agustín Serrano de Haro reconocía la existencia de momentos de tolerancia durante la etapa andalusí, pero remarcaba mucho más los episodios de lucha o la crueldad de los arabo-islámicos. En relación con los mozárabes decía:

“El Califa de Oriente había ordenado: «Devorad a los cristianos y que vuestros hijos devoren a sus hijos hasta que no quede ni uno». Esto se cumplió muchas veces, y los mozárabes, a pesar de lo mucho que valían, fueron terriblemente perseguidos”⁵⁹.

A los árabes se les llegaba a negar, incluso, sus conocimientos de agricultura: “aunque los moros no eran muy entendidos en la agricultura, al llegar a España, pronto aprendieron y perfeccionaron lo que hacían los agricultores españoles”. A pesar de todo esto, y aunque pueda parecer paradójico, de todos los manuales que hemos visto, éste era uno de los pocos que hacía una referencia explícita a las aportaciones árabes no sólo a la lengua castellana o al arte, sino también a la sangre, puesto que afirmaba que hubo una inevitable mezcla durante los ochocientos años de convivencia; aunque, eso sí, con claro predominio del componente español previo⁶⁰.

Por tanto, podemos concluir que, frente a lo preconizado por muchos de los africanistas del régimen, los manuales escolares, en general, no evidenciaron en absoluto la existencia de un discurso predominante de fraternidad hispanoárabe. Las relaciones entre España y el Islam solían ser presentadas en clave de antagonismo y de enfrentamiento. Era frecuente hablar de la etapa andalusí como una ruptura con la tradición anterior que sólo sería superada por la “Reconquista”. En el mejor de los casos, las aportaciones andalusíes eran asumidas como propias en función de la carga española que pudiesen tener (sin posibilidad de establecer vínculos de civilización o cultura con el norte de África). Incluso en el caso de los moriscos, ya hemos visto que era habitual la justificación de la expulsión por su negativa a asimilarse.

Para complementar este estudio, nos hemos aproximado a la formación de los maestros durante el franquismo para comprobar si, también en ese nivel, el africanismo, especialmente el de *Cuadernos*, brilló por su ausencia. Con esa finalidad, hemos analizado los programas y las memorias de prácticas de los estudiantes de Magisterio depositados en el Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid, antigua Universidad Central, y hemos podido ver que, en general, el relato predominante fue, una vez más, el que hemos ido describiendo a lo largo de estas últimas páginas.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 82.

Así, por ejemplo, en el “Programa de Historia de España y Educación Patriótica” preparado por Amelina del Pozo y Escobedo para alumnos de segundo curso de la Escuela Normal de Magisterio, se hablaba de la “España musulmana”, de la “cultura árabe y otras corrientes de orientalismo que llegan a España con este pueblo” e incluso del “Complejo étnico que provocan las sucesivas invasiones musulmanas”. No obstante, una vez más, todo eso era superficial, ya que era el sustrato español el que había permitido “la exaltación de la civilización árabe en España más que en parte alguna del dominio musulmán”⁶¹. Por otro lado, las únicas huellas “del paso de los árabes por nuestra Historia”, según esta profesora, se encontraban en obras y monumentos artísticos, pero no en aspectos más profundos del ser nacional.

Con la llegada de la época moderna, España, la gran descubridora de América, se convertía en una “nación colonizadora no superada” y “toda su civilización, acumulada en el transcurso de los siglos” se ponía “al servicio de los nuevos países”, dando cuenta de su carácter tutelar y misional⁶². Amelina del Pozo, en este sentido, reconocía orgullosa “la fusión de la raza colonizadora y colonizada” en América, lo que había permitido el nacimiento de la Hispanidad y de la idea de Imperio espiritual de España. No obstante, cuando hablaba de “la acción de España en África” o de “nuestra política tradicional africana”, las referencias eran la voluntad de Imperio, el destino histórico de la nación y la defensa del Catolicismo, pero no la hermandad⁶³.

Las memorias de los estudiantes en prácticas confirmaban estos planteamientos. Cuando describían las clases de Historia en las aulas de Primaria destacaban que esa asignatura debía servir para “el estudio del papel importante desempeñado por España en la historia del mundo, y en la historia de la civilización, como evangelizadora de pueblos”⁶⁴. España era una potencia occidental que, por su trayectoria imperial y su elevada espiritualidad, debía llevar a cabo una misión civilizadora que debía estar en la base de su acción colonial. En ningún momento se hablaba, en cambio, de sus raíces “orientales” para justificar la presencia en el norte de África.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 84.

⁶¹ Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid (AGUCM), 66/00-1123, Amelina del POZO Y ESCOBEDO, *Programa de Historia de España y Educación Patriótica, 2º curso*, Madrid, Librería Enrique Prieto, 1944, p. 8.

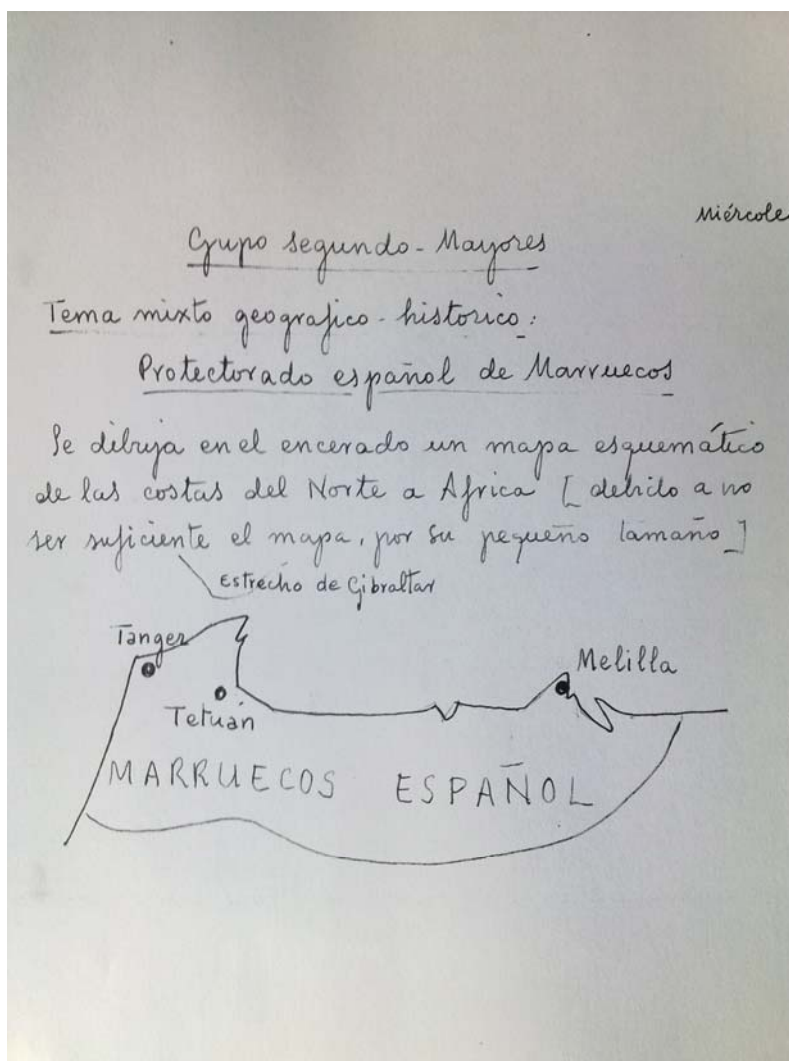
⁶² *Ibid.*, p. 10.

⁶³ *Ibid.*, pp. 10-15. En una línea similar se planteaba el programa de la asignatura “Nacional-sindicalismo para las Escuelas Normales”, impartida durante los tres cursos de la titulación. AGUCM, 66/00-1123, *Programa de Nacional-Sindicalismo para las Escuelas Normales*.

⁶⁴ AGUCM, 66/00-1123, Elena BUENO JIMÉNEZ, *Memorias de prácticas* (1953).

A pesar de ello, queremos destacar que, entre todas las memorias analizadas, hubo una en la que sí se planteó una lección de Historia utilizando los presupuestos africanistas más proclives a la hermandad (**FIG. II**).

FIGURA II. Descripción de una clase sobre el Protectorado español procedente de una memoria de prácticas de Magisterio



FUENTE: AGUCM, 66/00-1123, "Prácticas de enseñanza" (1953)

En una sesión de segundo curso dedicada precisamente al Protectorado español en Marruecos, la maestra en prácticas señalaba que "tras dibujar en el encerado un mapa esquemático de las costas del norte de África", se debía plantear un esquema histórico en el que se desarrollasen unos puntos que, "por ser ya conocidos por los niños" no debían requerir demasiado tiempo⁶⁵. En este sentido, la futura maestra hablaba de los

⁶⁵ AGUCM, 66/00-1123, María Teresa PUENTE, *Prácticas de enseñanza* (1953).

vínculos hispano-africanos en la época cartaginesa, en la romana y en la árabe y los relacionaba con “un apéndice sobre la dominación de Marruecos en época moderna” en el que se debían destacar el paralelismo histórico entre España y el Norte de África, la consiguiente afinidad cultural y racial, la lucha por la dominación de Marruecos (con mención especial a la labor desempeñada por el general Franco) y la labor española en el Protectorado⁶⁶.

Dada la dificultad de encontrar fuentes de este tipo, desconocemos si éste fue un caso aislado o si, por el contrario, se dio con mayor frecuencia de lo previsto⁶⁷. No obstante, el análisis de toda la documentación presentada en estas páginas nos permite concluir que, a la espera de investigaciones más exhaustivas, la educación española en general, y la enseñanza de la Historia en particular, estuvieron durante el franquismo bastante alejadas de aquellos principios africanistas que el régimen sí utilizó en su política internacional.

Visto todo esto, y antes de concluir, debemos hacer referencia, por su excepcionalidad, a un centro de investigación y docencia que, desde su nacimiento, sí se hizo eco de los planteamientos africanistas más proclives a la hermandad hispano-marroquí: la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Central de Madrid.

Según José Carlos Mainer, esta facultad nació, en 1942, gracias al impulso de toda una serie de universitarios falangistas relacionados, antes o después, con el Instituto de Estudios Políticos. De entre ellos, destacan Francisco Javier Conde, Joaquín Garrigues, Luis Díez del Corral, José Antonio Maravall o, especialmente, un Fernando María Castiella que, en 1944, dejó el rectorado de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales para ocupar el decanato de la nueva facultad⁶⁸.

Resulta evidente, pues, que el grupo que puso en marcha la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid era el mismo que, en 1946, impulsaría el nacimiento

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ En este sentido, sabemos que el Ministerio de Educación Nacional resolvió que a partir del curso 1954-55 se debía incluir en los programas de la disciplina de “formación del espíritu nacional”, en todos los centros docentes, el estudio “de nuestra política en África”, lo cual debía abarcar cuestiones de “Geografía, Historia, presente y porvenir de nuestros intereses y relaciones en África y su trascendencia en la política nacional”. “Vida hispanoaficana: El estudio de nuestra política en África”, *África*, nº 148 (1954), p. 28. Desconocemos si llegó a aplicarse, pero lo cierto es que, si fue así, la independencia de Marruecos debió de precipitar su desaparición.

⁶⁸ José Carlos MAINER, “Historia literaria de una vocación política (1930-1950)”, en *Falange y Literatura*, Barcelona, Labor, 1971, pp. 58-59; Elías DÍAZ, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Tecnos, 1983, p. 29; Carlos OLLERO GÓMEZ, “Die politische Wissenschaft in Spanien”, en Herausgegeben VON OTTO STAMMER, *Politische Forschung*, Düsseldorf, Westdeutscher Verlag, 1960, pp. 81-102.

de *Cuadernos de Estudios Africanos*, por lo que no debe extrañarnos en absoluto que este centro fuera, desde su origen, uno de los grandes difusores del africanismo más civilista. De hecho, en septiembre de 1944 los miembros de la SEIC elevaron al flamante decano de la Facultad un plan para incluir en las enseñanzas del centro materias diplomáticas, históricas, geográficas, jurídicas y económicas de interés social y vinculadas con el africanismo⁶⁹. Como consecuencia de esa demanda aparecieron las asignaturas “Geografía y política económicas de Marruecos y Colonias” y “Política colonial y administración de Marruecos y colonias”, dos materias que, durante sus primeros cursos, fueron impartidas por un joven jurista llamado José María Cordero Torres y en las que sus programas parecían un prelude de los temas y debates que coparían las páginas de *Cuadernos de Estudios Africanos* durante sus doce años de existencia⁷⁰.

5.2. LA FORMACIÓN DE UNA “CONCIENCIA AFRICANISTA” EN EL PROTECTORADO ESPAÑOL DE MARRUECOS

Por el R.D. de 27 de febrero de 1913 sobre la organización de la Zona de influencia de España en Marruecos, se confió al Delegado para los servicios indígenas el cuidado y vigilancia de unas escuelas hasta entonces dependientes del Ministerio de Estado. Esto hizo que, en muy poco tiempo, se crease la Junta de Enseñanza de Marruecos, encargada de facilitar a los españoles que vivían en el Protectorado los medios para instruir a sus hijos en escuelas genuinamente nacionales, de desarrollar instituciones de enseñanza para hebreos y musulmanes, y de preparar en la península al personal idóneo para ejercer cargos en territorio marroquí⁷¹.

⁶⁹ “Actividades culturales africanistas: SEIC”, *África*, nº 33-34 (1944), p. 132.

⁷⁰ AGUCM, Ref. ES, AGUCM, P-0470, 30, “Expedientes personales: José María Cordero Torres”. Sobre los programas, véanse José María CORDERO TORRES, *Programa de Geografía y política económicas de Marruecos y Colonias*, Universidad de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, curso 1945-46; José María Cordero Torres, *Programa de Política colonial y Administración de Marruecos y Colonias*, Universidad de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas, 1947. Los programas no sólo aportan información detallada sobre los contenidos de ambas materias, sino también observaciones sobre el gran listado de fuentes bibliográficas y sobre el sentido de los cursos.

⁷¹ Sobre la educación en Marruecos antes del establecimiento del Protectorado, véanse Geoffrey Jensen, “Toward the ‘Moral Conquest’ of Morocco: Hispano Arabic Education in Early Twentieth-Century North Africa”, *European History Quarterly*, nº 31 (2001), pp. 205-229; José DOMÍNGUEZ PALMA, “La enseñanza y el sistema educativo en Marruecos antes del Protectorado Español”, *Eúphoros*, nº 5 (2002), pp. 11-30; Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ, “La política educativa española en el norte de Marruecos (1860-1912)”, en Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ

Como resultado de los trabajos de la Junta, en 1917 la enseñanza oficial española en la zona empezó a contar con escuelas mixtas en Tetuán, Larache, Arcila, Alcazarquivir y Nador. A partir de 1930, con la Dirección General de Marruecos y Colonias ya en funcionamiento, el sistema se desarrolló y apareció un Estatuto de Enseñanza en Marruecos que afectaba tanto a las escuelas españolas como a las hispanoárabes e hispano-hebreas⁷².

El franquismo le dio un impulso mayor a toda esta política educativa, convirtiendo a la escuela en uno de los pilares sobre los que sustentar la política colonial en Marruecos (aunque con todas las limitaciones ya apuntadas en el capítulo anterior). Veamos en qué sentido se dio ese impulso y qué papel desempeñó el discurso africanista en todo este proceso.

5.2.1. El Bachillerato Hispano-marroquí: programas y contenidos

La enseñanza media para españoles en la zona del Protectorado había tenido tradicionalmente un carácter privado y se había impartido en colegios legalmente reconocidos, ya que sólo en Ceuta y Melilla había Institutos nacionales oficiales. En 1946 se crearon 5 institutos públicos, de enseñanza libre y gratuita, en las principales ciudades del Protectorado, unos institutos que convivían con los centros en los que se impartía el denominado “Bachillerato marroquí”, regulado por un Dahir de 31 de diciembre de 1940, y que abría las puertas a la población escolar de la zona para continuar sus estudios superiores en España u otros países árabes (sobre todo del Próximo Oriente).

Ese bachillerato, que era bilingüe, era, en teoría, semejante al Bachillerato español, y comprendía dos gradaciones: el Bachillerato elemental (de tres cursos estudiados en lengua árabe) y el superior (que exigía cuatro años más de estudios en castellano, con la excepción de las asignaturas de árabe, religión e instituciones islámicas). En poco tiempo, las autoridades españolas se dieron cuenta de las carencias de un sistema que no permitía al alumnado marroquí alcanzar el grado de conocimientos

GONZÁLEZ, *Regenerar España y Marruecos. Ciencias y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 219-251

⁷² En las escuelas hispanoárabes el alumnado musulmán recibía una enseñanza de lengua española y “cultura elemental moderna”, siempre teniendo en cuenta su psicología, su lengua, su religión y sus tradiciones (que eran enseñadas por un fakih). En las hispanohebreas sucedía lo mismo, por lo que había presencia de un maestro de hebreo y un rabino. Miguel BAENA, “La enseñanza española en Marruecos”, *África*, nº 68-69-70 (1947), pp. 36-39.

suficiente para iniciar una carrera en España o en cualquiera de las universidades más prestigiosas del mundo árabe. Por otro lado, también consideraron que podía ser provechoso, desde el punto de vista de la política colonial, que los alumnos españoles que cursaban su Bachillerato en Marruecos tuvieran conocimientos de lengua árabe, instituciones musulmanas o aspectos socioculturales del país para poder, en palabras de García Figueras, “obtener una comprensión aún más cordial e intensa de marroquíes y españoles”⁷³.

En ese contexto, y para dar respuesta a esos retos, en 1947 nació un nuevo modelo que conviviría con los anteriores: el denominado Bachillerato Hispano-marroquí, un Bachillerato equivalente al español, destinado tanto a la población española en Marruecos como a los marroquíes que quisieran continuar sus estudios en universidades españolas o árabes, y con particularidades en función de la procedencia del alumnado.

El Decreto establecía una enseñanza religiosa y filosófica separada (impartida en la lengua del estudiante y por profesores del credo respectivo). Además, señalaba también que, durante los primeros cursos, las clases de árabe para españoles y de español para marroquíes se darían por separado por eficacia pedagógica. No obstante, las clases de Geografía e Historia serían comunes para todos los estudiantes e incluirían cuestiones tanto de España como de Marruecos⁷⁴.

Para llevar a cabo esta nueva modalidad de Bachillerato, se creó en Tetuán el Instituto Hispano-marroquí de Enseñanza Media, que empezó a funcionar el 1 de octubre de 1948 con un plan de estudios redactado por los órganos competentes de la Alta Comisaría y aprobados por el Ministerio de Educación Nacional.

De las distintas materias que integraban el plan, las que más nos interesan son las relacionadas con Geografía e Historia, ya que, en primer lugar, eran asignaturas comunes para españoles y marroquíes y, en segundo, podían presentar contenidos muy susceptibles de recoger parte de la narrativa africanista que hemos analizado en los capítulos precedentes.

En la **FIG. III**, podemos ver un esquema en el que se resumen las principales diferencias del Bachillerato Hispano-marroquí en relación con el modelo español

⁷³ VIAL DE MORLA, “El Bachillerato marroquí y el bachillerato hispano-marroquí”, *África*, nº 86 (1949), pp. 2-4. Sobre el bachillerato marroquí, véanse también Fernando VALDERRAMA, “El bachillerato marroquí”, *África*, nº 9 (1951), pp. 7-10; Fernando VALDERRAMA, “Organización cultural en el Protectorado”, *África*, nº 129-130 (1952), pp. 10-13.

⁷⁴ Decreto de Presidencia del Gobierno de 3 de octubre, publicado en el B.O.E. de 16 de octubre de 1947, p. 5658.

peninsular. En él se detecta claramente el peso que lo marroquí y lo árabe adquieren en el plan de estudios y la relevancia que, para los diseñadores de las materias, tenía toda la retórica sobre las relaciones o los vínculos hispano-árabes que tan bien le venía al régimen en aquel momento.

FIGURA III. Comparación entre los contenidos de Geografía e Historia del Bachillerato español y los del Bachillerato Hispano-marroquí

Cursos	Plan del Bachillerato español	Matizaciones complementarias en el hispano-marroquí
1º	Geografía General Historia de España	Y elemental de Marruecos Y de Marruecos
2º	Geografía de España Historia de España	Como en el primer año, con mayor extensión
3º	Geografía Universal Historia Universal	Nociones de Geografía e Historia del Mundo Árabe
4º	Geografía económica de las grandes potencias Historia de la cultura Universal	Geografía económica de Marruecos Cultura hispano-árabe
5º	Geografía histórica de España Historia de la cultura española	Geografía histórica del continente africano Cultura hispano-árabe (ampliación)
6º	Historia del Imperio	Relaciones de España con el mundo árabe El arabismo español
7º	Repaso de Geografía Repaso de Historia Ideales políticos del Imperio Español	España y el mundo árabe Ideales hispano-marroquíes

FUENTE: *Bachillerato Hispano-Marroquí: programas o cuestionarios de geografía, historia, cultura hispano-árabe, la hispanidad y el mundo árabe, sociología marroquí e instituciones musulmanas, Árabe marroquí y nociones de árabe literal* (Tetuán, 1949)

Más allá del esquema general, lo interesante es adentrarse en las distintas asignaturas para ver, concretamente, en qué consistieron y qué tipo de discurso arabista o africanista se difundió a través de ellas. En este sentido, la documentación de la Delegación de Educación y Cultura nos ha permitido acceder a los programas y, en algunos casos, a la bibliografía recomendada para preparar las distintas materias que integraban dicho Bachillerato.

Sobre “Historia de España y de Marruecos”, impartida en primero y segundo, sabemos, que durante el primer curso se utilizaron como manuales de referencia la *Breve historia de Marruecos*, de Guillermo Guastavino Gallent; *Marruecos* (3ª edición) de Tomás García Figueras; *Acción de España en África*, editado por el Ministerio de la Guerra, y *Epítome de la Historia de Marruecos*, de Mohammed Ibn Azzuz Hakim. En relación con el segundo año, el programa establecía con claridad que “en el segundo curso se desarrollará con mayor amplitud el mismo cuestionario, subrayando en cada

lección las relaciones entre España y el Occidente extremo norteafricano en todas las épocas de la Historia”⁷⁵. Para ello, además de las lecturas citadas anteriormente, se recomendaba el uso de los textos *África en la acción española*, de García Figueras, y *España y Marruecos. Interferencias históricas hispano-marroquíes*, de José M^a Millás Vallicrosa⁷⁶.

La mayor parte de la bibliografía citada, y el manual de Guastavino es un ejemplo, recogía todos los grandes tópicos del relato histórico africanista del IDEA. Así, se hacía énfasis en una antigüedad compartida y se decía que el Estrecho no era una separación, sino un camino que unía “desde los tiempos de los talladores de sílex”, que los bereberes eran parientes de los iberos, que españoles y marroquíes experimentaron las mismas invasiones (fenicios, cartagineses, romanos, bárbaros, bizantinos, árabes), etc. Ahora bien, al llegar a al-Ándalus, como ya vimos al comparar los planteamientos de *África y Cuadernos*, se hablaba de esplendor cultural y de convivencia, pero se hacía poca referencia a la idea de hermandad basada en los lazos de sangre⁷⁷.

“Nociones de Geografía e Historia del Mundo Árabe”, una asignatura del tercer curso, se estructuraba en tres grandes temas: “naciones autónomas” (donde se hablaba de Turquía, Egipto, Arabia Saudita, etc.), “pueblos musulmanes sometidos a influencias de otras potencias” (donde se trabajaba, sobre todo, el Magreb) y “minorías musulmanas” (Balcanes, URSS, China, etc.), que permitía introducir la “maldad del

⁷⁵ El análisis de los cuestionarios redactados por la Delegación de Educación y Cultura nos permite ver que, efectivamente, las relaciones entre España y Marruecos fueron una prioridad en esa materia. El temario establecía que, entre otras cosas, había que trabajar “La Historia de España: su concepto. Sus relaciones con la Historia de Marruecos. [el subrayado es del documento original] La España primitiva: primeros pobladores de la Península y de Marruecos. Pueblos colonizadores y conquistadores en el Mediterráneo Occidental [...] Los vándalos en Marruecos [...] Influencia de las disidencias marroquíes en la debilidad del Andalus [...] Ceuta en manos de España [...] El Movimiento Nacional. Sus orígenes. Sus hombres. La aportación marroquí. Su significado patriótico, moral y religioso. Fraternidad de España y de Marruecos bajo el signo de Franco. DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *CUESTIONARIOS de Geografía e Historia. Cursos 1º, 2º y 3º del Bachillerato Hispano-Marroquí*, Tetuán, 1950, p. 2.

⁷⁶ AFRGFC/87/6, BNE, DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Bachillerato Hispano-Marroquí: primer curso: programas de geografía de Marruecos (lecciones del programa general), historia de Marruecos (lecciones del programa general), sociología marroquí e instituciones musulmanas (para españoles), cuestionario de árabe marroquí (para españoles), referencias bibliográficas (para el profesorado)*, Tetuán, [s.n.], 1948; AFRGFC/142/12, BNE, DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Bachillerato Hispano-Marroquí: primero y segundo cursos: programas de las materias especiales de geografía de Marruecos (lecciones del programa general), historia de Marruecos (lecciones del programa general), sociología marroquí e instituciones musulmanas (para españoles), cuestionario de árabe marroquí (para españoles), referencias bibliográficas (para el profesorado)*, Tetuán, [s.n.], 1949.

⁷⁷ Guillermo GUASTAVINO GALLET, *Breve historia de Marruecos*, Larache, Editora Marroquí, 1944.

comunismo” y las persecuciones que los rojos hacían de cualquier manifestación religiosa allá donde estuvieran⁷⁸.

En “Geografía Económica de Marruecos”, de cuarto, había dos grandes bloques de contenidos: “Geografía natural”, donde se hablaba del país, de su naturaleza, de su unidad geográfica y diversidad regional y de comparaciones con la Península Ibérica; y “Geografía Económica”, donde, sobre todo, se hacía referencia a las mejoras territoriales y urbanas, al fomento de la agricultura, a los cambios en comercio y a todo aquello que permitiera compara al “antiguo Marruecos” con el actual⁷⁹.

También en cuarto encontramos “Cultura hispano-árabe”, una materia en la que se ensalzaba la historia de la España musulmana (especialmente en sus aspectos sociales, culturales y de convivencia) para, en quinto, tratar la grandiosidad de su cultura y su influencia en el mundo árabe. En sexto, el estudio de esa influencia se ampliaba a la Europa medieval y renacentista.

Todo eso, como no podía ser de otra manera, culminaba en la asignatura del séptimo curso, “La Hispanidad y el mundo árabe”, en la que se hablaba del arabismo español, se establecían vínculos entre España y el mundo árabe y se concluía que era posible establecer un gran bloque que, integrado por árabes y sudamericanos, tuviera a España como guía y punto de unión⁸⁰.

No cabe duda, por tanto, de que este plan de estudios se adaptó perfectamente a los intereses internacionales y coloniales del régimen franquista. Efectivamente, podía servir para difundir entre los españoles que vivían y trabajaban en Marruecos un conocimiento de la sociedad marroquí y del Islam imprescindible para ejercer correctamente la acción colonial; pero, más allá de esto, el Bachillerato Hispano-Marroquí, sobre todo si atendemos al escaso número de personas a las que afectó, fue un instrumento de propaganda pensado para ganarse las simpatías de un mundo arabo-islámico que debía ver a España como “uno más de la familia”.

⁷⁸ AFRGFC/87/7, BNE, DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Bachillerato Hispano-Marroquí: programas o cuestionarios de geografía (Marruecos, general y económica, mundo árabe, y continente africano), historia (Marruecos, mundo árabe y continente africano), cultura hispano-árabe, la hispanidad y el mundo árabe, sociología marroquí e instituciones musulmanas (para españoles), Árabe marroquí y nociones de árabe literal (para españoles)*, Tetuán, [s.n.], 1949.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 16-18.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 25-27.

5.2.2. Cursillos de orientación para un Magisterio africanista

Tan importante como la elaboración de planes de estudio africanistas era la formación de los docentes que debían desarrollarlos y llevarlos a la práctica.

En el ámbito del Bachillerato Hispano-marroquí, el profesorado era mayoritariamente español; pero en el de la enseñanza primaria, las escuelas debían contar con maestros marroquíes, encargados de impartir en árabe todas las asignaturas (excepto lengua española), y con maestros españoles que, además de hacerse cargo de la docencia de aquello que el profesorado marroquí no pudiera o no supiera enseñar, debían desempeñar una función asesora junto a los directores de los centros. Además, los maestros españoles también debían encargarse de la formación de los niños españoles residentes en el Protectorado.

Los docentes marroquíes se formaban en Escuelas Normales de Magisterio que, tras instruirles durante tres años en pedagogía moderna y otras materias de conocimientos básicos, les dotaban del título de Maestro en Enseñanza Primaria musulmana. Los españoles, en cambio, debían realizar unos cursillos de orientación que les aportasen la información necesaria para desenvolverse en un contexto educativo distinto al peninsular.

En 1941, se produjo en el ámbito educativo del Protectorado un cambio importante como consecuencia de la aprobación de un decreto básico según el cual podían incorporarse los maestros nacionales de España a la zona marroquí (hasta ese momento sólo había en Marruecos cien maestros en propiedad). Se convocó, así, el primer concurso de méritos y los maestros seleccionados fueron obligados a realizar el Curso de Orientaciones Nacionales, de un mes de duración, organizado por la Alta Comisaría⁸¹.

Estos cursos, que se fueron repitiendo durante los años sucesivos para seleccionar y preparar al nuevo profesorado, solían celebrarse en Tetuán bajo la presidencia del Alto Comisario y del delegado de Educación y Cultura. El Centro de Estudios Marroquíes, concebido para formar a los funcionarios del Protectorado, era el organismo responsable de su organización y desarrollo, así como de evaluar los exámenes finales y las memorias en las que los “maestros cursillistas” dejaban constancia de sus impresiones.

⁸¹ Este curso era preceptivo para los maestros de la Zona según Decreto de 24 de junio de 1941. A partir del año siguiente, su duración se alargó a dos meses.

Entre el profesorado responsable de estos cursos figuraron personajes como el misionero franciscano Vicente Recio (responsable de “Religión y Liturgia”), el Director de Archivos y Bibliotecas de la Zona Guillermo Guastavino (encargado de las clases de “Geografía e Historia de Marruecos”), el Inspector de Enseñanza Antonio Juan Onieva (profesor de “Pedagogía fundamental”), Manuel Llord O’Lawlor (responsable de las sesiones de “Instituciones Musulmanas”) y, especialmente, Fernando Valderrama, asesor de enseñanza marroquí de la Alta Comisaría y encargado de impartir “Legislación y Organización escolar”, “Metodología de Enseñanza Marroquí” y “Sociología Marroquí”. Durante el curso, además, también se estudiaba música, árabe vulgar y bereber rifeño⁸².

Todo este plan de estudios respondía, en las propias palabras de la Delegación de Educación y Cultura, a una finalidad muy clara: “la formación africanista teórico-práctica y espiritual” de los futuros docentes, ya que, además de lo indicado, debían estudiar también psicología del niño español, psicología del niño marroquí, usos y costumbres marroquíes, etc.⁸³.

En relación con esta cuestión, Fernando Valderrama señalaba que “el maestro ha de formar [a los niños marroquíes] según el módulo de una enseñanza moderna, pero sin que la cadena tradicional, de la que ellos son eslabones, sufra la menor deformidad”. En este sentido, recordaba que “hay que pensar dos veces antes de obrar una, y no olvidar que la mentalidad marroquí es diferente de la nuestra”. Los niños españoles, en cambio,

“constituyen una generación que, un día, ocupará nuestro lugar en la vida intelectual, en el comercio o en la administración. Hay que prepararlos para trabajar en Marruecos, educándolos en la hermosa idea de la convivencia. Es preciso borrar de su mente los necios prejuicios agobiados por el peso de las generaciones. Es necesario modelar sus espíritus, llevando a ellos, desde estos años tiernos, la atmósfera de la coexistencia y del respeto”⁸⁴.

En la misma línea, Tomás García Figueras apuntaba en otra conferencia destinada a maestros de la zona que a los niños españoles había que inculcarles el amor por la

⁸² ALTA COMISARÍA DE ESPAÑA EN MARRUECOS. DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Curso de orientación profesional para los maestros de la Zona de Protectorado: 15 enero-30 junio*, Tetuán, 1946, pp. 5-6.

⁸³ “Nuestra atalaya: El segundo cursillo de orientaciones para el Magisterio de la Zona del Protectorado”, *África*, nº 10 (1942), p. 41

⁸⁴ ALTA COMISARÍA DE ESPAÑA EN MARRUECOS. DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Conferencia pronunciada por don Fernando Valderrama Martínez en el acto inaugural del Curso de Orientación Profesional para Maestros de la Zona el 16 de enero de 1946*, Tetuán, Imprenta del Majzén, 1946, pp. 9-11.

Patria (lo cual incluía sus posesiones africanas) y a los niños marroquíes la estima por su país, pero también por una España que “con un gran desinterés y con un gran amor a la obra, ayuda a Marruecos a salir de la postración en que se encuentra y la ayuda con el mismo cariño con que se trata a un hermano enfermo para hacer que recobre su salud y que juntos puedan disfrutar después, de la satisfacción de haberlo conseguido”⁸⁵.

Para lograr estos objetivos, una vez más, la enseñanza de la Geografía y la Historia de España y de Marruecos se convertía en una pieza clave. Así, como indicaba el propio programa de esa asignatura en unas observaciones preliminares metodológicas,

“Independientemente de que se dediquen en este programa algunas lecciones y preguntas a las relaciones entre España y Marruecos, es fundamental que en las explicaciones se insista reiteradamente en las conexiones que unen a ambos países a través de toda su historia.

Otro principio que debe presidir la explicación de este Cuestionario es el de que la Historia no es un simple y memorístico nomenclátor de fechas y dinastías, sino un conjunto de actividades colectivas que constituyen la íntegra vida nacional. No puede comprenderse la historia política de un país más que en función de su historia interna, y viceversa. Si al final del curso no han logrado esa visión armónica, han perdido el tiempo los alumnos y el profesor”⁸⁶.

Las clases de Geografía e Historia, por tanto, tenían que servir para ensalzar las relaciones hispano-marroquíes y generar la idea de una colectividad con un “destino universal” común. De este modo, se les insistía en que debían hablar de la existencia de un país que geográfica e históricamente empieza en los Pirineos y termina en el Atlas; de la analogía geográfica (“simetría perfecta”) en clima, cultivos y producción.; de los vínculos etnográficos que permitían afirmar que bereberes e iberos eran el mismo pueblo; de la cultura hispanoárabe medieval, “orgullo del mundo”; de la elevada espiritualidad común entre Islam y cristianismo (claramente evidenciada durante la Guerra Civil); o del mandato africanista de la nación española, con referencias a Cisneros y, por supuesto, al testamento de Isabel la Católica⁸⁷.

⁸⁵ Tomás GARCÍA FIGUERAS, *Función social de La Escuela: Palabras pronunciadas con ocasión del Curso de Orientación del Magisterio de la Zona*, Tetuán, Delegación de Educación y Cultura, s.f., p. 7.

⁸⁶ AFRGFC/147/2, BNE, *Programa de Historia de Marruecos*, Tetuán, Centro de Estudios Marroquíes, 1941.

⁸⁷ Tomás GARCÍA FIGUERAS, “Consejos a los maestros españoles en Marruecos”, *África*, n° 3 (1942), pp. 35-43.

De entre todos los recursos utilizados por los distintos profesores del Cursillo de Orientación profesional, quizás uno de los más relevantes fue el *Manual del maestro español en la escuela marroquí*, un libro escrito por Fernando Valderrama que se convirtió en un referente para la labor de muchos de los docentes destinados en el Protectorado.

En ese texto, se señalaba que el maestro, “un elegido para cumplir la misión de España en el protectorado” debía observar el respeto más absoluto a la religión, tradiciones y costumbres de los musulmanes. Como consecuencia de ello, se le recomendaba que no se inmiscuyese nunca en las cuestiones relacionadas con la enseñanza religiosa y que aprendiese rápidamente el idioma del país, necesario para relacionarse con el resto de profesorado musulmán y con las familias de los alumnos. No debía olvidar en ningún momento, por tanto, que estaba representando a España, por lo que “a través de él se juzgaba a nuestra Patria”⁸⁸.

Presentado el “decálogo del buen maestro”, Valderrama describía la organización administrativa de la zona, aportaba datos sobre etnología, lengua y religión e informaba acerca de rituales básicos o fórmulas de cortesía que los docentes deberían usar en sus relaciones con los marroquíes. En este sentido, por ejemplo, se les advertía de las diferencias entre árabe, musulmán y marroquí y se les recomendaba no usar la expresión “moro” porque “por culpa de una torcida interpretación tiene un matiz despectivo”⁸⁹.

El libro finalizaba con toda una serie de información sobre la organización escolar y la metodología docente en la línea ya señalada en el fragmento del Programa de Historia de Marruecos.

Sabemos que todas estas enseñanzas y directrices llegaron a muchos otros funcionarios y miembros de la administración del Protectorado. La denominada Academia de Interventores, un centro fundado en 1946 para formar al personal destinado en las Intervenciones, organizó cursos similares en los que se solía estudiar “Árabe Vulgar”, “Francés”, “Derecho musulmán”, “Derecho usual y Organización del Protectorado”, “Geografía e Historia del Norte de África”, “Sociología y Metodología interventoras”, “Régimen administrativo”, y en los que los responsables de las

⁸⁸ Fernando VALDERRAMA MARTÍNEZ, *Manual del maestro español en la escuela marroquí*, Tetuán, Imprenta El Mahdí, 1952, p. 7.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 177.

asignaturas solían ser los mismos profesores que se encargaban del cursillo para maestros⁹⁰.

Tanto en un caso como en el otro se difundió el discurso de misión desinteresada de civilización que, supuestamente, debía estar en la base de las actuaciones de cualquier cargo del Protectorado. Los interventores, los maestros, los médicos y el resto de personal público debían conocer la realidad marroquí y llegar al “alma de los colonizados” para entenderlos y actuar de la manera más respetuosa posible. Eso, como decía García Figueras hablando de los interventores, era el “cimiento del edificio sobre el que se asienta nuestra obra marroquí”, por lo que los encargados de desempeñarla debían reunir unas determinadas cualidades y aptitudes que, obviamente, no eran las mismas que las del personal peninsular.

No obstante, podemos concluir que, a la vista de los resultados y de lo que realmente se hizo en el terreno de la enseñanza, la política educativa española en Marruecos (en manos de la Alta Comisaría y de sus delegaciones), fue un instrumento más de propaganda para mejorar la imagen de España en el mundo árabe, consolidar su posicionamiento internacional y mantener la fidelidad de un Protectorado en el que la agitación nacionalista era cada vez más intensa. Eso explica que, a diferencia de lo que sucedía en la Península, el africanismo y los discursos de fraternidad hispanoárabe (tan bien reflejados en el plan de estudios del Bachillerato Hispano-marroquí) estuvieran tan presentes en los programas y materiales docentes del Protectorado. Ahora bien, siempre con un claro predominio de las posturas de un IDEA que, aunque a veces coincidió con las propuestas del africanismo del IEP, no partía exactamente de los mismos fundamentos.

⁹⁰ En los distintos reglamentos de la Academia de Interventores que la Delegación de Asuntos Indígenas publicaba anualmente aparecían detalladas las asignaturas, con sus horarios, programas y profesores. DELEGACIÓN DE ASUNTOS INDÍGENAS, *Academia de Interventores, curso teórico de 1947, Reglamento provisional*, Tetuán, 1947; DELEGACIÓN DE ASUNTOS INDÍGENAS, *Academia de Interventores, curso teórico de 1948, Reglamento provisional*, Tetuán, 1948; DELEGACIÓN DE ASUNTOS INDÍGENAS, *Academia de Interventores, curso de 1949-50*, Tetuán, 1949; DELEGACIÓN DE ASUNTOS INDÍGENAS, *Academia de Interventores, curso de 1950-51*, Tetuán, 1950; DELEGACIÓN DE ASUNTOS INDÍGENAS, *Academia de Interventores, curso de 1951-52*, Tetuán, 1951. Para más información sobre la Academia de Interventores, véase José Luis VILLANOVA VALERO, *Los interventores...*, pp. 233-245.

5.3. DIFUSIÓN AFRICANISTA EN EL ESPACIO PÚBLICO

Tras analizar la presencia del discurso africanista y arabista en el ámbito escolar, nos centraremos a continuación en otros espacios que, con frecuencia, fueron utilizados por los distintos imperialismos para expandir sus ideas y llegar al mayor número posible de personas. En este sentido, nos acercaremos a certámenes y exposiciones (tanto coloniales como generalistas), a conmemoraciones o festividades (como el “Día de África”) y a los medios de comunicación de masas (prensa, cine y radio) para ver hasta qué punto el africanismo español estuvo presente y para comprobar si realmente se valió de todos los instrumentos a su alcance para construir una verdadera “conciencia africanista”.

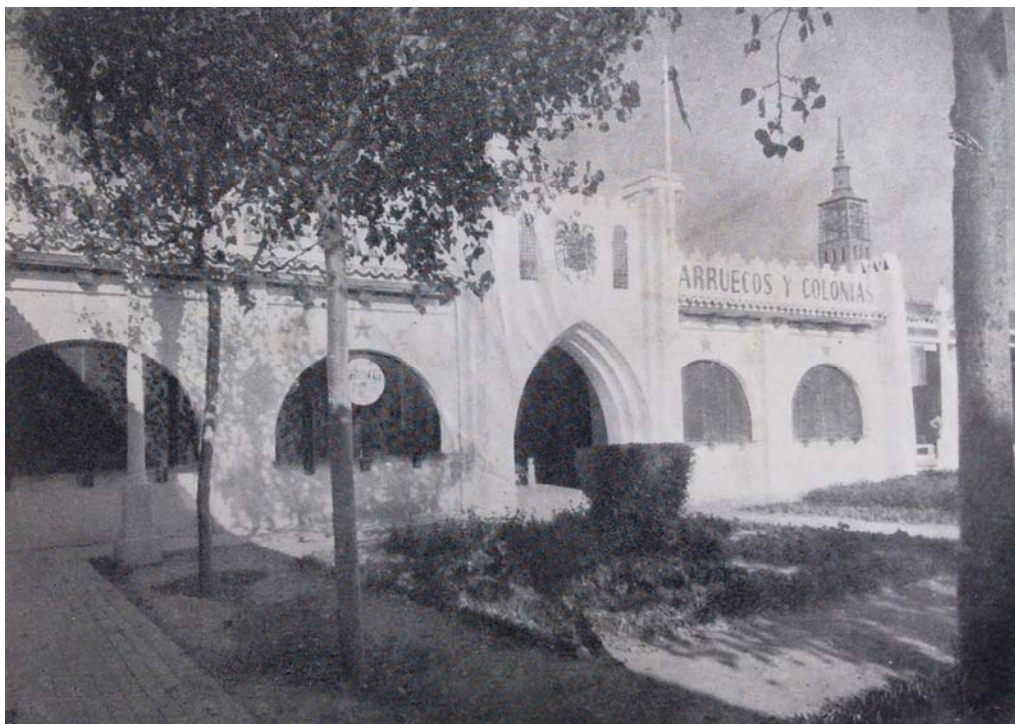
5.3.1. Certámenes y exposiciones

Durante los años cuarenta y cincuenta, el régimen franquista organizó numerosas exposiciones artísticas, turísticas y comerciales en las que el africanismo tuvo una presencia importante⁹¹. Aunque la mayoría de esos certámenes no eran exhibiciones coloniales propiamente dichas, sirvieron para dar a conocer la labor que España estaba llevando a cabo en sus colonias africanas. En la mayoría de Ferias de Muestras que se celebraron durante aquellos años (en Barcelona, Valencia, Zaragoza, etc.), la Dirección General de Marruecos y Colonias organizó pabellones coloniales con una clara finalidad propagandística.

Gracias a las imágenes conservadas o a la descripción de los distintos catálogos de exposiciones, sabemos que el pabellón de Marruecos, que presentaba siempre una “típica ambientación moruna” (véase **FIG. IV**), solía mostrar productos característicos como perfumes, orfebrería, cueros repujados, alfombras, café, etc. a la vez que exponía bibliografía arabista y africanista, folletos turísticos, o pinturas y fotografías de destacados artistas africanistas como Mariano Bertuchi.

⁹¹ María Luisa BELLIDO GANT, “Difundir una identidad: la promoción exterior de Marruecos”, en Federico CASTRO MORALES (ed.), *Al-Andalus: una identidad compartida. Arte, ideología y enseñanza en el Protectorado Español en Marruecos*, Madrid, Universidad Carlos III, 1999, pp. 75-90.

FIGURA IV. Pabellón colonial en la Feria de Muestras de Zaragoza (1949)



FUENTE: J. DÍAZ DE VILLEGAS, “Labor del Instituto de Estudios Africanos”, *África*, nº 85 (1949), p. 5.

Los catálogos de las Ferias de Valencia, por ejemplo, nos indican que “por su vistosidad y colorido”, el Pabellón de Marruecos siempre fue el más visitado, lo cual obligó en 1951 a ampliar el recinto con instalaciones anejas en las que se simulaba “con la mayor fidelidad de reproducción y ambiente posibles” un zoco con sus “bakalitos” o pequeñas tiendas de productos autóctonos. Estas mismas fuentes señalan, además, que cada año pasaban por la Feria cerca de 20.000 alumnos de escuelas nacionales y profesionales que, acompañados de sus profesores, recibían una información sobre la labor de España en Marruecos⁹².

Era muy frecuente también que, dentro de las Ferias, se organizaran actos como ciclos de conferencias o proyección de documentales que, entre otras cosas, reforzaban la labor propagandística desarrollada por los distintos pabellones. En este sentido, sabemos que en 1952, la Feria de Valencia proyectó los cortometrajes “Caballería

⁹² BNE, *Catálogo oficial de la XXIII Feria Muestrario Internacional de Valencia*, 1945, pp. 75-77; *Catálogo oficial de la XXIV Feria Muestrario Internacional de Valencia*, 10-25 de mayo de 1946; *Catálogo oficial de la XXVI Feria Muestrario Internacional de Valencia*, mayo de 1948, p. 73; *Catálogo oficial de la XXVIII Feria Muestrario Internacional de Valencia*, mayo de 1950, p. 69; *Catálogo oficial de la XXIX Feria Muestrario Internacional de Valencia*, mayo de 1951, p. 71; *Catálogo oficial de la XXX Feria Muestrario Internacional de Valencia*, mayo de 1952, p. 93; *Catálogo oficial de la XXXI Feria Muestrario Internacional de Valencia*, mayo de 1953, p. 89; *Catálogo oficial de la XXXIII Feria*

jalifiana”, “Nocturno en la Ciudad Santa”, “Médicos de Marruecos”, “Nómadas”, “Nador” o “Campamento Varela”⁹³.

Muy ligados a las ferias y a las exposiciones estuvieron muchos de los certámenes africanistas que tuvieron lugar durante aquellos años. Así, por ejemplo, la Exposición de Pintores de África, organizada anualmente por el IDEA para incentivar el interés por Marruecos, se vinculaba a un concurso en el que los ganadores de cada una de las secciones (pintura, escultura, acuarela, dibujo y grabado) eran galardonados con la denominada medalla de África.

FIGURA V. Ejemplo de “sellos coloniales” de temática africanista



FUENTE: Lorenzo NOGUES MUSOL, “Los sellos de correos coloniales”, *África*, nº 103 (1950), p. 18

En la misma línea, otra exposición, la de Sellos Coloniales, iba acompañada de un certamen convocado por Presidencia del Gobierno basado en la realización de dibujos que, en caso de ganar, serían estampados en los sellos de uso corriente en los territorios africanos (FIG. V). En esas ilustraciones debían aparecer hechos memorables (conquistas, expediciones militares, etc.), vistas extraordinarias, retratos de personajes célebres, etc.⁹⁴ En definitiva, “debían enseñar historia y geografía” y “hacer penetrar

Muestrario Internacional de Valencia, mayo de 1955, p. 79; *Catálogo oficial de la XXXIV Feria Muestrario Internacional de Valencia*, 1-20 de mayo de 1956, pp. 81-83.

⁹³ *Memoria reglamentaria del XXX Certamen Feria Muestrario Internacional de Valencia*, Valencia, [s.n.], 1952, p. 29.

⁹⁴ “Vida hispanoafriana: Se inaugura exposición de dibujos para sellos coloniales”, *África*, nº 89 (1949), p. 35; “Orden de la Presidencia del Gobierno de 30 de agosto de 1949 por la que se dispone la

pictóricamente, deleitando, los temas africanos en las anónimas mentes de millares y millares de aficionados”⁹⁵.

De entre todos los certámenes africanistas, probablemente los más importantes fueron los conocidos como “Premios África de Literatura y Periodismo”, establecidos por Orden de Presidencia del Gobierno de 27 de diciembre de 1944 a petición de la Dirección General de Marruecos y Colonias. Estos premios, se estructuraban en diferentes categorías y cada una de ellas tenía asignada una cantidad en metálico diferente.

Había una primera dotación (que empezó siendo de 2.500 pesetas) para el articulista que presentase el mejor conjunto de cinco artículos dedicados a exaltar la obra colonizadora en el Protectorado y a estimular el interés nacional por los temas hispano-africanos. Con los años, la cuantía se incrementó y se pasó a premiar con 3.000, 1.500 y 1.000 pesetas a los autores de las tres mejores colecciones de artículos de divulgación africanista.

La segunda categoría, premiada inicialmente con 4.000 pesetas, correspondía a la mejor publicación de periódico, diario o revista no especializada en cuestiones de África que durante los años anteriores hubiese hecho un trabajo de divulgación africanista. Con el tiempo, el perfil de los candidatos se amplió a emisoras nacionales de radiodifusión y la cuantía de los premios, así como el número de premiados, se incrementó.

Finalmente, había un tercer premio de 10.000 pesetas (llegó a ser de 25.000) para autores de novelas inéditas sobre temas concretos preestablecidos anualmente. Con los años, las bases del concurso cambiaron y las novelas dieron paso a estudios histórico-científicos inéditos que, pese al valor del premio, quedaron desiertos en las últimas convocatorias⁹⁶.

emisión especial de sellos de correos para celebración del «Día del Sello Colonial», en el año 1950”, *África*, nº 94 (1949), p. 40.

⁹⁵ Lorenzo NOGUES MUSOL, “Los sellos de correos coloniales”, *África*, nº 103 (1950), pp. 18-19.

⁹⁶ Algunos de los temas establecidos fueron “La obra colonizadora de los españoles en África” (1945), “El movimiento africanista en España en la segunda mitad del siglo XIX, como antecedente de la acción en África” (1950), “Exploradores españoles en el África Atlántica en la época de los Reyes Católicos” (1952), “El Reino de Granada” (1953) o “El Estrecho de Gibraltar, nexo de unión hispano-africana” (1954). Para una información más detallada sobre este certamen, véanse “Vida hispanoafriicana: Se crean los premios anuales «África» de Literatura y Periodismo para exaltar la labor africanista de España”, *África*, nº 37-38 (1945), p. 57; ORDEN de 19 de diciembre de 1949 por la que se dispone el anuncio de concurso para adjudicación de los premios “África” de Literatura y Periodismo 1950 (B.O.E., 29-12-1949); “Vida hispanoafriicana: Premios África 1952”, *África*, nº 122 (1952), p. 30; “Vida hispanoafriicana: Los premios «África» de periodismo y literatura para 1954”, *África*, pp. 27-28; “Vida hispanoafriicana: Los premios «África» de periodismo 1955”, *África*, nº 170 (1956), p. 21.

A pesar de los cambios introducidos y del apoyo institucional con el que contaron, estos certámenes distaron mucho de ser un éxito desde la perspectiva de la difusión africanista. Los autores premiados siempre fueron el tipo de “intelectuales” que gravita en torno a las élites dirigentes, en este caso en torno a los círculos africanistas más oficiales, para medrar o hacer carrera (la mayoría acabaron en el IDEA o escribiendo en *África*, si no lo hacían ya), por lo que los “Premios África” acabaron siendo un evento de autoconsumo, basado en el autorreconocimiento del propio mundillo y sin una verdadera voluntad de trascender los círculos africanistas más oficiales.

5.3.2. Conmemoraciones africanistas: el “Día del Codicilo”

“En este año conmemorativo de los Reyes Católicos es obligado solemnizar la iniciación de nuestra política africana, tan expresiva en el testamento de Isabel de Castilla y en el Codicilo que añadiera y firmara el día 23 de noviembre de 1504, al mismo tiempo que se proclaman las afinidades de los dos pueblos, marroquí y español, tan ligados por la sangre y la historia.

En su consideración, y de acuerdo con la misión encomendada a este Ministerio con motivo del V Centenario de los Reyes Católicos, se ha servido disponer:

Artículo primero. El día 23 de noviembre próximo, aniversario del comienzo de nuestra política africana, se celebrará en todos los Centros docentes dependientes de este Ministerio, un acto solemne dedicado a la exaltación de la misión africana de España.

Artículo segundo. Sin perjuicio de lo dispuesto en el artículo anterior, la citada fecha se considera día festivo a los efectos académicos [...]

Madrid, 19 de abril de 1952
RUIZ GIMÉNEZ⁹⁷.

El 23 de noviembre de 1504 la reina Isabel la Católica, en su lecho de muerte, firmó el Codicilo en el que, según numerosos africanistas, venían marcadas las directrices de la política africana de España. Para conmemorar ese hecho, Presidencia del Gobierno decidió, en 1952, que, con carácter permanente, el 23 de noviembre fuese declarado festivo a efectos académicos y que ese día se celebrasen en la metrópoli y en las colonias actos para difundir y exaltar la misión española en África y para recordar

⁹⁷ Orden de 19 de abril de 1952, por la que se dispone se conmemore la fecha del 23 de noviembre próximo en todos los Centros docentes dependientes del Departamento, en *Día de África 1952. Actos conmemorativos celebrados en el I.D.E.A. Artículos publicados en la Prensa*, Madrid, IDEA, 1953, p. 13

las razones de sangre, los imperativos geográficos y los argumentos históricos que obligaban a los españoles a mirar hacia el sur.

Como conmemoración nacional, por tanto, el “Día de África” se basaba en la sublimación del pasado español y en la exaltación de la raza. Como celebración africanista, remitía a un acontecimiento considerado fundamental para los partidarios de la acción africana de España, ya que el “mandato” fijado en el testamento de la Reina Isabel era leído como el inicio del Imperio africano y de la idea de misión universal de España.

Desde su aprobación, las escuelas, tal y como establecía la disposición del Ministerio de Educación, suspendieron las clases ordinarias y dedicaron el día a exaltar la labor española en África. Organismos como el IDEA organizaron ciclos de conferencias, recitales o exposiciones para poner de relieve la ejemplaridad de la tarea civilizadora de España. Los periódicos publicaron artículos sobre “el generoso espíritu de hermandad de los españoles”, su “tutela fraternal” o el proyecto africano que, tras siglos de política errática, aún había que completar⁹⁸.

Fueron también frecuentes los actos de homenaje como el que, en 1953, organizó el IDEA en su visita a Madrigal de las Altas Torres. Allí, justo en la habitación donde nació Isabel I, y tras la celebración de una misa solemne, se descubrió una lápida (**FIG. VI**) en un acto al que asistieron el obispo y gobernador civil de Ávila, un representante del gobernador militar, el presidente de la Diputación y el alcalde, así como el director y el secretario del IDEA y muchos de sus colaboradores⁹⁹.

⁹⁸ Algunos de los titulares del primer año en que se conmemoró el Día de África fueron “Cómo se nos despojó de Guinea”, *ABC* (Madrid, 27-11-1952), Leopoldo RODRÍGUEZ ALCALDE, “España mostró siempre un espíritu de hermandad y comprensión hacia sus colonias de África”, *Alerta*, (Santander, 23-11-1952); “Misión africana”, *Arriba* (23-11-1952); “Hoy, día de África”, *Baleares* (Palma de Mallorca, 23-11-1952); “El codicilo de Isabel I de Castilla”, *Córdoba* (Córdoba, 23-11-1952); “El Día de África en el calendario español”, *Diario de África* (Tetuán, 23-11-1952); “El Día de África”, *Diario de Barcelona* (Barcelona, 23-11-1952); “Hoy es el día de África”, *Diario español* (Tarragona, 23-11-1952); “Día de África”, *Diario regional* (Valladolid, 23-11-1952); “La obra de España en las colonias africanas”, *El Alcázar* (Madrid, 22-11-1952); “Hoy se celebra por primera vez el «Día de África»”, *El Correo de Andalucía* (Sevilla, 23-11-1952); “África, misión de España”, *El Ideal Gallego* (La Coruña, 23-11-1952); “Hoy se celebra por primera vez el «Día de África»”, *Mediterráneo* (Castellón, 23-11-1952). Para más información, especialmente referida a otros años, consúltense , “Vida hispanoafriicana: El día de África”, *África*, nº 132 (1952), pp. 46-47; “Vida hispanoafriicana: Día de África”, *África*, nº 144 (1953), p. 41; “Vida hispanoafriicana: El Día de África”, *África*, nº 168 (1955), pp. 13-21.

⁹⁹ José DÍAZ DE VILLEGAS, “Actividades del Instituto de Estudios Africanos en 1952”, *África*, nº 134 (1953), pp. 2-5. En la misma línea, los actos celebrados durante los años sucesivos también estuvieron protagonizados exclusivamente por las élites políticas y los círculos africanistas. Véase, por ejemplo, la descripción recogida en “Hoy, Día de África”, *ABC* (23-11-1954), p. 30.

FIGURA VI. Lápida de homenaje del IDEA a Isabel la Católica, en Madrigal de las Altas Torres



FUENTE: José DÍAZ DE VILLEGAS, “Actividades del Instituto de Estudios Africanos en 1952”, *África*, nº 134 (1953), p. 4

De todo esto podemos deducir que el denominado “Día de África” fue una conmemoración que, fundamentalmente, se circunscribió a una dimensión institucional. En primer lugar, fue una fiesta puramente retórica y nostálgica promovida por las élites africanistas del régimen¹⁰⁰. Los actos celebrados no contaron con una gran asistencia de personas, sino con un público selecto (élites, autoridades, etc.) que producía y consumía unos discursos profundamente academicistas y ritualizados (con todos los tópicos que hemos podido ver a través del estudio de la revista *África*).

Aunque no hubo ni desfiles ni procesiones ni manifestaciones de carácter popular que pudieran lograr una mayor implicación social, las escuelas sí llevaron a cabo actividades africanistas durante ese día. No obstante, eso no fue algo espontáneo, sino dirigido por unos profesores a los que, desde arriba, se les había dado una serie de instrucciones. En la misma línea, es verdad que en muchos periódicos se recogieron noticias relacionadas con esta festividad, pero debemos tener presente que en un contexto como el franquista, caracterizado por la censura y el control editorial de la

¹⁰⁰ Debemos señalar, en este sentido, que la figura de Isabel la Católica ya venía siendo homenajeada desde hacía años por parte de determinados círculos africanistas. Así, por ejemplo, en 1950 la Dirección General de Marruecos y Colonias conmemoró el 5º centenario de su nacimiento, considerado “una fiesta trascendente en los anales africanos [...] porque esta Reina vio la necesidad de prolongar en Marruecos la obra que parecía terminada con la toma de Granada”. “Vida hispanoafriana: La D. G. de Marruecos y Colonias a la vanguardia de la celebración del centenario de Isabel la Católica”, *África*, nº 105 (1950), p. 39.

prensa, esto no demostraba el interés de la sociedad civil por una nueva conmemoración.

Por todo ello, podemos concluir que, desde la perspectiva de la participación y la implicación de la sociedad, el “Día de África” no penetró de manera efectiva en las conciencias y las prácticas sociales de la gente, por lo que su utilidad desde el punto de vista de la difusión africanista fue más bien escasa. Por otro lado, si atendemos a su contenido, la conmemoración de la firma del Codicilo por parte de Isabel la Católica respondió claramente a los presupuestos del africanismo más ortodoxo, el del IDEA, puesto que utilizaba un “mandato misional de expansión y conquista” para justificar unos “lazos fraternales” concebidos de manera distinta a como los planteaban Gil Benumeja, Martín de la Escalera o Cordero Torres.

5.3.3. El africanismo y los medios de comunicación de masas

La transformación experimentada por los medios de comunicación tradicionales, como la prensa escrita, y la aparición de nuevos soportes como el cine o la radio posibilitaron el desarrollo de una política más activa de propaganda africanista.

A lo largo de este trabajo hemos visto que los periódicos se hicieron eco de las manifestaciones africanistas con mucha frecuencia, sobre todo durante los años de la Segunda Guerra Mundial, y que importantes diarios de difusión nacional, como *ABC* o *Arriba*, dedicaron numerosas páginas a hablar de la misión africana de España, a pormenorizar todas las celebraciones organizadas en Madrid y las principales capitales de provincia o, incluso, a una “vulgarización histórica” que, con un lenguaje más o menos sencillo y exaltador de las pasiones patrias, permitía acercar muchas de las ideas africanistas a un gran número de personas.

En esta misma línea, el desarrollo de las técnicas de reproducción de la fotografía permitió también la aparición de toda una serie de publicaciones que, como la revista *Fotos*, se basaban en reportajes iconográficos de mayor o menor impacto. Esta prensa ilustrada permitía que sus lectores “revivieran” las principales manifestaciones o ceremonias (entre ellas las africanistas), gracias a unas fotografías que les acercaban como nunca a los hechos presentados¹⁰¹.

¹⁰¹ Sirvan como ejemplo de lo que estamos señalando algunos de los artículos que la revista *Fotos* publicó desde su nacimiento hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial: “Homenaje de los peregrinos de la Meca. El Generalísimo Franco en Sevilla”, *Fotos* (10-4-1937), pp. 16-17; “El gran visir de Marruecos habla y escribe para los lectores de fotos”, *Fotos* (17-6-1939), pp. 11-12; “De Tetuán a la Meca con los

El cine, aparecido en España en 1896, fue también un importante medio de difusión, ya que desde bien pronto logró seducir a un amplio público. El director cinematográfico Arturo Pérez Camarero, en este sentido, no dudaba en señalar que ese “nuevo medio de expresión, tiene más alcance que la prensa y más eficacia que la radio”, por lo que podía resultar muy útil para “la siembra de sentimientos y de ideas, que ha de fructificar beneficiosamente en la conciencia nacional”¹⁰².

Desde el primer momento, los franquistas consideraron su uso como un arma de adoctrinamiento y creación de identidades, por lo que promovieron un cine patriótico, un “cine de la raza”, en el que el africanismo intentó ganarse un espacio.

Con este espíritu nació el denominado “cine colonial”, un tipo de cine que, según los expertos, tuvo una vigencia aproximada de unos treinta años: desde la producción de la ya citada *Alma rifeña*, en 1922, hasta *La llamada de África*, de 1952¹⁰³.

Durante ese periodo, aparecieron películas como *La canción de Aixa* (Florián Rey, 1939), *¡Harka!* (Carlos Arévalo, 1941), *¡A mí la legión!* (Juan de Orduña, 1942), *¡Legión de héroes!* (Armando Sevilla i Juan Fortuna, 1942) o *Yébala* (Javier de Rivera, 1946); unas películas que, en general, como sucedía con el discurso africanista más oficial, combinaron la exotización del territorio y de sus pobladores con una exaltación de la labor española en el Protectorado y el resto de colonias. No resulta extraño, pues, que para muchos historiadores este interés cinematográfico por África sea una prolongación de la tendencia orientalista de la pintura y de la literatura¹⁰⁴.

peregrinos de Franco. XV. La Meca”, *Fotos* (29-7-1939), pp. 26-28; “Del viaje de un periodista. En el Cairo”, *Fotos* (12-8-1939), pp. 26-28; “Moros notables en España”, *Fotos* (9-9-1939), pp. 11-13; “Fraternidad hispano-árabe. La medalla de Isabel la Católica en el pecho de un musulmán”, *Fotos* (20-1-1940), pp. 18-19; “Un príncipe moro bajo el cielo de España. El hijo del Jalifa estudiante en Madrid”, *Fotos* (10-2-1940), pp. 19 y 32; “Un día de los siete días de la boda mora”, *Fotos* (27-6-1940), p. 19; “La bandera española bajo el cielo de Tánger”, *Fotos* (22-6-1940), pp. 16-17; “Marruecos, horizonte de nuestro resurgimiento económico”, *Fotos* (6-7-1940), pp. 6-7; “Marruecos, misión de España”, *Fotos* (23-11-1940), p. 11; “El arte español conquistó una a una las ciudades de Marruecos. Arquitectura hispanomorisca”, *Fotos* (10-5-1941), p. 9; “Mujeres de Marruecos”, *Fotos* (7-6-1941), pp. 12-13; “La guardia mora del Generalísimo celebra la fiesta de Ait-el-Seguer”, *Fotos* (17-10-1942), p.14; “Tres torres hermanas” [Kutubia de Marrakex, la torre Hasan en Rabat y “nuestra Giralda”], *Fotos* (24-6-1944), p. 65. Sobre la importancia de la prensa ilustrada como medio de difusión, consúltese Dolores SAIZ ROCA, “Propaganda e imagen: los orígenes del fotoperiodismo”, *Historia y comunicación social*, nº 4 (1999), pp. 173-182.

¹⁰² Arturo PÉREZ CAMARERO, “El cine hispano-marroquí. El deber lo exige y el interés lo aconseja”, *África*, nº 41 (1945), p. 21.

¹⁰³ Como señala Alberto Elena, a partir de esa fecha, el cine español se sirvió de África simplemente como marco para películas de aventuras o espionaje. Alberto ELENA, *La Llamada de África: estudios sobre el cine colonial español*, Barcelona, Bellaterra, 2010.

¹⁰⁴ Isabel SANTAOLALLA, *Los “otros”. Etnicidad y “raza” en el cine español contemporáneo*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005, p. 50.

Muchas de esas películas contribuyeron a exaltar la secular hermandad hispano-marroquí, aunque sin renunciar, generalmente, a un discurso militarista y paternalista que, en ocasiones, hacía que “los moros deviniesen oscuros figurantes que han de ceder su protagonismo a legionarios que apenas se dirigen a ellos”¹⁰⁵. En algunos casos, incluso, ese discurso fraternal se combinaba con el histórico cliché, tan extendido desde los años de las guerras del Rif, del “moro mezquino y traidor” que ataca por la espalda a aquél que ha ido a tenderle la mano y civilizarlo¹⁰⁶. Era frecuente, por tanto, que las películas presentaran a “moros amigos”, leales a España y partidarios de su presencia en Marruecos, y a “moros enemigos” que, con malas artes, promovían su salida del norte de África.

Junto a estas producciones, debemos destacar también la existencia de numerosos documentales centrados en la labor protectora de España. Fueron frecuentes las exhibiciones cinematográficas patrocinadas por la Dirección General de Marruecos y Colonias y el IDEA sobre la política educativa (*Cauce de hombres*), los avances sanitarios (*Médicos de Marruecos*), los orígenes históricos de la presencia española en África (*Reliquias españolas en el Norte de África*) o el valor de un Ejército que había hecho posible todos esos logros (*La Legión*)¹⁰⁷.

De entre todos los documentales, parece que uno de los de mayor éxito fue *Marruecos*, dirigido por Arturo Pérez Camarero, financiado por la Alta Comisaría y la Dirección General de Marruecos y Colonias y estrenado en el cine Capitol de Madrid, con la presencia de las personalidades del mundo oficial y diplomático, el 19 de enero de 1945. El film comenzaba con la reconstitución del debatido proceso geológico de la rotura del arco tectónico de Gibraltar (con el consecuente hundimiento y aparición de continentes) para justificar la natural unidad geográfica de España y Marruecos. Seguía con el relato histórico y político de la acción española en el norte de África, con las negociaciones con Francia para el establecimiento del Protectorado, y concluía con un recorrido por la gran labor desempeñada desde 1912 por una España que, si por algo se había caracterizado, era por el profundo respeto a sus colonizados¹⁰⁸.

¹⁰⁵ Alberto ELENA, “La llamada de África: una aproximación al cine colonial español” en Román GUBERN (coord.), *Un siglo de cine español*, Madrid, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, 1998, p. 255.

¹⁰⁶ Eloy MARTÍN CORRALES, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002

¹⁰⁷ “Vida hispanoafriicana: España en Marruecos”, *África*, n° 90 (1949), p. 35.

¹⁰⁸ “«Marruecos», Documental cinematográfico de la zona española”, *África*, n° 27 (1944), p. 96; “Cultura: charla cinematográfica”, *África*, n° 37-38 (1945), p. 55.

Todas estas películas y documentales, no obstante, debieron convivir con otro tipo de producciones que, centradas generalmente en la Edad Media y Moderna, no contribuían en absoluto a reforzar el discurso de hermandad hispano-árabe.

Así, por ejemplo, *La nao capitana* (1946), narraba las aventuras de un morisco, Abd-Allah (Manuel Luna) en la época de los Reyes Católicos. El carácter cruel y maligno de este personaje lo llevaba irremediabilmente a la muerte, ya que era ejecutado como consecuencia de sus múltiples maldades. La imagen que sobre los moriscos transmitía esta película era profundamente negativa; sobre todo si tenemos en cuenta que sólo cuando Abd-Allah, al final de la cinta, se arrepentía de sus pecados y se bautizaba, se admitía la posibilidad de salvación de su alma¹⁰⁹.

En unos términos similares se presentaba *La dama del armiño* (Eusebio Fernández Ardavín, 1947), situada en Toledo durante el reinado de Felipe II y centrada en los amores de Samuel (Jorge Mistral) y Catalina (Lina Yegros). El primero, un orfebre judío, se enamoraba de Catalina durante la procesión del Corpus y, por ello, era denunciado al Tribunal de la Inquisición, dada la prohibición expresa de que un judío mantuviese relaciones con una cristiana. La dama ocultaba a su enamorado, pero, finalmente, era capturado y condenado a muerte. Sólo la intervención de Catalina permitía que el joven se convirtiera al cristianismo y pudiera así librarse de su fatal destino. La morisca Jarifa, en cambio, no tendría esa suerte y moriría trágicamente, no sin antes haber rezado el padrenuestro a instancias del converso Samuel. Resulta llamativo, en este sentido, que la película empezase con la presentación de una España relativamente multirreligiosa (con presencia de judíos, moriscos y cristianos) y terminase con un escenario netamente cristiano¹¹⁰.

En tercer lugar, podemos destacar la película *Amaya* (Luis Marquina, 1952), centrada en los años de la entrada de los árabes. La película empezaba con el enfrentamiento entre vascos y visigodos por el control del norte peninsular, pero, de pronto, la invasión árabe lo cambiaba todo, ya que los combatientes se unían para hacer frente a los recién llegados. Los árabes eran presentados como una amenaza terrible y eso favorecía una alianza que estaba en la base de la formación de la identidad nacional¹¹¹. Una vez más, por tanto, los discursos de hermandad basados en los denominados vínculos hispanoárabes eran inexistentes en esta película.

¹⁰⁹ Montserrat BROS DURAN, *La imagen del mundo árabe en el cine español (1939-1975)*, tesis doctoral inédita, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1992, p 306.

¹¹⁰ SANTAOLALLA, *Los "otros"...*, op. cit., pp. 45-46.

¹¹¹ BROS DURAN, *La imagen del mundo árabe...*, op. cit., p. 353.

El cine podría haber ocupado un papel de primera magnitud con respecto a los intereses coloniales españoles, como lo hizo en los casos británico, francés o italiano. Sin embargo, todo parece indicar que no fue así. Los cortometrajes documentales sobre el área norteafricana y las películas africanistas tuvieron, salvando alguna excepción, una difusión relativamente escasa si los comparamos con estas últimas películas comentadas. Además, la escasa planificación de la política cinematográfica del africanismo se concretó en una sucesión de proyecciones esporádicas, sin un diseño coherente, que, a partir de mediados de los años cincuenta, se centraron casi exclusivamente en temas de espionaje o aventuras en tierras marroquíes.

Finalmente, concluiremos este apartado sobre la difusión del africanismo en los medios de comunicación de masas haciendo referencia a la radiofonía.

La radio apareció en España en 1924. Aunque comenzó como algo lúdico, enseguida fue utilizada para retransmitir acontecimientos políticos e influir en la configuración de la opinión pública¹¹². Prácticamente desde el principio, el africanismo recurrió a este medio de comunicación para difundir sus ideas. En 1925, Primo de Rivera ya utilizó las ondas para dirigirse a la población y justificar la gran ofensiva de Alhucemas, iniciada a principios de septiembre¹¹³.

Durante el franquismo, el uso de la radio por parte del mundo africanista y arabista fue bastante frecuente, sobre todo durante los años cuarenta. Así, en Radio S.E.U. o en Radio España, se celebraron con asiduidad ciclos de emisiones de temática africana en los que intervinieron muchos de los africanistas citados en los capítulos anteriores¹¹⁴. No obstante, en lo que nos centraremos a continuación es en un programa cultural de temas andalusíes o árabes que, titulado *Charlas sobre el mundo árabe*, se emitió en Radio Nacional de España entre 1950 y 1952 y que contó con la intervención del periodista Tayyedin Buzid, del político Alberto Fernández Galar y del arabista Rodolfo Gil Benumeya.

La primera particularidad de esta emisión es que se realizaba en árabe, por lo que no estaba pensada para un público peninsular, sino para los marroquíes del Protectorado español o para cualquier hablante de árabe que pudiera sintonizar la radio española. El

¹¹² Armand BALSEBRE, *Historia de la radio en España. 1874-1939* (Vol. I), Madrid, Cátedra, 2001.

¹¹³ El discurso radiado de Miguel Primo de Rivera lo podemos encontrar reproducido en “Fiesta de la Raza. La audición extraordinaria de anoche de Radio Club Sevillana”, *El Liberal* (Sevilla, 14-10-1925), p. 2.

¹¹⁴ “Actividades culturales africanistas”, *África*, nº 33-34 (1944), p. 132; “Vida hispanoafriana: Conferencias radiofónicas sobre África por la emisora Radio España”, *África*, nº 61-62 (1947), p. 73.

enfoque adoptado por los tres colaboradores no era exactamente el mismo, pero sí trataron más o menos temáticas similares que, a continuación, intentaremos sintetizar.

En primer lugar, fueron muy frecuentes las *charlas* sobre el pasado andalusí, tanto desde una perspectiva de relato histórico puro y duro, como de exaltación de ese período a través de referencias culturales vinculadas con el arte, la literatura, etc.¹¹⁵ En general, se solía destacar la grandeza de la cultura hispanoárabe, así como la idea de una sociedad plural y multirreligiosa en la que la tolerancia y la convivencia fueron muy habituales¹¹⁶. Aunque hubo diversas emisiones, sobre todo de Fernández Galar, dedicadas a la “Reconquista”, incluso en ese caso los enfrentamientos eran presentados en términos de una lucha de caballeros en los que el heroísmo y la altura moral eran la tónica dominante¹¹⁷. Vinculadas con el tema andalusí, pero también con el mundo árabe en general, muchas otras emisiones se dedicaron a contar leyendas y cuentos más o menos exóticos en los que solía haber algún tipo de moraleja¹¹⁸.

En segundo lugar, muchas de las intervenciones se centraron en la labor que España estaba llevando a cabo en el Protectorado de Marruecos, una labor que, una vez más, mostraba el supuesto desinterés con el que la nación protectora ayudaba a su hermano del sur¹¹⁹. Otras emisiones se dedicaron a resaltar la firma de tratados culturales y políticos entre España y los Estados árabes o las visitas de líderes del

¹¹⁵ Rodolfo GIL BENUMEYA, “El mes de abril es, siempre en España, el mes de Sevilla, la ciudad de la gracia cantada por los poetas árabes de todos los tiempos”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 5 de abril de 1950; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “Los romances moriscos”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 26 de abril de 1950; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Anverso y reverso artístico de la Alhambra y el Generalife en Granada”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 18 de septiembre de 1950; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Actualidad y evocación de la arquitectura hispano-musulmana”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 4 de diciembre de 1951.

¹¹⁶ Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “Mozárabes y mudéjares”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 22 de enero de 1951.

¹¹⁷ Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “El Caudillo Adenamar”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 22 de abril de 1950; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “El Grande Abd-al-Rahman”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 19 de septiembre de 1950; Tayeddin BUZID, “Mío Cid y Almanzor héroes nacionales”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 31 de agosto de 1951; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “Un amigo del Cid”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 5 de febrero de 1952.

¹¹⁸ Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “Cuentos de moros”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 17 de octubre de 1950; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “Historia y leyenda de Aben-Humeya”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 6 de marzo de 1951; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “La leyenda de Al-Hamar”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 11 de abril de 1951; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “El caíd astuto”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 25 de septiembre de 1951.

¹¹⁹ Tayeddin BUZID, “LA enseñanza profesional en la zona jalifiana”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 13 de enero de 1951; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Economía social de Marruecos”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 29 de febrero de 1951; Tayeddin BUZID, “Acción educativa en el África Occidental Española”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 8 de marzo de 1951.

mundo arabo-musulmán para demostrar que el célebre discurso de la amistad hispanoárabe iba más allá de la retórica y se concretaba en alianzas reales¹²⁰.

Todo esto, además, se veía reforzado por las numerosas *charlas* sobre Hispanidad y Arabidad en las que se enfatizaba la elevada espiritualidad de árabes y españoles¹²¹ y en las que se establecían vínculos entre el mundo musulmán y América Latina a través de la “Madre España”, pero también de la emigración¹²².

Estos enfoques permitían articular una vez más un discurso de hermandad y cooperación entre España y los arabo-islámicos que debía basarse en la “compenetración entre dos razas hermanas”. Precisamente por esta amistad, España tenía la obligación de posicionarse ante situaciones como la de Palestina¹²³ o de dar apoyo a los movimientos nacionalistas del Próximo Oriente¹²⁴ y del norte de África¹²⁵.

Con relación a esta última cuestión, uno de los temas que apareció con asiduidad en estas emisiones de RNE fue el denominado conflicto angloegipcio por el control del Sudán y la anulación del tratado de 1936, que permitía a Inglaterra conservar tropas e intereses estratégicos en el país. En más de una ocasión, Tayeddin Buzid dedicó sus *charlas* a este asunto, concluyendo con frecuencia que “hay un hecho más importante que todo cuanto se diga acerca del doble problema que opone Inglaterra a Egipto y es que este último país ha alcanzado ya su plena madurez política y resulta poco menos

¹²⁰ Tayeddin BUZID, “Un hecho señalado en la cooperación hispano-árabe”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 18 de marzo de 1950; Alberto FERNÁNDEZ GALAR, “Hoy y ayer”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 21 de marzo de 1950; Tayeddin BUZID, “Feliz coincidencia”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 10 de mayo de 1950; Tayeddin BUZID, “Un año más de amistad hispanoárabe”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 29 de diciembre de 1951; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Conmemoración y presencia del doctor Abdul Hamid Bey Said”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 22 de abril de 1952.

¹²¹ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Hispanidad y Arabidad ante el momento internacional”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 8 de noviembre de 1950; Tayeddin BUZID, “Figuras árabes de la Hispanidad: Habib Estefano”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 6 de junio de 1952; Tayeddin BUZID, “Figuras árabes de la Hispanidad contemporánea: Adela Zamud, poetisa de Bolivia”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 20 de junio de 1952.

¹²² Tayeddin BUZID, “Árabes en tierras aztecas”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 30 de marzo de 1950; Tayeddin BUZID, “Los primeros inmigrantes árabes en América”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 12 de agosto de 1950; Rodolfo GIL BENUMEYA, “Méjico, la “Nueva España” americana vista por sus árabes”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 10 de abril de 1951.

¹²³ Tayeddin BUZID, “Dónde queda lo de Palestina”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 24 de abril de 1950; Tayeddin BUZID, “Esquema actual del problema de Palestina”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 17 de agosto de 1950.

¹²⁴ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Las juventudes árabes de Adén en el Océano Índico piden un gobierno local autónomo”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 12 de abril de 1950; Rodolfo GIL BENUMEYA, “La gran encrucijada del Islam oriental”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 18 de octubre de 1950.

¹²⁵ Rodolfo GIL BENUMEYA, “Actualidad del recuerdo de España en Túnez por la visita de Habib Burguiba”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 6 de noviembre de 1951.

que imposible impedir su cabal desenvolvimiento como una potencia joven, libre y digna”¹²⁶.

Finalmente, debemos destacar también las numerosas intervenciones destinadas a criticar la persecución que el comunismo hacía de toda espiritualidad, sometiendo a los musulmanes e impidiéndoles que practicasen su religión¹²⁷.

Vemos, pues, que estas emisiones árabes sí adoptaron buena parte de la retórica africanista más proclive a la hermandad hispanomusulmana. Sin embargo, como ya hemos señalado, no estaban pensadas para una audiencia española, sino para una audiencia arabo-islámica que debía ver (y oír) que España era, por historia, por raza y por espiritualidad, una más dentro de la Arabidad. Estas emisiones, por tanto, respondieron a una finalidad claramente propagandística, lo que confirma, una vez más, que el régimen franquista no recurrió al africanismo para cambiar la visión de los de “dentro”, sino más bien para influir en los de “fuera”¹²⁸.



El 12 de octubre de 1946 los miembros de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales aprobaron, tras un debate, una “Crítica constructiva ante el panorama exterior”. En ella, la Sociedad señalaba que no creía que la política exterior española pudiese basarse en pura retórica y exigía que se cambiase “el zigzagueante criterio seguido para permitir o no a los españoles el enterarse por vía normal de cuanto acaece en el mundo”, sobre todo en lo referente a su presencia en Marruecos¹²⁹.

La labor de difusión africanista, en su opinión, no se podía limitar al discurso grandilocuente y protocolario que había predominado hasta el momento y que se

¹²⁶ Tayeddin BUZID, “El caso angloegipcio”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 24 de noviembre de 1950; Tayeddin BUZID, “La disputa angloegipcia”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 3 de enero de 1952.

¹²⁷ Tayeddin BUZID, “Esos otros refugiados”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 29 de marzo de 1951; Tayeddin BUZID, “La tragedia del Islam detrás del Telón de Acero”, *Charlas sobre el mundo árabe*, RNE, 23 de junio de 1951.

¹²⁸ Pese a ello, como señala Eley, no debemos olvidar que las imágenes y discursos del africanismo español, como cualquier representación de los distintos imaginarios coloniales, tuvieron repercusión, de una u otra manera, y voluntaria o involuntariamente, en la metrópoli. Geoff ELEY, “Imperial imaginary, colonial effect: writing the colony and the metropole together”, en Catherine HALL y Keith McCLELLAND (eds.), *Race, nation and empire. Making Histories, 1750 to the Present*, Manchester, Manchester University Press, 2010, pp. 221-236.

¹²⁹ “Crítica constructiva ante el panorama exterior” (aprobada como base de discusión en 12 de octubre de 1946) en *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Veinte años de labor por la paz y la justicia universal y por España. Selección de declaraciones, programas y propuestas, con sucinta nota de sus actividades, organización y composición*, Madrid, 1954, p. 97.

limitaba a cuatro certámenes y tres artículos de prensa. Había que ir más allá de eso y hacer partícipes a los españoles de lo que realmente significaban los lazos hispano-marroquíes. Hacía falta, por tanto, una política de difusión más activa que, para estos africanistas, debía pasar necesariamente, aunque no sólo, por la escuela.

Es evidente, después de todo lo que hemos visto en este capítulo, que el régimen franquista no fue de esa opinión. La difusión popular de los principios africanistas fue escasa y, cuando se dio, siempre estuvo más relacionada con las propuestas del IDEA (evocación imperial, misión universal, mandato de la historia, orientalización del marroquí) que con las del círculo de Cordero Torres. Sólo en aquellos ámbitos en los que consideró que ésta podía serle provechosa (como hemos visto en el caso de la política educativa del Protectorado o en las emisiones árabes de RNE) explotó al máximo la retórica filoárabe. Por tanto, podemos afirmar que hubo una cierta difusión de las ideas africanistas por parte de los sectores del africanismo más oficial; pero ésta estuvo bastante controlada y su impacto en el conjunto de la sociedad fue más bien escaso.

Ahora bien, esto no debe llevarnos a considerar que, como ha señalado un determinado sector de la historiografía, el africanismo español no aspiró a llegar a un amplio sector de la población española. Lo que nos indica esta investigación es que, una vez más, hubo un africanismo servil que se adaptó a lo que el régimen quería en cada momento y otro africanismo más “autónomo” (aunque no por ello menos franquista) al que, directamente, se le impidió desarrollar la política de pedagogía y difusión que venía reivindicando desde la Segunda República.

CONCLUSIONS

Tout au long de ces pages sont étudiés le contenu et la trajectoire des discours africanistes espagnols de leur origine au cours du XIX^e siècle jusqu'à l'indépendance du Maroc en 1956. On a constaté que les dynamiques politiques et sociales du XIX^e et du XX^e siècles ont influencé la rhétorique africaniste et qu'indépendamment de leur plus ou moins grande réussite, la plupart des fondements élaborés par l'africanisme « classique » du XIX^e siècle n'ont jamais complètement disparu. En ce sens, on croit indispensable de remonter jusqu'au XIX^e siècle afin d'investiguer les sources d'un type de langage et d'imagerie qui, en marge de ses emplois et de ses pratiques, a fixé une tradition à laquelle puisèrent les africanistes franquistes.

Joaquín Costa fut un des plus éminents défenseurs du colonialisme de la fin du siècle et de ce qu'on appelait « pénétration pacifique » dans un contexte de régénérationnisme et de profonde crise culturelle et nationale. Costa, parmi d'autres, commença à répandre l'idée des liens hispano-marocains afin de justifier une certaine présence coloniale au Maroc, il projeta même l'implantation de petites colonies espagnoles sur le sol marocain. Son idée était donc de développer un projet civilisateur et pacifiste qui consistait à établir des relations commerciales et économiques avec les pays du Maghreb. Et pour cela il se fondait surtout sur quatre idées : la sécurité nationale, l'« histoire commune », la « géographie symétrique » et la situation du Maroc elle-même.

Concernant la première question, Costa remarquait que l'Espagne ne pouvait pas renoncer à une politique marocaine à cause de questions stratégiques vitales, car si le Maroc était tombé sous l'autorité de l'Angleterre ou de la France, l'Espagne se serait retrouvée étranglée entre les Pyrénées et le rocher de Gibraltar.

L'histoire lui permettait d'élaborer un discours de fraternité, d'après lequel l'Espagne avait le devoir moral de moderniser le Maroc. Jusque là, ce sont les mêmes prétextes « humanitaires » que les autres colonialismes français ou le colonialisme britannique par exemple. Mais ce qu'il y avait de nouveau dans le discours de Costa c'était l'idée de baser ce devoir sur une supposée parenté ethnique issue d'un passé commun et sur le sauvetage d'un peuple en décadence qui, au Moyen Âge, avait fait de l'Espagne un pays civilisé : « Marruecos cumplió en la Edad Media el destino

providencial de fundar una civilización en nuestra Península, y España tienen en la Edad Moderna la misión providencial de promover una civilización en Marruecos »¹.

Ces idées donnèrent lieu à bien d'ambivalences identitaires qui, comme l'on a vu tout au long de cet exposé, caractérisèrent une bonne partie de l'africanisme espagnol jusqu'à une époque bien avancée du XX^e siècle. L'unité ethno-culturelle déterminée par l'histoire était, en plus, renforcée par une géographie qui lui permettait de parler d'une même unité géographique depuis les Pyrénées jusqu'à l'Atlas, une idée qui à partir des années vingt et trente du XX^e siècle, et surtout pendant le franquisme, eut un grand succès parmi les milieux militaires le plus conservateurs et parmi certains secteurs fascistes partisans de l'annexion des territoires dits « irrédimés ».

Enfin, Costa se servait de la situation du Maroc pour justifier la présence espagnole en Afrique du Nord. C'était ainsi que l'Espagne devait garantir l'indépendance et l'intégrité d'un Empire marocain qui, à cause de ses luttes internes (rappelons-nous la division manichéenne entre *bilād al-majzén* et *bilād al-sība*) et à cause des appétences des puissances européennes, pourrait perdre son intégrité et son indépendance.

Ses propositions, on le sait, eurent très peu d'écho dans les milieux politiques gouvernementaux de son époque mais, malgré qu'elles n'étaient pas du tout neuves, elles devinrent une référence obligée pour de nombreux africanistes postérieurs. Ainsi, beaucoup de représentants de l'africanisme, le vénérèrent comme un mythe sans avoir nécessairement suivi toutes ses doctrines. En ce sens, on remarqua quelques articles que la revue *África* dédia à cet « illustre paladin de l'africanisme », « grand clairvoyant » ou « batailleur de l'Afrique », des articles où, après avoir parlé de ses propositions et fait remarquer qu'il avait été « un grand patriote incompris en son temps », on concluait qu'il avait toujours été un partisan d'un Empire espagnol « depuis Tanger jusqu'au Congo » ou qui qu'il avait défendu une présence espagnole effective qui allait au delà des enclaves proposées. Une seconde lecture de l'intellectuel aragonais était telle qu'on pouvait remettre en question la sincérité même de ses paroles lorsqu'en 1909, après la massacre de Barranco del Lobo et des événements de la Semaine Tragique, il demanda

¹ Joaquín COSTA, *Intereses de España en Marruecos. Discursos pronunciados en el meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1884, por los señores D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra y D. José de Carvajal*, Madrid, CSIC-IDEA, 1951 (1884), pp. 25-26.

d'abandonner la politique africaniste². Par conséquent, Costa, comme mythe africaniste, fut « reconstruit » et adapté en fonction des nouvelles « réalités », car il devait être outil pour satisfaire les intérêts du moment.

Pourtant, d'autres africanistes, sans le revendiquer, furent issus sans doute de sa tradition. Ainsi, tout au long de ce travail, on a souvent parlé de l'« africanisme de RAIZ de Costa » afin de se référer à des personnages, ceux du groupe de *Cuadernos de Estudios Africanos*, qui, en certains cas, peut-être à cause de ses origines fascistes, virent dans le cercle de Costa une « intrahistoire » plus ou moins pro-africaine, une référence pour leurs propositions antimatérialistes et antilibérales (en ce sens, il ne faut pas oublier le scepticisme chez Costa vers la tradition libérale et parlementaire dans le cadre du régénérationnisme de la fin du siècle, car il put être très attractif pour une partie importante des africanistes qu'on a étudiés).

Les africanismes franquistes, pour autant, et en marge des lectures commentées, puisèrent d'évidentes racines au XIX^e siècle qu'on ne peut pas sous-estimer. Cependant cette manifestation orientaliste puisa aussi d'autres sources qui, sans modifier quelques-uns de ses aspects les plus substantiels, la firent évoluer avec le temps.

Dans ce travail, donc, on a parlé des liens entre l'africanisme et l'arabisme, deux courants en théorie éloignés, mais dans la pratique bien proches, la littérature arabiste a été une source de légitimité indispensable pour pouvoir comprendre les exposés des africanistes, des idées qui faisaient souvent appel au passé d'al-Andalus pour justifier le chemin africain que l'Espagne devait entreprendre, reprendre ou maintenir. Comme l'on a déjà remarqué à plusieurs reprises, tout cela met en rapport les thèses d'Edward Said sur les liens entre colonisation et représentation et surtout le rapport entre le pouvoir, la culture et les pratiques impérialistes. Néanmoins nous avons aussi remarqué que l'exemple espagnol sert à critiquer les idées de l'auteur palestinien, car son analyse des formes de connaissance sur les territoires extra-européens s'établit presque exclusivement sur des images négatives ou d'exclusion, sans tenir compte que quelques manifestations orientalistes, comme c'est le cas de celle qui s'est exprimée en Espagne, furent relativement plus complexes. Le recours à al-Andalus ou la revendication que bien d'africanistes firent de ce qui était « oriental » nous montrent que les « frontières culturelles » peuvent être très ambiguës et qu'on ne peut pas concevoir la dichotomie occidentale vs orientale comme un principe éternel préexistant. C'est la seule manière

² Voir, à cet égard, l'article déjà nommé d'Eliseo BERMUDO SORIANO, "Un gran batallador de África: Joaquín Costa", *África*, n° 59-60 (1946), pp. 37-39.

de comprendre que quelques africanistes ou arabistes espagnols s'étaient éloignés de l'altérité et s'étaient identifiés clairement à leur objet d'analyse.

En dehors de l'arabisme, il y eut beaucoup d'autres aspects qui influèrent sur l'évolution des discours africanistes. C'est le cas des politiques gouvernementales, si critiquées par Costa ou par Ganivet, ou le contexte sociopolitique qui eurent une haute importance depuis la fin du XIX^e siècle jusqu'à une époque déjà bien avancée du XX^e siècle. Les guerres et l'établissement du Protectorat furent les clefs pour comprendre l'échec de l'africanisme le plus civiliste, basé sur l'idée de pénétration pacifique, et le triomphe de quelques positions bellicistes qui ne commencèrent à s'adoucir qu'à la fin des troubles marocains.

Il ne faut pas oublier l'influence du fascisme (dans son orientation phalangiste ou jonsiste) ou celle des autres projets nationalistes espagnols dans un discours qui, en dernier ressort, tournait autour de l'« autre » par excellence: le « maure ».

C'est à propos de cette question que notre travail a défendu d'abord que bien des approches de l'africanisme, surtout celles des années vingt, trente et quarante, qui ont été traditionnellement liées à l'influence du fascisme et du nazisme, ont pu découler des réflexions nationalistes et africanistes espagnoles de la fin du XIX^e siècle et du début du XX^e siècle. C'est ainsi que sans réfuter la possible influence italienne ou allemande (Ratzel, Kjellen, Haushofer, etc.) sur les idées géopolitiques et géostratégiques des africanistes espagnols, nous croyons que la défense d'un milieu impérial méditerranéen ou même la revendication d'un « espace vital » pouvait aussi trouver des origines dans quelques idées de l'africanisme de la fin du XIX^e siècle.

Malgré tout, il faut dire que beaucoup d'africanistes adhérèrent à bras ouverts aux postulats fascistes, même si cela n'empêcha absolument pas qu'on avance de nouveaux arguments, car beaucoup se bornèrent à adapter ceux qu'on avait déjà à une nouvelle réalité sociopolitique qui pouvait être plus favorable. La conclusion, donc, est qu'à partir des années vingt et trente, plus que d'une irruption de postulats fascistes ou phalangistes, on peut parler d'un profit mutuel : l'africanisme et le fascisme convergèrent par intérêt (surtout pendant les années de la Seconde Guerre Mondiale), sans nier, néanmoins, qu'en réalité quelques uns de ces africanistes, comme beaucoup des membres de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, furent des fascistes convaincus.

Finalement, nous ne pouvons pas manquer de remarquer l'importance de la Guerre Civile pour un certain secteur de l'africanisme espagnol représenté, durant le

franquisme, par l'IDEA et par la revue *África*. La lutte des marocains du côté de Franco devint, pour beaucoup, à un moment fondateur, le moment où le sang des deux peuples s'est vraiment mélangé. Ainsi, beaucoup des auteurs qui niaient le métissage ou la présence d'éléments « orientaux » significatifs dans la race espagnole, admettaient l'espagnolité de quelques marocains qui, grâce à la cofraternisation dans la lutte et la défense des mêmes idéaux, pouvaient être appelés frères. Curieusement, les africanistes qui vigoureusement défendirent l'idée de la fraternité hispano-marocaine basée sur les liens historiques, ethniques et spirituelles, firent rarement appel à ce fait afin de justifier leurs propositions.

Par conséquent, l'africanisme contemporain eut des origines concrètes, mais son argumentaire et ses représentations furent en constante reformulation en fonction des différents contextes sociaux, politiques, économiques et culturels. Ainsi, tout au long de la chronologie analysée dans notre travail, nous avons remarqué qu'il y eut certains aspects qui, comme la géostratégie, le caractère civilisateur de la race espagnole ou le besoin de récupérer le prestige perdu, furent plus ou moins présents à tout moment, même s'ils durent s'adapter à chaque période.

D'après certains auteurs, comme Alfred Bosch, l'existence de beaucoup de ces éléments symboliques et discursifs était la meilleure preuve que l'idéologie africaniste espagnole partageait les grands « tics » suscités par les impérialismes européens, c'est pour cela que l'africanisme espagnol n'aurait pas cessé de participer de l'ethnocentrisme qui caractérisa la suprématie de l'Occident. En ce sens, l'africanisme espagnol, comme toutes les autres idéologies coloniales, aurait été caractérisé par une grande méconnaissance du colonisé, défini par son actualité, et pour définir l'« autre » comme un porteur éternel de retard et de dégénérescence, et tout cela exigeait et même justifiait une intervention paternaliste, dans le meilleur des cas, militaire et guerrier, dans le pire des cas³.

Si l'on se limite à la chronologie franquiste, il faut rappeler que Bosch, ainsi que la plupart des spécialistes de la question, a surtout analysé l'africanisme de l'IDEA, qui prédominait pendant les années quarante et cinquante, mais qui n'était pas le seul. De la même façon longtemps avant, dans les premières décades du XX^e siècle, c'était un africanisme profondément militariste et arabophobe, qui tranchait sur celui que l'on appelait « africanisme historique », représenté par des auteurs de la fin du XIX^e siècle et

³ Alfred BOSCH-PASQUAL, *L'africanisme franquista i l'IDEA (1936-1975)*, thèse de licence inédite, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1985, pp. 635-640.

pratiquement étouffé (sinon éliminé) pendant les années des guerres du Rif. Une des priorités de notre travail, donc, a été de démontrer que l'africanisme, comme bien des discours nationalistes du franquisme, fut caractérisé par une grande hétérogénéité à tel point qu'il a pu avancer, dans quelques cas, des idées incommodantes pour le régime lui-même.

Depuis quelques années les enquêtes nous confirment que le franquisme ne fut pas un régime monolithique mais qui se basa sur une pluralité de sujets avec des conceptions qui se rejoignirent sur ce que Philippe Burrin nomma le « compromis autoritaire »⁴. Et de la même façon il y eut une diversité de valeurs culturelles qui s'efforcèrent de s'ériger en idéaux nationaux⁵, il eut aussi des divergences avec d'autres programmes politiques et socioculturels (parfois étroitement liés au fait national) comme c'était le cas de l'africanisme.

C'est ainsi que la comparaison entre deux revues africanistes, la toute-puissante *África*, liée à l'Instituto de Estudios Africanos, et *Cuadernos de Estudios Africanos*, publication de l'Instituto de Estudios Políticos, nous a permis de confirmer que les discours de l'africanisme franquiste furent complexes, très pluriels et parfois contradictoires. Si la première publication, qui représentait l'africanisme le plus officiel, était caractérisée par un rapport nostalgique et impérialiste basé sur la grandeur de l'Espagne, le caractère missionnaire de sa race et une fraternité hispano-arabe qui, en fonction du contexte, pouvait être plus ou moins intense, *Cuadernos* fut un peu plus « alternatif ».

D'après quelques-uns de plus importants auteurs de cette dernière revue, l'histoire pouvait servir à quelque chose de plus qu'à chanter les gloires passées ou à pleurer ce qu'on avait perdu ; c'était l'instrument parfait pour articuler et légitimer des projets d'avenir qui, face à une grande étroitesse d'esprit de l'IDEA, prévoyaient déjà l'imminente décolonisation de ce qu'on appelait le « monde dépendant ». En ce sens Cordero Torres écrit dans la préface d'un livre de son amie et collègue Carmen Martín de la Escalera :

⁴ Philippe BURRIN, "Política i societat. Les estructures del poder a l'Itàlia feixista i a l'Alemaya nazi", *Afers*, n° 25 (1996), pp. 485-510.

⁵ Cfr. Ismael SAZ CAMPOS, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Sara PRADES PLAZA, "Escribir la Historia para definir la nación. La historia de España en Arbor: 1944-1956", *Ayer*, n° 66 (2007), pp. 177-200.

“su amistad se afianzó sobre la base del común interés por el vecino Continente, y de un modo más concreto sobre los problemas del Magreb, en acelerada evolución –aunque los tontos y los falsos ciegos nunca hayan querido enterarse de ello–, que presagian cambios de trascendental importancia para España”⁶.

Le recours au passé donc leur permettait de parler d’une fraternité forgée dans l’histoire qui pouvait entretenir des relations économiques, politiques et culturelles au delà de l’indépendance ou même se trouver sur la base de la constitution d’institutions supra-étatiques qui servirent de contrepoint aux deux grands blocs.

Par rapport à l’image de l’« autre », les africanistes de *Cuadernos*, ainsi que ceux d’*África*, étaient d’accord pour considérer que les marocains étaient dans une situation de décadence. Or, si pour ceux-ci une cause habituelle était son composant islamique et « oriental », pour ceux-là elle était tout simplement le résultat d’une évolution historique qui pouvait être corrigée. Alors que l’« oriental » n’était pas un arriéré par le seul fait d’être « oriental », les « occidentaux » n’étaient pas les seuls capables de favoriser le progrès et la modernité (on peut rappeler les articles de Carmen Martín de la Escalera à ce sujet). De fait, d’après beaucoup d’entre eux, « l’Occident » devait encore apprendre beaucoup de « l’Orient », surtout d’un point de vue moral et spirituel. Tandis que les occidentaux et les communistes s’étaient vendus au matérialisme et aux passions, les arabo-musulmans continuaient fidèles à leurs essences et à leurs mœurs, et voilà que tout ça les rendait plus intègres et moralement supérieurs. Dans ce sens, il faut dire que celle-ci était la base de ce qu’on appelait Arabité, un projet frère de l’Hispanité sur lequel on construit les propositions de bloc hispano-arabe que l’africanisme de l’IDEA et même le régime ne manquèrent pas d’utiliser si jugé nécessaire⁷.

Malgré tout ce qu’on a expliqué, s’il y eut quelque chose qui distingua clairement les *Cuadernos de Estudios Africanos* des propositions de l’africanisme le plus « orthodoxe » c’était sa conception du nationalisme arabe et de ses implications dans les procès de décolonisation. Ainsi, bien que d’abord tout l’africanisme exacerba les nationalismes afin de nuire à la France et d’atteindre le si désiré appui des pays arabes au sein des Nations Unies, au moment où les mouvements indépendantistes frappèrent à la porte du Protectorat, le régime de Franco et le servile IDEA firent tomber le masque. Les nationalistes devinrent de dangereux communistes et les procès de décolonisation,

⁶ José María CORDERO TORRES, “Prólogo”, in Carmen MARTÍN DE LA ESCALERA, *Argelia y su destino*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, p. 11.

dans un contexte de Guerre Froide, furent présentés par la dictature comme une manœuvre soviétique pour contrôler l’Afrique et entamer une guerre définitive pour rompre avec l’Europe et le monde occidental.

Par contre les plus importants auteurs de *Cuadernos* (Martín de la Escalera, Gil Benumeya, Ibn Azzuz Hakim) croyaient que le nationalisme arabe était intrinsèquement anticomuniste et que les courants indépendantistes n’étaient pas le fruit des actions subversives de l’URSS, mais des puissances coloniales européennes ineptes qui, entre autres choses, avaient désarticulé les sociétés traditionnelles des pays coloniaux sans avoir doté leurs protégés de nouveaux réseaux communautaires. Le nationalisme donc, était le résultat d’une modernité qui n’était pas bien planifiée. L’Espagne, en ce sens, avait bien travaillé car son colonialisme avait contribué au développement du Maroc sans avoir érodé la tradition ni les mœurs.

Voilà tout cela qui nous explique pourquoi l’africanisme lideré par Cordero Torres, Gil Benumeya et Martín de la Escalera, malgré être plus solide et compétent que celui de l’IDEA, finit enfin par se diluer. Les exposés de l’institution liderée par Díaz de Villegas étaient souvent obsolètes, et sa servilité envers Franco et envers la dictature faisait que ses articles appauvrirent très souvent les études africanistes. Malgré tout, ou peut-être à cause de cela, les réflexions de gens comme Enrique Arqués, Tomás Borrás ou Tomás García Figueras ne supposaient aucun danger pour un régime qui naquit en Afrique et qui considérait encore son tout petit empire africain un symbole de sa grandeur. Pourtant les réflexions de *Cuadernos* pouvaient lui paraître très inconvenantes et, en ce sens, il ne faut que rappeler quelques articles publiés avant l’indépendance du Maroc et qui étonnèrent même la diplomatie britannique.

D’un autre côté, il ne faut pas oublier que pendant l’année 1956 le régime franquiste dut faire face à quelques crises internes protagonisées surtout par les secteurs le plus fascistes de la Phalange. Il faut rappeler que *Cuadernos de Estudios Africanos* était une publication de l’Instituto de Estudios Políticos, une institution qui, d’après Stanley Payne, naquit comme le *brain trust* de la FET et des JONS. En plus, bien qu’elle n’avait/eût pas une idéologie définie, la revue était coordonnée et dirigée dans la pratique par un ancien jonsiste qui avait directement collaboré avec Ramiro Ledesma. Par conséquent, les troubles internes du franquisme purent aussi avoir quelque responsabilité dans la brusque chute de ce projet, surtout si l’on n’oublie pas que

⁷ Rappelons, en ce sens, l’emploi politique que le ministre des affaires étrangères, Alberto Martín Artajo, fit de cette proposition pendant son voyage au Proche Orient en avril 1952.

l'entourage de Cordero Torres ne comptait sur les sympathies de quelques de plus illustres africanistes du régime (comme García Figueras ou Díaz de Villegas), qui purent profiter du moment pour lui faire le coup de grâce.

Finalement, on ne peut pas sous-estimer les importants changements arrivés dans la politique extérieure. Peut-être la rhétorique de fraternité avec les arabo-musulmans eut-elle du sens pour entrer dans les Nations Unies et pour maintenir le contrôle sur le Protectorat au Maroc. Mais une fois atteint le premier objectif et émancipé le pays du Maghreb, on se pose cette question : pourquoi continua-t-on à appuyer des exposés qui pouvaient supposer plus de risques et qui comptaient sur le refus d'une partie importante de la société ?

C'est ainsi que l'initiative de *Cuadernos* fut une dérive civile, mais en définitive subsidiaire, de l'officialisme militaire qui tenait les rênes. Comme des experts, techniciens et intellectuels qu'ils étaient, ils auraient gagné une certaine autonomie discursive qui n'allait pas tout à fait mal aux militaires de la Résidence Générale, surtout dans les années d'isolement ou quand, pendant l'après-guerre mondiale, une perspective de la décolonisation s'ouvrit. Mais c'est à partir de 1956 que son discours pouvait offrir vraiment peu à un régime qui, grâce à la tournure européenne et pro-occidentale, laisserait de côté les fraternités avec le monde arabo-islamique.

Cuadernos de Estudios Africanos (qui à ce moment-là était déjà intitulé *Cuadernos Africanos y Orientales*) disparut en 1957, mais l'IDEA, malgré ses importants manques, continua à publier *África* jusqu'à les années soixante-dix. D'après Gustau Nerín et Alfred Bosch, cet africanisme survécut (d'autres soutiennent qu'il agonisa) pendant si longtemps parce que le public de l'africanisme officiel n'avait jamais été les masses, mais la classe militaire, surtout celle qui avait forgé son alliance en juillet 1936. Par conséquent, d'après ces auteurs l'IDEA, la revue *África*, la garde maure, tout était consommé dans un entourage réduit d'inconditionnels nostalgiques. Voilà pourquoi on n'avait pas besoin d'un vrai empire qui peut-être aurait-il affaibli le régime. Il suffisait de maintenir les illusions⁸.

Nous croyons que cette hypothèse est valide jusqu'au point que, comme l'on a déjà remarqué, l'africanisme. Plus loin des ses publications, la tâche communicative de l'IDEA prit donc corps en cours et conférences, expositions sur l'Afrique, convocations de concours et prix littéraires sur la tâche de l'Espagne en Afrique, cycles de cinéma

⁸ Gustau NERÍN et Alfred BOSCH, *El Imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hundaya*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000, p. 279.

hispano-africains, institutionnalisation de la Fête de l'Afrique ou du Codicille et beaucoup d'autres événements sur lesquels les pages d'*África* faisaient bien savoir.

En plus, nous croyons que l'africanisme franquiste est encore une fois associé à une proposition concrète (la plus militariste), tout en ignorant l'existence d'autres qui, malgré être minoritaires ou même « hétérodoxes » ne cessaient d'être africanistes. En ce sens, nous ne pouvons pas cesser de marquer toutes les initiatives animées même dès la République) par la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales et qui avaient pour objectif de diffuser une certaine conscience africaniste parmi la société espagnole.

À l'écart de tout cela, et si l'on reprend l'idée Nerín et Bosch, quelque chose de différent est que ces africanismes espagnols, dans sa tendance soit militaire soit civile, avaient une capacité réelle de projection sur l'opinion publique qui recevait même dès le début ses propositions froidement.

Notre travail a essayé d'exposer la complexe interaction entre les différents africanismes plus ou moins officiels et les images procédant/provenant d'un imaginaire collectif caractérisé par une certaine maurephobie. Pour la plupart des Espagnols, Afrique était synonyme de recrutement forcé, de mort, de désastres militaires, de corruption, de faim et de misère. Nous pouvons ainsi être d'accord que, d'abord, le Maroc ne signifiait pas la même chose pour les citoyens que pour les militaires qui gouvernaient⁹.

Tout au long de ces pages nous avons vu le régime franquiste, malgré avoir maintenu un discours philoarabe dans le cadre diplomatique, rarement censure les images négatives de l'« autre ». L'analyse de l'éducation, par exemple, nous a permis de vérifier que les contenus écoliers présentaient très souvent d'évidentes contradictions en ce qui concerne la rhétorique officielle de fraternité hispano-arabe ou hispano-maghrébin. C'est ainsi que, tandis que Franco embrassait avec ferveur ses invités arabomusulmans ou tandis que ses ministres d'affaires étrangères, comme Alberto Martín Artajo, voyageaient à travers le Proche-Orient, tout en remarquant les liens fraternels qui unissaient l'Espagne et le monde arabe depuis des temps immémoriaux, les kiosques étaient pleins de revues, les cinémas de films et les écoles de livres de classe, qui critiquaient impitoyablement le maure.

⁹ Néanmoins, les rapports entre l'impérialisme espagnol et les masses depuis la fin du XIX^e siècle sont une question qui requière une étude plus encore spécifique.

Ce n'était que dans les cas où le régime vit qu'il pouvait vraiment lui être d'utilité que le discours africaniste plus enclin à l'amitié hispano-arabe laissa de côté les positions les plus bellicistes et maurephobes (comme on peut remarquer à partir la comparaison établie entre le baccalauréat espagnol et le baccalauréat qu'on appelait Hispano-marocain).

D'un autre côté, il faut aussi rappeler que les intérêts économiques du colonialisme espagnol furent plutôt pauvres et, contrairement à ce qui arriva avec le Maroc français ou l'Algérie, le Protectorat n'absorba pas une grande partie de la population espagnole, car la métropole, à la différence de ce que fit la France, n'obligea pas les musulmans de quitter leurs terres¹⁰. Voilà ainsi l'Espagne qui fit partir entre 1890 et 1950 une grande quantité d'émigrants vers l'Amérique, mais dans la pratique le Protectorat ne fonctionna pas comme un tuyau d'échappement en ce sens. La critique, indirecte, à la rhétorique officielle de fraternité pourrait donc se nourrir aussi/avoir aussi nourri de cette « rancune » plus ou moins populaire et idiosyncratique, insatisfait par le respect obligé au « frère » du Maghreb et laquelle le franquisme n'essaya pas de reconduire. Alors, à quoi avaient-elles servi toutes ces longues années de lutte ou la victoire sur Abd-el-Krim ? Quelle grandeur offrait le Rif à la nation espagnole ?

Par conséquent, les différents africanismes franquistes purent essayer d'épandre une conscience africaniste plus loin des milieux militaristes, mais tout indique qu'ils n'eurent pas assez de succès parce que, contrairement à ce que disait Cordero Torres en 1949, quand ses postulats servaient encore au régime, si l'africanisme espagnol avait quelque chose de « fleur artificiellement couvée dans une serre dès le Pouvoir

¹⁰ Il ne faut pas déduire cet énoncé qu'il n'eût pas d'intérêts économiques liés à la présence espagnole en Afrique du Nord, comme l'historiographie a traditionnellement remarqué quand on a établi des comparaisons avec la méthode française ou le britannique. Eloy Martín Corrales ou María Rosa de Madariaga reconnaissent que, étant données les caractéristiques du territoire du Protectorat, les bénéfices purent être faibles, mais cela n'empêche pas qu'il existait un réseau d'intérêts économiques et financiers. En fait, Madariaga a démontré que dès le début et malgré les discours de l'action altruiste l'Armée et les militaires africanistes, comme Díaz de Villegas lui-même, capitalisèrent les quelques affaires que le pays du Maghreb pouvait offrir, c'est pourquoi la grande majorité de la population ne vit-elle vraiment pas au Maroc comme un territoire où pouvoir s'enrichir. Eloy MARTÍN CORRALES, "El Protectorado español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica" in Joan NOGUÉ et José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, p. 155; María Rosa de MADARAIGA, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, UNED-Ciudad Autónoma de Melilla, 2000. Sur ces auteurs qui minimisent le facteur économique comme moteur du procès colonisateur nord-africain, voir Javier TUSELL, *Historia de España en el siglo XX. I. Del 98 a la proclamación de la República*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 269-272; Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI, "Las relaciones exteriores de Marruecos con particular referencia a España" in *AWRAQ. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XVII (1996), p. 230.

publique»¹¹. Le grand échec du projet de *Cuadernos* se produisit ainsi quand la dictature se rendit compte qu'il ne pouvait plus lui être d'utilité ou même qu'il pouvait l'embarrasser avec les secteurs national-catholiques du régime (contraires, par exemple, à la sorte de comparaisons entre l'Islam et le catholicisme proposées par quelques auteurs) ou avec ses nouveaux alliés internationaux (surtout les États-Unis). Pourtant l'africanisme de l'IDEA était comme une espèce de vénérée momie qui rappelait tout au plus les gloires africaines d'une façon nostalgique. Quel danger pouvait-il y avoir à fêter La Journée de l'Afrique, à faire des expositions de peinture orientaliste ou à présenter des conférences à propos l'empire espagnol et la vocation missionnaire de l'Espagne ?

Cette longue durée des rapports entre les deux bords du Détroit, dans son sens littéral et figuré, donna lieu donc à bien d'images croisées qui dépendirent surtout des facteurs politico et culturelles assez complexes. Les représentations et les perceptions réciproques des Espagnols et des Marocains pendant l'époque coloniale (y compris la franquiste) furent le produit des rapports de pouvoir et des images du passé qui parfois furent une entrave pour la consolidation de nouveaux discours basés sur des idées de fraternité ou sur l'alliance avec le monde arabo-islamique. Malgré tout et bien que ce discours, représenté pendant le franquisme par l'entourage de *Cuadernos*, ne réussit pas, et si bien l'Espagne en devînt pas, comme le voulait Gil Benumeya, une intermédiaire entre l'Europe et le « monde arabe », nous ne pouvons point sous-estimer une tradition qui servit, d'une manière marginale, si l'on veut, aux intérêts d'une dictature qui ne s'en fia jamais; une tradition qui en plus osa défier celui qui avait été le rapport nationaliste hégémonique quand elle essaya de comprendre l'historique « autre » et de l'intégrer comme un membre du « nous ».

¹¹ José María CORDERO TORRES, *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, Madrid, Edición Cultura Hispánica, 1949, p. 57.

APÉNDICE DOCUMENTAL


DOCUMENTO 1. Cuadro de autores de *Cuadernos de Estudios Africanos*




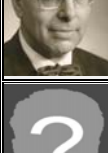


FUENTE: Elaboración propia. Perfiles académico-profesionales reconstruidos, fundamentalmente, a partir de *Cuadernos de Estudios Africanos*, *África*, *ABC*, documentación de la SEIC, fondos del Archivo General de la Administración y fondos del Archivo histórico de la Universidad Complutense de Madrid.

CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS (1946-1957)		
AUTOR	FORMACIÓN ACADÉMICA Y/O CAMPO PROFESIONAL	PARTICIPACIÓN EN LA REVISTA Número (año)
 ABBUD, Musa	Publicista y catedrático del Centro Islámico de Beirut. Profesor de Árabe en el Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán	21, 23 (1953), 28 (1954)
 AGUIRRE DE CÁRCER, Nuño (1923-¿?)	Diplomático. Socio de la SEIC	2 (1946)
 ÁLVAREZ GARCÍA, Heriberto Ramón	Director e Inspector de Enseñanza en Guinea	11 (1950), 29 (1955)
 ARQUÉS FERNÁNDEZ, Enrique (1885-1970)	Periodista y Jefe de prensa de la Alta Comisaría. Corresponsal en Melilla y colaborador de numerosos medios de comunicación. Director del Instituto General Franco	28 (1954)
 BAUER Y LANDAUER, Ignacio	Banquero. Especialista en judaísmo. Profesor Ayudante de Hacienda Pública en la Facultad de Derecho de la Universidad Central entre 1947-50	6 (1949)
 BENÉITEZ CANTERO, Valentín (¿?-1975)	Sociólogo. Comandante de Caballería. Profesor de los Cursos de Interventores	26 (1954), 29, 31 (1955)
 BENIPARRELL, C. DE		22 (1953), 28 (1954), 31 (1955), 33 (1956), 38 (1957)
 BENSABAT, Salomón J. (1914-¿?)	Abogado. Consejero de la Corte de apelación de Tánger y, tras la independencia de Marruecos, de la Corte Suprema de Rabat	17 (1952)
 BLANCO IZAGA, Emilio (1892-1949)	Militar. Socio de la SEIC	1 (1946)
 BOUBAKEUR, Hamza (1912-1995)	Político y teólogo musulmán vinculado con el nacionalismo argelino	14 (1951)

	CAGIGAS LÓPEZ, Isidro DE LAS (1891-1956)	Arabista, abogado y diplomático. Socio de la SEIC	2 (1946), 10 (1950)
	CARANDELL, Luis (1929-2002)	Periodista	38, 39 (1957)
	CARRANZA, Fernando DE (¿?-1950)	Militar. Capitán de navío. Marino especialista en submarinos	7 (1949)
	CASTRO-RIAL CANOSA, Juan Manuel (1915-2005)	Catedrático de Derecho Interna- cional. Diplomático entre 1946- 1985. Colaborador de la SEIC	3 (1947)
	CIVERA SIMÓN, Gregorio	Farmacéutico. Socio de la SEIC	33, 35 (1956)
	COLA ALBERICH, Julio (¿?-1992)	Doctor en Ciencias Naturales y profesor de la Universidad Central de Madrid. Colab. del Instituto de Antropología y Etnología del CSIC	12 (1950), 13, 15, 16 (1951), 19 (1952), 21, 23 (1953), 25, 27 (1954), 29, 30, 32 (1955), 34, 35, 36 (1956), 37, 39, 40 (1957)
	COLL, Fernando		29, 32 (1955)
	CORDERO TORRES, José María (1909-1977)	Jurista y profesor universitario Fundador y socio de la SEIC	1, 2 (1946), 3 (1947), 6, 8 (1949), 11 (1950), 13, 16 (1951), 20 (1952), 25, 26 (1954), 29, 31, 32 (1955), 33, 34, 35, 36 (1956), 37, 40 (1957)
	DOMÉNECH LAFUENTE, Ángel	Militar. Colaborador de la SEIC	7 (1949), 11 (1950), 14 (1951), 18 (1952), 21, 23 (1953)
	DURÁN RIVILLO, José Juan (¿?-2011)	Técnico comercial y economista del Estado	25 (1954)
	FORNÉS ANDRÉS, Antonio	Catedrático de Filosofía	30, 32 (1955)
	FUENTES IRUROZQUI, Manuel (1910-1980)	Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Central. Técnico comercial del Estado. Autor de numerosas obras sobre economía. Socio de la SEIC	39 (1957)


	GAUDIO, Attilio (1930-2002)	Etnólogo, antropólogo y escritor	19 (1952)
	GIL BENUMEYA, Rodolfo (<i>Jalil Al-Amawi</i>) (1901-1975)	Arabista y profesor universitario	3 (1947), 4 (1948), 5, 8 (1949), 10 (1950), 13, 15 (1951), 17, 19 (1952), 22, 24 (1953), 26, 27 (1954), 29, 30, 31, 32 (1955), 33, 34, 35, 36 (1956), 37,38, 39 (1957)
	GÓMEZ APARICIO, Pedro (1903-1983)	Periodista	18 (1952)
	GONZÁLEZ DE PABLO, Aquilino		2 (1946)
	IBN AZZUZ HAKIM, Mohammad (1924-)	Historiador hispanista	5 (1949), 12 (1950), 13, 14 (1951), 17, 18 (1952), 21, 22, 24 (1953), 27, 28 (1954), 30, 31 (1955)
	IBN YUSUF AL' ALMARI, Yusuf		30 (1955), 40 (1957)
	LAUDE, Norbert	Profesor y director de la Universidad Colonial Belga	16 (1951)
	LERÍA Y ORTIZ DE SARACHO, Manuel (1922-2010)	Militar	36 (1956)
	LERUGAR, L.		23 (1953)
	MARTÍN DE LA ESCALERA, Carmen	Publicista. Socia de la SEIC	1, 2 (1946), 5, 8 (1949), 10, 12 (1950), 14 (1951), 19 (1952), 21, 24 (1953), 26 (1954), 29, 31 (1955), 33, 34, 36 (1956), 38 (1957)
	MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Víctor	Médico del Servicio Sanitario Colonial. Director de la Leprosiería Central de Mikomeseng	5 (1949)
	MASSIA MARTÍN, Antonio		40 (1957)

	MONTERO DÍAZ, Santiago (1911-1985)	Archivero, historiador y catedrático de Filosofía y Letras	2 (1946)
	MOSTAZA RODRÍGUEZ Bartolomé (1907-1982)	Licenciado en Filología clásica y Derecho. Escritor, publicista y periodista. Director de <i>Fotos</i> y subdirector de <i>Arriba</i> . Socio de la SEIC	13 (1951)
	NOSTI NAVA, Jaime (1911-1995)	Ingeniero agrónomo. Director de Agricultura de los Territorios españoles del Golfo de Guinea. Colaborador de la SEIC	4 (1948)
	OLESA MUÑIDO, Francisco Felipe (¿?-1989)	Doctor en Derecho. Profesor de la Escuela de Guerra Naval y de la Universidad de Barcelona	6 (1949), 9 (1950)
	PERPIÑÁ GRAU, Román (1902-1991)	Economista y catedrático. Socio de la SEIC.	3 (1947)
	QUINTANO RIPOLLÉS, Antonio	Jurista, magistrado y profesor en la Universidad Central	9 (1950), 12 (1950), 14 (1951)
	RODRÍGUEZ- AGUILERA, Cesáreo (1916-2006)	Doctor en Derecho. Juez y escritor. Colaborador de la SEIC. Comendador de la Orden Mehdauia	15 (1951), 24 (1953)
	RODRÍGUEZ MELLADO, Inocencia	Licenciada en Derecho. Profesora	17 (1952)
	ROMERO MOLINER, Rafael	Médico destinado a los territorios de Guinea. Corresponsal de la SEIC	3 (1947), 7 (1949), 11 (1950), 18 (1952)
	ROUCEK, Joseph S. (1902-1984)	Profesor universitario de Sociología en diversas universidades americanas y europeas	37 (1957), 40 (1957)
	RUBIO GARCÍA, Leandro	Profesor universitario de Derecho Internacional en la Universidad de Zaragoza	17, 19, 20 (1952), 22 (1953), 26, 28 (1954), 32 (1955), 34 (1956), 37, 38, 39(1957)
	SAADÚN, Mohammed		40 (1957)

	SALVADOR DE VICENTE, Pedro (1915-	Alto funcionario, diplomático. Socio de la SEIC. Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Valladolid y de Política Exterior de España en la de Madrid	1 (1946)
	SAMMAM, Ahmad		30 (1955)
	SAMPEDRO, José Luis (1917-)	Economista	4 (1948), 13 (1951)
	SAN VALERO APARISI, Julián (1913-1997)	Historiador y profesor universitario	4 (1948)
	TACCONI, Sandro	Profesor	25 (1954)
	TODA OLIVA, Eduardo (1915-1993)	Diplomático	9 (1950)
	TOMÁS PÉREZ, Vicente	Economista	2 (1946)
	TOVAR LLORENTE, Antonio (1911-1985)	Filólogo e historiador. Catedrático de la Universidad de Salamanca. Corresponsal de la SEIC	1 (1946)
	TRUJEDA INCERA, Luis (1915-1965)	Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, ex-administrador territorial en Guinea. Socio de la SEIC	1 (1946), 9 (1950), 10 (1950), 13 (1951), 16 (1951)
	VALLE FERNÁNDEZ, Ramón DEL		20 (1952), 24 (1953), 27 (1954), 30 (1955), 34 (1956)
	VERPLAETSE, Julián G.	Jurista	9 (1950), 15 (1951)
	VIGUERA FRANCO, Emilio DE	Licenciado en Derecho e intérprete-traductor del Cuerpo de Interpretación de Árabe y Bereber. Juez. Socio de la SEIC	4 (1948), 8 (1949)



DOCUMENTO 2. Cuadro de autores de *África*

FUENTE: Elaboración propia. Perfiles académico-profesionales reconstruidos, fundamentalmente, a partir de *África*, *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, *ABC*, fondos del Archivo General de la Administración, fondos de la antigua “Sección de África” de la BNE y fondos del Archivo histórico de la Universidad Complutense de Madrid.

ÁFRICA (1942-1956)			
AUTOR		FORMACIÓN ACADÉMICA Y/O CAMPO PROFESIONAL	PARTICIPACIÓN EN LA REVISTA Número (año)
	ABASOLO, Enrique	Capitán de Intervención Militar	66/67 (1947)
	ACHÚTEGUI DE BLAS, Agustín (1900-1977)	Interventor del Estado	68/69/70 (1947), 132 (1952)
	ADORNO PÉREZ, Manuel (1902-1994)	Comandante e interventor comarcal. Heredero del condado de Montegil	139 (1953)
	AGUIRRE DEL CASTILLO, Pedro?	Comandante de Infantería	96 (1949)
	ALCOBÉ NOGUER, Santiago (1903-1977)	Catedrático de Antropología de la Universidad de Barcelona	25, 31/32 (1944)
	ALEDO Manuel G. DE	Comandante de aviación	122 (1952)
	ALFONSO, José	Reportero gráfico	180 (1956)
	ALIA MEDINA, Manuel (1917-2012)	Profesor Auxiliar de la Universidad Central. Posteriormente, Catedrático de Geología de la Universidad de Valladolid	9 (1942), 17, 19/20, 24 (1943), 54 (1946), 90 (1949), 97 (1950), 168 (1955)
	ALMAGRO BASCH, Martín (1911-1984)	Prehistoriador y arqueólogo. Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona (de Madrid a partir de 1956) y Director del Museo Arqueológico de Barcelona	19/20, 23 (1943), 35/36 (1944)
	ALMARZA MARTÍN, César		25, 28, 29, 31/32 (1944)

	ALONSO, José Ramón		151 (1954)
	ALONSO ALONSO, Mariano	General de Brigada. Jefe de Estudios de la Academia General Militar. Gobernador General de Guinea entre 1942-1943	51, 58 (1946), 97 (1950)
	ALTOZANO MORALEDA, Hermenegildo (1916-1981)	Coronel Auditor de la Armada. Secretario General del Gobierno de los territorios del golfo de Guinea	164/165 (1955)
	ALVARADO, Rafael	Zoólogo	131 (1952)
	ÁLVAREZ AMADO, Fernando	Teniente coronel de Infantería	10 (1942), 155 (1954)
	ÁLVAREZ CABALLERO, Ángel		179 (1956)
	ÁLVAREZ-CHAS DE BERBÉN, José (1918-1957)	Comandante de Infantería. Destinado en las Fuerzas de Policía del África Occidental Española	126 (1952)
	ÁLVAREZ CLARO, Rafael	Alcalde de Melilla	9, 10 (1942)
	ÁLVAREZ GARCÍA, Heriberto Ramón	Jefe del Servicio de Enseñanza Colonial. Director-Inspector de Enseñanza de los Territorios de Guinea	22 (1943), 27 (1944), 39/40, 48 (1945), 71/72 (1947), 86 (1949), 97, 104 (1950), 120 (1951), 134 (1953), 149,154(1954), 157 (1955)
	ANGOSTO, José	Teniente coronel de Estado Mayor	13, 14 (1943)
	APARICIO LÓPEZ, Juan (1906-1987)	Escritor y periodista. Director General de Prensa. Fundador de <i>El Español</i> y <i>La Estafeta Literaria</i> . Director de <i>Pueblo</i>	96 (1949)
	ARANDA MATA, Antonio (1888-1979)	General. Director de la Escuela Superior del Ejército.	1 (1942)

	ARCE, Joaquín		73 (1948)
	AREILZA, José Mª DE (1909-1998)	Político y diplomático	1 (1942)
	ARMADA SABAU, Ramón (1900-1982)	Teniente Coronel de Estado Mayor	37/38, 41 (1945), 49/50, 52 (1946)
	ARMIÑÁN DEL OLMET, Luis DE (1899-1987)	Periodista	63/64 (1947), 75/76, 81/82 (1948), 86 (1949), 102 (1950), 126 (1952), 145, 155 (1954), 162 (1955), 180 (1956)
	ARQUÉS FERNÁNDEZ, Enrique (1885-1970)	Periodista y Jefe de prensa de la Alta Comisaría. Corresponsal en Melilla y colaborador de numerosos medios de comunicación. Director del Instituto General Franco	3-8, 10, 11 (1942), 13, 14, 16, 18, 21, 24 (1943), 26-30, 33/34, 35/36 (1944), 63/64, 68/69/70 (1947), 75/76, 79/80 (1948), 85, 87, 96 (1949), 99, 101 (1950), 125 (1952), 145, 155 (1954), 158 (1955), 169, 171, 172, 179 (1956)
	ARRATE, J.		77/78 (1948)
	ARRARÁS IRIBARREN, Joaquín (1898-1975)	Periodista	103, 105, 106 (1950), 125 (1952), 146, 149 (1954)
	ARRIBAS PALÁU, Mariano (1917-2002)	Arabista y profesor universitario. Director Adjunto del Instituto Muley el-Hasan de Tetuán, dependiente de la Alta Comisaría	27, 31/32 (1944)
	ARROJAS GÓMEZ, Enrique	Teniente Coronel de Infantería de la Dirección General de Marruecos y Colonias. Jefe de la Sección de Guinea de la Dirección General de Marruecos y Colonias	4, 7, 8 (1942), 14, 16 (1943), 29 (1944), 37/38, 42/43, 46/47, 48 (1945), 51, 54, 56/57, 58 (1946), 63/64, 65 (1947), 73, 74, 77/78, 79/80 (1948), 85, 87, 88 (1949), 100, 107 (1950), 117 (1951), 164/165 (1955)
	AYMAT MARECA, José	General de Aviación	100, 106 (1950), 144 (1953)
	AZCÁRATE RISTORI, Tomás (1917-¿?)	Teniente de la Legión española en el Sáhara	15 (1943), 136 (1953)
	BAENA RODRÍGUEZ, Miguel	Director de Enseñanza Española en Marruecos	29 (1944), 68/69/70 (1947)

	BÁGUENA CORELLA, Luis	Médico, naturalista y entomólogo	65 (1947), 74, 81/82 (1948), 99, 104 (1950), 109 (1951), 127 (1952), 136, 139, 144 (1953), 155 (1954), 174 (1956)
	BANCIELLA BÁRCENA, José César	Intendente mercantil	1, 4-7, 9, 10, 12 (1942), 16 (1943), 26 (1944)
	BARBERÁN, Cecilio (1899-1982)	Escritor y crítico de arte	37/38, 42/43-48 (1945), 49/50-59/60 (1946), 63/64 (1947), 75/76 (1948), 126 (1952), 134, 138, 142 (1953), 155 (1954), 157, 167 (1955), 175 (1956)
	BARBERO RODRÍGUEZ, José		81/82 (1948), 105 (1950)
	BARBUDO DUARTE, Enrique	Capitán de Infantería	35/36 (1944), 59/60 (1946)
	BARCELÓ, José Luis	Director de <i>El Mundo Financiero</i>	55 (1946)
	BARREDA, Fernando		90 (1949)
	BARTH, Heinz (1920-2007)	Oficial alemán de las SS	5, 9 (1942), 13 (1943)
	BAUER Y LANDAUER, Ignacio	Banquero. Especialista en judaísmo. Profesor Ayudante de Hacienda Pública en la Facultad de Derecho de la Universidad Central entre 1947-50	63/64 (1947), 74 (1948), 106 (1950)
	BAUTISTA VELARDE, Germán (1912-1988)	Periodista y escritor	135, 137 (1953), 147 (1954)
	BEJARANO, Enrique		15 (1943)
	BELSA Y RUIZ DE LA FUENTE, Francisco	Capitán ayudante militar del Gobernador general de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea	71/72 (1947)

	BENAVIDES MORO, Nicolás (1883-1965)	General	131 (1952), 139 (1953), 155 (1954)
	BENÉITEZ CANTERO, Valentín (?-1975)	Sociólogo. Comandante de Caballería. Profesor de los Cursos de Interventores.	59/60 (1946), 61/62 (1947), 73 (1948), 81/82 (1948), 89 (1949), 99, 106 (1950), 110, 120 (1951), 134 (1953), 161, 164/165 (1955), 174 (1956)
	BENEYTO, Juan		15 (1943)
	BENITO MARTÍNEZ, José (1892-1972)	Doctor Ingeniero de Montes	31/32, 33/34 (1944)
	BERMUDO SORIANO, Eliseo		59/60 (1946)
	BERNAL SEGURA, Juan	Teniente coronel de Infantería	124 (1952)
	BERTUCHI, Mariano (1884-1955)	Pintor	68/69/70 (1947)
	BLANCO IZAGA, Emilio (1892-1949)	Teniente Coronel de Infantería del Alto Estado Mayor	52, 55, 56/57, 59/60 (1946)
	BLANCO TOBÍO, Manuel (1919-1995)	Periodista y escritor	120 (1951), 148 (1954), 159, 162, 166 (1955), 171, 178, 180 (1956)
	BONELLI Y RUBIO, Juan Mª (1904-1981)	Gobernador general de los Territorios españoles del Golfo de Guinea	46/47 (1945), 59/60 (1946), 71/72 (1947)
	BORRÁS, Tomás	Periodista y escritor	53 (1946), 63/64 (1947), 75/76, 81/82 (1948), 88, 90, 94 (1949), 115, 119 (1951), 124 (1952), 134, 140/141, 143 (1953), 148, 151, 156 (1954), 163 (1955), 169, 170, 173, 180 (1956)
	BOSCH DE LA BARRERA, Joaquín	Comandante jefe de la Guardia Colonial. Futuro subgobernador de los territorios de Guinea	54 (1946), 71/72 (1947)











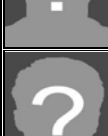

	BOTZARIS, Alejandro (¿?-1966)	Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad de París. Periodista y escritor	140/141 (1953), 176/177 (1956)
	BRUNO RIZZATTI, Sergio	Agregado a la Oficina de Prensa de la Embajada italiana en Madrid	8 (1942)
	BULLÓN DÍAZ, Galo	Comandante de Artillería	37/38 (1945)
	BUSTAMANTE, Ramón		27 (1944)
	BUZID, Mohammad Tayeddin	Periodista	94 (1949), 101, 108 (1950)
	CABANÁS, Rafael	Naturalista y geólogo	131 (1952), 145, 150 (1954), 162 (1955)
	CAFFARENA ACEÑA, Vicente	Ingeniero de Caminos	92/93 (1949), 159 (1955)
	CAGIGAS LÓPEZ, Isidro DE LAS (1891-1956)	Arabista, abogado y diplomático. Socio de la SEIC	37/38 (1945), 52, 53, 54, 56-60 (1946), 66/67 (1947), 91 (1949), 109 (1951), 122, 132 (1952)
	CANTERO CUADRADO, Pedro (1902-1978)	Religioso y periodista	12 (1942)
	CARANDELL, Luis (1929-2002)	Periodista	160 (1955)
	CARO BAROJA, Julio (1914-1995)	Historiador, antropólogo y lingüista	142, 144 (1953), 152/153 (1954), 157, 161, 167 (1955), 171, 174,175 (1956)
	CARRANZA, Fernando DE (¿?-1950)	Capitán de navío. Marino especialista en submarinos	14, 17, 19/20 (1943), 28 (1944), 44/45 (1945)

	CARRASCO REDAL, Eduardo	Ingeniero jefe de Industria	71-72 (1947)
	CARRASCO TÉLLEZ, José (1895-¿?)	Periodista. Director del <i>Diario de África</i>	18, 24 (1943), 30, 31/32 (1944), 42-45 (1945), 55 (1946), 63/64, 68/69/70 (1947)
	CARRERO BLANCO, Luis (1904-1973)	Militar. Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros	2 (1942)
	CASAS, Juan		68/69/70 (1947)
	CASTEJÓN ESPINOSA, Antonio (1896-1979)	Militar	4 (1942)
	CASTELLÓN, Francisco	Ingeniero de Caminos	24 (1943)
	CASTIELLA, Fernando María (1907-1976)	Político, diplomático y profesor universitario	1 (1942)
	CASTRO ENRÍQUEZ, Gabriel	Militar perteneciente al Servicio de Intervenciones	5, 12 (1942)
	CASTRO GÁZQUEZ, J.		55 (1946)
	CATTAN, Selim		9 (1942) 1
	CENCILLO DE PINEDA, Manuel (¿?-1961)	Conde de Pernía. Comandante honorario de Intendencia de la Armada. Consejero director de la Compañía Transmediterránea	81-82 (1948), 127 (1952), 152-153 (1954)
	CERNADAS, Francisco		144 (1953), 147 (1954), 167 (1955)
	CERVELA, Joaquín		1 (1942), 5 (1942), 6 (1942), 7 (1942), 10 (1942)

	CLAVIJO, Salvador	Militar	104 (1950)
	COLA ALBERICH, Julio (¿?-1992)	Doctor en Ciencias Naturales y profesor de la Universidad Central de Madrid. Colab. del Instituto de Antropología y Etnología del CSIC	63/64 (1947), 75/76, 81/82 (1948), 103, 108 (1950), 135, 143 (1953), 158 (1955)
	COMÍN COLOMER, Eduardo (1908-1975)	Escritor y periodista	91 (1949)
	CONEJO GARCÍA, Alfredo	Comandante médico	92-93 (1949)
	CORDERO TORRES, José Mª (1909-1977)	Jurista y profesor universitario	1, 2, 4, 7, 8, 10 (1942), 14-16, 18 (1943), 27, 30, 33/34 (1944), 100 (1950)
	COTOVAD, Olga	Escritora	52, 54, 56/57, 59/60 (1946)
	CRESPO GIL- DELGADO, Carlos (1911-1963)	Conde de Castillo Fiel	63/64 (1947), 77/78, 83-84 (1948), 106 (1950)
	D'AGOSTINO ORSINI DI CAMEROTA, Paolo	Profesor de la R. Universidad de Roma	7 (1942)
	DÍAZ DE VILLEGAS Y BUSTAMANTE, José (<i>Hispanus</i>) (¿?-1968)	Coronel de Estado Mayor y Director General de Marruecos y Colonias	1, 2, 5, 7, 8 (1942), 21 (1943), 31/32 (1944), 46/47 (1945), 85, 87 (1949), 97, 100, 107 (1950), 121, 122 (1952), 134 (1953), 145 (1954), 157 (1955), 169 (1956)
	DICENTA SEGUÍ, José	Capitán Médico. Ex Director del Consultorio Médico de Beni-Arós	37/38, 41, 48 (1945), 61/62 (1947)
	DOMÉNECH LAFUENTE, Ángel	Teniente Coronel del Gobierno Político Militar de Ifni-Sáhara	28, 31/32, 35/36 (1944), 37-47 (1945), 51, 52, 54-60 (1946), 61/62, 65 (1947), 73, 77/78, 83-84 (1948), 90, 95 (1949), 98, 103, 106, 107 (1950), 110, 114 (1951)
	DOTOR, Ángel (1898-1986)	Escritor e historiador del arte. Miembro de la Real Academia Hispano-americana y correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando	65 (1947), 77/78, 83/84 (1948), 91 (1949), 105 (1950), 127 (1952), 137 (1953), 147 (1954), 172 (1956)

	DURÁN OCHOA, Luis		63/64 (1947)
	DUYOS, Rafael	Poeta	18 (1943)
	ECHEVARRÍA, José L.	Abogado del Estado	68/69/70 (1947)
	EICKSTEDT, Barón Von (1892-1965)	Antropólogo. Profesor de la Universidad de Maguncia. Director de Rassenkunde	99 (1950)
	EN NUAR, Malec		109 (1951)
	ESTÉVEZ GIMÉNEZ, Francisco	Delegado de Hacienda	71/72 (1947)
	EZQUERRA ABADÍA, Ramón (1904-1994)	Historiador. Catedrático de Geografía e Historia	5 (1942), 13, 16, 24 (1943)
	FERNÁNDEZ, Vicente M.	De la Administración Colonial	58 (1946)
	FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1893-1966)	Historiador, periodista y crítico literario	103 (1950)
	FERNÁNDEZ DE CASTRO, Rafael (1883-1952)	Periodista y publicista. Corresponsal de la Real Academia de la Historia. Cronista oficial de Melilla	4, 8-12 (1942), 13-17, 19/20, 22 (1943), 28 (1944), 42/43 (1945), 49/50, 51, 58 (1946), 63/64, 68/69/70 (1947), 79/80 (1948), 102 (1950)
	FERNÁNDEZ VIDAURRE, Pedro (¿?-1972)	Teniente de Intendencia de las Tropas de Policía del Territorio de Ifni	92/93 (1949)
	FERRANDO LA HOZ, Vicente	Jefe de la Hemeroteca de Tetuán	105 (1950)

	FERREIRA ROSA, Manuel		7 (1942)
	FLORES MORALES, Ángel	Teniente Topógrafo Diplomado del Servicio Geográfico del Ejército	14 (1943), 33/34 (1944), 39/40 (1945), 79/80, 83/84 (1948), 95 (1949), 108 (1950), 111, 115, 119 (1951), 127(1952), 179 (1956)
	FONT QUER, Pío (1888-1964)	Botánico, farmacéutico y químico	31/32 (1944)
	FONTÁN Y LOBÉ, Juan (1894-1944)	Artillero e ingeniero naval. Gobernador de la Guinea Española entre 1939-1942 y Director General de Marruecos y Colonias desde 1942	3-8, 10-12 (1942), 13- 24 (1943), 25-27 (1944)
	FOXA, Agustín de	Conde de Foxa	19/20 (1943)
	FRANCÉS, José (1883-1964)	Periodista y crítico de arte. Miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando	83/84 (1948), 99 (1950), 125 (1952), 137 (1953), 149 (1954), 160, 163 (1955), 172 (1956)
	FRANCÉS ALONSO, José María (¿?-1994)		150 (1954)
	FRONTERA DE HARO, José María (1905-1990)	Político	159 (1955)
	FUENTES, Eduardo DE	Militar	148 (1954)
	FUSTER CASAS, José María (1923-2000)	Profesor de Geología y Petrología en la Universidad Central de Madrid	150 (1954)
	FUSTER RIERA, Pedro	Ingeniero de Montes	35/36 (1944)
	GALBE PUEYO, Rafael (1919-2012)	Juez. Futuro Comisario General Adjunto de la Guinea Ecuatorial	167 (1955)
	GALERA PANIAGUA, Alfredo (1899-1990)	Coronel. Posteriormente General y Delegado General de la Alta Comisaría.	3 (1942)

	GALLEGO, Alejandro	Religioso	143 (1953)
	GALVIS, José	Inspector General jubilado del Cuerpo de Ingenieros Geógrafos	105 (1950)
	GAMIR SANDOVAL, Alfonso	Profesor universitario	63/64 (1947)
	GARCÍA, C.	Publicista	59/60 (1946)
	GARCÍA BARRIUSO, Patrocinio (1909-1997)	Religioso franciscano	8, 12 (1942), 16, 18 (1943), 26, 28 (1944), 37/38 (1945)
	GARCÍA BELLIDO, Antonio (1903-1972)	Arqueólogo e historiador. Catedrático de la Universidad Central	18, 19/20 (1943)
	GARCÍA CAMACHO, Santiago		129,130 (1952)
	GARCÍA CUENCA, Tomás	Jefe del Servicio Pecuario de la Delegación de Economía de la Alta Comisaría	53 (1946), 68/69/70 (1947), 129-130 (1952)
	GARCÍA FIGUERAS, Tomás (<i>Vial de Morla</i>) (1892-1981)	Comandante de artillería retirado. Delegado de Educación y Cultura, de Economía, Industria y Comercio y de Asuntos Indígenas de la Alta Comisaría. Asesor de los Altos Comisarios.	3, 6, 10, 11 (1942), 14, 16-24 (1943), 25-36 (1944), 39-48 (1945), 49-60 (1946), 61-62, 65, 68/69/70 (1947), 73, 75-80, 83/84 (1948), 86, 87, 90, 94 (1949), 98, 101, 104, 108 (1950), 111, 112, 114, 118 (1951), 125, 129/130 (1952), 135, 140/141, 143 (1953), 149, 152/153, 154 (1954), 157, 160, 164-167 (1955)
	GARCÍA FIGUERAS, Vicente	Teniente Coronel de Infantería y, posteriormente, de Artillería del Servicio de Estado Mayor	21-24 (1943), 25-36 (1944), 42/43, 48 (1945), 55 (1946), 61/62, 66/67 (1947), 75/76, 79/80 (1948), 109 (1951), 122, 132 (1952)
	GARCÍA Y GARCÍA, José Antonio	Maestro Nacional	61-62 (1947)
	GARCÍA MARGALLO, A.		13 (1943), 33-34 (1944)

	GARCÍA MONTOTO, Fernando		2, 4- 6, 8-12 (1942), 13-16, 18 (1943)
	GARCÍA ROCA, José Manuel		89 (1949), 97 (1950)
	GARCÍA SANCHIZ, Federico (1887-1964)	Articulista, “charlista” y escritor	121 (1952), 148 (1954)
	GARCÍA-SAÑUDO Y GIRALDO, Manuel (1893-1969)	Cronista oficial de Tetuán	85 (1949)
	GARCÍA VALIÑO, Fernando (?-1965)	General de brigada	44/45 (1945)
	GARCÍA-VIANA, José María	Ingeniero de Montes	61/62 (1947)
	GARDEAZÁBAL, Crescencio de		161 (1955)
	GARDEAZÁBAL, Fernando de		166 (1955)
	GARRIGA GIL, Luciano	Militar	137 (1953), 147 (1954)
	GAVIRA, José	Bibliotecario de la Real Sociedad Geográfica	79/80 (1948)
	GAY, Vicente (1876-1949)	Catedrático de la Universidad de Madrid. Publicista	66/67 (1947), 75/76, 81-82 (1948), 98 (1950)
	GAYARRE, Luis G.		27 (1944)
	GHIRELLI, Angelo		2 (1942), 51, 53, 54 (1946)









	GIL BENUMEYA, Rodolfo (<i>Benumar</i>) (1901-1975)	Arabista y profesor universitario	1-4, 7-9 (1942), 13, 18-23 (1943), 25, 26 (1944), 124 (1952), 140/141 (1953), 154, 156 (1954), 159 (1955), 176/177 (1956)
	GIL MONTERO, Julián (1898-1967)	Topógrafo e ingeniero químico	27, 30 (1944), 145 (1954)
	GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto (1899-1988)	Escritor y diplomático	22 (1943), 126 (1952)
	GINER PEYRÓ, J.		28 (1944)
	GODOY MÁLVAREZ, Tomás	Secretario Interventor del Ayuntamiento de Sidi Ifni	92/93 (1949)
	GOICOECHEA, Alejandro		138, 140/141 (1953)
	GÓMEZ APARICIO, Pedro (1903-1983)	Periodista	126 (1952), 172, 176/177 (1956)
	GÓMEZ DURÁN, José	Jefe de los Servicios Financieros de la Dirección General de Marruecos y Colonias	100, 105 (1950), 164/165 (1955)
	GÓMEZ MENOR, Juan	Catedrático de Entomología	90 (1949)
	GÓMEZ TRAVESEDO, Francisco	Escuela de Periodismo	12 (1942)
	GONZÁLEZ ISAAC, Esteban	Administrador principal de Correos de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea	71/72 (1947)
	GONZÁLEZ DE MENDOZA, Ángel	Teniente Coronel de Estado Mayor	53, 59/60 (1946), 63/64 (1947)





	GONZÁLEZ DEL AGUA, Francisco Julián		52 (1946)
	GONZÁLEZ ECHEGARAY, Carlos (1921-¿?)	Historiador y bibliógrafo	123 (1952), 145, 151-154 (1954), 163 (1955), 171, 175 (1956)
	GONZÁLEZ ECHEGARAY, Rafael (1923-1985)	Oficial de la Marina mercante. Director general de la Compañía Transatlántica y miembro de diversas asociaciones de naveros y Derecho Marítimo	128 (1952)
	GONZÁLEZ PALENCIA, Ángel (1889-1949)	Arabista. Director de la Escuela de Estudios Árabes. Miembro de la Real Academia Española	63/64 (1947), 79/80 (1948)
	GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás (1897-1967)	Escritor y periodista	77/78 (1948), 103 (1950), 116 (1951), 123, 131 (1952)
	GOTI DE ARRAZURÍA, Luis	Perito agrícola	92/93 (1949), 154 (1954)
	GRANADOS, Gregorio	Militar	11, 12 (1942)
	GRANDCHAMP, René		136 (1953)
	GREGORI PEYRÓ, Gonzalo	Teniente Coronel de Infantería. Interventor Regional	21 (1943), 37/38, 39/40, 44/45, 48 (1945)
	GUASTAVINO GALLENT, Guillermo	Director de Archivos y Bibliotecas del Protectorado. Profesor de Geografía e Historia de Marruecos y secretario del Centro de Estudios Marroquíes	68/69/70 (1947), 81/82 (1948)
	GUILLÉN TATO, Julio F. (1897-1972)	Almirante. Director del Museo Naval. Será miembro de la Real Academia de la Historia	16 (1943)
	GUILLOT CARRATALÁ, José	Crítico de Arte	74, 79/80 (1948), 85 (1949), 97 (1950), 110 (1951)

	GUINEA LÓPEZ, Emilio (1907-1985)	Catedrático de la Universidad Central (geo-botánico especializado en floras esteparias y desérticas). Jefe de Sección de Botánica del IDEA	17, 21, 23 (1943), 25, 27, 29, 31/32, 35/36 (1944), 42/43, 48 (1945), 49/50, 53, 56/57 (1946), 128 (1952)
	GUTIÉRREZ DEL ÁLAMO, Nicolás	Coronel farmacéutico, asesor de la Dirección General de Marruecos y Colonias	37/38, 42/43 (1945), 53 (1946), 96 (1949)
	HERA, Manuel de la	Capitán de Corbeta. Ingeniero hidrógrafo	128 (1952)
	HERNÁNDEZ PACHECO, Eduardo (1872-1965)	Catedrático de Geología	3 (1942), 29 (1944), 128 (1952), 156 (1954)
	HERNÁNDEZ PACHECO, Francisco (1890-1976)	Catedrático de Geografía Física y de Geología de la Universidad de Madrid. Jefe de la Sección de Geografía física del Museo Nacional de Ciencias Naturales	15, 19/20, 23 (1943), 53 (1946), 92/93 (1949), 101 (1950), 118 (1951), 127, 132 (1952), 151 (1954), 158, 168 (1955)
	HERRERO GARCÍA, Miguel	Catedrático de Humanidades	23 (1943), 26, 31/32 (1944)
	HUARTE, José María		33/34 (1944), 46/47 (1945)
	HURTADO ROJAS, Benito	Legionario	44/45 (1945)
	IBÁÑEZ DE IBERO, Carlos	Marqués de Mulhacén. Historiador	139 (1953), 161 (1955), 174 (1956)
	IBÁÑEZ ROBLEDO, Esteban	Religioso. Jefe de la Sección de Estudios Marroquíes del Instituto de Estudios Africanos	41 (1945), 49/50, 55, 56/57, 59/60 (1946), 63/64 (1947), 75/76 (1948), 85 (1949), 99 (1950)
	IBARRA Y BERGÉ, Javier (1913-1977)	Escritor y político	26, 30 (1944)
	IBARROLA, Ricardo	Psicólogo	142 (1953)

	IBERNAGARAY, José	Interventor del Servicio de Radio	44/45 (1945)
	IBN AZZUZ HAQIM, Mohammad (1924-vive)	Historiador hispanista. Jefe de Servicio en la Delegación de Asuntos Indígenas. Profesor de Geografía e Historia en la Escuela de Interventores	115/116 (1951), 133, 137 (1953), 150, 156 (1954)
	IGLESIA JUNQUERA, Jaime DE LA	Capitán Veterinario	92/93 (1949)
	IRADIER URQUIOLA, Manuel	Astrónomo	152/153 (1954)
	IRIARTE, César DE		102 (1950)
	ISMAIL, Hasan	Presidente de la Misión Económica Egipcia para el Tratado con España	54 (1946)
	JAQUETO, Mariano (1915-2008)	Ingeniero de montes	129,130 (1952)
	JIMÉNEZ MENDOZA, Manuel	Interventor adjunto comarcal de Beni Bufrah (Rif)	12 (1942)
	KOCH, M.		30 (1944)
	LAFUENTE FERRARI, Enrique (1898-1985)	Historiador del arte	159 (1955)
	LALINDE, Enrique	Jefe de Sanidad en los Territorios de Guinea	71/72 (1947)
	LARREA Y PALACÍN, Arcadio de (1907-1985)	Musicólogo y etnógrafo	126 (1952), 150 (1954), 178 (1956)













	LERÍA, Cándido	Coronel	2, 4-6, 8, 10-12 (1942), 13-16 (1943), 53 (1946)
	LINARES MAZA, Antonio		18 (1943)
	LLOMPART AULET, Sebastián	Oficial de Aviación. Delegado de Trabajo de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea	61/62, 71/72 (1947)
	LLORD O'LAWLOR, Manuel		133 (1953)
	LOBIT, Antonio P.		56/57 (1946)
	LOMBARDERO VICENTE, M.	Coronel de Estado Mayor. Jefe del Servicio Geográfico del Ejército	30 (1944), 52, 56/57 (1946), 88 (1949)
	LÓPEZ, José	Religioso franciscano de Marruecos	56/57 (1946), 68/69/70 (1947)
	LÓPEZ-CASTRO, Celestino M.	Teniente Coronel de Infantería	15, 19/20 (1943), 27, 30, 33/34 (1944), 39/40, 42/43, 48 (1945), 54, 56/57, 59/60 (1946), 61/62, 65 (1947), 73, 75/76, 81-84 (1948), 89, 94 (1949), 101, 108 (1950), 123 (1952), 135, 143 (1953), 163 (1955)
	LORENZI, Emilio	Comandante de Aviación	39/40, 42/43, 46/47 (1945)
	LORENZO, Pedro DE		9 (1942)
	LOSADA, Juan	Periodista	33/34 (1944), 46/47 (1945)
	LOZANO CABO, Fernando (1916-1980)	Biólogo marino	29 (1944)

	LUCAS LINACERO, Armando DE	Jefe del sector aéreo	71/72 (1947)
	LUNA Y SÁNCHEZ, José Carlos DE (1890-1965)	Ingeniero industrial. Escritor y poeta	121 (1952)
	MACHADO, Leocadio R.	Periodista y escritor	89 (1949)
	MACIÁ SERRANO, Antonio	Militar y escritor	74 (1948), 95 (1949), 137 (1953), 156 (1954), 162 (1955)
	MAJÓ FRAMIS, Ricardo (1885-1960)	Escritor y periodista	148, 152/153 (1954)
	MALDONADO VÁZQUEZ, Eduardo	Teniente Coronel de Artillería	61/62 (1947), 79/80 (1948), 86 (1949), 99, 105, 107 (1950), 110 (1951), 129, 130 (1952), 136, 139 (1953), 149 (1954)
	MANERA, Enrique	Capitán de navío	144 (1953)
	MANFREDI CANO, Domingo (1918-1998)	Escritor y periodista.	102 (1950), 120 (1951), 136 (1953), 154 (1954), 173, 178 (1956)
	MANZANEQUE	General	96 (1949)
	MARÍN, Agustín	Director del Instituto Geológico y Minero de España	10 (1942)
	MARQUERIE, Alfredo (1907-1974)	Dramaturgo y crítico teatral	180 (1956)
	MARTÍN DEL MOLINO, Amador	Religioso	138 (1953), 169 (1956)
	MARTÍN DE LA ESCALERA, Antonio	Militar	3 (1942), 16, 17 (1943)

	MARTÍN DE LA ESCALERA, Carmen	Publicista	17, 19/20 (1943), 25, 29, 35/36 (1944)
	MARTÍN HAZA, José Luis	Ingeniero de caminos, canales y puertos	170 (1956)
	MARTÍN MAYOR, Antonio	Jefe de Prensa de la Delegación de Educación y Cultura de la Alta Comisaría	68/69/70 (1947), 95 (1949)
	MARTÍNEZ, Rafael		91 (1949)
	MARTÍNEZ CARANDE, José María (?-2003)	Coronel de Infantería	44/45 (1945)
	MARTÍNEZ DE VELASCO, Román	Ingeniero Jefe del Servicio de Caminos de la Delegación de Obras Públicas y Comunicaciones	56/57 (1946)
	MARTÍNEZ DE GUZMÁN, José (1906-1972)	Capitán de Navío. Jefe del Estado Mayor de la Flota, de la Base Naval de Palma de Mallorca, agregado naval en Tánger y comandante de marina	79/80 (1948)
	MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, Víctor	Médico del Servicio Sanitario Colonial. Director de la Leprosiería Central de Mikomeseng	77/78 (1948), 143 (1953)
	MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, Julio	Catedrático de la Universidad Central y Comisario General de Operaciones Arqueológicas	18 (1943), 46/47 (1945)
	MARTÍNEZ VALVERDE, Carlos	Capitán de Corbeta	81/82 (1948), 102 (1950), 123 (1952), 133, 139, 142 (1953), 155 (1954), 162 (1955)
	MARTOS	Comandante	21 (1943)
	MARTOS ÁVILA, Francisco	Jefe A. de la Sección de Colonias. Ex Juez de los Territorios de Guinea	6 (1942), 16 (1943), 25, 27, 28, 33/34 (1944), 39/40, 44/45 (1945), 56/57 (1946), 103 (1950)
	MARTOS DE CASTRO, José	Secretario General de la Dirección General de Marruecos y Colonias	9 (1942), 28 (1944), 39/40, 46/47 (1945), 51, 58 (1946)

	MARTORELL OTZET, Vicente	Teniente coronel de Ingenieros. Delegado de Obras Públicas y Comunicaciones de la Alta Comisaría de España en Marruecos	37/38, 41, 44/45 (1945), 51 (1946), 68/69/70 (1947), 75-76 (1948), 98 (1950), 120 (1951), 129/130 (1952), 133 (1953)
	MATEO MARCOS, Santiago	Coronel de Caballería del Servicio de Estado Mayor	9 (1942), 13 (1943), 77/78 (1948), 99 (1950), 118 (1951), 138, 144 (1953)
	MATEU Y LLOPIS, Felipe (1901-1998)	Bibliotecario e historiador. Director de la Biblioteca Central de Barcelona	15 (1943)
	MATILLA, Valentín	Catedrático de Parasitología tropical de la Facultad de Medicina de Madrid	42/43 (1945), 52 (1946)
	MEDRANO EZQUERRA, Carmelo (1900-1969)	Teniente coronel del Alto Estado Mayor	6 (1942), 53, 55, 58 (1946), 61/62 (1947), 73, 77/78 (1948)
	MELÉNDEZ, Leonor		19/20 (1943)
	MELÉNDEZ GALÁN, Luis	Teniente coronel de Infantería	55 (1946)
	MELIS CLAVERÍA, Manuel	Comandante de Infantería. Secretario del IDEA	27 (1944), 39/40, 41 (1945), 164/165 (1955)
	MEXAX, Kassen B.		29 (1944)
	MILLÁS VALLICROSA, José María (1897-1970)	Hebraísta, arabista, historiador. Catedrático de la Universidad de Barcelona	65 (1947), 176/177 (1956)
	MIRANDA JUNCO, Agustín (1910-1992)	Abogado y escritor	8 (1942), 27, 28 (1944)
	MOLINA, Roberto	Escritor	56/57, 59/60 (1946), 61/62 (1947)
	MOLINA ARRABAL, José	Jefe Superior de los Servicios de Colonias de la Dirección General de Marruecos y Colonias	37/38 (1945), 124 (1952)

	MONTENEGRO, José A.	Director del Patronato Colonial de Enseñanza Media. Director de la Biblioteca Pública en Guinea	71/72 (1947)
	MORAL, Victoriano DEL		135 (1953), 158 (1955)
	MORALES, Román C.	Ex Jefe de la Guardia Colonial	53, 59/60 (1946)
	MORALES AGACINO, Eugenio (1914-2002)	Naturalista y entomólogo. Miembro del Instituto de Estudios Africanos	42/43 (1945), 56/57 (1946), 63/64, 66/67 (1947), 77/78 (1948)
	MORALES MUÑOZ, Ramón	Secretario General del Patronato de Indígenas	71/72 (1947)
	MORÁN BARDÓN, César	Religioso agustino	108 (1950)
	MORENO MORENO, José A.	Juez de 1ª Instancia e Instrucción. Jefe de los Servicios de Justicia de la Colonia	71/72 (1947), 83/84 (1948), 152/153 (1954), 162 (1955)
	MORENO ROMÁN, Manuel		140/141 (1953)
	MOSTAZA RODRÍGUEZ, Bartolomé (1907-1982)	Licenciado en Filología clásica y derecho. Escritor, publicista y periodista. Director de <i>Fotos</i> y subdirector de <i>Arriba</i> .	3, 7 (1942), 18, 19/20, 21 (1943), 26 (1944), 148 (1954)
	MUGURUZA OTAÑO, Pedro	Director general de Arquitectura	30 (1944), 49/50 (1946)
	MULERO CLEMENTE, Manuel	Coronel. Subgobernador del África Occidental Española	101 (1950)
	MUNAIZ DE BREA, Ricardo	Coronel del Ejército del Aire	6, 11 (1942), 14, 17 (1943), 52, 56/57, 59/60 (1946), 123, 124 (1952)
	NAVARRO DAGNINO, Juan	Capitán de Navío	100 (1950)

	NOGUÉS MUSOL, Lorenzo		103 (1950)
	NOSSA, José	Secretario general y Director general del Ministerio de Ultramar portugués; ex Subsecretario de Estado; ex Ministro de las Colonias y ex gobernador del Estado de la India	137 (1953)
	NOSTI NAVA, Jaime (1911-1995)	Ingeniero agrónomo. Director de Agricultura de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea	33/34 (1944), 66/67, 71/72 (1947), 81/82 (1948), 91 (1949)
	NOVAS, Manuel R.	Contralmirante de Armada	65 (1947)
	NÚÑEZ, Jorge	Comandante de Infantería. Delegado Gubernativo de la Colonia. Vocal Delegado del IDEA en el Sáhara	92/93 (1949)
	NÚÑEZ LOSADA, Indalecio	Capitán de navío	39/40 (1945), 51 (1946)
	OLAECHEA ORRUÑO, Basilio	Teniente de la Guardia Colonial en Guinea	108 (1950)
	OLANGUA, Augusto		15 (1943), 160 (1955)
	ONIEVA SANTAMARÍA, Antonio Juan	De la Delegación de Educación y Cultura de la Alta Comisaría. Desempeñó el cargo de Jefe de Prensa, Radio y Turismo en la Delegación de Educación y Cultura	59/60 (1946), 63/64, 68/69/70 (1947), 83/84 (1948), 102 (1950)
	ORTEGA IBÁÑEZ, Adolfo	Misionero “Hijo del Inmaculado Corazón de María”	71/72 (1947)
	PAMPIN, José Luis		129/130 (1952)
	PANERO, Leopoldo (1909-1962)	Poeta	31/32 (1944)
	PANYELLA GÓMEZ, Augusto (1921-1999)	Etnólogo	131 (1952)

	PASCHASIUS	Capitán	2 (1942)
	PASTOR, José María	Ingeniero Jefe del Servicio Agronómico de la Zona	68/69/70 (1947), 129/130 (1952)
	PASTOR BOTIJA, Félix	Del Cuerpo de Médicos de los Servicios Sanitarios de la Zona	68/69/70 (1947)
	PASTOR Y PACHECO, Enrique (?-1967)	Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos	25 (1944)
	PASTOR Y SANTOS, Emilio	Jurista e investigador del CSIC	86, 88, 91 (1949)
	PEMÁN, José María (1897-1981)	Escritor y político	25 (1944)
	PEÑA, José DE LA	Oficial Mayor del Gobierno General	71/72 (1947)
	PEÑA BOEUF, Alfonso (1888-1966)	Ingeniero de Caminos, canales y puertos y político. Fue Ministro de Obras Públicas.	175 (1956)
	PEREDA ROIG, Carlos		158 (1955)
	PÉREZ CAMARERO, Arturo		41 (1945)
	PÉREZ CAMARERO, M ^a de los Dolores		30 (1944), 46/47 (1945), 56/57 (1946)
	PÉREZ EZA, Carmelo	Director de Educación Física de la Zona	68/69/70 (1947)
	PÉREZ GONZÁLEZ, Esteban	Consejero-Delegado de Industrias Pesqueras Africanas S.A. (I.P.A.S.A)	79/80 (1948)

	PERICOT, Luis (1899-1978)	Arqueólogo y prehistoriador	154 (1954), 168 (1955)
	PERPIÑÁ GRAU, Román (1902-1991)	Consejero de la Economía Nacional	17, 19/20 (1943)
	PINILLOS DE CRUELLES, Manuel (1912-1989)	Periodista y escritor	86 (1949), 105 (1950)
	PLANAS Y TOVAR, F. J.	Teniente coronel de Infantería	56/57 (1946), 66/67 (1947), 74 (1948)
	PORRAS ZAVALA, Antonio DE	Director del Grupo Escolar Coronel Bermejo y de la Escuela de Artes y Oficios de Villa Cisneros	92/93 (1949)
	PRIEGO LÓPEZ, Juan	Coronel de Estado Mayor	138 (1953), 140/141 (1953)
	PRIETO Y LLOVERA, Patricio	General de Brigada	118 (1951), 131 (1952), 148 (1954)
	PUELLES, Ramón		39/40 (1945)
	QUERO MINGORANTE, Juan		92/93 (1949)
	RAMIS GONZÁLEZ, Emilio	Alcalde de Sidi Ifni	92/93 (1949)
	RAMOS CHARCO-VILLASEÑOR, Aniceto	Teniente Coronel de Infantería	31/32, 35/36 (1944)
	RAURICH FERRIOL, Salvador (1868-1949)	Astrónomo y académico correspondiente de la Real de la Historia	33/34 (1944), 44/45 (1945)
	RECIO, Vicente	Religioso franciscano	19/20 (1943)

	RÍO SAINZ, José DEL (1884-1964)	Periodista	81/82 (1948), 88, 95 (1949)
	RITTWAGEN, Guillermo (1884-1943)	Periodista y escritor	19/20 (1943)
	RIVERO, Casto María DEL	Conservador del Gabinete Numismático del Museo Arqueológico Nacional	83/84 (1948)
	RODA, Rafael DE	Publicista	10, 12 (1942), 17, 19/20 (1943), 25, 31/32 (1944), 42-45 (1945), 53 (1946), 68/69/70 (1947), 91 (1949), 100, 104 (1950), 115-116 (1951), 151 (1954)
	RODRÍGUEZ JOULIÁ, Carlos	Del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas al servicio del Protectorado	81/82 (1948), 101 (1950)
	RODRÍGUEZ EROLA, José	Teniente de Infantería. Interventor de Beni Hadifa	92/93 (1949)
	ROJO, Vicente	Comandante ayudante del Tercio Gran Capitán primero de la Legión	44/45 (1945)
	RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Hipólito (<i>Julio Romano</i>) (1886-1952)	Escritor y periodista	103 (1950)
	ROMERO MOLINER, Rafael	Médico destinado a los territorios de Guinea	33/34 (1944), 85, 94 (1949), 98, 106 (1950), 156 (1954)
	ROSALENY BURGUET, Francisco	General, Gobernador General del África Occidental Española	107 (1950)
	ROSALES		41 (1945)
	ROTAECHE, Jesús María DE	Subsecretario de la Marina mercante	6 (1942)

	RUBIO ARCOS, Adalberto	Ayudante de Montes	92/93 (1949)
	RUBIO GARCÍA, Leandro	Profesor universitario de Derecho Internacional en la Universidad de Zaragoza	133, 140/141 (1953), 147 (1954), 170 (1956)
	RUIZ ALBÉNIZ, Víctor (<i>Tebib Arrumi</i>) (1885-1954)	Médico y periodista	126 (1952)
	RUIZ DE ELVIRA, Francisco (1920-	Periodista. Redactor de Efe	95 (1949), 123 (1952)
	RUIZ-FORNELLS, José	Teniente coronel de Estado Mayor	51, 54, 55 (1946)
	RUIZ ORSATTI, Ricardo (1871-1946)	Intérprete y canciller del Consulado de Tetuán. Director de la Escuela Hispanoárabe de Tánger. Inspector de las Escuelas Hispano-Árabes e Indígenas del Protectorado	17-22 (1943), 29, 31-36 (1944), 54 (1946)
	RUMÉU DE ARMAS, Antonio (1912-2006)	Historiador. Catedrático de la Universidad de Barcelona y, posteriormente, de la Universidad Central	22 (1943), 29 (1944)
	SÁENZ MARTÍNEZ, Jerónimo	Asesor de Enseñanza del África Occidental Española	164/165 (1955)
	SÁEZ MARTÍN, Bernardo (1913-2002)	Arqueólogo	25 (1944)
	SALANOVA ORUETA, Daniel (1917-2007)	Maestro nacional en Guinea. Director de la Escuela Graduada "José Antonio" de Bata	131 (1952), 133 (1953)
	SALVADOR DE VICENTE, Pedro	Alto funcionario, Diplomático. Profesor de Derecho Internacional en la Universidad de Valladolid y de Política Exterior de España en la de Madrid (1943)	25, 26, 30 (1944)
	SAN MIGUEL DE LA CÁMARA, Maximino (1887-1961)	Geólogo y naturalista	28 (1944)

	SAN VALERO APARISI, Julián (1913-1997)	Historiador y profesor universitario	42/43, 44/45 (1945)
	SÁNCHEZ CÓZAR, Santiago	Ingeniero del Servicio de Montes de la Zona del Protectorado español en Marruecos	29 (1944), 48 (1945), 52, 54, 59/60 (1946), 68/69/70 (1947), 75/76 (1948), 124 (1952)
	SÁNCHEZ MEROÑO, Andrés		74, 83/84 (1948)
	SÁNCHEZ PÉREZ, Andrés	Teniente coronel de Infantería. Jefe interventor de la región del Rif y, posteriormente, del Lucus	8, 11 (1942), 17, 21 (1943), 55 (1946), 68/69/70 (1947)
	SANTAMARÍA QUESADA, Ramiro (1922-1983)	Periodista. Corresponsal en África del Norte de los periódicos <i>Madrid</i> y <i>Diario de Barcelona</i>	125 (1952), 142 (1953)
	SANZ BRUNETE, Julio	Ingeniero de Caminos	37/38 (1945)
	SANZ CAGIGAS, Francisco	Periodista	107 (1950)
	SANZ Y DÍAZ, José (1907-1988)	Escritor y filólogo. Miembro del Comité Cultural Argentino, del Instituto Genealógico Brasileiro y de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela	61/62 (1947), 79/80 (1948), 89, 96 (1949), 102 (1950)
	SCHMID VIDAL, Federico	Interventor en el Servicio de Intervención del Protectorado	46/47 (1945), 61/62, 66/67, 68/69/70 (1947)
	SECO DE LUCENA, Luis (1901-1974)	Arabista. Catedrático de Lengua Árabe de la Universidad de Granada y director de la Escuela de Estudios Árabes de Granada	55, 58 (1946), 66/67 (1947)
	SEVILLA ANDRÉS, Diego (1911-1982)	Catedrático de Derecho de la Universidad de Valencia	149 (1954)
	SOLER, José	Presidente de la Audiencia de Tetuán	68/69/70 (1947)
	SOLER PLANAS, María de los Ángeles	Médico de los Servicios Sanitarios de la Zona, de la Dirección de Sanidad e Higiene Pública	129,130 (1952)

	SOLÍS PASCUAL, José	Capitán del Grupo de Tiradores de Ifni, nº 1	61/62 (1947)
	SORIA, Florentino		75/76, 81/82, 83/84 (1948), 85, 86, 88, 96 (1949), 97 (1950), 127 (1952)
	SUÁREZ, F.		27 (1944)
	TABERNERO, Hermenegildo	Teniente coronel de Infantería. Jefe de la Sección del Sáhara en la Dirección General de Marruecos y Colonias	42/43, 48 (1945), 52 (1946), 87 (1949), 100, 107 (1950), 113 (1951), 164/165 (1955)
	TAMARIT, Joaquín	Ingeniero	129/130 (1952)
	TARRADELL, Miguel (1920-1995)	Arqueólogo y prehistoriador. Director del Servicio de Arqueología del Protectorado Español en Marruecos	96 (1949), 109 (1951), 122 (1952), 136 (1953), 139 (1953), 178 (1956)
	TATAY	Comandante	113 (1951)
	TERÁN, Manuel DE (1904-1984)	Catedrático de Geografía e Historia	1, 7 (1942), 25-34 (1944)
	TESSMAN, Gunther	Etnólogo	132 (1952)
	TOMÁS PASCUAL, José		89 (1949)
	TOMÁS PÉREZ, Vicente	Economista	17, 23 (1943), 25, 44/45 (1945)
	TORRE Y DEL CERRO, Antonio DE LA (1878-1966)	Archivero e historiador Catedrático de Historia. Director del Instituto "Jerónimo de Zurita" del CSIC	127 (1952) 1
	TORRES BALBÁS, Leopoldo (1888-1960)	Arquitecto y arqueólogo	151 (1954)

	TOUCEDA FONTENLA, Ramón	Coronel de Caballería	133, 138, 142 (1953), 170, 180 (1956)
	TOVAR LLORENTE, Antonio (1911-1985)	Filólogo e historiador. Catedrático de la Universidad de Salamanca	6 (1942)
	TRENAS, Julio (1917-1996)	Escritor y periodista	77/78 (1948), 118 (1951)
	TRUJEDA INCERA, Luis (1915-1965)	Administrador territorial de Niefang	29, 31/32 (1944)
	UNZUETA Y YUSTE, Abelardo DE	Intendente Mercantil. Miembro de la Real Sociedad Geográfica y de la SEIC	19/20, 21, 24 (1943), 26, 27, 31/32, 33/34, 35/36 (1944), 73, 77/78 (1948)
	UREÑA JIMÉNEZ CORONADO, Mario	Teniente Coronel de Aviación. Jefe del Sector Aéreo Ifni-Sáhara	92/93 (1949)
	VAL CATURLA, Eduardo DEL	Colaborador del Seminario de Historia Primitiva del Hombre	49/50, 51, 56/57 (1946)
	VALDERRAMA MARTÍNEZ, Fernando (1913-2004)	Doctor en Filosofía y Letras. Arabista. Asesor de Enseñanza Marroquí	63/64 (1947), 74, 79/80 (1948), 109, 120 (1951), 129/130 (1952)
	VALDEZ TOMAZ DOS SANTOS, Alfonso Costa		138 (1953)
	VALLE, Adriano DEL (1895-1957)	Escritor y poeta	28 (1944)
	VALOR, Luis DE		22 (1943)
	VALVERDE, José Antonio (1926-2003)	Biólogo, naturalista	166 (1955), 173 (1956)
	VÁZQUEZ, José Andrés	Cronista Oficial de la Provincia de Sevilla	146, 151 (1954)

	VÁZQUEZ RUIZ, José	Arabista. Catedrático de Lengua Árabe	151 (1954)
	VEGA, Luis Antonio DE (1900-1977)	Escritor y periodista	8, 12 (1942), 17-22 (1943), 31/32 (1944), 41 (1945), 49/50, 52 (1946), 65 (1947), 73, 77/78, 83/84 (1948), 95 (1949), 104 (1950), 128 (1952), 135 (1953), 146, 156 (1954), 166, 173, 176/177, 178 (1956)
	VENTURA BAÑARES, Joaquín	Jurisconsulto de la Alta Comisaría de España en Marruecos	68/69/70 (1947), 129/130 (1952)
	VIDAL BOX, Carlos (1906-1970)	Catedrático de Ciencias Naturales, conservador geológico del Museo de Ciencias Naturales y especialista en estudios de Fisiografía litoral	23 (1943), 25 (1944), 56/57 (1946), 128 (1952)
	VIDAL Y LÓPEZ, Manuel	Militar y botánico. Miembro de la Real Sociedad Geográfica de Madrid	48 (1945)
	VIGUERA FRANCO, Emilio DE	Licenciado en Derecho e intérprete-traductor del Cuerpo de Interpretación de Árabe y Bereber. Fiscal municipal	11 (1942)
	VIGÓN, Jorge (1893-1978)	Militar	100 (1950), 121, 132 (1952)
	WESTERMANN, Diedrich (1875-1956)	Africanista, lingüista y misionero	15 (1943)
	XIQUENA, Manuel	Traductor	83/84 (1948)
	YAQUE LAUREL, José A.	Teniente Coronel	135, 143 (1953), 145, 150 (1954), 158 (1955)
	YASINE, A.		29-32 (1944)
	YEBES	Conde de Yebes	23 (1943)
	YEBBUR ODDI, Abderrahim	Cronista oficial de Tetuán	129/130 (1952), 168 (1955)

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

• Centros de documentación (archivos, bibliotecas y hemerotecas)

Archivo General de la Universidad Complutense de Madrid (AGUCM)

Expedientes personales

Planes de Estudio

Archivo Histórico Municipal de Castellón de la Plana

Archivo Histórico Provincial de Castellón

Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores (AMAE) (Madrid)

Dirección General de Relaciones Culturales

Ateneo de Madrid

Biblioteca Central de la Universitat Autònoma de Barcelona

Biblioteca Central de la Universitat de Barcelona

Biblioteca de Ciències Socials «Gregori Mayans» de la Universitat de València

Biblioteca de la Facultat de Lletres de la Universitat Autònoma de Barcelona

Biblioteca d'Humanitats «Joan Reglà» de la Universitat de València

Biblioteca Histórica de la Universitat de València-Estudi General

Biblioteca de la London School of Economics and Political Sciences (Londres)

Biblioteca Nacional de España (BNE) (Madrid)

Fondos de la antigua «Sección de África»

Biblioteca Provincial de Castellón

Hemeroteca municipal de Madrid

National Archives of the United Kingdom (Londres)

Foreign Office

British Council

Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes (Berlín)

Büro des Staatssekretärs

• Fuentes audiovisuales

ARÉVALO, Carlos (dir.), *¡Harka!* España, Compañía Industrial Film Español S.A. (CIFESA) 1941.

LÓPEZ RUBIO, José (dir.), *Alhucemas*, España, Cineestudio S.A., 1948.

ORDUÑA, Juan de (dir.), *¡A mí la legión!*, España, CIFESA, 1942.

REY, Florián (dir.), *La canción de Aixa*, España, Coproducción Alemania-España; Film Produktion / Hispano Films, 1939.

• **Publicaciones periódicas**

Prensa diaria

ABC, Madrid/Sevilla

Arriba, Madrid

La Vanguardia Española, Barcelona

Publicaciones africanistas y arabistas

Al-Andalus (Revista de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada), Madrid, CSIC, trimestral

África, Madrid, IDEA-CSIC, mensual (1942-1956) *

África Española, Madrid, Liga Africanista

África. Revista de Tropas Coloniales, Ceuta, mensual (1924-1936)

Archivos del Instituto de Estudios Africanos, Madrid, IDEA-CSIC, trimestral

Cuadernos de Estudios Africanos, Madrid, IEP, trimestral (1946-1953)

Cuadernos Africanos y Orientales, Madrid, IEP, trimestral (1954-1957)

Otras publicaciones periódicas

Fotos: semanario gráfico de reportajes, San Sebastián, semanal

JONS: órgano teórico de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, Madrid, mensual (1933-1934)

La Patria libre, Madrid, semanal

Vértice: revista nacional de FET y de las JONS, Madrid, mensual

[*Periodo de años consultado en el caso de publicaciones analizadas en profundidad]

• **Fuentes bibliográficas**

AA.DD., *Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil celebrado en Madrid en los días 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 12 de noviembre de 1883: actas* / [organizado por la *Sociedad Geográfica de Madrid*].

AA.DD., *Discursos pronunciados por el Alto Comisario de España en Marruecos Coronel Beigbeder y por el eminente filósofo libanés prof. Amin er-Rihani, en el acto en que fue nombrado director honorario del Centro de Estudios Marroquies de Tetuán (20 de junio de 1939)*, Instituto General Franco, 1940.

AA.DD., *Intereses de España en Marruecos. Discursos pronunciados en el meeting celebrado en el Teatro de la Alhambra el día 30 de marzo de 1884, por los señores D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra y D. José de Carvajal*, Madrid, CSIC-IDEA, 1951 (1884).

- AA.DD., “Radio S.E.U. y Ventanal presentan a Carmen Martín de la Escalera”, *Ventanal*, nº 10 (1946), p. 11.
- AA.DD., *Sociedad de Estudios Internacionales. LXXI Aniversario*, Madrid, Gráficas Marcar, 2005.
- AA.DD., *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Actividades, Organización y Composición*, Madrid, 1947.
- AA.DD., *Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales: Veinte años de labor por la paz y la justicia universal y por España. Selección de declaraciones, programas y propuestas, con sucinta nota de sus actividades, organización y composición*, Madrid, 1954.
- AA.DD., *Visita de S.E. el Jefe de Estado al África Occidental Española*, Madrid, IDEA-CSIC, 1950.
- AGUADO BLEYE, Pedro, *Compendio de Historia de España*, 2a edició, Madrid, 1931 (1a edició de 1929).
- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1859.
- ALTA COMISARÍA DE ESPAÑA EN MARRUECOS. DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Conferencia pronunciada por don Fernando Valderrama Martínez en el acto inaugural del Curso de Orientación Profesional para Maestros de la Zona el 16 de enero de 1946*, Tetuán, Imprenta del Majzén, 1946.
- ALTA COMISARÍA DE ESPAÑA EN MARRUECOS. DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *Curso de orientación profesional para los maestros de la Zona de Protectorado: 15 enero-30 junio*, Tetuán, 1946.
- ALTAMIRA, Rafael, *Manual de Historia de España*, Madrid, Ed. Aguilar, 1934.
- ARCO, Luis del, *Nociones de Geografía para los estudios del Bachillerato*, Barcelona, Ediciones Ilustradas Valero-Arco, 1935.
- AREILZA, José María de y CASTIELLA, Fernando María, *Reivindicaciones de España*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1941.
- ARQUÉS, Enrique, *El camino nuestro*, Madrid, CSIC-IDEA, 1949.
- ARTERO, Juan de la Gloria, *Atlas Histórico-Geográfico de España*, Granada, Imprenta de Paulino Ventura Sabatel, 1879.
- ASIÁN PEÑA, José Luis, *Elementos de Geografía Regional e Historia de España para segundo curso de bachillerato*, 2a edició, Barcelona, Editorial Bosch, 1945.
- ASÍN PALACIOS, Miguel, “Por qué lucharon a nuestro lado los marroquíes”, *Revista de la Universidad de Madrid*, I, fasc. I (1940), pp. 126-152.
- BANCIELLA, José César *Rutas de Imperio. Fernando Póo y Guinea*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1940.

- BEATO GONZÁLEZ, Vicente y VILLARINO ULLOA, Ramón, *Capacidad mental del negro: los métodos de Binet-Robertag y de Yerkes, para determinar la edad y coeficiente mental aplicados al negro*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1953.
- BELTRÁN GÜELL, Felipe, *Momentos interesantes de la Historia de España en este siglo. La España de 1936. Preparación y desarrollo del Alzamiento Nacional*, Valladolid, Santarén, 1939.
- BLANCO IZAGA, Emilio, *El Rif, La Ley Rifeña. II. Los cánones rifeños comentados*, Ceuta, Imprenta Imperio, 1939.
- BONELLI RUBIO, Juan, *El problema de la colonización. Conferencia pronunciada el 18 de Diciembre de 1944 en el CSIC*, Madrid, Dirección General de Marruecos y Colonias, 1944.
- BORRÁS, Tomás, *La España Completa*, Madrid, CSIC-IDEA, 1950.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, *Apuntes para la historia de Marruecos*, Málaga, Algazara, 1991 (1851)
- CASTELAR, Emilio, *Miscelánea de Historia, de Religión, de Arte y de Política*, Madrid, San Martín y Jubera, 1875.
- CASTRO, José Ramón, *Geografía e historia. Quinto curso de bachillerato*, Zaragoza, [s.n.], 1945.
- CERECEDA, Feliciano, *Historia del Imperio español y de la hispanidad*, Madrid, Razón y Fe, 1940.
- , *Historia y geografía de España*, Madrid, [s.n.], 1945.
- CORDERO TORRES, José María, *Aspectos de la misión universal de España*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942
- , *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, Madrid, Edición Cultura Hispánica, 1949.
- , *La misión africana de España*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1941.
- , *Programa de Geografía y política económicas de Marruecos y Colonias*, Universidad de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, curso 1945-46.
- , *Programa de Política colonial y Administración de Marruecos y Colonias*, Universidad de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas, 1947.
- COSTA, Joaquín, *Crisis política de España: (doble llave al sepulcro del Cid)*, Madrid, Biblioteca Costa, 1914.
- , *El comercio español y la cuestión de África*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1882 [Separata].
- , *Estudios jurídicos y políticos*, Madrid, Imprenta de la Revista de Legislación, 1884.
- , *Tutela de los pueblos en la historia*, Madrid, Imprenta Fortanet, 1900.

- DELEGACIÓN DE ASUNTOS INDÍGENAS, *Índice por autores, toponimia y materias de trabajos, folletos, memorias, traducciones, etc. archivados en la Delegación de Asuntos Indígenas*, Tetuán, DAI, 1955.
- DALMAU CARLES, José, *Enciclopedia cíclico-pedagógica para el Grado Preparatorio*, Madrid, 1941.
- DÍAZ DE VILLEGAS, José, “El África española en el conjunto africano” en DIRECCIÓN GRAL. DE MARRUECOS Y COLONIAS, *Curso de divulgación africanista en la Universidad de Valladolid*, Madrid, CSIC-IDEA, 1950.
- , *El Estrecho de Gibraltar. Su función en la geopolítica nacional*, Madrid, Editora Nacional, 1941.
- DELEGACIÓN DE EDUCACIÓN Y CULTURA, *CUESTIONARIOS de Geografía e Historia. Cursos 1º, 2º y 3º del Bachillerato Hispano-Marroquí*, Tetuán, 1950.
- DOMÉNECH LAFUENTE, Ángel, *Un oficial entre moros*, Larache, Editora Marroquí, 1948.
- EDELVIVES, *Historia de España, Primer Grado*, 10ª ed., San Sebastián, Editorial F.T.D., [s.f.].
- EDICIONES BRUÑO, *Historia de España. Segundo Grado*, 7ª edición, Zaragoza, La Instrucción Popular, [s.f.] (1ª ed. de 1934).
- EDITORIAL LUIS VIVES, *El libro de España*, Zaragoza, 1946.
- ENCISO, Gabino, *Mi patria*, Burgos, [s.n.], 1928.
- FERNÁNDEZ DE RETANA, Luis, *Albores del Imperio. San Fernando III y su época*, Madrid, Perpetuo Socorro, 1941.
- FLORES MORALES, Ángel, *África a través del pensamiento español (de Isabel la Católica a Franco)*, Madrid, CSIC-IDEA, 1949.
- FONTÁN Y LOBÉ, Juan, *Conferencia pronunciada en la Facultad de Medicina de San Carlos, el día 26 de mayo de 1943, ante la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria por el Ilmo. Sr. Don Juan Fontán y Lobé, Director General de Marruecos y Colonias, sobre “La Etnología y la Política indígena”*, Madrid, Dirección General de Marruecos y Colonias, 1943.
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco, *Papeles de la Guerra de Marruecos. Diario de una bandera. La hora de Xauen. Diario de Alhucemas*, Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1986.
- GALINDO HERRERO, Santiago, “España, punto clave para una comprensión entre Europa y África, según el pensamiento de Donoso Cortés” en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1955, pp. 29-46.
- GANIVET, Ángel y UNAMUNO, Miguel de, *El porvenir de España*, Granada, Diputación de Granada, 1998 (1ª ed. 1912).
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás, *África en la acción española*, Madrid, IDEA, 1949.

- , *Función social de La Escuela: Palabras pronunciadas con ocasión del Curso de Orientación del Magisterio de la Zona*, Tetuán, Delegación de Educación y Cultura, [s.f.]
- , *Marruecos*, Madrid, Ediciones Fe, 1939.
- , *Reivindicaciones de España en el norte de África. Conferencia pronunciada el día 4 de octubre de 1942 en el Teatro Principal de Barcelona*, Madrid, [s.n.], 1944.
- GIL BENUMEYA, Rodolfo, *Andalucismo africano*, Madrid, IDEA-CSIC, 1953.
- , *Hispanidad y Arabidad*, Madrid, Cultura Hispánica, 1952.
- , *Marruecos andaluz*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1942.
- , *Ni Oriente ni Occidente. El universo visto desde el Albayzín*, Granada, Universidad de Granada, 1996 (1ª ed. de principios de los años treinta).
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Genio de España*, Madrid, Doncel, 1971 (1ª ed. 1932).
- , *Notas marruecas de un soldado*, Barcelona, Planeta, 1983 (1ª ed. 1923).
- GUASTAVINO GALLENT, Guillermo, *Breve historia de Marruecos*, Larache, Editora Marroquí, 1944.
- IBÁÑEZ DE IBERO, Carlos, *El Mediterráneo y la cuestión de Gibraltar*, San Sebastián, Editorial Española, 1939.
- LEDESMA RAMOS, Ramino, *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003 (1ª ed. 1935).
- , *El Quijote y nuestro tiempo*, Madrid, Vasallo de Mumbert, 1971 (1ª ed. 1924).
- LOZANO SERRALTA, Manuel, *La nacionalidad en los territorios dependientes. Apuntes sobre la nacionalidad en derecho colonial*, Madrid, IDEA, 1955.
- MAEZTU, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, Madrid, [s.n.], 1934.
- MARTÍN ARTAJÓ, Alberto, *Hacia la Comunidad Hispánica de Naciones*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1956.
- MARTÍN DE LA ESCALERA, Carmen, *Argelia y su destino*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956.
- MAURA GAMAZO, Gabriel, *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español*, Madrid, [s.n.], 1905.
- PATAI, Raphael, “The dynamics of westernization in the Middle East”, *The Middle East Journal*, nº 9/1 (1957), pp. 173-200.
- PELLETIER, Gaston y ROUBAUD, Louis, *Images et réalités coloniales*, París, Adré Tournon, 1931.
- PÉREZ BUSTAMANTE, Ciriaco, *Síntesis de la Historia de España*, 7ª edición, Madrid, Ediciones Atlas, 1948.
- PICATOSTE, Felipe, *Compendio de Historia de España*, Madrid, Librería de Hernando, 1884.
- POWELL FOX, Rosalinda, *The Grass and the Asphalt*, Cádiz, J.S. Harter and Associates, 1997.

- PRIEGO LÓPEZ, Juan, *Escoltas y Guardias moras de los Jefes de Estado Españoles*, Madrid, CSIC-IDEA, 1952.
- PULIDO ESPINOSA, José, *Historia de España: compendiada desde sus orígenes hasta nuestros días en 100 lecciones*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de N. Ramírez y C^a, 1885.
- QUINTANA, Lorenzo, *¡Franco! Al muchacho español*, Barcelona, Editorial Librería Religiosa, 1940.
- SÁNCHEZ CASADO, Félix, *Prontuario de Historia de España*, Madrid, Lib. De G. Hernando, 1876.
- SANZ BREMÓN, José, *Resumen de las explicaciones de un curso de Historia de España*, Valencia, Imprenta de M. Alufre, 1882.
- SERRANO DE HARO, Agustín, *España es así*, 14^a ed., Jaén, Editorial Escuela Española, 1952 (1^a ed. 1946).
- , *Guirnaldas de la Historia*, Madrid, 1948.
- SIMONET, Francisco Javier, *Discursos leídos ante el Claustro de la Universidad Literaria de Granada en el acto solemne de la recepción del licenciado Francisco Javier Simonet como catedrático numerario de lengua árabe en la Facultad de Filosofía y Letras el día 15 de septiembre de 1862*, Granada, Imprenta Zamora, 1866.
- TOVAR, Antonio, *El Imperio de España*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1941 (1^a ed. 1936).
- UNAMUNO, Miguel de, *De patriotismo espiritual. Artículos en «La Nación» de Buenos Aires, 1901-1914*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1997.
- VALDERRAMA MARTÍNEZ, Fernando, *Manual del maestro español en la escuela marroquí*, Tetuán, Imprenta El Mahdía, 1952.
- VICENS VIVES, Jaume, “Algunos caracteres geopolíticos de la expansión mediterránea de España”, *Geopolítica*, XIX, n^o 1 (1941), pp. 5-11.
- , “Spanien und die geopolitische Neuordnung der Welt”, *Zeitschrift für Geopolitik*, XVIII, n^o 5 (1941), pp. 256-263.
- YELA UTRILLA, Juan F., *Historia de la Civilización Española en sus relaciones con la Universal*, Edición Oficial (manual único), 1928.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERT, Jesús, “Beigbeder. Iniciador de la política española hacia el mundo árabe”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 81-93.
- ALBET i MAS, Albet y GARCÍA RAMÓN, Maria Dolors, “Reinterpretando el discurso colonial y la historia de la Geografía desde una perspectiva de género” en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 55-71.
- ALGORA WEBER, María Dolores, “La conexión entre la política exterior del franquismo y la información sobre el mundo árabe a través de «Mundo. Revista semanal de política exterior y economía» (1945-1955)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 14 (1992), pp. 117-133.
- , “La política exterior española y la política internacional: efectos sobre las relaciones hispano-árabes en la historia contemporánea”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 57-80.
- , *Las relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco. La ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*, Madrid, Biblioteca Diplomática Española, 1995.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, “La nación en duda” en Juan PAN-MONTOJO (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis finisecular*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 405-475.
- , *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.
- ANDERSON, Benedict, *Comunitats imaginades: reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, València, Universitat de València, 2005.
- ANDREU MIRALLES, Xavier, “¿«Razón crítica» vs. «sentimiento patriótico»? : Cadalso y el carácter nacional” en *Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy*, Murcia, Asociación de Historia Contemporánea – Ediciones de la Universidad de Murcia, 2008, pp. 1-21.
- , “El triunfo de Al-Andalus: las fronteras de Europa y la «(semi)orientalización» de España en el siglo XIX”, *Saitabi*, nº 55 (2005), pp. 195-210.
- ANTA, Xavier, “Gonçal de Reparaz, intel·lectual errant”, *Cercles. Revista d'Història cultural*, nº 13 (2010), pp. 183-200.
- APARICIO, Juan, *Aniversario de la Conquista del Estado*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951.
- APPLE, Michael W., *Educación y poder*, Barcelona, Paidós, 1987

- ARCHILÉS, Ferran y MARTÍ, Manuel, “La construcció de la regió com a mecanisme nacionalitzador i la tesi de la dèbil nacionalització espanyola”, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, nº 48 (2004), pp. 265-308.
- , “Un país tan extrañío como cualquier otro: la construcción de la identidad nacional española contemporánea” en M^a Cruz ROMEO e Ismael SAZ (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 245-278.
- AYACHE, Germain, *Les origines de la guerre du Rif*, Publications de la Sorbonne-SMER, París-Rabat, 1981.
- AZIZA, Mimoun, *La sociedad rifeña frente al Protectorado español de Marruecos (1912-1956)*, Bellaterra (Barcelona), Edicions Bellaterra, 2003.
- BACHOUD, André, *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988.
- BAKER, Keith. M., “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución francesa”, *Ayer*, nº 62 (2006), pp. 89-110.
- BALFOUR, Sebastian, “El otro moro en la guerra colonial y la guerra civil” en José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.), *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2003, pp. 95-110.
- , *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*, Barcelona, Península, 2002.
- , *El fin del Imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997.
- , *Not Too Correct an Aureole. The Recollections of a Diplomat*, Salisbury, Michael Russell, 1983.
- BALFOUR, Sebastian y LA PORTE, Pablo, “Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-36”, *European History Quarterly*, Vol. 30-3 (2010), pp. 307-332.
- BALSEBRE, Armand, *Historia de la radio en España. 1874-1939* (Vol. I), Madrid, Cátedra, 2001.
- BANCEL, Nicolas, BLANCHARD, Pascal i VERGÈS, Françoise, *La République coloniale*, Paris, Hachette Littératures, 2003.
- BELL, Duncan, *The Idea of greater Britain. Empire and the future of World Order, 1860-1900*, Princeton, Princeton University Press, 2007.
- BELLIDO GANT, María Luisa, “Difundir una identidad: la promoción exterior de Marruecos”, en Federico CASTRO MORALES (ed.), *Al-Andalus: una identidad compartida. Arte, ideología y enseñanza en el Protectorado Español en Marruecos*, Madrid, Universidad Carlos III, 1999, pp. 75-90.

- BENJELLOUM, Abdelhadj, “Las causas de la participación de marroquíes en la guerra civil española (1936-1939)” en José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.), *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2003, pp. 42-57.
- BERGER, Stefan, ERIKSONAS, Linas, MYCOCK, Andrew (eds.), *Narrating the Nation: representations in History, Media and the Arts*, Nueva York, Berghahn Books, 2008.
- BERGER, Stefan, LORENZ, Chris, *Nationalizing the past: historians as nation builders in modern Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010.
- BERNSTEIN, Basil, *La estructura del discurso pedagógico*, Madrid, Morata-Paideia, 1993.
- BERSTEIN, Serge, “La culture politique”, en Jean Pierre RIOUX y Jean-François SIRINELLI (dirs.), *Pour une histoire culturelle*, París, Le Seuil, 1997, pp. 371-386.
- BHABA, Homi K., *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.
- BLANCHARD, Pascal y LEMAIRE, Sandrine, *Culture impériale. Les colonies au coeur de la République, 1931-1961*, París, Éditions Autrement, 2004.
- BLANCHARD, Pascal, LEMAIRE, Sandrine y BANCEL, Nicolas, *Culture coloniale en France: de la Révolution française à nos jours*, París, CNRS, 2008.
- BLANCO, Alda, *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*, Valencia, PUV, 2012.
- BOLUFER PERUGA, Mónica, “Fronteras en transformación, geografías imaginarias: los límites de lo «europeo», de la Antigüedad al presente”, *Saitabi*, nº 55 (2005), pp. 9-28.
- BOSCH-PASQUAL, Alfred, *L’aficanisme franquista i l’IDEA (1936-1975)*, tesis de licenciatura inédita, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1985.
- BOTTI, Alfonso, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España. 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.
- BOUZALMATE, Alhouzine, “Marruecos y los intelectuales y publicistas españoles (1921-1923)” en Ángeles RAMÍREZ y Bernabé LÓPEZ GARCÍA (eds.), *Antropología y antropólogos en Marruecos. Homenaje a David M. Hart*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002, pp. 279-295.
- BOYD, Carolyn P., “«Madre España»: libros de texto patrióticos y socialización política, 1900-1950”, *Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, nº 1 (1999), pp. 49-70.
- , *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000.
- , *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1990.
- BROS DURAN, Montserrat, *La imagen del mundo árabe en el cine español (1939-1975)*, tesis doctoral inédita, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1992.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel, *La imagen de los musulmanes y del norte de Africa en la España de los siglos XVI y XVII : los caracteres de una hostilidad*, Madrid, CSIC-Instituto de Filología, 1989.

- BURRIN, Philippe, “Política i societat. Les estructures del poder a l’Itàlia feixista i a l’Alemanya nazi”, *Afers*, nº 25 (1996), pp. 485-510.
- BURROW, John W., *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Barcelona, Crítica, 2001.
- CABRERA, Miguel Ángel y BLASCO, Inmaculada, *Historia Postcolonial*, dossier de *Alcores*, nº 10 (2010).
- CACHO VIU, Vicente, “Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas”, en Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- CAPISTEGUI, Francisco Javier, “La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española”, en Carlos FORCADELL, Gonzalo PASAMAR, Ignacio PEIRÓ, Alberto SABIO y Rafael VALLS (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 167-185.
- CARDONA, Gabriel, “Franco y el Islam: la invención de la «tradicional amistad hispanoárabe»”, *Clío: Revista de Historia*, nº 41 (2005), pp. 18-25.
- , “El joven Franco. Cómo se forja un dictador”, *Clío*, nº 16 (2003), pp. 18-24.
- CARRASCO GONZÁLEZ, Antonio M., *La novela colonial hispanoafriana. Las colonias africanas de España a través de la historia de la novela*, Madrid, Sial Ediciones, 2000.
- CARRASCO URGOITI, María Soledad, *El moro de Granada en la literatura (del siglo XV al XIX)*, Granada, Universidad de Granada, 1989 (1956).
- CARRERAS ARES, Juan José, *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000.
- CARRERAS ARES, Juan José y FORCADELL, Carlos (eds.), *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.
- CASALS MESEGUER, Xavier, “Franco «El Africano»”, *Journal of Spanish Cultural Studies*, 7:3 (2006), pp. 207-224.
- CASTIÉN MAESTRO, Juan Ignacio, “Américo Castro ¿Una visión orientalista de la realidad histórica de España?”, en Víctor MORALES LEZCANO (ed.), *Actas de la Jornada sobre Orientalismo, Ayer y Hoy (entrecruce de percepciones)*, Madrid, UNED, 2006, pp. 49-71.
- CATALÁN, Jordi, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Barcelona, Ariel, 1995.
- CHANDLER, James A., “Spain and Her Moroccan Protectorate. 1898-1927”, *Journal of Contemporary History*, v. 10 (1975), pp. 301-322.
- CHEYNE, George J.C. (ed.), *El don de consejo. Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de los Ríos (1878-1910)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1983.
- (ed.), *El Renacimiento ideal, epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Alacant, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1992.

- (ed.), *Joaquín Costa, el gran desconocido: esbozo biográfico*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1972.
- CLIFFORD, James, *The Predicament of Culture: Twentieth-Century Ethnography, Literature and Art*, Cambridge, Harvard University Press, 1988
- COHEN, Aarón, “«Razas», tribus, clases: acercamientos africanistas a la sociedad marroquí”, en Joan NOGUÉ i José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 225-248.
- CONRAD, Sebastian, *Globalisation and The Nation in Imperial Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- CORNEJO PARRIEGO, Rosalía (ed.), *Memoria colonial e inmigración: La negritud en la España postfranquista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2007.
- CORREA RAMÓN, Amelina, “Ensoñación y conocimiento del oriente islámico: el caso de Isaac Muñoz, escritor y periodista finisecular” en Gonzalo FERNÁNDEZ PARRILLA y Manuel C. FERIA GARCÍA (coords.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2000, pp. 93-108.
- CUESTA FERNÁNDEZ, Raimundo, *Sociogénesis de una disciplina escolar, la Historia*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1997.
- DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, Lorenzo, “Hispanidad e Imperio en clave menor”, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, pp. 121-130.
- , “La política latinoamericana de España en el siglo XX”, *Ayer*, nº 49 (2003), pp. 121-160.
- , “Las relaciones culturales de España en tiempo de crisis: de la II República a la Guerra Mundial”, *Espacio, tiempo y forma. Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, 7 (1994), pp. 259-294.
- DÍAZ, Elías, *Pensamiento español en la era de Franco (1939-1975)*, Madrid, Tecnos, 1983.
- DÍAZ-ANDREU, Margarita, “Islamic archaeology and the origin of the Spanish nation”, en Margarita DÍAZ-ANDREU y Timothy CHAMPION (eds.), *Nationalism and archaeology in Europe*, Londres, UCL Press, 1996, pp. 68-89.
- DI FEBBO, Giuliana, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*. Bilbao, Desclée de Brower, 2002.
- DOMÍNGUEZ PALMA, José, “La enseñanza y el sistema educativo en Marruecos antes del Protectorado Español”, *Eúphoros*, nº 5 (2002), pp. 11-30.
- DOMINGO ACEBRÓN, M^a Dolores, “Rafael M^a de Labra ante la cuestión de Marruecos, 1898” en Alejandro R. DÍEZ TORRE (ed.), *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*, Madrid, Ateneo de Madrid i Universidad de Alcalá, 2002, pp. 229-241.

- EGIDO LEÓN, Ángeles, “La Hispanidad en el pensamiento reaccionario español de los años treinta”, *Hispania*, nº 184 (1993), pp. 651-673.
- ELENA, Alberto, “Cine para el Imperio: pautas de exhibición en el Marruecos español (1939-1956)” en *Actas del V Congreso de la A.E.H.C.*, A Coruña, 1995, pp. 155-166.
- , “La llamada de África: una aproximación al cine colonial español” en Román GUBERN (coord.), *Un siglo de cine español*, Madrid, Academia de las Artes y las Ciencias Cinematográficas de España, 1998, pp. 249-259.
- , “Romancero marroquí: africanismo y cine bajo el franquismo”, *Secuencias*, nº 4 (1996), pp. 83-118.
- , ELENA, Alberto, *La Llamada de África: estudios sobre el cine colonial español*, Barcelona, Bellaterra, 2010.
- ELEY, Geoff, “Imperial imaginary, colonial effect: writing the colony and the metropole together”, en Catherine HALL y Keith McCLELLAND (eds.), *Race, nation and empire. Making Histories, 1750 to the Present*, Manchester, Manchester University Press, 2010, pp. 221-236.
- EL MERROUN, Mustapha, *Las tropas marroquíes en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Madrid, Almena Ediciones, 2003.
- ESTEBAN DE VEGA, Mariano, “Castilla y España en la *Historia general* de Modesto Lafuente” en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 87-140.
- FANON, Frantz, *Los condenados de la tierra*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Estudios sobre Joaquín Costa*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.
- , *Joaquín Costa y el africanismo español*, Luesia, Porvenir Independiente, 1977.
- FERNÁNDEZ DE MIGUEL, Daniel, “El antiamericanismo en la España del primer franquismo (1939-1953): el Ejército, la Iglesia y Falange frente a Estados Unidos”, *Ayer*, nº 62 (2006), pp.257-282.
- FERRARY, Álvaro, *El franquismo: minorías políticas y conflictos ideológicos 1936-1956*, Pamplona, Eunsa, 1993.
- FIELDHOUSE, David K., *Economía e Imperio. La expansión europea 1830-1914*, Madrid, Siglo XXI, 1990 (1977).
- , *Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1993 (1965).
- GALLEGO, Ferran, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005.

- GARCÍA CANTÚS, Dolores, *Fernando Poo; una aventura colonial española*, Barcelona, CEIBA, 2006.
- GARCÍA-CARRIÓN, Marta, *Sin cinematografía no hay nación. Drama e identidad nacional española en la obra de Florián Rey*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico – Diputación Provincial, 2007.
- GARCÍA PÉREZ, Rafael, “El sueño irrealizable: la ambición imperialista del Franquismo”, en Javier TUSELL y otros (eds.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, v. 2, pp. 287-298.
- GELLNER, Ernest, “The Sociology of Robert Montagne (1893-1954)”, *Daedalus*, vol. 105-1 (1976), pp. 137-150.
- , *Nacionalisme*. Catarroja-València, Afers-UVEG, 1998.
- , *Muslim Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- GIL GRIMAU, Rodolfo, *Aproximación a una bibliografía española sobre el norte de Africa 1850-1980*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección General de Relaciones Culturales, 1988.
- GIL NOVALES, Alberto, “Joaquín Costa y la Historia Nacional” en *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura, 1984, pp. 69-85.
- GIOCANTI, Stéphane, *Charles Maurras. El caos y el orden*, Barcelona, Acantilado, 2010.
- GODA, Norman, “Franco's Bid for an Empire: Spain, Germany and the Western Mediterranean in World War II”, en Ranaan REIN (ed.), *Spain and the Mediterranean since 1898*, Londres, Frank Cass, 1999, pp. 168-194.
- GÓMEZ CAMARERO, Carmen, *Contribución del arabismo español a la literatura árabe contemporánea: catálogo bibliográfico (1930-1992)*, Granada, Universidad de Granada, 1994.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio, “Edward Said y el orientalismo. Revisión crítica y perspectivas múltiples”, en Víctor Morales Lezcano (ed.), *Actas de la Jornada sobre Orientalismo, Ayer y Hoy (entrecruce de percepciones)*, Madrid, UNED, 2006, pp. 31-48.
- , *Deseo y negación de Andalucía. Lo local y la contraposición Oriente/Occidente en la realidad andaluza*, Granada, Universidad de Granada, 2004.
- , *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*, Barcelona, Anthropos, 2002.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo y LIMÓN NEVADO, Fredes, *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la Prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, CSIC, 1988.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Irene, “La «hermandad hispano-árabe» en la política cultural del franquismo (1936-1956)”, *Anales de Historia Contemporánea*, nº 23 (2007), pp. 183-198.

- , “Instrumentos de la política cultural hacia el mundo árabe durante el franquismo: la red de centros culturales en Oriente Medio y el Instituto Hispano-Árabe de Cultura”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 95-116.
- , “La política educativa española en el norte de Marruecos (1860-1912)”, en Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ, *Regenerar España y Marruecos. Ciencias y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 219-251.
- GOODE, Joshua, *Impurity of Blood. Defining Race in Spain, 1870-1930*, Louisiana State University Press, 2009.
- GOYTISOLO, Juan, “Cara y cruz del moro en nuestra literatura”, *Revista Internacional de Sociología*, v. 46 (1988), pp. 601-616.
- GUICHARD, Pierre, *Estudios sobre historia medieval*, València, Edicions Alfons el Magnànim, 1987.
- GUNN, Simon, *Historia y teoría cultural*, Valencia, PUV, 2011.
- GUTIÉRREZ RÍOS, Enrique, “El Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su gestación y su influjo en el desarrollo científico español”, *Arbor*, nº 529 (1990), pp. 75-97.
- HALBWACHS, Maurice, *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- HALSTEAD, Charles R., “A «Somewhat Machiavellian» Face: Colonel Juan Beigbeder As High Commissioner in Spanish Morocco, 1937-1939”, *The Historian*, nº 37-1 (1974), pp. 46-66.
- HATIM, Rabia, “Marruecos, mito y realidad: el Oriente y el Rif”, *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XI (1990), pp. 131-148.
- HAUPT, Heinz-Gerhard y LANGEWIESCHE, Dieter (eds.), *Nación y religión en Europa*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2010.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, José María, “«A Dios gracias, África empieza en los Pirineos». La negación de Europa en los manuales escolares de la España de posguerra (1939-1945)”, *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, nº 20 (2001), pp. 369-392.
- HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel, “Las relaciones exteriores de Marruecos con particular referencia a España”, *AWRAQ. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XVII (1996), pp. 227-241.
- HERTEL, Patricia, *Der erinnerte Halbmond. Islam und Nationalismus auf der Iberischen Halbinsel (19. und 20. Jahrhundert)*, München, Oldenbourg-Verlag, 2012, en prensa.
- HUGHES, Henry Stuart, *Conciencia y Sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo 1890-1930*, Valencia, Aguilar, 1972.

- HUGUET, Montserrat, “Africanismo y política exterior española en el franquismo”, en *Al-Ándalus, una identidad compartida: arte, ideología y enseñanza en el Protectorado español en Marruecos*, Madrid, Boe, 1999, pp. 31-55.
- , “Descubrir el Mediterráneo: una orientación recurrente en el ideario exterior franquista”, *Cuadernos de historia contemporánea*, nº 19 (1997), pp. 89-115.
- , *Planteamientos ideológicos sobre la política exterior española en la inmediata posguerra, 1939-1945*, Madrid, Universidad Complutense, 1989.
- IGGERS, Georg G., *La ciencia histórica en el siglo XX*, Barcelona, Idea Universitaria, 1998.
- JENSEN, Robert G., “José Millán-Astray and the Nationalist « Crusade» in Spain”, *Journal of Contemporary History*, vol. 27 (1992), pp. 425-447.
- , “The Peculiarities of “Spanish Morocco”: Imperial Ideology and Economic Development”, *Mediterranean Historical Review*, v. 22, nº 1 (2005), pp. 81-102.
- , “Toward the ‘Moral Conquest’ of Morocco: Hispano Arabic Education in Early Twentieth-Century North Africa”, *European History Quarterly*, nº 31 (2001), pp. 205-229.
- , *Intellectual foundations of Dictatorship: Spanish military writers and their quest for cultural Regeneration, 1898-1923*, Universidad de Yale, 1995.
- JUDT, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus, 2006.
- KEMMIS, Stephen, *El curriculum: más allá de la teoría de la reproducción*, Madrid, Morata, 1988.
- KILANI, Mondher, *L’invention de l’autre. Essais sur le discours anthropologique*, Lausana, Éd. Payot Lausanne, 1994.
- LABANYI, Jo, “Love, Politics and the Making of the Modern European Subject: Spanish Romanticism and the Arab World”, *Hispanic Research Journal*, nº 5-3 (2004), pp. 229-243.
- , “Raza, género y denegación en el cine español del primer franquismo: el cine de misioneros y las películas folclóricas”, *Archivos de la Filmoteca Valenciana*, v. 32 (1999), pp. 23-42.
- LACOMBA, Joan, “La eterna frontera del sur. Cartografía de los encuentros y desencuentros entre España y Marruecos”, *Saitabi*, nº 55 (2005), pp. 181-194.
- LA PORTE, Pablo, “Marruecos y la crisis de la Restauración”, *Ayer*, nº 63 (2006), pp. 53-74.
- LAROUI, Abdallah, *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain 1830-1912*, París, Maspéro, 1977.
- LEITZ, Christian, “La Alemania nazi y la España franquista, 1936-1945” en Sebastian BALFOUR y Paul PRESTON (eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 98-116.
- LÓPEZ FACAL, Ramón, “El nacionalismo español en los manuales de historia”, *Educació i Història*, nº 2 (1995), pp. 119-128.

- LÓPEZ FACAL, Ramón y CABO VILLAVERDE, Miguel (eds.), *De la idea a la identidad: estudios sobre nacionalismos y procesos de nacionalización*, Granada, Editorial Comares, 2012.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernabé, “30 años de arabismo español: el fin de la almogavaría científica (1967-1997)”, *AWRAQ. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XVIII (1997), pp. 11-49.
- , “Arabismo y Orientalismo en España: radiografía y diagnóstico de un gremio escaso y apartadizo”, en Víctor MORALES LEZCANO (coord.), *Africanismo y Orientalismo en España (1860-1930)*, monográfico de *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, anejo al vol. XI (1990), pp. 35-69.
- , “Enigmas de al-Ándalus: una polémica” en el monográfico “Al-Ándalus frente a España: un paraíso imaginario”, *Revista de Occidente*, nº 224 (2000), p. 32.
- , “F. J. Simonet ante el colonialismo (1859-1863): unos artículos en *La América*”, *Cuadernos de Historia del Islam*, nº 1 (1971), pp. 159-178.
- , “Julián Ribera y su 'Taller' de arabistas: una propuesta renovación”, *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, vol. XXXIII, nº 1 (1984-85), pp. 111-128.
- , “Marruecos, el regeneracionismo y las ideas pedagógicas de Julián Ribera”, en Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 319-341.
- , “El Sahara, España y Marruecos. Historia de un desencuentro”, *Política Exterior*, 13, 70 (1999), pp.21-26.
- , “El socialismo español y el anticolonialismo (1898-1914)”, Suplemento de *Cuadernos para el diálogo*, nº 76 (1976), pp. 5-26.
- , “Orientalismo y traducción en los orígenes del arabismo moderno en España” en Gonzalo FERNÁNDEZ PARRILLA y Manuel C. FERIA GARCÍA (coords.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2000, pp. 153-171.
- , *Marruecos y España. Una historia contra toda lógica*, Sevilla, RD Editores, 2007.
- LÓPEZ MARTÍN, Ramón y MAYORDOMO, Alejandro, “Las orientaciones pedagógicas del sistema escolar” en Alejandro MAYORDOMO (coord.), *Estudios sobre la política educativa durante el franquismo*, Valencia, Universitat de València, 1999, pp. 41-103.
- LUKÁCS, George, *El asalto a la razón: la trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- McDONALD, Robert H., *The Language of Empire. Myths and Metaphors of Popular Imperialism, 1880-1918*, Manchester, Manchester University Press, 1994.

- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel, “El pensamiento regeneracionista militar: una crítica al sistema político liberal”, en M^a Candelaria FUENTES, Javier CONTRERAS y Pablo LÓPEZ (eds.), *II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea*, Granada, Universidad de Granada, 2010.
- MACKENZIE, John M. (ed.), *European empires and the people. Popular responses to imperialism in France, Britain, the Netherlands, Belgium, Germany and Italy*, Manchester, Manchester University Press, 2011.
- , *Imperialism and Popular Culture*, Manchester, Manchester University Press, 1986.
- , *Orientalism: History, Theory and the Arts*, Manchester, Manchester University Press, 1995.
- , *Propaganda and Empire. The Manipulation of British Public Opinion, 1880-1960*, Manchester, Manchester University Press, 1984.
- McCLINTOCK, Anne, *Imperial leather. Race, gender and sexuality in the colonial contest*, Londres, 1995; Clara MIDGLEY (ed.), *Gender and Imperialism*, Manchester, Manchester University Press, 1998.
- MADARIAGA, María Rosa de, “Árabes y españoles: complicidades y recelos mutuos”, *Revista Internacional de Sociología*, v. 46 (1988), pp. 509-520.
- , “Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la Guerra Civil de 1936”, *Revista Internacional de Sociología*, v. 46 (1988), pp. 575-600.
- , “La guerra colonial llevada a España: las tropas marroquíes en el ejército franquista” en José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD (ed.), *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Rubí (Barcelona), Anthropos, 2003, pp. 58-94.
- , *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- , *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Madrid, Alianza, 2005.
- , *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, Melilla, UNED-Ciudad Autónoma de Melilla, 2000.
- , *Los moros que trajo Franco... La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil española*, Madrid, Ediciones Martínez Roca, 2002.
- MAESTRO GONZÁLEZ, Pilar, “La idea de España en la historiografía escolar del siglo XIX” en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (eds.), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pp. 141-194.
- MANGAN (ed.), J. A., *‘Benefits Bestowed’? Education and British Imperialism*, Manchester, Manchester University Press, 1988.
- , *Racial images and education in the British colonial experience*, Londres, Routledge, 1993.
- MANZANO MORENO, Eduardo, “La creación de un esencialismo: la historia de al-Andalus en la visión del arabismo español” en Gonzalo FERNÁNDEZ PARRILLA y Manuel C.

- FERIA GARCÍA (coords.), *Orientalismo, exotismo y traducción*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 2000, pp. 23-37.
- MARCHÁN GUSTEMS, Jesús, “Costa, los congresos africanistas y la colonización agrícola en Marruecos”, en Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 465-490.
- MARCILHACY, David, *Raza hispana. Hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010.
- MARÍN, Manuela, “Arabistas en España: un asunto de familia”, *al-Qantara*, v. XIII, 2 (1992), pp. 379-394.
- , “Los arabistas españoles y Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa” en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 73-97.
- , “Mujeres, burros y cargas de leña: imágenes de la opresión en la literatura española de viajes sobre Marruecos” en Fernando Rodríguez Mediano y Helena de Felipe (eds.), *El protectorado español en Marruecos. gestión colonial e identidades*, Madrid, 2002, pp. 85-109.
- , “Un encuentro colonial: viajeros españoles en Marruecos (1860-1912)”, *Hispania*, LVI/1, nº 192 (1996), pp. 93-114.
- MARÍN GELABERT, Miquel Àngel, *A través de la muralla: Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico*, Barcelona, Vicens-Vives, 2010.
- MARTÍ FERRÁNDIZ, José Joaquín, “Ortodoxia y control en el sistema educativo: la Inspección de enseñanza”, en Alejandro MAYORDOMO (coord.), *Estudios sobre la política educativa durante el franquismo*, Valencia, Universitat de València, 1999, pp. 105-180.
- MARTÍN CORRALES, Eloy, “El cine en el protectorado español de Marruecos (1909-1939)”, *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, nº 10 (1996), pp. 227-240.
- , “El cine español y las guerras de Marruecos (1896-1994)”, *Hispania. Revista Española de Historia*, nº 190 (1995), pp. 693-708.
- , “El Protectorado español en Marruecos (1912-1956). Una perspectiva histórica” en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 143-158.
- , *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2002.
- MARTIN-MÁRQUEZ, Susan, *Disorientations. Spanish Colonialism in Africa and the Performance of Identity*, Yale University Press, 2008.

- MARTÍN MUÑOZ, Gema, “Entre el tópico y el prejuicio. El Islam y el mundo árabe en el sistema educativo español”, *Revista de Educación*, nº 316 (1998), pp. 151-162.
- MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro, *Literatura árabe de hoy*, Madrid, Cantarabia, 1990.
- MARTÍNEZ CARRERAS, José U., “La «Historia de África» en la Universidad española”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 18 (1996), pp. 193-198.
- , *Historia de la descolonización*, Madrid, Istmo, 1987.
- MARTÍNEZ MILÁN, Jesús, *España en el Sahara occidental y en la zona sur del protectorado en Marruecos, 1885-1945*, Madrid, UNED, 2003.
- MARTÍNEZ VAL, José María “Esquema histórico del africanismo español”, *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, nº 69 (1964).
- MAS CHAO, Andrés, *La formación de la conciencia africanista en el ejército español (1909-1926)*, Madrid, Talleres del Servicio Geográfico del Ejército, 1988.
- MATEO DIESTE, Josep Lluís, *El “Moro” entre los primitivos. El caso del Protectorado Español en Marruecos*, Barcelona, Fundació La Caixa, 1997.
- , *La «hermandad» hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español en Marruecos [1912-1956]*, Barcelona, Alborán-Bellaterra, 2003.
- MATEOS Y DE CABO, Óscar Ignacio, *Nacionalismo español y europeísmo en el pensamiento de Joaquín Costa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 1998.
- MATOS, Sérgio Campos, “Estudio preliminar”, en Joaquim Pedro DE OLIVEIRA MARTINS, *Historia de la civilización ibérica*, Pamplona, Uergoiti, 2009.
- , *Historiografia e memória nacional no Portugal do século XIX (1846-1898)*, Lisboa, Colibrí, 1998.
- MAYORDOMO, Alejandro y FERNÁNDEZ SORIA, Juan M., *Vencer y convencer. Educación y política, España 1936-1945*, Valencia, Universitat de València, 1993.
- MELÉNDEZ, Leonor, *Cánovas y la política exterior española*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944.
- MESA, José Luis de, LÁZARO, Carlos, MUÑOZ, Roberto y NÚÑEZ, Jesús, *Las Campañas de Marruecos. 1909-1927*, Madrid, Almena, 2001
- MIÈGE, Jean Louis, *Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días*, Barcelona, Labor, 1975.
- MILZA, Pierre “Les cultures politiques du nationalisme français” en Serge BERSTEIN (dir.), *Les cultures politiques en France*, París, Seuil, 1999, pp. 315-353.
- MOGA ROMERO, Vicente, “El mundo de la edición-reedición y el Protectorado: en torno a la cuestión hispano-marroquí (1859-2006)”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes: un balance en el cincuentenario de la independencia de Marruecos*, Madrid, Guadarrama, Ediciones de Oriente y del Mediterráneo, 2007, pp. 77-152.

- MOGA ROMERO, Vicente y BRAVO NIETO, Antonio, *Emilio Blanco Izaga. Coronel en el Rif*, Melilla, Ayuntamiento de Melilla-UNED, 1995.
- MORADIELLOS, Enrique, *La España de Franco (1939-1975). Política y sociedad*, Madrid, Síntesis, 2000.
- MORALES LEZCANO, Víctor, “El desarrollo de los estudios sobre el Magreb en la bibliografía española”, *AWRAQ. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XVII (1996), pp. 293-307.
- , *Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX*, Madrid, UNED, 1989.
- , *El colonialismo hispano-francés en Marruecos (1898-1927)*, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- , *Diálogos ribereños. Conversaciones con miembros de la élite marroquí*, Madrid, UNED, 2002.
- , *El final del Protectorado hispano-francés en Marruecos. El desafío del nacionalismo magrebí (1945-1962)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1998.
- , *España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, 1986.
- , *España y mundo árabe. Imágenes cruzadas*, Madrid, Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, 1993.
- , *Las relaciones Hispano-Marroquíes en el marco de la historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Madrid, UNED, 2004.
- MOSSE, George L., *La cultura europea del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1997.
- MUÑOZ i LLORET, Josep M., *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997.
- NACIRI, Mohamed, “Estados unitarios y cuestiones territoriales en España y Marruecos”, *AWRAQ. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, v. XVII (1996), pp. 211-225
- NEILA HERNÁNDEZ, José Luis, “La mediterraneidad de España en las relaciones internacionales del periodo de entreguerras (1919-1939)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 19 (1997), pp. 15-54.
- NERÍN, Gustau y BOSCH, Alfred, *El Imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hendaya*, Barcelona, Plaza & Janés, 2000.
- NOGUÉ, Joan y VILLANOVA, José Luis, “Las sociedades geográficas y otras asociaciones en la acción colonial española en Marruecos” en *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 183-224.
- NORA, Pierre, “La aventura de *Les lieux de mémoire*”, *Ayer*, nº 32 (1998), pp. 17-34.
- NORLING, Sten Erik, “La Revista de Estudios Políticos, 1941-1943. Un intento de elaboración de una doctrina en política exterior durante la II Guerra Mundial” en Javier TUSELL (dir.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 1997, pp. 287-298.

- , *Las JONS revolucionarias. Compañeros de Ramiro Ledesma Ramos: los otros jonsistas*, Molins de Rei (Barcelona), Nueva República, 2002.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael, *El Ejército español en el Desastre de 1898*, Madrid, Arco Libros, 1997.
- OLLERO GÓMEZ, Carlos, “Die politische Wissenschaft in Spanien”, en Herausgegeben VON OTTO STAMMER, *Politische Forschung*, Düsseldorf, Westdeutscher Verlag, 1960, pp. 81-102.
- ORTEGA COSTA, Trinidad, *Así hablaba Joaquín Costa*, Huesca, Fundación Joaquín Costa e Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998.
- PAPPE, Ilan, *Historia de la Palestina Moderna. Un territorio, dos pueblos*, Madrid, Akal, 2007.
- PARADELA, Nieves, *El otro laberinto español. Viajeros árabes a España entre el siglo XVII y 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2005.
- PARDO SANZ, Rosa, “Fernando María Castiella y la política española hacia el mundo árabe, 1957-1969”, en Bernabé LÓPEZ GARCÍA y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI (eds.), *España, el Mediterráneo y el mundo arabomusulmán. Diplomacia e historia*, Barcelona, Icaria, 2010, pp. 117-146.
- , “Il franchismo e le colonie” en Giuliana DI FEBBO y Renato MORO (coords.), *Fascismo e franchismo. Relazioni, immagini, rappresentazioni, Rubettino*, 2005, pp. 213-241.
- , “La política mediterránea de Franco”, *Mediterranean Historical Review*, vol. 16, nº 2 (2001), pp. 45-68.
- PARRA MONSERRAT, David, “On comença l'Àfrica? Diverses cares de l'africanisme franquista”, *Recerques. Història, economia, cultura*, nº 58/59 (2009), pp. 99-126.
- , “Una «nueva fuerza espiritual». La Arabidad en la política exterior franquista” en Encarna NICOLÁS y Carmen GONZÁLEZ (coords.), *Ayeres en discusión: temas clave de Historia Contemporánea hoy*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, [recurso electrónico].
- PASAMAR, Gonzalo, “La profesión de historiador en la España franquista”, en Carlos FORCADELL i Ignacio PEIRÓ (coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2002, pp. 151-166.
- PASAMAR, Gonzalo y PEIRÓ, Ignacio, *Diccionario Akal de Historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002.
- PASCUAL, Pedro, “Prensa, Ejército y Parlamento en la Guerra de Marruecos”, *Historia 16*, nº 276 (1999), pp. 62-77.
- PAYNE, Stanley, *Falange. Historia del fascismo español*; Madrid, Sarpe, 1985 (1965).
- , *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987.

- PEDRAZ MARCOS, Azucena, “El pensamiento africanista hasta 1883. Cánovas, Donoso y Costa”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 11 (1994), pp. 31-48.
- , *Quimeras de África. La Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. El colonialismo español del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2000.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (dir.), *Los guardianes de la historia: la historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.
- , *Joaquín Costa: el fabricante de ideas*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, Dirección General de Cultura, 2011.
- PELÁEZ, Manuel J., *Diccionario crítico de juristas españoles, portugueses y latinoamericanos (hispánicos, brasileños, quebequenses y restantes francófonos)*, Zaragoza, Universidad de Málaga, 2005.
- PEREIRA CASTAÑARES, Juan Carlos, “Reflexiones sobre la historia de las relaciones internacionales y la política exterior española”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, nº 8 (1987), pp. 271-289.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María, *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.
- PÉREZ PERUCHA, Julio (ed.), *Antología crítica del cine español. 1906-1995. Flor en la sombra*, Madrid, Cátedra-Filmoteca Española, 1997.
- PORTERO RODRÍGUEZ, Florentino, “Artajo, perfil de un ministro en tiempos de aislamiento”, *Revista de Historia Contemporánea*, nº 15 (1996), pp. 211-224.
- PORTERO ROGRÍGUEZ, Florentino y PARDO SANZ, Rosa, “Las relaciones exteriores como factor condicionante del franquismo”, *Ayer*, nº 33 (1999), pp. 187-218.
- POZO ANDRÉS, María del Mar del, *Currículum e identidad nacional. Regeneracionismos, nacionalismos y escuela pública (1890-1939)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.
- PRADES PLAZA, Sara, “Escribir la Historia para definir la nación. La historia de España en Arbor: 1944-1956”, *Ayer*, nº 66 (2007), pp. 177-200.
- PRESTON, Paul, *Las tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés, 1998.
- , *Franco, “Caudillo de España”*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 2002.
- RAMIRO DE LA MATA, Javier, *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*, Ceuta, Ciudad Autónoma de Ceuta, Archivo Central, 2001.
- REGUERA RODRÍGUEZ, Antonio, “La formación de la conciencia africanista en España” en Alejandro R. DÍEZ TORRE (ed.), *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*, Madrid, Ateneo de Madrid y Universidad de Alcalá, 2002, pp. 23-45.
- , “Fascismo y geopolítica en España”, *Geocrítica. Cuadernos críticos de Geografía Humana*, nº 94 (1991), pp. 7-63.

- RICARD, Robert, "Contribution à l'étude du mouvement africaniste en Espagne de 1860 à 1912", *Bulletin Hispanique*, tomo 48, nº 3 (1946), pp. 247-261.
- RIUDOR, Lluís, "Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo (1939-1956)" en Joan NOGUÉ y José Luis VILLANOVA (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*, Lleida, Milenio, 1999, pp. 249-276.
- RIVIÈRE, Aurora, *Orientalismo y nacionalismo español. Estudios árabes y hebreos en la Universidad de Madrid (1843-1868)*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid. Editorial Dykinson, 2000.
- RODINSON, Maxime, *La fascinación del Islam*, Madrid, Júcar Universidad, 1989.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, José Antonio, "Las Sociedades Geográficas y el proceso colonial" en Alejandro R. DÍEZ TORRE (ed.), *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*, Madrid, Ateneo de Madrid i Universidad de Alcalá, 2002, pp. 59-73.
- ROMEO MATEO, M^a Cruz, "La cultura de la memoria", *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, nº 11 (2003), pp. 61-65.
- ROQUE, M^a Àngels, *Nueva antropología de las sociedades mediterráneas. Viejas culturas, nuevas visiones*, Barcelona, Icaria, 2000.
- ROTHER, Bernd, *Franco y el Holocausto*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- SÁEZ DE GOVANTES, Luis, *El africanismo español*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1971.
- SAID, Edward, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996.
- , *Orientalisme. Identitat, negació i violència*, Vic, Eumo Editorial, 1991 (1978).
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, *El Protectorado de España en Marruecos*, Madrid, MAPFRE, 1992.
- SALAVERT, Vicente y SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El regeneracionismo en España*, Valencia, Universitat de València, 2007.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, Luis Ángel, "África en Sevilla: la exhibición colonial de la exposición iberoamericana de 1929", *Hispania*, vol. LXVI, nº 224 (2006), pp. 1045-1082.
- SANTAOLALLA, Isabel, *Los "otros". Etnicidad y "raza" en el cine español contemporáneo*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005.
- SAZ CAMPOS, Ismael, "La historia de las culturas políticas en España (y el extraño caso del «nacionalismo español»)", en Benoît PELLISTRANDI y Jean-François SIRINELLI (dir.), *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, Madrid, Casa de Velázquez, 2008, pp. 215-234.
- , "Regeneracionismo y nuevos nacionalismos. El caso español en una perspectiva europea", en Isabel BURDIEL y R. CHURCH (eds.), *Viejos y nuevos imperios. España y Gran Bretaña. Siglos XVII-XX*, Valencia, Episteme, 1998, pp. 135-156.

- , *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.
- SÈBE, Berny, “Exalting imperial grandeur: the French Empire and its metropolitan public”, en MACKENZIE (ed.), *European empires and the people...*, op. cit., pp. 19-56.
- SEGURA I MAS, Antoni, *El Magreb: del colonialismo al islamismo*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1994.
- SELVA, Enrique, *Ernesto Giménez Caballero, entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 2000.
- SEPÚLVEDA, Isidro, *El sueño de la Madre Patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2005.
- SERRALLONGA URQUIDI, Joan, “La guerra de África (1859-1860). Una revisión”, *Ayer*, nº 29 (1998), pp. 139-159.
- SESMA LANDRÍN, Nicolás, “Propaganda en la alta manera e influencia fascista. El Instituto de Estudios Políticos (1939-1943)”, *Ayer*, nº 53 (2004), pp. 155-178.
- SEVILLA ANDRÉS, Diego, “Donoso Cortés y la misión de España en África”, en *África en el pensamiento de Donoso Cortés*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1955.
- SHEPARD, Todd, *The Invention of Decolonization. The Algerian War and the Remaking of France*, Nueva York, Cornell University Press, 2008.
- SIBEUD, Emmanuelle, “«L’Afrique d’une société savante»: les africanistes et leur mémoire”, en Anne PIRIOU y Emmanuelle SIBEUD (dir.), *L’Africanisme en questions*, Paris, Centre d’Études Africaines-École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1997, pp. 71-88
- SMITH, Anthony D., *Nacionalismo y Modernidad: un estudio crítico de las teorías recientes sobre naciones y nacionalismos*, Madrid, Istmo, 2000.
- STERNHELL, Zeev (dir.), *L’éternel retour. Contre la démocratie, l’idéologie de la décadence*, París, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994.
- , *Maurice Barrès et le nationalisme français*, París, Fayard, 2000.
- SUÁREZ BLANCO, Sergio, “Las colonias españolas en África durante el primer franquismo (1939-1959). Algunas reflexiones”, *Espacio, Tiempo y Forma*, nº 10 (1997), pp. 315-332.
- SUEIRO SEOANE, Susana, “Sueños de imperio. Las pretensiones territoriales españolas en Marruecos y la diplomacia británica durante la Segunda Guerra Mundial”, en TUSELL y otros (eds.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, v. 2, pp. 299-320.
- , *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la “cuestión marroquí” (1923-1930)*, Madrid, UNED, 1993.
- THIESSE, Anne-Marie “Una nación, una lengua”, en *La creación de las identidades nacionales*, Madrid, Ensenada de Ézaro Ediciones, 2010, pp. 67-80.
- THOMAS, Nicholas, *Colonialism’s Culture: anthropology, travel and government*, Cambridge, Polity Press, 1994.

- TODOROV, Tzvetan, *Nosotros y los otros*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- TRANCHE, Rafael R. i SÁNCHEZ-BIOSCA, Vicente, *NO-DO. El tiempo y la memoria*, Madrid, Cátedra/Filmoteca Española, 2002.
- TUSELL, Javier, *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 1993.
- , *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza, 1984.
- , *Historia de España en el siglo XX. I. Del 98 a la proclamación de la República*, Madrid, Taurus, 1998.
- TUSELL, Javier y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva, *Franco y Mussolini: la política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Península, 2006.
- VALLS MONTÉS, Rafael, “La historiografía escolar española en la época contemporánea: de los manuales de historia a la historia de la disciplina escolar” en Carlos FORCADELL e Ignacio PEIRÓ (coords.), *Lecturas de la Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 2002, pp. 191-220.
- , “La imagen del islam en los actuales manuales escolares españoles de historia”, en Luigi CAJANI (dir.), *Conociendo al otro. El islam y Europa en sus manuales de historia*, Madrid, Fundación ATMAN-Santillana, 2008, pp. 73-122.
- , “Rafael Ballester y la renovación historiográfica y didáctica españolas de inicios del siglo XX”, en prensa.
- , *La interpretación de la Historia de España, y sus orígenes ideológicos, en el bachillerato franquista (1938-1953)*, València, Instituto de Ciencias de la Educación-Universidad de Valencia, 1984.
- , *Historiografía escolar española: siglos XIX-XXI*, Madrid, UNED, 2007.
- VICIANO, Pau, *La temptació de la memòria*, Valencia, Edicions 3i4, 1995.
- VILAR, Juan Bautista, “Cánovas africanista”, *África*, febrero de 1972, pp. 15-18.
- VILAR, Juan Bautista y VILAR, M^a José, *Las emigraciones españolas al Norte de África, 1830-1999*, Madrid, Arco-Libros, 1999.
- VILLANOVA VALERO, José Luis, “La acción colonial española en el Norte de Marruecos y la Sociedad Geográfica de Madrid” en Alejandro R. DÍEZ TORRE (ed.), *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español. 1898-1998»*, Madrid, Ateneo de Madrid i Universidad de Alcalá, 2002, pp. 75-89.
- VILLANOVA VALERO, José Luis, “La Sociedad Geográfica de Madrid y las comunicaciones entre España y Marruecos”, en Francisco Javier MARTÍNEZ ANTONIO e Irene GONZÁLEZ GONZÁLEZ (eds.), *Regenerar España y Marruecos. Ciencia y educación en*

- las relaciones hispano-marroquíes a finales del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2011, pp. 405-442.
- , *Los interventores. La piedra angular del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2006.
- , *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2004.
- WESSELING, Henri L., *Divide y vencerás: el reparto de África, 1880-1914*, Barcelona, Península, 1999.
- WILLIAMS, Patrick i CHRISMAN, Laura, *Colonial discourse and post-colonial theory: a reader*, Nova York, Columbia University Press, 1994.
- WILSON, Kathleen, *The Island Race: Englishness, Empire and Gender in the Eighteenth Century*, Routledge, Londres y Nueva York, 2003.
- WULFF, Fernando, *Las esencias patrias. Historiografía e Historia Antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003.
- YBARRA ENRÍQUEZ DE LA ORDEN, María Concepción, “Acción política española en la independencia de Marruecos (1951-1956)” en Javier TUSELL y otros (dir.), *El régimen de Franco, 1936-1975: política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, 1993, v. 2, pp. 401-414.
- , “La prensa española ante la independencia de Marruecos” en Javier TUSELL (dir.), *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 1997, pp. 457-470.
- ZARROUK, Mourad, “L’Association Hispano-Islamique: Réformisme Républicaine, Aventure Intellectuelle ou Intérêts Economiques”, en *Hespéris-Tamuada*, vol. XXXIX, Fasc. 2, pp. 133-145.